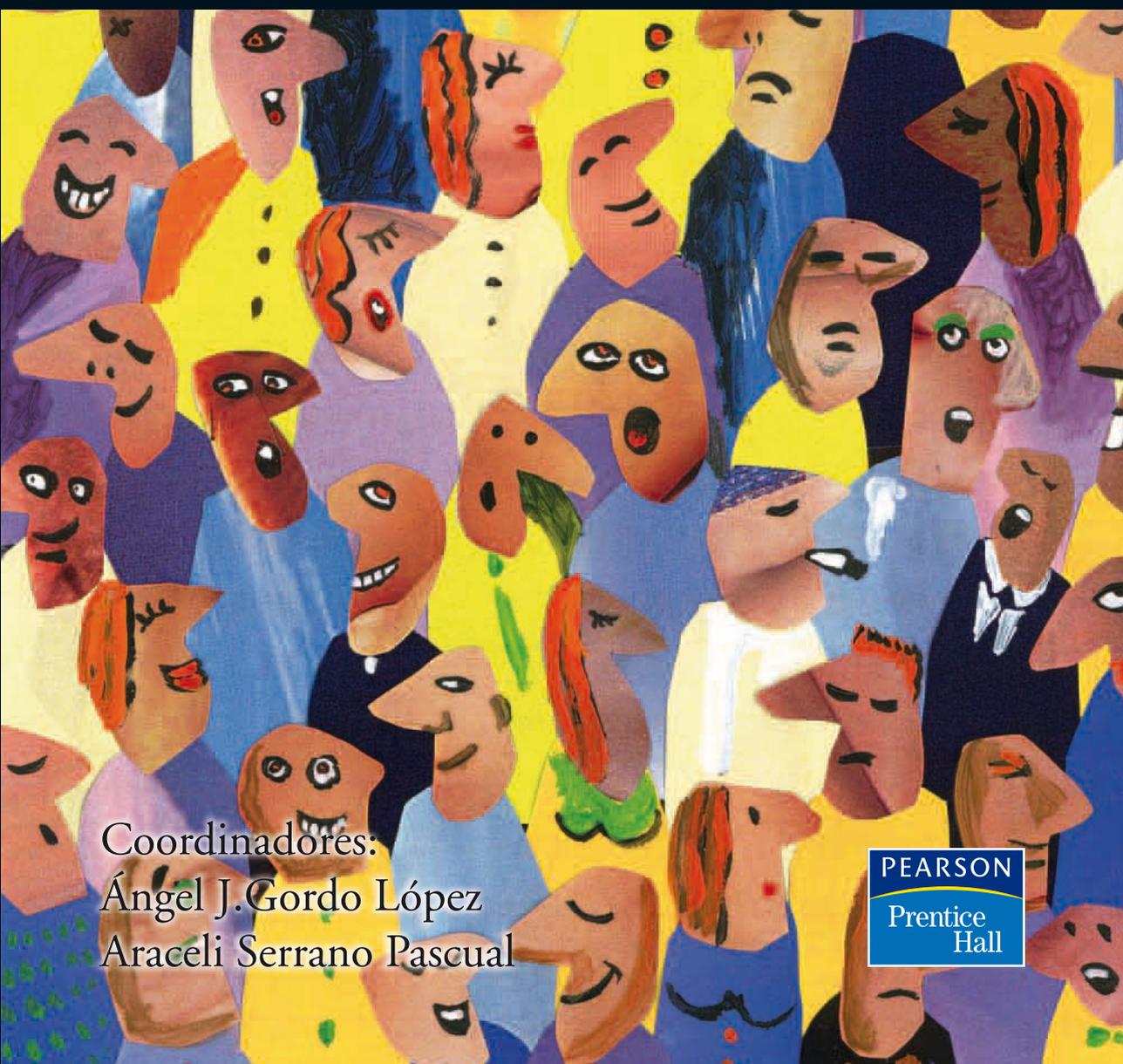




Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social



Coordinadores:
Ángel J. Gordo López
Araceli Serrano Pascual

PEARSON
Prentice
Hall

**ESTRATEGIAS
Y PRÁCTICAS
CUALITATIVAS DE
INVESTIGACIÓN SOCIAL**

ESTRATEGIAS Y PRÁCTICAS CUALITATIVAS DE INVESTIGACIÓN SOCIAL

Ángel J. Gordo y Araceli Serrano
(Coords.)



Madrid • México • Santafé de Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Lima
Montevideo • San Juan • San José • Santiago • São Paulo • White Plains

Datos de catalogación bibliográfica

Ángel J. Gordo y Araceli Serrano
*Estrategias y prácticas cualitativas
de investigación social*

PEARSON EDUCACIÓN, S.A., Madrid, 2008

ISBN: 978-84-832-2214-0
Materia: 303

Formato: 170 × 240 mm Páginas: 344

Ángel J. Gordo y Araceli Serrano

Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).

DERECHOS RESERVADOS

© 2008 PEARSON EDUCACIÓN, S.A.

C/ Ribera del Loira, 28
28042 Madrid (España)

PEARSON-PRENTICE HALL es un sello editorial autorizado de PEARSON EDUCACIÓN

ISBN: 9788483224205

Depósito Legal: M

Equipo editorial:

Editor: Alberto Cañizal

Técnico editorial: María Varela

Equipo de producción:

Director: José Antonio Clares

Técnico: José Antonio Hernán

Diseño de cubierta: Equipo de diseño de PEARSON EDUCACIÓN, S.A.

Composición: JOSUR TRATAMIENTO DE TEXTOS, S. L.

Impreso por:

Notas sobre enlaces a páginas web ajenas: Este libro puede incluir enlaces a sitios web gestionados por terceros y ajenos a PEARSON EDUCACIÓN S.A. que se incluyen sólo con finalidad informativa. PEARSON EDUCACIÓN S.A. no asume ningún tipo de responsabilidad por los daños y perjuicios derivados del uso de los datos personales que pueda hacer un tercero encargado del mantenimiento de las páginas web ajenas a PEARSON EDUCACIÓN S.A. y del funcionamiento, accesibilidad o mantenimiento de los sitios web no gestionados por PEARSON EDUCACIÓN S.A. Las referencias se proporcionan en el estado en que se encuentran en el momento de publicación sin garantías, expresas o implícitas, sobre la información que se proporcione en ellas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Este libro ha sido impreso con papel y tintas ecológicos

Índice General

PRÓLOGO	IX
INTRODUCCIÓN	XV
NOTA SOBRE LOS AUTORES	XXVII

PARTE I GENEALOGÍA Y SOCIOANÁLISIS EN LA INVESTIGACIÓN CUALITATIVA

Capítulo 1. El método genealógico: ejemplificación a partir del análisis sociológico de la institución manicomial

INTRODUCCIÓN.....	3
SOCIOLOGÍA E HISTORIA	4
GÉNESIS Y CAMBIO SOCIAL DE UNA INSTITUCIÓN TOTAL.....	7
Problematización	8
Datos secundarios y periodización	10
Proceso de constitución del campo	13
Proceso de transformación del campo	17
Sociología y sociedad.....	19
BIBLIOGRAFÍA.....	21

Capítulo 2. Modelos y métodos sociocríticos de la investigación cualitativa: cuatro casos psicoanalíticos y estrategias para su superación

MODELOS Y MÉTODOS SOCIO-CRÍTICOS	23
Uno, dos, tres.....	23
Otro psicoanálisis	25
Renegación de la deuda.....	26
A vueltas con el significado.....	28
Compromiso crítico	30
CUATRO CASOS PSICOANALÍTICOS	32
La interpretación.....	34
Interioridad	35
Subjetividad	37
Relaciones	38
LAS ESTRATEGIAS SOCIO-CRÍTICAS	39
BIBLIOGRAFÍA	41

PARTE II

PRÁCTICAS DE OBSERVACIÓN

Capítulo 3. La práctica de la observación participante. Sentidos situados y prácticas institucionales en el caso de la violencia de género

LA OBSERVACIÓN PARTICIPANTE COMO MIRADA CUALITATIVA.....	48
Hacia una caracterización de la observación participante.....	50
Observación participante y distancia social.....	52
INVESTIGANDO POR MEDIO DE OBSERVACIÓN PARTICIPANTE.....	57
El material producido por medio de observación.....	58
Estrategias de análisis y diseño de investigación.....	60
PARTICIPACIÓN Y DISTANCIA SOCIAL: EL CAMPO EN LA OBSERVACIÓN PARTICIPANTE.....	61
El trabajo de campo participativo.....	62
Participar, observar, ser observado.....	64
El cuaderno de campo como expresión de la observación.....	65
DANDO SENTIDO A LOS SENTIDOS: EL ANÁLISIS DE LA OBSERVACIÓN.....	67
Sentidos situados y prácticas institucionales en torno a la violencia de género.....	67
Violencia de género e identidades sexuadas.....	71
BIBLIOGRAFÍA.....	72

Capítulo 4. Derivas y actuaciones. Aproximaciones metodológicas

INTRODUCCIÓN.....	75
INSPIRACIONES EPISTEMOLÓGICAS.....	77
Conocimientos situados.....	78
Articulación.....	78
Aspectos éticos y políticos.....	80
DERIVAS URBANAS.....	80
Derivando por el Raval de Barcelona.....	82
<i>Primeros paseos</i>	83
<i>Definición de escenarios</i>	84
<i>Derivando con personas del barrio</i>	84
ACTUACIONES.....	85
Actuaciones en el Raval.....	88
EL RAVAL: UN BARRIO EN TRÁNSITO.....	89
TRANSFORMÁNDONOS, DERIVANDO Y ACTUANDO POR EL RAVAL.....	90
BIBLIOGRAFÍA.....	91

PARTE III

PRÁCTICAS QUE TRABAJAN CON EL HABLA

Capítulo 5. La práctica conversacional del grupo de discusión: jóvenes, ciudadanía y nuevos derechos

FORMATOS GRUPALES Y FORMAS DE DISCUSIÓN.....	97
GRUPO FOCAL Y GRUPO DE DISCUSIÓN.....	100
LA CONVERSACIÓN DEL GRUPO DE DISCUSIÓN.....	105
El diseño y la caracterización de quienes han de mantener la conversación.....	106
La transcripción y los momentos de la conversación.....	109
UN ESTUDIO DE CASO: JÓVENES, CIUDADANÍA Y NUEVOS DERECHOS.....	112
Objetivos y diseño de la investigación.....	112
Análisis	117
BIBLIOGRAFÍA	124

Capítulo 6. La entrevista abierta en investigación social: trayectorias profesionales de ex deportistas de élite

INTRODUCCIÓN	127
DEPORTE, SOCIEDAD Y TRABAJO.....	128
LA ENTREVISTA ABIERTA EN EL CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL	131
EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN.....	133
LA REALIZACIÓN DE ENTREVISTAS	136
EL ANÁLISIS DE LAS ENTREVISTAS.....	140
El deporte como vía de movilidad social.....	144
Deporte y trabajo.....	146
EL ANÁLISIS SOCIOLÓGICO DE LAS TRAYECTORIAS PROFESIONALES.....	148
REFLEXIONES FINALES.....	151
BIBLIOGRAFÍA	152

Capítulo 7. Los grupos triangulares como «espacios transicionales» para la producción discursiva: un estudio sobre la vivienda en Huelva

INTRODUCCIÓN	155
PLANTEAMIENTO METODOLÓGICO BÁSICO.....	156
LAS ENTREVISTAS ABIERTAS O PERSONALES.....	158
El momento de la producción discursiva.....	158
El momento del análisis e interpretación de las entrevistas personales.....	159
LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN.....	161
El momento de la producción discursiva.....	161
El momento del análisis e interpretación de los grupos de discusión	163

LOS GRUPOS TRIANGULARES	163
El momento de la producción discursiva.....	164
El momento del análisis e interpretación de los grupos triangulares.....	167
ALGUNOS EJEMPLOS CONCRETOS DE LOS DISCURSOS PRODUCIDOS POR LAS DISTINTAS PRÁCTICAS CUALITATIVAS.....	170
Los discursos sobre Huelva.....	170
El ejemplo de la «salita».....	171
La vivienda, la casa y el hogar.....	173
EL PAPEL DEL MODERADOR EN LOS GRUPOS TRIANGULARES.....	175
APUNTES PARA UNA REFLEXIÓN TEÓRICA SOBRE LOS GRUPOS TRIANGULARES.....	178
El «espacio transicional» como espacio de producción de los discursos de los grupos triangulares	178
El lugar de la experiencia concreta en la producción discursiva de los grupos triangulares. La experiencia «referida».....	180
a) <i>El papel de las «experiencias concretas» en los discursos de los grupos triangulares.....</i>	180
b) <i>La experiencia concreta como caso particular del «discurso referido».....</i>	182
c) <i>La dimensión «meta» del discurso referido y la dimensión «infra» de la experiencia referida</i>	182
d) <i>De las «experiencias referidas» a las «experiencias» compartidas.....</i>	184
e) <i>Las «experiencias referidas» como práctica dinámicamente discursiva.....</i>	185
CONCLUSIONES	186
BIBLIOGRAFÍA	187

Capítulo 8. Historias de vida: la crisis del mundo rural

INTRODUCCIÓN	189
LA IRRUPCIÓN DEL SISTEMA CAPITALISTA EN EL MUNDO RURAL Y SUS CONSECUENCIAS	192
LA ULFE. SOCIOLOGÍA DE UNA COMUNIDAD RURAL GALLEGA.....	196
A MODO DE ILUSTRACIÓN	202
Relaciones de género.....	202
Algunos aspectos de «la socialización infantil».....	205
ALGUNAS ANOTACIONES FINALES.....	208
BIBLIOGRAFÍA	210

PARTE IV ANÁLISIS MATERIAL

Capítulo 9. Análisis del discurso: los jóvenes y las tecnologías sociales

INTRODUCCIÓN	213
TRADICIONES Y REFERENTES DISCURSIVOS	213

El análisis de la conversación.....	214
Perspectivas postestructuralistas y críticas	215
<i>Formaciones y géneros discursivos</i>	216
<i>El análisis crítico del discurso</i>	218
<i>La escuela del cualitativismo crítico de Madrid</i>	218
UN EJEMPLO DE INVESTIGACIÓN DISCURSIVA: LOS JÓVENES Y LA CULTURA MESSENGER	219
Momento genealógico/documental: representaciones tópicas de juventud y tecnología.....	220
El significado de los textos depende de las relaciones con otros textos: la sospecha discursiva	223
Se recomienda «narrar» o poner por escrito el material de análisis: el programa MSN/Windows Live Messenger	226
Identificación de grupos de significados y relaciones: discursos Messenger	231
<i>Individualización y personalización de las comunicaciones Messenger</i>	232
<i>El Messenger como red de oportunidades y espacio gerencial</i>	233
<i>Tecnologías del ocio y nuevas formas de trabajo</i>	233
<i>Jóvenes y Messenger: impulsores de aplicaciones exitosas</i>	233
<i>El regreso de la familia «integrada»</i>	234
<i>Cuidado y seguridad de la familia integral en línea: técnicas hacker para padres</i>	234
<i>Vacios e intereses curriculares en torno a la sociedad de la información</i>	235
Identificación de formaciones discursivas: plataformas de integración.....	236
<i>Establecimiento de «tipos ideales» en los usos de las nuevas tecnologías</i>	237
Formulación del sistema discursivo y sus funciones: construcción y gobierno de la identidad digital.....	237
Referentes extradiscursivos y validez	238
DILEMAS EN TORNO AL APRENDIZAJE Y LA ENSEÑANZA DE LA PRÁCTICA DISCURSIVA.....	240
BIBLIOGRAFÍA	241

Capítulo 10. El análisis de materiales visuales en la investigación social: el caso de la publicidad

INTRODUCCIÓN	245
LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS COMO SOCIEDADES ICONOCENTRADAS. EL CONCEPTO DE CULTURA VISUAL	246
DIGRESIONES CONCEPTUALES	247
CUESTIONES DE METODOLOGÍA EN EL ANÁLISIS DE MATERIALES VISUALES: LOS PROBLEMAS DE TRATAR CON IMÁGENES Y COMBINAR LENGUAJES.....	250
El lugar de la imagen entre otros tipos de lenguaje.....	250
El estatuto epistemológico de las imágenes	252
EL ANÁLISIS DE LOS MATERIALES VISUALES	255
LA SELECCIÓN DE MATERIALES VISUALES	261
UN ESTUDIO CONCRETO: EL CASO DE LA PUBLICIDAD ESTÁTICA	262
Presentación del material a utilizar	262
El contexto de la producción: funciones de la publicidad	264

Elementos, composiciones y signos en la imagen	266
Cultura, ideología y mitos en el mensaje publicitario.....	269
La conformación y reproducción de las diferencias sociales a través de la publicidad.....	277
El discurso y el sistema de discursos publicitarios.....	278
El contexto de la recepción de la publicidad	283
BIBLIOGRAFÍA	285

Capítulo 11. El «ritmo» de la ciudad y los movimientos espaciales, un ejercicio de análisis visual

INTRODUCCIÓN	287
TRANSFORMACIONES EN EL MÉTODO DE LA CIENCIA.....	287
LA CULTURA DE LA IMAGEN	291
ANÁLISIS VISUAL	294
EL ANÁLISIS VISUAL DE LA CIUDAD.....	296
Abordar El Condado.....	298
La ciudad en permanente construcción.....	299
Fractura de la totalidad urbana	300
El flâneur reinventado	302
La ciudad espectáculo.....	303
BIBLIOGRAFÍA	304

Prólogo

«El campo científico es, como otros campos, el lugar de lógicas prácticas, pero con la diferencia de que el *habitus* científico es una teoría realizada, incorporada»

Pierre Bourdieu, *Science de la Science et reflexivité*.

«Penetramos el misterio sólo en el grado en que lo reencontramos en lo cotidiano»

Walter Benjamin, *Iluminaciones I*.

Lo mismo que Walter Benjamin en sus maravillosos apuntes sobre su infancia berlinesa pedía un *mapa* para poder perderse en su ciudad soñada, porque no hay mayor libertad de conocimiento que cuando se intuyen los límites de lo que se puede conocer; para poder adentrarse en el cada día más complejo mundo de los métodos y las técnicas de la investigación social, deberíamos tener mapas bien cartografiados, actualizados y trazados con mimo, para poder *iluminar* nuestro recorrido. Camino por el ejercicio de la sociología empírica libre y azaroso a veces, obligado y determinado otras, pero siempre con posibilidades de disfrute y aprendizaje. Este libro que compilan Ángel Gordo y Araceli Serrano es un maravilloso mapa para perderse a gusto, y reencontrarse a tiempo, en el ámbito de las prácticas y técnicas de investigación social cualitativa.

Un mapa que parte en su concepto y en su desarrollo de dos postulados imprescindibles; el primero, que la principal herramienta de investigación no es ninguna tecnología especial ni ningún saber instrumental particular, sino el investigador mismo, formado y consciente de su posición en el sistema de relaciones sociales que lo enmarcan; y, el segundo, que la investigación social —y especialmente la investigación social cualitativa— se mueve en una dinámica reflexiva en la que el objeto de conocimiento siempre está determinado por la construcción realizada por el investigador, quien, a su vez, es un sujeto en proceso que se construye en prácticas sociales múltiples, entre las cuales su propia práctica de investigación social lo forma como un sujeto con sentido y sensibilidad. En las prácticas cualitativas de sociología se comprueba con contundencia que el objeto de conocimiento es en realidad un conjunto de sujetos y que todo sujeto se mueve —incluido el investigador social— en marcos de sentido concretos que es necesario reconstruir, interpretar y, en gran medida, objetivar desde un contexto más general.

Se dice en el *Diccionario Etimológico* de Joan Corominas que «mapa» proviene de la abreviación de «mappa mundi», donde «mappa» era, a su vez, pañuelo o servilleta, por el lienzo que se empleaba originalmente para hacer mapas. Si a su vez «texto», en cualquiera de sus etimologías, nos remite a «tejido», pues todo texto es un tejido de palabras, frases y argumentos, nos encontramos en este volumen de *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social* esa vocación común de mapa y de texto, de lienzo donde se cruzan y anudan visiones, teorías, aproximaciones y materiales en un esfuerzo colectivo para dar claves, para navegar, para encontrar vías solventes y para, en otras palabras, realizar representaciones informadas y sistemáticas de la realidad social. En aquello que la realidad social tiene de mundo intersubjetivo de vida, creado y recreado en el ámbito de los discursos, los universos culturales y las prácticas significativas. Evidentemente, como se ironizaba de forma genial en el cuento, falsa crónica, de Borges, «Del rigor de la ciencia» en *El hacedor*, ningún mapa puede abarcar el territorio, ni ninguna representación puede ser el espejo de la naturaleza, por eso nos movemos en el ámbito de selecciones estratégicas, de decisiones, de análisis simbólicos y de construcciones con sentido. Trazar mapas cualitativos —a eso se nos enseña en este libro— siempre es un proceso creativo que entraña riesgo e imaginación, pero también prudencia y modestia metodológica. La vigilancia epistemológica permanente que aconsejaban Bourdieu y su escuela —siguiendo la estela de Bachelard— se nos hace aquí imprescindible, precisamente cuando el investigador toma conciencia de que es un sujeto libre en un entramado de determinaciones concretas.

El libro que el lector o lectora tiene en sus manos es tan buen manual o libro de texto que, paradójicamente, no parece un manual o libro de texto. Es todo lo contrario a aquel *mamotreto* para el que también Benjamin daba —esta vez en su *Dirección única*— surrealistas instrucciones de realización, que se resumían en que en toda la obra había que dar prolijas, largas e inútiles referencias al plan de la obra y ocuparse poco de la realidad que quería abordar. Aquí nos encontramos con todo lo contrario, una férrea determinación de utilidad, sencillez y contacto permanente con la realidad social que se quiere investigar, lo que hace de la obra en su conjunto un instrumento vivo e interesante donde la función académica no conduce al oscuro y aburrido academicismo. El conjunto de referencias teóricas desde el que se parte no puede ser más sugerente: de Foucault a Goffman, de Elias a Passeron, de Garfinkel a Butler (por citar solo a unos pocos), pero lo más interesante es que de todos los autores y sus teorías se derivan usos de investigación concretos y orientados, con impagables ilustraciones de investigaciones reales que sirven como razones prácticas para las lógicas de estudio cualitativo de lo social.

En este sentido, el título de la obra es suficientemente revelador de su filosofía de acercamiento tanto al problema de las técnicas cualitativas de investigación social, como a su docencia. Primero se habla de *estrategias*, en el sentido de que el investigador siempre se mueve en un campo en el que juega para valorizar sus recursos y sus capitales: toda investigación es un sistema de jugadas cuya racionalidad es concreta, adaptativa y situacional. Pero, a este concepto de estrategia inscrito en la más

pura tradición de la sociología de Pierre Bourdieu, se le asocia el concepto de *práctica*, que a lo largo del libro aparece en una triple dimensión: en una primera, la más obvia, en su búsqueda de saberes aplicados y en su suministro de análisis finos de cosas reales; en una segunda, en su concepción de las técnicas cualitativas como prácticas artesanales y concretas —siguiendo la clásica recomendación del inolvidable e imprescindible C.W. Mills—, lejos de cualquier esquema de producción sociológica estandarizado o en masa; y, finalmente, en una tercera y profunda versión del concepto de práctica, en el supuesto de que lo que aquí se persigue es tomar contacto con prácticas en un sentido científico que sirven para analizar prácticas en un sentido genérico, porque sabemos, gracias de nuevo a Bourdieu, que las conductas de los actores sociales se mueven en un espacio de relaciones y dentro de un esquema de intereses, poderes y capitales cuya única explicación siempre nos remite a las razones prácticas (y situadas) de los que se desenvuelven en él.

En el libro la persona interesada podrá encontrar todos los pasos en la realización de una investigación cualitativa. De esta manera, nos vamos a encontrar desde una reflexión sobre el carácter histórico y genealógico de la investigación cualitativa —así como su construcción polémica sobre un suelo psicoanalítico—, hasta abundantes materiales sobre los análisis de discursos, textos, imágenes y espacios, basados en aproximaciones teóricas y prácticas de muy variadas raíces y tradiciones. Pero también vamos a pasar por trabajos dedicados a la observación y a la investigación etnográfica o a las imprescindibles —en una obra como esta— reflexiones radicales (en el sentido más genuino de la palabra) de los planteamientos teóricos y de la praxis del grupo de discusión, hoy ya considerado canónico, del grupo triangular, de la entrevista abierta y de las historias de vida. Todo ello se realiza desde enfoques y planteamientos plurales, como plurales son sus autores, provenientes de diferentes generaciones, realidades nacionales, tradiciones teóricas y estilos de trabajo. Esta diversidad, sin embargo, no merma la radical coherencia de la obra; el pluralismo metodológico y cognitivo que se proclama en su presentación no es una artimaña retórica, ni una simple invocación a un inadmisibles eclecticismo más o menos post-moderno. Constituye una llamada real a la construcción reflexiva del objeto de conocimiento sociológico y a un constante replanteamiento de unas técnicas de investigación social que, aunque felizmente consolidadas en nuestro país, necesitan ser permanentemente repensadas y reorientadas según sus posibilidades y sus límites, porque lo mejor de todas las técnicas de investigación está en sus límites y la obligación del científico social y del investigador profesional es conocerlos, tenerlos en cuenta y pensar su posible superación.

En buena medida podríamos decir que este volumen de trabajos que aquí da comienzo es, quizás, el mejor representante de un claro tercer momento en el desarrollo y evolución de la investigación cualitativa dentro de la sociología en nuestro país. El primer momento de institucionalización se fraguó en los años sesenta del pasado siglo xx, con nombres ejemplares y ya míticos como Ángel de Lucas, Jesús Ibáñez y Alfonso Ortí como figuras principales, una institucionalización tardía y difícil, acontecida antes en el mercado que en la universidad, que coincidió con la tardía prime-

ra modernización integral del capitalismo español y el advenimiento de la sociedad de consumo. Sus herramientas teóricas fundamentales fueron el psicoanálisis y la teoría crítica frankfurtiana, así como el estructuralismo lingüístico y antropológico clásico; sus resultados prácticos fueron rabiosamente originales y teóricamente deslumbrantes, pero con problemas en su difusión y generalización en el espacio intelectual español. El segundo momento de este camino se produjo en los años ochenta y noventa, período que se caracterizó por la institucionalización académica de la investigación cualitativa, con una fuerte producción de investigaciones universitarias, tesis y monografías sobre aspectos fundamentales de la realidad social española, así como de los primeros textos introductorios y de las primeras herramientas docentes realizadas en esta línea. A todo esto habría que añadir todo tipo de materiales teóricos realizados desde reorientaciones y retraducciones de la reflexión teórica de la primera generación en fértiles encuentros diversos (y divertidos) con el dialogismo desde Bajtin hasta Habermas, con la etnometodología y la sociología cognitiva de la tradición anglosajona; con el interaccionismo simbólico y las teorías fundamentadas, o con el torrente de la sociología de Bourdieu y su entorno, por citar solo algunos, manteniéndose el lugar alcanzado en la investigación de mercados, aunque ya en la fase de rutinización del carisma y de tensión en este campo entre el peligro de la degradación por abuso de los límites de las técnicas, convertidas en convencionales, y la regeneración permanente gracias a las buenas prácticas profesionales.

Por fin, hemos inaugurado un tercer momento del que este libro, impulsado por Ángel Gordo y Araceli Serrano, va a quedar como un estandarte donde, además de otras reconceptualizaciones posibles (con los *cyborgs* de Haraway, las identidades paródicas de Butler, la recepción del postestructuralismo en los estudios culturales anglosajones o el inclasificable Žižek), se amplían campos, se hace internacional, se añaden técnicas y se exploran temáticas de investigación y, sobre todo, sistemas y pautas relacionales diferentes tanto en el tiempo, como en el espacio. Las tecnologías de la información, las reglas económicas, las expresiones de identidad o las definiciones de género lógicamente han cambiado, y esto hace cambiar forzosamente nuestra manera de investigar. Los tres momentos a los que nos hemos referido se solapan y se incrustan unos en otros, pero en general marcan la larga y difícil trayectoria de la normalización de la investigación cualitativa en España, modo de investigación que hoy se hace comparable con otras situaciones internacionales semejantes y que en muchos aspectos, tanto de imaginación teórica como de creatividad práctica, es capaz, hoy por hoy, de resistir esa comparación obteniendo magníficos resultados. En fin, sobran ya más comentarios. Estamos ante un magnífico mapa para trazar mapas, ante una herramienta construida desde una lógica práctica para analizar prácticas, ante, en suma, un producto de la sociología reflexiva para generar reflexión. Es mucho lo que se puede aprovechar aquí y mucho lo que se puede aprender, ante todo que la investigación sociológica puede ser una práctica útil y fascinante.

Luis Enrique Alonso
Universidad Autónoma de Madrid

Introducción

Araceli Serrano Pascual y Ángel J. Gordo López

El presente texto surge como resultado de un esfuerzo colectivo de profesores e investigadores de diferentes disciplinas y diversos contextos por presentar la investigación cualitativa en las Ciencias Sociales de un modo didáctico y comprometido con la labor docente e investigadora, así como con la realidad social de la que forma parte.

Abundan los textos que desde diferentes perspectivas y *miradas*¹, de forma monográfica o como conjunto de aportaciones diversas, nos dotan de materiales muy valiosos para abordar estos objetivos². El texto que aquí se presenta no tiene la pretensión de sumarse a este, ya nutrido, material, sino que lo que pretende es llenar algunos espacios o apuntar hacia algunas ausencias con las que nos encontramos los y las docentes cuando emprendemos esa enriquecedora tarea de intercambiar y construir colectivamente conocimientos con el alumnado, así como con otros docentes e investigadores/as.

En este sentido, pensamos que todo proyecto con pretensiones didácticas exige una reflexión, no sólo sobre los contenidos concretos que se van a contemplar, sino también, y de forma muy especial, sobre el contexto en que se inscriben; en este caso, su relación con la práctica investigadora en su sentido más amplio. Por ello, el presente texto ha sido estructurado de forma que oriente al lector acerca del marco epistemológico y metodológico en el cual se asienta el abordaje de unas materias tan eminentemente prácticas como las técnicas de investigación social y, más concretamente, las que vamos a denominar *prácticas*³ cualitativas de investigación social.

Lo que se intenta llevar a cabo en esta propuesta es integrar las cuestiones técnico-prácticas inscritas en cualquier actividad investigadora en la jerarquía de actos epis-

¹ En el sentido denso atribuido al término por Luis Enrique ALONSO (1998).

² Contamos con un amplio elenco de textos desde los cuales afrontamos estos objetivos didácticos: véanse por ejemplo los textos de ALONSO (1998), BLANCHET (1989), CALLEJO, GUTIÉRREZ y VIEDMA (2003), CORBETTA (2003), DELGADO y GUTIÉRREZ (1994), FLICK (2004), GARCÍA, ALVIRA e IBÁÑEZ (2000), BANISTER et al. (2004); PARKER (2005); RUÍZ OLABUÉNAGA (1996), Del VAL y GUTIÉRREZ (2005) y VALLES (1997).

³ Siguiendo la terminología propuesta por Alfonso ORTÍ (1993).

temológicos que implican (siguiendo la terminología propuesta en el texto clásico de BOURDIEU, CHAMBOREDOM y PASSERON, 1975: 13). De esta forma, se tratará de evitar que la práctica investigadora se muestre como una suma de protocolos, procedimientos, operaciones o técnicas, o como un conjunto de conceptos separados o separables de su implementación en la investigación social concreta (*Ibidem*: 15). Así pues, en todos los capítulos que se presentan se trata de contextualizar el método o el dispositivo que se aborda en cada uno de los casos, en el marco de las reflexiones que lo han visto surgir, desarrollarse y modificarse, adaptándose a la maleabilidad y al dinamismo constitutivos de la realidad social.

Para lograr este objetivo, la propuesta que se hace es presentar los distintos métodos y prácticas en el marco de una investigación real llevada a cabo por los responsables de cada capítulo. Este ejercicio de exposición permitirá que diferentes investigadores/as y docentes reflexionen sobre el método, a partir de sus propias experiencias, así como de los procedimientos y las lógicas de investigación empleados. Entendemos que ello permitirá ilustrar los métodos y prácticas con casos reales, además de subrayar la necesaria interrelación entre la teoría, la metodología y la actividad empírica concreta, lo que pensamos que constituye una enseñanza fundamental para el investigador/a social. Este ejercicio de puesta en relación con casos prácticos permitirá conectar con temáticas de actualidad social (como, en este caso, el estudio de la violencia de género, los barrios marginales, la institucionalización de la «enfermedad mental», el deporte y sus personajes, las identidades y los ritmos urbanos, los derechos ciudadanos, la mujer rural, la publicidad o la cultura digital), para facilitar un aprendizaje significativo gracias a la cercanía e inmediatez de los ejemplos abordados.

Consideramos que, en términos generales, la práctica investigadora se puede desarrollar de formas muy diferentes a partir de la selección de opciones que se ubican en un continuo entre la actividad de «producción estandarizada» —uso de un conjunto estructurado y protocolizado de herramientas nítidamente definidas— y la «artesanal» —actividad sistemática, pero también flexible, adaptable y creativa de quien va abriéndose caminos y tomando decisiones a medida que se desarrolla la investigación—. Partimos de que la investigación social cualitativa se aproxima (o por lo menos debería aproximarse, si queremos extraer de ella toda su potencialidad), al segundo de estos polos del *continuum*. De esta manera, la investigación social se constituye como un proceso abierto, creativo, deseablemente modificable y flexible, y necesariamente adaptado a las especificidades del objeto concreto de la investigación, tanto en el uso de la teoría como en el de los métodos. Queremos reproducir por su gran potencia plástica la metáfora que actualiza José Luis MORENO PESTAÑA (2003: 66) recordando, por una parte, el símil foucaultiano de la teoría como «caja de herramientas» y, por otra, la propuesta de Otto NEURATH (1974) de la actividad del sociólogo como la de un trabajador que reconstruye un bote en alta mar y que se ve obligado a transformarlo en medio de huracanes y tempestades, al tiempo que soporta el envite de olas y vientos e intenta tapar vías de agua abiertas, y todo ello

usando viejas maderas así como nuevos trozos que llegan arrastrados por la corriente.

En este sentido, el proceso de investigación ha de estar inserto en un marco de comprensión de la finalidad del objeto de dicha investigación, su «para qué». Al mismo tiempo, debe adaptarse a su dinamismo, así como al contexto sociohistórico concreto en el cual se inscribe (con las limitaciones que este mismo contexto impone al propio proceso de investigación). Este es el motivo por el que, en el título de este libro, se ha optado por la denominación de *estrategias y prácticas cualitativas* de investigación social en lugar de por el término más extendido y generalizado de *técnicas de investigación*. No consideramos ni posible ni deseable pensar la investigación social en términos de la descripción aislada de sus procedimientos y dispositivos, sino que partimos de la necesidad de concebir la misma como un proceso de reflexión conjunta sobre el objetivo, el objeto y el contexto de la misma, que oriente una mirada global del fenómeno, que movilice diversas perspectivas teóricas y articule —en un proceso dialógico— dispositivos diversos de producción y análisis del material producido. Generalmente, cuando emprendemos una investigación social activamos conjuntamente varias miradas y puntos de vista cuya articulación concreta, siempre dinámica, viene condicionada por el contexto de la demanda específica de la misma, así como por el equipo que la aborda y por el momento y el contexto en el que se desarrolla dicha investigación. Esta es la que podemos llamar *estrategia de investigación*. En este sentido, y tomando el vocablo *prácticas cualitativas de investigación social*, nos decantamos por una consideración de la investigación como proceso y práctica semiartesanal «obsesionada» y pendiente de adaptarse al objeto que se persigue comprender (que se construye en el proceso de investigación), a las circunstancias concretas en las que se inscribe la investigación, así como al propio equipo de investigación.

La complejidad o multidimensionalidad de la realidad social pone de relieve la insuficiencia de la aproximación únicamente empírica. Ninguna investigación puede abarcar la totalidad de las dimensiones y niveles de la realidad social, que está constantemente transformándose.

Cualquier fenómeno social que se observe es único e histórico, de manera que es imposible que se reproduzca de la misma manera, de ahí la necesidad de considerar al mismo tiempo factores históricos y generales, así como contextos particulares. Simultáneamente, las Ciencias Sociales y sus «productos» están provocando continuamente cambios sociales, modificaciones de interpretaciones, comportamientos y sentidos. Es el propio sistema que se observa a sí mismo y el que ha aprendido acerca de las consecuencias que tienen dichas observaciones. La conciencia de los cambios sociales que provocan las investigaciones sociales tiene, a su vez, importantes efectos en el planteamiento de las mismas, de modo que, muchas veces, estas son empleadas para participar en la potenciación de determinados cambios sociales, para facilitar la introducción de medidas políticas específicas o para provocar modificaciones de programas concretos.

Esta complejidad y dinamismo, así como la reflexividad que caracteriza lo social, plantea la necesidad constante de reinventar los métodos y sus dispositivos para adaptarlos a las peculiares características y a las formas particulares que adoptan los fenómenos sociales en contextos sociohistóricos específicos. En este contexto, la obra que aquí se presenta pretende integrar el abordaje de diferentes *prácticas* consolidadas de investigación social cualitativa —insertas en contextos y estrategias específicas—, con algunas otras no tan referenciadas pero sí cruciales en la necesaria adaptación de los instrumentos de investigación social al cambiante contexto histórico-social, así como a la complejidad de los fenómenos sociales que abordamos en nuestra actividad investigadora. Se parte de la intención explícita de intentar pensar las prácticas de investigación social huyendo de la reificación de las mismas y planteando la necesidad de adaptarlas y modificarlas para abordar objetos de investigación específicos en contextos concretos. Dicho objetivo se plantea con la intención de hacer hincapié en la orientación didáctica de los textos y su imbricación en el estudio de problemáticas y estudios de caso concretos.

Otro aspecto que se ha pretendido resaltar en el presente texto es el intento de abordar e ilustrar en todos los capítulos los momentos analíticos de los métodos y las prácticas, la manera de proceder en el análisis e interpretación de los materiales obtenidos en cada uno de los estudios de caso. Probablemente esta sea una de las grandes carencias que hemos podido encontrar en otros textos centrados en aportar indicaciones y pautas generales de aplicación más o menos estandarizadas, en los que generalmente el momento del análisis concreto del material producido queda ausente de las consideraciones.

Este libro, aunque se caracteriza por la presencia de una amplia diversidad de perspectivas y miradas, se sitúa en el ámbito de la investigación y docencia de corte cualitativo, con una orientación crítica, esto es, con una finalidad interventora y transformadora de lo social en un contexto en el que se considera que el conocimiento y la comprensión del mundo debe orientarse hacia dicha transformación y perseguir objetivos emancipatorios en un intento de *comprender* lo social a través de un proceso de reconsideración, desvelamiento y cuestionamiento de intereses, ideologías y sentidos atribuidos a los fenómenos sociales⁴.

Con este punto de partida, se plantea una perspectiva global que integra al observador (como sujeto en proceso, como diría Jesús IBÁÑEZ) en la misma observación. Se retoma el ideal de autocomprensión del ser humano y de su mundo social desde la asunción de la reflexividad, que sepulta la concepción del conocimiento en términos de la dualidad sujeto-objeto. El concepto de reflexividad, en este sentido, hace referencia a la posibilidad de los sujetos, de los grupos y de las instituciones de ser observadores de sí mismos y de actuar conforme a esas observaciones. Esta reflexi-

⁴ Este sería el objetivo de las ciencias menores, minoritarias o ciencias nómadas, como las denominó metafóricamente Jesús IBÁÑEZ (1985: 37-38).

vidad opera tanto en el observado (observador a su vez) como en el sujeto observador (observado al mismo tiempo), de ahí la necesidad de incluir a este último en la observación. En relación con ello señala Edgar MORIN (1981: 401) que «no hay, ni habrá jamás un observador puro (está siempre unido a una praxis transformadora), ni conocimiento absoluto (...). Pero con la pérdida del absoluto, ganamos en comunicación y complejidad (...), pues todo conocimiento, para un observador, es a la vez subjetivo (autorreferente), al remitir a su propia organización interior (intelectual, cultural), y objetivo, al remitir al mundo exterior. Podemos entrever que jamás hay que buscar el objeto excluyendo al sujeto, que no es fuera de la praxis, sino en una metapraxis, que es nuevamente una praxis, donde hay que buscar el conocimiento». Este debería ser uno de los puntos claves al plantear una estrategia de investigación: tener en cuenta que todo conjunto de decisiones se vincula a una determinada posición social, así como a una intencionalidad específica que se acompaña de un determinado compromiso afectivo, ético y pragmático.

En el espacio de todas las consideraciones que previamente se han señalado, se presenta un texto organizado en torno a los principales momentos del proceso de investigación: el epistemológico y teórico, el de observación y producción del habla y, por último, el análisis de los materiales. Cada parte lleva necesariamente inscrita elementos de las otras, del mismo modo que cada momento de investigación incorpora en mayor o menor grado a los restantes.

La Primera Parte, titulada «Genealogía y socioanálisis en la investigación cualitativa» resalta la deuda de la investigación social cualitativa con el método histórico y la teoría psicoanalítica, frente a aquellas posturas que se alimentan del destierro de la mirada histórica o aquellas otras que reniegan de las influencias psicoanalíticas al tiempo que las constituyen.

En una ágil y didáctica puesta en escena del método genealógico, ÁLVAREZ-URÍA reenvía la institución manicomial a la historia (Capítulo 1). Siguiendo la estela de los trabajos de Michel FOUCAULT, sin por ello desatender el punto de vista de los internos como hiciera Erving GOFFMAN en *Internados*, plantea preguntas «sobre su génesis y su lógica de funcionamiento, sobre los factores que propiciaron sus cambios, en fin, dar cuenta de las razones de su supervivencia hasta el momento presente». El análisis sociohistórico de los manicomios, al igual que otros espacios de excepción como las cárceles, la forma en que mantienen y perpetúan el orden liberal, sus racionalizaciones y violencias instituidas, según el autor, sustentan dos grandes ficciones: «Somos libres puesto que no estamos en la cárcel. Somos racionales puesto que no estamos en el manicomio».

Christian DUNKER e Ian PARKER, por su parte, a través de un estudio de conceptos claves en la investigación cualitativa, sugieren que «la investigación cualitativa socio-crítica debería recurrir al enfoque psicoanalítico en lugar de “renegar” de él, en lugar de fingir que no tiene influencia alguna sobre el modo en que los científicos sociales desarrollan su trabajo». Desde una posición que recuerda en parte los trabajos reali-

zados por Robert CASTEL en la década de los setenta sobre el «psicoanalismo» y, previamente, los esfuerzos de Georges POLITZER en los años veinte del siglo pasado por traer el inconsciente al plano de la conciencia social, los autores, desde un guiño marxista parecido al que nos tiene acostumbrado Slavoj ŽIŽEK, apuestan por desentrañar qué hay de racionalidad y capacidad de transformación social en el psicoanálisis. Para los autores, este «lidiar con, y administrar, el psicoanálisis» de otra manera, al igual que el capítulo anterior, «sólo es posible si somos capaces de emprender la tarea partiendo del reconocimiento previo del peso histórico que ha tenido sobre las actuales estrategias conceptuales».

Si Álvarez-Uría considera el método histórico como un antídoto contra el positivismo capaz de «cuestionar la identificación de la sociología con la tecnocracia» y de «poner también de manifiesto el carácter histórico de nuestros instrumentos de conocimiento, sus límites y posibilidades», la fuerza crítica del psicoanálisis, como señalan Dunker y Parker, pasa igualmente por desterrar «el mito de la exclusividad de uso del conocimiento psicoanalítico por parte de los expertos» y por reconocer, como ya hiciera Freud, «el vínculo entre psicoanálisis y “saber popular”».

La Segunda Parte del libro da paso a las «Prácticas de observación» desde diferentes ámbitos y propuestas de investigaciones centradas en el uso privilegiado, aunque no único, de la práctica de la observación participante. El primer ejercicio de observación, realizado por Antonio GARCÍA y Elena CASADO (Capítulo 3), ilustra distintas modalidades de observación participante de un fenómeno como la violencia doméstica, procura «comprender qué resortes se activan, qué elementos identitarios se quiebran y qué sentidos se esgrimen al llegar al dislate de la violencia en el seno de la pareja». Para ello interactúan, entrevistan y observan a varones condenados por malos tratos a sus parejas en el contexto institucional de un curso sustitutivo de pena.

Marisela MONTENEGRO y Joan PUJOL (Capítulo 4) presentan un trabajo que forma parte de una investigación etnográfica llevada a cabo en el barrio del Raval de Barcelona como un ejemplo de las grandes contradicciones sociales por las que atraviesan un gran número de personas y colectivos frente a la vertiginosa transformación de las ciudades en el actual contexto social y económico. A diferencia de lo que se hace en otros manuales, este capítulo presenta una visión innovadora de la metodología participativa inspirada en epistemologías y metodologías desarrolladas por colectivos de mujeres vinculados a movimientos sociales en torno a la precariedad social en Madrid (PRECIARIAS A LA DERIVA, 2004), con una fuerte resonancia estatal e internacional.

A pesar de sus enfoques diferenciados, ambos capítulos enfatizan la importancia de reconocer el lugar desde donde se mira y la articulación de las interpretaciones y actuaciones en el trabajo de campo con los recursos y teorías previas, ambas condiciones necesarias para generar un espacio de transformación de la posición inicial, bien sea desde la extraña familiaridad de la dinámica cotidiana que estructura la violencia masculina en el complejo campo de la pareja heterosexual, bien desde el reconoci-

miento y la transformación de nuestra posición de conocimiento y relación con las dinámicas y procesos observados de cosmética y especulación urbanística. Como señalan Montenegro y Pujol, dentro de este marco relacional, «el cambio de posición, la reflexividad y las emociones forman parte integrante del proceso de investigación».

La Tercera Parte presenta otras «Prácticas que trabajan con el habla» y que, muchas veces, acompañan a la observación en el trabajo de campo. Mientras los grupos de discusión, las entrevistas cualitativas y el uso de las mismas en las historias de vida, son prácticas ampliamente generalizadas y aceptadas en la investigación y en la docencia, los grupos triangulares resultan más inusuales y menos incorporados a las labores docentes relacionadas con la investigación social.

En primer lugar, el capítulo desarrollado por Mario DOMÍNGUEZ y Andrés DAVILA (Capítulo 5) presenta la práctica del grupo de discusión. En el texto se despliega un gran esfuerzo por clarificar, conceptualmente lo que se entiende por grupo de discusión, y se hace mostrando su lugar específico y diferenciándolo de otras situaciones grupales afines como son el grupo focal o el grupo de expertos. Dicha diferenciación constituye, para los autores del capítulo, una condición necesaria para potenciar un uso crítico de los diferentes dispositivos de investigación. Esta reflexión no permanece como propuesta a experiencial y abstracta, sino que los autores la actualizan en relación con su estudio sobre jóvenes y nuevos derechos, proponiendo un uso del grupo de discusión en el grueso de las dinámicas que se convocan y una parte final que se desarrolla según las propuestas más directivas del grupo focal. Se plantea cómo los grupos de discusión constituyen un espacio conversacional, a medio camino entre el grupo de trabajo y el grupo básico, donde conversar se revela una tarea colectiva de elaboración simbólica inscrita socialmente (siguiendo las propuestas de Jesús Ibáñez). Los autores desarrollan sus reflexiones en torno al grupo de discusión concretándolo en el análisis del conocimiento y la valoración, por parte de los jóvenes, de nuevos derechos sociales como la salud, la educación o la vivienda. A diferencia de otros esfuerzos didácticos, este capítulo pone un énfasis destacable en el momento de la construcción analítica de los discursos.

Por otra parte, con las entrevistas individuales tratamos de cubrir el análisis social de las referencias a situaciones personales, producidas desde el «adentro» y la subjetividad de la persona, que quiere proyectar una imagen al entrevistador, como ejemplifican Lucila FINKEL, Pilar PARRA y Alejandro BAER (Capítulo 6), a través de un estudio de los itinerarios profesionales de futbolistas y baloncestistas tras su retirada. Esta práctica facilita el establecimiento de relaciones entre los itinerarios vitales y profesionales de los deportistas entrevistados, si bien desde una lógica que trasciende la dimensión individual que predomina en la mayoría de los estudios existentes. Intentan dar sentido social a los itinerarios profesionales de los deportistas y a su evolución tan particular, donde experiencia y veteranía no son equiparables a reconocimiento profesional y económico. Insertos en sociedades cada vez más cambian-

tes, globalizadas y menos estructuradas, analizan sus nuevas formas de movilidad social, así como las tipologías emergentes de estratificación social.

En el punto intermedio entre los grupos de discusión y la entrevista cualitativa encuentran los grupos triangulares su razón de ser y su interés metodológico. Ampliamente descuidada hasta la fecha por los textos de metodología, esta práctica tiene su referente fundamental en los trabajos de Fernando CONDE, tal como nos ilustra en esta ocasión por medio de una investigación que relaciona las necesidades y expectativas de la población onubense acerca de la vivienda con «una reflexión sobre el espacio urbano y doméstico, la identidad onubense, las formas de vida en la ciudad, la percepción del espacio o las desigualdades sociales» (Capítulo 7). Desde un reconocimiento de la influencia de Donald Winnicott, Conde concluye que los grupos triangulares «permiten revitalizar el campo de lo social y adentrarse en el ámbito de lo posible, en las situaciones más magmáticas y energéticas donde se están produciendo y cocinando las nuevas posibilidades de discursos sociales».

Al grupo triangular, anunciado como un recurso metodológico capaz de detectar discursos en formación, le sucede una puesta en escena de otra de las grandes prácticas de investigación basadas en el habla, esto es, la historia de vida. En este capítulo Julia VARELA (Capítulo 8), a través de los relatos de vida de las gentes de una pequeña aldea gallega desaparecida, indica la necesidad de situar los relatos biográficos en un tiempo concreto y en un sistema social determinado, sin por ello, caer «en la fascinación positivista de la neutralidad del método ni en la ingenuidad etnometodológica (...) que suelen ejercer los relatos biográficos que parecen decirlo todo dispensando de un trabajo afinado de reconstrucción». Desde una mirada tan sentida como distanciada, el capítulo se adentra en la comprensión sociológica de la desaparición del campesinado gallego y con él la erradicación de «la cooperación y el trabajo bien hecho que predominaba sobre la competitividad y la lógica del beneficio individual» en este tipo de entornos rurales. Según la autora, la erradicación de comunidades rurales sería uno de los efectos de la introducción de la economía de mercado en el campo, lo que implica a su vez «la búsqueda de un beneficio inmediato (...) que minó la base misma de las relaciones sociales comunitarias propia de las aldeas: *la ayuda mutua*». En palabras de Andrés, uno de los informantes del estudio más amplio en el que se basa este capítulo, *A Ulfe*, «el reloj dejaba de estar parado para empezar a cronometrar el tiempo de la producción agrícola».

En la investigación cualitativa estamos habituados a aproximarnos a las interpretaciones de la realidad social producidas a partir del análisis de textos sociales en su mayoría generados ad hoc en situaciones de mayor o menor ocurrencia natural. En pocas ocasiones se considera en los manuales de investigación cualitativa, menos aún en los disponibles en castellano, las aproximaciones a los textos sociales no producidos específicamente en situaciones de investigación. Hacemos referencia a documentos y artefactos (cine, prensa, programas de televisión, diseños urbanísticos, programas informáticos...) en un contexto en el que el consumo y los medios de in-

formación están estrechamente relacionados con los procesos de identificación y de movilización, así como con la reproducción de las desigualdades sociales.

Las prácticas de análisis en esta Cuarta Parte, «Análisis material», se muestran atentas a otros géneros discursivos y al papel mediador de las imágenes, las tecnologías digitales y los diseños urbanísticos respectivamente y, por tanto, a los órdenes sociales que estas mediaciones disponen.

Ángel J. GORDO (Capítulo 9) ejemplifica la necesidad de atender al uso que hacemos de los signos mientras reproducimos imágenes específicas de lo social. En semejante contexto, el análisis del discurso presentado parte de una consideración genealógica acerca de las relaciones de los jóvenes con los avances tecnológicos para pasar seguidamente a considerar el auge de las tecnologías sociales, como el Messenger, y su masiva popularidad entre los más jóvenes en un escenario actual de estancamiento del desarrollo de la sociedad de la información en países como el nuestro con una escasa actividad bancaria y comercial en la red. Al igual que otros trabajos en este volumen, plantea, a su vez, que ante las amenazas de tecnificación de las prácticas discursivas queda mirar atrás e insistir, como ya hiciera el giro interpretativo en las Ciencias Sociales, en la idea de sujetos involucrados y activos en la transformación de las estructuras y las relaciones sociales. Este reconocimiento, según el autor, pasa igualmente por considerar que las nuevas tecnologías de la comunicación «también son parte indiscutible y central de la materialidad que acompañan y vehicula actualmente los procesos de estructuración social, sus ordenaciones y subordinaciones emergentes».

En su trabajo, Araceli SERRANO (Capítulo 10) se aproxima al uso de materiales culturales y se centra en el análisis ideológico y sociológico de uno de los géneros discursivos omnipresentes en nuestra cotidianidad: la publicidad. A pesar de la constatada y renombrada centralidad de la imagen en las sociedades contemporáneas, todavía queda mucho por avanzar en la consideración de cómo enfrentarnos a lo visual, cómo analizar la relación del lenguaje de las imágenes con otro tipo de lenguajes y códigos (auditivo, lingüístico y metalingüístico) o cómo podemos acceder al estudio de sus efectos en los observadores; ya que, como señala Serrano, cuando hablamos de imágenes «lo que está en juego no es una mera innovación metodológica, sino una reflexión epistemológica, una mirada discursiva, pero icónicamente formada». Y es aquí donde la autora se desmarca de los estudios culturales estadounidenses de nueva ola, en la medida que plantea que el análisis visual requiere un abordaje sociohistórico, en el que se ubiquen las formas de mirar e interpretar de los consumidores, los espectadores y los propios investigadores al tiempo que se consideran las imágenes «en un campo de fuerzas, de grupos sociales en conflicto que luchan por defender sus intereses e imponer su manera de percibir y valorar el mundo, así como sus posibilidades de transformación».

A modo de observación etnográfica, Nydza CORREA (Capítulo 11) expone un análisis visual del espacio urbano, apoyado por la toma de fotografías como instrumento de registro y análisis. El capítulo «visualiza» a su vez un correlato entre la prepon-

derancia de la imagen en nuestras vidas y ritmos de las ciudades y la transformación polisémica en el campo de la ciencia, entendida no solo en complejidad sino en un espacio de multiplicidad. De este modo, el capítulo retoma una tradición analítica iniciada por Georg Simmel cuando explora la relación entre la metrópolis y la vida mental, continuada por Walter Benjamin, al analizar la relación entre el sujeto moderno y la ciudad como evento cotidiano, o incluso las nociones situacionistas de las derivas y sociedad del espectáculo que proponen, al igual que Montenegro y Pujol, el estudio de las prácticas de la vida diaria y el análisis del espacio público. Por último, se presenta una recapitulación del recorrido visual por la ciudad centrada en un sector de San Juan de Puerto Rico, El Condado, huella de las transformaciones sociales y económicas y planificado para la vivienda y el ocio, como ejemplo de análisis y de modo parecido al capítulo acerca del Raval de Barcelona, como instancia expresiva, experiencial y transformadora.

• • •

La cuestión metodológica, bien sea entendida como canon o conjunto de técnicas, o bien como apropiación subjetiva, reflexiva y epistemológicamente mediada, irremediablemente se fragua y constituye a lo largo de unas condiciones de posibilidad, y de un contexto tecnocientífico. La propia dimensión sociohistórica de la investigación social interpela a vivir la tensión entre el legado histórico y su continuo proceso de redefinición y actualización, tanto en sus formas de mirar como en sus modalidades de intervención. En respuesta a esta evidencia, el libro conjuga *prácticas* cualitativas de amplio recorrido y aceptación en la investigación social (la entrevista, la observación participante, el grupo de discusión, el análisis del discurso) con otras aproximaciones más novedosas (el grupo triangular), desplazadas (metodología histórica), renegadas (teoría psicoanalítica) o aquellas otras, hasta la fecha, metodológicamente inconmensurables (la cultura material y sus distintas manifestaciones en lo visual y/o urbanístico).

Esperamos que las personas a las que llegue este texto reconozcan a su vez, desde el quehacer de sus investigaciones, docencias y aprendizajes, que el propósito del mismo se fraguó desde un contexto de enunciación específico —la Academia—, en el que debido a la imperante necesidad de producción rápida en un contexto cada vez más insuflado de precariedad, tanto en las políticas de contratación como en las formas de producción de conocimiento y en las relaciones sociales (postfordistas), la tecnocracia metodológica imperante y la respuesta y producción armónica con estos órdenes a menudo no encuentra resistencia a su paso arrollador, menos aún desde esfuerzos colectivos sociohistórica e internacionalmente articulados, *en vivo*.

Por último quisiéramos agradecer la confianza que Raquel del Hoyo depositó desde un primer momento en este proyecto, las facilidades y contactos que puso a nuestra disposición cuando fácilmente podríamos haber cejado en el intento. Por ende, agradecer el buen hacer editorial de Alberto Cañizal y de María Varela al igual que la excelente labor de traducción de Olga Abásolo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. (1998): *La mirada cualitativa en Sociología*, Madrid: Fundamentos.
- BANISTER, P.; BURMAN, E.; PARKER, I.; TAYLOR, M., y TINDALL, C. (2004): *Métodos cualitativos en psicología*, Guadalajara: Centro Universitario de Ciencias de la Salud.
- BLANCHET, A. (1989): *Técnicas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid: Narcea.
- BOURDIEU, P.; CHAMBOREDOM, J. C., y PASSERON, J. C. (1975): *El oficio de sociólogo*, Madrid: Siglo XXI
- CALLEJO, J.; GUTIÉRREZ, J., y VIEDMA, A. (2003): *Análisis empírico de la demanda turística*, Madrid: Editorial Centro de Estudios Ramón Areces S.A.
- CORBETTA, P. (2003): *Metodología y técnicas de investigación social*, Madrid: McGraw Hill.
- DELGADO, M., y GUTIÉRREZ, J. (coord.) (2004): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid: Síntesis.
- FLICK, U. (2004): *Introducción a la investigación cualitativa*, Madrid: Morata y Paideia.
- GARCÍA FERRANDO, M.; IBÁÑEZ, J., y ALVIRA, F. (coord.) (2003): *El análisis de la realidad social*, Madrid: Alianza Universidad Textos
- IBÁÑEZ, J. (1985): *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*, Madrid: Siglo XXI.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2003): «¿Qué significa argumentar en Sociología? El razonamiento sociológico según Jean-Claude Passeron», en *Revista Española de Sociología*, núm. 3, págs. 51-67.
- MORIN, E. (1981): *El método. La naturaleza de la naturaleza*, Madrid: Cátedra.
- NEURATH, O. (1974): *Fundamentos de las ciencias sociales*, Madrid: Taller de ediciones JB.
- ORTÍ, A. (1994): «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo», en GARCÍA FERRANDO, M.; IBÁÑEZ, J., y ALVIRA, F. *El análisis de la realidad social*, Madrid: Alianza Universidad Textos, págs. 189-221.
- ORTÍ, A. (1993): «El proceso de investigación de la conducta como proceso integral: Complementariedad de las técnicas cuantitativas y de las prácticas cualitativas en el análisis de las drogodependencias», en VV.AA., *Las drogodependencias. Perspectivas sociológicas actuales*, Madrid: Ilustre Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología.
- PARKER, I. (2005): *Qualitative Psychology: Introducing Radical Research*, Maidenhead y Nueva York: Open University Press.
- PRECARIAS A LA DERIVA (2004): *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- RUIZ OLABUÉNAGA, J. I. (1996): *Metodología de la investigación cualitativa*, Bilbao: Universidad de Deusto.
- VAL, C. DEL, y GUTIÉRREZ, J. (2005): *Prácticas para la comprensión de la realidad social*, Madrid: McGraw-Hill
- VALLES, M. S. (1997): *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*, Madrid: Síntesis.

Nota sobre los autores

Fernando Álvarez-Uría es profesor titular de Sociología en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense. Entre sus últimas publicaciones, en colaboración con Julia Varela, están *Sociología capitalismo y democracia* (Ed. Morata) y *Materiales de sociología del arte* (de próxima aparición en Siglo XXI) (furia@cps.ucm.es).

Alejandro Baer es profesor del departamento de Antropología Social de la Universidad Complutense. Su interés investigador y sus publicaciones se han centrado en la metodología biográfica e historia oral, memoria social e identidades colectivas y metodología de investigación con medios audiovisuales (abaer@cps.ucm.es).

Elena Casado Aparicio es profesora en el departamento de Sociología V de la Universidad Complutense. Sus últimas publicaciones e investigaciones se desarrollan fundamentalmente en dos direcciones: la violencia de género en parejas heterosexuales, continuando su interés por la teoría feminista y las relaciones de género, y la sociología de la comunicación y la cultura (e.casado@cps.ucm.es).

Fernando Conde es licenciado en Sociología e investigador social; director de CIMOP (Comunicación, Imagen y Opinión Pública); y fundador y profesor del curso de postgrado «Praxis de la sociología del consumo» de la Universidad Complutense. Ha desarrollado un amplio número de investigaciones en el campo del consumo, de la salud, del urbanismo y, en general, de la investigación social y de mercados. Es autor de diversas publicaciones en el terreno de las metodologías de la investigación social (fconde@cimop.com).

Nydza I. Correa de Jesús es doctora en Psicología Social y catedrática de Psicología. Trabaja en el departamento de Psicología de la facultad de Ciencias Sociales, de la Universidad de Puerto Rico (ncorrea@uprrp.edu).

Andrés Davila Legerén es doctor en Sociología por la UPV/EHU y licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense. Cuenta con el

título propio de la Universidad Complutense en «Praxis de la sociología del consumo». Desarrolla actualmente su labor tanto docente como investigadora en la Universidad del País Vasco (andres.davila@ehu.es).

Christian Ingo Lenz Dunker es psicoanalista y profesor en el departamento de Psicología Clínica de la Universidad de São Paulo (Brasil). Miembro de la Escuela del Campo Lacaniano. Autor de «Lacan and the Clinic of Interpretation» (Hacker, 1996) y de «The Neurotic Claculus of the Juisance» (Escuta, 2002). Sus intereses de investigación incluyen la política y el psicoanálisis, y la teoría del sujeto en Lacan (chrisdunker@uol.br).

Mario Domínguez Sánchez-Pinilla es doctor en Sociología por la Universidad Complutense y licenciado en Ciencias Políticas y Sociología, así como en Geografía e Historia, por esta universidad. Obtuvo un máster en Investigación Social por el CIS y actualmente imparte docencia sobre cuestiones de teoría sociológica contemporánea en la Universidad Complutense (mariodos@cps.ucm.es).

Lucila Finkel es profesora en el departamento Sociología IV (Metodología de la Investigación Social y Teoría de la Comunicación) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense. Licenciada en Sociología (Universidad Complutense de Madrid, 1990), Master of Arts (MA) en Sociología (Universidad de California, Los Ángeles, UCLA, 1993) y diploma de estudios avanzados (DEA) (Universidad Complutense de Madrid, 2005) (lfinkel@cps.ucm.es).

Antonio Agustín García es profesor en el departamento de Sociología V de la Universidad Complutense de Madrid y lo fue anteriormente en el departamento de Sociología y Política Social de la Universidad de Murcia. En sus trabajos aborda la construcción de las identidades de género masculinas y, desde esta perspectiva, investiga la violencia de género en parejas heterosexuales (agny02@hotmail.com).

Ángel J. Gordo López es profesor en el departamento de Sociología IV de la Universidad Complutense, miembro de la Unidad del Discurso (www.discourseunit.com) y coordinador del grupo de investigación Cultura Digital y Movimientos Sociales (www.cibersomosaguas.com) (ajgordol@cps.ucm.es).

Marisela Montenegro Martínez es profesora del departamento de Psicología Social de la Universidad Autónoma de Barcelona. Sus intereses fundamentales giran en torno a las perspectivas participativas de intervención y acción social, y al estudio de los movimientos sociales. Asimismo, se interesa por las metodologías cualitativas de investigación social, especialmente en perspectivas que privilegian la construcción de conocimiento a partir del diálogo con agentes sociales (marisela.montenegro@uab.cat).

Ian Parker es catedrático de Psicología en la Unidad del Discurso, Universidad Metropolitana de Manchester (www.discourseunit.com). Entre sus últimas publicaciones está *Revolución en Psicología* (de próxima aparición en Catarata) (I.A.Parker@mmu.ac.uk).

Pilar Parra Contreras es profesora en el departamento de Sociología IV de la Universidad Complutense. Ha participado en la realización del trabajo de campo de diferentes proyectos de investigación I+D y en el informe de resultados, entre los que destaca el libro *Género, ciudadanía y sujeto político*, Institut Universitari d'Estudis de la Dona, 2002 (coord. Neus Campillo Iborra) (pparra@cps.ucm.es).

Joan Pujol es profesor de Psicología Social en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha trabajado como profesor en la Universidad de Huddersfield (Reino Unido) y realizado estancias de investigación en la Universidad de Reading (Reino Unido). Su trabajo desarrolla una perspectiva corporeizada de los fenómenos sociales tanto a nivel conceptual como metodológico, con especial atención a los procesos de gubernamentalidad (joan.pujol@uan.cat).

Araceli Serrano Pascual es licenciada y doctora en Sociología por la Universidad Complutense (1989 y 1995, respectivamente). Profesora de Métodos y Técnicas de Investigación Social de la Facultad de Sociología por la misma universidad. Miembro del equipo docente del curso de postgrado «Praxis de la sociología del consumo». Líneas de reflexión e investigación: desigualdad social y procesos de exclusión social y metodología de la investigación (araceli@cps.ucm.es).

Julia Varela es catedrática de Sociología en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. Entre sus últimas publicaciones, en colaboración con Fernando Álvarez-Uría, están *Sociología, capitalismo y democracia* (Ed. Morata), y *Materiales de sociología del arte* (de próxima aparición en Siglo XXI) (jvarela@fis.ucm.es).

P A R T E

**GENEALOGÍA Y SOCIOANÁLISIS
EN LA INVESTIGACIÓN CUALITATIVA**

CAPÍTULO 1

El método genealógico: ejemplificación a partir del análisis sociológico de la institución manicomial

Fernando Álvarez-Uría

INTRODUCCIÓN

La sociología es la ciencia que estudia la formación, la estructura y el cambio de las sociedades, es un saber que nació como alternativa a la economía política y a la sociedad de mercado, pero también como un observatorio de las instituciones sociales al servicio de la sociedad. La sociología surgió, tras la Revolución francesa, y tras el inicio de la revolución industrial en Inglaterra, en el marco de sociedades sujetas a transformaciones democráticas y a riesgos de involución en el absolutismo, para prestar un servicio de objetivación a los ciudadanos, es decir, un conocimiento que eventualmente podría servir para mejorar o transformar las instituciones, por lo que la sociología tuvo que formarse y desarrollarse en concordancia con la historia: es una ciencia que estudia la historia del presente y que, a su vez, en cuanto ciencia, sufre transformaciones en el transcurso de la historia. Adorno señalaba en el último curso que impartió poco antes de su muerte que «la consideración histórica no es algo al margen de la sociología, sino algo central en ella; y una de las diferencias esenciales entre una teoría crítica de la sociedad, entre las cuales la teoría marxista es prototípica, y la sociología en sentido estrecho, tal como Habermas la ha criticado (...), es justamente el papel decisivo que se asigna a la historia» (ADORNO, 1996) ¹.

Si comparamos las obras de los grandes sociólogos clásicos con el grueso de las producciones de la sociología occidental realizadas durante el siglo XX, comprobamos que una de las innovaciones fundamentales de la sociología hegemónica norteameri-

¹ En estas lecciones Adorno señala que el camino de la crítica social, que la sociología dominante pasa por alto, debe buscarse justamente en el «carácter constitutivo de la historia para la sociedad» (ADORNO, 1996: 194).

cana, por no decir la principal, es el progresivo abandono del recurso a la historia. Desde el funcionalismo, pasando por la gran teoría, el empirismo abstracto, la investigación-acción, los análisis multivariables o el marxismo analítico, el denominador común de la mayor parte de los nuevos estilos sociológicos de pensar implica la volatilización de las referencias a la historia. La mayor parte de los datos obtenidos mediante técnicas tanto cuantitativas como cualitativas suelen ser recogidos por los sociólogos en la actualidad al margen de consideraciones históricas, pues tienden a privilegiar los análisis de las estructuras en detrimento del cambio social en un espacio y un tiempo social circunscrito a la contemporaneidad. Peter Burke señaló que repentinamente, alrededor del año 1920, antropólogos y sociólogos rompieron con el pasado. Burke responsabiliza en buena medida al funcionalismo de Bronislaw Malinowski de esta ruptura, pero la explicación es sin duda más compleja y requiere una explicación sociológica más matizada (BURKE, 1987) ².

¿Cómo, por qué, a través de qué procesos se produjo la deshistorización de la sociología, es decir, por qué se produjo lo que el sociólogo Norbert Elias calificó como «el reitamiento de los sociólogos en el presente»? Hemos intentado avanzar una línea de respuesta a esta cuestión en otro lugar (ÁLVAREZ-URÍA y VARELA, 2004) ³. En todo caso los efectos de renunciar a la historia se dejan sentir fuertemente en las producciones sociológicas actuales, pues si no hay historia, si el presente de la vida social es contemplado al margen de la tensión existente entre el pasado y el futuro, si no hay cambio social, tampoco hay esperanza de superar el actual escenario neoliberal que se ha impuesto en nuestras sociedades desde los años ochenta, y que se presenta justamente a través de uno de sus destacados abogados, Francis Fukuyama, como el fin de la historia.

SOCIOLOGÍA E HISTORIA

En 1895 Émile Durkheim publicó *Las reglas del método sociológico*, un importante libro de metodología en el que definía a la sociología como la ciencia de las instituciones, de su génesis y de su funcionamiento (DURKHEIM, 1981). Abundan las lecturas positivistas y funcionalistas de la obra de Durkheim, y es frecuente encontrar en los manuales de teoría sociológica la acusación de que el sociólogo francés incurrió constantemente en el «sociologismo». Si los sociólogos siguiesen más de cerca los consejos metodológicos de Durkheim, leerían las producciones sociológicas, incluidas las del propio Durkheim y las propias, a la luz de la historia, y no como si se tratara de obras intemporales. En *Las Reglas* el sociólogo francés presenta su forma de proceder, su modo de acceso a la objetividad científica, y para abordar «los hechos

² Hemos intentado mostrar que entre la pintura europea de finales del siglo XIX y el funcionalismo de Malinowski existió una especie de afinidad electiva (VARELA y ÁLVAREZ-URÍA, 2008, Capítulo IV sobre «Arte y conocimiento»).

³ El análisis de Elias sobre la deshistorización de la sociología está recogido en el libro editado por VARELA (1994): *Norbert Elias, Conocimiento y poder*. Madrid: La Piqueta, págs. 195-231.

sociales como cosas», en su materialidad dinámica, es decir, contemplando los hechos como vectores sociales, aboga por el «método genético». Durkheim coincide con Karl Marx y Max Weber, entre otros grandes sociólogos clásicos, en privilegiar el análisis histórico como una vía sólida de acceso al análisis del mundo social para intentar comprender el presente. Años más tarde, subrayó la importancia del recurso a la historia en el análisis sociológico de las instituciones: «La institución es un todo complejo formado de partes. Hay que conocer estas partes, explicar cada una de ellas por separado, así como el modo mediante el cual llegaron a formar un conjunto. Para descubrir todo esto no basta con considerar la institución en su forma acabada y actual, ya que en la medida en que estamos habituados a ella nos parecerá más bien simple. En todo caso nada indica en la institución dónde comienzan y dónde terminan los diferentes elementos de los que está formada. (...) Es preciso un instrumento de análisis para hacerlos visibles, y es la historia quien juega este papel. (...) Además, solo la historia permite explicar. En efecto, explicar una institución es dar cuenta de los elementos diversos que sirven para conformarla, mostrar sus causas y sus razones de ser (...). El único medio para llegar a saber cómo surgió cada uno de sus elementos es observándolos en el instante mismo en el que nacieron, asistiendo a su génesis; ahora bien, esta génesis tuvo lugar en el pasado, y, por consiguiente, únicamente puede ser conocida por mediación de la historia. (...) La sociología es, por tanto, en gran medida un tipo de historia entendida de una determinada manera» (DURKHEIM, 1998: 187⁴). DURKHEIM denominó al método genealógico o genético el «método de las variaciones concomitantes».

La asociación de la sociología con la historia, tal y como la plantearon Karl Marx, Max Weber y Émile Durkheim, es decir, los tres grandes sociólogos clásicos, se quebró en el siglo XX con la hegemonía de la sociología norteamericana. Sin embargo un discípulo de Émile Durkheim, Ferdinand Braudel, continuador de la Escuela de Annales desarrollada por historiadores que se sirvieron de categorías sociológicas, como Lucien Febvre y Marc Bloch, llegó a escribir que no veía diferencia alguna «entre la sociología del arte y la historia del arte, entre la sociología del trabajo y la historia del trabajo, entre la sociología literaria y la historia literaria, entre la historia religiosa (...) y la sociología religiosa» (BRAUDEL, 1990: 118).

En 1909 Marcel Mauss, siguiendo las propuestas metodológicas de su tío Émile Durkheim, dedicó un capítulo del libro sobre *La oración* a glosar el método genealógico o genético, y al igual que su tío reclamó para la sociología el recurso a la historia a través de tres pasos sucesivos: la definición del objeto de estudio, la observación del objeto de estudio, es decir, el análisis de su génesis y, en fin, la ex-

⁴ El libro *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, editado por Santiago González Noriega (Alianza, 1998), contiene textos sociológicos —no filosóficos como confusamente da a entender el título del mismo— en los que Durkheim asocia la sociología con la historia: «La concepción materialista de la historia» (1897), «La historia y las ciencias sociales» (1903), «Debate sobre la explicación en historia y en sociología» (1908), entre otros.

plicación de sus transformaciones hasta el presente. Explicar es establecer entre los hechos un orden racional de carácter causal. La genealogía trata justamente de mostrar cómo se ha pasado de formas más rudimentarias a formas más desarrolladas. Operamos así con una explicación genética. Hemos de partir por tanto del análisis histórico de las formas más elementales, para explicar cómo se pasó a formas cada vez más complejas, y así sucesivamente hasta llegar a las más recientes. Mauss abogó por la superioridad del método genealógico o genético sobre cualquier otro método: «la explicación genética ofrece ciertas ventajas. Sigue el orden de los hechos y, de este modo, deja menos posibilidades a la equivocación. Por eso mismo hace más difíciles las omisiones ya que una laguna es una secuencia de la evolución y crearía una solución de continuidad que sería advertida en el acto. Es más, cuando asistimos a la génesis de los hechos, podemos calibrar mejor su naturaleza». Y más adelante escribe: «La clasificación genealógica nos da un cuadro razonado de la génesis, nos da a conocer sus factores determinantes» (MAUSS, 1970).

A pesar de que tras la Segunda Guerra Mundial la sociología hegemónica en los Estados Unidos fue la gran teoría funcionalista y el empirismo abstracto, por emplear las expresiones acuñadas por Wright Mills, la sociología europea no abandonó totalmente el análisis de la causalidad en la historia, como muy bien pusieron de manifiesto, entre otros libros, *El proceso de la civilización* de Norbert Elias, que data de 1939, y *La historia de la locura en la época clásica* de Michel Foucault, que data de 1961. Elias y Foucault retomaron de los sociólogos clásicos el método genealógico de análisis, pero no estuvieron solos: Karl Polanyi, Herbert Marcuse y el propio Erich Fromm, entre otros, asumieron en muchas de sus obras la propuesta de sociología histórica avanzada por Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (WEBER, 2001)⁵. Pero fue sobre todo en Francia, a partir de los años setenta, en donde los trabajos sociológicos realizados especialmente por Robert CASTEL (1976) y Jacques DONZELOT (1984, 1977), en íntima relación con los elaborados por Michel FOUCAULT (1975), pusieron de manifiesto las potencialidades críticas de la sociología genealógica o histórica.

Hubo un tiempo, no muy lejano, en el que prácticamente la sociología fue un pleonismo de la historia social. El objetivo de la sociología crítica no es tanto conocer por conocer cuanto contribuir al cambio social. En el prefacio a la primera edición de la tesis doctoral de Émile Durkheim, titulada *De la división del trabajo social*, señalaba el sociólogo francés que el conocimiento sociológico no es un mero ejercicio académico para aproximarse a la realidad social, sino también un conocimiento des-

⁵ Una elaborada sistematización de la sociológica histórica, tal y como la puso en práctica Max Weber, así como la historización de los tipos ideales, puede verse en Stephen KALBERG, *Max Weber's Comparative Historical Sociology*. Cambridge: Polity Press, 1994. Sobre el vínculo existente entre la genealogía y la sociología de los sociólogos clásicos véase Julia VARELA y Fernando ÁLVAREZ-URÍA, *Genealogía y sociología. Materiales para repensar la Modernidad*, Buenos Aires: El cielo por asalto, 1997, cap. II.

tinado a transformarla y mejorarla: «consideraríamos —escribe— que nuestras investigaciones no merecerían ni una hora de esfuerzo si únicamente tuviesen un interés especulativo. Si separamos cuidadosamente los problemas teóricos de los problemas prácticos no es porque descuidemos estos últimos, es, más bien al contrario, para ponernos en situación de resolverlos mejor» (DURKHEIM, 1978). Las palabras de Durkheim pueden ser leídas a la luz de la tesis XI de Marx sobre Feuerbach: «Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo». La sociología no debe por tanto ser confundida con una filosofía de la historia. El punto de partida de una investigación sociológica es siempre un problema del tiempo presente o, si se prefiere, una problematización.

GÉNESIS Y CAMBIO SOCIAL DE UNA INSTITUCIÓN TOTAL

Con el fin de ilustrar la sucesión de pasos que exige la aplicación del método genealógico de análisis a una problematización voy a referirme a una investigación que yo mismo realicé sobre el poder psiquiátrico y sus funciones sociales en la sociedad española (ÁLVAREZ-URÍA, 1983). Para ello me voy a centrar en los siguientes cuatro apartados fundamentales de toda investigación genealógica:

- Problematización
- Datos secundarios y periodización
- Proceso de constitución del campo
- Proceso de transformación del campo

Por último me referiré muy brevemente a la difusión de los resultados obtenidos, es decir, a la transmisión del conocimiento sociológico una vez que ha sido elaborado y formalizado al final de la investigación. Me parece que la cuestión de la difusión del conocimiento sociológico en informes, artículos, libros, seminarios y congresos está íntimamente vinculada con la cuestión de para qué y para quién trabajan los sociólogos. En realidad los sociólogos pueden plantearse problemas académicos, intentar responder a demandas del Estado, o del mercado, pero también pueden actuar como profesionales dispuestos a responder a demandas sociales específicas, es decir, trabajar al servicio de colectivos sociales que precisan la objetivación, y por tanto la clarificación, para la resolución de sus problemas o de problemas que asedian a toda una sociedad. En el punto de partida de los análisis genealógicos se encuentran casi siempre determinados problemas candentes de nuestro tiempo que es preciso afrontar y resolver. En este sentido la sociología histórica, la genealogía, el método genealógico de investigación social responden a determinadas demandas sociales.

Problematización

El principal objetivo de una investigación sociológica es contribuir a ampliar los conocimientos científicos, es decir, producir nuevos conocimientos, descubrimientos e innovaciones, en el campo del saber. Para hacer visible lo que permanecía invisible, fuera de nuestro campo de percepción, y por tanto al margen de nuestra reflexión, el sociólogo asume como punto de partida un compromiso con la verdad. Pero la búsqueda de la verdad no es simplemente una actitud inicial ante el mundo social, sino también una fuerza que atraviesa toda la indagación, desde los inicios hasta el punto de llegada. Esto significa que es preciso ir más allá de las ideas recibidas, más allá de las ideas preestablecidas, incluidas las preestablecidas y arraigadas en la conciencia del propio investigador, para adentrarse en terrenos desconocidos, con frecuencia poco o mal explorados. En ocasiones esos territorios desconocidos o poco explorados son instituciones sociales que están, como *La carta robada* de Edgar Allan Poe, a la vista de todos, de modo que al darse por supuestos pasan prácticamente desapercibidos.

Cárceles, manicomios, escuelas, familias, planes urbanísticos, fundaciones, bancos o residencias de ancianos son instituciones sociales que han surgido en determinados momentos de la historia, por razones determinadas, y se ven afectadas por los cambios que atraviesan las sociedades. A su vez las instituciones sociales y sus transformaciones contribuyen a conformar un determinado tipo de sociedad. Muchas veces estas instituciones públicas o privadas, por el mero hecho de estar ahí, se ven sistemáticamente naturalizadas, privadas de su historicidad, de modo que se perpetúan ajenas a la menor problematización, como si se tratase de realidades incuestionables, eternas. Un primer modo de cuestionar la naturalización de las instituciones es reenviarlas a la historia, considerarlas vinculadas a un tiempo y a un espacio social específicos, es decir, plantear preguntas sobre su génesis y su lógica de funcionamiento, sobre los factores que propiciaron sus cambios, en fin, dar cuenta de las razones de su supervivencia hasta el momento presente. La genealogía comienza por inscribir en la historia instituciones sociales que son generalmente asumidas como si fuesen transhistóricas.

Durante los años de mi formación académica como sociólogo me interesé por la sociología de las enfermedades mentales a partir de la lectura de los libros de Michel Foucault, y del seguimiento de sus cursos en el Colegio de Francia, así como en los cursos de sociología impartidos por Robert Castel en el Departamento de Sociología de la Universidad de Vincennes. A comienzos de los años setenta en España, al igual que en toda Europa, había planteado un amplio debate sobre los manicomios, pero personalmente no sabía muy bien cómo orientar mi investigación. Empecé por visitar algún manicomio español, como el de Oviedo o el de Santa Isabel de Leganés, así como por intentar participar como observador participante en el Hospital de día para enfermos mentales integrado en el Hospital Francisco Franco (en la actualidad Gregorio Marañón) de Madrid, un servicio de salud mental que entonces dirigía el

doctor Enrique González Duro. Mi solicitud fue admitida por enfermos y terapeutas, y prácticamente durante seis meses acudía una o dos veces a la semana a la asamblea de enfermos que se realizaba por la mañana, así como a sesiones clínicas y de terapia familiar o de expresión artística. En ese momento del tardofranquismo el enfermo mental estaba estigmatizado, marcado a fuego por el sello infamante de la peligrosidad social, una imagen de marca heredada del Antiguo Régimen. De hecho el manicomio que yo visité entonces en Oviedo, La Cadellada, era un campo de concentración con alambradas en el que los enfermeros actuaban sobre los enfermos con la fuerza y la violencia de los centinelas de un cuartel de paramilitares ante los extraños. Recuerdo que cuando me adentré por primera vez en el jardín del manicomio de Leganés, un enfermo mental posó su mano temblorosa sobre mi hombro para pedirme un cigarrillo, y por un momento pensé que mi vida corría peligro. Tal era el temor que inspiraba la locura a quienes no estábamos familiarizados con ella. En esa época el estigma de la peligrosidad social de los locos estaba aún muy vivo en toda la sociedad española. En realidad cuando se produjeron esas primeras aproximaciones al mundo de los enfermos mentales institucionalizados mi objeto de estudio era todavía un problema borroso e indefinido. No sabía muy bien qué estudiar ni por dónde empezar. Solo sabía que el manicomio era para mí un mundo opaco y misterioso, a la vez temido y atractivo, un mundo que era susceptible de ser objeto de la comprensión y explicación sociológicas. No fue preciso un largo tiempo de observación para percibir dos hechos que guiaron mi investigación genealógica. El primero fue la existencia de un estrecho vínculo entre los delirios de la locura y la historia personal y social del enfermo. Recuerdo en este sentido, por ejemplo, el caso en el hospital de día de un enfermo diagnosticado de paranoia que había perdido un ojo en un accidente y a quien, en clara compensación, se le aparecía con frecuencia el Espíritu Santo. El segundo fue precisamente la enorme contradicción existente entre la presunta peligrosidad social de los enfermos mentales y la realidad de unos enfermos pacíficos, cariñosos, necesitados de cuidados y de atención pues estaban más acostumbrados a recibir golpes que a devolverlos, enfermos, en fin, marcados por una especie de «indefensión aprendida». ¿De dónde venía el estigma de peligrosidad de los enfermos mentales que en la práctica resultaba a todas luces injustificado?

Durkheim decía en *Las reglas del método sociológico* que buscar las paradojas es propio de los sofistas, pero rehuir las, cuando vienen impuestas por la observación, es un acto de cobardía. Decir la verdad forma parte del código deontológico que el sociólogo debe tener presente en toda investigación sociológica. El encierro manicomial me pareció entonces casi naturalmente una patología monstruosa de nuestras sociedades, la mejor expresión de la dictadura militar franquista expresada por otros medios. Era preciso problematizar esa violencia instituida y metamorfoseada en tratamiento, era preciso estudiar su génesis, dar cuenta de su lógica de funcionamiento, así como la lógica de los intereses en juego. Desde muy pronto fui consciente de que un análisis sociológico del orden manicomial podría contribuir a proyectar alguna nueva luz sobre posibles alternativas al tratamiento de los enfermos mentales. En ese

camino no estaba solo pues enfermos, familiares de enfermos, enfermeros y psiquiatras críticos con el horror y con los malos tratos, críticos con la violencia institucional convertida por desgracia a lo largo de la historia en un hábito, así como sindicatos y partidos políticos progresistas, movimientos sociales alternativos, se daban entonces cita en la Red europea de alternativas a la psiquiatría.

Partía por tanto de una institución instituida desde el siglo XIX hasta el presente, el manicomio, e intentaba entender su lógica social de funcionamiento, así como las fuerzas que hicieron posibles sus transformaciones. Para comprender la lógica manicomial era preciso dar un rodeo por la historia de esta institución, analizar su génesis, describir el desarrollo de su funcionamiento, y sus cambios, hasta llegar al presente. ¿Cómo había sido posible el manicomio? ¿Cómo y por qué las sociedades democráticas aceptaron y promovieron la institución manicomial? ¿Cómo y por qué este tipo de establecimiento terapéutico se había perpetuado hasta el tiempo presente? Mi objetivo era hacer una historia del presente del orden manicomial así como comprender y explicar el papel que desempeñaba esta institución en la sociedad española. Pero, para andar ese camino, una vez más no estaba solo: era posible, y a la vez preciso, recurrir a un importante fondo social de conocimiento.

Datos secundarios y periodización

A pesar de que mi objeto de estudio en un primer momento aún no estaba muy bien definido, al menos había comenzado a circunscribirlo, como diría Marcel Mauss. A partir de entonces el metro, el autobús, las conversaciones con los amigos, la prensa, es decir, todo lo que formaba parte de mi vida social y cultural comenzó a entrar en relación con el problema de los locos que se había convertido también en mi problema. Recuerdo, por ejemplo, haberme bajado de un taxi en Madrid cuando un taxista afirmó rotundo que había que eliminar a todos los enfermos mentales porque son un estorbo para la sociedad. ¿Cuál era la raíz de esa violencia extrema contra personas generalmente más sensibles que el resto de los mortales y atenazadas por el dolor? ¿Por qué se producían contra los enfermos mentales esas violaciones de los derechos humanos que no eran tan solo la expresión del dominio de una clase sobre otra pues también mostraban una especie de racismo antiloco sujetos pertenecientes a las clases sociales dominadas? Desconocía la respuesta o las respuestas, pero desde entonces se trataba de un misterio que era preciso resolver sociológicamente, apelando a la historia.

La documentación escrita, los datos secundarios sobre mi objeto de investigación, se podrían agrupar en tres grandes grupos fundamentales:

1. En primer lugar estaban los trabajos de sociología histórica o de genealogía, a la vez que los trabajos de sociología de las enfermedades mentales, fuesen o no investigaciones de sociología histórica. En este apartado ocupaban un lugar principal las contribuciones de Michel Foucault, Robert Castel, Jacques Donzelot,

Georges Canguilhem, pero también las de Erving Goffman, Howard S. Becker, Gresham M. Sykes, Robert K. Merton, Edwin Lemert, Albert Cohen y otros sociólogos norteamericanos que trabajaron sobre la sociología de las desviaciones sociales prácticamente sin referirse a la historia.

2. En segundo lugar estaban las contribuciones de los historiadores. Me interesaban las historias sociales de España, y especialmente las de los siglos XIX y XX, pero sobre todo me interesaba la historia de la medicina, y más concretamente la historia de la psiquiatría española. En la cátedra de Historia de la medicina de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, que regentaba entonces don Pedro Laín, tuve acceso a las investigaciones del propio Laín, así como a las de Jesús Albarracín, José Luis Peset y Diego Gracia. Había allí una buena biblioteca con un importante fondo de revistas, así como un clima de trabajo y de libertad que constituía un oasis en el calcáreo panorama de la Universidad franquista. Con los entonces jóvenes investigadores, con José Luis Peset, Diego Gracia, Rafael Huertas, me une, a partir de esos años, una ya vieja amistad fruto de seminarios y largas discusiones. Ellos me facilitaron el acceso a la biblioteca de la Real Academia de Medicina en donde recibí del bibliotecario una generosa ayuda.
3. En fin, la tercera línea era la formada por los escritos de los propios psiquiatras, desde psiquiatras con sensibilidad sociológica, como Carlos Castilla del Pino, Ramón García y Enrique González Duro, hasta los más organicistas como López Ibor y Vallejo-Nágera. Estaban también algunos reportajes periodísticos como el viaje a través de los manicomios realizado por Ángel María de LERA (1972) en *Mi viaje alrededor de la locura*, y, por supuesto, las producciones de la antipsiquiatría, tanto la anglosajona representada por Laing y Cooper, como la francesa representada, entre otros, por Félix Guattari, y sobre todo la antipsiquiatría italiana representada por Franco y Franca Basaglia, y por Giovanni Jervis. En Italia los antipsiquiatras habían empezado por cuestionar el funcionamiento de los recintos manicomiales, y a sustituirlos por comunidades terapéuticas abiertas a la sociedad.

Las fuentes escritas constituyen un primer punto de apoyo para el investigador social pues otros con anterioridad han abierto ya sendas por las que se puede comenzar a avanzar, pero también esas mismas contribuciones son en ocasiones una fuente de perplejidad, pues las disonancias y las contradicciones que atraviesan el campo científico, convertido en un espacio de luchas, se expresan con toda claridad: desde los que defienden que la enfermedad mental es un mito, producto de una sociedad autoritaria y explotadora, o un viaje liberador del que se puede retornar, hasta los que afirman el carácter orgánico y hereditario de un tipo especial de enfermedad, la locura, que confiere a los que la padecen un cierto grado de peligrosidad, por lo que deben ser recluidos, tanto por su propio bien como en nombre de la defensa social.

Las fuentes escritas en muchas ocasiones cobran sentido a partir de encuentros, congresos, seminarios, conferencias, entrevistas con informantes cualificados. En este

sentido resultó para mi inolvidable la conferencia que impartió Franco Basaglia en la Cruz Roja de Madrid en la que entre otras cosas afirmó que los diagnósticos psiquiátricos tranquilizan al psiquiatra, pues mediante el recurso a un rótulo denominado «diagnóstico» el terapeuta consigue calmar su propia ansiedad. Sin embargo, esas formas psiquiátricas de clasificación, señalaba Franco Basaglia, dicen poco acerca del sufrimiento de los enfermos, y del desarrollo de su enfermedad.

¿Cómo abordar el estudio de la cuestión de la locura, un problema atravesado por todo tipo de pasiones y de intereses? Norbert Elias, el autor de *El proceso de la civilización*, aconsejaba a los sociólogos superar el reduccionismo atomístico de los físicos, y las especulaciones sin tierra de los metafísicos, para tratar de conciliar el «compromiso» con «el distanciamiento», la implicación apasionada con la frialdad reflexiva (ELIAS, 1990). Una de las ventajas de la metodología genealógica es que cuando los enfrentamientos arrecian en el presente es posible recurrir a un cierto distanciamiento remontando en el tiempo, en la historia, a la génesis de la institución estudiada.

En realidad, el recurso a las lecturas y a los datos secundarios debe proporcionar al investigador la capacidad de establecer un cierto estado de la cuestión, es decir, poder determinar, con un cierto grado de objetividad, cómo se ha resuelto hasta entonces el problema que es objeto del análisis, así como los debates que hay en juego. El resultado es un mapa más o menos impreciso que debe poder dar cuenta de las posiciones de los principales investigadores en el campo de estudio, pero también de sus diferentes orientaciones metodológicas, así como del valor de sus descubrimientos. En este sentido, tanto en esta fase como en la propia fase investigadora de acceso a las hemerotecas y a los archivos, el genealogista recurre a una técnica privilegiada de análisis: el análisis sociológico del discurso. El análisis sociológico del discurso, como se pone de manifiesto en el capítulo correspondiente de este mismo volumen, implica el análisis de contenido, pero también algo más, pues se trata de reenviar los enunciados de los discursos a sus condiciones sociales de producción y de sentido. La búsqueda no se limita simplemente a saber qué se dice, sino también quién lo dice, por qué lo dice, dónde y cómo lo dice, qué grado de verosimilitud presenta lo que se dice, en fin, cuáles son los vínculos de los enunciados con los dispositivos institucionales materiales y simbólicos, así como las funciones sociales y políticas que se derivan de los distintos registros discursivos encontrados.

En todo caso, tras una primera aproximación a toda una serie de libros y artículos sobre la historia de los manicomios en España, tras el estudio de algunos trabajos de historia social, y de historia de la asistencia social, me pareció que se podían establecer de modo provisional algunos momentos claves para mi estudio que podrían actuar a modo de efectos catalizadores que marcan un antes y un después en las formas institucionales de gestión de la locura, por lo que podrían servir de base para una primera periodización de mi campo de trabajo. Para la periodización es preciso establecer, a partir de materiales históricos, determinados momentos singulares que implican un cambio cualitativo, es decir, la concentración en el espacio y el tiempo

social de un haz de fuerzas que da paso a un nuevo tipo de racionalidad, y con frecuencia también a nuevas formas de organización social.

El tratado de Luis Vives en el siglo XVI sobre la recogida de pobres titulado *De subventione pauperum*, marcaba a mi juicio un primer momento, pues unos años más tarde, en torno a 1540, desencadenó el importante debate sobre las leyes de pobres entre Domingo de Soto y Juan de Robles. La relación de la pobreza con la locura en la historia había sido bien establecida por Michel Foucault en *La historia de la locura en la época clásica*, en el capítulo dedicado al encierro de pobres y vagabundos en el Hospital general⁶.

Un segundo momento importante fue el motín de Esquilache que tuvo lugar en 1766 cuando arbitristas e ilustrados iniciaban los procesos de racionalización de la tierra, las rentas y la fuerza de trabajo. Me interesaban especialmente las resistencias de los pobres a las medidas adoptadas por los representantes de las monarquías absolutas en nombre de la felicidad del Reino.

El tercer momento estaba representado a finales de los años cuarenta del siglo XIX por la creación del manicomio modelo de Santa Isabel de Leganés.

En fin, un cuarto momento se situaba a comienzos del siglo XX con la formación de las ligas de higiene mental que suponían la salida de la práctica psiquiátrica fuera de los recintos manicomiales para adentrarse en el tejido de toda la sociedad.

En buena parte de las lecturas que realicé en las mencionadas bibliotecas y en la Biblioteca Nacional sobre la historia de la psiquiatría en España, se repetían con insistencia, como si se tratase de consignas ritualizadas, dos ideas que pasaban de generación en generación. La primera era que en Valencia se creó el primer manicomio del mundo. La segunda, que unida a la primera convertían a España prácticamente en una potencia psiquiátrica, era que el manicomio de Zaragoza, como reconoció el doctor Pinel, padre de la psiquiatría francesa, en su *Tratado médico-filosófico sobre la enajenación mental o manía*, fue el primero en el mundo que creó la laborterapia, una técnica de curación que estuvo en la base del tratamiento moral. Las historias de prestigio, vertidas a dar lustre y esplendor a la profesión, ocultaban en realidad la terrible y persistente historia de violencia y malos tratos contra los enfermos mentales, un enigma para el que había que buscar una explicación fundada.

Proceso de constitución del campo

El paso de los asilos de locos del Antiguo Régimen, de las llamadas casas de orates, al manicomio de los siglos XIX y XX, es el paso de la caridad cristiana a la ciencia

⁶ Recientemente he vuelto a trabajar sobre este momento del siglo XVI en un encuentro con los historiadores. Véase Fernando ÁLVAREZ-URÍA (2006).

médica, de la asistencia religiosa al tratamiento psiquiátrico realizado por los alienistas. ¿Cuándo cómo, y por qué se institucionalizó en España el campo psiquiátrico? Para responder a esta cuestión era preciso analizar históricamente los vectores esenciales que dan consistencia, y una relativa autonomía, a dicho campo, es decir, analizar el dispositivo institucional del orden manicomial como una máquina de relojería formada por distintos engranajes orquestados en el interior de una racionalidad institucional. A la hora de analizar las instituciones sociales se suele considerar a los profesionales que las gestionan, sus saberes, las poblaciones afectadas, los dispositivos institucionales así como el soporte legal de la institución. A la hora de analizar estos vectores es preciso considerar que están marcados por la fuerza de la historia tanto en su génesis como en sus cambios. En el caso del manicomio las principales piezas que componían el entramado manicomial eran, a mi juicio, cinco: los enfermos mentales; los especialistas, es decir, los psiquiatras, asistidos por enfermeros y personal administrativo; los códigos teóricos vinculados a los sistemas de tratamiento; la lógica del dispositivo arquitectónico del manicomio con su correspondiente secuenciación espaciotemporal de las tareas en su interior y, en fin, la institucionalización del orden manicomial en virtud de la fuerza que le confirió la ley. Me parece que todas y cada una de estas cinco piezas fueron esenciales para la conformación del espacio institucional del manicomio. Pero, al igual que los hechos sociales de Durkheim, estas realidades materiales y simbólicas no son realidades inertes, sino dispositivos dinámicos que anudados en el interior de un entramado institucional, ejercen sobre los individuos una coacción externa que es preciso objetivar en la historia. Fue preciso seguir hacia atrás su rastro, analizar sus condiciones de aparición, así como las condiciones que permitieron su integración en una estrategia de conjunto.

Durante décadas los manicomios, convertidos en baluartes del tratamiento psiquiátrico, protegieron con sus gruesos muros al orden social establecido de la voz ronca de la locura y de su presunta peligrosidad. La ley de 1838 que instituyó el manicomio en Francia, una ley que sirvió de modelo al nacimiento del orden manicomial en España, definió al loco como un enfermo peligroso para sí mismo y para la sociedad. Esos espacios monumentales de gobierno de la razón sobre la locura, aparentemente refractarios al paso del tiempo, tampoco dejaron llegar a la sociedad las voces de sufrimiento que se produjeron en su interior. Las cárceles y los manicomios son las dos grandes contribuciones institucionales del orden liberal al mantenimiento de una paz social en el interior de una sociedad industrial, o en vías de industrialización, atravesada por el antagonismo entre las clases. Aun más cárceles y manicomios, lejos de jugar un papel superestructural, lejos de ser un mero reflejo ideológico derivado del orden productivo, constituyeron históricamente dos dispositivos de saber y de poder que hicieron creíbles dos ficciones fundamentales para el mantenimiento del orden instituido y su perpetuación: la ficción de la libertad y la ficción de la racionalidad de dicho orden. Somos libres puesto que no estamos en la cárcel. Somos racionales puesto que no estamos en el manicomio. Era preciso grabar a fuego sobre

locos y criminales el estigma de la peligrosidad social para que el desorden instituido adoptase la apariencia de un orden incuestionable. Tal es el reto que subyace a la lógica manicomial, a sus racionalizaciones y a su violencia instituida.

¿Cómo es posible que los sistemas políticos democráticos, nacidos al abrigo de la Revolución francesa y del asalto a las Bastillas del Antiguo Régimen, hayan podido proporcionar una nueva legitimidad a los espacios cerrados de poder? En el caso del manicomio sin duda la institución total se nutrió de la fuerza que le proporcionaron los códigos presuntamente científicos del alienismo, pero es preciso tener también en cuenta que entre la ciencia y la caridad, entre el alienismo y el asistencialismo cristiano, medió el gobierno político de pobres y vagabundos. La suerte de los enfermos mentales no estuvo desvinculada de las políticas de control ejercidas sobre esas poblaciones, a la vez miserables e indexadas como peligrosas.

Analizar el proceso de formación del campo psiquiátrico implica seguir en la historia la trama de cada uno de los engranajes que lo conforman, así como dar cuenta de su convergencia en la formación de una nueva institución social, en este caso refrendada por la fuerza de la legislación gubernamental. Asistimos por tanto de cerca al nacimiento de una innovación institucional, pero a la vez ese nuevo dispositivo institucional se nutre de viejas racionalizaciones. Son precisamente esas viejas racionalizaciones las que hacen ver a algunos historiadores de la psiquiatría, predominantemente psiquiatras aficionados a las historias de prestigio, más bien continuidad entre las viejas casas de locos y los nuevos recintos manicomiales que un proceso de innovación y de ruptura. Y una vez más la paradoja surge: ¿Cómo es posible que instituciones presuntamente científicas, nacidas en el seno de sociedades presuntamente democráticas, se asemejen tanto a las instituciones de recogida y control de pobres nacidas en el interior de los sistemas tiránicos, arbitrarios, del Absolutismo? No me voy a detener ahora a intentar esbozar una respuesta. Los lectores interesados pueden adentrarse en las páginas del libro. Tan sólo me gustaría señalar que la formulación de preguntas puede ser el resultado legítimo de un proceso de investigación y de descubrimiento, incluso cuando se carece de respuestas acabadas.

Émile Durkheim escribía en *Las reglas del método sociológico* que si nosotros gozamos en la actualidad de la libertad de pensamiento es porque ha habido herejes de todo tipo que por defender esa libertad fueron perseguidos durante siglos por el brazo secular (DURKHEIM, 1981: 71). Así pues, lo normal no se opone a lo patológico, sino que el propio proceso de definición de normas implica la demarcación de espacios correlativos de desviación (véase el análisis de Ian Parker en este mismo volumen). Los enfermos mentales, reclusos en el interior del orden manicomial, representaron en estado puro una muestra representativa de la peligrosidad social de las clases laboriosas. Y en la medida en que los alienistas consiguieron neutralizar esa peligrosidad, reducirla, someterla, la medicina mental, y la principal técnica de tratamiento, el tratamiento moral, estaban destinados a superar las tapias del manicomio para desplegar a campo abierto sus poderes de normalización.

En las entrevistas, las historias de vida o los grupos de discusión, es decir, cuando el sociólogo recurre a las técnicas cualitativas de investigación social, por lo general recoge discursos. Cada registro discursivo es considerado representativo de una determinada posición social del locutor. El objetivo del análisis del discurso es dar cuenta de la dispersión de enunciados existente en un campo discursivo. Cuando se produce una cierta saturación discursiva, es decir, cuando de las nuevas entrevistas, historias de vida o grupos de discusión no se derivan ya prácticamente nuevos enunciados que permitan enriquecer el mapa de los distintos registros discursivos, el investigador considera que ha cubierto suficientemente su campo de estudio, y debe pasar de la descripción a la explicación. En el caso de la sociología histórica, en el caso de la genealogía de las instituciones, ocurre lo mismo con los textos históricos, pues, en un momento dado, observamos que solo se producen regularidades discursivas, es decir, que el campo de dispersión de los nuevos enunciados recogidos prácticamente no varía el mapa obtenido por el investigador. Nos encontramos así con un corpus discursivo que es preciso analizar, es decir, es preciso jerarquizar los enunciados, determinar cuáles ocupan una posición central y preponderante, y cuáles ocupan posiciones subordinadas o dependientes. Pero es preciso ir más allá, es decir, vincular los registros discursivos a las posiciones sociales de los sujetos de enunciación con el fin de determinar el tipo de racionalidad en el que se insertan los enunciados, qué funciones sociales cumplen, a qué intereses sociales responden. En ocasiones nos encontramos con polémicas enunciativas pero integradas en un mismo régimen de racionalidad, de modo que unos enunciados se refuerzan en oposición a otros. Pero también se producen cambios bruscos, desplazamientos discursivos, mutaciones profundas producidas por rupturas epistemológicas, por innovaciones materiales o simbólicas íntimamente ligadas a la aparición de nuevos registros discursivos que hay que analizar y explicar. ¿Cuándo, cómo, por qué se produjo la innovación en el orden del discurso, quiénes fueron sus portavoces, a qué intereses y procesos sociales respondían, cuáles fueron sus efectos sociales y políticos? El análisis sociológico de los discursos en la historia puede y debe proporcionar líneas verosímiles de explicación de la innovación en el terreno de los enunciados apelando a procesos sociales complejos⁷.

La institucionalización de los manicomios proporcionó a los espacios cerrados de las instituciones totales, cuya lógica analizó sociológicamente Erving Goffman de forma ejemplar, un aval científico que contrarrestó el desprestigio en el que habían caído como consecuencia de la Revolución francesa que asoció esas bastillas con el poder antidemocrático desplegado por las monarquías absolutas (GOFFMAN, 1992). Sirva como prueba la proliferación en el siglo XIX de los sanatorios antituberculosos o de los propios hospitales generales, convertidos en máquinas de curación, y remozados por la medicina pasteuriana.

⁷ Sobre la técnica del análisis genealógico del discurso, de las cosas dichas, además de las propuestas de los especialistas en la lingüística del discurso, puede servir el modelo que sistematizó Foucault cuando aún no había pasado del análisis arqueológico al genealógico (FOUCAULT, 1969, 1971).

Proceso de transformación del campo

El manicomio, la institución terapéutica por excelencia para combatir las enfermedades mentales, nació marcada por una especie de doble vínculo: por una parte se trataba de crear las mejores condiciones para curar al enfermo en un régimen de aislamiento; por otra, mediante el encierro manicomial, el poder político exigía a la institución asegurar que los enfermos no alterarían el orden instituido de la sociedad. Las políticas de orden y de control terminaron por prevalecer sobre los intereses de los enfermos. Sirvan de ejemplo las palabras que, tras el triunfo del golpe militar franquista, escribió el doctor don Antonio Vallejo-Nágera, catedrático de psiquiatría y Director del manicomio de Ciempozuelos, en uno de los manuales canónicos de la psiquiatría española durante el franquismo: «En parte alguna como en el manicomio es más necesario el mando único y la disciplina pretoriana del personal facultativo, auxiliar, y administrativo. Así lo reclama la psicoterapia colectiva y la creación del ambiente psiquiátrico sanatorial, además de las relaciones de los enfermos y su peligrosidad» (VALLEJO-NÁGERA, 1940: 71).

¿Cómo se pasó de los locos peligrosos a los pequeños perversos? Creo que para entender históricamente el paso de las psicosis a las neurosis es preciso detenerse en el enfrentamiento entre los jueces y los peritos médicos en los estrados de los tribunales de justicia, es decir, es preciso referirse a los «locos que no lo parecen». Dicho de otro modo, para hacer valer su ciencia, su saber psiquiátrico, los alienistas, convertidos en peritos médicos ante los tribunales, afinaron sus códigos para percibir la locura allí donde el resto de la sociedad, incluidos jueces y fiscales, tan solo percibía síntomas de normalidad, de modo que los límites entre la razón y la locura se hicieron cada vez más borrosos. Cuando las mujeres feministas defendían para las mujeres el derecho al voto y la salida del hogar para acceder de pleno derecho al mundo de las profesiones, la histeria se convirtió en la punta de lanza de las neurosis. «Una nube de histerismo es algo connatural a la naturaleza femenina», escribía un psiquiatra italiano, cuando la escuela positiva de derecho penal entraba en todo su apogeo. El psicoanálisis surgió a la sombra de las mujeres histéricas, y con él se abrió también el nuevo continente de la psicología clínica, de modo que se crearon así las condiciones para la formación de una nueva cultura psicológica.

El análisis genealógico de cualquier institución social implica la demarcación del campo de estudio que goza de una relativa autonomía, pero esa autonomía no es total. Es preciso por tanto también rastrear los vínculos del terreno estudiado con otros terrenos colindantes, y todo ello con las transformaciones profundas, económicas, sociales y políticas, que afectan a la sociedad en la que centramos la indagación. Y así la psiquiatría, en cuanto especialidad médica, no se puede separar tajantemente de las transformaciones que se produjeron en el campo médico. Estas fueron en ocasiones fruto de innovaciones profundas en el campo del saber, como el descubrimiento de los microbios por Pasteur, o el descubrimiento por Koch del bacilo de la tuberculosis, pero también surgieron de innovaciones tecnológicas, como por ejem-

pló el descubrimiento de los rayos X. Los rayos X, junto con el conocimiento del ciclo desarrollado por el bacilo de la tuberculosis, permitieron la detección precoz de esta enfermedad, es decir, el paso de una medicina de reparación a una medicina preventiva. Y si bien los sanatorios antituberculosos, esa especie de baluartes descritos con precisión por Thomas Mann en *La montaña mágica*, adoptaron el modelo manicomial, los dispensarios antituberculosos representaron a principios del siglo XX un modelo para las ligas de higiene mental. La democratización de la locura empezaba a convertir en obsoletas a las viejas bastillas manicomiales. Esos espacios de excepción resultaban indicados para las situaciones límite en las que se producía la gran eclosión de los delirios, pero los desajustes mentales, las pequeñas fobias, traumas, depresiones, los síntomas de nerviosismo, podían ser tratados sin recurrir a los remedios traumáticos del internamiento forzoso y la reclusión vigilada.

La salida de la psiquiatría al campo abierto de la vida cotidiana se produjo cuando, tras la Comuna de París, primero en Alemania, y más tarde en toda Europa, se abandonó la utopía liberal de la sociedad de mercado para dar paso a un primer modelo de Estado social. Se trataba de integrar a las poblaciones peligrosas en un nuevo marco sociopolítico en el que el protagonismo de las viejas instituciones de control, cárceles y manicomios, tendía a ser sustituido por nuevas instituciones de socialización, como la familia y la escuela. El psicoanálisis y la nueva psiquiatría infantil encajaron sin problemas en el interior de la nueva política de orden. Cuando se le requirió la medicina mental acudió a la cita reclamada por el nuevo reformismo social.

Miserables y locos es un libro que se detiene a las puertas del nuevo imperio de la psicología, sin adentrarse en su interior (ÁLVAREZ-URÍA, 1983). Es perfectamente pertinente llevar a cabo un estudio genealógico, un estudio de sociología histórica, del campo psicológico, y sería muy deseable que jóvenes o viejos sociólogos decidiesen adentrarse en este terreno movedizo para definir en él una problematización, establecer una periodización a partir de datos secundarios, analizar, a partir de materiales históricos, que pueden ir desde documentos escritos hasta la historia oral, la constitución del campo, así como sus transformaciones y cambios. Sin duda una investigación sociológica de esta naturaleza resultaría útil para todos los psicólogos que se esfuerzan en la actualidad por sentar las bases de una psicología crítica, alternativa al elementalismo asocial de la psicología clínica oficial⁸.

Una investigación de sociología histórica, una investigación genealógica, adopta una problematización como punto de partida y puede concluir con la apertura de un campo abierto a nuevas problematizaciones. En todo caso el esquema de desarrollo que acabo de presentar resulta demasiado lineal, demasiado vertido a un esquema lógico que olvida o pone entre paréntesis los procesos reales de descubrimiento. En toda investigación hay tanteos, errores, líneas de fuga, observaciones que no conducen a

⁸ Hemos intentado contribuir al análisis genealógico de las teorías y las prácticas psicológicas en Julia VARELA y Fernando ÁLVAREZ-URÍA (1986), así como Fernando ÁLVAREZ-URÍA (2005). Véase también Guillermo RENDUELES (2004).

ninguna parte, interpretaciones sesgadas o apresuradas, hipótesis que no se ven corroboradas por los datos. En ocasiones el investigador puede proponer explicaciones sofisticadas, ficcionar, para satisfacer el propio afán de notoriedad, elegir los textos más llamativos en detrimento de los más representativos, en suma tratar de ceder al narcisismo en perjuicio de la búsqueda de la verdad. Se producen también encuentros fortuitos, hallazgo de documentos que resultan ser claves para dirigir la indagación, y por supuesto surgen siempre problemas colaterales estimulantes que pueden ser objeto de artículos e incluso de libros, a pesar de que en demasiadas ocasiones nos desvíen en parte de nuestro objetivo principal.

Sociología y sociedad

La investigación genealógica exige tiempo, paciente acopio de materiales históricos, imaginación para articularlos y para adelantar posibles líneas de explicación. La investigación puede resultar apasionante cuando avanza el proceso de descubrimiento, pero también desesperante cuando los datos van derribando una a una las explicaciones posibles avanzadas por el investigador. En todo caso los resultados suelen ser casi siempre fruto de la recogida de información, del esfuerzo constante por llegar a regularidades discursivas, de avances y retrocesos, pues, como señalaba Gaston Bachelard, la verdad se asienta sobre un fondo de error. Los descubrimientos se producen por tanto muy a largo plazo. Por eso es preciso que exista una fuerte dosis de motivación. En este sentido me parece muy importante estar en contacto con los colectivos sociales que han planteado la demanda, pues asumir la demanda, tenerla siempre presente, es el mejor antídoto contra la tentación de tirar la toalla y abandonar.

La investigación sobre el campo psiquiátrico en España surgió en íntima relación con enfermos, enfermeros y psiquiatras que cuestionaban la violencia de la institución manicomial. Fueron ellos los que imprimieron a la investigación un sesgo antinormativo y auntiautoritario. En este sentido la investigación ha sido realizada, en sintonía con la realizada por Erving Goffman en Washington, adoptando desde el principio el punto de vista de los internos. Es un punto de vista legítimo pues la institución psiquiátrica se define y se justifica precisamente en razón de sus funciones terapéuticas. Pero a su vez el trabajo fue posible porque existía previamente, a disposición del investigador, todo un fondo social de conocimiento sin el cual es imposible avanzar. En este sentido toda indagación sociológica, sea genealógica o no, lo reconozca o no, se inscribe en el marco de una investigación colectiva. Lo propio de la investigación genealógica es reconocer una deuda con el pasado y con la sociedad, así como inscribirse también en un proyecto colectivo de transformación social. El trabajo de investigación puede finalmente convertirse en una tesis doctoral, un informe técnico, un libro académico, o en varias cosas a la vez, pero en buena medida su fuerza y su coherencia provienen de la voluntad de responder a una demanda social, del rigor metodológico, de la pasión por el conocimiento y de la voluntad de verdad.

Miserables y locos fue presentado primero como tesis doctoral en sociología, en la Universidad de París VIII, y posteriormente presentado en sociedad, en forma de libro, en el manicomio Camilo Alonso Vega de Madrid, entonces dirigido por el psiquiatra Valentín Corcés que propició, desde planteamientos antipsiquiátricos, una política de puertas abiertas y de abolición a la larga del manicomio. Tanto en la defensa de la tesis como en la presentación del libro la investigación genealógica fue sometida a discusión y a crítica por parte de profesionales de la sociología, la historia y la psiquiatría. A partir de esos debates y críticas surgió la conciencia de los errores, las lagunas, las limitaciones de la investigación, el convencimiento de que se podía haber procedido de otro modo, pero también se confirmaron los aciertos y se abrieron posibilidades no previstas de interpretación. Con la presentación de la investigación en forma de libro el investigador no solo devuelve a la sociedad una parte de los recursos que esta le ha proporcionado; intenta también responder a la demanda de los colectivos que la han hecho posible, que a su vez constituyen el marco que dota al trabajo sociológico de inteligibilidad y de sentido.

Andrew M. Colman, en su *Diccionario de Psicología*, definió a la antipsiquiatría del siguiente modo: «Una crítica radical de las aproximaciones tradicionales (especialmente médicas) a los desórdenes mentales influenciada por el existencialismo y la sociología, y popularizada por el psiquiatra escocés Ronald D. Laing (1927-89) y otros, durante los años sesenta y setenta» (COLMAN, 2001: 45)⁹. No comparto una definición tan indefinida, y menos aún que la crítica radical se haya agotado. La definición presenta sin embargo el interés de vincular a la sociología con la psiquiatría, una relación que con frecuencia es ignorada, y sobre todo olvidada. Me enorgullece haber participado, aunque sea mínimamente, en esa alianza estratégica con enfermos y profesionales críticos que tuvo lugar en los años sesenta y setenta para mejorar la suerte de los enfermos mentales. Creo que en buena medida, gracias a esta alianza, la representación de la enfermedad mental se ha desvinculado de la imagen de marca de la peligrosidad social en donde la había encapsulado la psiquiatría clásica. El éxito de la colaboración entre sociólogos y antipsiquiatras se puso de manifiesto con el cierre de los manicomios en virtud de la Ley 180, aprobada en Italia en 1978, a instancia de psiquiatría democrática.

La sociología histórica es en la actualidad un antídoto contra el positivismo que tiende a la cosificación del mundo social, y también sirve para cuestionar la identificación de la sociología con la tecnocracia, pues el análisis sociohistórico no debe rehuir la objetivación de los poderes y la manifestación de distintas formas de violencia ejercidas en la historia. Pero la sociología histórica puede ir aún más allá, y contribuir al desarrollo de los saberes sociológicos, al poner también de manifiesto el carácter histórico de nuestros instrumentos de conocimiento, sus límites y posibilidades. Introduce por tanto la caducidad y el carácter efímero de la historicidad, allí

⁹ Sobre la alianza entre los sociólogos y los técnicos puede muy bien servir de ilustración el libro de Franco BASAGLIA y Franca BASAGLIA (ed.) (1977).

donde algunos sociólogos tienden a absolutizar sus códigos teóricos, así como los métodos y técnicas de investigación. Apela, en fin, a la inscripción del sociólogo en una vieja tradición crítica que es preciso conocer, poner en práctica, pero también cuestionar y desarrollar en función de la búsqueda personal y colectiva de la verdad sobre la dinámica social de nuestras sociedades¹⁰. Al hacer esto, los sociólogos no solo conseguimos afinar nuestros instrumentos de conocimiento; contribuimos también a la búsqueda de una mayor objetividad para propiciar así la elección por los ciudadanos de nuevos espacios de libertad.

Tanto las categorías del pensamiento sociológico como la dinámica social están atravesadas por la historicidad. La crisis actual de las producciones sociológicas se deriva, en buena medida, de que seguimos operando con categorías heredadas, forjadas para dar cuenta del pasado, que resultan en la actualidad obsoletas para tratar de objetivar las innovaciones del presente. Pero la innovación categorial, la creación de conceptos nuevos que a modo de lentes de aumento nos permitan acceder con mayor agudeza a la observación de la vida social, no surgirá de la nada, espontáneamente, como por arte de magia. La formación de nuevas categorías de pensamiento que nos permitan contemplar regiones sociales hasta ahora invisibles, implica un proceso de ajuste, readaptación y transformación de las categorías de pensamiento para focalizarlas en el análisis del presente. Únicamente un conocimiento crítico de las categorías de pensamiento producidas por la propia tradición sociológica, en íntima relación con los problemas sociales que se pretende resolver, nos puede servir de apoyo para la innovación de ideas y conceptos. Un sociólogo debe manejar los instrumentos de conocimiento propios del oficio de sociólogo y aplicarlos a los problemas de nuestro mundo. Ello requiere estar familiarizado con una tradición, pero no para recrearse en ella y ritualizarla, sino para darle vida y operativizarla al servicio de la sociedad en la que nos ha correspondido vivir.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Th. (1996): *Introducción a la sociología*, Barcelona: Gedisa.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. (1983): *Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*, Barcelona: Tusquets.
- (2005): «Viaje al interior del yo. La psicologización del yo en la sociedad de los individuos», en *Claves de la razón práctica*, 153, págs. 61-67.
- (2006): «Pobreza y modernidad. La política de pobres a la luz del derecho de gentes», en CASTILLO, S., y OLIVER, P. (coords.), *Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados*, Madrid: Siglo XXI, págs. 285-308.
- y VARELA, J. (2004): *Sociología, capitalismo y democracia, Génesis e institucionalización de la sociología en Occidente*, Madrid: Morata.

¹⁰ Para más datos sobre la relación entre el método genealógico y la sociología histórica véanse Mitchell DEAN (1994) y Rudi VISKER (1995), así como Robert CASTEL (2001).

- BASAGLIA, F., y BASAGLIA, F. (ed.) (1977): *Los crímenes de la paz. Investigación sobre los intelectuales y los técnicos como servidores de la opresión*, México: Siglo XXI.
- BRAUDEL, F. (1990): *La historia y las ciencias sociales*, Madrid: Alianza.
- BURKE, P. (1987): *Sociología e historia*, Madrid: Alianza.
- CASTEL, R. (1976): *L'Ordre psychiatrique. L'âge d'or de l'aliénisme*, París: Minuit (traducción al español en editorial La Piqueta).
- (2001): «Presente y genealogía del presente. Pensar el cambio de una forma no evolucionista», en *Archipiélago*, 47, págs. 67-75.
- COLMAN, A. M. (2001): *Dictionary of Psychology*, Oxford: Oxford University Press.
- DEAN, M. (1994): *Critical and Effective Histories. Foucault's Methods and Historical Sociology*, Londres: Routledge.
- DONZELOT, J. (1977): *Police des familles*, París: Minuit (traducción al español en Pretextos).
- (1984): *L'invention du social. Essai sur le déclin des passions politiques*, París: Fayard.
- DURKHEIM, É. (1978): *De la division du travail social*, París: PUF.
- (1981): *Les règles de la méthode sociologique*, París: PUF.
- (1998): *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Madrid: Alianza.
- ELIAS, N. (1990): *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*, Barcelona: Península.
- FOUCAULT, Michel (1969): *L'Archéologie du savoir*, París: Gallimard (traducción al español en Siglo XXI).
- (1971): *L'Ordre du discours*, París: Gallimard (traducción al español en Tusquets).
- (1975): *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, París: Gallimard (traducción al español en Siglo XXI).
- (1979): *Historia de la locura en la época clásica (obra completa)*, México: FCE.
- GOFFMAN, E. (1992): *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires: Amorrortu.
- LERA, Á. M. (1972): *Mi viaje alrededor de la locura*, Barcelona: Planeta.
- MAUSS, M. (1970): «La oración (1909)», en *Lo sagrado y lo profano*, Obras I, Barcelona: Barral Editores.
- RENDUELES, G. (2004): *Egolatría*, Oviedo: Ediciones Krk.
- VALLEJO-NÁGERA, A. (1940): *Tratamiento de las enfermedades mentales*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- VARELA, J. (ed.) (1994): *Norbert Elias, Conocimiento y poder*, Madrid: La Piqueta.
- y ÁLVAREZ-URÍA, F. (1977): «Foucault frente a Marx. Anatomía histórico-política del orden burgués», en *Tiempo de Historia*, 34, septiembre, págs. 90-103.
- (1986): *Las redes de la psicología*, Madrid: Ed. Libertarias.
- (2008): *Materiales de sociología del arte*, Madrid: Siglo XXI.
- VISKER, R. (1995): *Michel Foucault. Genealogy as Critique*, Londres: Verso.
- WEBER, M. (2001): *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo*, Madrid: Alianza.

CAPÍTULO 2

Modelos y métodos socio-críticos de la investigación cualitativa: Cuatro casos psicoanalíticos y estrategias para su superación*

Christian Ingo Lenz Dunker e Ian Parker

Traducción de Olga Abásolo

Diversos marcos teóricos, contradictorios, pueden enriquecer la investigación cualitativa. Esos marcos, a su vez, son sumamente útiles para nosotros a la hora de abordar el tema de este capítulo, en el que haremos hincapié en los usos *estratégicos* de la teoría para que la investigación tenga un efecto político. Esbozaremos las estrategias conceptuales necesarias para incorporar el psicoanálisis —y trascender su influencia histórica— en la investigación social cualitativa. Lo que pretendemos es poner a disposición del investigador los senderos a seguir para abordar el psicoanálisis de un modo más eficaz frente a los métodos «defensivos» estandarizados, que habitualmente se emplean para evitar la influencia de las ideas psicoanalíticas. Mediante la superación de las categorías psicoanalíticas, mostraremos el camino para llegar a una forma de «antipsicoanálisis».

MODELOS Y MÉTODOS SOCIO-CRÍTICOS

Uno, dos, tres

La investigación cualitativa que pretenda analizar la «experiencia» se enfrentará desde un principio a cuestiones relacionadas con el papel que ésta juega en la ideología o en los retos que plantea la ideología.

* En el original *sublation*, traducción al inglés de la *Aufhebung* hegeliana, que aquí traducimos por superación. El término alemán, *Aufhebung*, expresa tanto *suprimir* como *conservar* y *eleva*r. Expresa la esencia de la dialéctica hegeliana, pues indica que todo momento del proceso dialéctico «contiene y supera» al anterior absorbiendo a su opuesto, con lo que el proceso resulta siempre ascendente, progresivo.

La metodología feminista teoriza acerca del nexo entre el cambio político y el modo en que individualmente se viven los procesos políticos desde la experiencia, performativamente (véase, por ejemplo, BUTLER, 1990). Las perspectivas feministas abordan los aspectos cualitativos de todo tipo de fenómenos y cuestionan los enfoques reduccionistas que convierten la conducta, la función, el significado o los valores en patrones universales, «naturales», de comparación. La teoría feminista muestra hasta qué punto la experiencia no es accesible de un modo inmediato, dado que siempre está mediada por el lenguaje, las instituciones, los discursos, la cultura, la clase, la posición y, por supuesto, el género. Conecta así con la investigación cualitativa que otorga un papel importante a la *mediación*.

Los enfoques marxistas constituyen otro recurso valioso, y son muchas las implicaciones que plantea adoptarlos en la investigación cualitativa; además, conectan a su vez con las perspectivas feministas. El marxismo destaca la función de la ideología, por ejemplo, y así la posibilidad siempre presente de que los acuerdos sociales alcanzados en un determinado momento puedan obedecer a una serie de intereses concretos; las concepciones dialécticas de la realidad social llaman la atención sobre el hecho de que los acuerdos político-económicos estén siempre en continuo proceso de cambio, por lo que en nuestras investigaciones tendremos que explicar por qué nada parece cambiar en realidad (BENSAÏD, 2002). Las perspectivas marxistas consideran la naturaleza de la realidad social no como una mera serie de «hechos» u «objetos», sino como un campo de *fuerzas* contradictorias. La realidad de cualquier objeto de investigación no resulta inmediatamente accesible puesto que siempre se da un proceso de adición o sustracción que permite que aquello nos resulte un objeto reconocible. Esto implica que un enfoque cualitativo requiere reconstruir las estrategias ideológicas políticas productoras y reproductoras de este proceso de adición y sustracción mediante el cual el mundo se nos presenta «tal y como es».

Hay un tercer marco relevante que quisiéramos abordar y que constituye un compendio de diversas perspectivas teóricas que en ocasiones se aglutinan bajo la etiqueta del «postestructuralismo» (SARUP, 1988). Si bien es una etiqueta algo engañosa, resulta útil para aglutinar los análisis sobre el poder y la resistencia de la obra de Michel Foucault y la deconstrucción radical en los textos de Jacques Derrida de los sistemas de significado dominantes. De este ensamblaje de posicionamientos teóricos tomamos el argumento de que no basta con estudiar el poder «disciplinario», sino que es igualmente importante analizar los procesos mediante los cuales los sujetos llegan a creer individualmente que deberían hablar de sus pensamientos y sentimientos más íntimos; se trata de un aspecto del poder que incita a la «confesión», incluida la que obtiene el investigador cualitativo en el transcurso de su trabajo. Para nosotros, este marco, así planteado, implica que prestemos atención a cómo la subjetividad se produce en su propio «régimen de verdad» (FOUCAULT, 1980). La subjetividad debe considerarse como una suerte de *efecto* de las prácticas discursivas, y no como la expresión de la voz interior de individuos libres y autónomos. También, en este sentido, la investigación cualitativa debe cuestionar su propia posición cuando

pretende investigar los fenómenos, autoincluirse en el proceso, de otro modo se limitaría a producir y reproducirse; en palabras de Karl Kraus, sería «la enfermedad para la que este remedio parece ser la cura».

En este caso, la «deconstrucción» del significado es útil para cuestionar lo que con frecuencia argumentan los investigadores (que a menudo gustan de llamarse «expertos») cuando proponen explicaciones mucho más precisas de lo que en realidad aportan los participantes en la investigación. Pretendemos vincular esta «habilidad» desenmarañadora con las argumentaciones marxistas y feministas para convertir nuestra investigación en una «deconstrucción práctica»; ello permite pasar de una mera interpretación del mundo a la *transformación* del mismo; una interpretación radical que ponga en tela de juicio las normas básicas y los supuestos al servicio del poder podrá asimismo sentar las bases para la existencia de diferentes formas de estar en el mundo. Aquí nos desmarcamos de la investigación cualitativa que entiende que su función es producir una redescipción de la realidad, de los objetos o fenómenos investigados, o reinterpretar los datos en un contexto más amplio, como algunas perspectivas cognitivas pretenden hacer desde la sociología, la antropología y la psicología. La decisión de trabajar en torno a un problema desde una perspectiva socio-crítica es a la vez una opción y una apuesta por el cambio de las condiciones que han permitido que exista tal problema.

Otro psicoanálisis

Todo ello nos conduce a nuestro cuarto recurso para el análisis crítico, el psicoanálisis, en el que nos centraremos en este capítulo. Al igual que el feminismo, el psicoanálisis analiza el modo en que los procesos sociales estructurales son vividos por los sujetos. Para el psicoanálisis, como para el feminismo, lo «personal» es «político», y aquí indagaremos también sobre el modo en que los aspectos «políticos» de la vida «personal» pueden abordarse de un modo pertinente sin *reducirlos* al nivel de lo meramente personal (BURMAN, 1998). Como práctica clínica, esta técnica vincula la interpretación y el cambio desde el individuo de un modo muy similar a como lo hace el marxismo, que vincula la interpretación al cambio desde la economía política. Cuando hablamos de interpretación nos referimos a una comprensión radicalmente nueva que cambia las relaciones entre el sujeto y los otros; nos referimos también a algo que demanda nuevas realidades sociales.

De modo que nos centraremos aquí en las interpretaciones que pueden derivarse de la investigación cualitativa y que no se conforman con el mero cambio de las perspectivas que las personas tienen de su mundo; pretendemos provocar interpretaciones que permitan que tanto los investigadores como los participantes en sus investigaciones cambien el tejido social del mundo (PARKER, 2005). En este sentido, ni el feminismo ni el marxismo están orientados al planteamiento clásico de la resolución de problemas como en el caso de la investigación cuantitativa. En cambio, se

consideraría un buen resultado de la investigación precisamente que planteara una nueva pregunta, o que aportara la solución a un falso problema, o que demostrara una falta de conocimiento sobre algo o el fracaso a la hora de conceptualizar apropiadamente un fenómeno. Las perspectivas del marxismo y del feminismo se basan en el conflicto como premisa inherente; no son únicamente un conjunto de teorías *sobre* el conflicto y de métodos para abordarlo, sino que son además *praxis* orientadas a producir un cambio *mediante* el conflicto, extrayendo las consecuencias del mismo.

Existe también una fuerte afinidad entre las propuestas del psicoanálisis y algunos de los autores agrupados bajo la etiqueta del «postestructuralismo», en la medida en que alteran y esclarecen la propia identidad del sujeto. El psicoanálisis y el postestructuralismo alteran y esclarecen la imagen que suelen tener los científicos sociales de los investigadores y de los participantes como actores sociales «racionales» cuyas «actitudes» y «experiencias» pueden descubrirse y describirse. También alteran y esclarecen la supuesta unidad de las diferentes disciplinas de las ciencias sociales, ya sea de la sociología, la psicología o la antropología, y demandan una multiplicidad de perspectivas que trasciendan la mera investigación «interdisciplinar» (véase PARKER, 2003, para un debate pormenorizado sobre estos cuatro recursos). La investigación cualitativa socio-crítica no se adscribe a la imagen de la ciencia como un proceso acumulativo de conocimiento, como un rompecabezas burocrático que se rige por paradigmas estables, como una «ciencia normal» en palabras de KUHN (1962). Más bien, nuestra concepción de la investigación se basa en una epistemología en permanente crisis que se ocupa de los aspectos problemáticos del conocimiento, en el sentido de lo que Kuhn denomina «crisis del paradigma», y se apoya en autores interesados por los problemas que plantean la metodología, la alienación y la incommensurabilidad durante el proceso de razonamiento científico (por ejemplo, FEYERABEND, 1978; HABERMAS, 1971; KOYRÉ, 1965).

Una vez expuestos, como telón de fondo conceptual de nuestra argumentación, estos aspectos preliminares sobre los diferentes recursos teóricos y el lugar que ocupa el psicoanálisis con respecto a otros «modelos» socio-críticos —el feminismo, el marxismo, el postestructuralismo—, abordaremos en qué radica la relevancia del psicoanálisis en concreto. Más allá de las argumentaciones que puedan esgrimir los fervientes seguidores de diferentes escuelas y tradiciones psicoanalíticas, hay dos razones fundamentales por las que cabe integrar el psicoanálisis en la investigación cualitativa socio-crítica.

Renegación de la deuda

La primera razón es que las disciplinas que integran las «ciencias sociales» tienen una gran deuda con las ideas aportadas por el psicoanálisis en lo que se refiere a su formación histórica como ámbitos académicos diferenciados, o disciplinas distintas, y es por ello, fundamentalmente, por lo que *reniegan* de esa deuda. Esto implica un

movimiento en un doble sentido. Por un lado se infravalora su importancia y, por otro, se emplean sus aportaciones a la vez que se niegan sus orígenes. La sociología, la psicología y la antropología estuvieron muy vinculadas al psicoanálisis a principios del siglo xx, algo que obvian con frecuencia las representaciones contemporáneas de sus orígenes. Tales vínculos no son meras curiosidades históricas, o conexiones que se desvanecen convenientemente en el pasado, sino que están más que presentes en las concepciones que tienen las disciplinas sobre los modelos y métodos de investigación apropiados. Obviamente, incluso el psicoanálisis ha cambiado y se ha pluralizado, y a menudo su actividad crítica ha sido reabsorbida por las corrientes dominantes en las ciencias sociales.

Buena parte de las características definitorias de las ciencias sociales provienen del psicoanálisis, y ese linaje psicoanalítico permanece oculto en la estructura conceptual y metodológica de cada una de las disciplinas (FOUCAULT, 1970). Las recientes teorías antropológicas sobre las relaciones entre la mentalidad «civilizada» y la «salvaje», por ejemplo, se basan en las historias míticas sobre la civilización que esbozara Freud (véase MANNONI, 1991). Cuando la antropología moderna pretende alejarse de los temas más lineales, eurocéntricos e implícitamente racistas del «desarrollo» de la civilización —progresión que supuestamente va de las concepciones del mundo «animistas» a las «religiosas» y a las «científicas»—, plantea un modelo estructuralista alternativo de la «mente salvaje» que presupone una vez más la existencia del «inconsciente», si bien en una clave algo distinta (véase, por ejemplo, LÉVI-STRAUSS, 1966). A pesar de los puntos de partida comunes, como el tabú del incesto, los enfoques estructuralistas incorporaron a los enfoques psicoanalíticos y produjeron una nueva forma de etnografía. Buena parte de la investigación participante y de la investigación de acción se sitúa en la herencia de esta transformación de la etnografía, que aún defendía perspectivas colonialistas sobre las supuestas culturas «menores».

También provienen de la explicación psicoanalítica del «principio de placer» y del «principio de realidad» las teorías sociológicas sobre la naturaleza de las representaciones y de la progresiva acumulación de recursos culturales. A través de estos, el actor individual pasa a diferenciarse internamente, y a «civilizarse», a medida que la sociedad atraviesa también un proceso de diferenciación interna, en la transición de una organización comunitaria a una sociedad capitalista moderna. Esta concepción de una organización social diferenciada constituye el marco para el análisis de las «representaciones» del propio psicoanálisis en la sociedad moderna (véase, por ejemplo, MOSCOVICI, 2007). Incluso la sociología funcionalista de Parsons y los enfoques del interaccionismo simbólico derivados de Mead hallaron una aplicación directa de los conceptos psicoanalíticos (MANNING, 2005).

La psicología, disciplina que ha puesto todo su empeño en anular la existencia de antiguos vínculos con el psicoanálisis (BURMAN, 2008a), mantiene la aplicación de conceptos tales como la conexión entre «frustración» y «agresión», por ejemplo, y asume que la satisfacción del deseo de un individuo es un proceso necesario y salu-

dable. Incluso en las investigaciones llevadas a cabo por la psicología más normativa, que se basa en tests y escalas de evaluación (Rorschachm, Pfister, el test de apercepción temática, etc.), puede percibirse la influencia de los conceptos del psicoanálisis, y lo mismo podría decirse de un buen número de las teorías de la «personalidad» que procuran evitar a Freud. En los últimos años, su influencia ha sido también evidente en las corrientes que defienden que es positivo para el individuo compartir sus experiencias con otros, algo muy gratificante para los investigadores cualitativos, y que ha contribuido a aumentar la confianza en su trabajo, al decirse a sí mismos y a los otros que el propio proceso de investigación puede resultar tan sano e instructivo para los participantes como para los investigadores y los lectores de los informes.

A vueltas con el significado

La segunda razón por la que consideramos que es importante integrar las aportaciones del psicoanálisis en la investigación cualitativa es que éste ha estructurado y habitado el ámbito de lo social en las sociedades tardo-capitalistas y neoliberales. No sólo ha sucedido en Europa y Estados Unidos, donde nació el psicoanálisis y posteriormente floreció como parte integral del desarrollo de la cultura del consumo, sino también en otras partes del mundo influidas por las fuerzas político-económicas de la globalización (véase, por ejemplo, DUNKER, 2008). En la actualidad, la cultura occidental está saturada de las concepciones psicoanalíticas del yo, del individuo que imagina que sus acciones responden a razones «inconscientes», que sospecha que quizá haya que buscar las causas para su actual infelicidad en su propia infancia, y que sus sueños y *lapsus* del lenguaje pueden llegar a interpretarse y a revelar lo que «en realidad» está pensando (PARKER, 1997).

En términos históricos podríamos destacar tres cambios conceptuales importantes, a partir de la Segunda Guerra Mundial, que vinculan la influencia del psicoanálisis al desarrollo del capitalismo. En primer lugar, el discurso psicoanalítico ha participado en la reconstrucción de la industria publicitaria con el fin de producir una nueva «cultura del deseo», una nueva perspectiva de la vida emocional del consumidor. En segundo lugar, existe una conexión cada vez mayor entre el psicoanálisis y la psicología evolutiva, así como una retórica del progreso y del desarrollo más amplia tanto en la economía como en la teoría social (BURMAN, 2008b). En tercer lugar, en los programas de salud mental y psiquiatría se ha acogido de forma generalizada el psicoanálisis con el fin de obtener nuevas maneras de interpretar y regular lo «anormal» y el sufrimiento. Observamos una curiosa coincidencia en estos tres cambios: cada uno ha precisado una especie de aportación cualitativa del psicoanálisis a la producción de datos y de «hechos» de la investigación, que sea reconocible para los investigadores positivistas. Por lo tanto, nos hallamos ante un proceso en el que hay una recuperación de la «naturaleza primigenia» de los sujetos —biológica, objetiva y material— y una «naturaleza secundaria» que es psíquica, subjetiva y virtual

(JACOBY, 1975). Por lo tanto, el psicoanálisis pasa de ser una fuerza marginal radical y resistente en la Viena de comienzos de los años veinte, a ser una práctica común utilizada para facilitar la adaptación de las personas a la sociedad.

Otra de las razones añadidas por las que las ciencias sociales pretenden renegar de la influencia del psicoanálisis es que ellas mismas se empeñan en proteger su práctica profesional de los elementos contaminantes de la cultura popular. Cuando afirman que es posible «descubrir» hechos empíricos independientes de la conciencia inmediata de los participantes y de los lectores de sus informes, lo hacen desde la consideración de que existe una división entre su profesionalidad y la falsa, o ausente, conciencia de los otros, y desde una diferenciación de sus propias formas de conocimiento con respecto de las explicaciones que abundan en la cultura popular. El psicoanálisis no solo influyó y acompañó a las ciencias sociales en sus primeros pasos hacia su producción de conocimiento del mundo, sino que además, y al contrario que las ciencias sociales, triunfó en el reino de la cultura popular, por lo que se ha convertido en algo mucho más amenazante para los «científicos sociales» y sus consideraciones del pasado (HACKING, 1996).

La investigación cualitativa ha tendido a obsesionarse con el espectro de su falta de autoridad. El propio concepto de «cualidad» requiere un análisis de los fenómenos en el que no debiera haber cabida para la reducción a la homogeneidad, la identidad y la replicabilidad y, como consecuencia de ello, no hay garantía de que este tipo de investigación sea correcta. Obviamente, en el caso del psicoanálisis, han sido numerosos los intentos por llenar esta falta de autoridad apelando a la autoridad de otros; tales como las instituciones como universidades o institutos de investigación u organismos del Estado que proporcionan certificaciones o financiación y estrategias discursivas que permiten la sacralización de su propia jerga especializada. La investigación cualitativa cercana al psicoanálisis tiende a su vez a recurrir a estas formas externas de autoridad, sustentadoras de su posición privilegiada, frente a aquellos que se mantienen fuera de las instituciones dedicadas a la investigación.

Esta amenaza, y he aquí el punto crucial, es más potente que en ningún otro ámbito en las ciencias sociales que se ocupan de explorar el *significado* desde la investigación cualitativa. Mientras que los modelos y los métodos cuantitativos podrían pretender ofrecer una interpretación más genuinamente «científica» de las relaciones sociales y de los estados mentales internos que el psicoanálisis —descrito como enfoque que ofrece interpretaciones que no pueden ser validadas numéricamente—, los enfoques cualitativos más novedosos se han visto obligados a habitar el mismo territorio metodológico que el psicoanálisis. La investigación social cualitativa rechaza, bajo su responsabilidad, al psicoanálisis, en una cultura contemporánea que adolece de los efectos cada vez mayores de la «psicologización» —que no sólo reduce la explicación social al nivel del individuo sino que invita a cada individuo a creer que las claves de los procesos sociales están en su propia experiencia (GORDO LÓPEZ, 2000; PARKER, 2007).

Aquellos que pretenden excluir al psicoanálisis de la investigación cualitativa tienden a esgrimir un doble argumento, como exponemos a continuación, con el propósito de privilegiar el conocimiento psicoanalítico por encima de otros enfoques metodológicos de modo que, posteriormente, pueda emplearse en la investigación cualitativa. En primer lugar, está el argumento de que el psicoanálisis necesariamente nos acerca a formas de significados internos, secretos e idiosincrásicos. Estas representaciones de significados subyacentes parecen conectarnos con un «lenguaje privado», personal, que únicamente puede traducirse al lenguaje común mediante la situación de transferencia y con apoyo de conocimientos psicoanalíticos. En la práctica clínica del psicoanálisis la «transferencia» describe cómo se reconstruye y reexperimenta el pasado del «analizado» (paciente o usuario del tratamiento) en su relación con el analista, de modo que la práctica clínica parece aportar un modelo de referencia para la investigación externa a la clínica (modelo que no debe darse por sentado).

El segundo argumento es que el significado se puede negociar libremente en términos de una práctica convencional entre los participantes en una conversación abierta, como si de una forma de «libre asociación» se tratara. La libre asociación es una regla del discurso que requiere que la persona analizada lo diga todo, por muy irrelevante o desagradable que pueda resultar su interpretación para el analista. En este caso, las cualidades reales del significado no son tan densas ni preestablecidas, sino que son entendidas como plásticas y fluidas, y a menudo se piensa que es fácil cambiar y manipular el significado en el marco de una aproximación «experta». La idea de que la construcción del significado siempre será una operación fructífera subyace a ambos argumentos, ya sea desde el punto de vista del interés que puedan tener los significados internos ocultos o desde la negociación de los significados convencionales. El significado puede aislarse en contextos fijos y describirse con todo lujo de detalles o puede considerarse desde una perspectiva positivista, como un objeto como cualquier otro que se describe mediante la aplicación de categorías concretas (véase KVALE, 2003).

No obstante, puntualizaremos que estos supuestos, que pretenden proteger el psicoanálisis como si se tratara de una forma especializada de conocimiento, son erróneos. De igual modo cabría considerar que es objeto de estudio de la investigación psicoanalítica el éxito como el *fracaso*; el psicoanálisis se centra en la ausencia de sentido, en las experiencias absurdas o sin sentido. Aunque la investigación cualitativa tiende a considerar el significado como un elemento positivo, el psicoanálisis nos lleva a considerar todos los fenómenos de los que se habla desde el punto de vista de la negatividad o del sinsentido (NOBUS y QUINN, 2005).

Compromiso crítico

Lo que aquí defendemos es que la investigación cualitativa socio-crítica debería recurrir al enfoque psicoanalítico en lugar de renegar de él, en lugar de fingir que no

tiene influencia alguna sobre el modo en que los científicos sociales desarrollan su trabajo. No obstante, conviene aclarar algunos aspectos conceptuales en los que se basa tal defensa. No se trata de plantear que el psicoanálisis proponga una explicación superior ni un mejor modelo de investigación ni una metodología que permita descubrir algo «más» que las perspectivas positivistas de investigación social que prescinden de él. En absoluto, puesto que cuando recurrimos al psicoanálisis debemos tener en cuenta los riesgos que entraña.

Aunque defendemos que aporta una serie de recursos conceptuales valiosos, creemos que estos provienen de una posición históricamente engarzada y no de las cualidades inherentes que presenta como modelo o método.

La renegación del discurso psicoanalítico implica que debería «aplicarse» como un instrumento de manejo neutral. El argumento conservador y reticente frente a su uso se basa en la presunción de que solo deberían estar autorizados a ponerlo en práctica los «auténticos» psicoanalistas. Desde nuestro punto de vista esta afirmación es falsa, pero esa misma falsedad contiene una importante pista sobre la función social del conocimiento psicoanalítico. La idea de que únicamente los expertos y aquellos que han recibido la auténtica formación psicoanalítica pueden lidiar con sus categorías conceptuales es un indicio de la naturaleza política disponible cuando optamos por este marco teórico.

En primer lugar, es preciso contar con el legado histórico del psicoanálisis no porque sea «verdadero», sino porque es considerado como tal por muchos individuos que explícita o implícitamente estructuran las interpretaciones de la vida privada y social de acuerdo con sus principios (como que existen razones inconscientes que explican sus actos y que debieran compartir con otros sus pensamientos sobre esas razones ocultas). Esta «verdad histórica» del psicoanálisis solo puede abordarse desde la conciencia de la fuerza que tienen los supuestos que subyacen al tejido social. A lo largo de su historia, este enfoque ha puesto numerosas veces de manifiesto el vínculo entre psicoanálisis y «saber popular» (véase, por ejemplo, FREUD, 1933). Entre otros ejemplos, está el modo en que Freud opta por la cultura popular frente a las concepciones «científicas» cuando insiste en que los sueños tienen un significado; o plantea cómo en el síntoma histérico hay una «conversión» de lo mental a lo físico, que parece estar determinada por la opinión generalmente aceptada que una persona tiene de su cuerpo más que por una descripción neurótica; o que la terapia psicoanalítica siga los derroteros marcados por el vocabulario que elige la persona analizada y no por el discurso del terapeuta.

En segundo lugar, los resultados del psicoanálisis son especialmente potentes para los científicos sociales, sobre todo para aquellos que practican la investigación cualitativa desde la creencia de que es más importante —incluso «liberador»— estudiar el significado que producir representaciones numéricas del mundo. La máxima marxista que plantea que quienes no aprendan de la historia están condenados a repetir la puede aplicarse mejor que en ningún otro caso a aquellos que pretenden aparentar

que el psicoanálisis les resulta irrelevante. Si en efecto cabe deshacerse del lastre del pasado a la hora de implicarse en la investigación cualitativa socio-crítica, solo cabrá hacerlo si somos realmente conscientes de aquello de lo que nos estamos deshaciendo. La cuestión vuelve de nuevo al punto en el que vimos la importancia de los marcos teóricos psicoanalíticos en las ciencias sociales. En el ámbito teórico a menudo el proceso de importación es diametralmente opuesto a lo que sucede en el intercambio económico capitalista «normal». Es habitual que cuando compramos algo tengamos la impresión de que es *menos* de lo queríamos o esperábamos que fuera. El problema que plantea la importación de conceptos —como en el caso del psicoanálisis y otras disciplinas académicas— es que con frecuencia obtenemos *más* de lo que pretendíamos. Esto implica que al pretender vaciar las disciplinas de todo concepto psicoanalítico permanece su «excedente», que estructura el conocimiento posterior.

CUATRO CASOS PSICOANALÍTICOS

Podemos pasar ahora a analizar cuatro aspectos del psicoanálisis como visión del mundo (como «modelo»), y como forma de razonamiento (como «método»). Recurrimos a la argumentación de FREUD (1933) que defiende que la metodología psicoanalítica no debería convertirse en una visión del mundo, sino que debería utilizarse en relación con la ciencia, en este caso con la ciencia social. Mediante el análisis del funcionamiento insidioso de las categorías psicoanalíticas en la investigación científica, mostraremos más detalladamente cómo cabe desarrollar enfoques socio-críticos que trasciendan las concepciones del mundo psicoanalíticas de sentido común e ideológicas. Estos cuatro casos nos permitirán ilustrar el modo en que puede elaborarse una alternativa crítica frente a los habituales procedimientos renegadores del psicoanálisis.

Hemos utilizado intencionadamente el término psicoanalítico «renegación» —estrategia de negación que implica un uso simultáneo de aquello que se niega— por las resonancias del término con los conceptos de rechazo y fijación, por lo que pretende ocultar y la consiguiente fetichización de lo que sustituye a lo ocultado. Según la teoría psicoanalítica clásica la «renegación» describe el modo en que el niño evita reconocer la ausencia de pene en el cuerpo de la madre, y sustituye la cosa ausente mediante la fijación en otro objeto y así crea un fetiche a través del cual finge que no hay una diferencia real entre hombre y mujer. Obviamente, aquí utilizamos el concepto de «renegación» en un sentido mucho más formal (es decir, no incluye a la madre desnuda, ni la percepción del niño y la ausencia de pene como elementos indispensables de la estructura), para describir el modo en que la negación de la existencia de algo (por ejemplo, que el psicoanálisis constituya una poderosa fuerza estructurante para las ciencias sociales) oculta el valor que secretamente se sigue dando a ese algo, o a algo que representa al psicoanálisis (LAPLANCHE y PONTALIS, 1988).

El principio estructurante que utilizaremos para describir estos cuatro casos plantea que una de las consecuencias más importantes de la exclusión del psicoanálisis, del intento por infravalorarlo, adopta en su retorno una forma distorsionada y fetichizada. Es decir, como repeticiones de la historia del desarrollo de las ciencias sociales y como materiales de la cultura popular psicologizada saturada de categorías psicoanalíticas. Por tanto, el proceso para comprometerse con estos casos de psicoanálisis en la investigación cualitativa requiere «un trabajo» que alcanzará la «superación» de los elementos fetichizados distorsionados del psicoanálisis. «Superación» se utiliza en este caso para aludir a cómo pretendemos rechazar las categorías psicoanalíticas ideológicas y del sentido común que describiremos, y cómo reelaborar y mejorar los aspectos que merecen incorporarse a una investigación cualitativa socio-crítica.

La historia de la filosofía se ha caracterizado porque durante determinadas etapas predomina una idea que, después de un tiempo, pierde vigor, o se descubre que uno de sus principios es falso o se resuelve el problema y la atención pasa a centrarse en otro (KUHN, 1962). El concepto de «superación» capta la forma en que la antigua idea o principio no es meramente refutada y desechada sino que se mantiene, está contenida en el nuevo principio que lo ha sustituido desde un nivel superior. Por poner otro ejemplo (conceptualizado por los teóricos piagetianos y vygotskianos de la psicología evolutiva y por los que recurren a las ideas psicoanalíticas), durante nuestra infancia luchamos contra determinados problemas que olvidamos cuando alcanzamos la edad adulta, pero en realidad son esas luchas las que nos configuran como el adulto que somos, y al que ya no preocupan esos problemas. Así la «superación» opera, suplanta y mantiene simultáneamente lo que aparentemente anula (BOTTOMORE, 1991; BENSÂID, 2002).

La «superación» de cada uno de estos cuatro casos, por tanto, nos permite producir modelos y métodos conceptuales simultánea y explícitamente incrustados en la historia conceptual y cultural del psicoanálisis y que al mismo tiempo son rigurosa y deliberadamente «antipsicoanalíticas». Es preciso advertir, no obstante, que este «antipsicoanálisis» no debería proceder como simple evasión o denuncia; debería evitar que se mantengan secretamente presupuestos de aquello que intentábamos evitar o repetir las formas de argumentación de la posición contra la que nos definimos al denunciarlo. No queremos acabar como el ateo que se pasa la vida denunciando a Dios, y cuya existencia sigue estando definida por ese Dios que lo obsesiona.

El gancho que tiene el psicoanálisis en la cultura y en los sujetos que la componen requiere que se analice desde una estrategia más interpretativa (que podríamos denominar «psicoanalítica»). Por ello, con el fin de desarrollar una investigación cualitativa socio-crítica es preciso hallar una nueva forma de lidiar con, y administrar, el psicoanálisis; pero, como veremos, esto solo es posible si somos capaces de emprender la tarea partiendo del reconocimiento previo del peso histórico que ha tenido sobre las actuales estrategias conceptuales. Pasemos ahora a analizar los cuatro casos psicoanalíticos.

La interpretación

Los científicos sociales que se interesan por la investigación cualitativa suelen reconocer que la postura que adoptan es afín, por no decir que está influida hasta cierto punto por el psicoanálisis. Podría decirse que el «giro interpretativo» de las ciencias sociales apela a una sensibilidad cuasi psicoanalítica que «sospecha» de las primeras impresiones que suscita el material investigado —ya sea un relato etnográfico, la transcripción de una entrevista o un texto cultural— y que procura hurgar por debajo hasta llegar a algo que «realmente» explique lo que está sucediendo (véase RORTY, 1980). Hay dos aspectos que resultan especialmente problemáticos y que se deben, en gran parte, al impacto de la ideología psicoanalítica dentro y fuera de las ciencias sociales.

El primero es que, de algún modo, el material a investigar —al que con frecuencia el analista denomina «datos», quizá por deferencia a los paradigmas cuantitativos— es el mero contenido «manifiesto». El razonamiento es el siguiente: si tiene sentido para el participante según lo produjo en una entrevista, o mediante la descripción de los actos en un estudio etnográfico, deberemos recelar aún más de los significados ocultos que subyacen. Lo mismo atañe cuando se trata de evitar la tentación de explicar la intención del autor del texto, bien sea el caso de un texto discursivo u otro tipo de material cultural; sería absurdo e infructuoso preguntar a un autor por qué ha producido el texto que tenemos ante nosotros —es como si tan solo estuviera al alcance del investigador detectar la verdadera razón—. No es únicamente que este argumento sea erróneo en sí mismo, más bien nos sirve para hacer hincapié en el hecho de que debemos preguntarnos por los supuestos que aparecen cuando consideramos que es un error pedir al autor que se acerque más al «verdadero» significado. A menudo se piensa que es posible fijar el significado en un *corpus* textual claro y exhaustivo, como si de un mito complementario se tratara, con fronteras bien delimitadas llevando así el flujo de significado a un punto muerto. En ambos casos, ya hablemos de la autonomía del autor o de la del *corpus*, somos prisioneros de la ficción de que hay un significado «real» desde el momento en que intentamos evitarlo.

Para el enfoque científicista estándar es sin duda tentador excavar el significado «real», como si se tratara del contenido «latente» preexistente bajo la superficie, como si fuera el texto producido por un sueño (FREUD, 1900a, 1900b). Huelga decir que los científicos sociales creen revelar el contenido «latente» mediante diversos procedimientos que dependen de la experiencia, algo inalcanzable para aquellos que producen un informe por primera vez. Ello implica la adopción inmediata de un punto de partida que tiene resonancias y es reproductora de la peor banalización de las representaciones psicoanalíticas derivadas de la indagación en el interior de la mente, tras el revoltijo de asociaciones libres y racionalizaciones que ofrece el pobre sujeto parlante inconsciente. Este razonamiento se basa en la idea de que la interpretación psicoanalítica funciona como un proceso de traducción en el cual partimos del lenguaje natural, ambiguo y confuso del sujeto para trasladarlo al lenguaje artificial, inequívoco y claro del investigador.

Cabe plantear que una táctica apropiada en relación a este supuesto, en sintonía con el argumento estratégico de espectro más amplio y que aquí planteamos, es rechazar el señuelo del *significado* como tal. En lugar de invertir en el supuesto subyacente de que nuestra tarea consiste en excavar el significado para producir otro más rico y detallado —ya sea «descripción densa» más allá de lo que nos contara el informante o de «una lectura atenta» que revele los temas subyacentes— sugerimos dar inmediatamente un paso «antipsicoanalítico» para *reducir* el grado de sentido de las interpretaciones que producimos. Aquí se pondrían en funcionamiento elementos de la crítica ideológica de los formalistas rusos y, posteriormente, del análisis automático del discurso de la escuela francesa (véase GORDO LÓPEZ en este volumen), por ejemplo, al reducir a sinsentidos los «sentidos» aparentemente autoevidentes para el investigador y el lector, y mediante este efecto de «distanciamiento» proceder a analizar el mecanismo de los elementos absurdos (BENNETT, 1979; NOBUS y QUINN, 2005).

Desde esta perspectiva, la interpretación funciona como una suerte de transcripción o trasliteración, más que como una traducción. La transcripción se mueve de un nivel de expresión (lenguaje hablado, imágenes y gestos, por ejemplo) a otro (por ejemplo, el lenguaje escrito). La trasliteración se mueve de un sistema de escritura a otro (por ejemplo, del chino al inglés). Podremos distanciarnos del principio tentador del «significado positivo» pleno si somos capaces de reconocer que nos enfrentamos a un enorme problema cuando grabamos una entrevista y la transcribimos; si prestamos máxima atención a las opciones, exclusiones y decisiones que adoptamos en el proceso. Por tanto, son múltiples los procedimientos que asumimos automáticamente en la investigación cualitativa y que debemos poner en tela de juicio toda vez que rechazamos el paradigma «interpretativo». Debemos cuestionar la existencia de una traducción perfecta, nuestra confianza en los sinónimos, la equivalencia natural de determinadas expresiones y, en términos generales, la eficacia de la comunicación.

Interioridad

La investigación social positivista tiende a hurgar en el interior de la mente del sujeto para descubrir sus creencias sobre los procesos sociales y desvelar cuáles son sus «sentimientos» en las relaciones sociales. Esta tentación ha estado muy presente en la tradición cuantitativista y no sólo en el ámbito de la psicología —dedicada al estudio de los procesos mentales internos— sino también en las versiones cognitivas y experienciales de la antropología y la sociología. Este intento por centrarse en los «sentimientos» más que en las palabras y discursos nos enreda una vez más en la presunción de que, en efecto, existe la comunicación perfecta. Ahondar en los sentimientos conlleva ciertos supuestos sobre la reciprocidad y la reflexividad que funcionan como una suerte de indicador de la supuesta identidad del significado. La empatía y la espontaneidad quedan elevadas a la categoría de virtudes naturales del investigador cualitativo.

El giro hacia la investigación cualitativa que han tomado las ciencias sociales se ha dado en un momento en el cual la psicologización de la cultura ha aumentado hasta tal punto que los significados que los sujetos atribuyen a los fenómenos se consideran con frecuencia como proveedores de un criterio de verdad. En lugar de las nociones tradicionales de «validez» y «fiabilidad», la garantía intuitiva del valor de las interpretaciones pasa a apoyarse en una correspondencia asumida con lo que el lector, investigador y participante realmente «piensa» o «siente» que es (véase ELLIS y BOCHNER, 2000). Este tipo de criterios emocionales, tan útiles para la vida cotidiana, pueden resultar verdaderamente inútiles en la investigación cualitativa. Esta reflexión encaja con el argumento que en ocasiones hallamos en la literatura psicoanalítica de que el efecto de la «represión» está relacionado con los afectos más que con las representaciones (véase FREUD, 1927). Lo cierto es que los afectos se clarifican con mayor detalle en las conversaciones cotidianas si nuestro interlocutor *no* los comprende del todo y cuestiona la forma en que funcionan, y este cuestionamiento es precisamente el que deberíamos fomentar en nuestra investigación.

El supuesto de que hay, en efecto, un ámbito «interior» de la mente que debe salir a la luz obviamente también se corresponde con las versiones popularizadas del psicoanálisis. Algunas versiones de la teoría psicoanalítica posteriores a Freud han llegado incluso a basarse en el supuesto de que la mente humana es una especie de espacio repleto de «contenidos» conscientes e inconscientes que el terapeuta o el investigador puede recuperar siempre y cuando esté cualificado para ello (véase LEADER, 2000). De este modo, el concepto de «interpretación» banalizado y distorsionado —es decir, la supuesta traslación de los significados latentes en contenidos manifiestos que describen los científicos sociales de orientación psicoanalítica— va acompañado del concepto igualmente banal de que el psicoanálisis se ocupa de los contenidos secretos de la mente. Es preciso desafiar el principio de identificación afectiva entre el investigador y su objeto de investigación, sustituirlo por el principio de *falta de familiaridad*, por medio del cual intentamos localizar lo extraño de los significados que aparentemente resultan familiares y asumidos.

En nuestra opinión, este problema de la interioridad como compromiso estratégico, que funciona para esclarecer sus presupuestos, requiere que se replantee la oposición entre exterioridad e interioridad y que se aborde lo que es putativamente «interior» como un constructo mantenido por los procesos sociales. En la sociedad capitalista es precisamente el mecanismo de estos procesos sociales el que alienta a cada individuo a que imagine que los fenómenos mentales están en el interior de su mente y no fuera (PARKER, 2007). No obstante, más que referirnos a los conceptos cuasi-conductistas según los cuales las circunstancias sociales determinan a los sujetos, lo que queremos es cuestionar la construcción concreta del interior. El estudio de la interioridad requiere también el estudio de los procesos de psicologización, quizá, en determinados momentos, como si fuera una forma de ideología. Esto no significa que haya que evitar la dimensión emocional de la investigación sino que es preciso considerar la emoción como *práctica* y no como experiencia interior o como conducta externa

observable (véase MONTENEGRO Y PUJOL en este volumen). Una vez más nos encontramos con un efecto productivo derivado del rechazo a la oposición heredada entre el contenido latente y el manifiesto.

Subjetividad

El investigador que inicia la tarea de ahondar en la mente del sujeto participante en una investigación se enfrenta a su vez a la situación de tener que ahondar en su propia mente con el fin de extraer cualquier «predisposición» o «prejuicio» que pudiera tener. La reflexión sobre los efectos de la intervención del investigador goza de una larga tradición en la antropología y la sociología, sobre todo en la investigación etnográfica (véase, por ejemplo, CLIFFORD y MARCUS, 1986). El hecho de que un individuo o un equipo se adentren en el campo y pasen a describirlo desde la posición privilegiada que ofrece una institución determinada tendrá un efecto enorme no sólo en la forma que adoptarán sus descripciones sino, también, en los propios participantes que intentan dilucidar lo que hacen y cómo resultar inteligibles para terceros. El problema que nos planteamos no está relacionado con un cuestionamiento de las posiciones institucionales ni con la situación privilegiada de aquellos que están en el medio universitario, sino con la forma en que se configura el problema toda vez que es habitado por los conceptos psicoanalíticos. El empleo habitual del concepto de la «contratransferencia» para definir la reacción del analista alimenta esta perspectiva a la hora de abordar la subjetividad (véanse, por ejemplo, FREUD, 1915; HOLLWAY, 1989).

Una preocupación inadecuada por la «subjetividad» del investigador llevaría a intentar entender cómo opera la «reflexividad» mediante la búsqueda de motivos ocultos en el interior de la propia mente que expliquen la elección del tema de análisis o las interpretaciones derivadas de todo ello. Esta reflexividad a menudo se reduce a las decisiones «subjetivas» individuales que realiza el investigador, en lugar de abordarla como una función de las posiciones institucionales y requerimientos colectivamente sustentados (PARKER, 2005). Cuando analizamos estos elementos «subjetivos» concretos la investigación tiende a ser pobre; a menudo ser «subjetivo» no significa mucho más que realizar identificaciones basadas en generalizaciones y tomar decisiones injustificadas; con frecuencia se recurre a la subjetividad para zanjar una conversación, más que para iniciarla.

Nosotros abordamos este problema desde el rechazo a la oposición entre objetividad y subjetividad, y tratamos de mostrar cómo en el ámbito de lo subjetivo habitan incluso las prácticas consideradas más objetivas. En este sentido, nos apoyamos en supuestos derivados del feminismo, de la teoría marxista y de la crítica postestructuralista que ilustran en qué modo la «objetividad» apela a una serie de procedimientos complejos que reflejan algunos puntos de partida (véase, por ejemplo, HENRIQUES *et al.*, 1998). El análisis del modo en que se fabrica la subjetividad en relación con diferentes formas de tecnología nos sirve también para esclarecer el ámbito de lo per-

sonal entendido como algo habitualmente opuesto al ámbito político (GORDO LÓPEZ y CLEMINSON, 2004). Es más importante mostrar cómo se presentan la subjetividad y la objetividad en determinados juegos del lenguaje y preguntarse por las aristas de la oposición entre subjetividad y objetividad, que ahondar en una parte de la ecuación abstraída de la otra.

Relaciones

El ámbito entre el sujeto en la investigación y el investigador —entre la «interioridad» del objeto de estudio y la «subjetividad» del agente— es crucial para las ciencias sociales cualitativas. Una vez más este ámbito es proclive a la psicologización, en particular, a la influencia de la concepción psicoanalítica de las «relaciones», que a menudo se configuran como «relaciones de investigación» dolorosas y difíciles. Las nociones psicoanalíticas a menudo aparecen en el lenguaje empleado para describir estas relaciones como, por ejemplo, en el empleo de términos como «doloroso» y «difícil» en sus sentidos terapéuticos —es decir, mental o emocionalmente dolorosos o difíciles— y en la descripción de las relaciones institucionales entre investigadores e investigados a las que a menudo se describe como estructuradas por «fronteras» que deberían mantenerse y respetarse.

También existe la tentación por parte del investigador de proteger al sujeto y respetar sus «fronteras» putativas, lo que conduce a su infantilización. Así, las experiencias «dolorosas» y «difíciles» que se le plantean al investigador en su relación —que en este punto ya se describe recurriendo a la terminología terapéutica popular— se atribuyen también al sujeto y se establece una serie de procedimientos protectores, que se sitúan bajo la etiqueta de responsabilidad, confidencialidad y ética. Denominamos a esta situación «transferencia generalizada»; es decir, el lenguaje clínico específico se aplica a toda relación social, en este caso, para investigarla. Nos enfrentamos aquí de nuevo al riesgo de una extrapolación del psicoanálisis clínico, que ha sido a menudo tratado como un ámbito privilegiado en el cual supuestamente funcionan los fenómenos relacionales generales (véase FREUD, 1915).

Hallamos aquí un desarrollo complejo de la idea de método. Este es entendido como una secuencia de senderos que podría tomar el investigador, o alguien que ocupe la misma posición, para producir conocimiento replicable sin que ello suponga un riesgo o una opción personales. La formulación de una secuencia replicable clara plantea una supuesta garantía, pero también implica que si uno opta por un método ya no es responsable de sus consecuencias; el investigador se limita a elegir el «método» y a respetarlo fielmente. La investigación cualitativa, por otra parte, no está protegida del anonimato del método, por lo que han emergido nuevas tácticas que permiten neutralizar el riesgo inherente a la práctica del mismo. Dichas tácticas requieren extraer del escenario de la investigación cualquier conflicto, dolor o potencial sufrimiento que pueda surgir en el encuentro entre investigador y sujeto. Así se apacigua

a ambas partes y se las invita a creer que ya no tienen que reflexionar sobre sus actividades ni sobre los efectos de la intervención en la investigación.

Este problema solo puede afrontarse mediante el estudio histórico detallado de cómo se constituyen la práctica clínica y las formas de subjetividad que tienen lugar en este mecanismo social concreto diseñado para producir «transferencia» (DUNKER, en prensa). La única manera de enfrentarse al aparato clínico del psicoanálisis es «relativizarlo»; es decir, considerar la transferencia como algo específico más que pretender que se trata de una característica necesaria de todas las relaciones y que por ello debe ser atendida por los científicos sociales. Esto significa que es preciso pasar de las normas genéricas y del anonimato del investigador a considerar verdaderamente la responsabilidad concreta que conlleva embarcarse en actividades y producir efectos que el investigador difícilmente puede conocer en toda su dimensión antes de iniciar la investigación.

LAS ESTRATEGIAS SOCIO-CRÍTICAS

Algunos lectores habrán detectado rastros del psicoanálisis en las propias estrategias que hemos empleado para desenmascararlo. A esta acusación responderíamos que no hay que confundir el contrabando (si es que somos sospechosos de haber introducido más mercancías de contrabando de las que hemos declarado a la entrada) con el uso táctico. Por ejemplo, en el caso de que se dé una reducción del «sentido» al «sin-sentido» en el transcurso de un proceso interpretativo que intente evitar la ideología psicoanalítica en una cultura psicologizada, terminará pareciéndose bastante a lo que algunos psicoanalistas dicen hacer en su práctica clínica. No es problema nuestro; nuestra tarea consiste en abordar el impacto inmediato que tiene el razonamiento psicoanalítico en las ciencias sociales. Lo mismo podría decirse del argumento de que los propios psicoanalistas deconstruyen la oposición entre interioridad y exterioridad (MILLER, 1986), y de que abordan la subjetividad como si fuera una función de la transferencia en el ámbito de la práctica clínica (NASIO, 1998).

El psicoanálisis proporciona recursos útiles, pero los aspectos ideológicos, sedimentados en la cultura popular mediante su banalización y la recuperación de aquellas ideas compatibles con la psicologización contemporánea, deberán ser cuidadosamente trabajados y «superados» de modo que puedan retenerse y elaborarse para un futuro trabajo crítico. Estas estrategias no son procedimientos que, una vez aplicados, puedan olvidarse o darse por sentados, y esta es la razón por la que nos abstenemos de plantear prescripciones sobre cómo desarrollar el psicoanálisis como «método» basadas en su «modelo» de relaciones sociales (o incluso dar un «ejemplo» que pudiera precisarlo). Todo método debe elaborarse a partir de las cualidades concretas de la situación que se analiza. Siempre habrá un componente de riesgo y no hay normas o procedimientos ni comités éticos que garanticen que tomemos las decisiones acertadas. Si el objeto de análisis se resiste al método que aplicamos, es

con toda seguridad mejor que al final del proceso sobreviva el objeto y no el método (LATOURE, 2000; KVALE, 2003).

Apostamos por rechazar la estrategia de la «renegación» que intensifica el poder de la sustancia enemiga —el psicoanálisis— cuando se fetichiza y se convierte en algo aún más peligroso de lo que era, debido al daño que acompaña el intento de defendernos contra el mismo. Así funciona el enemigo de la buena investigación y tal es el peculiar anclaje que tiene en nuestro trabajo. Sería posible encontrar entre los precursores de nuestro empeño un esfuerzo por intentar desentrañar y mudar lo «abstracto» de determinados procedimientos de la interpretación psicoanalítica y conservar una práctica «concreta» (POLITZER, 1994; para una refutación psicoanalítica de estos argumentos, véase LAPLANCHE y LECLAIRE, 1972).

De hecho, la mayor parte de la investigación cualitativa inspirada directa o indirectamente por el psicoanálisis convierte al psicoanálisis en una especie de psicología abstracta, con las características exactas que destacara Georges POLITZER (1994): presunción del convencionalismo del significado (de las categorías, los juicios y contrastos entre el investigador y sus «sujetos»); atomización del significado y de la conducta (y la clasificación de las «actitudes»); intento por lidiar con los procesos mentales en lugar de con «el drama de la vida» real (con una dimensión afectiva intrínseca y la premisa de la comunicación total); un intento por esquivar el cambio (o «la interferencia» en la vida del «objeto» de estudio); y la ausencia de toda reflexión sobre la historicidad del significado y la localización histórica del investigador al asumir determinados supuestos sobre qué problemas y qué soluciones pertenecen a una situación concreta.

En muchas ocasiones se ha definido al psicoanálisis y su historia como una antipsicología (véase BURMAN, 2008a). Si pretendemos generar, experimentalmente, un enfoque «antipsicoanalítico» quizá lleguemos a una «antiantipsicología», es decir, a una forma de encontrarnos con la naturaleza de la subjetividad en la sociedad contemporánea. De este modo, la forma de abordar lo individual que la psicología como disciplina a menudo traiciona, conectaría con el ámbito más amplio de las ciencias sociales.

Podría decirse que hemos intentado «deconstruir» el psicoanálisis de tal forma que podamos cuestionar la imbricación de su superestructura ideológica con estrategias de la disciplina o de la confesión (HOOK, 2007). Nuestro análisis requiere una sensibilidad hacia el papel históricamente mediado del psicoanálisis, abordado como forma ideológica que requiere una interpretación para acoplarse más eficazmente a los procesos de cambio; este análisis dialéctico de lo que hay de «racional» en el psicoanálisis también se debe en parte al marxismo. Nuestro punto de vista está también muy influido por los supuestos del feminismo que entienden la naturaleza humana como algo históricamente mediado, y por los enfoques epistemológicos que analizan cómo la configuración de la realidad social permite que los que se benefician de ella asuman que así es y así debe ser.

Claramente existen contradicciones entre los enfoques psicoanalíticos, postestructuralistas, marxistas y feministas en las ciencias sociales (véase PARKER, 2003), y no ha sido nuestra intención dar un trato de preferencia al psicoanálisis, sino centrarnos en sus promesas. Anticipamos que el proceso de investigación se reinventa cada vez que un investigador social cualitativo inicia su trabajo y los casos psicoanalíticos concretos deberán anticiparse y rechazarse como necesarios, superarse a medida que avance el proceso.

BIBLIOGRAFÍA

- BENNETT, T. (1979): *Formalism and Marxism*, London: Methuen.
- BENSAÏD, D. (2002): *Marx for Our Times: Adventures and Misadventures of a Critique*, London: Verso.
- BOTTOMORE, T. (ed.) (1991): *A Dictionary of Marxist Thought* (2.ª ed.), Oxford: Blackwell (*Diccionario del pensamiento marxista*, Madrid: Tecnos, 1984).
- BURMAN, E. (1998): *Deconstructing Feminist Psychology*, London and Thousand Oaks, CA: Sage.
- (2008a): *Deconstructing Developmental Psychology* (2.ª ed.), Londres y Nueva York: Routledge (*La deconstrucción de la psicología evolutiva*, Madrid: A. Machado, 1998).
- (2008b): *Developments: Child, Image, Nation*, Londres y Nueva York: Routledge.
- BUTLER, J. (1990): *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Londres y Nueva York: Routledge (*El género en disputa: feminismo y subversión de la identidad*, Barcelona: Paidós, 2007).
- CLIFFORD, J., y MARCUS, G. (eds.) (1986): *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, CA: University of California Press.
- DUNKER, C. (2008): «Psychology and psychoanalysis in Brazil: From cultural syncretism to the collapse of liberal individualism», *Theory & Psychology*.
- (en prensa): *The Structure and Constitution of Psychoanalysis: Historical Grounding of Negativity and Conflict in Contemporary Practice*, London: Karnac.
- ELLIS, C., y BOCHNER, A. P. (2000): «Autoethnography, personal narrative, reflexivity», en DENZIN, N. K., y LINCOLN, Y. S. (eds.), *Handbook of Qualitative Research*, 2.ª ed., Thousand Oaks, CA: Sage.
- FEYERABEND, P. (1978): *Against Method: Outline of an Anarchistic Theory of Knowledge*, London: Verso (*Contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, Barcelona: Ariel, 1989).
- FOUCAULT, M. (1970): *The Order of Things*, London: Tavistock (*Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid: Siglo XXI, 1997).
- (1980): *Power/Knowledge Selected Interviews and Other Writings 1972-1977*, Hassocks, Sussex: Harvester Press.
- FREUD, S. (1900a): «The Interpretation of Dreams (First Part)», en STRACHEY, J. (ed.) (1953), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, vol. IV. London: The Institute of Psycho-Analysis and The Hogarth Pres (*La interpretación de los sueños*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2000).
- (1900b): «The Interpretation of Dreams (Second Part)», en J. STRACHEY (ed.) (1953), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, vol. V, London:

- The Institute of Psycho-Analysis and The Hogarth Press (*La interpretación de los sueños*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2000).
- (1915): «Observations on Transference-Love (Further Recommendations on the Technique of Psycho-Analysis III)», en STRACHEY, J. (ed.) (1958), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, vol. 12, Vintage: The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis London.
- (1927): «Fetishism», en STRACHEY, J. (ed.) (1964), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, vol. 21, London: Vintage, The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis.
- (1933): «New Introductory Lectures on Psycho-Analysis», en STRACHEY, J. (ed.) (1964), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, vol. 22, London: Vintage, The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis.
- GORDO LÓPEZ, Á. J. (2000): «On the psychologization of critical psychology», en *Annual Review of Critical Psychology*, 2, págs. 55-71.
- GORDO LÓPEZ, Á. J., y CLEMINSON, R. (2004): *Techno-Sexual Landscapes: Changing Relations Between Technology and Sexuality*, London: Free Association Books.
- HABERMAS, J. (1971): *Knowledge and Human Interests*. London: Heinemann (*Conocimiento e interés*, Valencia: Universidad de Valencia, 1997).
- HACKING, I. (1996): «Memory sciences, memory politics», en ANTZE, P. y LAMBEK, M. (eds.), *Tense Past: Cultural Essays in Trauma and Memory* (págs. 67-87), London and New York: Routledge.
- HENRIQUES, J.; HOLLWAY, Urwin C.; VENN, C., y WALKERDINE, V. (1998): *Changing the Subject: Psychology, Social Regulation and Subjectivity*, London and New York: Routledge.
- HOLLWAY, W. (1989): *Subjectivity and Method in Psychology: Gender, Meaning and Science*, London: Sage.
- HOOK, D. (2007): *Foucault, Psychology and the Analytics of Power*, London: Palgrave.
- JACOBY, R. (1975): *Social Amnesia: A Critique of Conformist Psychology from Adler to Laing*, New York: Beacon.
- KOYRÉ, A. (1965): *Newtonian Studies*, London: Chapman & Hall.
- KVALE, S. (2003): «The psychoanalytic interview as inspiration for qualitative research», en CAMIC, P.; RHODES, J., y YARDLEY, L. (eds.), *Qualitative Research in Psychology: Expanding Perspectives in Methodology and Design*, Washington, D.C.: American Psychological Association Press.
- KUHN, T. (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago: University of Chicago Press (*La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid: FCE, 2000).
- LAPLANCHE, J., y LECLAIRE, S. (1972): «The unconscious: A psychoanalytic study», *Yale French Studies*, 48, págs. 118-175.
- LAPLANCHE, J., y PONTALIS, J. B. (1988): *The Language of Psychoanalysis*, London: Karnac Books and the Institute of Psycho-Analysis (*Vocabulario de psicoanálisis*, Barcelona: Labor, 1979).
- LATOUR, B. (2000): «When things strike back: a possible contribution of science studies», *British Journal of Sociology*, 51 (1), págs. 107-123.
- LEADER, D. (2000): *Freud's Footnotes*, London: Faber & Faber.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1966): *The Savage Mind*, London: Weidenfeld & Nicolson (*El pensamiento salvaje*, Madrid: FCE, 2005).
- MANNING, P. (2005): *Freud and American Sociology*, Cambridge: Polity Press.

- MANNONI, O. (1991): *Prospero and Caliban: The Psychology of Colonization*, Ann Arbor: University of Michigan Press.
- MILLER, J.-A. (1986): «Extimité», en BRACHER, M.; ALCORN, M. W.; CORHELL, R. J., y MASSARDIER-KENNEY, F. (eds.) (1994), *Lacanian Theory of Discourse: Subject, Structure and Society*, New York: New York University Press.
- MOSCOVICI, S. (2007): *Psychoanalysis: Its Image and Its Public*, Cambridge: Polity Press.
- NASIO, J. D. (1998): *Five Lessons on the Psychoanalytic Theory of Jacques Lacan*, New York: State University of New York Press.
- NOBUS, D., y QUINN, M. (2005): *Knowing Nothing, Staying Stupid: Elements for a Psychoanalytic Epistemology*, London and New York: Routledge.
- PARKER, I. (1997): *Psychoanalytic Culture: Psychoanalytic Discourse in Western Society*, London and Thousand Oaks, CA: Sage.
- PARKER, I. (2003): «Discursive resources in the Discourse Unit», *Discourse Analysis Online*, vol. 1, núm. 1 (<http://extra.shu.ac.uk/daol/articles/v1/n1/a2/parker2002001.pdf>).
- (2005): *Qualitative Psychology: Introducing Radical Research*, Buckingham: Open University Press.
- (2007): *Revolution in Psychology: Alienation to Emancipation*, London: Pluto Press (*La revolución en psicología*, Madrid: Los Libros de la Catarata, en prensa).
- POLITZER, G. (1994): *Critique of the Foundations of Psychology: The Psychology of Psychoanalysis*, Pittsburgh, PA: Duquesne University Press (*Crítica de los fundamentos de la psicología*, Madrid: Martínez Roca, 1978).
- RORTY, R. (1980): *Philosophy and the Mirror of Nature*, Oxford: Basil Blackwell (*La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid: Cátedra, 1989).
- SARUP, M. (1988): *An Introductory Guide to Post-structuralism and Postmodernism*, Hassocks, Sussex: Harvester Wheatsheaf.

P A R T E



PRÁCTICAS DE OBSERVACIÓN

CAPÍTULO 3

La práctica de la observación participante. Sentidos situados y prácticas institucionales en el caso de la violencia de género

Antonio Agustín García y Elena Casado

La observación participante es una de las herramientas con las que contamos en las ciencias sociales para dar cuenta de cómo en la vida social se entrelazan sentidos y prácticas. Por medio de esta técnica nos acercamos a nuestro objeto de estudio de modo más directo que con otras prácticas de investigación al vernos envueltos en los ámbitos y prácticas concretas en las que se despliega aquello que estudiamos. Quien investiga va al encuentro de los ámbitos del problema de su interés allí donde acontece y dirige así una *mirada desde dentro* preocupada por alcanzar el discurrir situado de los agentes sociales implicados en el fenómeno.

Explicar esta mirada no se reduce a contar sus pasos o fases. La observación participante implica siempre algo más. Técnica que recupera el carácter artesano de la ciencia social, su mayor atractivo radica en la riqueza de la información que producimos al aplicarla más que en la formalización de la herramienta en sí (SANMARTÍN, 1998: 128-9). La observación participante puede resolverse de mil maneras, juega en el campo de la cotidianidad vivida por aquellos que nos interesa estudiar. De ahí el interés de la propuesta de este volumen de volver sobre una de nuestras investigaciones para exponer, desde la particularidad de una aplicación concreta, las virtualidades que para nosotros tiene esta técnica en la comprensión de los fenómenos sociales¹.

En el trabajo que venimos desarrollando en torno a la violencia de género y, en especial, las preguntas que nos planteamos sobre sus vinculaciones con las formas en las que nos hacemos y manejamos las identidades sexuadas en el seno de las rela-

¹ Queremos agradecer a los editores del presente volumen, Ángel Gordo y Araceli Serrano, no solo su invitación a participar en él, sino también las interesantes sugerencias y revisiones a primeras versiones de este capítulo.

ciones heterosexuales, la observación participante se reveló como práctica de investigación adecuada y fecunda para delimitar algunas de las tensiones que atravesaban el complejo nudo semiótico-discursivo de la violencia. Puestas en práctica en la participación en un curso sustitutorio de pena diseñado por la Audiencia Provincial de Alicante para personas sentenciadas por malos tratos, las técnicas observacionales nos ayudaron a delimitar los diferentes sentidos que se activan en torno a las intervenciones institucionales en relación con este tema y nos permitieron hacernos con información de primera mano de cómo actitudes, comportamientos y relatos se retroalimentan en la experiencia de los varones sentenciados por delitos de violencia de género. Nos serviremos así de esta aplicación concreta como guía para revisar los principales hitos y tensiones en un estudio que hace uso de la observación participante y así, y a la vez, poder recalcar en la profundidad de esta especial mirada a los fenómenos sociales.

LA OBSERVACIÓN PARTICIPANTE COMO MIRADA CUALITATIVA

En los últimos años se han multiplicado las investigaciones y actuaciones públicas en torno a la violencia de género, en parte como respuesta a las demandas de una sociedad que entiende como escandalosas e inaceptables las muertes cada año de varias decenas de mujeres a manos de sus parejas o ex parejas y que, cada vez más, rechaza todo tipo de maltrato por razón de género. La violencia de género ha devenido en problema de la sociología, si bien con cierta tendencia a explicaciones monocausales que ponían el acento en los aspectos más estructurales del género, dando cuenta de los casos de violencia como expresiones de una lacra del pasado —varones aferrados a un modelo patriarcal ya caduco— que desaparecería con el progreso de la igualdad. Nuestro acercamiento a la violencia —centrado en el caso específico de aquella que aparece entre los miembros de la pareja heterosexual— parte de la idea de que al menos parte de los desencadenantes y, sobre todo, las formas en las que esta se maneja, tienen profundas vinculaciones con los modos en los que nos hacemos cargo y actualizamos los modelos de género en nuestra vida cotidiana². Subyace, por tanto, la idea de que la violencia de género no nos es tan ajena como podríamos pensar y que las realidades en las que la vida afectiva es atravesada por el dislate de la violencia —incluso en sus expresiones más extremas asociadas al asesinato con la espeluznante cifra de más de setenta víctimas contabilizadas en años como el 2007— guarda algunas líneas de continuidad con los modos en los que *normalmente* —normal en sentido estadístico pero también en el sentido normativo, esto es, el sentido socialmente compartido de que lo normal es no agredirse— establecemos nuestras relaciones de

² La práctica que aquí comentamos es parte de la investigación *Vinculaciones entre violencia de género e identidades sexuadas en parejas heterosexuales* (Ministerio de Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer) en la que trabajamos junto con Fernando J. García Selgas, Concepción Gómez Esteban y Fernando Fernández-Llébrez. No podemos dejar de reconocer el esfuerzo colectivo que hay detrás de este trabajo, si bien de las posibles lagunas y fallas de este texto somos nosotros los únicos responsables.

pareja. Las preguntas que se convierten en motor de nuestro acercamiento tienen, por tanto, que dirigirse, más que a grandes cuestiones desencarnadas, a la pesquisa por el modo, situado y concreto, en el que desplegamos nuestras identidades y relaciones de género y cómo desde ellos entendemos el espacio de la pareja y encaramos la resolución de conflictos presentes en cualquier relación.

Partiendo de esta hipótesis, nos resultaba central acercarnos a los procesos en los que se estaban conformando las nociones en torno a qué era y cómo se desarrollaba la violencia de género. Los sentidos no se resuelven en los discursos establecidos por académicos y profesionales. En el caso que nos ocupa, no solo observábamos pugnas por su explicación dentro de quienes investigamos y trabajamos en esta problemática. Reconocíamos otros modos de entender el fenómeno en los que se imbricaban estos discursos más formalizados con otros aspectos como la inquietud social que se palpaba en los medios de comunicación o las experiencias y relatos de los propios implicados en casos de violencia de género.

De ahí que, en el desarrollo de nuestra investigación, apostáramos por una metodología sensible a cómo sentidos y prácticas se conforman y refuerzan mutuamente. El recurso a prácticas de investigación basadas en la producción de discursos como la entrevista en profundidad, el grupo de discusión o la historia de vida nos ayudó a dibujar una cartografía de discursos. Pero quedaba poco atendido el modo en el que estas explicaciones se activan por las personas implicadas en el fenómeno. Dicho de otro modo, las formas en las que las prácticas se apoyan e incluso reformulan los diferentes sentidos se escapaban, o solo aparecían tangencialmente, en los relatos producidos en las entrevistas y grupos. La observación participante aparece entonces como herramienta apropiada para dar cuenta de estos procesos.

Las técnicas observacionales plantean una especial forma de mirar a los fenómenos estudiados. Frente a otras técnicas que se fundamentan en la escisión entre el trabajo de campo y la labor de análisis, en la *observación* el equipo de investigación *participa* de forma directa con los grupos sociales que analiza. Por medio de la inmersión directa en los ámbitos sociales y la interacción con los agentes objeto de la investigación, quien investiga no solo recoge información de primera mano del fenómeno; va además posando su mirar en diferentes aspectos que matizan sus hipótesis y le permiten avanzar líneas de análisis. La observación participante se define además por su sensibilidad a los contextos en los que se despliega. Observando *desde dentro* se consigue no desvincular ciertos nodos discursivos de las prácticas con las que se relacionan, esto es, atiende a los sentidos desde las prácticas en las que se fraguan y observa las prácticas desde las razones que las justifican para los agentes sociales.

En resumen, la observación participante se define así como una forma de mirar, de observar, como ya avanza su denominación, que parte de la participación —ya veremos que en muy diferentes grados según se aplique— en aquello que investiga y que, por tanto, hace partir sus conclusiones de la densa amalgama de razones y comportamientos observados. Comencemos pensando esta especial forma de mirar y sus po-

tencialidades para un estudio como el que nos planteábamos, dejando para más adelante los pormenores de su aplicación.

Hacia una caracterización de la observación participante

Observar es una tarea que realizamos a diario. Asociada al sentido de la vista, la *observación* siempre avanza más que la *visión* e incluso implica más que la *mirada*. *Vemos* en tanto que percibimos estímulos lumínicos y ya *miramos* cuando fijamos la vista en algo determinado. La *observación* conlleva un *plus*. Definida como examen atento, la observación asume un trabajo de ordenar aquello que mira, de hacerlo entrar por las categorías y nociones con las que entendemos el mundo. El observador siempre es intérprete, busca y da *sentido* al torrente de experiencias observadas. Haciéndonos eco de las palabras de Luis Enrique ALONSO, «[e]l *ojo humano* —tomado en un sentido que va más allá de lo fisiológico— no es un preceptor neutro pasivo, automatizado o inocente, sino un instrumento condicionado y sujeto tanto a un aprendizaje social como a una validación social» (ALONSO, 1998: 21-2). La noción de observación recupera este poso de socializaciones y aprendizajes con que cargamos la percepción de nuestro entorno y sin el que seríamos incapaces de cualquier interacción social. Los ejemplos se multiplican en nuestra cotidianidad vivida, desde la conclusión apresurada —tantas veces errónea— sobre las razones de las acciones de los que nos rodean hasta los hábitos y formas de hacer que desplegamos, en calidad de profesora, esposo o cualquier otro papel social, tienen mucho que ver con estos procesos siempre activos de interpretación. La observación se convierte así en una actividad cotidiana, necesaria y transitada una y mil veces por los agentes sociales.

De ahí que, ya solo con la etiqueta de *observación participante*, nos hagamos con una primera idea, intuitiva y posiblemente poco precisa, de lo que estamos hablando. La propia denominación de la técnica despliega sus credenciales, incluso para los oídos menos familiarizados con la ciencia social. Todos sabemos qué es eso de observar y tampoco la idea de participación nos es ajena —aunque pueda ser menos evidente a qué se refiere en este contexto—. Desde nuestro interés como investigadores sociales no podemos conformarnos con esta primera noción, pero sí aferrarnos a su invitación y preguntarnos por las conexiones y diferencias de la observación participante con esa otra *observación*, cotidiana y común, que conocemos bien.

En primer lugar, la práctica de investigación que nos ocupa se especifica por su finalidad. No entramos en el juego de la interpretación como un actor más, sino que lo vamos a hacer en virtud de una actividad científica. La ciencia siempre es una forma de observación pautada que pretende concluir desde su mirada al mundo. En el caso de la observación participante, esto se traduce en un ir y venir entre las prácticas observadas y nuestras interpretaciones que quedará reflejado en el análisis. El cuaderno de campo, que se va redactando en el momento de la observación, irá describiendo

el escenario estudiado y precisando aquello que señalemos como significativo para después poder fundamentar nuestras conclusiones en esta descripción.

Además, y en segundo lugar, la observación participante se caracteriza por su especial forma de asumir y entender esta mirada científica. Tomada en un sentido amplio, la observación participante nos conecta con toda la tradición comprensiva en ciencias sociales —vinculada al estudio de la acción social tal y como planteara Max Weber— y el desarrollo de las metodologías cualitativas de investigación. Preocupados por la comprensión interpretativa de los fenómenos sociales, no podemos separar la problemática estudiada de los procesos y ámbitos concretos en los que se conforman y despliegan. Como bien ha señalado el antropólogo Óscar GUASCH, con la observación participante enfatizamos el carácter situado de los procesos sociales y recuperamos así el ánimo de toda esta tradición de las ciencias sociales por inscribirlos en sus condiciones de posibilidad. Y es que «la mirada que observa no es vigía, centinela o carcelero. El ojo que observa busca en el entorno pero no prescindir de él. Así miran las ciencias sociales: teniendo en cuenta el contexto, sin compartimentalizar ni dividir lo real» (GUASCH, 1997: 10). Observar participativamente exige de la socióloga, el antropólogo o la economista que se haga cargo de la densidad en la que se resuelve lo social. Nuestro objeto de interés siempre es activo y en proceso y solo desde el respeto crítico de la observación partícipe e interna a los entornos estudiados podrá rastrearse ese continuo hacer en el que se terminan por resolver los asuntos humanos. La observación participante, en fin, como posicionamiento o apuesta de las ciencias sociales por una *mirada hermenéutica* (ALONSO, 1998) a la realidad en la que captar los sentidos profundos de la interacción social al interpretarlos en sus contextos concretos y cambiantes.

Por último, al aplicar las técnicas observacionales planteamos una determinada actualización de esta mirada cualitativa y hermenéutica. La observación participante, en su sentido más estricto, esto es, tomada como una práctica de investigación concreta, se separa de otras técnicas cualitativas por poner el énfasis en la conexión entre la conformación discursiva de sentidos y las prácticas, circunstancias y procesos en los que estos se inscriben. Si con las prácticas de las ciencias sociales más puramente discursivas —entrevistas, grupos de discusión, historias orales...— nos hacemos con relatos o discursos, la observación participante permite avanzar en cómo estos discursos se encarnan y materializan en estrategias y prácticas. Los discursos, pero también los modos en que se despliegan prácticas, se enaltecen razones o se manejan excusas, olvidos y ocultamientos serán aquí objeto de análisis. La observación participante nos instiga a hacer este viaje al encuentro de las *razones* que los agentes sociales, las personas implicadas en un determinado fenómeno, movilizan y activan en un escenario y situación determinados. Su método es el de acercarnos al ámbito mismo en el que *está pasando* el proceso que estudiamos; su ánimo, el de *inscribir* los fenómenos sociales de nuestro interés en las *prácticas* y *sentidos* que los sustentan. Lo que subyace es la idea de que somos agentes semiótico-materiales (HARAWAY, 1995), en cuanto dadores de sentido a lo que hacemos, en cuanto nos

cargamos de sentidos en lo que hacemos. No podemos separar las formas de hacer del infinito juego semiótico en que se justifican. Como tampoco podemos desatender el modo en el que las rutinas y hábitos constituyen un entramado, complejo y muchas veces contradictorio, de estabilización de sentidos sociales. La observación participante, al aproximarnos a la experiencia de los agentes sociales, y a sus escenarios de interacción, allana el camino de entrada a este bucle en el que se materializan nuestras relaciones sociales. Resuena aquí la propuesta de Pierre BOURDIEU (1991, 1997) que desde su noción de *habitus* nos invita a preguntarnos por «esa especie de sentido práctico de lo que hay que hacer en una situación determinada» (1997: 40) que termina por conectar nuestra posición social con nuestras predisposiciones a la acción y nuestras tomas de posición. Con la observación participante explicamos nuestro objeto de estudio atentos a las formas en las que se actualizan determinadas posiciones sociales, nos encontramos con los agentes en ese reposicionamiento continuo en el que van interactuando, interpretando, tomando decisiones, en definitiva, dando y tomando sentido a/en lo que hacen.

Así, quien investiga se convierte, de alguna manera, en transeúnte de una de esas escaleras imposibles de M. C. Escher en las que el último escalón nos devuelve al primer peldaño sin corte de continuidad. Escaleras circulares en las que subir y bajar termina por ser lo mismo. Con la observación participante nos separamos —y separamos nuestra forma de mirar— de la observación cotidiana pues nuestro interés no es el del actor social afectado en el fenómeno estudiado. Ahora bien, en el ejercicio científico de analizar aquello que los individuos trenzan en sus interacciones sociales, nos acercamos a las *observaciones* de estos agentes, pues en ellas nos reencontramos con las razones e interpretaciones que están aportando a su acción, con las múltiples formas por las que los protagonistas de un fenómeno social van cargándola y fundamentándola por medio de *sentidos*. «Observación directa, en vivo, en acción, para apresar la ejecución ajena en movimiento» (SANMARTÍN, 1998: 129).

Observación participante y distancia social

Por medio de la observación participante nos acercamos a los sentidos que los agentes sociales ponen en su acción. Para ello los describimos en sus contextos e inscribimos sus discursos y prácticas en las relaciones en que las mantienen, matizan y redefinen. Interpretamos así las estelas de razones que los agentes despliegan ante un determinado fenómeno social. Esta forma de conocer nos aboca a una relación, siempre equívoca, entre lo observado y quien observa. Dicho de otro modo, entre lo que ponen en su hacer los agentes y el conocimiento que producimos desde lo que vemos de ese hacer. La observación participante nos exige así pensar «la distancia social y cultural respecto a aquello que se mira» (GUASCH, 1998: 11).

El modo en el que se maneja esa distancia en la observación participante es uno de los puntos que introducen mayor complejidad a esta técnica. Desde diferentes para-

digmas o perspectivas teóricas se han aportado soluciones divergentes a esta problemática, lo que termina por conformar diversos modos de entender ese tránsito o relación entre las interpretaciones que observamos y las que podemos realizar como estudiosos de los fenómenos sociales. Nuestro trabajo por medio de la observación participante es una apuesta firme por entender esta relación de determinado modo, pero para comprender nuestra propuesta es conveniente detenerse en el debate en torno a la distancia y señalar las formas en las que las ciencias sociales han ido resolviéndola. Sin pretender una genealogía exhaustiva de las muchas aplicaciones que se cruzan en los usos de la observación participante, un repaso dirigido a las principales tradiciones que han trabajado desde esta herramienta de investigación puede ayudarnos a contextualizar nuestra perspectiva³.

La observación participante aparece en el repertorio de las ciencias sociales desde la *antropología en su momento colonial*. Con el objetivo de conocer la otredad cultural, esto es, las culturas diferentes a la de los académicos occidentales, con la finalidad de reconstruir la diversidad humana, la antropología positivista plantea una explicación desde el extrañamiento. El indígena aparece como «el otro» al que se acerca quien investiga para cartografiar sus modos culturales desde la distancia del ojo ajeno.

Podemos señalar el trabajo de Bronislaw MALINOWSKI sobre *Los argonautas del Pacífico Occidental* (1922) como origen de esta técnica y buen ejemplo de lo que implica en este primer momento. En esta monografía, el análisis del Kula, como sistema de intercambio practicado por los habitantes de las islas Trobriand, se acompaña de una revisión del modo de hacer antropológico. Frente a la escisión entre el trabajo de campo y el de análisis que se había instaurado en la antropología académica decimonónica, MALINOWSKI plantea la necesidad de una especial inmersión de quien investiga en los grupos estudiados: viviendo entre los indígenas —«lo fundamental es separarse de la compañía de otros blancos y permanecer con los indígenas en un contacto tan estrecho como se pueda» (MALINOWSKI, 1995: 24)— y centrando sus esfuerzos en documentar *los imponderables de la vida real* —«toda una serie de fenómenos de gran importancia que no pueden recogerse mediante interrogatorios ni con el análisis de documentos, sino que tienen que ser observados en su plena realidad» (MALINOWSKI, 1995: 36)—. La observación participante se inaugura así como «in-tromisión» en la vida indígena para desde ella documentar los modos de vida y racionalidades de grupos humanos *ajenos*, técnica con la que acercarnos a los sentidos que dan a sus acciones las poblaciones estudiadas y dotar de grosor el estudio de las *culturas otras*.

³ Si esta periodización nos permite avanzar en algunos de los puntos que nos interesan para explicar la práctica de la observación participante, no podemos obviar que posiblemente tapa más que muestra. El desarrollo de la antropología y la sociología es más rico de lo que puede transmitirse aquí y sus vínculos, tantas veces motores de importantes avances, son centrales para una comprensión en profundidad de la técnica. Remitimos para un estudio en detalle de este discursar a la monografía de GUASCH (1998) y al trabajo de WOLF (1982) como dos ejemplos de problematización y repaso en profundidad de algunos usos antropológicos y sociológicos de la observación participante.

La fuerza de esta propuesta es sin duda la atención situada a esos imponderables de la vida real, su mayor problema la distancia que establecen entre observador y observado. Construida al calor del positivismo y empapada del estructural-funcionalismo de la época, la observación participante se entiende como mirada *distante* de quien investiga. Su estatus de extranjero, su posición de no miembro del grupo es lo que carga su mirada de ese plus analítico que se exige a la labor científica desde estos paradigmas teóricos. La observación participante se convierte en constructora de relatos que, aunque atentos a la experiencia vivida de los grupos estudiados, recoge la voz monocorde de quien investigaba y define los fundamentos de una cultura desde esa mirada ajena. Como resultado, podemos desde nuestra perspectiva criticar la externalidad de las monografías antropológicas de este periodo que lleva a sus autores a desatender los procesos de cambio de todo grupo humano. Basar nuestras investigaciones en la supuesta superioridad de una mirada distante puede traducirse en explicaciones poco sensibles a los continuos desplazamientos que se están produciendo en el juego de lo social.

El problema de la *distancia* se instala en el centro de las revisiones que durante el siglo xx se van haciendo a este modelo desde la propia antropología. Las *nuevas etnografías* y, posteriormente, el *giro postmoderno* y *postcolonial* dentro de esta disciplina denuncian la poca atención prestada a esta problemática y los efectos etnocéntricos que deja esta despreocupación. En el momento histórico de la descolonización y en los años de la consolidación de dinámicas globalizadoras, es difícil seguir pensando las culturas como estructuras monolíticas ajenas al encuentro e intercambio culturales. Los procesos en los que están inmersos los grupos estudiados también resultan de interés para el trabajo antropológico, y para prestarles atención hay que revisar el modo en el que nos hacemos con material y desde donde lo analizamos. La distancia empieza a ser cuestionada. La distancia social y cultural comienza a ser vista como un problema a gestionar para realizar observaciones más precisas y sensibles. Ahí hemos de entender la presión por hacer explícita la división entre una perspectiva *etic* —externa, propia del investigador— y una perspectiva *emic* —interna, propia del miembro del grupo— o la apuesta por hacer entrar en la monografía resultado de la observación las voces múltiples de los agentes estudiados.

Se puede señalar un segundo corpus de aplicaciones de la observación participante que, desde la *sociología*, sitúan el origen de su mirada en un interés diferente. Aunque hoy podamos entender que el trabajo de la antropología cultural y la sociología están anudados por una multitud de lazos teóricos y metodológicos, detenernos en la especificidad de la incorporación de esta técnica a la labor sociológica nos puede ayudar a entender cómo la relación observador/observado se reubica desde esta disciplina y su observación apunta a nuevos lugares.

En la estela del programa de Max Weber de una sociología comprensiva atenta a los sentidos subjetivos de la acción se puede señalar toda una red de autores y perspectivas que desembocan en el uso de las prácticas de observación en investigación

social. La sociología formal de Simmel, sin hacer uso de la observación participante como tal, sienta las bases para una sociología preocupada por las formas de interacción en escenarios concretos. También el interaccionismo simbólico de George Herbert Mead ahonda en la misma dirección. Y en su encuentro podemos entender el trabajo de los autores que en torno a la Escuela de Chicago proponen una serie de investigaciones que hacen uso de la observación participante para dar cuenta de los procesos que afectan ya no a culturas distantes sino a la realidad capitalista y urbana a la que pertenecen los propios analistas. Los trabajos de sociólogos como R. Park, W. I. Thomas y F. Znaniecki, y W. Whyte pueden entenderse como buenos ejemplos de esta aplicación de la técnica observacional al trabajo de la sociología.

Recogiendo estas propuestas y en el contexto de la revisión de las ciencias sociales durante los sesenta con el recurso a las teorías marxistas y la crítica al programa funcionalista, toman forma las denominadas *sociologías de la vida cotidiana* (WOLF, 1982). Atentas a los procesos sociales más micro, su apuesta de investigación requiere la observación participante de forma casi natural. Bien nos vale el trabajo de Erving GOFFMAN para detenernos en lo que supone este giro, aunque en él se puedan encuadrar también los aportes de Harold Garfinkel y Aaron Cicourel desde la etnometodología e incluso reconocer cierta influencia en otras propuestas como los estudios de laboratorio de Steve Woolgar y Bruno Latour. La perspectiva dramática de GOFFMAN —en la que se rastrean las interacciones sociales atendiendo a actores, roles y escenarios, a las actividades en público y entre bastidores..., en fin, persiguiendo los procesos complejos y contradictorios en los que lidiamos cotidianamente nuestras estrategias de presentación social— supone una vuelta a la implicación directa del analista en aquello que estudia. Preocupado por las interacciones cara a cara, la observación participante se configura como herramienta necesaria a la hora de entender la cotidianidad vivida y las múltiples formas en las que manejamos y construimos el sentido de nuestra identidad en contextos concretos —«La vida social asume e integra en sí, de innumerables maneras y sin cesar, el entendimiento que tenemos de ellas» (GOFFMAN, 2006: 584)—. El trabajo del analista consistirá en rastrear aquellos elementos que, estando presentes, no siempre se hacen explícitos entre los propios actores inmersos en el discursar cotidiano. Para ello la entrada directa en diferentes escenarios de la vida social se presenta como técnica privilegiada.

La observación ahora no es la de la distancia sino la del acercamiento a lo más próximo. Extrañamiento diferente que no nos llega por sernos ajeno, sino por aquello que queda desatendido por evidente, por cotidiano, por compartido. Observamos *desde dentro* y, en este rastreo de las dinámicas cotidianas, ser parte de la sociedad del grupo estudiado es lo que nos permite contextualizar lo que vemos. La *distancia* se resuelve en su versión más extrema —el analista es parte de la sociedad estudiada—, pero no deja de existir una tensión en el tipo de explicación que podemos desarrollar. ¿Hasta qué punto nuestra explicación no sigue siendo externa al grupo analizado? ¿Cómo reinscribirla en sus contextos?

Podemos entender las revisiones de la técnica desde la *teoría cibernética* como un intento de superar estas cuestiones. Algunas de sus propuestas, hermanadas con las metodologías de investigación-acción participativa, plantean la necesidad de revisar la conexión que el observador establece con lo observado. Aquí podemos entender la apuesta por la autoobservación que plantean Juan GUTIÉRREZ y Juan Manuel DELGADO (1997). La autoobservación supone encarar el trabajo de la técnica desde una relación diferente con aquello que se investiga. Por medio de «la constitución de sistemas observadores de sí mismos» (1997: 162), las posiciones de observador y observado se exceden haciendo de los miembros del grupo estudiado investigadores y considerando al investigador parte del grupo. Posiciones intercambiables que dejan así de ser estancas. En la misma línea, las recientes prácticas de investigación dirigidas al mundo virtual y los usos de las nuevas tecnologías revisan las formas tradicionales de la observación participante cuando la aplican, por ejemplo, al tipo de relaciones que establecemos en la red y para ello el equipo de investigación se convierte en usuario de los servicios que analiza.

No son más que ejemplos de toda una forma de entender el trabajo por medio de la observación participante estableciendo una nueva relación en cuanto a la *distancia social y cultural* de la mirada de quien investiga. En tanto que los observados entran a formar parte del grupo que observa, los equilibrios cambian y la distancia se oblitera. Más que presentar estas propuestas como soluciones, nos interesa señalar el espacio de debate aún hoy abierto en torno a cómo hacemos con modelos de observación más capaces de dar cuenta de los fenómenos observados (en esta misma línea de revisión aplicada de las prácticas observacionales véase el trabajo de MONTENEGRO Y PUJOL en este volumen). Nuestra forma de acercarnos a la violencia de género desde la observación participante tiene que entenderse en la deuda con muchas de las reflexiones repasadas, pero también como un modo concreto de resolver cómo desde ella podemos explicar los fenómenos sociales.

* * *

En esta extensa caracterización de la observación participante han ido apareciendo sus promesas y problemas. Podemos resumirlos en dos grandes nodos. Por una parte, en ella se promueve un determinado modo de entender el trabajo de las ciencias sociales y se apuesta por un encuentro de los sentidos sociales en la interconexión de discursos y prácticas. Por otra, hemos ido presentando el modo en el que el equipo de investigación se acerca y participa del fenómeno en estudio como estrategia de análisis, tendremos que ver como esta participación no está libre de problemas. Intentaremos arrojar luz y profundizar en estos dos puntos por medio del estudio que venimos haciendo en torno a la violencia de género. Dejando para más adelante los problemas de la participación, que nos permiten adentrarnos en el momento del trabajo de campo, empecemos por volver sobre el tipo de explicación que posibilita la observación participante y cómo se diseña desde los objetivos de investigación.

INVESTIGANDO POR MEDIO DE OBSERVACIÓN PARTICIPANTE

Más arriba hacíamos un breve repaso de nuestro punto de partida. Allí presentábamos nuestra hipótesis general en la que aventurábamos vinculaciones entre las formas de la violencia de género en el seno de las parejas heterosexuales y el despliegue de las identidades de género. Una vez presentados los fundamentos de esta práctica de investigación estamos mejor preparados para volver sobre la forma en la que este interés nos lleva al uso de la observación participante.

Planteábamos que en el desarrollo de nuestra investigación fue preciso escorar nuestra mirada a los procesos de la violencia, esto es, atender a los modos concretos en los que las personas entendemos y reaccionamos ante la violencia de género. Recogiendo la información y aportes teóricos sobre este fenómeno nos hacíamos con una descripción detallada de la incidencia y magnitud del problema, pero quedaban desatendidos aspectos que en nuestros objetivos de investigación eran centrales como los tipos de relaciones en las que se da la violencia o el modo en el que las personas afectadas encaran esta dolorosa experiencia. Dicho de modo más claro, nos interesaba comprender qué resortes se activan, qué elementos identitarios se quiebran y qué sentidos se esgrimen al llegar al dislate de la violencia en el seno de la pareja.

Las investigaciones cuantitativas realizadas en torno a la violencia de género nos ayudaron a rastrear la incidencia de casos de violencia de género en el seno de las parejas heterosexuales, pero poco nos podían decir de las formas en las que las mujeres y los varones viven, sienten y entienden sus relaciones de pareja —con especial interés en los casos en los que se llegaba a la violencia—. Necesitábamos poner en práctica otras formas de acercamiento a este fenómeno social que nos ayudara a señalar y analizar los sentidos y modos en los que se *maneja* la violencia de género. Este *manejo* se refiere a los discursos que se enaltecen para dar una explicación por parte de personas expertas e implicadas; y para ello recurrimos a prácticas cualitativas de investigación como las entrevistas, las historias de vida y los grupos de discusión. Pero este *manejo* también remite a cómo se ponen en práctica estos discursos y cómo se traducen en formas de hacer; aquí es donde las técnicas observacionales nos aportaban una información específica e interesante para nuestros objetivos.

Con esta finalidad, y aprovechando la celebración de un curso sustitutivo de pena para personas condenadas por delitos de violencia de género y/o doméstica⁴ en la Audiencia Provincial de Alicante durante los primeros días de septiembre de 2005, el equipo de investigación nos desplazamos a las dependencias de la Audiencia don-

⁴ Conviene aclarar que, aunque nuestro trabajo se centra en los casos de violencia de género, y, más en concreto, en el caso de varones condenados por malos tratos a sus parejas, entre los sentenciados había algunas mujeres —no más de cuatro en un auditorio de ciento cuarenta personas— y algunos varones condenados por malos tratos a personas del entorno familiar diferentes de sus parejas.

de desarrollamos una práctica de observación participante. Durante los dos días que duró el curso, interactuamos desde diferentes posiciones con sentenciados y organizadores para palpar el modo en el que se trataba la violencia de género. Los cursos sustitutivos estaban diseñados para aquellos condenados por delitos menos graves que con menos de dos años de condena y sin antecedentes previos quedaban en libertad de acuerdo con el Código Penal aunque podían ser objeto de medidas como la de los cursos en virtud de la Ley Integral contra la Violencia de Género (Ley Orgánica 1/2004). De hecho, la «sustitución» se suspendería en caso de reincidencia, teniendo por tanto que entrar a prisión a cumplir tanto la primera condena como la que hubiera motivado la suspensión. Nos encontrábamos, de este modo, con un público cautivo al menos en dos sentidos. Cautivo por la obligatoriedad del curso y las consecuencias de su incomparecencia, considerada una nueva falta que implicaba la reincidencia y conllevaba la pena de prisión. Pero también, y lo que para nuestra finalidad era más interesante, cautivo del etiquetaje social como maltratadores que durante los días del curso difícilmente resistía ocultamientos ya que su presencia los señalaba como tales.

La observación participante posibilita un acercamiento a los fenómenos sociales estudiados rico y cargado de matices. En cierto modo, permite tensar la información que nos aportan otras técnicas y metodologías. De tal modo que será en el cruce del tipo de material que producimos por medio de la observación con los intereses y objetivos particulares de nuestro estudio en el que se dirima el diseño de la observación.

El material producido por medio de observación

El recurso a la observación participante como técnica de investigación dependerá siempre de su adecuación a lo estudiado. Pese a lo obvio de esta afirmación, conviene no olvidarla. Tenemos que tener claro qué tipo de material producimos por medio de esta técnica para así decidir si es apropiada en cada caso concreto. Cuando planteamos la entrada en los cursos sustitutorios de pena, lo hacíamos basándonos en las posibilidades que plantea la observación al menos en tres aspectos.

- i) La inmersión en los cursos de rehabilitación ofrece, de entrada, una *descripción detallada y contextualizada* de algunos discursos y prácticas en torno a la violencia. La observación participante es, en primer término, una técnica descriptiva. Cuando como investigadores nos implicamos en los ámbitos sociales en los que se despliega nuestro objeto de estudio —como es el caso de unos cursos de rehabilitación para el análisis de la violencia de género— nos hacemos con una rica información de primera mano que por dos razones hace de las prácticas de investigación observacionales una herramienta adecuada en el acercamiento a los problemas de nuestro interés. Por una parte, la observación participante se revela como buena técnica de entrada a nuevos problemas de los que no disponemos de información previa, o de aspectos desatendidos sobre un

tema estudiado previamente, ya que la convivencia con los ámbitos y poblaciones que estudiamos aporta mucho material e incluso permite testar y revisar los puntos de partida de la investigación en sus primeros momentos. Por otra parte, la observación participante aporta una mayor fiabilidad frente a otras metodologías de descripción ya que la entrada del equipo investigador en el escenario que considera de interés para sus objetivos de estudio no solo permitirá señalar actitudes, comportamientos y valores de los agentes, sino que podrá acercarse a cómo se vivencian y enredan en un caso concreto. La observación participante, además de indicar determinados modos de hacer permite discernir aspectos y fenómenos que califican esas acciones y que para otras técnicas se pierden en la caja negra del contexto. Aquí, las circunstancias son parte de la información producida y la invitación es a que seamos capaces de armar en sus condiciones de posibilidad aquello que nos interesa comprender.

- ii) Al mismo tiempo, por medio de la observación ponemos el énfasis de nuestras descripciones en la *construcción de sentidos* por parte de instituciones y varones sentenciados por violencia de género, es decir, nos acercamos a las nociones de violencia que efectivamente activan los agentes sociales para explicar sus experiencias. «Uno de los objetivos centrales de la investigación que aplica la observación participante es definir conceptos clave desde el punto de vista de los actores implicados en la realidad social que estudia» (GUASCH, 1997: 36), o lo que es lo mismo, cuando nos acercamos a un fenómeno social por medio de esta técnica, hacemos nuestras descripciones sensibles y atentas a los puntos de vista y creencias de sus protagonistas. La observación participante nos permite de este modo reconstruir los complejos procesos de significación que se activan en toda interacción social. El énfasis aquí no está tanto en la interpretación que daremos como analistas sociales y que, por supuesto, aparecerá en nuestras conclusiones; sino que nos abrimos y, en cierto modo, comprometemos nuestro análisis con las explicaciones de los agentes implicados. Nos interesa saber cómo se construyen las *razones* de los protagonistas del fenómeno en estudio para así poder, más adelante, rastrear sus vinculaciones con otros elementos que pueden estar presentes aunque de modo no tan consciente (GARCÍA SELGAS, 1990). Con la observación participante, ponemos el acento en el discurrir de esta producción de sentidos, miramos los procesos en los que los discursos se activan y reformulan, y perseguimos los modos en los que las explicaciones se reflejan y encarnan en actitudes y comportamientos.
- iii) Llegamos así al que sería el tercer aspecto del material producido. Podemos decir que la observación participante permite perseguir cierto *trasfondo de la intencionalidad* (GARCÍA SELGAS, 1995) y reconstruir las intrincadas conexiones entre los elementos discursivos y no discursivos presentes en la violencia de género. Anteriormente señalábamos la potencialidad de la observación participante para el estudio situado de los fenómenos sociales y apuntábamos el modo en el que atiende a *discursos* y *prácticas* de forma conjunta. Esta es la fuerza

de esta técnica para estudios como el que aquí presentamos. Su descripción no solo se detalla por no prescindir del contexto o condiciones de posibilidad de lo estudiado. Además ahonda en la configuración semiótico-material de la realidad aportando una información específica que se pierde en el trabajo de otras técnicas. Por medio de las prácticas de observación podemos, como hemos repetido varias veces, volver sobre las formas de hacer y dar sentido que los agentes sociales activan en su cotidianidad (véase la contribución de DUNKER y PARKER en este volumen para una propuesta analítica en esta dirección).

En ese contexto, sólo en la *descripción* del espacio en el que son señalados como *maltratadores* —etiquetaje que se vive con vergüenza, como veremos, y por tanto se oculta— podíamos acercarnos a una experiencia en la que se manejaba el peso de la violencia en sus vidas y durante los dos días del curso se convertía en elemento explícito de su identificación. Si con las entrevistas e historias orales nos acercábamos a los relatos con los que se explicaban, la observación participante nos permitía una serie de interacciones en las que palpar toda una serie de discursos menos elaborados, señalar cómo se entendían y justificaban ciertos comportamientos, y atender a las reacciones que suscitaba la identidad que la ley y el propio proceso judicial les estaba confirmando.

Estrategias de análisis y diseño de investigación

Este ejemplo muestra como en el diseño no solo se resolverá el uso o no de la observación participante; también el contenido de la misma y las *estrategias de análisis* tendrán que precisarse en este momento previo. Es evidente que no es lo mismo acercarnos a lo que ocurre en un mercado si lo hacemos pendientes de los precios y otros indicadores económicos o atentos a las formas de interacción entre vendedores y clientes. Como nos recuerda Ricardo SANMARTÍN, «en ningún caso podemos limitar la observación a una mera contemplación de lo que discurre delante de nosotros. (...) Si hay algo con lo que observamos es con categorías, ideas o hipótesis. Tan importante es para el observador aquello sobre lo que focaliza su atención, como su posicionamiento mental *desde* el que efectúa dicha tarea» (SANMARTÍN, 1998: 128).

Los objetivos de investigación son el elemento central de todo estudio. Las metodologías vienen a ser las herramientas de las que nos valemos para llevarlos a cabo. De tal modo que todo análisis social empírico es una suerte de adaptación de los métodos a los objetivos que se comienza a dirimir en el diseño de las prácticas de investigación. Este es el momento en el que se precisa el *ámbito de estudio* —en nuestro caso, una intervención institucional para varones condenados por violencia de género— así como el abanico de *elementos que se habrán de observar* —aquí, las explicaciones que se dan en torno a la violencia, las actitudes que adoptan «usuarios» y encargados de los juzgados, las frustraciones que unos y otros expresan, los modos en los que se relacionan...—. Cuanto mayor sea el trabajo previo en torno a nuestro objeto de estudio, más provechosa será la práctica de observación. No queremos decir con esto

que siempre esté todo cerrado en el diseño. Uno de los puntos más atractivos de la observación participante es lo mucho que puede ayudarnos en los momentos iniciales de un estudio a la hora de señalar las facetas y aristas de un fenómeno social del que conocemos poco. Pero conviene no confundir esto con un «todo vale» o pensar que por el mero hecho de *estar* estamos avanzando en la comprensión de un problema social. Es necesario precisar qué observamos y con qué finalidad. ¿Dónde posar la mirada? ¿Qué comprobar? ¿Cómo podemos entender lo que vemos? Tener respuesta a este tipo de preguntas ayudará a que nuestra observación gane en riqueza y profundidad. Así, cuando nos planteamos nuestro trabajo en la Audiencia Provincial de Alicante, teníamos muchas dudas sobre qué íbamos a encontrar, pero teníamos todo un trabajo previo sobre los discursos en torno a la violencia y las relaciones de género que la atraviesan que nos permitían definir puntos de interés por los que avanzar. Las definiciones de violencia, su recepción por parte de los varones sentenciados, las reacciones que pudiéramos palpar en los descansos o el modo en el que se contaban sus experiencias y buscaban puntos comunes o se pensaban como separados de sus compañeros de condena se configuraban como elementos interesantes para nuestro objetivo de comprender el nudo semiótico-discursivo de la violencia de género.

PARTICIPACIÓN Y DISTANCIA SOCIAL: EL CAMPO EN LA OBSERVACIÓN PARTICIPANTE

La selección amplia de lo que se va a observar y las categorías desde las que hacerlo tienen que acompañarse de una serie de elecciones en torno a las *estrategias de acercamiento* en las que iremos precisando los escenarios de observación, las formas de entrada a ellos y el rol que asumiremos (GUASCH, 1997: 38). Nos metemos así de lleno en el trabajo de campo como tal de la observación participante y será ahora cuando el carácter situado y flexible de esta técnica se haga más patente. No es posible contar con reglas generales o pautas cerradas que nos sirvan para todas las investigaciones; cada contexto en el que participamos tendrá unas características. Tampoco nuestras formas de interacción son ajenas a las relaciones que se establecen entre los agentes sociales que estudiamos.

La observación siempre es situada. Y la situación impone sus circunstancias. Lo hace ya en un nivel general que podemos ilustrar por medio del ejemplo que aquí exponemos. Cuando nos planteamos que la observación participante podía ayudarnos a analizar elementos que nos estaban apareciendo en nuestro acercamiento a la violencia de género, las especificidades de nuestro objeto de estudio nos hicieron apostar por un tipo de observación que denominamos *distante* por la imposibilidad de observar/acercarnos a los hechos y procesos específicos, esto es, a los momentos y escenarios mismos de violencia. Los límites se convierten en el caso de la investigación en condiciones de posibilidad del análisis. Asumir y precisar el corte entre aquello de lo que podemos decir y aquello de lo que no, es lo que en definitiva nos

permitirá concluir. Así al aclarar que nuestro acercamiento es no-participativo en relación a la violencia misma, lo que planteamos es una práctica de observación, esta sí en cierto modo participante, de las formas de tratamiento diseñadas institucionalmente para el caso de algunos condenados por malos tratos, escenario en el que sí nos podemos inmiscuir y en definitiva avanzar en la caracterización de la violencia.

Ningún escenario agota una realidad o fenómeno social. La observación tiene que posarse en aquel o aquellos que resulten especialmente significativos para palpar nuestro objeto de estudio. Pero esto que a nivel teórico es sencillo de señalar, no siempre es fácil de conseguir en el campo y en ocasiones implica reformulaciones de las primeras elecciones y decisiones cuando vamos avanzando. Ya sea por la naturaleza del caso de estudio, como nos pasaba con la violencia de género, ya sea por las dificultades que el equipo investigador puede encontrar a la hora de precisar o simplemente gestionar la entrada en el escenario más adecuado, la investigación resultará muchas veces una *negociación entre lo mejor y lo posible*. Buen ejemplo de lo que estamos diciendo es nuestra experiencia en los juzgados de Alicante. Lo que nos planteamos como un trabajo de contactación con un espíritu de inmersión tibia en un escenario de interés para nuestro estudio, se convirtió en una práctica de observación participante que veníamos persiguiendo desde el equipo investigador y que por la dificultad del campo de estudio se resistía a la presencia de un sociólogo-observador. El curso, auspiciado por la Audiencia Provincial de Alicante, estaba cerrado para toda persona ajena a la organización o que no fueran los sentenciados a asistencia, lo que no nos permitía una verdadera observación participativa. Los momentos de entrada y salida de los cursos o los descansos programados nos dejaban interactuar solo de modo puntual y con la dificultad añadida de que se nos viera más como observadores externos. La invitación del responsable de los cursos a asistir a las charlas cuando supo de nuestra presencia cambiaba el escenario; de hecho, nos posibilitaba la entrada al escenario de nuestra investigación observacional. Pasamos así a formar parte del auditorio sentándonos entre el resto de los asistentes y a ser vistos como «uno más». No solo podíamos ahora perseguir una descripción *desde dentro* de los cursos, sino que las posibilidades de interacción se multiplicaban para rastrear los discursos y prácticas de los agentes implicados en ellos.

El trabajo de campo participativo

Una vez precisado el escenario de la observación, es el momento propiamente dicho de participación, esto es, de interacción con aquellas personas que como afectados por una problemática social nos sirven para conocer más sobre nuestro objeto de estudio. Fuente inagotable de angustias y sorpresas, la participación no siempre es fácil de gestionar y se entrefiere con la que posiblemente sea la mayor fuente de complejidad metodológica de la observación participante: el problema de la distancia entre los observados y quienes observan. Pero vayamos por partes. Veamos primero lo que entendemos por relación participativa para después pensar las consecuencias de nuestra implicación en los escenarios de observación.

La participación, como nos advierte el antropólogo Óscar GUASCH, «es un problema teórico menor; pero es un problema práctico de envergadura» (1997: 46). La imposibilidad de reglas generales y los problemas de la inmersión en un ámbito, en principio, desconocido se van solventando en el desarrollo de la investigación, cuando vamos conociendo más sobre aquellos que estudiamos. Vamos precisando los límites que tendrá que asumir nuestra participación y sabiendo qué interacciones son más adecuadas a nuestros objetivos. Dependiendo de cómo se planifique esta interacción podemos hablar de distintos roles participativos y diversas presentaciones/ocultaciones de nuestra finalidad. No es lo mismo presentarnos en los cursos como un condenado más que hacerlo como expertos en el tema. No recibiremos las mismas reacciones, como tampoco tendremos las mismas posibilidades de interacción.

En nuestro caso, la estrategia adoptada por el grupo de investigación fue la de dividirnos en distintos tipos de participación en el campo⁵. Dado que para cubrir nuestros objetivos nos era de interés no solo observar el desarrollo de los cursos sino hablar también con algunos de los implicados, tanto en el lado de los encargados del curso como en el de los hombres sentenciados, nos dividimos en distintas posiciones. Uno de los miembros del equipo se mantuvo durante todo el tiempo en la sala donde se estaba desarrollando el curso como un sentenciado más y fue el encargado de llevar el cuaderno de campo. Mientras, los otros dos miembros del equipo, aun asistiendo a la mayoría del curso, aprovechamos para entrevistar a algunos de los docentes del mismo al finalizar sus sesiones y contactar entrevistas más formales con usuarios de los cursos. Al final, mosaico de miradas planteadas desde puntos de observación diversos que permiten contrastar observaciones —y así mediar con el problema de la validez que se le ha planteado a esta técnica dado el carácter personalista del trabajo de campo— y hacernos con una descripción rica en la suma de diferentes puntos de vista del fenómeno —en línea con la mayor fiabilidad que promete una técnica que reinscribe el *datum* en su contexto, contexto conformado desde diferentes miradas.

Una intervención de este tipo presenta problemas al menos en dos aspectos. Por una parte, uno de carácter ético por el desconocimiento que los varones sentenciados y muchos de los docentes tenían de nuestra presencia. Muchas veces, en el desarrollo de los trabajos de campo por medio de observación participante la identificación como investigador puede dificultar nuestro objetivo de inmersión. En nuestro caso, la ocultación más que pretendida se basó en la posición que ocupábamos entre los sentenciados y que a sus ojos nos hacía un igual; en los momentos de interacción, de hecho, no manteníamos la ocultación y cuando era necesario nos presentábamos como investigadores. Aun así, la observación siempre se maneja en una relación de poder contradictoria en la que es difícil mantener cierto equilibrio entre no quedar paralizados o excluidos en la posición de investigador y las complejidades éticas de mirar sin ser vistos. Profundamente relacionado con lo que decimos aparece, por otra parte, un

⁵ La práctica reseñada fue llevada a cabo por el profesor Fernando García Selgas, al que debemos el cuaderno de campo que analizamos, y los autores de este capítulo.

problema práctico derivado de la aceptación del equipo de investigación de las características, prácticas establecidas y creencias de los agentes observados. Diferentes formas de participación, está claro, nos aportan diferentes puntos de vista o recursos observacionales. Tendremos que sopesar, por tanto, el abanico de prácticas que nos interesa observar y ahí medir la inferencia de una u otra forma de implicación o entrada en el campo. ¿Qué es un sociólogo en un curso de rehabilitación para hombres condenados por malos tratos? ¿Y una socióloga? ¿Qué resistencias o imposturas pueden encarnar estos varones en su presentación ante nosotros? ¿Cómo establecer relaciones con cierto grado de confianza? No son preguntas con una clara respuesta, más bien se trata de precauciones que nos señalan la necesidad de conocer tanto como podemos del escenario de la observación y sopesar así las posibles resistencias.

En resumen, podemos entender el trabajo de campo como una negociación abierta entre, de una parte, nuestros puntos de partida e intereses analíticos y, de otra, las posibilidades reales de la participación en un escenario determinado. De nuevo la imagen de la flexibilidad nos ayuda a señalar lo vivo y cambiante del trabajo de las ciencias sociales desde estas metodologías que nos exigen participar de lo que queremos conocer.

Participar, observar, ser observado

Cuando hablamos de esta negociación en torno a la estrategia de acercamiento estamos dando cuenta de la compleja posición en la que los investigadores se sitúan en la práctica de la observación participante, esto es, la difícil relación entre *observador* y *observado* a la hora de encarar el trabajo de campo.

El estatus de *ajeno* puede convertirse en barrera infranqueable y gran parte de los esfuerzos del investigador estarán mediados por su intento de hacerse valer como observador —si no legítimo, al menos permitido—. Pero tampoco podemos desatender el carácter huidizo de la diferencia entre actor/observado e investigador/observador. La observación participante es una forma de acción y también el investigador se las tendrá que ver con los modos en los que es objeto de miradas. Desprovisto de la atalaya en que se enroca por medio de otras técnicas, el equipo investigador es presa de la acción social en la que se entromete. No deja de ser revelador el extraño sentimiento que nos revolvió al ver que en la prensa local, al reseñar los cursos, la foto que acompañaba la noticia —tomada en un momento en el que permitieron que la prensa filmara a los asistentes desde el fondo de la sala y por la espalda— era una imagen del juez hablando con «dos de los sentenciados» que resultamos ser dos de nosotros. Señalados como *maltratadores* se hacía patente la delgada línea que separa las posiciones teóricas de observador/observado. Así lo recogíamos en nuestro cuaderno de campo:

«Nuestra integración espacial era tal que cuando se permitió que la prensa entrara y sacara unas fotos, por la espalda, de los asistentes, en la mayoría de los periódicos de la región la foto era de nosotros dos y alguien más. No dejó de ser curiosa y en parte desasosegante la sensación de que todos los asistentes y la gente en general vieron una

foto nuestra identificándonos como maltratadores. Fue otra de las claves por las que sentíamos que no estábamos tan lejos de ellos...» (Cuaderno de Campo).

Más allá de lo anecdótico, del mismo modo que pasa de cara a quienes puedan leer el diario, esa frontera, permeable y porosa, también se excede continuamente en el momento de la observación y así cuando al hablar con los sentenciados les contábamos nuestra intención analítica empezaban a *mirarnos con otros ojos*. Investigadores investigados, observadores observados. En fin, distancia difícil de manejar desde el momento en el que la observación participante deviene una forma de interacción en sí misma. Como nos recuerdan GUTIÉRREZ y DELGADO, «[e]l analista nunca es otra cosa que un observador “incorporado” al sistema» (1995: 151) y no podemos olvidar los efectos que sobre el sistema tiene nuestra presencia como tampoco desatender los que la entrada en el sistema deja en los ojos del observador.

Esto nos recuerda que toda investigación es un proceso en el que vamos desarrollando nuestra perspectiva, nuestras explicaciones sobre los fenómenos y también la propia metodología. Quien investiga irá articulando mejores acercamientos al tema por medio de la práctica de investigación misma. Y conviene no olvidar que la observación participante exige que asumamos el envite de una técnica sensible a su propio proceso, siendo capaces de ajustar nuestros modos de ver y explicar a lo largo del trabajo de campo y también nuestras formas de implicación en lo estudiado. Ensayos y errores en los que vamos construyendo la forma de abordar nuestro objeto de estudio y que caracterizan a esta técnica. La participación, en fin, como proceso en sí mismo que iremos mejorando en el desarrollo del trabajo de campo.

El cuaderno de campo como expresión de la observación

La experiencia de observación se *registra* en el cuaderno de campo. El registro siempre estará mediado por la visión y experiencia de la persona que lo realiza. Por ello es importante intentar reducir al máximo la complejidad y abstracción de las entradas en busca de un material lo más rico posible y capaz de dar cuenta del punto de vista y experiencias de los actores.

La honestidad del investigador se lidia en el cuaderno de campo, pues a fin de cuentas los problemas de validez interna —derivados de la aplicación *subjetiva* de la técnica— y fiabilidad —derivados de la generalización de nuestras conclusiones— que han señalado algunos autores pueden y deben paliarse, al menos parcialmente, en el tipo de registro que realizamos. Si en nuestros registros quedan bien delimitados nuestras formas de interacción así como los escenarios de los que hablamos, los campos de fuerzas que hemos reconocido y con ellos el peso y posición con que se invisten los actores y acciones que vamos reseñando en nuestro cuaderno de campo, los posteriores análisis y conclusiones podrán ser sensibles al problema de la generalización e idiosincrasia de las miradas siempre particulares del equipo investigador.

No queremos decir con ello que se busquen descripciones descarnadas de lo observado, más bien apostamos por lo contrario. Asumiendo el papel que como observadores tenemos en el desarrollo de este tipo de investigación, dejando que entre en la letra escrita nuestro punto de vista conseguiremos mejor nuestro objetivo. Esto no quiere decir que el cuaderno de campo se convierta en un relato sobre nosotros mismos, sino que asuma por escrito lo que va viendo, desde qué posición y cómo eso incide en posteriores observaciones. En el cuaderno de campo, entendido de este modo, se encuentran las descripciones tan densas y complejas como podamos con otros elementos que nos ayudarán a dirigir, en principio, futuras observaciones y, por supuesto, el análisis. Junto con este registro tan detallado y atento como seamos capaces de realizar aparecerán atisbos de líneas de análisis, llamadas de atención sobre elementos que resultaría interesante observar, referencias a teorías que nos asaltan y conectan lo que estamos viendo con otros trabajos de las ciencias sociales y, por supuesto, trazos de nuestra propia experiencia —dentro y fuera del escenario investigado.

CUADRO 1
Algunos ejemplos de entradas del cuaderno de campo

Anotaciones	Contenido	Ejemplos
Descriptivas	Registro de las prácticas, discursos y situaciones observados	Seríamos unas 130 personas. Excepto el conferenciante, el juez, dos guardias civiles que había junto a la puerta, por dentro, y nosotros dos, todos los demás tenían sentencia por maltratos. La inmensa mayoría eran varones sentenciados por agresión a sus parejas, aunque había cuatro o cinco mujeres y algunos casos de violencia contra las hijas, las hermanas o las madres...
Teóricas	Avance de líneas analíticas que conectan con trabajos previos y otras teorías	... convendría revisar las propuestas de Lakoff & Johnson sobre metáfora, vida cotidiana y corporalidad, para desde ahí leer las entrevistas viendo en ellas y fuera de ellas las metáforas en las que está alojada la visión de una unidad con una cabeza rectora (desde «la costilla de Adán» a «la media naranja»).
Metodológicas	Notas sobre el desarrollo de la práctica observacional que apuntan tanto elementos a tener en cuenta en momentos posteriores de la observación como otros relacionados con la experiencia participativa	... dos de nosotros, Fernando y Antonio, nos presentamos en el salón de actos de la Audiencia de Alicante el lunes 5 de septiembre a las 8:45, el propio Presidente de la Audiencia nos invitó a entrar y sentarnos durante las sesiones. No lo esperábamos. Así que al principio fue un poco extraño. No nos habíamos preparado mentalmente para tantas horas de convivencia con sentenciados, pero era una oportunidad que no podíamos dejar escapar...

Fuente: Elaboración propia.

El cuaderno de campo será al final el material analizable y no podemos dejar de recordar, por obvio que sea, que la memoria es un mal aliado del observador. El cuaderno de campo exige cierta disciplina que prevenga frente a los olvidos. Dependiendo de la situación, tomar notas mientras interactuamos nos puede convertir en *sospechosos* a ojos de nuestros interlocutores, por lo que en ocasiones será después de la inmersión cuando podamos sentarnos y redactar la experiencia de la jornada. Pero es importante cuidar este trabajo continuado y diario en inmersiones de campo dilatadas en el tiempo, pues la riqueza de la técnica se perdería sin este registro atento y continuo.

DANDO SENTIDO A LOS SENTIDOS: EL ANÁLISIS DE LA OBSERVACIÓN

El material producido por medio de la observación participante nos facilita el análisis de los fenómenos estudiados en una determinada línea. Permite ahondar en el carácter procesual y cambiante de la construcción de sentidos en casos como el de la violencia de género. Las diferentes entradas en el cuaderno de campo nos ayudan a ordenar la experiencia observada y nos ilustran esa conexión entre los modos de entender y actuar —entre discursos y prácticas— que perseguimos al aplicar esta técnica.

El trabajo de análisis implica, por tanto, una reflexión sobre lo observado desde los objetivos de nuestra investigación. En ella, la experiencia particular —en nuestro caso, lo acaecido en el curso sustitutorio de pena— se pone en relación con otros elementos. El conocimiento del tema por medio de otros estudios consultados, los materiales producidos por medio de otras prácticas de investigación y nuestro marco teórico se encuentran con el cuaderno de campo. Así avanzamos en la comprensión del escenario observado, pero también, y sobre todo, en explicaciones más generales y generalizables sobre el fenómeno en estudio.

Veamos el modo en el que realizamos este trabajo en el estudio de caso que aquí hemos repasado, acompañando la exposición de las entradas del cuaderno de campo en las que se apoyan, dejando para concluir el modo en el que este análisis parcial se vincula con nuestros análisis de la violencia de género en parejas heterosexuales.

Sentidos situados y prácticas institucionales en torno a la violencia de género

En los últimos años y en un lapso de tiempo relativamente corto, se ha producido un profundo cambio en la percepción de la violencia de género como problema de nuestra sociedad. De hecho, el interés mediático, legal y de las personas que componen nuestra sociedad y que expresan cada vez más el rechazo a este tipo de violencia ya nos señala la dirección e importancia de este cambio. Si contrastamos la incidencia de los casos más extremos y difundidos en los medios de comunicación —aque-

llos que terminan en asesinato— con las muertes por otras causas violentas como los accidentes laborales y de tráfico, podemos sorprendernos de que sea precisamente la violencia de género la que más atención suscite pese a que su resultado en víctimas sea mucho menor. Si esto es así es porque, en primer término, situamos mayor responsabilidad en el agresor dentro de la pareja por la intencionalidad y reincidencia que se desprende de muchos de los relatos. Pero también en la violencia de género colapsan algunas de nuestras creencias acerca de la sociedad de la que formamos parte y el número de víctimas —máxime cuando recogemos no los casos de asesinato sino los de los miles de denuncias de agresiones que se producen anualmente— hace que nuestro ideario progresista se tambalee y la pretendida igualdad de nuestra sociedad se las tenga que ver con las groseras cifras de la violencia de género. En los malos tratos no solo se evidencia una violencia; también cierta crisis de nuestras formas de convivencia familiar y nuestras relaciones de género se encuentran con sus fantasmas y, en definitiva, el problema se nos instala demasiado cerca.

Ahora bien, señalada la revulsión que acompaña a la violencia de género no hemos hecho más que indicar un proceso de cambio. Para entender los parámetros en los que se está operando esta resignificación y así perseguir los resortes que se activan en los casos de violencia de género —no olvidemos que los afectados, agresores y víctimas, también son parte de esta sociedad—, no podemos separar la violencia de los contextos concretos en los que se produce y maneja. La entrada por medio de la observación participante en un curso posibilitado desde la Ley Integral contra la Violencia de Género (Ley Orgánica 1/2004) que contempla la «sujeción a programas específicos de reeducación y tratamiento psicológico» como requisito para los casos de suspensión de la pena de prisión, nos permite cartografiar un escenario atravesado por una urdimbre, enmarañada y densa, de sentidos en torno a los malos tratos. Procesos situados en los que empezar a palpar las contradicciones, los conflictos por la significación y la experiencia vivida de la violencia —por parte de los agresores.

El primer acercamiento nos llega de mano de los discursos preparados para «reeducar» a los sentenciados. Durante dos días los condenados asisten a un total de ocho charlas. Tendrán que volver en otras dos ocasiones ya que el curso se estructura en dos días de trabajo cada tres meses y la pena implica seis días de asistencia. En las ocho charlas de esta tanda podemos rastrear el modo en el que una institución como la Audiencia Provincial de Alicante intenta definir la violencia de género y transmitir la necesidad de un cambio en la conducta de los penados. «Se hace por vosotros, para que podamos solucionar el problema que tenemos». Así presenta el Presidente de la Audiencia y promotor de la medida el curso a primera hora del lunes. La responsabilidad es del sentenciado y su conducta será analizada en las conferencias que siguen. Ya las credenciales de los ponentes nos señalan el campo en el que se lidia qué es la violencia: un psicólogo judicial, un juez, una abogada de mujeres maltratadas, un criminalista, un funcionario de prisiones, un sociólogo, una médico forense y un funcionario de justicia. La definición de la violencia estará mediada por los encargados de su tratamiento en aquellos casos en los que se llega a la pena judicial y

así no nos extraña el énfasis puesto en la responsabilidad individual y el análisis de qué está cambiando para que sus casos sean ahora perseguidos —especie de justificación de la ley— cuando en el imaginario de muchos de los condenados se considera que puede estar activa la creencia de que lo que hicieron no era tan grave. Recurso en la mayoría de los casos a acercamientos individualistas y en cierto modo amedrentadores —de la afirmación «cada uno es responsable de sus actos» dicha por un psicólogo a la crudeza de la descripción forense de algunas muertes por agresiones en el hogar.

No sólo el discurso avanza en esta línea. También las formas de transmisión arriban a los mismos caladeros. Detengámonos por un momento en el escenario del curso. Se realizó en un salón de actos de la Audiencia Provincial en el que:

«Seríamos unas 130 personas. Excepto el conferenciante, el juez, dos guardias civiles que había junto a la puerta, por dentro, y nosotros dos, todos los demás tenían sentencia por maltratos. (...) Como era de esperar (...) se desarrollaron rasgos de cualquier grupo pequeño o compacto y puesto en una posición paciente, como alumno. (...) Más significativo se hacía el silencio en el que permanecía la mayoría, a pesar de que en muchas ocasiones se les incitaba a hablar» (Cuaderno de Campo).

Más que la posición de escucha que se instala en un grupo tan grande, resulta esclarecedora la disciplina de gestión de los cuerpos (FOUCAULT, 1977) que se instaura en el auditorio. La disposición de los asistentes no es libre. Los dos guardias civiles apostados en las puertas y un funcionario de los juzgados, tras comprobar la identidad de los sentenciados, les retienen el carné de identidad y les asignan un asiento que será el mismo para los dos días. Las salidas al baño tienen que pedirse a los agentes del orden.

«Se retrasa un poco el final de la sesión y algunos, pocos pero un tanto exaltados, se ponen chulos: “me han dicho hasta la una y treinta y yo me voy”. Pero no pueden hacerlo. Los guardias civiles no les dejan salir y tiene que esperar a que les devuelvan el DNI que les retiraron al comienzo de la sesión» (Cuaderno de campo).

Público cautivo que queda infantilizado, venido a menos por la máquina de control del orden público. Lejos de cuestionar las razones para esta gestión —se trataba del cumplimiento de una sentencia y la incomparecencia se resolvía como segundo delito que desataba la encarcelación—, queremos señalar cómo el curso se plantea desde la mecánica judicial de la condena, la responsabilidad individual y el cambio de conducta. En los discursos y en las formas de hacer se palpa una entrada a la violencia de género como actitud, como desviación tratable de forma individual. El agresor como sujeto de deber y derecho, autónomo y racional.

Ahora bien, la maraña de sentidos que atraviesan la sala excede con mucho lo planteado por los ponentes. Los días siguientes a la realización del curso, pudimos seguir en los diarios la polémica desatada por la reseña en los propios medios de comunicación de un altercado en el que uno de los sentenciados fue reprendido por el juez al hacer un comentario discriminatorio —¿forma de protesta o de reafirmación machista del reo ante la incómoda presencia de cámaras?—. Desde el Partido Socialista

del País Valencià se pedía la suspensión de los cursos por la imposibilidad de cumplir su finalidad con grupos tan extensos y pudimos leer cómo la parlamentaria socialista Consuelo Catalán tomando como ejemplo el altercado comentado, planteaba que «más que un curso, parece un encuentro de maltratadores» (*El País*, 7/9/2005). Sin entrar a este debate, nos interesa señalar el modo en el que los escenarios se explican por elementos en ocasiones no presentes. La violencia de género, y en particular su tratamiento por parte de las instituciones, es un campo minado por concepciones divergentes y en liza que entienden de formas diversas las intervenciones posibles y deseables. La de la judicatura alicantina es una. Otra bien diferente la que exige mayores garantías para exculpar a penados aunque sea de los casos menos graves. Incluso hay quien defiende lo inaceptable de invertir fondos públicos en los agresores pues se entiende que va en detrimento de las ayudas a las víctimas. En cualquier caso, sin poder detenernos aquí en un análisis más profundo de estas visiones, acercarnos a cómo se entiende la violencia de género implica ser conscientes de estos debates que, en cierto modo, resuenan en la experiencia observada.

Tampoco así agotamos el modo en el que se concibe la violencia de género en o desde el escenario concreto de estos cursos. En el auditorio el discurso de los ponentes genera reacciones. Entre los asistentes se repiten comentarios y se cruzan miradas que nos hablan de cómo la violencia deviene etiqueta —la de maltratador— y en la que resuenan otras formas de dar sentido a la experiencia de la que se está hablando:

«Las interacciones que se producían entre los que se reconocían como en situación igual arrancaban con la expresión de que era injusto lo que les estaba pasando, que no eran culpables, etc., pero luego se pasaba a una mezcla irregular de afirmación de uno mismo —“a mí no me vacila nadie”— y de vergüenza por lo sucedido —“no es algo de lo que vanagloriarse”—. En general terminaba dominando este sentimiento, especialmente entre la gente de mediana edad» (Cuaderno de campo).

Entre los varones que han agredido a sus parejas se reconoce una profunda confusión. Sentimientos encontrados en los que no se termina de entender el proceso en el que se encuentran —«si no te conformas no sales del calabozo», como explicación de la condena— y en los que se intenta recomponer cierta coherencia de uno mismo —«sigo siendo el mismo, es solo un punto de desviación»—. ¿Cómo explicar este roce de sentidos? ¿Cómo entender los comentarios y preguntas de los varones condenados? Sin entrar en los procesos identitarios que hemos analizado en otras partes (véase, por ejemplo, CASADO y GARCÍA, 2006), en la observación e interacción con los sentenciados en los descansos del curso nos encontrábamos que bien quedando en las cafeterías de alrededor del juzgado o con llamadas a los móviles, algunas de las parejas —incluso con órdenes de alejamiento— se interesaban por ellos. Cuando preguntábamos nos confesaban que en algunos casos seguían conviviendo o manteniendo algún tipo de relación pese a la orden del juez. La sentencia se vivía como resultado de una ley injusta que se había metido en sus vidas por medio de un juicio rápido y que en menos de cuarenta y ocho horas había transmutado su cotidianidad.

«En esta misma línea hay que recordar que posiblemente el comentario que más se repetía en pequeños círculos y en voz alta era que la nueva situación legal había puesto a los hombres en una situación de desventaja, donde la menor denuncia se da por válida y empiezan por ser expulsados de su casa. Su palabra vale menos que la de su mujer. En los casos más leves ambos cónyuges se encuentran con una orden de alejamiento que no esperaban, porque no haya sido ella la denunciante o porque habiendo sido ella pretendía solo darle un susto» (Cuaderno de campo).

Concepciones enfrentadas que nos ayudan a ir desbrozando el modo en el que, como sociedad, estamos entendiendo la violencia de género. Conflicto entre la visión descarnada de la teoría al uso que termina por explicarnos los casos de violencia desde posiciones estancas de poder y subordinación y la vivencia en primera persona que no puede ordenarse si se separa de las complejas redes —de dependencia y reconocimiento— en las que fraguamos la vida en pareja. La observación participante no es una herramienta para entrar a criticar estas posiciones; lo que queremos transmitir es la multitud de niveles que se cruzan y entremezclan en un problema social como el de la violencia de género y desde los resultados de este trabajo solo podemos señalar la importancia de atender a las distintas concepciones para así dotar de grosor a la vez que colocar en su delimitada y contextual situación los casos de violencia de género. Sin las intervenciones judiciales y las críticas que se le plantean poco podremos decir de las formas en las que nuestra sociedad está intentando comprender y actuar sobre los casos de violencia de género, pero sin la entrada en nuestros análisis de cómo se reciben esos discursos y se incorporan a la experiencia de las personas afectadas por el dislate de la violencia poco avanzaremos en la comprensión del problema en sí.

Violencia de género e identidades sexuales

La entrada en los cursos para sentenciados por malos tratos nos aporta una información de primera mano de lo que acontecía en el escenario concreto de una intervención institucional en torno a la violencia de género. Lo interesante del material producido por medio de la observación participante es la posibilidad que brinda a la hora de interconectar los sentidos en los que como sociedad y como sujetos vamos conformando una explicación de este tipo de violencia. Los discursos y prácticas de las instituciones, pero también las intervenciones de otras asociaciones y colectivos o las propias formas de recibir y posicionarse de las personas condenadas que asisten al curso nos permiten desbrozar el campo en el que se confrontan y estabilizan los sentidos de la violencia de género.

Como bien nos recuerda Fernando GARCÍA SELGAS, haciéndose eco de la doble hermenéutica propuesta por Anthony Giddens, «toda investigación sociológica debe tanto tratar a la acción como conducta racionalizada y organizada reflexivamente, para lo que tiene que recoger el conocimiento discursivo y tácito de los actores (momento

etnográfico u observación participante), cuanto tratar la organicidad institucional de la vida social, para lo que tiene que reconstruir analíticamente las condiciones desconocidas y las consecuencias no pretendidas que circundan a la dirección reflexiva de la acción (elaborar unas descripciones complementarias e incluso críticas respecto de los participantes), siendo conscientes además de que ambas labores son inseparables» (1990: 91). En este encuentro del conocimiento situado de los actores con nuestras explicaciones críticas, que ya hemos repasado en el caso concreto de las nociones en lixa en torno a la violencia, vamos avanzando interpretaciones más profundas de los fenómenos estudiados. En nuestra investigación, el análisis del escenario de los cursos sustitutorios de pena nos permitió avanzar en la comprensión de la violencia de género en las parejas heterosexuales al aclarar algunas de las vinculaciones que señalábamos entre esta y la construcción de las identidades sexuadas. El modo en el que los varones condenados se explicaban y justificaban sus experiencias o la confusión que expresaban muchos de ellos ante su situación, unido a la presencia de algunas de las parejas o ex parejas con sus llamadas o visitas a los cursos nos permiten aventurar este elemento relacional e identitario que recogíamos en nuestras hipótesis. En definitiva, nos daban pistas de cómo teníamos que volver a la gestión de los conflictos en el seno de la pareja y, en especial, de cómo en ella se enredan las posiciones de género para así comprender qué resortes se activan en los casos de violencia de género.

Diferentes metodologías permiten acercamientos diversos a nuestro objeto de estudio. Por medio de entrevistas e historias de vida con personas que habían tenido experiencias de violencia —tanto agresores como víctimas— hemos seguido trabajando estos aspectos relacionales e identitarios. Lo interesante es que la observación participante nos ayudó a reconocer algunos de los puntos por los que avanzar y arrojar luz a la compleja amalgama de sentidos y prácticas que se enredan en la violencia de género. En definitiva, la observación como herramienta con la que perseguir sentidos y prácticas allí donde toman vida, allí donde se convierten en parte de la acción social que intentamos analizar.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. (1998): *La mirada cualitativa en sociología*, Madrid: Fundamentos.
- BOURDIEU, P. (1991): *La distinción*, Madrid: Tecnos.
- (1997): *Razones prácticas*, Barcelona: Anagrama.
- CASADO APARICIO, E., y GARCÍA, A. A. (2006): «Violencia de género: dinámicas identitarias y de reconocimiento», en GARCÍA SELGAS, F., y ROMERO, C.: *El doble filo de la navaja: violencia y representación*, Madrid: Trotta, págs. 89-106.
- DELGADO, J. M., y GUTIÉRREZ, J. (1997): «Teoría de la observación», en DELGADO, J. M., y GUTIÉRREZ, J., *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid: Síntesis, págs. 141-173.
- FOUCAULT, M. (1977): *Historia de la sexualidad*. Volumen 1: *La voluntad de saber*, Madrid: Siglo XXI.

- GARCÍA SELGAS, F. J. (1990): «La corregibilidad de la “observación participante”: una reflexión sobre la sociología actual», en *Política y Sociedad*, núms. 6/7, págs. 85-102.
- (1997): «Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad» en DELGADO, J. M., y GUTIÉRREZ, J., *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid: Síntesis, págs. 493-527.
- GARFINKEL, H. (2006): *Estudios en etnometodología*, Barcelona: Anthropos.
- GOFFMAN, E. (2006): *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*, Madrid: CIS y Siglo XXI (traducción sobre la segunda edición del original inglés de 1975).
- GUASCH, Ó. (1997): *Observación participante*, Madrid: CIS.
- HARAWAY, D. (1995): *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Madrid: Cátedra.
- MALINOWSKI, B. (1995): *Los argonautas del Pacífico Occidental*, Barcelona: Península (edición original en inglés de 1922).
- SANMARTÍN, R. (1998): «La observación participante», en GARCÍA FERRANDO, M., *et. al.*, *El análisis de la realidad social*, Madrid: Alianza, págs. 128-146 (2.ª ed. revisada, original de 1986).
- SIMMEL, G. (1998): *El individuo y la libertad*, Barcelona: Península.
- THOMAS, W. I., y ZNANIECKI, F. (2004): *El campesino polaco en Europa y en América*, Madrid: CIS.
- VV.AA. (2000): *Sociologías de la situación*, Madrid: La Piqueta (textos de Goffman, Cicourel y otros).
- WOLF, M. (1982): *Sociologías de la vida cotidiana*, Madrid: Cátedra.

CAPÍTULO 4

Derivas y actuaciones. Aproximaciones metodológicas

Marisela Montenegro y
Joan Pujol

INTRODUCCIÓN

El presente capítulo examina las posibilidades de las derivas y las actuaciones como formas de investigación psicosocial. La importancia de estas perspectivas radica en que permiten dar una alternativa crítica a una de las premisas fundamentales de las metodologías tradicionales: la distancia analítica entre el sujeto y el objeto de investigación. Permiten, por otra parte, incorporar distintos principios propuestos por las epistemologías feministas en términos de relevancia política e implicación con el fenómeno estudiado.

Estas perspectivas van a ser ejemplificadas con la investigación «Derivando y actuando por el Raval», resultado de varios años de estudio etnográfico durante el periodo 2004-06 en el barrio del Raval de Barcelona, que durante el periodo estudiado se caracterizaba por su importante degradación social (violencia intercategorial, inseguridad ciudadana, pobreza...), relaciones multiculturales, profunda transformación social y urbanística y, finalmente, la progresiva precarización de las condiciones de vida y de trabajo de parte de las personas que habitaban el barrio (FUNDACIÓ TOT RAVAL, 2007). También es relevante el hecho de ser un barrio altamente intervenido por administraciones públicas, capital privado, organizaciones no gubernamentales y movimientos sociales. Nos encontramos entonces ante un fenómeno complejo de múltiples aristas y caras, cuya complejidad social y experiencial difícilmente puede abordarse a través de un conjunto limitado de categorías sociológicas (tales como el género, etnicidad o clase social). Era necesario desarrollar una mirada que, a partir de la interacción con el barrio, pudiera ofrecernos un cartografía experiencial de las problemáticas que atraviesan distintas personas frente a la transformación de las ciudades en el actual contexto social y económico. En este sentido, el objetivo del estudio era el de examinar la transformación de un barrio en el contexto de los actuales procesos de gentrificación que se producen en los centros urbanos de las ciudades globalizadas.

Las derivas y actuaciones han permitido explorar cómo las prácticas que los agentes desarrollan en un espacio urbano concreto son constreñidas y a la vez facilitadas por la posición concreta de la persona en un campo complejo de fuerzas que abarca un espectro mucho más amplio que los límites del barrio. A la vez, el barrio se constituye a partir de los personajes que lo habitan, unos personajes encarnados corporalmente, con una cierta mirada subjetiva hacia el entorno. Unos personajes que viven en un contexto material con significado o entre significados que sustentan una cierta materialidad, por lo que en el texto vamos a hablar de realidad semiótico-material. No estaríamos analizando correctamente el fenómeno si, por imperativos técnicos, dejáramos de lado los distintos elementos que dan forma al objeto de estudio.

En cuanto las derivas y actuaciones pretenden captar la complejidad del campo como totalidad, este tipo de investigación podría entrar dentro del campo general de los estudios etnográficos, aunque la deriva, tal y como se desarrolla en este trabajo, estaría a caballo entre una entrevista acompañando a la persona por escenarios definidos y una entrada etnográfica al campo. Sin embargo, habría una importante diferencia respecto de los trabajos etnográficos tradicionales en cuanto su conceptualización y práctica cuestionan la forma narrativa realista que ha formado parte de la escritura etnográfica desde los trabajos de Malinowski (CLOUGH, 2001). La ocultación del narrador es un aspecto clave de la narrativa realista por cuanto se produce un efecto de «transparencia» en relación al objeto de estudio. Se trata del truco del «ojo divino» que denuncia HARAWAY (1991): el ojo que todo lo ve, pero que nunca es visto. Esta ocultación es central en las formas modernas de discurso científico en ciencias sociales como herederas del *cogito* cartesiano, productor de un “yo” descorporeizado y deslocalizado (PUJOL y CAPDEVILA, 1995). La crítica filosófica postestructuralista ha realizado una importante crítica al cartesianismo que ha devuelto al yo a las pasiones del cuerpo, tal y como denunciaba Nietzsche. Podemos encontrar una amplia literatura que reconoce el carácter corporal (por ejemplo, los trabajos de FOUCAULT, 1975, 1976), irracional (DERRIDA, 1967¹) o sexual (DE LAURETIS, 1984, 1987, 1993, 1999) del sujeto. Estas críticas han tenido un importante efecto en el replanteamiento de la escritura etnográfica en el contexto de la crítica general a la concepción representacionista del conocimiento. Las sucesivas ediciones del famoso *Handbook of Qualitative Research* de Denzin y Lincoln muestran la evolución de los criterios que se establecen de cara al trabajo cualitativo, llevando a la consideración de la discontinuidad, tensiones y contradicciones de los distintos momentos de la teorización de la práctica etnográfica. Se trata de reconocer que el conocimiento que producimos está cargado de una dimensión valorativa, se produce en un cierto contexto socio-histórico y tiene unos claros efectos políticos (PUJOL, 1999).

El momento actual de la teoría social coloca a la investigación etnográfica en una particular encrucijada donde debe construir su forma particular de aproximación al objeto de estudio, escogiendo y argumentando aquellos elementos coherentes con su

¹ Capítulo «Cógito e historia de la locura», edición 1989, págs. 47-89.

perspectiva epistemológica y adecuados a las características del campo que se debe estudiar (para una discusión en profundidad véase GARCÍA y CASADO en este volumen). El desarrollo de las derivas y actuaciones se enmarca dentro de este esfuerzo de búsqueda y consolidación de nuevas formas de investigación. En este texto desarrollaremos aquellos aspectos del estudio relativos a los principios epistemológicos, metodológicos y políticos que guiaron el trabajo. En primer lugar, describiremos las fuentes de inspiración que nutrieron la construcción de estas propuestas metodológicas y sus implicaciones éticas y políticas; a continuación describiremos sus principales características y la manera en que fueron llevadas a la práctica en el caso concreto del estudio sobre el Raval; finalmente, trabajaremos las formas de sistematización y análisis de las experiencias recabadas en dicho estudio.

INSPIRACIONES EPISTEMOLÓGICAS

La metodología se basa en una serie de premisas sobre la naturaleza del conocimiento, unos ciertos principios epistemológicos que derivan de una cierta teoría del conocimiento. La tradición dominante en el desarrollo de las ciencias sociales ha sido el positivismo, considerando que el conocimiento científico se basa en la correspondencia entre nuestras afirmaciones y la realidad que nos rodea. Se trata, desde esta perspectiva, de recoger progresivamente datos sobre la realidad que nos rodea y, a partir de estos datos, establecer leyes de funcionamiento de la realidad. Estamos ante una visión representacionista en tanto nuestro conocimiento *representa* la realidad. Esta forma de entender el conocimiento, a pesar de que intuitivamente nos pueda parecer obvia (quizá, precisamente, porque forma parte de nuestra herencia de pensamiento), ha sido ampliamente cuestionada en distintos ámbitos de las ciencias sociales (véanse FINKIELKRAUT, 2006, y NIETO, 2007, para una revisión). Una de las críticas más contundentes ha sido ofrecida por Tomas S. Kuhn al considerar que la observación empírica no puede aislarse de la teoría que le da sentido (KUHN, 1965). Para entender este punto vamos a partir de una analogía, usando nuestro esquema conceptual para diferenciar el color. Se trata de un ámbito en donde nos encontramos con enormes diferencias culturales, siendo el caso de los esquimales el más nombrado al tener diecisiete palabras distintas para describir el color de la nieve. Cada cultura tiene una concepción del color que permite distinguir unos colores de otros, y distintas culturas distinguen los colores en función del marco conceptual desde el que trabajan. El conocimiento científico funcionaría de forma similar, en tanto que la observación empírica depende del marco conceptual desde el que la observación se realiza, lo que llevaría a la afirmación de que es imposible contrastar paradigmas independientes (como, por ejemplo, el cognitivismo y el psicoanálisis) o, en palabras de Kuhn, que las teorías científicas son «incommensurables». Kuhn llegó a esta conclusión analizando la historia de la física, y podemos distinguir distintos paradigmas de comprensión de la realidad en distintas disciplinas científicas (véase CAPARRÓS, 1980, para el caso de la psicología).

Las actuaciones y las derivas, como cualquier otra propuesta de investigación, tienen también una teoría del conocimiento que las sustenta. En el desarrollo de las derivas y actuaciones hemos usado tres conceptos que tratan sobre la producción del conocimiento: conocimientos situados, articulación y responsabilidad política.

Conocimientos situados

La noción de «Conocimientos situados» (HARAWAY, 1991) nos ofrece alternativas a la visión representacionista del conocimiento. Nos dice que todo conocimiento se produce en ciertas condiciones semiótico-materiales desde las que es posible una cierta forma de mirar al fenómeno de estudio. Es decir, el conocimiento se produce desde una posición determinada que, en lugar de constituir un obstáculo a la objetividad, constituye la condición de posibilidad de la investigación. Siempre hay un punto desde el que se mira al fenómeno, y podemos escoger entre ocultarlo o hacerlo explícito. Reconocer que la mirada depende de nuestra posición de conocimiento nos aleja de la verdad absoluta de un «ojo divino» que lo ve todo (realismo) o que puede cambiar de lugar a voluntad (relativismo). Nos distanciamos, de esta forma, tanto de la objetividad y neutralidad de las posturas realistas como de la imposibilidad de acción del relativismo (HAMMERS y BROWN, 2004; HART, 2004; VISWESWARAN, 1997). Cada posición de conocimiento, incluida la nuestra, permite ciertas formas de conocer y actuar, por lo que es necesario establecer las características y los límites de estas formas de conocimiento.

Articulación

Si el conocimiento se produce desde una posición determinada, ¿para qué investigar? El concepto de articulación nos abre hacia el movimiento y la conexión. La interpretación, como señala GADAMER (1975), se produce por la distancia con otro horizonte. Damos sentido al mundo a partir del movimiento de nuestra posición hacia un nuevo horizonte, hacia una nueva fusión. La posición de conocimiento de la investigadora debe caracterizarse por su movimiento, por su capacidad de dar nuevos sentidos al mundo. En este punto, precisamente, es donde se produce el conocimiento: en la transformación de nuestra posición de conocimiento. Mientras que desde algunas posturas (para una revisión véase REAY, 1996 o LETHERBY, 2002) se defiende una explicitación transparente y reificadora de la posición de la investigadora, se enfatiza aquí la importancia de que tengamos en cuenta la relevancia de diseñar y desarrollar la investigación pensando en la generación de nuevas comprensiones.

Si nuestro conocimiento viene de nuestra localización, este conocimiento es necesariamente parcial. La articulación permite movernos de esta parcialidad, transfor-

mando nuestra posición a partir del diseño de la conexión con otras formas de vida y subjetividades. Se trata de un planteamiento que nos permite pensar la investigación en términos relacionales. La investigación, en lugar de mostrarnos la realidad del mundo, nos permite entrar en un entramado de conexiones y experiencias que transforman nuestra posición de investigación y, en este sentido, producen conocimiento. Se trata de una búsqueda por una articulación generadora de significados y conocimientos parciales del mundo, en un campo en donde distintas formas de conocer conviven y dan cuenta de distintas formas de vida. El conocimiento, de esta forma, se transforma en una cuestión política en lugar de una representación de la realidad.

Tomamos el concepto de *articulación*, tal y como es conceptualizado por LACLAU y MOUFFE (1985), en cuanto nos permite concretar la noción de conexión parcial. La articulación es una política de coalición con otras formas de vivir en que se transforma el sujeto que se articula para generar nuevas formas liberadoras de vivir. Esta propuesta enfatiza la apertura que debe tener la investigadora al articularse con las participantes del estudio para generar un contexto que permita la aparición de nuevos significados que transformen nuestro aparato político-conceptual (FIC, 2005). La articulación es una práctica que construye relaciones entre sujetos (HARAWAY, 1992), unas relaciones con significado que nos sitúan en el campo y nos transforman. Si la noción de «conocimiento situado» enfatiza el lugar desde donde se mira, el concepto de «articulación» hace que pongamos la atención en las relaciones que establecemos y en cómo estas relaciones transforman nuestra posición inicial. La articulación genera un espacio político que reconoce a la vez su contingencia, temporalidad y objetividad parcial con el objetivo de transformar nuestra posición de conocimiento. Dentro de este marco relacional, el cambio de posición, la reflexividad y las emociones forman parte integrante del proceso de investigación (ADKINS, 2002, 2003, 2004; SKEGGS, 2002; KLEINMAN, 2002; LEON, GUARDERAS y GUTIÉRREZ, 2005). Como dice Haraway:

«El yo que conoce es parcial en todas sus facetas, nunca terminado, total, no se encuentra simplemente ahí y en estado original. Está siempre construido y remendado de manera imperfecta y, por lo tanto, es capaz de unirse a otro, de ver junto al otro sin pretender ser el otro. Esta es la promesa de la objetividad, es decir, de la conexión parcial» (HARAWAY, 1991/1995: 331).

Hemos llegado a un planteamiento relacional de la investigación. Conocer implica transformar nuestra posición a partir de relacionarnos con personas, acontecimientos y textos que transforman nuestra forma de ver el mundo. Esto no implica que al finalizar la investigación acabamos con una postura contraria a la inicial, sino que recogemos el conocimiento de la experiencia vivida. El fenómeno se torna más complejo, con más elementos, más estricto en algunos puntos, y más condescendiente en otros. En lugar de repetirnos en términos dicotómicos y excluyentes (se ha cumplido o no la hipótesis, tenía o no razón), se realiza una descripción multivocal desde la que emerge una nueva comprensión del fenómeno.

Aspectos éticos y políticos

Además de nuestra posición y de las relaciones en el campo de estudio, hay que tener en cuenta la forma que toman estas relaciones, lo que nos lleva a incorporar la noción de «crítica» al pensar sobre la calidad de la articulación y la dirección hacia donde se dirige. El conocimiento se produce en un espacio hegemónico donde es necesario considerar el tipo de acción que nuestro conocimiento realiza en el campo (CARBAUGH, 1989; CONQUERGOOD, 1991; YANCHAR y GANTT, 2005). Siguiendo a LACLAU y MOUFFE (1985), esta hegemonía no es absoluta. Se trata de una multiplicidad de posiciones en las que algunas han conseguido un espacio de dominio en lo social. La investigación modifica este campo a través de una articulación con ciertas posiciones para generar nuevas articulaciones que definen nuevas realidades. La investigación debe responder a las preguntas «con quién, cómo y para qué» nos articulamos, preguntas que nos remiten a las posiciones de sujeto con que nos articulamos, prácticas sociales que establecemos y significados que promovemos. Hace que nos planteemos el entramado político en el que se sitúa la investigación y las formas de acción que se derivan de ella.

La investigación se convierte entonces en un elemento de cambio transformador de la hegemonía establecida (véase DUNKER y PARKER en este volumen). No es, sin embargo, activismo, ya que debe plantearse la apertura de un diálogo productivo que transforma la posición de partida, aunque también se plantee la consecución de formas de acción y organización de lo social prometedoras y liberadoras. Se trata de cambiar la mirada sobre la propia posición de experticia, comprender y evidenciar las relaciones de poder que se reproducen a través de la investigación e intervención social, y alcanzar procesos articulatorios de producción conjunta de conocimiento. Mirada crítica hacia los discursos institucionales que nos constituyen en nuestra posición de investigación, reflexión sobre los procesos de exclusión que se generan, y exploración de las posibilidades de construir formas alternativas de participar de los procesos sociales. Reconociendo, a su vez, que las comprensiones producidas están situadas en entramados de poder, significados y relaciones afectivas en las cuales se fijan ciertos significados y prácticas, asumiendo la responsabilidad que implican nuestras propias tecnologías de fijación en dichos entramados y produciendo articulaciones que transforman las posiciones de quienes participan.

La apuesta por una perspectiva situada tanto ética como políticamente no es garante de los conocimientos producidos. Se trata de buscar prácticas éticamente responsables, políticamente prometedoras y parcialmente indeterminadas que adquieren relevancia en cada una de las experiencias específicas de investigación sin ser consideradas respuestas definitivas, generalizables y/o intercambiables.

DERIVAS URBANAS

La propuesta de las derivas como opción metodológica en el ámbito de las ciencias sociales parte de diferentes fuentes de inspiración: las críticas asociadas a las formas

tradicionales de producción de conocimiento científico, el desarrollo de derivas urbanas realizadas por el movimiento situacionista y, más recientemente, por el grupo Precarias a la Deriva, y la tradición metodológica de la etnografía. Demos un breve recorrido por algunos de los aspectos que recogemos de estas tradiciones y que nos permiten, a partir de la perspectiva epistemológica propuesta, generar una forma de acercarnos al estudio del espacio vivido.

Las derivas realizadas por los situacionistas abogaban por una mirada crítica sobre los tejidos urbanos de la ciudad, poniendo en evidencia los juegos de poder que configuran el tejido urbano (PINDER, 2005). A través de recorridos individuales o grupales en la ciudad se construían psicogeografías de diferentes zonas (DEBORD, 1958), que indagaban las fisuras de la red urbana, los microclimas sociales, las acciones de dominación de estructuras urbanísticas (como centros comerciales o puntos turísticos), la organización de la ciudad en centros y periferias, o las características de acceso de determinados lugares (de paso obligatorio, prohibidos, escondidos, públicos...) con el fin de generar mapas en los que se mostrasen dichas densidades. El tránsito por la ciudad permitía revelar las zonas inconscientes de la vida urbana (BASSETT, 2004). Para conseguirlo era necesario adoptar una postura «ultrarreceptiva», ponerse en un estado de «mirada atravesada por el azar» para que hubiera una emergencia del fenómeno urbano. Combinación de mirar atento y dejarse llevar por el propio deambular que lleve a un análisis de vivencias para generar comprensiones sobre las líneas de fuerza que atraviesan la ciudad (ANDREOTTI y COSTA, 1996). Conocer, a partir de la experiencia, la tesitura de la ciudad, los pliegues, entradas, cierres, aglomeraciones, puntos de interés y demarcaciones diferentes a los trazados por la administración.

«La deriva era, entonces, más que solo pasear; era una combinación de azar y planificación, una “espontaneidad organizada”, diseñada para revelar alguna realidad profunda de la ciudad y la vida urbana. La deriva también era distinguida de la práctica “Flâneur” o voyeurismo por su actitud crítica hacia el ordenamiento hegemónico de la modernidad» (BASSETT, 2004: 401).

A diferencia de las prácticas situacionistas, Precarias a la Deriva (2004a), proyecto colectivo de investigación realizado por una agrupación de mujeres en Madrid, ha propuesto la idea de derivas como investigación situada y comprometida para examinar los circuitos de la precariedad femenina. Esta forma de caminar se pregunta de forma compartida sobre las formas de percepción colectiva para transformar y abrir subjetividades y posibilidades sociales. Esta forma de indagación persigue un conocer colectivo sobre las vivencias de precariedad urbana partiendo de las propias experiencias. Adquiere gran importancia la preparación de la deriva para que sea posible producir una experiencia de «caminar preguntando» respecto a las diferentes experiencias de precariedad. Incorpora la preocupación por transformar esta experiencia en una acción a través de involucrarse con las subjetividades precarias emergentes. En sus propias palabras:

«La deriva, cuando es deriva, con sus elementos de movilidad, de paso ininterrumpido a través de ambientes diversos, de trasposición subjetiva, de atravesamiento de toda una serie de cortes (sociales, espaciales, temporales) que ordenan nuestros cotidianos (como el que separa empleo y vida, o un barrio de otro, o la temporalidad conexional de una trabajadora de la comunicación y la de una doméstica interna y cuidadora transnacional), produce una suerte de extrañamiento que permite un desenganche de las formas de percepción y de intercambio rutinizadas...» (*Precarias a la deriva*, 2004b: 84).

Frente a la entrevista, el método de las derivas ofrece algunas ventajas respecto a cómo la persona reconstruye su experiencia en relación con un espacio concreto (KUSENBACH, 2003, 2006). En primer lugar, la palabra hablada tiende a referir aspectos de la experiencia frecuentemente separados de su contexto de aparición y, en segundo lugar, la situación de entrevista se produce habitualmente en contextos estáticos donde la conversación, y no la interacción entre las personas o el ambiente, es el centro de atención de la situación. La entrevista puede no ser adecuada para ciertos objetivos de investigación dado que separa a la participante de los espacios cotidianos que evocan sus experiencias mientras que las derivas permitirían acercarse a las prácticas cotidianas. Las derivas enfatizan la articulación entre agentes en un contexto espacio-temporal concreto, incluyendo corporeidad, afectividad, comportamiento y pensamiento (DAVIES y DWYER, 2007), lo que las hace especialmente adecuadas para el estudio de las dinámicas urbanas locales en contraposición a los proyectos de ciudad que se realizan desde una mirada cenital (PINDER, 2005). Esta aproximación permite desarrollar estrategias de comprensión del espacio urbano teniendo en cuenta a las personas que habitan el lugar, dejándose afectar por esas formas de vida para generar comprensiones que difracten las actuales lógicas de configuración urbana (SCHNEIDER, 2002).

«Siguiendo la secuencia natural de los lugares en la vida cotidiana, las derivas aumentan nuestras comprensiones de cómo los individuos conectan e integran las diferentes partes de sus vidas cotidianas e identidades, cosa que los sociólogos, incluyendo los interaccionistas simbólicos, muy frecuentemente tratan como entidades separadas y autónomas» (KUSENBACH, 2003: 478).

Derivando por el Raval de Barcelona

La aproximación a través de las derivas busca entrar en el barrio a través de las experiencias vividas por los miembros del equipo de investigación circulando por sus calles solas o acompañadas de algunos de sus habitantes. Un caminar que busca, por un lado, dejarse impresionar —en términos de imágenes, experiencias, olores, ambientes, etc.— por el espacio y, por otro, compartir con vecinos y vecinas del barrio sus experiencias vitales. La descripción de las distintas fases de la investigación permitirá ilustrar una forma de implementar esta metodología, más como sugerencias que como recetas prescriptivas.

Primeros paseos

«Dotar de sentido a un lugar a través de la involucración con lo que no puede ser fácilmente visto o narrado, pero en cambio es imaginado o sentido —corporalmente o visceralmente—, pone a prueba intervenciones metodológicas existentes» (DAVIES y DWYER, 2007: 262).

En un primer momento se realizan trayectorias aleatorias por el barrio, reconociendo elementos, lugares y acontecimientos que configurarán temas de interés. Este «caminar atento» por parte del conjunto del grupo investigador produjo una primera relación vivencial con el barrio. El análisis de esta vivencia permitió identificar nuestros estereotipos en relación al barrio en términos de, por ejemplo, zona «peligrosa» o «degradada», lo que llevó a una mirada más «interpelativa» que complejizaba y difractaba nuestras posiciones iniciales. Las trayectorias del barrio fueron sistematizadas siguiendo una lógica autoetnográfica en que se anotaban recorridos, impresiones, sorpresas, relaciones, pensamientos, emociones, personajes. A continuación presentamos algunos ejemplos de estos primeros paseos por parte de integrantes del equipo de investigación.

«El paseo del lunes fue agradable y gratificante, era un día festivo. Había mucha vida por las calles del barrio. Destacar las plazas y la Rambla del Raval como punto de reunión de la gente: niños, madres, jubilados, todo el mundo pasa por estos lugares. Los locutorios son también un lugar de reunión sobre todo para hombres “inmigrantes”. La nota desagradable fue la detención, delante del grupo de exploración, de un chico inmigrante (nacionalidad desconocida) mientras comíamos en la Rambla del Raval: El chico se escapaba de un policía y, en 5 segundos, estaba el policía inicial más otro policía que interceptó al chico, más un coche de la secreta, más un furgón policial... Por fuera el Raval debe ser el barrio más seguro de la ciudad, teniendo en cuenta la cantidad de policía que hay (un coche cada 5 minutos)» (12 de octubre, 2004).

«El lunes 12 quedamos a primera hora un compañero y yo para hacer nuestra primera inmersión en el Raval. En seguida me sentí desorientado y extrañamente mareado, como tantas otras veces antes me había sucedido al tomar contacto con el caudal de gente que inunda las Ramblas. Por ello me pareció acertado entrar a un cyber, el cual ya había visitado en ocasiones anteriores, para situar nuestra estrategia. Lo vimos claro, queríamos sumergirnos en el Raval profundo y desconocido. Por el camino no logré deshacerme de mi hábito consumista y no cesé de mirar escaparates con hambrienta curiosidad» (12 de octubre, 2004).

«Ayer por la tarde me dirigí al MACBA para observar la pintada de la que un compañero nos informaba. Entré al Raval por la calle Tallers, miré un poco los edificios y el suelo que pisaba. Me cuesta girar o cambiar de rumbo con tanta gente y coches y monopatines y bicicletas y motos y perros y palomas y... Mi vista alcanzó el inicio de la sucesión de pintadas en el muro que protege a un edificio en construcción. Busco entre los colores una imagen de la vida cotidiana de ese barrio: un hombre intercambiando bienes con otra gente. Pero la pintada real no se parece a eso. Se trata de dos rostros y en medio de ellos, la parte superior de otro hombre que sujeta, ofreciéndola,

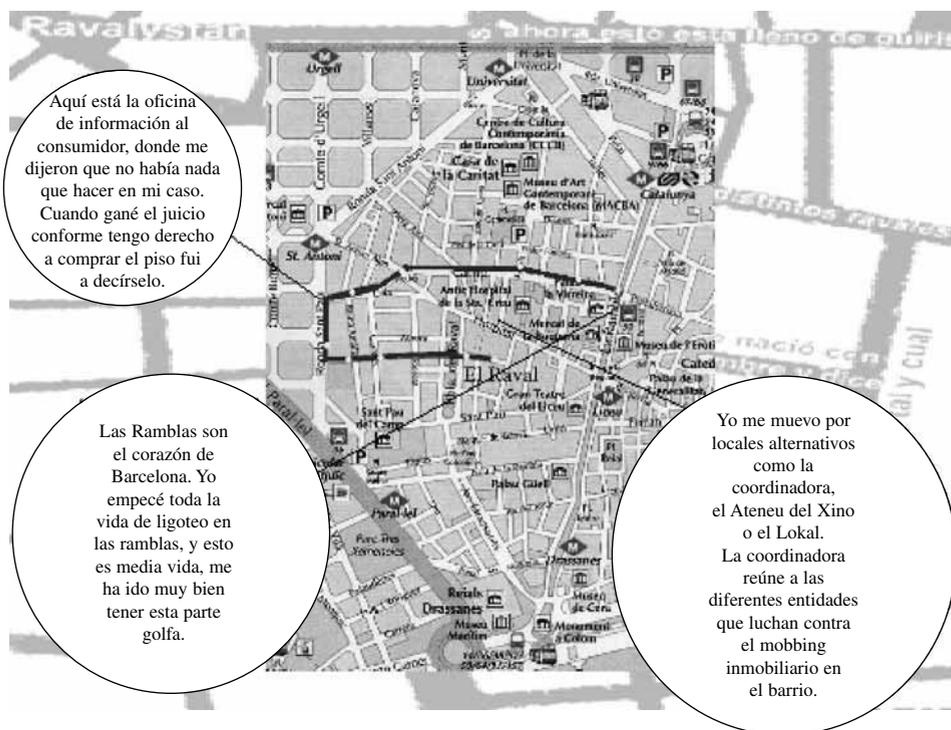
una cerveza. Decidí sentarme delante de la pintada para recordarla y observar la reacción de la gente, que en ese momento pasaba por allí. Muchas personas que no iban mirando expresamente las pintadas, se paraban o reaccionaban de algún modo frente a ésta. Quizás porque hay pocas que sean más o menos realistas... Cuando llevaba media hora y empezaba a oscurecer, un chico se colocó al lado izquierdo y empezó a dibujar otro rostro, esta vez en blanco, negro y plateado. Cuando apenas había pintado el círculo que le guiaría, se le acercaron unos niños en patines y con un spray y empezaron a preguntarle y él no negó información a lo que podríamos llamar aprendices de... pintadas. Unos 15 o 25 minutos después llegaron unos chicos de unos quince años, se sentaron y entre otras cosas miraban cómo iba formándose el rostro en la pared. Dos se pusieron a pintar y el que ya estaba dando forma al rostro les dijo: no me toquéis los pakis, ¿eh?» (26 de octubre, 2004).

Definición de escenarios

La sistematización de los primeros recorridos dio lugar a la creación de una serie de escenarios que entrelazaban temas, personajes, lugares y acontecimientos, permitiendo dar sentido a las desavenencias y continuidades del entramado urbano. Los escenarios son, de este modo, producto de la experiencia con el barrio y, en este sentido, son producciones realizadas desde una posición y relación experiencial y corporeizada con el barrio. Claramente, no nos encontramos con una «representación» del barrio sino de una construcción de elementos que permiten comprenderlo a partir de los aspectos que «impresionan» a las investigadoras. Concretamente, se identificaron cinco escenarios que conectaban con las experiencias vividas: *urbanismo* (importante transformación urbanística junto a especulación, *mobbing* y resistencia individual y colectiva), *sexualidad* (redes sociales estables en que se negocian formas no hegemónicas de sexo/género), *religión* (multiplicidad de prácticas asociadas a creencias religiosas), *arte* (expresiones artísticas callejeras e institucionales), *consumo* (transformación del barrio en centro de compras, con proliferación de tiendas de moda junto a tradicionales).

Derivando con personas del barrio

Finalmente se realizaron paseos con personas que habitaban el barrio y que fueran relevantes en varios de los escenarios definidos. Durante los paseos se iban comentando aspectos que emergían en relación con los lugares por los que se pasaba, que se tradujo en un mapa subjetivo del Raval con experiencias asociadas a distintos lugares claves. Tanto la persona investigadora como los lugares del espacio daban lugar a interpelaciones que se traducían en una narrativa localizada. Siguiendo a KUSENBACH (2003, 2006), este caminar conjunto produce una herramienta metodológica híbrida entre la observación participante y la entrevista. A continuación un ejemplo de los mapas que se dibujaban:



Una vez realizada la deriva, el texto y el mapa con comentarios, vivencias e imágenes se mostraba a la participante para que aclarara aspectos o realizara los cambios que considerara pertinentes. Este material permitió la emergencia de una serie de comprensiones sobre los procesos sociales del barrio.

ACTUACIONES

Mientras que en las derivas se recorre el barrio acompañando a un informante clave, las actuaciones nos acercan a cómo es interpelado un determinado personaje del Raval. Se trata de un acercamiento más subjetivo a las situaciones, pensamientos, relaciones, emociones e interpelaciones que personas concretas puede sentir dentro de escenario determinado y al que nos sería difícil acceder desde la posición de «investigadoras externas». A diferencia de las derivas, se trabajó directamente sobre la experiencia generada al ser considerado un participante del barrio, permitiendo una conexión semiótica-material más involucrada con el tejido social.

Esta propuesta epistemológica bebe de las aportaciones sobre el concepto de *performatividad* de J. BUTLER (1988, 1990, 1993). Esta autora reflexiona sobre el proceso por el cual la identidad de género es construida en su actuación, como acto perfor-

mativo que constituye aquello que se nombra. La generalización de este marco conceptual permite concebir las sujeciones identitarias como construcciones fantasmáticas que se mantienen a través de la repetición. La repetición ritual cotidiana es un elemento clave en la comprensión de cómo se constituye y transforma la identidad en la interacción. Mientras que la repetición consolidaría sujeciones, la parodia y la actuación desviada permitirían generar formas de resistencia a las sujeciones establecidas. Se trata de desnaturalizar las categorías con las que trabajamos (género, etnicidad...), entendiéndolas como procesos abiertos a prácticas políticas de transformación, priorizando la acción frente a la narrativa como forma de análisis y de acción sobre la realidad social. La perspectiva narrativa supondría, en algunos casos, la existencia de identidad previa desde la que se está hablando, mientras que en la perspectiva performativa la misma actuación es la constitutiva de formas de identidad. Nos acercaríamos a una perspectiva pragmática del significado que conecta lenguaje y acción, atendiendo a lo que hacemos con el lenguaje en lugar de preocuparnos por su significado y enfatizando cómo nuestras acciones cotidianas son generativas de las normas sociales. Siguiendo principios postestructuralistas, al no haber una identidad oculta bajo la expresión de la persona, la persona es constituida a través de nuestras expresiones, un sujeto constituido performativamente en términos de nuestras categorías sociales (BUTLER, 1990).

El análisis performativo considera que la acción reitera una norma o conjunto de normas, sin que necesariamente haya una consciencia explícita de las convenciones de las que es una repetición. A la vez, no se trata de un acto teatral al no haber ningún guión previo a representar, por lo que, en otras palabras, no podemos hablar de un sujeto preexistente a través del cual un acto o atributo puede ser medido o atribuido. Siguiendo la diferenciación entre construccionismo suave (*light*) y construccionismo oscuro (*dark*) (DANZIGER, 1997), las dos premisas apuntadas se contrapondrían con las asunciones del primer construccionismo ya que no necesita de un sujeto que «actúe en» o «reproduzca a» el orden social (EMA y SANDOVAL, 2003). A su vez, la performance no es prescriptiva y cierta agencia es preservada en tanto que la actividad misma de la iteración introduce variaciones en su misma repetición y supone una rearticulación de prácticas. La performance no es por tanto simple repetición, es también fallo e innovación, así que tiene sentido en cuanto provoca consecuencias. Es en este sentido que, desde un punto de vista político, se considere la perspectiva performativa como herramienta de transformación social, un punto de vista alejado de un «construccionismo oscuro» en que la construcción viene dada exclusivamente por la estructura social. Si bien la perspectiva performativa es ampliamente usada en ciencias sociales, sus implicaciones para la investigación y, específicamente, para el trabajo a partir de una aproximación etnográfica, están emergiendo en la actualidad. Considerar la investigación como un acto performativo implica considerar las identidades que se construyen en el proceso investigativo y cómo deben ser narradas (ENSLIN, 1994; JACKSON, 1993).

El trabajo de N. K. DENZIN ofrece claves para trasladar esta perspectiva epistemológica al considerar la misma escritura etnográfica como una acción performativa en

construcción de subjetividades y realidades sociales (DENZIN, 2003), abogando por una sensibilidad performativa y una voluntad de experimentación con las formas de presentación del trabajo de campo. Este carácter performativo exige una acción reflexiva y toma de posición sobre las consecuencias políticas de las construcciones generadas, entroncando la etnografía con una práctica democrática radical que cuestiona la arrogancia de la escritura etnográfica realista que pretende dar voz a las personas investigadas. Al igual que HARAWAY (1991), DENZIN nos recuerda que nuestra escritura no es inocente: es una práctica cultural que se posiciona y defiende cierto tipo de hegemonía.

Teniendo en cuenta que el conocimiento es immanente a nuestra posición, como sugiere la perspectiva de Haraway, lo relevante de la investigación etnográfica no se localiza en la otredad del objeto de estudio, sino más bien en la otredad que emerge desde la posición de la persona que investiga. La pertenencia a múltiples categorías sociales de la posición investigadora implica la imposibilidad de una asignación unívoca a un único rol, identidad o práctica. Mientras que la interpelación institucional enfatiza una de las categorías, que requiere una performance de autoridad en la escritura, una perspectiva crítica resalta y explora la pertenencia categorial múltiple actual y las posibles líneas de fuga futuras, transformando la posición de investigación en una performance abierta a la difracción que genera el proceso investigativo. Tener en cuenta las interpelaciones del campo y los efectos corporeizados de tales interpelaciones supone incidir en la posición de la investigadora para poder comprender las posiciones de sujeto que se pretende estudiar. Desde esta perspectiva, el diseño de investigación debe tener en cuenta las posiciones de sujeto que se toman y las comprensiones localizadas y corporeizadas que de ellas se derivan (CLOUGH, 2003).

El posicionamiento dentro de la articulación objeto de estudio implica tomar una postura política, realizando alianzas con unas posiciones y contraponiéndose a otras con el objeto de elaborar una mirada distinta, difractada, respecto a la posición inicial. HARAWAY (1997) expresa esta idea en términos de un «anhelo de mundos habitables», un anhelo que sugiere conexiones, propósitos y caminos a seguir. Es decir, a pesar de que en toda articulación se transforman las posiciones de sujeto, la investigación reflexiona sobre la forma en que nos articulamos y, consiguientemente, sobre los principios ético-políticos que lleva a cabo la investigación.

El informe de investigación incide, por consiguiente, en la forma en que la posición de investigación se transforma a lo largo del estudio para reflejar el conocimiento corporeizado y parcial producido. Sin embargo, tal y como apuntan LAW y URRY (2004), la ciencia social tradicional tiene dificultades para tratar los elementos sensoriales, emocionales y corporales. La dificultad viene por la limitación de las actuales formas de transmisión de conocimiento que se basan en la metáfora de una visión desencarnada y en la tecnología de la palabra referencial. Se trataría de pensar en nuevas metáforas y tecnologías, como la metáfora del tacto y la tecnología au-

diovisual, por ejemplo. Se trata de incorporar nuevos métodos de comunicar experiencias que ya están actualmente disponibles en otros ámbitos disciplinares.

Actuaciones en el Raval

En el estudio realizado sobre el barrio del Raval de Barcelona (MONTENEGRO *et al.*, 2005; PUJOL *et al.*, 2005), y a partir de los escenarios definidos anteriormente, se exploran posibles personajes que habitan el barrio para adoptar una posición de cercanía que permita conectarnos semióticamente y materialmente con personas, lugares, temas y acontecimientos. Además de la factibilidad en las actuaciones a realizar, se tiene en cuenta su relación con los escenarios definidos, con la información previa recogida y con su relevancia teórica para el estudio. En el caso que se ejemplifica, trataremos dos de las experiencias de actuación que se llevaron a cabo en dos escenarios diferenciados: consumo y sexualidad. A continuación detallamos algunas de las actividades registradas en las narraciones de los participantes.

«La Olla Móvil es una actividad que se realiza cada fin de semana abierta a todas aquellas personas que les interese el tema. La Olla recicla, cocina y regala alimentos, se recogen los alimentos desechados y el domingo por la tarde se empieza el proceso de cocinar la Olla que por la noche se llevará por las calles del barrio del Raval y Gótico. La distribución de la comida caliente se realiza en pequeños grupos de personas (de 2-4 personas) y es para aquella gente que la necesite y lo desee. Aparte, se generan espacios que más allá de ofrecer un plato de comida dan pie a conversas, posibles contactos, vínculos e intercambios de diversas realidades».

«Nos adentramos al Raval, directos hacia la plaza Macba. Por el camino nos encontramos un grupo de africanos; después de la duda decidimos ofrecerles el plato caliente. Realmente resulta, a veces, violento preguntar si apetece comida caliente. Nunca sabes si la otra persona se lo puede tomar mal... Empezamos a hablar y nos cuentan que son del país de la guerra, de Nigeria. Nos preguntan con risas que si aparte de dar comida tenemos algún sitio para dormir. Les decimos que no; pronto se acerca una pareja que nos pide comida, charlamos brevemente y nos despedimos. Seguimos directos al Macba, donde según el mapa encontraremos varias personas. Al llegar vemos todo el suelo mojado y suponemos que han pasado los de la limpieza. Es curioso que esperando encontrar más personas, acabamos por encontrar solo dos. A lo mejor esto de la Barcelona Neta (limpia) del ayuntamiento tiene otro tipo de objetivos, otro tipo de funciones no visibles directamente. De todas maneras es un suponer» (21 de noviembre).

«Tras intentar de forma infructuosa conseguir conocer la ruta a la fiesta nos vimos fuera del bar esperando a que acabaran de recoger y salieran las currantas para invitarlas a venir. Durante este nuevo espacio en blanco pudimos conocer entre otras a Gbio, una bio-mujer (eso nos dijo una chica que también esperaba a la camarera fuera del bar de la cual logramos interceptar algunos fragmentos de conversación sobre *queer* y prácticas políticas). La intervención de esta otra chica vino a propósito de

nuestros comentarios acerca de Gbio. Al no encontrar palabras para definirla empezamos, en nuestro empeño por llenar el espacio en blanco, a preguntarnos si era una mujer o un hombre, lo que pareció incomodar a la chica que esperaba en la puerta. Esto nos hizo reflexionar sobre la falta de lenguaje con el que nos topamos en ciertas situaciones» (25 de noviembre).

EL RAVAL: UN BARRIO EN TRÁNSITO

El contacto corporeizado de las derivas y actuaciones llevaron a la transformación de la posición de conocimiento previa, cargada de estereotipos y prejuicios sobre las condiciones de vida del barrio, hacia una interpretación situada en base a unos ejes de análisis atravesados por las subjetividades de las personas que participaban en el trabajo de investigación.

Este proceso fue llevado a cabo sistemáticamente a partir de la recopilación de todo el material producido: relatos de los primeros paseos, transcripción de las derivas con habitantes del barrio (situando los comentarios en los mapas subjetivos realizados por las personas) y narraciones de las experiencias de actuaciones hechas en el barrio. La lectura minuciosa de dichos materiales y la discusión en el grupo sobre los procesos sociales que atravesaban estas las narraciones sirvieron de base para establecer los ejes de análisis. Por tanto, no se pretendió dar cuenta de todas las prácticas y discursos encontrados a partir de los diversos métodos de indagación, como si de una representación de este se tratara, sino más bien de establecer ejes de interpretación a partir del conjunto del material, guiadas por la pregunta de investigación; las maneras en las que entretienen las prácticas y relaciones sociales en el espacio urbano del Raval.

Las experiencias de las personas del equipo de investigación junto con las vivencias de las personas con las que derivamos por el barrio mostraron las maneras en las que están siendo afectadas las vidas y relaciones sociales en las actuales transformaciones del Raval, como condición de posibilidad de las actuales relaciones espaciales en el barrio. Ofrecemos, como ilustración, una breve exposición de las principales conclusiones del estudio que se enmarca en los siguientes ejes de análisis: precarización del Raval, pérdida del sentimiento de comunidad, gobernabilidad urbana y apropiación del barrio.

El análisis de nuestras propias percepciones negativas del barrio, en términos de «barrio en falta», permitió aflorar la forma en que se justifica una intervención espacial y social del paisaje urbano a través de medios formalmente pacíficos (BOLTANSKY y CHIAPELLO, 2002) que suponen un cambio violento del entorno y de las vidas de los habitantes del barrio. Se pretende establecer, en el barrio, el «modelo Barcelona», basado en una economía de inversiones públicas y privadas que define los espacios a partir de su atractivo comercial y turístico (BALIBREA, 2004; DELGADO, 2007), que busca generar lo que HARVEY (2005) llama «capital simbólico colectivo» asociado a

las distinciones de un lugar determinado que buscan ejercer una atracción significativa sobre los flujos de capital.

Se configura un barrio de servicio a la ciudad (ARTIGUES *et al.*, 1980) que desplaza a los propios habitantes (UTE, 2004). El concepto de precarización desde el punto de vista del habitante hace referencia a la dificultad de vivir en el barrio, tanto en términos sociales (fragmentación social) como económicos (dificultad de mantener la vivienda y encarecimiento del barrio). Se sustituye el sentimiento de comunidad por un conglomerado de subculturas que transitan por el barrio.

El «aireamiento» de la estructura urbana, con la creación de paseos y el asentamiento de hoteles y nuevas tiendas, debilita las formas tradicionales de control vecinal que son sustituidas por estrategias de vigilancia y control que obstaculizan y dificultan la relación vecinal (por ejemplo, coches patrulla frente a la mezquita u ordenanza cívica que prohíbe tender la ropa en el balcón). Estas acciones represivas sirven de punto de apoyo hacia la definición de una «buena vida urbana», realizada en función de la exclusión de toda aquella persona o práctica que no se adapte a la imagen cosmética del barrio (SMITH, 2005).

A pesar de ello, se aprecian estrategias de resistencia basadas en una reapropiación urbana que explora biopolíticamente las rendijas que todavía permanecen abiertas como, por ejemplo, el uso del *skateboard*, los mercadillos espontáneos, los escritos en múltiples idiomas, o los *bermuts* populares. El habitante inventa otras formas de estar, busca atajos, desviaciones o improvisaciones del andar que privilegian, cambian o abandonan elementos espaciales (DE CERTEAU, 1984). A través de la creatividad y el atrevimiento se redefinen espacios significados institucionalmente (DELGADO, 2005). La red denominación local del barrio con el término «Rawal» (de origen paquistaní) expresa estas múltiples formas de apropiación del barrio. Las personas del barrio utilizan estrategias diversas para, de un modo u otro, «hackear» localmente las barreras institucionales a las formas de estar y vivir en el barrio, mostrando las posibilidades de agencia de persona y colectivos en áreas de alta regulación social.

TRANSFORMÁNDONOS DERIVANDO Y ACTUANDO POR EL RAVAL

Las metodologías presentadas muestran el conocimiento que emerge al estudiar un barrio «desde dentro» y la transformación de las posiciones de investigación. La observación se convierte en acción, sensación, reacción, actuación..., acabamos viendo mucho más que objetos de estudio. Nos vemos a nosotras reflejadas en lo que estudiamos. En el proceso de comprensión del objeto de estudio, se aprende también de las posiciones, discursos, imaginarios desde los cuales se está interpretando aquello que se estudia. La toma de conciencia de la heterogeneidad de las realidades y vivencias del barrio puso en evidencia los discursos reduccionistas de los que partíamos (peligroso, de inmigrantes, pobre, *fashion*...).

Y de forma paralela a este fenómeno, sucedió que algunas de nosotras empezamos a apropiarnos de ciertos espacios sociales, pues la redefinición de nuestros roles comportó una pequeña transformación de los sistemas en los que nos sumergíamos. Hicimos de éstos espacios un poquito nuestros. En definitiva, ejercimos nuestra propia apropiación del barrio, desarrollando acciones y experiencias propias en él. Hemos participado en locales alternativos —en los que se organizan actividades reivindicativas— o espacios de ocio en los que, como vimos anteriormente, hemos ido negociando nuestros roles. Cada una, de diferentes maneras, nos sentimos parte de las redes sociales del barrio, convirtiéndonos en «personajes» en lugar de «investigadoras». Este proceso de apropiación de los espacios nos ha hecho desarrollar una conciencia de las políticas que atraviesan el barrio, a partir de nuestra implicación con los temas estudiados. Fenómenos como el *mobbing* inmobiliario o la progresiva destrucción del tejido social, por ejemplo, nos han hecho tomar una perspectiva determinada en torno a estos aspectos, es decir, un posicionamiento de tipo político. Nuestros análisis del barrio nos han llevado a desconfiar o a ser más suspicaces ante las políticas municipales que dicen estar al servicio de los habitantes. Seguramente, tras estas declaraciones, alguien podrá acusarnos de falta de neutralidad y resolverá que los resultados de nuestra investigación son parciales. Toda investigación de tipo social guarda un posicionamiento político implícito y el hecho de desvelarlo es, en todo caso, motivo de rigurosidad.

En resumen, las prácticas de investigación propuestas nos acercan a unas formas de hacer que no tienen que ver solo con la producción de conocimiento, sino con una actuación cercana, compartida y politizada de todas las participantes. Es una forma de comprensión que pasa por la experiencia, por actuar con otros y por intentar construir de maneras colectivas formas de estar en el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- ADKINS, L. (2002): «Reflexivity and the politics of qualitative research», en MAY, Tim: *Qualitative Research in Action*, London: Sage, págs. 332-384.
- (2003): «Reflexivity: Freedom or Habit of Gender?», en *Theory, Culture & Society*, vol. 20 (6), págs. 21-42.
- (2004): «Passing on Feminism: From Consciousness to Reflexivity?», en *The European Journal of Women's Studies*, vol. 11 (4), págs. 427-444.
- ANDREOTTI, L., y COSTA, X. (1996): *Situacionistes. Art, política, urbanisme*, Barcelona: Macba/Actar.
- ARTIGUES, J., et al. (1980): *El Raval. Història d'un barri servidor d'una ciutat*, Barcelona: Francesc Mas i Palahi Editor.
- BALIBREA, M. P. (2004): «Urbanism, culture and the post-industrial city: Challenging the Barcelona model», en MARSHALL, T.: *Transforming Barcelona*, London: Routledge, págs. 205-224.
- BASSETT, K. (2004): «Walking as an Aesthetic Practice and a Critical Tool: Some Psycho-geographic Experiments», en *Journal of Geography in Higher Education*, vol. 28 (3), págs. 397-410.

- BOLTANSKY, L., y CHIAPELLO, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid: Akal.
- BUTLER, J. (1988): «Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory», en *Theatre journal*, vol. 49 (1), págs. 519-531.
- (1990): *Gender Trouble*, New York: Routledge.
- (1993): *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, Barcelona: Paidós, 2003.
- CAPARRÓS, A. (1980): *Los paradigmas en Psicología*, Barcelona: Horsori.
- CARBAUGH, D. (1989): «The Critical Voice in Ethnography of Communication Research», en *Research on Language and Social Interaction*, vol. 23, págs. 261-281.
- CLOUGH, P. (2001): «On the Relationship of the Criticism of Ethnographic Writing and the Cultural Studies of Science», en *Cultural Studies - Critical Methodologies*, vol. 1 (2), págs. 240-270.
- (2003): «Affect and Control: Rethinking the Body “Beyond Sex and Gender”», en *Feminist Theory*, vol. 4 (3), págs. 359-364.
- CONQUERGOOD, D. (1991): «Rethinking Ethnography: Towards a Critical Cultural Politics», en *Communication Monographs*, vol. 58 (2), págs. 179-194.
- DANZIGER, K. (1997): «The Varieties of Social Construction», en *Theory & Psychology*, vol. 7 (3), págs. 399-416.
- DAVIES, G., y DWYER, C. (2007): «Qualitative methods: are you enchanted or are you alienated?», en *Progress in Human Geography*, vol. 31 (2), págs. 257-266.
- DE CERTEAU, M. (1984): *The practice of everyday life*, Berkeley: University of California Press.
- DE LAURETIS, T. (1984): *Alice doesn't: Feminism, semiotics, cinema*, Bloomington: University of Indiana Press.
- (1987): «The Female Body and Heterosexual Presumption», en *Semiotica*, vol. 67 (3-4), págs. 259-279.
- (1993): «Through the Looking Glass: Woman, Cinema and Language», en vol. 1 (1), págs. 96-122.
- (1999): «Gender Symptoms, or, Peeing Like a Man», en *Social Semiotics*, vol. 9 (2), págs. 257-270.
- DEBORD, G. (1958): «Théorie de la dérive», en *Internationale Situationniste*, vol. 2.
- DELGADO, M. (2005): *Elogi del vianant. Del model Barcelona a la Barcelona real*, Barcelona: Edicions de 1984.
- (2007): *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del «modelo Barcelona»*, Barcelona: Editorial Catarata.
- DENZIN, N. K. (2003): «The Call to Performance», en *Symbolic Interaction*, vol. 26(1), págs. 187-207.
- DERRIDA, J. (1967): *La escritura y la diferencia*, Barcelona: Anthropos, Editorial del Hombre, 1989.
- EMA, J., y SANDOVAL, J. (2003): «Mirada caleidoscópica al construccionismo social», en *Política y Sociedad*, vol. 40 (1), págs. 5-14.
- ENSLIN, E. (1994): «Beyond Writing: Feminist Practice and the Limitations of Ethnography», en *Cultural Anthropology*, vol. 9 (4), págs. 537-568.
- FIC (Fractalidades en Investigación Crítica) (2005): «Investigación crítica. Desafíos y posibilidades», en *Athenea Digital*, vol. 8, págs. 129-144.
- FINKIELKRAUT, A. (2006): *Nosotros, los modernos*, Madrid: Encuentro ediciones.
- FOUCAULT, M. (1975): *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Madrid: Siglo XXI, 1979.

- (1976) *Historia de la sexualidad*. Vol. I: *La voluntad de saber*, Madrid: Siglo XXI, 1978.
- FUNDACIÓ TOT RAVAL (2007): *Diagnòstic: infància, adolescència i famílies al Raval*, Barcelona: Fundació Tot Raval.
- GADAMER, H. G. (1975): *Verdad y Método I*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 1977.
- HAMMERS, C., y BROWN, A. (2004): «Towards a Feminist-Queer Alliance: A Paradigmatic Shift in the Research Process», en *Social Epistemology*, vol. 18 (1), págs. 85-101.
- HARAWAY, D. (1991): *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, Madrid: Cátedra, 1995.
- (1992): «Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles», en *Política y Sociedad*, vol. 30 págs. 121-163.
- (1997): *Testigo_modesto@segundo_milenio, HombreHembra@_conoce oncoratón@: feminismo y tecnociencia*, Barcelona: UOC, 2004.
- HARDING, S. (1993): *Ciencia y feminismo*, Madrid: Morata, 1996.
- HART, G. (2004): «Geography and Development: Critical Ethnographies», en *Progress in Human Geography*, vol. 28 (1), págs. 91-100.
- HARVEY, D. (2005): «El arte de la renta: la globalización y la mercantilización de la cultura», en HARVEY, D., y SMITH, N.: *Capital financiero, propiedad inmobiliaria y cultura*. Barcelona: Museu d'Art Contemporani de Barcelona y Universitat Autònoma de Barcelona, págs. 29-57.
- HEATH, D. (1997): «Bodies, Antibodies, and Modest Interventions», en DOWEY, G., y DUMIT, J.: *Cyborgs and Citadels: Anthropological Interventions in Emerging Sciences*, Santa Fe: School of American Research Press, págs. 67-82.
- JACKSON, Sh. (1993): «Ethnography and the Audition: Performance as Ideological Critique», en *Text and Performance Quarterly*, vol. 13 (1), págs. 21-43.
- KLEINMAN, Sh. (2002): «Emotions, fieldwork and professional lives», en MAY, T.: *Qualitative Research in Action*, London: Sage, págs. 375-394.
- KUHN, T. (1965): *La estructura de las revoluciones científicas*, México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- KUSENBACH, M. (2003): «Street Phenomenology: The Go-Along as Ethnographic Research Tool», en *Ethnography*, vol. 4 (3), págs. 455-485.
- (2006): «Patterns of Neighboring: Practicing Community in the Parochial Realm», en *Symbolic Interaction*, vol. 29 (3), págs. 279-306.
- LACLAU, E., y MOUFFE, Ch. (1985): *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Madrid: Siglo XXI, 1987.
- LAW, J., y URRY, J. (2004): «Enacting the Social», en *Economy and Society*, vol. 33 (3), págs. 390-410.
- LEÓN, A.; GUARDERAS, M. P., y GUTIÉRREZ, P. (2005): «Subvirtiendo la etnografía: propuestas metodológicas para la investigación crítica», en ROMAY MARTÍNEZ, J., y GARCÍA MIRA, R.: *Psicología social y problemas sociales: epistemología, procesos grupales y procesos psicosociales básicos*, Madrid: Biblioteca Nueva, págs. 93-100.
- LEATHERBY, G. (2002): «Claims and Disclaimers: Knowledge, Reflexivity and Representation in Feminist Research», en vol. 6(4),
- MONTENEGRO, M.; BOSCH, A.; CIMARRA, Ó.; FARRÉ, LI.; FURIÓ, A.; GUTIÉRREZ, R.; MARTÍN, I.; NAVAS, P.; PELLICER, J.; PUJOL, J.; RODA, M.; ROMERA, J.; ROTA, L., y VICENS, C. (2005): «Investigar desde las participantes: derivas y actuaciones», en ROMAY MARTÍNEZ, J., y GARCÍA MIRA, R.: *Psicología social y problemas sociales: epistemología, procesos grupales y procesos psicosociales básicos*, Madrid: Biblioteca Nueva, págs. 23-30.

- NIETO, C. (2007): *Conjeturas sobre el conocimiento*, Alicante: Universidad de Alicante.
- PINDER, D. (2005): «Arts of urban exploration», en *Cultural Geographies*, vol. 12, págs. 383-411.
- PRECIARIAS A LA DERIVA (2004): «De preguntas, ilusiones, enjambres y desiertos. Apuntes sobre investigación y militancia desde Precarias a la deriva», en *Revista Derive Approdi; Precarias a la Deriva; Revista Posse*; Colectivo Situaciones; Grupo 116 y Colectivo Sin Ticket: *Nociones comunes, experiencias y ensayos entre investigación y militancia*, Madrid: Traficantes de sueños, págs. 81-92.
- (2004): *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*, Madrid: Traficantes de sueños.
- PUJOL, J. (1999): «Deconstructing and Reconstructing: Producing a Reading on “Human Reproductive Technologies”», en WILIG, C.: *Applied Discourse Analysis. Social and Psychological Intervention*, London: Open University Press, págs. 87-109.
- (2005) BOSCH, A.; CIMARRA, Ó.; FARRÉ, L.; FURIÓ, A.; GUTIÉRREZ, R.; MONTENEGRO, M.; MARTÍN, I.; NAVAS, P.; PELLICER, J.; RODA, M.; ROMERA, J.; ROTA, L., y VICENS, C. (2005): «Trayectorias y derivas identitarias en el Raval», en ROMAY MARTÍNEZ, J. y GARCÍA MIRA, R.: *Psicología social y problemas sociales: psicología ambiental, comunitaria y de la educación*, Madrid: Biblioteca Nueva, págs. 251-260.
- y CAPDEVILA, R. (1995): «The Impossibility of Foundational Justification for the Post-Structural? Criticisms of the Self», en *Manifold*, vol. 2 (2), págs. 78-96.
- REAY, D. (1996): «Dealing with Difficult Differences: Reflexivity and Social Class in Feminist Research», en *Feminism & Psychology*, vol. 6 (3), págs. 443-456.
- SCHNEIDER, J. (2002): «Reflexive/Diffractive Ethnography», en *Cultural Studies - Critical Methodologies*, vol. 2 (4), págs. 460-482.
- SKEGGS, B. (2002): «Techniques for telling the reflexive self», en MAY, T.: *Qualitative Research in Action*, London: Sage, págs. 349-374.
- SMITH, N. (2005): «El redimensionamiento de las ciudades: la globalización y el urbanismo neoliberal», en HARVEY, D., y SMITH, N.: *Capital financiero, propiedad inmobiliaria y cultura*, Barcelona: Museo d'Art Contemporani de Barcelona y Universitat Autònoma de Barcelona, págs. 59-78.
- UNIÓ TEMPORAL D'ESCRIBES (2004): *Barcelona, marca registrada. Un model per desarmar*, Barcelona: Virus.
- VISWESWARAN, K. (1997): «Histories of Feminist Ethnography», en *Annual Review of Anthropology*, vol. 26, págs. 591-621.
- WOOLGAR, S. (1991): *Knowledge and reflexivity. New Frontiers in the Sociology of Knowledge*, London: Sage.
- YANCHAR, S. C., y GANTT, E. E. (2005): «On the Nature of a Critical Methodology», en *Theory & Psychology*, vol. 15 (1), págs. 27-50.

P A R T E



PRÁCTICAS QUE TRABAJAN CON EL HABLA

CAPÍTULO 5

La práctica conversacional del grupo de discusión: jóvenes, ciudadanía y nuevos derechos

Mario Domínguez Sánchez-Pinilla

Andrés Davila Legerén

«La existencia social de un grupo se construye... [De ahí que] la manera en que un grupo es asimismo sujeto de su historia y no únicamente resultado de constricciones, atañe al análisis mismo de los datos y sugiere algunas reglas metodológicas» (Michel DE CERTEAU).

Nuestra aproximación a la práctica concreta del *grupo de discusión* en la investigación social comienza por interesarnos en dicha denominación, pues esta suele ser tan criticada como usada de manera acrítica. En el primer caso, se considera confusa a la hora de distinguirla de otras prácticas homónimas y en boga (como ocurre con la participación de usuarios de Internet en un foro *on-line* sobre temas de interés compartido mediante el intercambio de mensajes electrónicos, por ejemplo); en el segundo caso, se intenta confundir con otras denominaciones (tales como «reunión de grupo», «dinámica de grupo» o «focus group», sin ir más lejos), de las que se pretende que sea equivalente o mera traducción. En ningún caso dicha distinción resulta insignificante, pues comporta un generalizado desdén hacia la consideración de los planteamientos y desarrollos que conforman la especificidad de su práctica. Para evitarlo, nada mejor que poner de manifiesto siquiera brevemente tanto la heterogénesis como el devenir que han ido conformándola.

FORMATOS GRUPALES Y FORMAS DE DISCUSIÓN

En cuanto a su origen, cabe señalar que en la denominación misma de «grupo de discusión» ya se pueden percibir ecos de otra época, puesto que mediante la expresión «discussion groups» en la segunda mitad de los años cuarenta se identificaban ciertos experimentos controlados —e inspirados en los planteamientos de Kurt Lewin— para el estudio de dinámicas de grupo y la producción de cambio social en términos de capacitación y adiestramiento en habilidades básicas (BRADFORD y FRENCH, 1948). Esta deno-

minación pronto se vería sustituida por la de «T-group» (abreviatura de «training group»), correspondiente al que fuera puesto en marcha por el propio Lewin y su equipo en 1947, que conocería desde entonces un relevante desarrollo en el campo de la intervención psicosociológica en organizaciones e instituciones, primero en Estados Unidos y, a partir de finales de la década siguiente, en Europa. En la época posterior a la Segunda Guerra Mundial también se desarrolla la psicoterapia de grupo, tanto por la adopción psicoanalítica de la iniciativa planteada en 1931-32 por el médico, filósofo y sociólogo Jacob Levy Moreno (pionero del enfoque psicodramático o de la sociometría topológica), como por el enfoque clínico (a diferencia del psicosocial de los T-groups) esbozado por Carl Rogers desde los años cincuenta a través de los grupos de encuentro (ROGERS, 1976).

Estos dos contextos de la utilización de técnicas grupales resultan determinantes a la hora de abordar la propuesta y el desarrollo del *grupo de discusión* para la investigación social según la fundamentación tanto epistemológica como metodológica realizada por Jesús Ibáñez. De hecho, a principios de los años sesenta, cuando comienza a fraguarse la sociedad de consumo en España y «el equipo de [el Instituto] ECO, bajo la dirección de Ibáñez, inicia la práctica del Grupo de Discusión [en la realización de estudios de mercados], en sus primeros momentos imitaba parcialmente al grupo terapéutico, y atribuía a la figura de un psicoanalista los papeles de moderador de la dinámica y de intérprete de los fenómenos producidos en ella como “emergencias situacionales” en la “microsituación del grupo”. Pero esta dependencia mimética fue pronto abandonada... [en aras de una puesta] en relación con la macrosituación social a la que pertenecían los participantes en los grupos» (DE LUCAS, 1997: 198-199). No en vano la propuesta de Ibáñez será la de un tercer contexto de uso de técnicas grupales, abogará por la construcción de un lugar para una instancia que no es ni exterior ni interior sino fronteriza: «El ombligo de la dinámica de grupos se sitúa al nivel del grupo de trabajo (tiene en cuenta el campo social pero no el campo libidinal), el ombligo de la psicoterapia de grupo se sitúa a nivel del grupo de base (tiene en cuenta el campo libidinal pero no el campo social): el Grupo de Discusión está exactamente equilibrado, su ombligo coincide con el centro de gravedad a nivel del borde entre el grupo de base y el grupo de trabajo (tiene en cuenta la articulación entre el campo libidinal y el campo social)» (IBÁÑEZ, 1981: 21). De ahí que el Grupo de Discusión se proponga como espacio de conversación, donde conversar se revela una tarea colectiva de elaboración simbólica e inscrita tanto sociológica como socialmente¹.

Y en este punto conviene no perder de vista la caracterización de tal «grupo» en tanto que «de discusión», precisamente porque desde este segundo elemento se apunta a la

¹ Lo que así daba a entender Jesús Ibáñez en *Prohibido conversar*: «Los sociólogos y los psicólogos administrativos administran tests, los sociólogos y los psicólogos críticos promueven conversaciones. La sociología, en particular, ha sido tentada desde la raíz a las puntas por la conversación (...) Para [Gabriel] Tarde [en los albores de la sociología], la conversación es solo memoria, para [Gordon] Pask [en las pos-trimerías de la sociología] es solo proyecto: conversábamos cuando no sabíamos lo que era conversar, cuando lo sepamos ya no seremos nosotros quienes conversemos» (IBÁÑEZ, 1991: 96).

asunción, por parte de quienes se constituyen en integrantes de ese pequeño grupo, del trabajo en conjunto que supone conversar, lo que propicia la conjugación del «contexto situacional o existencial» y el «contexto convencional o lingüístico» (IBÁÑEZ, 1986a). Algo que, sin embargo, el término «discusión» no muestra con claridad a no ser que atendamos a la polisemia del vocablo inglés «discussion», tanto en la primera denominación ya referida de los años cuarenta como en cada una de las referencias que, a través del mismo, se encuentran en los múltiples textos que se ocupan de las técnicas grupales en sus diferentes formatos. Por ello, respecto a la discusión habremos de tener en cuenta al menos tres acepciones, según se refiera al hecho de: *a*) «considerar algo debatiéndolo»; *b*) «tratar de manera oral o por escrito», o *c*) «tener una conversación acerca de algo». Al fin y al cabo, cada una de ellas apela a las distintas situaciones enunciativas (caso del debate, la mesa redonda o la conversación) en que se inscribe tal discusión, según adopte una u otra forma a tenor de cuál sea el formato del que se trate (caso del grupo focal, el grupo de expertos o el grupo de discusión, respectivamente).

La selección y disposición de los distintos elementos presentados en la Tabla 1, en la cual se ha pretendido establecer cierto recorrido entre sus extremos desde la administración de un test en público hasta la propuesta de un espacio para la conversación, se corresponde con la intención de contrarrestar cierta difuminación de las diferencias entre grupos focales (*focus groups*) y grupos de discusión, cada vez más repetida en la práctica investigadora —tanto profesional como académica²—, y que

TABLA 1
Formatos grupales y formas de discusión

Formatos grupales	Entrevista en grupo	Grupo focal (<i>focus group</i>)	Grupo de expertos y/o profesionales	Grupo de discusión
Formas de discusión	No hay tal, sino tan solo interferencias por la <i>exposición</i> de cada respuesta públicamente.	<i>Debate</i> (Discusión tanto organizada como dirigida desde experiencias particulares).	<i>Mesa redonda</i> (Discusión en controversia a partir de posiciones discursivas previas y elaboradas)	<i>Conversación</i> (Discusión en un trato mutuo que comporta una construcción conjunta del sentido)
Referencias básicas	(MERTON, FISKE Y KENDALL, 1990)	(KRUEGER, 1994; GREEBAUM, 1998)	(VAN CAMPENHOUDT y otros, 2005)	(IBÁÑEZ, 1986a y 1986c; ORTÍ, 1990 y 1993)

² Obsérvese, a modo de comprobación tan rápida como precisa, los muchos y variados artículos en cuyo resumen o relación de palabras clave figura la expresión «grupo de discusión», mientras que en su *abstract* o en sus *key words* es la expresión *focus group*, como si no se tratara más que de una mera convención entre equivalencias idiomáticas.

tiene por corolario confundir ambas formulaciones; lo que abunda en una ininteligibilidad mayor de cada una de ellas a la par que impide plantearse la posibilidad misma (así como los distintos modos) de su complementariedad. De ahí que en el uso de grupos focales suele primar una orientación, más bien instrumental, hacia la obtención de datos, mientras que en el caso de grupos de discusión se da una orientación, más bien crítica, hacia la comprensión de los procesos sociales en curso, aun cuando ambas han de hacerse presentes —en mayor o menor grado y según sea el caso— en la realización de cada investigación concreta. De hecho, no es un tipo de técnica u otro lo que da forma a una investigación social cualitativa, sino el *proceso* de investigación que esta implica según los distintos momentos que la conforman.

GRUPO FOCAL Y GRUPO DE DISCUSIÓN

Entre las exigencias de dicho proceso se cuenta la asunción de un posicionamiento «en contra de todo *uso acrítico* de las técnicas de investigación sociológica» (ORTÍ, 1993: 154). Para ello, distinguir unas de otras resulta una condición necesaria, aunque no suficiente. De ahí que en estas páginas nos demoremos un tanto en la caracterización de estos tipos de técnicas grupales que, sin embargo, suelen indiferenciarse en no pocas páginas de la literatura cualitativista.

Comencemos por el caso del grupo focal, entre cuyos rasgos característicos hemos de considerar que, para la obtención de datos, tratará de superar el ámbito de las entrevistas con cuestionario, si bien dicha producción sigue siendo planteada desde el juego generalizado de pregunta y respuesta que en el mismo se maneja. Para entenderlo, ayudaría no perder de vista que en el origen del *focus group* se encuentra precisamente la *focused interview* planteada por Robert Merton ante la renuencia cada vez mayor que «muchos sujetos, personas e incluso comportamientos y cuestiones sociales» presentaban a «ser tratados a través de medidas estadísticas» (MERTON, FISKE y KENDAL, 1990: X). De hecho, el inicio de tales grupos, que en un primer momento son indistinguibles de las entrevistas focalizadas, data de finales de 1941, cuando, a requerimiento de Paul Lazarsfeld y su equipo, Merton programa el uso de aquellos como un mecanismo de afinación y complementación de las respuestas obtenidas mediante cuestionarios sobre audiencias radiofónicas —tratando de captar motivos y reflexiones acerca de tales respuestas por parte de quienes las habían proferido—, así como de la valoración de algunas películas emitidas para aumentar la moral y las convicciones de los soldados durante la Segunda Guerra Mundial. Sus principios metodológicos iniciales se encuentran en las entrevistas abiertas, sin codificación de las respuestas, que se utilizaban en las pruebas de pretest del cuestionario y de comprobación de la calidad de los datos producidos en las encuestas. Posteriormente las entrevistas focalizadas se aplican a grupos naturales, al objeto de comprobar los comportamientos colectivos y el contexto social de la persuasión de masas. A pesar de esta clara continuidad intelectual entre la entrevista focalizada (estructurada) y los grupos focalizados, Merton reconoce que no se tardó en encontrar las diferencias exis-

tentes entre ambos tipos de entrevista, esto es: grupal e individual, comenzando por el hecho de que en términos pragmáticos las entrevistas grupales resultaban mucho más difíciles de orientar hacia unos objetivos ya previstos y, asimismo, los resultados producidos se escapaban con frecuencia de su posterior tratamiento cuantitativo.

La expansión de estos pioneros grupos focalizados (*focused groups*) se debió más bien al uso que de ellos se hizo bajo la presión de la investigación de mercados y su búsqueda de datos comparables, hasta el punto de considerar la supuesta redundancia de la información que proporcionan como si se tratara de un dato válido para calcular las distribuciones de las respuestas, de manera que si varios grupos repetían una opinión eso supondría la consideración de que esta era ampliamente compartida. Por otra parte, existían además varias ventajas de los grupos focalizados (llamados luego grupos focales o *focus groups*) en lo que se refiere a las entrevistas individualizadas: ofrecían múltiples definiciones de una misma situación, así como respuestas más diversificadas e incluso innovadoras respecto a la guía previamente establecida. Además, la intervención de cada participante establece implícitamente un modelo para el resto, de manera que se proporcionan respuestas cada vez más personalizadas, con el resultado de que el debate tiende a fluir en una dirección: el relajamiento sucesivo de las inhibiciones (MERTON, FISKE y KENDAL, 1990: 143). Sin embargo, aunque a diferencia de una situación de entrevista en grupo o *focused interview* (cuyos participantes en modo alguno generan discurso grupal ya que tan solo dan lugar a una serie de intervenciones individuales en un contexto grupal de escucha) en una situación de grupo focal sí se produce el reconocimiento mutuo de los otros en términos de coconstrucción discursiva, en su conformación todavía pesa sobremanera la aprensión a los sesgos propios de la interacción entre quien entrevista y aquel a quien se entrevista (efecto halo, influencia, etc.), en este caso encarnados en las figuras del moderador y los participantes del grupo. Un somero repaso a la bibliografía especializada, y su afán por establecer las características de un buen moderador³, así lo atestigua. En particular, se ve en todo lo que atañe a la preparación y desarrollo de una «guía de discusión» marcada por la directividad⁴: introducción de temas de debate; preguntas preestablecidas (en términos tanto de influencia como de atribución, etc.); materiales de estímulo; ejercicios proyectivos... en definitiva, una *guía para un debate*, forma que adopta una discusión hecha de recapitulaciones y en aras de una conclusión final (véase la Figura 1); de ahí que la evaluación de la consistencia interna, así como del grado de imprecisión

³ Al respecto, cabe decir que KRUEGER (1994), GREENBAUM (1988) y LLOPIS (2004) —a los que puntualmente se unen tanto RUIZ OLABUÉNAGA (1999) como CALLEJO (2001)— apuntan algunas de las características con una particular relevancia en la tarea de moderar grupos focales: 1. *Familiaridad con los procesos grupales*; 2. *Capacidad de escuchar*; 3. *Sentido del orden*; 4. *Sentido del ritmo*; 5. *Sentido del humor*; 6. *Energía vital*; 7. *Tener una adecuada base de conocimientos sobre el tema*; 8. *Capacidad de aprendizaje*; 9. *Capacidad de «darse cuenta»*; 10. *Capacidad de comunicación*; 11. *Semejanza con los participantes*; 12. *Capacidad de concentración mental* y 13. *Visión estratégica*.

⁴ «El modelo recomendado para iniciar la discusión de grupo incluye estas etapas: 1. La bienvenida; 2. La revisión del asunto a tratar; 3. Las normas básicas; 4. La primera pregunta» (KRUEGER, 1994: 113).

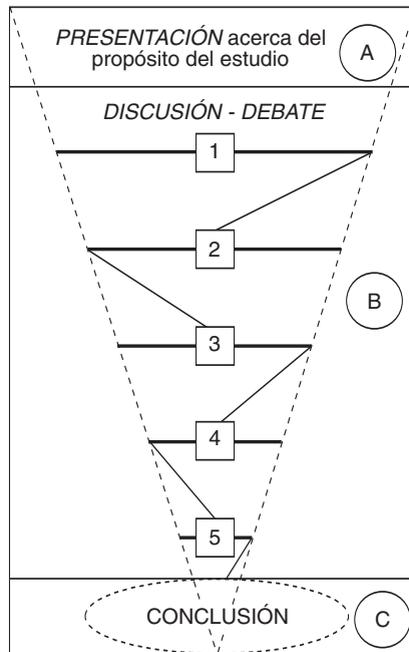


FIGURA 1

Estrategia de la guía de debate (*topic guide*) en grupo focal

en las respuestas, constituya una de las preocupaciones básicas respecto a la información obtenida mediante esta técnica de investigación.

En el grupo de discusión, por el contrario, prima la constitución y disolución del mismo a través de la conversación entre sus siete u ocho integrantes; una discusión generadora de significación y no solo de información, caracterizada de hecho por su no directividad. De ahí la importancia que adquiere la elaboración de una estrategia apropiada para cada caso y que se aborde mediante un *guión conversacional*, en el que cabe distinguir tres apartados fundamentales (véase Figura 2): A) donde plantearse los modos en que se presentará, tanto la investigación y a quienes la llevan a cabo, como la sesión y a quienes participan en ella, presentaciones todas ellas en consonancia con aquellos aspectos que previamente hayan sido tratados durante la contactación; B) donde se concreta la manera en que se pretende suscitar la conversación por parte del grupo, esto es, una provocación inicial que habrá de ser coherente con lo ya expuesto tanto en la contactación como en las presentaciones a la vez que es capaz de provocar una dinámica abierta de conversación (a lo que suele denominarse «discurso libre»); y C) donde se trata de establecer en un orden lógico (que no cronológico o que se deba seguir secuencialmente) las diferentes situaciones, las distintas temáticas, las diversas cuestiones... involucradas en los objetivos

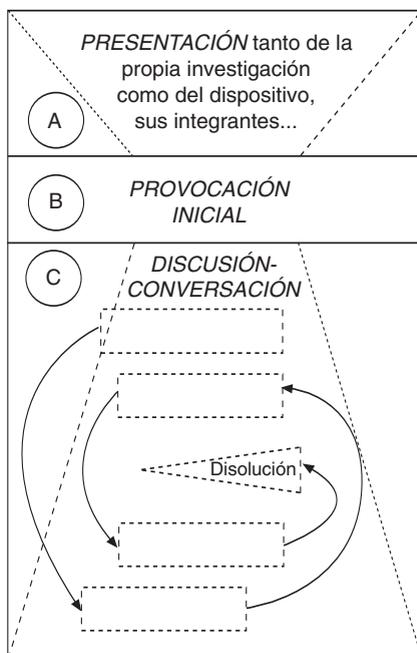


FIGURA 2
Estrategia del guión para un grupo de discusión

concretos de la investigación, de cara a su abordaje mediante la conversación grupal y las provocaciones (tanto la inicial como la continuada). No en vano el guión da cuenta de la estrategia de emergencia y canalización de la discusión por parte de quien asume la figura de *preceptor* del grupo, aquella propia de quien «trabaja sobre el discurso del grupo sin participar en él» (IBÁÑEZ, 1986a: 302), induciendo y controlando la discusión.

La confrontación entre una y otra técnica grupal, esquematizada a través de las Figuras 1 y 2, trata de sugerir que quizá no se destaque tanto como se debiera la orientación progresiva del grupo focal (GF) frente a la procesual del grupo de discusión (GD), dada la vocación del *guión* de un GD por integrar el devenir conversacional (esto es, tanto las maneras de discurrir como de derivar del grupo) en lugar de la evocación de un orden preestablecido de debate (que cumplimentará progresivamente el grupo) que rige la *guía* de un GF⁵. Sin duda, ayuda poco la habitual confusión que se promueve entre proceso y progreso, hasta el punto de hacerlos parecer sinónimos, aun cuando resulta que únicamente podremos apreciar progresión entre

⁵ Y que resultan aún más evidente en la denominación habitual de esta en los estudios de mercado como *línea de puntos*.

estasis (o momentos de detención) de procesos. Lo que, dicho de otra forma, comporta entender que todo progreso no es sino un momento del proceso que integra, por definición, aquello que sea capaz de contribuir no solo a su puesta en marcha, sino también a su puesta en cuestión (DAVILA, 2007). Esta es una diferenciación relevante si asumimos que una investigación social cualitativa se conforma como *un proceso abierto de investigación*, y en lo que concierne tanto al diseño (que «será modificado a la vista de sucesos imprevistos que ocurran a lo largo del proceso») como al análisis («en la medida en que puede producir informaciones no previstas en el diseño»), tanto a las técnicas (de ahí la denominación de «entrevista abierta», por su carácter no directivo, en lugar de «entrevista en profundidad») como a quien investiga —sujeto en proceso que se integra en el proceso de investigación y «es la única medida de un proceso social»— (IBÁÑEZ, 1986b: 72-78), frente a la reiterada insistencia en la disyunción entre sujeto y objeto propio del paradigma clásico (o de simplificación).

Ante la amalgama poco cuidadosa que no pocas veces se ha establecido en tantos manuales entre uno y otro tipo de formatos grupales, exacerbada por la sinonimia que parece haberse adoptado hacia el grupo de discusión y el grupo focal de manera generalizada⁶, entendemos que es particularmente apropiado proponer una comparación sintética entre ambos, atendiendo a algunos de sus rasgos más característicos.

TABLA 2

Cuadro resumen comparativo entre grupos de discusión y grupos focales

Grupo de discusión	Grupo focal
Se busca la asunción grupal de la responsabilidad (tratando de evitar una dependencia del moderador).	Se impone la dependencia del grupo respecto al moderador (en lugar de una asunción de responsabilidad grupal).
Proceso sinérgico pleno: las personas trabajan juntas, y no por separado, en el mantenimiento de una conversación; proceso de transformación constante de cada individualidad a través de la propia acción colectiva.	Proceso sinérgico condicionado: las personas trabajan tanto juntas como por separado con el moderador; sus intervenciones y las respuestas de otros participantes harán de espejo de confrontación para cada cual.

⁶ Para observar el alcance de dicha confusión basta con consultar la obra de Richard A. KRUEGER titulada: *El grupo de discusión. Guía práctica para la investigación aplicada*, que en realidad supone la curiosa traducción al castellano del título: *Focus Groups. A Practical Guide for Applied Research*, una referencia clásica durante las dos últimas décadas (ya que su primera edición data de 1988), toda vez que para compararla a continuación con la obra de Jesús IBÁÑEZ: *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica*, publicada casi una década antes (primera edición en 1979), y que precisamente sirve de referencia para denominar a aquella en su edición española.

TABLA 2 (Cont.)

Grupo de discusión	Grupo focal
<p>El preceptor (o moderador no directivo) ha de asegurarse de que en el grupo se produce una y única conversación.</p> <p>El <i>guión</i> da cuenta de su estrategia para el tratamiento de los objetivos a través de cada grupo en cuestión. No es un corsé ni algo cerrado que haya que seguir al pie de la letra: el guión hay que trabajarlo minuciosamente (temas, conceptos...), ordenándolo de lo general a lo concreto, y así poder tenerlo presente durante la sesión para valorar de qué manera resulta reconocible en el ir y venir (o discurso) del grupo de discusión.</p>	<p>El papel del moderador se caracteriza por su directividad.</p> <p>En la <i>guía</i> se atiende a una discusión en forma de debate, por lo que incluye tanto preguntas (según un orden preestablecido) como materiales de estímulo, además de utilizar técnicas proyectivas, atender a criterios de evaluación...; teniendo además en cuenta que, durante la sesión de grupo, difícilmente podrá omitirse ningún aspecto que previamente haya sido negociado en la demanda del estudio como parte de dicha guía.</p>
<p>El preceptor suscitará una conversación mediante una dinámica abierta:</p> <ul style="list-style-type: none"> — Incitando a que hablen quienes permanecen en silencio y a que dejen de hablar quienes no callan y así tratan de imponer su criterio. — Repartiendo «juego» pero sin imprimir un ritmo determinado al grupo. — Manteniendo una actitud de escucha y observación activas. 	<p>Las principales tareas del moderador son:</p> <ul style="list-style-type: none"> — Ser un motor del grupo⁷. — Lanzar preguntas al grupo y a la vez ofrecerle respuestas (desde una posición de liderazgo) a las que este plantee⁸. — Controlar al grupo (decidiendo así quién, cuánto y cuándo interviene) para conseguir que los participantes del mismo no dejen de abordar los temas que les propone.
<p>Donde interesa la espontaneidad del grupo, pues se pretende dar la oportunidad de que emerja el proceso grupal de <i>conversación</i> que dará lugar a un posterior análisis de discurso.</p>	<p>Donde interesa la espontaneidad de quienes participan, pues se atiende más al proceso interactivo entre estos y las intervenciones del moderador (<i>debate</i> que suele ser sometido a un análisis de contenido contextualizado y no tanto de discurso).</p>

LA CONVERSACIÓN DEL GRUPO DE DISCUSIÓN

Cabe recordar que la invención del grupo de discusión se enmarca en el diseño de un paradigma complejo para la investigación social por parte de Jesús Ibáñez, a lo lar-

⁷ Es un motor o, si se quiere, «una especie de embrague que reprueba a los que hablan en exceso y los que callan» (CALLEJO, 2001: 120).

⁸ El buen moderador debe tener al mismo tiempo una personalidad analítica y sintetizadora, diletante y ejecutiva, teórica y pragmática. Debe actuar simultáneamente como investigador y como ejecutivo, con capacidad para discernir lo importante de lo que no lo es, aquellos temas en los que aún se puede obtener más información de aquellos que ya han sido saturados, aquellas cuestiones que pueden enriquecer su trabajo de las que son simple ruido de palabras (RUIZ OLABUÉNAGA, 1999: 252).

go de varias décadas y en diversos frentes (DAVILA, 1997), lo cual conlleva tener presente que en dicho paradigma el grupo de discusión se inscribe en cuanto práctica conversacional.

Es cierto que no suele echarse en saco roto la indicación del propio Ibáñez acerca de que «el grupo de discusión surge “contra” la encuesta estadística, como metáfora del grupo terapéutico —lo mismo que la entrevista abierta es una metáfora de la sesión analítica» (IBÁÑEZ, 1981: 20), coincidiendo de hecho el desarrollo de su práctica con la mayor extensión de «el uso de la encuesta estadística precodificada. Dos enfoques de la investigación de mercados que pueden entenderse como sendas respuestas distintas a la disolución acelerada de la sociedad tradicional y a la emergencia de los mercados de masas [en España]. El grupo de discusión fue la respuesta crítica, mientras que la encuesta estadística fue la respuesta tecnocrática» (DE LUCAS y ORTÍ, 1995: 7). Se olvida con cierta frecuencia, sin embargo, otra contraposición no menos relevante para la constitución del propio «grupo de discusión» en cuanto dispositivo de investigación, como es aquella que se produce frente a la denominación ya existente de «reunión de grupo»; una denominación «ideologizante (ya que se refiere al grupo básico, a la esperanza y deseo de estar reunidos)» (IBÁÑEZ, 1986a: 271), de manera que en modo alguno daría cuenta de una convocatoria donde «la *provocación* queda acotada a la *formación del grupo* y a la *propuesta de un tema* para la discusión, y la *escucha* queda acotada solo a lo que sea *pertinente para ese tema*» (IBÁÑEZ, 1986b: 76). De hecho, lo propio de un GD es la generación de una conversación, única, entre sus integrantes, que no la proliferación de varias conversaciones, distintas y cruzadas, lo que imposibilitaría el proceso de producción del grupo mismo. De ahí la importancia tanto del diseño técnico como de la transcripción cuando trabajamos con grupos de discusión, pues a través del diseño daremos cuenta de quiénes habrán de mantener la conversación (estructura y formación de cada GD), mientras que mediante la transcripción de la misma haremos aflorar sus momentos constitutivos. Apuntamos aquí brevemente el alcance de uno y otra.

El diseño y la caracterización de quienes han de mantener la conversación

Conviene recordar que en la formulación del grupo de discusión «la conversación es una totalidad: un todo que es más que la suma de sus partes, que no puede distribuirse en interlocutores ni en (inter)locuciones —por eso es la unidad mínima—. Cada interlocutor es, no una entidad sino un proceso: al conversar cambia, como cambia el sistema en que conversa» (IBÁÑEZ, 1991: 77). Y es precisamente para que nadie deje de hablar o bien hable únicamente en función de lo que cree que piensan los demás (restringiéndose así la conversación por efecto de prejuicios e ideas preconcebidas sobre los otros) por lo que el grupo de discusión suele componerse de participantes sin un conocimiento previo entre sí (o, en todo caso, sin un trato cercano o frecuente), con lo que se busca minimizar los sobreentendidos habituales entre quienes se conocen de antemano. De hecho, el grupo de discusión nos aleja del grupo natural

hasta el punto de revelarse desde su propia constitución como «un grupo simulado y manipulable»: *simulado* ya que se trata de «un grupo sólo imaginario, un grupo que sólo llega a ser grupo como esperanza... pues [sus participantes/integrantes] sólo podrán estar reunidos mientras hablen [y] sólo les estará asignado el espacio de la reunión mientras dure el tiempo de la discusión» (IBÁÑEZ, 1986a: 271); y *manipulable* ya que el investigador (o preceptor) «tiene en la mano todos los hilos que mueven el grupo. Tiene poder para asignarles el espacio y, controlando el tiempo de esa asignación, controlar su tiempo. Pero tiene también poder para determinar el grupo: prescribe cuántos y quiénes van a venir. El grupo nace y muere donde y cuando quiere el “preceptor”... [Si bien] el repertorio de manipulaciones está limitado al ámbito de posibilidades de existencia del grupo» (*ibid.*: 271-272), a tenor de los objetivos de investigación planteados.

Lejos de identificarlo con un todo homogéneo y estable, naturalizándolo, al trazar sus fronteras⁹ (tamaño, duración, dinámica, composición, etc.)¹⁰ se trata de posibilitar la objetivación simbólica de los procesos sociales a través de los cuales «todo grupo vive de los compromisos que inventa y de las contradicciones que genera (hasta umbrales más allá de los cuales no puede asumirlas)» (CERTEAU, 1994: 249). De ahí que, a la hora de establecer las características sociales que conforman la composición de un grupo de discusión, habremos de tener en cuenta la homogeneidad y heterogeneidad del mismo. Referirse a grupos homogéneos y grupos heterogéneos supone atender a la homogeneidad o heterogeneidad de sus perfiles definidos a partir de las características sociales tomadas en consideración para el diseño técnico de la investigación, en cada caso particular. En este sentido, tanto la elección exclusiva de grupos de discusión como la utilización complementaria de grupos focales y de grupos de discusión, a tenor de semejanzas y diferencias constitutivas, podrán permitirnos el análisis de las distintas posiciones sociodiscursivas que configuran el espacio social de referencia. No en vano, en el diseño de una investigación social cualitativa se procede por saturación de las posiciones del espacio social de referencia. Los criterios de su selección no son pues de extensión —ya que aquí no interviene la representatividad estadística— sino de pertinencia y adecuación, «criterios que se refieren a los

⁹ «La actuación de los miembros del grupo está encerrada, en el espacio y en el tiempo, por las fronteras del grupo... En el espacio, la actuación de los miembros del grupo está contenida por la estructura colectiva de las relaciones entre los miembros. Estructura colectiva, circularidad transitiva... En el tiempo, el grupo está emparedado entre dos nada, emerge de la nada para retornar a ella. No puede preexistir ni subsistir» (IBÁÑEZ, 1986c: 496).

¹⁰ Y en este punto hemos de señalar la propuesta realizada por Alfonso Ortí y Fernando Conde (1993) acerca de «una nueva estructura de la práctica cualitativa de los grupos de discusión a la que podría denominarse como *Grupos de Discusión Personalizados o Triangulares* [de tres personas]... pues los ya clásicos grupos de discusión a los que podríamos llamar *Grupo de Discusión Socializados* se encuentran diseñados precisa e intencionalmente con un tamaño de 5-9 personas... [con] tal *predominio “societarista”* sobre la expresión de los *conflictos básicos de la personalidad*... [que termina] convirtiéndolo en un aparato metodológico de definición de paradigmas del consenso ideológico de los macrogrupos de pertenencia/referencia» (ORTÍ, 1993: 197).

conjuntos —a su estructura y a su génesis— [pretendiendo mediante su selección] incluir a quienes (re)produzcan mediante su discurso relaciones relevantes» (IBÁÑEZ, 1986a: 264). Así, al tratarse de una muestra estructural, que no estadística, se tiende a ajustar el «mínimo pertinente» de sesiones de grupos que sea requerido por cada estudio concreto para que puedan obtenerse ciertas regularidades significativas, en lugar de redundancia repetitiva.

Mediante el diseño de dicha muestra se construye el espacio social de referencia de la investigación concreta y en el que se inscriben los grupos de discusión. Esta focalización la realiza el equipo investigador a partir de las variables (V.), categorizadas (C.), según la pertinencia de las mismas según cada caso, en un proceso que cabe esquematizar del modo siguiente (Figura 3): en primer lugar, eligiendo aquellas dos que constituirán los ejes fundamentales de dicho espacio, y en segundo lugar, estableciendo las categorías secundarias mediante las que se cerrará el perfil de cada grupo.

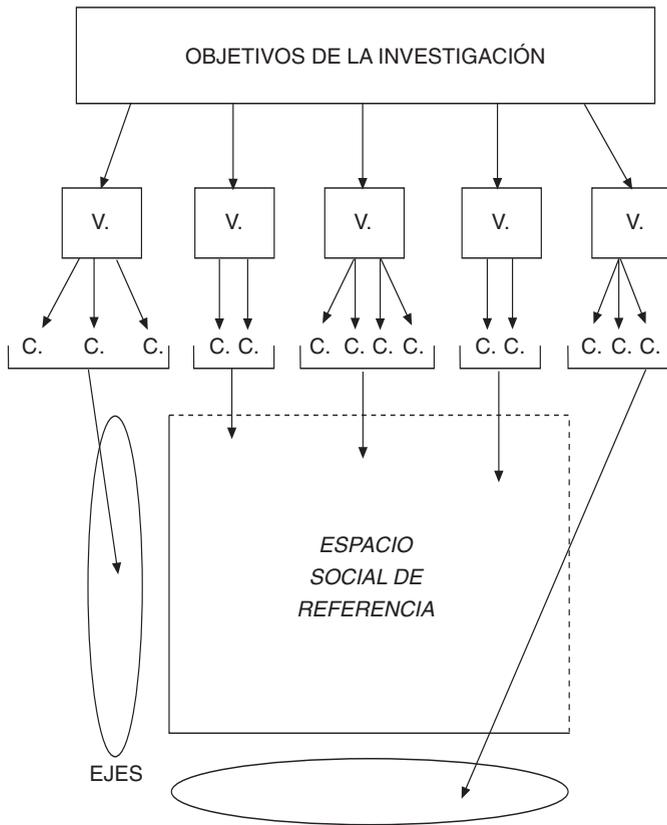


FIGURA 3

Elección de los ejes y categorías secundarias que configuran los perfiles de los grupos de discusión (cfr. DAVILA y JAUSORO, 2000)

La transcripción y los momentos de la conversación

Para que en un grupo de discusión se lleve a cabo una conversación, será necesario que las relaciones entre sus participantes sean simétricas, de manera que en el grupo no se reproduzcan las relaciones de dominación que puedan existir en el espacio social de referencia, pues, si no ocurriera así, sencillamente no llegaría a constituirse tal grupo y, por tanto, no habría ni conversación ni discurso.

Y es que, como ha sabido ver Soledad Murillo, «no es casualidad que sea precisamente un hábil conversador quien idee un espacio de encuentro, provisto de una geografía específica para estimular la conversación: el grupo de discusión. Discurso grupal a condición de eliminar el “tranquilizador” flujo de intercambio: pregunta/respuesta» (MURILLO, 1997: 221). En su lugar, el grupo de discusión está constituido por un grupo de sujetos que son enunciadores de discursos en el desarrollo de la conversación (entendida en este caso la noción de discurso como el producto de una situación enunciativa). La característica propia del grupo de discusión es que, en cuanto dispositivo de investigación, los discursos varios producidos en la situación de enunciación concreta forman parte, a su vez, de la producción de discurso. Cabe así distinguir el discurso producido por cada sujeto enunciador del grupo (discurso como producto de la enunciación de cada sujeto participante en el grupo) respecto del «discurso de grupo» (discurso como producto de la conversación grupal), lo que sin duda se vuelve confuso mediante el uso acostumbrado de expresiones tales como el «discurso del grupo» ya que así se da a entender que el grupo produce «un discurso» cuando a través del grupo lo que se produce es «discurso», esto es, potencialidades discursivas que serán distinguidas en el momento del análisis. Producción discursiva que nos sitúa ante una práctica, la del grupo de discusión, que difícilmente podría ser neutra e inocente; por el contrario, la misma nos muestra implicados en un proceso creativo de construcción de sentido donde no caben recetas¹¹; a lo sumo recomendaciones básicas, con las que sea posible acometer el nada desdeñable volumen y variedad de materiales que en cualquier investigación concreta suele plantearse. Y es que, apenas, nadie «en ningún tiempo ni lugar puede encontrar las reglas a priori que determinen por él [o ella] cómo debe proceder. Esas reglas van produciéndose en él [o ella], como sujeto en proceso, a lo largo del proceso de investigación» (IBÁÑEZ, 1986a: 320). Proceso que supone el intercambio de prácticas significantes, lo que en el caso del grupo de discusión conlleva interpretar y analizar las convenciones significativas, lingüísticas y no lingüísticas, comprendidas en el mismo.

Para ello resulta crucial la mediación de la transcripción de todas y cada una de las sesiones. Esta transcripción, debemos subrayarlo, ha de ser *literal*, de manera que en cada una de las transcripciones haremos constar todas las marcas lingüísticas (como

¹¹ De ahí que Jesús Ibáñez comience su texto acerca de *cómo se realiza una investigación mediante grupos de discusión* advirtiendo: «No intentaremos prescribir cómo se hace (se hace tal y tal cosa), sino que describiremos las consecuencias del hacer (si se hace tal cosa, puede ocurrir tal otra)» (Ibáñez, 1986c: 489).

los signos de puntuación) y paralingüísticas (identificando quién interviene y registrando entonaciones, risas, gestos, silencios, pausas, intenciones, etc.) que fueran necesarias para dar cuenta de ese desplazamiento de lo oral a lo escrito. Marcar todos estos elementos en el texto nos permitirá entenderlo de forma más plena, dotándolo de sentido en cuanto producto de una situación de enunciación específica. No en vano la clave del proceso de análisis es una atenta lectura y relectura del texto, momento por momento, bloque por bloque, palabra por palabra...; (re)lectura asociada a un sentido crítico por parte de quien investiga, lo que conllevará preguntarse una y otra vez acerca de la manera en que se habla de un asunto: ¿es la única posible?, ¿hay otras formas de decir lo mismo?, ¿por qué aquí y ahora es utilizada esta y no otra?, etc. Se trata pues de trabajar tanto el nivel explícito de lo que en el grupo se dice como el nivel de lo implícito o, si se prefiere, de lo no dicho y que analizaremos a partir de construcciones particulares de la frase, de ciertas entonaciones (que denotan ironía o sarcasmo, por ejemplo), de tal o cual reticencia en el hablar... y que sólo la transcripción literal nos restituye.

Frente a la concepción lineal del discurso donde cada locutor, enunciador único cada vez, controla de principio a fin lo enunciado, la transcripción nos revela que el discurso conoce continuas desviaciones (digresiones, paréntesis...) así como cambios de dirección donde lo enunciado se inscribe en una interacción en que resulta interrumpido, desmentido, modificado, etc. En la transcripción se expresa la orientación del discurso, en el doble sentido de atribuírsele un fin determinado como de su propio despliegue temporal, en un juego permanente de anticipaciones («luego te lo explico...») y retrocesos («... pero ya te dije antes...»): idas y venidas propias de la forma de acción que supone el discurso mismo, que no en vano deriva de *discurrere* o ir de acá para allá. No olvidemos que hablar ya es una manera de actuar sobre otro, involucrando a quien escucha en aquello que se le cuenta, hasta el punto de constituirse en coenunciador y no en mero destinatario; de ahí que en todo relato el propio despliegue (discursivo) resulte ser tanto o más relevante que su contenido (informativo). Al fin y al cabo, el discurso contribuye a definir y modificar su propio contexto.

Con el fin de mostrar algunos de estos extremos, en la Figura 4 hemos tratado de sintetizar un momento particular de un grupo de discusión representando gráficamente las intervenciones de sus integrantes mediante distintas tramas, en lugar de reproducir la transcripción literal de cuatro páginas consecutivas del mismo por falta de espacio. La linealidad con la que da comienzo la primera página se ve rápidamente alterada por el encabalgamiento de diferentes intervenciones, lo que se resuelve por las risas compartidas de los mismos intervinientes (indicadas por el óvalo oscuro en el borde inferior de la página 1). En la página 2 puede observarse que la conversación se retoma a partir de la intervención de uno de los integrantes del grupo hasta que, de nuevo, el abigarramiento de las distintas intervenciones (tal como puede apreciarse en la tercera página), revela hasta qué punto nos encontramos ante un momento álgido de dicho grupo de discusión, marcado por interrupciones simultáneas,

lo que sin embargo quedaría eliminado por cualquier operación de resumen —caso de una acotación como la de «hablan todos a la vez» o la de «barullo», sin más—. Momento que en este caso no se resolverá sino por la intervención del propio preceptor intentando que la conversación vuelva a resultar inteligible (representado por los rectángulos sin trama en medio de la página 4). En cada una de tales reordenaciones se nos indica cuáles son las condiciones de producción de los enunciados, revelándonos que tan relevante será lo que se dice como cuándo, por qué, para qué, para quién, cómo o hasta qué punto es dicho.

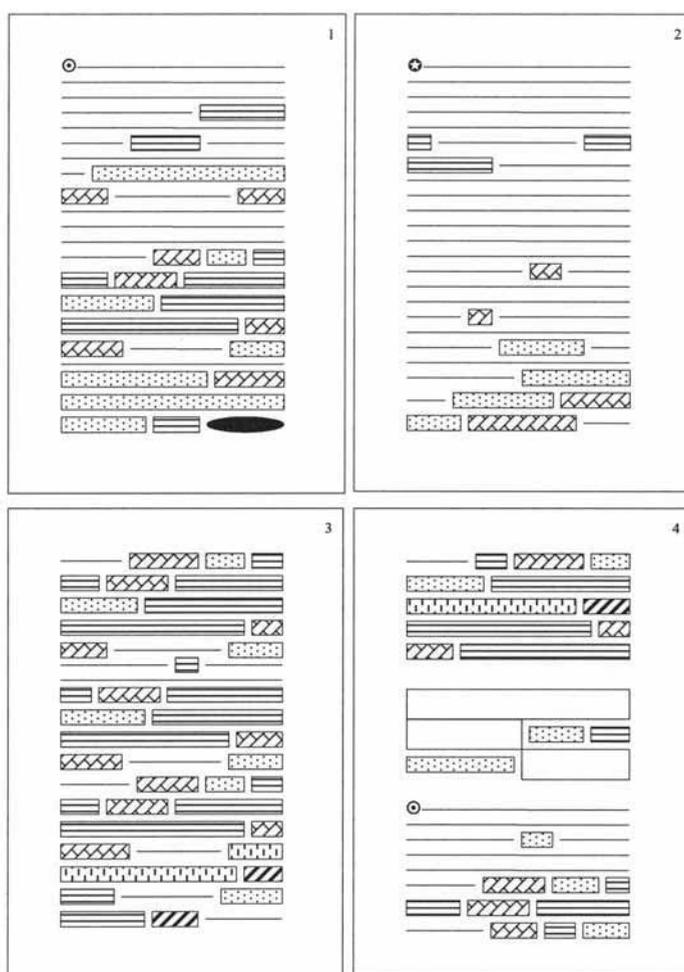


FIGURA 4
Representación gráfica de una transcripción literal
 (cfr. DAVILA y JAUSORO, 2000)

UN ESTUDIO DE CASO: JÓVENES, CIUDADANÍA Y NUEVOS DERECHOS

El ejemplo que nos va a servir de referencia para un análisis se origina gracias a una investigación de carácter exploratorio solicitada por el Instituto de la Juventud que tenía por objeto un tema tan genérico como el conocimiento y la consideración por parte de los jóvenes respecto a las nuevas generaciones de derechos humanos en el marco de una ciudadanía democrática.

Objetivos y diseño de la investigación

En primer lugar había que resolver la construcción del objeto de investigación a través de una serie de elementos que encuadraran dicho objeto y nos ayudaran a hacer una lectura integral del tema en cuestión. Dicho de otra forma, se trataba de formalizar el objeto sin perder su complejidad a través de un mapa de elementos que precisaran las características de aquel y definieran mejor lo que se quería estudiar. Tales elementos están relacionados con:

- La percepción de los cambios sociales del presente.
- La asunción compartida de valores sobre los que se edifican los derechos.
- La concepción de la ciudadanía y los derechos a los que esta puede aspirar.
- La diferenciación de grupos concretos dentro de tal comunidad ciudadana.
- La discriminación (en términos no peyorativos) que puede suponer en cuanto a la adscripción de derechos.
- La consideración de los jóvenes como un grupo específico dentro de tal comunidad.

Elementos o núcleos temáticos que no constituyen en sí el objeto de estudio, pero que los sujetos abordan y problematizan cuando hablan sobre «los derechos», por lo que facilitan la focalización del objeto, que en este caso se concretó en la relación entre cambios sociales, nuevos valores y nuevos derechos de los jóvenes. Una vez focalizado el objeto hay que jerarquizar los elementos que lo constituyen, así como establecer las relaciones mutuas que consideramos que existen entre ellos. Los núcleos temáticos más generales y que sirven como marco del resto —por cuanto proponen un modo específico de abordar el aquí, el ahora y un nosotros genérico— son el cambio social y la concepción de la ciudadanía.

Sobre estos núcleos principales se establecen además los criterios para la selección muestral de los grupos de discusión, así como las variables de composición, esto es, los criterios de selección de los participantes en las sesiones de los grupos. Los otros elementos por su parte permiten ser más operativos en la medida en que pueden transformarse en indicadores. Los indicadores son herramientas que se utilizan para registrar opiniones, percepciones o significados de un objeto de estudio; en nuestro caso han sido el derecho a la vivienda, al trabajo, a la formación, los derechos sindicales, el derecho a la renta básica, a la protección de datos y al medio ambiente; todos ellos influidos además por la posibilidad de discriminación positiva que pueda

favorecer a ciertos grupos sociales en la implantación de tales derechos, y el hecho de considerar a los jóvenes como uno de los grupos beneficiarios de aquella. Todo indicador, para ser operativo, se descompone en una serie de variables, entendidas estas como unidades mínimas de análisis que nos permiten desagregar las opiniones, percepciones o significados correspondientes a los núcleos temáticos. Tales variables no parten pues de una idea preconcebida de los investigadores, sino de una operación progresiva de construcción del objeto, y de ellas surgen los temas de conversación y los aspectos que habrá que considerar y que han servido para elaborar el guión, como veremos posteriormente.

En segundo lugar, en cuanto al *objetivo general* y a los *objetivos específicos*, hay que plantearse la finalidad, el para qué se realiza la investigación que nos ocupa. Con ello se señala el horizonte del estudio, por cuanto sitúa las prácticas de investigación en sus condiciones de posibilidad y producción. Lo que hacemos al fijar nuestros objetivos es justamente esto: mostrar y explicitar la totalidad del proceso de investigación a través de un objetivo general (la intención última del estudio) y luego concretarlo en diferentes *objetivos específicos* que presentan los pasos necesarios para conseguirlo. Dado el carácter exploratorio de la investigación, puesto que trataba de detectar la sensibilidad genérica ante un hecho novedoso como las nuevas generaciones de derechos, no se buscaba «valorar» lo que se desconoce, ni tampoco la mera «información» de algo que en principio parecía inédito. El objetivo general consistía entonces en identificar las construcciones sociales o, por decirlo de otra forma, las posiciones discursivas que subyacen en la admisión de los derechos y en el asentamiento de estos sobre valores compartidos. Pero este objetivo debía llevar consigo el modo de lograrlo, su operatividad constituida a través de una serie de objetivos específicos en cuanto condiciones necesarias de la admisión y asentamiento de los derechos, y que en tal caso han sido los siguientes:

- Las percepciones de los valores adscritos al universo de los derechos.
- Los procesos de negociación explícitos e implícitos en dichas percepciones.
- La consideración de las normas en la constitución y protección de los derechos.
- Y, por último, la legitimidad de las expectativas ajenas así como la propia autonomía construida y negociada a través de los derechos.

Aunque no siempre es pertinente ni útil considerar la formulación de hipótesis en el diseño de una investigación cualitativa, no obstante asumir ciertas conjeturas o hipótesis de partida puede servir tanto para la aclaración como para la orientación de los objetivos propuestos para una investigación concreta. Partiendo, en este caso, del supuesto de que nuestros interlocutores aceptan que existen cambios sociales, y de que estos van asociados a nuevos valores y por tanto a nuevas generaciones de derechos que aún se desconocen, cabe entonces plantear:

- Una primera hipótesis acerca del desconocimiento inicial de las nuevas generaciones de derechos, donde estos son aceptables una vez que se comparan con los derechos ya constituidos en el marco de las comunidades democráticas de ciudadanía.

- Una segunda hipótesis que, por el contrario, supone el rechazo de esos nuevos derechos en comparación con los derechos ya constituidos en el marco de tales comunidades ciudadanas.

Esta finalmente sería la suposición confirmada, pues nuestros interlocutores daban prioridad a la dimensión jurídica en forma de vínculos negativos (prohibiciones) en la caracterización de los derechos sociales frente a su eventual configuración como vínculos positivos (mandatos) en cuanto estos últimos se perciben como una invasión por parte de la administración pública y generan discriminación y, por consiguiente, injusticia.

Como antes indicábamos, el carácter exploratorio de la investigación buscaba detectar la sensibilidad genérica ante un hecho nuevo, no tanto valorar lo desconocido o producir una información a propósito de algo insólito. Partiendo entonces del planteamiento y los objetivos de la investigación, se trataba de seleccionar las técnicas más adecuadas para dicho proceso de producción de datos. Dado el objetivo general propuesto, había que identificar los discursos sociales involucrados o, en otras palabras, interpretar y analizar la dimensión simbólico-ideológica de dicho fenómeno. De ahí la elección del grupo de discusión y su práctica conversacional. Como ya señalábamos en la primera parte de este capítulo, citando a Jesús Ibáñez, el grupo de discusión conjuga en su práctica el «contexto convencional o lingüístico» y el «contexto situacional o existencial» (IBÁÑEZ, 1986a), lo que supone que en esa situación de enunciación no es posible llevar a cabo un análisis de lo producido por el grupo sin tener en cuenta quién, tanto como cuándo, por qué, de qué manera... dice lo que dice. Y es aquí donde entra en juego el componente muestral en el proceso de producción de datos que conforma una investigación social cualitativa.

En el caso que nos ocupa, dado que el cambio social y la concepción de la ciudadanía eran los núcleos temáticos de la investigación, y teniendo en cuenta, además, las hipótesis de partida elaboradas, nos interesaban: por una parte, las diferencias de edad aun tratándose de un universo definido en torno a los jóvenes; también, por otra parte, el nivel socioeconómico medido en términos de formación (universitaria y no universitaria) y actividad laboral; por último, la dispersión entre un hábitat de gran conurbación metropolitana y otro urbano intermedio. Además, el elemento constitutivo del grupo de discusión radica en ser una interacción verbal en forma de conversación, y para que eso se lleve a cabo es preciso que sea simétrico, esto es, que en el grupo no se reproduzcan relaciones de poder o dominación simbólica existentes en el espacio social correspondiente. Por ello se evitó que entre los participantes hubiera juristas, abogados y otras profesiones y estudios relacionados con las ciencias sociales en general. También se optó por grupos cuya composición fuera heterogénea, los cuales, aunque menos coherentes, lograban producir enunciados más ricos para el análisis, en cuanto señalaban mejor las discontinuidades y contradicciones de los elementos que definen el objeto de estudio. Dada también la premura temporal establecida por el contrato de la investigación, se diseñaron dos grupos de discusión, formados por ocho personas cada uno y compuestos por una proporción equilibrada de

hombres y mujeres de entre 19 y 29 años, cuya ocupación y formación se correspondiera en cada uno de ellos con lo esperado para estas edades: quienes eran mayores trabajaban, mientras que quienes eran menores de entre ellos y ellas estudiaban; no obstante, también había jóvenes en situación de desempleo y quienes trabajaban a la vez que estudiaban. De manera que el perfil de dichos grupos se correspondía, por una parte, con el de dos grupos de discusión heterogéneos respecto a las variables categorizadas de edad, formación, actividad laboral y sexo; pero, por otra parte, homogéneos respecto al hábitat (por la conjetura de que los sujetos de ámbito metropolitano tenderían a mostrar más sensibilidad al respecto que los interlocutores del ámbito urbano). Perfiles que en términos sociodemográficos se expresaban de la forma indicada en la Tabla 3.

TABLA 3
Características de la composición de los grupos (participantes)

Grupo	Edad		Sexo		Formación		Total
	19-24	25-29	H	M	Univ.	No univ.	
GD 1	3	5	3	5	4	4	8
GD 2	4	4	5	3	3	5	8

Grupo	Actividad laboral		Hábitat		Total
	Trabaja	No activo y/o no trabaja	Metropolitano	Urbano	
GD 1	5	3	8		8
GD 2	4	4		8	8

En parte para evitar las relaciones excluyentes que podían darse en los grupos heterogéneos, en parte para lograr maximizar la producción en un tema inédito, se optó por trabajar en los mismos con dos maneras bien diferenciadas de discusión: se promovía un primer momento de discurso libre en conversación para que nos señalara los huecos y las discontinuidades que sobre nuestro tema pudieran generarse, mientras que en un segundo momento de debate se ejecutaba una dinámica algo focalizada, buscando, de esta manera más dirigida, obtener información a través de respuestas concretas sobre cuestiones aparentemente menos relacionadas con la vida cotidiana de los participantes.

En este punto, debemos recordar que el guión no es un corsé que deba seguirse al pie de la letra, sino que se tiene presente durante la sesión para favorecer que en el grupo se produzca una y única conversación y que los núcleos temáticos que conforman

el objeto de investigación sean reconocibles en el ir y venir (o discurso) del grupo de discusión. De ahí que el guión básico utilizado en dicha investigación respondiese al modelo siguiente:

1. Presentación del estudio.
2. Tema de inicio: la relación entre cambios sociales, nuevos valores y nuevos derechos.
3. Temas de conversación:
 - Valores sobre los que edificar los derechos.
 - Derechos de la ciudadanía y derechos específicos de minorías o colectivos concretos.
 - Derechos específicos de los jóvenes.
 - Concepción de la discriminación positiva.
4. Aspectos a considerar:
 - Hasta qué punto el *derecho a la vivienda* supone una actuación positiva por parte de los poderes públicos que beneficie a los jóvenes; qué forma adoptaría, ¿derecho asistido a la compra o al alquiler?; por otra parte, ¿sería un correlato del derecho a la emancipación?
 - En cuanto al *derecho al trabajo*, ¿supone una mayor integración en el universo laboral?; ¿qué nuevos derechos podrían aplicarse?; ¿el derecho a tener hijos y a que la empresa o la administración pública pongan medios para su cuidado y educación?; ¿el derecho a tener el mismo salario en puestos de trabajo idénticos con independencia de otras condiciones?; ¿el derecho a las mismas oportunidades en cuanto a formación, promoción y otros?
 - Los *derechos sindicales* ¿están bien protegidos por los agentes laborales como sindicatos y patronal?; ¿deberían existir derechos sindicales específicos que defiendan a los jóvenes?
 - ¿Podría implementarse un derecho a la renta básica?, ¿de carácter universal o adscrito a grupos determinados?
 - ¿Pueden las nuevas tecnologías suponer una amenaza y precisar nuevos derechos que nos protejan de su uso?, ¿debería existir el derecho a la protección de datos?, ¿quién lo debería fomentar y vigilar?
 - De qué manera podrían implementarse nuevos derechos a un medio ambiente mejor, más saludable, equitativo...

Análisis

Tal y como señala Luis Enrique Alonso: «El grupo de discusión es, fundamentalmente, un dispositivo que se establece sobre la base de la identidad social y sus representaciones, siendo estas representaciones sociales las formas de conocimiento colectivamente elaboradas y compartidas, con una orientación práctica y permanen-

temente actualizable, y que determinan la forma común en la que los diferentes grupos humanos constituyen e interpretan su realidad y la de otros colectivos» (ALONSO, 1998: 97). Por todo ello, difícilmente bastaría para la operación de su análisis con recuperar la frecuencia de aparición de ciertas características del contenido de los enunciados (labor útil pero insuficiente que realizan los programas informáticos de carácter inductivo y denominados «análisis cualitativo»), sino que será necesario *comprender* el discurso mediante sucesivas lecturas que nos permitan establecer orden, estructura y sentido a partir de las conversaciones mantenidas.

A) En nuestro caso, la primera lectura del texto transcrito de los grupos nos proporcionó una impresión clara de desconocimiento, cuando no de desconcierto, por parte de los participantes ante los nuevos derechos. El único elemento que despertaba una comprensión mínima a la cual aferrarse para discutir sobre un tema percibido como novedoso, fue el de los valores que se podían asociar a los derechos, ya sean estos nuevos o no. Las anotaciones de esta primera lectura, que se escribían en los márgenes de las diferentes transcripciones, repetían que tales derechos habían de basarse en valores de igualdad, equidad ante la ley y los poderes, justicia equitativa y ausencia de discriminación, incluso de discriminación positiva.

«Darío.—Pero es un tema... quiero decir, pero los jóvenes, yo no daría derechos especiales a un joven, a una persona por ser joven. [Hablan todos].

Teresa.—No, son ayudas, por el hecho de ser gente joven, no está, no hay que darles...

María.—Bueno, una persona joven puede trabajar en tres sitios. Una persona mayor, o una persona que esté discapacitada no puede hacer eso, por tanto yo creo que tienen que tener una condición especial» (GD 1)¹².

B) La segunda lectura, relativa al análisis de los referentes, trataba de identificar los grandes temas sobre los que habían hablado los grupos y lo que se había dicho sobre cada uno de ellos. Las opiniones y percepciones, así como las experiencias tipificadas de los sujetos respecto a los derechos percibidos y plausibles, respondían a dos características: operaban con *distancia* respecto a los procesos particulares de la interacción social, y sus términos tenían una relativa *opacidad*.

B.1) Por *distancia* entendemos los diversos desfases que se dan entre el discurso social (por «retraso» o «anticipación») y las prácticas experimentadas. Ejemplos de esa distancia por «retraso» se observan cuando ciertas valoraciones sistematizadas en el discurso social no operan ya de hecho (o no operan tal como dicen los sujetos) en sus interacciones cotidianas. Cuestiones como una justicia automática asignada a la ley en sus aspectos laborales, o el ideal de una igualdad social de trato que supera en todas y cada una de las circunstancias el espacio asimétrico social, podrían ser ejemplos de tal «retraso» entre las formas de discurso mantenidas y las experiencias vividas. Casi todas las intervenciones que mantenían la queja por la propia situación

¹² Los nombres son supuestos.

sociolaboral, ensalzando una igualdad de bienestar inasible, se inscriben aquí. Si atendemos, por ejemplo, a los derechos sociales como la salud, la educación o la vivienda, o incluso a derechos específicos de ciertos grupos, los jóvenes solo los aceptan si se justifican en términos de prestaciones mínimas o medias, tales como el nivel mínimo de instrucción o un nivel promedio de atención a la salud; pero otros como el derecho al trabajo o, más aún, a la formación en el trabajo, constituyen una expectativa no formalizable, respecto de la cual aceptan que la administración pública carezca de medios y recursos necesarios para pagar los servicios. La única solución ante dicha expectativa sería que estos recursos fueran aportados por la empresa, pero entonces dichos derechos laborales ya no se contemplan como tales, sino como interés:

«Teresa.—... se trata que estamos hablando de una formación que es de cara a la empresa y es para tu trabajo, o sea, es para ti pero para desempeñar tu trabajo, con lo cual sí es una formación la que tienes delante pero para tu trabajo y para que tu trabajo se desarrolle mejor tiene que ser en un horario laboral, porque para que sea en horario de fuera me voy a un curso que me interese y no que me lo vengán dando así, este curso que es y punto, y tal, pues entonces no me interesa...

Darío.—O para conocimiento propio...

Teresa.—Es propio, pero para la empresa. Es para favorecerte a ti, pero en la medida en que les favoreces a ellos, que es para ellos» (GD 1).

Esta tendencia a primar la dimensión objetiva (jurídica) en la caracterización de los derechos sociales frente a su eventual configuración como situaciones jurídico-subjetivas protegidas o que puedan dar lugar a una pretensión individual, lleva a nuestros interlocutores a hacer hincapié en una versión desmaterializada y meramente formal de la validez de las normas, que nunca se concreta en la adecuación de los contenidos sino solo en la forma de la ley (norma) a los niveles del ordenamiento.

La distancia por «anticipación» se observa, por ejemplo, en la discrepancia existente entre la descripción de una distribución ideal de roles en términos de igualdad y las prácticas de tal distribución o, en otro orden de cuestiones, la imagen social de los procesos de cambio (de lo que ha cambiado y de lo que cambiará en un futuro), etc.

«Irene.—... pues hasta los treinta años yo no puedo entender que tengan que tener ningún tipo de [derecho específico]... Creo que son personajes que ya..., creo que tienen que ser responsables de sus actos y tienen que saber defenderse en la vida; o sea, ¿sabes?, o sea, y saber defender situaciones que se les planteen igual que pueda ser igual que una persona más mayor, o sea, a partir de los treinta o de los cuarenta, o cualquier otra edad. Yo creo que no sería necesario» (GD 2).

Nos encontramos así que los cambios o modificaciones se perciben, por un lado menos y por otro más, como un conjunto de «desfases» con respecto a las experiencias de los sujetos y a los valores que encarnan los derechos, de lo que debería ser y en cambio es. Un desfase típico sería la falta de identificación con respecto al papel que

desempeña cualquier tipo de autoridad institucional, aunque esta siga siendo un espacio de interacciones afectivas y expresivas. Ello se enuncia claramente en la perplejidad frecuente que se siente ante la autoridad una vez que esta pretende ejercerse racionalmente pero en su desempeño boicotea la equidad establecida por la conjunción de los derechos. De ahí derivan las expresiones cargadas de fatalidad en forma de doble vínculo del tipo «hagas lo que hagas, siempre te sale mal», indicio de tales perplejidades, que tendrían que ver con las dificultades de ejercicio del mencionado rol desde la perspectiva de una autoridad.

«Maribel.—No tiene que ver solo con la edad. Hay personas con más edad y tienen menos experiencia, y por la edad eso tiene algo que ver, pero que a lo mejor a ti te valoran más que a mí, para poder comprar un piso y para poder vivir solos. Necesitamos trabajar, pues eso, muchos más años para poder conseguirlo. Luego dicen que podemos elegir. No podemos elegir, no podemos elegir.

David.—¿Qué hacemos, pues?

Maribel.—No podemos elegir, no podemos elegir» (GD 2).

No obstante, dicha incertidumbre no invalida que los jóvenes más fatalistas muestren una forma esencial de valoración social en referencia a la cual se ubicarán los procesos de diferenciación (de génesis de formas diferentes de valoración y significación). Por otra parte están aquellos otros que, bien debido a estas dificultades, bien porque apoyen imágenes más tradicionales del rol contrario, suscriben sus comportamientos con mayor frecuencia y su imagen de autoridad y asumen que los derechos marcan las mismas reglas para todos y por tanto constituyen un medio justo, lo cual se expresa en ideas del tipo «es necesario poner barreras», «te controlan pero no tienes que temer nada de eso», etc.

«Roberto.—Si yo por ejemplo tengo un negocio, si te pones desde el punto de vista del empresario o cualquiera de vosotros, si tienes que poner a mujeres no te va a interesar, o sea, te va a interesar en principio menos ¿por qué? Porque pueden quedarse embarazadas... O pueden quedarse, pueden, pero es que es perjudicial para el empresario... El problema entonces no es del trabajador ni del empresario, sino que tiene que haber unas leyes que digan...» (GD 2).

B.2) Los enunciados poseen una cierta *opacidad*, pues los términos que resumen valores o significados morales en el habla cotidiana revisten una relativa generalidad. El campo semántico de los términos de valor es amplio y el lenguaje de las valoraciones exige un análisis específico de los enunciados en los que aparecen esos términos para que su pragmática (su significado en el uso) determine de qué se está hablando, cómo y por qué. Bajo el término «valor» o «derecho» el lenguaje ordinario encubre elementos muy diversos. Igualmente, tras términos como «bueno/malo», «justo/injusto», «libertad de elección» o «responsabilidad», aparecen realidades y percepciones muy diversas. Pues bien, el grado de adscripción a los derechos tenidos como tales y cuanto que «valores», poseía una referencia semántica abierta, esto es, tenía que ver más con la actitud ante la sociedad y menos con las opiniones específicas hacia tales derechos. No obstante, cabe adelantar en este sentido que el criterio

de «valor» aparece en este tipo de análisis ligado a los procesos específicos de construcción de identidad y ubicación social, y que la interacción social es la matriz de tales procesos. Ello explica que, a pesar de estas discrepancias, se siga otorgando valor a aquellos derechos que cumplen las funciones ideales de justicia e igualdad. Así, por ejemplo, no se considera que la dificultad de acceso a la primera vivienda, sentida por todos ellos, haya de ser promovida como un derecho especial de los jóvenes. Se trata tan solo de eliminar los obstáculos que impiden un acceso equitativo para todos. Dado su potencial laboral («un joven puede trabajar en varios sitios») y el carácter estigmatizante de los favores concedidos por los poderes públicos tendentes a favorecer a minorías (inmigrantes), rehúsan un trato de favor al respecto.

«Teresa.—No, porque es lo que pasa con los inmigrantes, que tienen más ayudas para conseguir una vivienda...

María.—Podiera ser eso, o sea, debería ser, debería ser... pues para todos, o no va a haber para todos» (GD 1).

Al final de esta lectura había que buscar explicaciones de las construcciones sociales por parte de nuestros interlocutores, dando relevancia a las relaciones que aparecen entre el decir (las expectativas y opiniones) y el hacer concreto (las experiencias). En este sentido, el modelo general sostenido acerca de la aplicación de los derechos fundamentales era el del «antigarantismo», el cual abarcaba una triple dimensión: *a*) una acepción formal y no material de la validez de las normas; *b*) un cuestionamiento del modelo normativo del derecho y del Estado porque concede supremacía al procedimiento del legislador como esfera vetada a la decisión mayoritaria y por encima de la toma de decisiones colectivas; *c*) y por último, una teoría de la justicia, en la medida en que reclama anular un punto de vista ético-político desde el que la ciencia jurídica pueda llevar a cabo una crítica del derecho y del Estado.

Bajo este prisma antigarantista, las primeras generaciones de derechos (de carácter civil y político) constituyen aceptables vínculos negativos (prohibiciones) que determinan el límite de lo que el poder público puede hacer, mientras que las últimas generaciones de derechos (de carácter más social) aparecen como vínculos positivos (mandatos) que marcan lo que el Estado no puede dejar de hacer y por tanto son invasores e inaceptables, tienen una incidencia discriminatoria en el presupuesto; y por su carácter eminentemente prestacional también generan obligaciones negativas (no discriminar en su provisión) para el Estado.

«Preceptor.—¿Podría ser eso un derecho, aspirar a un medio ambiente más limpio, por ejemplo?

María.—Yo no lo veo, yo no, como un derecho, no. Es como, pues eso, que hay que poner multas y eso, pero no.

Raquel.—Yo tampoco, pues es eso de que te dicen “el que contamina paga”, y eso...» (GD 1).

C) La tercera lectura o transversal trataba de buscar la coherencia argumentativa, la manera en que se abordan y explican los diversos referentes como modo de cons-

trucción social de la realidad por parte de nuestros grupos, a través de sus valoraciones sobre los derechos, en cualquiera de sus perspectivas y formas de enunciación, que se construían en un sentido analítico según tres niveles:

- a) Estructuras normativas de roles y de sus expectativas.
- b) Reguladoras de conflictos y de estrategias de convivencia.
- c) Configuradas en imágenes generadoras y catalizadoras de significados para los sujetos portadores de tales derechos.

Para su análisis se diseñó un modelo que recogía una diferencia ya planteada entre el orden de las percepciones (enunciados) y el orden de las actuaciones (experiencias).

El orden de percepciones se refiere a las formas en las que los individuos, en términos estereotipados, expresan su conciencia de los valores adscritos al universo de los derechos:

- El compromiso que sugieren.
- Lo que piensan que sucede.
- Las interpretaciones de esos sucesos.
- El análisis de las situaciones hipotéticas de otros actores cercanos y sus motivaciones.
- La fabulación de una sociedad justa, plena de igualdad formal.
- El relato de la experiencia vivida —ante todo en términos laborales— como lugar a la vez de ejercicio de prácticas de tales derechos y de aceptación incondicionada de las reglas no siempre claras que los rigen.

El orden de las actuaciones se refiere a los comportamientos normativos de las diversas instituciones sociales en las que se mueven, a la reglamentación establecida sobre los derechos presentes e hipotéticos, a los conflictos que se generan en torno a ellos, etc.

Dicho de otro modo, se trata de la posición enunciativa adquirida por cada participante del grupo en el juego de intercambio de los valores que rigen tales espacios normativos, así como su proyección hipotética en la comunidad en general y en los diferentes grupos institucionales en los que se puedan plasmar. Este orden nos descubre *de facto* que la asunción de derechos tiene un carácter más propositivo que sustantivo. Nos revela asimismo que ni las desigualdades de nivel socioeconómico (marcado en términos de formación y actividad laboral) ni la edad o el hábitat, todas ellas consideradas en el diseño de la investigación, parecían en modo alguno generar diferencias en la renuncia soslayada respecto a los nuevos derechos por lo que estos pueden suponer de introducción de agravios comparativos y, por tanto, de injusticia. La única posición discursiva en que parecía darse una más acusada sensibilidad hacia los derechos actualmente vigentes pero incumplidos correspondía a las mujeres, pero eso no significaba que se adscribieran a la introducción de nuevas generaciones de derechos que se etiquetaban con las mismas características que sus compañeros.

Las mujeres jóvenes buscaban, pues, más la igualdad jurídica aún no cumplida que la discriminación positiva, quizá por no identificarse con el estigma que todos y todas adjudicaban a esta última disposición.

Así pues, y en términos de consenso, para nuestros interlocutores cabe considerar que no hace falta institucionalizar los derechos; basta con que los deberes correspondientes puedan ser ubicados con precisión para resolver los conflictos dentro del ámbito de negociación microinstitucional, lo cual haría superfluas esas características de los derechos «institucionales». Buscarían además una adaptación normativa, no jurídica, de los derechos fundamentales a la heterogeneidad social, más como objetivos que se han de alcanzar que como derechos claramente especificados aplicables a los individuos, sin mecanismos para convertirlos en exigibles.

«David.—Hombre, pues eso, no sé, que haya leyes justas, que quien sea y le pase lo que sea, pues que eso se pueda resolver dentro del grupo donde se ha metido, y luego [...].

Irene.—Aunque no sepa exactamente, o sea no sabes, por qué se ha metido ahí [...].

David.—Quizá sería una forma de seleccionar a la gente [...].» (GD 2).

A su vez, los procesos en los que aparecen tales órdenes de actuación se centran en los elementos siguientes:

- Los procesos de asunción por parte de los jóvenes de los derechos (tanto existentes como posibles) tendrían lugar en el orden de las actuaciones normativas.
- Los procesos de negociación (consenso intersubjetivo), incluidas las respuestas generadas a las expectativas ajenas, y en cuanto implican toma de conciencia y verbalización comunicativa, se sitúan en los enunciados normativos.
- Los procesos de construcción de los esquemas de valores y su negociación a través de los derechos, por ejemplo la forma en la que afectan en términos de protección, y la consiguiente consideración de lo normativo como lugar (o no lugar) de elaboración de aquellos, están en la enunciación expresiva.
- La socialización moral, esto es, los procesos de ejercicio o posición de los esquemas de valores sustentadores de los derechos, así como de la propia autonomía construida y negociada a través de estos, como forma practicada de ejercicio de las maneras de la vinculación moral, tiene lugar en las actuaciones expresivas.

Una vez señalados los elementos y problemas que articulan los enunciados sobre los derechos, tanto presentes como posibles, se formula su tipificación. Al hilo del análisis de los conceptos morales (de valor) de aquellos, planteamos una forma tipificada que sirve a los efectos de vehículo de comunicación e intercambio social. Además, dicha forma no tiene un único lenguaje; hay, por ejemplo, diferencias que marcan los contenidos semánticos y pragmáticos de las formas de entender el carácter de universalidad de los derechos.

Este esquema sirvió para orientar el análisis de los diferentes niveles y procesos de percepción, valoración y asunción, así como para especificar la negociación de los

TABLA 4

Órdenes, estructuras y procesos en el sistema normativo de los derechos

	ESTRUCTURA NORMATIVA	ESTRUCTURA EXPRESIVA
ORDEN DE LA ENUNCIACIÓN/ SISTEMA DE PERCEPCIONES	Enunciados sobre la anomia. Distorsiones perceptivas. Proceso de asunción de los derechos y garantías. Sistema de expectativas de la ciudadanía.	Bipolaridad de los enunciados expresivos: como «lugar de aceptación»/falta de legitimidad de los sujetos. Procesos de construcción de los esquemas de valores y su negociación a través de los derechos.
ORDEN DE LAS ACTUACIONES/ SISTEMA DE INTER-ACCIONES	Procesos de negociación (consenso intersubjetivo). Conflictos y estrategias de convivencia: asignación y conflicto de roles, derechos civiles vs. sociales. Negociación de independencia.	Socialización «moral». Vinculaciones y desvinculaciones. Procesos de ejercicio o negociación a través de los derechos.

derechos y los juegos de interacción y construcción de los esquemas de valores subyacentes. Se trataba de un intento de ordenación lógica en el análisis, pues las partes señaladas operaban conjuntamente en las diversas formas de enunciación a través de un desarrollo simultáneo y no lineal. Dada la perspectiva del estudio se acentuó el análisis de los procesos de génesis de valoración y, en ellos, el papel de las imágenes como generadoras y catalizadoras de significados para los sujetos.

A tenor de lo novedoso de los objetivos de la investigación, así como del carácter exploratorio de la misma, no hubo lugar a la delimitación de posiciones sociodiscursivas concretas y diferenciadas. En vez de ello, y como ya se ha descrito anteriormente, se perfilaron los elementos básicos que pudieran configurar el horizonte de sentido a partir del cual llegar a entender dónde y cómo se sitúan los nuevos derechos entre la juventud (lo que hizo posible así en una investigación posterior profundizar en ellos al delimitar las diferentes posiciones sociodiscursivas al respecto).

A modo de síntesis, sin embargo, cabría finalizar señalando que:

- Existe un claro desconocimiento, cuando no desconcierto, ante las nuevas generaciones de derechos.
- Se valoran especialmente aquellos derechos que cumplen las funciones ideales de justicia e igualdad. Ello implica que las primeras generaciones de derechos fundamentales (de carácter civil y político) constituyen aceptables vínculos negativos (prohibiciones) que determinan el límite de lo que el poder público puede hacer.
- El modelo general de aplicación de los derechos fundamentales es antigarantista, lo cual supone por contraste que las últimas generaciones de derechos (de ca-

rácter más social) se perciban como vínculos positivos (mandatos) que marcan lo que el Estado no puede dejar de hacer y por tanto son invasores, discriminantes e inaceptables. Estos derechos sociales deberían aparecer más como objetivos que como derechos claramente especificados y dirigidos a la ciudadanía en su conjunto o a ciertos grupos.

- No es preciso institucionalizar los nuevos derechos; bastaría con que los deberes correspondientes puedan ser localizados para resolver los conflictos. Ello haría innecesarias las características de las nuevas generaciones de derechos, que podrían sustituirse por una adaptación normativa.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. (1998): «El grupo de discusión en su práctica: memoria social, intertextualidad y acción comunicativa», en ALONSO, L. E.: *La mirada cualitativa en sociología*, Madrid: Fundamentos.
- ÁLVAREZ-URÍA, F. (ed.) (1997): *Jesús Ibáñez. Teoría y práctica*, Madrid: Ediciones Endymion.
- BRADFORD, L. P., y FRENCH, J. R. P. (eds.) (1948): «The Dynamics of the Discussion Group», en *Journal of Social Issues*, 4: 1-75; Spring.
- CALLEJO, J. (2001): *El grupo de discusión. Introducción a una práctica de investigación*, Barcelona: Ariel.
- CONDE, F. (1993): «Los métodos extensivos e intensivos en la investigación social de las drogodependencias», en VV.AA.: *Las drogodependencias: Perspectivas sociológicas actuales*, Madrid: Ilustre Colegio de licenciados en CC.PP. y Sociología.
- DAVILA, A. (1997): «Apuntes acerca de una construcción (que en Jesús Ibáñez es y se hace) compleja para la investigación social», en ÁLVAREZ-URÍA, F. (ed.): *Jesús Ibáñez. Teoría y práctica*, Madrid: Ediciones Endymion.
- (2007): «Representaciones sociales e investigación social cualitativa» en CERRATO, F. J., y PALMONARI, A. (eds.): *Representaciones sociales y psicología social: comportamiento, globalización y posmodernidad*, Valencia: Editorial Promolibro.
- DAVILA, A., y JAUSORO, N. (2000): *Técnicas de Investigación Social Cualitativa (Materiales Didácticos)*. *Gizarte Ikerkuntza Kualitatiborako Teknikak (Material Didakti-koak)*, Leioa: multicopiado.
- DE CERTEAU, M. (1994): «L'actif et le passif des appartenances», en DE CERTEAU, M.: *La prise de parole et autres écrits politiques*, Paris: Seuil.
- DE LUCAS, Á. (1997): «Jesús Ibáñez: El rodeo por la investigación de mercados», en ÁLVAREZ-URÍA, F. (ed.): *Jesús Ibáñez. Teoría y práctica*, Madrid: Ediciones Endymion.
- DE LUCAS, Á., y ORTÍ, A. (1995): «Génesis y desarrollo de la práctica del grupo de discusión: fundamentación metodológica de la investigación social cualitativa», en *Investigación y Marketing*, 47: 6-9.
- DOMÍNGUEZ, M. (2006): «Jóvenes y derechos. Análisis del discurso», en NAVARRETE, L. (dir.): *Jóvenes, derechos y ciudadanía*, Madrid: INJUVE, págs. 57-74.
- GREENBAUM, Th. L. (1998): *The Handbook for Focus Group Research*, Thousand Oaks: Sage.
- IBÁÑEZ, J. (1981): «Usos tópicos y abusos utópicos de las técnicas de grupo», en *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 2: 16-36, mayo-agosto, 1981.

- (1986a): *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica*, Madrid: Siglo XXI (2.ª edición, corregida respecto a la original de 1979).
- (1986b): «Perspectivas de la investigación social: El diseño en las tres perspectivas» en G.ª FERRANDO, M. G.; IBÁÑEZ, J., y ALVIRA, F. (comps.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid: Alianza Universidad Textos.
- (1986c): «Cómo se realiza una investigación mediante grupos de discusión» Apéndice 1 en G.ª FERRANDO, M. G.; IBÁÑEZ, J., y ALVIRA, F. (comps.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid: Alianza Universidad Textos.
- (1991): *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*, Santiago, Chile: Editorial Amerindia.
- KRUEGER, R. A. (1994): *Focus Groups. A Practical Guide for Applied Research* (second edition), Thousand Oaks, London, New Delhi: SAGE Publications.
- LLOPIS GOIG, R. (2004): *Grupos de discusión*, Madrid: ESIC Editorial.
- MERTON, R. K.; FISKE, M., y KENDALL, P. L. (1990): *The Focused Interview: a Manual of Problems and Procedures*, New York: Free Press; London: Collier Macmillan, 2.ª ed.
- MURILLO, S. (1997): «El valor de la conversación», en ÁLVAREZ-URÍA, F. (ed.): *Jesús Ibáñez. Teoría y práctica*, Madrid: Ediciones Endymion.
- ORTÍ, A. (1990): «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discusión de grupo» en G.ª FERRANDO, M. G.; IBÁÑEZ, J., y ALVIRA, F. (comps.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid: Alianza Universidad Textos.
- (1993): «El proceso de investigación de la conducta como proceso integral: complementariedad de las técnicas cuantitativas y de las prácticas cualitativas en el análisis de las drogodependencias», en VV.AA.: *Las drogodependencias: Perspectivas sociológicas actuales*, Madrid: Ilustre Colegio de licenciados en CC.PP. y Sociología.
- RUIZ OLABUÉNAGA, J. I. (1999): *Metodología de la investigación cualitativa*, Bilbao: Deusto.
- ROGERS, C. R. (1976): *Grupos de encuentro*, Buenos Aires: Amorrortu.
- VAN CAMPENHODT, L.; CHAUMOT, J. M., y FRANSSSEN, A. (2005): *La méthode d'analyse en groupe. Applications aux phénomènes sociaux*, Paris: Dunod.

CAPÍTULO 6

La entrevista abierta en investigación social: trayectorias profesionales de ex deportistas de élite

Lucila Finkel, Pilar Parra y Alejandro Baer¹

INTRODUCCIÓN

Una vida profesional dedicada al deporte no siempre se acaba en el momento de la retirada. A nadie le resulta extraño pensar en la figura de un ex deportista profesional reciclado a comentarista especializado, a técnico de su club de origen, o simplemente a organizador de eventos deportivos de élite. Muchos otros, sin embargo, han visto su destino discurrir por cauces menos estelares dedicándose a actividades empresariales de carácter privado o, en el peor de los casos, encontrándose en un empleo sin grandes posibilidades de futuro e, incluso, en situación de desempleo.

En este capítulo se presenta una investigación sobre las trayectorias de inserción profesional de ex deportistas de élite en España² en la que mediante el uso de entrevistas abiertas se analizan las situaciones experimentadas por los futbolistas y baloncestistas profesionales una vez que se retiran de la alta competición. El estudio, que se enmarca en el ámbito de la Sociología del Deporte, aborda un tema que ha sido escasamente estudiado hasta el momento e intenta contribuir al desarrollo de un área disciplinar que en nuestro país se encuentra aún en un estadio relativamente incipiente.

Para ello, se exponen en primer lugar algunas contribuciones y líneas de investigación de la Sociología del Deporte que sirven para contextualizar la investigación

¹ Este capítulo surge y utiliza una parte de los materiales elaborados para el Proyecto de Innovación Educativa «La entrevista abierta en la investigación social: materiales para una guía práctica» (2006), realizado en el Departamento de Sociología IV por los autores firmantes junto a Araceli SERRANO, Ángel GORDO y FRANCISCO ALVIRA (*PIE*, núm. 321, Universidad Complutense de Madrid).

² Investigación financiada por la Fundación Real Madrid en el marco del convenio con la Universidad Complutense de Madrid, dirigida por la profesora Lucila FINKEL, con Mariano URRACO como ayudante de investigación.

realizada, incluyendo algunas aportaciones en el estudio de las trayectorias de inserción laboral. En segundo lugar, se contextualiza el uso de la técnica de la entrevista abierta, para posteriormente presentar el diseño de investigación utilizado y resaltar la complejidad y especificidad de la entrevista como práctica de investigación social. El último apartado se dedica a explicitar el proceso analítico, la «caja negra» de la investigación social, que en muchas ocasiones queda desdibujado o simplemente oculto tras las bambalinas de los textos metodológicos al uso o de los informes finales de investigación.

Nuestro propósito es acercarnos a la práctica de investigación que necesariamente se conforma como un espacio de encuentro entre la teoría, la metodología y la realidad social, ya que, como bien señalan LÜSCHEN y WEIS, «tomando como modelo el deporte, es posible ejemplificar la teoría y los métodos sociológicos» (1979: 12).

DEPORTE, SOCIEDAD Y TRABAJO

A pesar de la importante presencia del deporte en las sociedades contemporáneas, y de que de una manera u otra las actividades deportivas forman parte de nuestra vida cotidiana (como práctica esporádica a nivel *amateur*, como hábito, o simplemente como espectadores), el análisis sociológico del deporte no cobra entidad propia hasta los años ochenta del siglo XX. Es significativa en este sentido la opinión que ya expresaban LÜSCHEN y WEIS en la introducción a su célebre libro *Sociología del Deporte*, cuando señalaban que «la mayoría de las publicaciones que existen en el ámbito internacional son descriptivas y a veces carecen de toda referencia a conceptos sociológicos» (1979: 14).

El desarrollo tardío de la disciplina no implica, sin embargo, que el tema del deporte y el juego no esté presente en la obra de algunos clásicos como Weber o Simmel, o que autores como SPENCER (1880) o ZNANIECKI (1930) no pusieran énfasis en su valor educativo o en la función que desempeña para la clase ociosa (VEBLEN, 1979). No obstante, para entender la evolución actual del deporte resulta fundamental plantearse las causas de su origen y desarrollo³. Así, autores contemporáneos como ELÍAS (1992) han priorizado los aspectos sociopolíticos, señalando que la aparición del deporte moderno se asocia al proceso civilizador de la sociedad inglesa, ya que el desarrollo del deporte jugó un importante papel en la pacificación de las clases altas del país (nobleza y terratenientes) que se encontraban sujetas a grandes tensiones. La transformación de los pasatiempos tradicionales de las clases altas en actividades deportivas asumidas por las nuevas clases industriales urbanas conllevó a su vez la aceptación de determinadas normas y reglas de juego, el autocontrol emocional o la búsqueda de la victoria. Por otro lado, para MANDELL (1986), el desarrollo de la so-

³ Para una revisión de las distintas aportaciones teóricas de la Sociología del Deporte, véase VELÁZQUEZ BUENDÍA (2001).

ciudad inglesa y la adopción de determinadas prácticas propias del proceso de industrialización (racionalización, estandarización, etc.) fueron acompañados por la evolución paralela de la práctica deportiva, orientada hacia la eficacia y la consecución de resultados medibles.

Otras visiones del desarrollo del deporte presentan rasgos más críticos, como la de BROHM (1993), que desde una perspectiva neomarxista sostiene que el deporte moderno es una práctica de clase estrechamente vinculada al modo de producción capitalista y a las relaciones de producción burguesas, o la de BOURDIEU (1993) que destaca el papel de las *Public School* inglesas (donde se educaban los hijos de la aristocracia y la alta burguesía) en la conformación del deporte moderno a partir de la evolución de los pasatiempos tradicionales de las capas dominantes. Para Bourdieu, el deporte cumple un papel importante en el control y formación moral de las nuevas capas dirigentes, pero también explica la popularización posterior del mismo en las clases trabajadoras por ese valor de control social. Bourdieu también incide en un aspecto al que haremos referencia en el análisis de las entrevistas: el hecho de que el deporte moderno constituye además para las clases trabajadoras una vía importante de movilidad social, lo cual legitima a la burguesía para crear instituciones que promuevan los valores e intereses propios de la profesionalización deportiva (racionalización de los entrenamientos, eficacia, etc.).

En todo caso, e independientemente de que se adopten distintas perspectivas teóricas y de que la expansión del deporte se explique por motivaciones económicas, políticas, sociales o culturales, en la actualidad es innegable que el análisis social del deporte constituye un objeto de estudio que está experimentando un desarrollo creciente. La Sociología del Deporte como disciplina está cada vez más consolidada en el ámbito internacional (con revistas académicas y comités científicos propios), al mismo tiempo que proliferan los enfoques multidisciplinares que incorporan contribuciones de la psicología, la medicina, la educación física o la antropología.

En el caso español, el estudio y análisis del fenómeno deportivo se ha caracterizado por un desarrollo tardío en relación con otros países y, como señalan GARCÍA FERRANDO (1998) o MOSCOSO (2006), la mayor parte de las aportaciones presentan un marcado carácter descriptivo, con un alto contenido empírico, y por lo general los fundamentos metodológicos de las investigaciones —basadas principalmente en encuestas— resultan bastante discutibles ya que «es habitual el uso de encuestas que se aplican sin diseño muestral» (MOSCOSO, 2006: 195)⁴. Existen, no obstante, interesantes contribuciones sobre algunas temáticas concretas, entre las que cabe destacar

⁴ Ha de destacarse, sin embargo, la importancia de las *Encuestas sobre Hábitos Deportivos de los Españoles* que se vienen realizando periódicamente cada cinco años (1995, 2000 y 2005), y que, junto con otras encuestas anteriores del año 1975 (Delegación Nacional de Educación Física y Deporte) y 1980 (CIS), constituyen una fuente de datos secundarios longitudinales de primer orden sobre la práctica del deporte en España (véase GARCÍA FERRANDO, 1990, 1998 y 2006).

la estructura social del deporte, las relaciones de género en la práctica deportiva, la socialización y el deporte, la violencia en los espectáculos de masas o las políticas deportivas, a la vez que están cobrando mayor importancia nuevos ámbitos de estudio como el impacto del deporte en la mejora de la calidad de vida o el papel integrador del deporte para los inmigrantes.

En relación con el objeto de estudio de este capítulo, la inserción laboral de ex deportistas profesionales, los trabajos realizados lo han abordado desde una perspectiva que en nuestra opinión presenta un marcado carácter psicologista ya que se entiende el proceso de inserción como un proceso fundamentalmente individual en el que el ex deportista despliega una serie de estrategias para insertarse nuevamente en el mercado de trabajo. En estas contribuciones se pone especial énfasis en la idea de transición (LAVALLEE, 2000), cuya vivencia individual viene determinada por cuatro factores: las causas que determinan el inicio de la transición, los factores personales, los factores relacionados con la adaptación a la transición, y los factores de contexto (PUIG y VILANOVA, 2006).

Aunque algunos aspectos concretos de estas aportaciones resultan de gran interés, en la investigación que nos ocupa se ha optado por considerar las transiciones y trayectorias individuales en relación con las explicaciones que contemplan el análisis de lo social y que incluyen variables sociológicas como el origen de clase y las cambiantes características del mundo del trabajo.

Desde este planteamiento, el estudio del profesionalismo deportivo, que como hemos expuesto anteriormente tiene su origen en la sociedad industrial y se potencia con el desarrollo económico y los cambios socioculturales, permite poner en relación el mundo del deporte profesional con el mundo del trabajo. Ahora el deportista profesional vive de su práctica deportiva y se convierte en un asalariado de un club que participa en competiciones de carácter regional, nacional, e incluso internacional. La concepción del deporte como mera diversión da paso a un creciente proceso de profesionalización en el que predominan las reglas minuciosas, la organización técnica, la competencia mercantil, la especialización, la jerarquización y la búsqueda de la racionalización y del mejor rendimiento. En definitiva, en el deporte profesional, como señala BROHM (1978), aparecen elementos importantes del mundo del trabajo, aunque curiosamente la Sociología del Deporte no lo ha contemplado de forma conjunta como tema de investigación (LÜSCHEN y WEIS, 1979: 15; MOSCOSO, 2006).

Por último, el tema que nos ocupa requiere además una especificación del concepto de carrera o trayectoria profesional, cuyos últimos desarrollos abogan por trascender su dimensión individual y considerar las implicaciones que se derivan de las sociedades cada vez más cambiantes, globalizadas y menos estructuradas⁵.

⁵ Para mayor detalle sobre estudios de carreras y trayectorias profesionales, véanse COLLIN y YOUNG, 2000 y PEIPERL, M. *et al.*, 2000.

Aunque estas cuestiones precisan de una elaboración teórica detallada que trascienda los objetivos de este capítulo, permean a todo el análisis, ya que el estudio de la inserción laboral de los ex deportistas profesionales no puede obviar las interrelaciones entre el deporte, el trabajo, y la perspectiva longitudinal de la carrera profesional.

LA ENTREVISTA ABIERTA EN EL CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

El estudio de las situaciones experimentadas por los ex futbolistas y ex baloncestistas profesionales en su inserción al mundo laboral, a partir del sentido que ellos atribuyen a sus experiencias y trayectorias, inscribió el contexto de la investigación en la perspectiva cualitativa y determinó la elección de la técnica metodológica: la entrevista abierta⁶. La utilización de la entrevista abierta tiene una larga historia en las ciencias sociales, que aquí no podemos más que esbozar en pocas líneas.

Existe cierto consenso en situar su origen en los estudios de caso realizados por la llamada Escuela de Chicago⁷ durante el primer tercio del siglo XX⁸. Las importantes transformaciones económicas, demográficas y políticas del momento acarrearón problemas sociales nuevos que para los sociólogos de esta escuela demandaban ser abordadas de forma empírica, desde la experiencia concreta y particular de los sujetos. Así desarrollaron una metodología inductiva de carácter cualitativo, en la que se incluirían diversas modalidades de entrevista. Otro de los contextos en los que se sitúa el comienzo de la entrevista está relacionado con el célebre experimento de Hawthorne, de clara orientación psicologista y funcionalista, llevado a cabo por Elton Mayo, cuando tras una primera etapa de realización de entrevistas más o menos estructuradas a los trabajadores, se decidió adoptar la técnica de entrevista no dirigida para permitirles expresar libremente sus actitudes y opiniones sobre su trabajo, sin que el entrevistador estableciera premisas previas.

Al remitirnos al origen de la entrevista en ciencias sociales es necesario resaltar que su desarrollo coincidió con la institucionalización de algunas disciplinas en los Estados Unidos, como la Psicología y la Sociología, en el marco de la perspectiva es-

⁶ Las entrevistas con escaso grado de estructuración y preguntas no estandarizadas se denominan generalmente entrevistas abiertas o entrevistas cualitativas. También se han empleado otras denominaciones, como entrevista intensiva, conversación, entrevista centrada o focalizada (Merton), o entrevista en profundidad. Esta última denominación puede llevar a confusión porque se le presupone un objetivo de indagación en las capas profundas de la personalidad del entrevistado, lo cual es erróneo.

⁷ Para un análisis detallado de los autores, trabajos y corrientes que convergen en la denominada Escuela de Chicago véanse ABBOTT, 1997 y ÁLVAREZ-URÍA y VARELA, 2004.

⁸ En Europa, durante el siglo XIX, el trabajo realizado por autores como Frederic Le Play sirvió para sistematizar la labor realizada anteriormente por los economistas sociales y facilitar con ello la transición de la Economía social a la Sociología. Por ello se atribuye a las monografías realizadas por Le Play, basadas en trabajo de campo, el hecho de que la realidad social pasara a formar parte del estudio científico.

pistemológica positivista que predominaba en ese momento. Por otro lado, algunos autores apuntan que la entrevista constituyó una forma de acceder a la «verdad» de las personas, pero también constituía al mismo tiempo una herramienta de control, remitiendo así a la génesis de las formas de preguntar y responder, tal y como señala Michel Foucault en su trabajo *La verdad y las formas jurídicas* (FOUCAULT, 1980)⁹.

Otras aportaciones que contribuyen a la sistematización de la entrevista abierta como técnica de producción de conocimiento proceden de la Antropología Social o Cultural, en la medida que el denominado «método etnográfico» se define como una práctica esencialmente descriptiva (HAMMERSLEY y ATKINSON, 1994), constituyendo una parte fundamental del mismo la realización de entrevistas abiertas, el esbozo de relatos de vida y la recogida minuciosa de documentos personales. Igualmente, cabría destacar las contribuciones de la entrevista terapéutica (con Rogers como precursor), la investigación del consumo (inaugurada por Dichter) y los estudios sobre comunicación de masas (Merton), que confluyen en la consolidación de esta práctica metodológica¹⁰.

Actualmente, una de las grandes diferencias entre la práctica de la entrevista en la investigación social y otras modalidades de conocimiento reside tanto en su aplicación más o menos formal y sistemática, como en su capacidad para indagar en procesos sociales o llegar a conclusiones generales guiadas teóricamente a través de las valoraciones, representaciones y vivencias individuales. Mediante la entrevista el investigador social enmarca histórica y socialmente las experiencias personales de sus entrevistados y busca comprender los procesos sociales que subyacen a las valoraciones e interpretaciones subjetivas individuales. En este proceso, el investigador social no ignora además el hecho de que el propio contexto de investigación es parte de la estructura social y comunicativa que produce e incita estas mismas valoraciones.

Cuando realizamos entrevistas es necesario tener en cuenta que suponen un intercambio desigual y que tienen un propósito determinado por los investigadores que insta a los entrevistados a reflexionar sobre sus intervenciones. Por ello, al analizar las entrevistas se deben valorar tanto las intervenciones de los entrevistados como las de los entrevistadores, considerando los marcos teóricos de partida, ya que es precisamente el conjunto de ideas que integran las teorías sociales de referencia lo que guía el análisis empírico. Pero entre las premisas teóricas de partida y el análisis de los discursos existe un proceso de constante aproximación y redefinición de las dimensiones del objeto de estudio y de los sujetos que queremos entrevistar, que se va concretando a lo largo del diseño de la investigación y de la realización de las propias entrevistas.

⁹ FOUCAULT (1980) plantea que en la Edad Media existía una modalidad de encuesta empleada por los funcionarios del imperio carolingio para saber quién había hecho qué, en qué condiciones, y en qué momento. Este tipo de encuesta se inspiró en la *visitatio*, una técnica utilizada previamente por la Iglesia para resolver asuntos religiosos y administrativos.

¹⁰ Véase el capítulo sobre «Las entrevistas cualitativas en perspectiva histórica» en VALLES, 2002.

EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN

La investigación sobre las trayectorias de inserción profesional de ex futbolistas de élite en España perseguía dos objetivos generales: por un lado establecer una tipología de las distintas trayectorias de carrera de los ex deportistas profesionales; por otro, identificar los factores que contribuyen a conformar una trayectoria laboral sólida y enriquecedora, así como aquellos otros factores de «riesgo» que pueden contribuir a dificultar la inserción laboral posterior. De esta forma, el estudio debía servir de base para el diseño de actuaciones y políticas que faciliten la inserción laboral de aquellos jugadores a los que se les termina su etapa de deportistas de élite.

En relación a estos objetivos, el diseño de investigación se planificó en dos fases. En la primera se incluyó la recogida y análisis de datos secundarios (informes de clubes, noticias de prensa y datos de distintas instituciones del deporte), así como la realización de entrevistas en profundidad a personas relacionadas con la gestión deportiva, y a ex jugadores profesionales que por su trayectoria laboral representan casos «emblemáticos» de ex deportistas profesionales del fútbol que han ejercido su actividad en equipos de primera y segunda división A de toda España durante los treinta últimos años, y de ex jugadores de baloncesto de la liga ACB de los veinte últimos años. Para la segunda fase se diseñó una encuesta telefónica a 300 ex deportistas profesionales del fútbol y del baloncesto de toda España, con una muestra aleatoria estratificada por edad y categoría deportiva.

El uso de la entrevista abierta en el contexto de la investigación que presentamos tuvo, por tanto, una doble finalidad. Por un lado, se trataba de recoger información cualitativa para lograr entender qué ocurre tras el momento de la retirada, qué pasa con la vida de tantos jugadores cuyo único objetivo y ocupación durante años fue dedicarse de lleno al deporte de élite, y, sobre todo, cuál es la presentación y la narrativa de sus vidas que hacen los propios sujetos. En otras palabras, se trataba de obtener información detallada del informante o entrevistado prestando atención especial a su lenguaje, experiencia e interpretaciones. Por otro lado, las entrevistas abiertas permitirían una profunda familiarización con la temática que serviría de base para detectar los aspectos más relevantes que debían incluirse en el diseño del cuestionario telefónico.

Este uso de los métodos cualitativos como fase exploratoria para el diseño de técnicas cuantitativas resulta muy habitual en ciencias sociales para obtener dimensiones y proposiciones que se incluyen en forma de ítems en el cuestionario. Sin embargo, en este caso no era el único propósito ya que la articulación entre la perspectiva cualitativa y la cuantitativa, y de las diferentes técnicas empleadas, se concibió como estrategia para abordar los mismos objetivos de investigación reseñados ¹¹. En este capítulo solo se incluyen, no obstante, las principales conclusiones del trabajo de campo realizado con las técnicas cualitativas.

¹¹ Véase CALLEJO y VIEDMA, 2006.

La utilización de la entrevista abierta requirió, a su vez, establecer cuáles eran los principales criterios a tener en cuenta en la selección de los entrevistados y cuántas entrevistas se iban a realizar, lo que se conoce como diseño muestral. Estas dos decisiones dependen habitualmente de los objetivos de la investigación, pero también del contexto en el que esta se desarrolla, del tipo de sujetos a los que se quiere entrevistar, del presupuesto, de la accesibilidad de los informantes y de los límites temporales en los que se enmarca la investigación, aunque es preciso señalar que no existen recetas prácticas para seleccionar un determinado número y tipo de entrevistados.

En nuestra investigación los ex deportistas profesionales se seleccionaron atendiendo al criterio de la *edad actual* (mayor o menor de 45 años) y a la *categoría* en la que han pasado la mayor parte de su carrera (primera división, segunda división A y liga de la Asociación de Clubes de Baloncesto —ACB—).

La edad actual constituye un criterio relevante ya que permite ver la evolución de trayectorias profesionales más o menos extensas desde el momento de la retirada, pero además ayuda a contrastar dos situaciones distintas en el deporte profesional marcadas por el antes y el después de la inversión sin precedentes de las televisiones privadas que supusieron un cambio fundamental en los ingresos del deportista de élite, al menos en el fútbol, y en el baloncesto en menor medida. La categoría en la que se jugó también resulta una variable importante, porque hay claros factores diferenciadores en la carrera de un jugador de primera división y uno de segunda, así como en la de un baloncestista de la liga profesional ACB y uno de la Liga Española de Baloncesto (LEB).

La elección de estos criterios para seleccionar a los entrevistados perseguía a su vez obtener representatividad de tipo «estructural»¹² en el sentido de que al aproximarnos a los ex jugadores para comprender la realidad social desde los significados que estos asignan a sus experiencias, partíamos del supuesto de que sus discursos individuales reproducen discursos sociales y de que la peculiaridad de estos discursos individuales depende precisamente de su ubicación en la estructura social. Por ello, como investigadores no podemos interpretar lo dicho por el entrevistado como producto del azar, ni tampoco como un mero testimonio individual aislado, sino como representativo de las variables (edad, categoría, origen de clase, nivel cultural, acti-

¹² En la investigación cualitativa también se utiliza la denominada representatividad teórica (GLASER y STRAUSS, 1976). Esta modalidad de muestreo permite encontrar aquellas categorías de personas o sucesos que se desea explorar más en profundidad. Más que preocuparse del número correcto o de su selección se preocupa de recoger la información más relevante para el concepto o teoría buscada. El muestreo teórico de una categoría se interrumpe cuando está saturada, elaborada e integrada en la teoría emergente (GLASER, 1992: 101). En otras ocasiones no se busca la representatividad de los informantes, sino solo el acceso a determinados mundos de sentido que se consideran significativos para cubrir los objetivos de la investigación, o para ver los límites en los que se enmarca el fenómeno, o para acceder a informantes especialmente cualificados.

vidad laboral, etc.) que lo definen y posicionan en la sociedad en relación con el tema de estudio.

Cuando se establecen criterios de selección en función de la denominada representatividad estructural no se puede concretar, *a priori*, el número total de entrevistas, ya que el criterio final que prevalece no es tanto el número de entrevistados, sino la composición de la muestra en cuanto a haber obtenido diferencias significativas, sociológicamente, entre los discursos. En nuestro caso se realizaron finalmente un total de quince entrevistas en distintos puntos del territorio nacional (Madrid, Barcelona, Vitoria, Pamplona, Bilbao, Cádiz y Tenerife), tratando de rastrear las diferentes concepciones, visiones o representaciones de una aparentemente similar práctica deportiva: seis a jugadores de fútbol de primera división (dos a menores de 45 años y cuatro a mayores), otras seis a jugadores de fútbol de segunda división (tres a menores y tres a mayores de 45 años), y tres a jugadores de baloncesto (dos a menores de 45 años y una a uno mayor).

Para acceder a estos ex jugadores recurrimos a personas conocidas y a asociaciones de veteranos para que nos remitieran a los entrevistados finales. Este procedimiento, conocido como «muestreo por bola de nieve», consiste en localizar a algunos individuos que nos pueden conducir a los entrevistados finales. El muestreo por bola de nieve es muy utilizado también cuando se hacen estudios con poblaciones marginales o cuando las personas entrevistadas pertenecen a ciertas élites, por la dificultad que conlleva acceder a este tipo de grupos¹³. Por ello las decisiones de diseño se toman muchas veces sobre las posibilidades pragmáticas de la selección, es decir, se selecciona a los que se puede acceder y reúnen los criterios establecidos en el diseño muestral. En términos generales, e independientemente del tipo de muestreo utilizado, el objetivo siempre será conseguir la máxima diversidad de discursos.

Es preciso destacar, por último, que el diseño muestral en una investigación puede ser (y de hecho es deseable que sea) modificable a medida que se va avanzando en el proceso de investigación, concretamente en el trabajo de campo y a partir de los consiguientes análisis preliminares, ya que en el avance de este proceso se van perfilando mejor los tipos de informantes, los huecos no cubiertos y las contradicciones u oposiciones no previstas.

¹³ La entrevista es una práctica de investigación idónea para entrevistar a individuos cuyo discurso no forma parte de las experiencias y percepciones compartidas por el común de los individuos en una sociedad. Por ello resulta apropiada para conocer voces que están poco representadas en los discursos hegemónicos, como determinados grupos de inmigrantes, clases desfavorecidas o grupos sociales y culturales marginados. Mediante la entrevista podemos aproximarnos también a informantes destacados, expertos, líderes o élites que ocupan una posición privilegiada para observar, tomar decisiones o informar en relación al tema de estudio, y para el estudio de casos específicos en los que la posición de ciertos individuos encarna, en toda su riqueza, el modelo ideal de una determinada actitud o trayectoria.

LA REALIZACIÓN DE ENTREVISTAS

Antes de realizar las entrevistas fue preciso generar un guión que recogiera los principales temas de la investigación y facilitara la interacción con la persona entrevistada. La propuesta de un guión no implica, sin embargo, que la conversación se ajuste exactamente a dicho esquema (en relación con las formulaciones concretas y el orden de estas), sino que constituye una orientación sobre áreas temáticas delimitadas a partir de los objetivos e hipótesis de la investigación. Como puede verse en el recuadro de la página siguiente, el guión de entrevista utilizado en esta investigación consta de seis grandes apartados con distintos subapartados que se abordaban en cada entrevista si resultaban pertinentes al caso concreto. Estos apartados siguen un orden biográfico, precisamente porque el objeto de estudio tiene un carácter longitudinal. Aunque el objetivo principal era establecer tipologías de carrera desde el momento de la retirada del deporte profesional, era preciso reconstruir también los orígenes sociales del deportista y sus inicios en el mundo del deporte, así como las vivencias más importantes de la carrera deportiva que pudieran influir en su trayectoria posterior y sus perspectivas de futuro.

Pero ¿cómo comenzar una entrevista? Este es un momento fundamental, ya que en las primeras preguntas se suele establecer el vínculo, los roles y actitudes de la interacción entre entrevistador y entrevistado. Para ilustrar en la práctica momentos de este proceso utilizaremos algunas partes de la transcripción de la entrevista realizada a Manuel, nombre ficticio de un ex futbolista de primera división que actualmente ocupa un cargo directivo en su club de origen.

Veamos la frase de apertura:

«P: Nos gustaría que nos contaras cómo fue tu entrada en el mundo del fútbol.»

Con este comienzo —«mundo del fútbol»—, una expresión connotada que no es neutral, el entrevistado identifica las expectativas e intereses de la investigación y destaca su identidad profesional en detrimento de otras. El cierto grado de notoriedad que alcanzó durante su carrera deportiva y el cargo que ocupa en la actualidad hacen que se muestre muy familiarizado con la dinámica de la entrevista periodística y el comienzo de la entrevista refuerza esta posición. En principio este factor es una ventaja, porque limita las obstrucciones en el diálogo y permite que se inicie la relación de entrevista, pero también supone un inconveniente ya que el entrevistado construye en su discurso una identidad cercana a un tipo ideal como jugador de fútbol, que no es necesariamente la que puede interesar en la investigación.

En el transcurso de la entrevista, quien pregunta, más que un interrogador que formula preguntas y recoge respuestas debe ser un explorador paciente que facilita y estimula la expresión de su entrevistado, para, como en este caso, abordar dimensiones más relacionadas con los objetivos de la investigación. En ocasiones, el establecimiento de un

GUIÓN DE ENTREVISTA ABIERTA

1) SOCIALIZACIÓN EN EL DEPORTE (COMIENZOS EN EL MUNDO DEL FÚTBOL. ¿NACE O SE HACE?)

- Edad y modo de entrada en el mundo del fútbol.
- Papel jugado por la familia. Perspectivas de futuro familiar, situación de origen.
- Contexto social más amplio (momento histórico, barrio de nacimiento, país...).

2) PRIMEROS PASOS EN LA CARRERA DEPORTIVA

- Relación con los estudios que se estuvieran cursando.
- «Sacrificios» que se recuerde haber hecho para dedicarse al fútbol.

3) TRAYECTORIA PROFESIONAL

- Salto al profesionalismo (edad y club, por ejemplo). Canteranos, emigrantes y estrellas emergentes.
- Asesoramiento por representantes/padres/otros futbolistas.

4) JUGANDO CON LOS GRANDES. VIDA PROFESIONAL DE UN FUTBOLISTA

- Principales recuerdos de la carrera como futbolista profesional. Títulos, gloria y fama vs. lesiones de gravedad que sufriera.
- «El ambiente del vestuario»: relación con compañeros, clubes, medios de comunicación. Vida deportiva: «hombre del club», «trotamundos del fútbol»...
- Vida familiar de un deportista profesional: tiempo, perspectivas y educación para los hijos, desplazamientos, revistas del corazón. Situación socio-profesional de sus parejas.
- Cambios en las formas de vida (movilidad social y de estilos de vida). Situación de la familia de origen (comparativa), y relación con el lugar de origen del jugador.
- Tiempo libre.
- ¿Uso de un representante a lo largo de la carrera?
- Planificación/visión del futuro tras la retirada.

5) EN LA PRÓRROGA Y DESPUÉS. RETIRADA Y MUCHOS AÑOS POR DELANTE

- Años de declive de la carrera: seguir o no. Trayectoria final y año y modo de retirada.
- Decisión de dejar el fútbol (cómo, cuándo y por qué).
- Empleo del tiempo tras la retirada.
- Vinculación (o no) con el mundo del fútbol después de retirarse (hacerse entrenador para seguir «trabajando», representante de futbolistas, comentarista deportivo, asociaciones de veteranos...).
- «Vivir de las rentas», «entretenerse» o «trabajar», situación laboral de un ex futbolista profesional. ¿Estudios?
- Si trayectoria es de negocios, ¿negocio propio o con socios?
- Relación con los clubes y compañeros después de la retirada.
- ¿Vinculación con lo local?

6) PERSPECTIVAS DE FUTURO

- Qué tiene pensado hacer en los próximos años.
- Qué anhela/desearía para su carrera profesional actual.
- Qué ha echado en falta/qué cambiaría de poder volver atrás.
- Qué podría sugerir a los actuales profesionales del fútbol.
- ¿Se le ocurre alguna cuestión que facilitara la inserción profesional? ¿Sugerencias a los clubes/asociaciones veteranos/administración pública?

grado de confianza y comodidad apropiado entre entrevistador y entrevistado permitirá diálogos más fructíferos. A veces, esta «química» necesaria puede tardar en llegar o no se produce nunca porque, como señala Halperín, «la entrevista no es un simple registro en el que el investigador recoge información del informante (o interlocutor) sino un verdadero “arte del vínculo”» (citado en ALONSO, 1998: 71); es decir, la entrevista no es tanto una técnica, sino más bien un arte en manejar con habilidad este diálogo.

El guión de entrevista, tal y como se ha señalado previamente, es una herramienta de apoyo para abordar las diversas temáticas objeto de estudio, pero las preguntas específicas se tendrán que ir formulando sobre la marcha y en función del desarrollo de la entrevista. Si la narración es fluida, las preguntas pueden ser exploratorias. No son verdaderas preguntas, sino estímulos que tratan de ser neutrales y cumplen la función de animar al entrevistado a continuar y profundizar en el tema en cuestión, o a aportar más detalles.

«R: (...) Y allí ya ese equipo era convalido del Madrid y ya con 13 años me llamó el Madrid para hacer una prueba con ellos y de ahí firmé.

P: Viste que ahí podías tener futuro.

R: Yo nunca pensé que podía tener un futuro en el fútbol. Yo creo que las perspectivas que hay ahora tanto con los jugadores como con su entorno, con sus padres, sus familiares, yo creo que hoy en día cuando nosotros fichamos a un chaval de 12, 13, 14 años yo creo que todo el mundo piensa que va a vivir del fútbol».

Para un desarrollo ágil de la entrevista también son fundamentales los estímulos y expresiones de interés —también con lenguaje no verbal— por parte del entrevistador. Asimismo, la apertura de la entrevista abierta implica que el entrevistador ofrece oportunidades para la rectificación o matización de asuntos que hayan aparecido anteriormente en la conversación y que cobran nueva luz en momentos más avanzados de la entrevista, mediante la repetición de una respuesta o la síntesis de las últimas respuestas, es decir, a través de un resumen de lo hablado hasta el momento para que el entrevistado adquiera conciencia del punto en el que se encuentra la entrevista.

En otras ocasiones el entrevistador refuerza, dando su propia opinión, la opinión del entrevistado:

«R: (...) No teníamos otra cosa como ahora, el ordenador y máquinas y todas esas historias. Yo jugaba al fútbol mañana, tarde y noche. Es la mayor diferencia que encuentro entre los chavales de hoy en día y los de antes.

P: Yo creo que les gustaba más el fútbol a los chavales de entonces que a los de hoy en día, ¿no?».

Esta es una forma heterodoxa de preguntar, ya que los juicios personales del entrevistador no suelen tener cabida en entrevistas de investigación social. Aun así, con esta licencia, el entrevistador recurre a una estrategia de conversación informal que estimula el flujo narrativo del entrevistado. Cuando este flujo encuentra obstáculos, —por asociación con recuerdos íntimos, o por incomodidad ante la pregunta— no

debemos temer las pausas y silencios, ni llenarlos apresuradamente con la siguiente pregunta. En ocasiones, algunos segundos de silencio pueden favorecer que se genere confianza, reflexión o recuerdo en el entrevistado, y permitir una mayor naturalidad en el diálogo. En otros debemos respetar la negativa del entrevistado a hablar sobre los temas que le pueden incomodar en exceso.

Un aspecto importante de las entrevistas abiertas es saber cuándo acabarlas. En nuestro caso, la entrevista a Manuel tiene un punto de inflexión en el momento de la finalización «formal» de la entrevista. Esta no es, sin embargo, el final de la conversación entre ambas partes ni de la grabación, razón por la que disponemos de la transcripción de una parte que según el contrato metacomunicativo entre las partes estaría al margen de la entrevista, *off the record*. La inflexión se produce porque se despide el «jugador profesional», «la estrella del fútbol» que representa el discurso más formalizado. El discurso del «jugador profesional» contiene interpretaciones y juicios estereotipados reforzados por factores internos (su papel como figura pública) y externos (el mencionado rol que adopta el entrevistador). Su discurso carece de las fisuras, contradicciones y vacíos que son consustanciales a una entrevista biográfica abierta. Pero después de este primer final, comienza otro tipo de entrevista que abre paso a aquello que está detrás de la «máscara» (Goffman): relación de pareja, tiempo que dedica a los hijos, preocupación por el dinero, jubilación.

P: Hemos ido dando un repaso exhaustivo a toda tu carrera tanto anterior como actual y futura. En ese sentido yo creo que más o menos está todo visto, ¿no?

R: Futura... a ver qué pasa, ya veremos a ver... pero encantado, muchas gracias.

P: Gracias, si quieres algo...

R: Espero que os valga, espero que os valga...

P: No, no, seguro. Ha sido muy interesante porque han salido cuestiones muy interesantes en torno a lo poco que hemos hablado de la edad ¿no? Porque los que se retiraron con 35 años, hoy, puede ser un mundo distinto al tuyo. Hemos hablado un poco de la fama, los sueldos y tal de cara también un poco al futuro.

R: Yo qué sé, pero también va mucho en las personas, ¿no? Al final, hay gente que tiene mucho ego, que necesita estar en primera línea de todo y hay gente que es más discreta y que tiene menos necesidad de salir en todos los sitios y pasar un poco más desapercibido. Yo creo que el que ha sido futbolista que ha estado unos años a nivel profesional en primera división y en segunda división a un buen nivel, yo creo que, lógicamente, va a tener una facilidad de vida para el día de mañana muy superior a un trabajador normal, muy, muy superior. O sea que en ese sentido, el que ha tenido dos dedos de frente no va a tener muchos problemas, en teoría luego va como todo. Por eso te digo que es muy importante lo que tú hagas en esos años de futbolista con tu dinero, con los riesgos que asumas.

En ocasiones esta situación tiene lugar cuando se apaga la grabadora o la cámara de vídeo¹⁴ con la que se graba la entrevista, ya que en la entrevista se escenifica una rela-

¹⁴ Sobre la grabación en vídeo de entrevistas biográficas véanse BAER (2005) y BAER y SÁNCHEZ PÉREZ (2005).

ción formalizada que presupone un cierto grado de desigualdad. Denominada como postentrevista, suele ofrecer información muy válida para los objetivos de la investigación que habrá que tener en cuenta en las anotaciones-reflexiones que se realizan una vez acabada. En este apartado también se suele incorporar información sobre interrupciones, honestidad en las respuestas, calidad de la interacción con el entrevistado o adecuación del guión de entrevista, que será muy útil para anticipar errores y mejorar en las próximas entrevistas proyectadas, así como para abordar cuestiones concretas en el proceso de análisis.

La transcripción de la entrevista, una tarea nada trivial en la medida que su resultado es el material de análisis, merece todavía un breve comentario en este apartado. Lo esencial cuando transcribimos es intentar reproducir de forma escrita los rasgos de la entrevista, de modo que entre lo escrito y lo hablado exista una relación de similitud lo más estrecha posible (incluyendo las superposiciones entre entrevistado y entrevistador), la forma acústica (tono, volumen, etc.) y el comportamiento no lingüístico que le acompaña (pausa, risa, carraspeo, gestos, movimientos de ojos, etc.)¹⁵. En nuestra investigación se optó por una transcripción literal y se registraron sobre el papel los solapamientos, las risas y otros aspectos de comunicación no verbal.

Aunque el trabajo de análisis está presente a lo largo de todo el proceso de investigación, se manifiesta en toda su complejidad a la hora de enfrentarnos con las transcripciones, proceso que intentamos desentrañar en el próximo apartado.

EL ANÁLISIS DE LAS ENTREVISTAS

Existen diferentes formas de analizar entrevistas que tienen que ver con distintas aproximaciones al análisis del discurso, aunque el objetivo común de todas ellas es identificar conjuntos de significados y las relaciones que se establecen. Nuestra propuesta de análisis implica trabajar con lo dicho (lo explícito en el texto de la transcripción), pero trayendo a un primer plano lo implícito (lo latente). A nuestro entender, la consideración conjunta de estos componentes permite abordar el análisis

¹⁵ Existen diferentes sistemas de transcripción, pero hay que considerar que siempre están condicionados por la teoría que ha dado origen a dicho sistema de transcripción. Implican una reducción de los datos originales y son constructos selectivos. Las palabras de la entrevista pueden transcribirse de acuerdo con la ortografía estándar o bien tal como se han dicho por el entrevistado/a, es decir, tal como suenan. Por ejemplo, se puede poner «Buenas tardes» o «Güenas tardes» y así con el resto de las palabras. La perspectiva llamada naturalista intenta reproducir lo más exactamente posible la entrevista y elige transcribir lo que se ha dicho, esté bien ortográficamente o no. Para la transcripción de los llamados aspectos prosódicos como pausas, énfasis, entonación, volumen, pueden utilizarse códigos especiales como puntos suspensivos, subrayados o mayúsculas. Un caso extremo de transcripción detallada, donde existe además un código propio absolutamente elaborado para recoger todo lo que se dice, es el del análisis conversacional (ATKINSON y HERITAGE, 1984).

sis de las entrevistas en toda su dimensión sociológica y establecer conexiones con los referentes teóricos de la investigación.

Con el propósito de presentar cómo los investigadores nos enfrentamos a este proceso y haciendo explícita la «trastienda» (WEINERMAN y SAUTU, 1997) o la «caja negra» de la investigación que no siempre se revela en los textos al uso —aunque evitando proporcionar recetas—, ilustramos el proceso de análisis seguido, que se organiza en relación con dos etapas principales: el análisis de las transcripciones individuales —que en este capítulo se circunscribe a la entrevista de Manuel— y el análisis de las temáticas que aparecen en el discurso de los entrevistados —en este caso se han elegido dos de ellas—, para dar paso a una reflexión posterior sobre el análisis sociológico de las trayectorias profesionales.

En la primera fase la aproximación al texto transcrito de cada una de las entrevistas nos permite identificar las principales temáticas que van apareciendo en el discurso y referirlas a procesos o contextos más amplios. El Cuadro I que sigue incluye, a modo de ejemplo, una parte del análisis realizado con la entrevista de Manuel en el que partimos de la lectura del texto transcrito, resaltando lo que nos resulta más significativo (columna II), y establecemos bloques temáticos con el fin de construir un orden o índice de los temas que han surgido (columna I). Al mismo tiempo, anotamos aquellos significados que no han sido expresados literalmente pero que están latentes en el discurso del entrevistado y que, por tanto, son parte del mismo (columna III). Se inicia así un proceso de análisis o reinterpretación a partir de la experiencia concreta de un individuo, por lo que estos significados se relacionan con los procesos o contextos sociales más amplios, al mismo tiempo que se identifican aspectos del contexto de la entrevista, como la interacción entrevistador-entrevistado (columna IV).

Además del análisis de las entrevistas por separado, el proceso de análisis requiere poner en relación cada uno de esos análisis individuales e inscribir los discursos en un determinado contexto sociológico; es decir, se trata de trascender los textos para entender qué cuestiones están operando de forma subyacente, como por ejemplo qué papel juega la procedencia social del entrevistado y en qué momento histórico concreto nos situamos para identificar un determinado tipo de trayectoria profesional y ponerla en relación con el marco teórico de la investigación. Por ello, el conocimiento previo de estudios y teorías sobre temáticas afines, al igual que nuestra propia formación cultural y conciencia social, son guías y recursos imprescindibles a la hora de analizar los textos sociales.

A lo largo del proceso de interpretación de los textos se han identificado distintas temáticas o ejes discursivos. Por razones de espacio y necesidad de síntesis, en este capítulo haremos referencia a dos de ellas: en primer lugar, la consideración del deporte profesional como vía de movilidad social y, en segundo lugar, las transformaciones que sufre la práctica deportiva en relación con el mundo del trabajo.

CUADRO I
Entrevista realizada a Manuel

I. Sintagmas	II. Lexias (transcripción)	III. Análisis estructural (síntomas, ejes sémicos)	IV. Análisis sociológico e información contextual
Jugando con los amigos	R: Bueno pues yo jugaba en... yo soy de Madrid, en el barrio con mis amiguetes. Y me acuerdo que hasta vendíamos papel y vendíamos cartones para sacar pasta para pagar las fichas, las camisetas y toda esta historia pues teníamos unos 11 ó 12 años. Jugando en una liga que había en la Chopera, en El Retiro. Y allí empezamos con los del barrio.	Pasión por el fútbol. Orígenes humildes. Nostalgia de tiempos pasados.	Ambiente comunitario; el barrio, los amigos. Lo espontáneo de la afición, el juego infantil.
La transición del juego al deporte	R: (...) El primer equipo que me vio jugar allí fue la Peña Castilla Ramón que me fichó pero eran mayores. (...) Al año siguiente ya fiché por el Berlín, un equipo al lado de Concha Espina un poquito más arriba del Bernabeu. (...) y ya con 13 años me llamó el Madrid para hacer una prueba con ellos y de ahí firmé.	El juego espontáneo con sus amigos en el barrio se convierte en un deporte de equipos, jugadores y entrenadores. Equipo deportivo: ambiente y concepto que se aproxima al nivel de lo societario.	Primer paso hacia la construcción de su identidad profesional. Transformación del jugador de fútbol desde la perspectiva estructural-social: de lo comunitario a lo societario (ver Esquema 1).
El futbolista ayer y hoy	R: Yo creo que los jugadores hoy en día han perdido la calle y eso es una situación importante. Aunque estás en un club que te enseña pues... ahora vamos a correr, ahora vamos a hacer esto por esto, quizá se mejora más en aspectos concretos del futbolista pero la «lístez» de la calle, eso de jugar dos partidos cruzados, con dos porterías allí y dos porterías aquí, con dos balones y allí chocándonos... eso se ha perdido. Yo creo que el jugador era más artista que ahora.	«La calle» = concepto clave de la diferencia entre su generación y la siguiente. Calle como lugar de aprendizaje, de experiencia. El jugador era más artista, más dedicado. Lenguaje de entrenador.	El entrevistado elabora con más detalle la contraposición entre el antes y el ahora Transformación de la imagen social del futbolista (ver Esquema 2).
El dilema del deportista profesional ante la retirada	R: (...) Sí me preocupaba un poco el futuro. Joder yo no tengo nada, no tengo estudios y no tengo mucho dinero. Antes no se ganaba lo que se gana ahora. (...) Que no es posible, que en 10 años dilapidadas todo lo que tienes y que como no trabajas estás muerto, y que hay que hacer algo, ¿no?	La falta de estudios y de capital (antes no se ganaba tanto en el fútbol) hace evidente la necesidad de trabajar después de la retirada, a pesar de tener unas pocas propiedades y algo de ahorros.	Autoconciencia de sus orígenes de clase. No tiene capital cultural ni económico. Autopresentación pública, gran sentido de la responsabilidad.

<p>Rasgos determinantes de su actual trabajo:</p> <ul style="list-style-type: none"> • Trabajo en equipo • Relación personal 	<p>R: (...) Aquí todo está inventado y al final, lo más importante o lo más difícil es manejarlos, que se identifiquen con lo que tú les dices todos los días. Eso es muy complicado. Son 25 chavales de 22,23,24, 25 años que la mitad son muy egoístas, que ganan mucho dinero, que sólo piensan en ellos y que cuando juegan están contentos y que cuando no juegan están puteándose y si pueden te prueban y si pueden... o sea manejar a esas 25 personas es lo más importante. Y creo que todavía se puede ver en el equipo, el ambiente del vestuario, del grupo, la unión que ha habido (...).</p>	<p>Contraste presente y pasado: Actualmente prima el individualismo en los jugadores, antes primaba el ambiente del grupo, de equipo.</p> <p>A pesar de ello, se busca y potencia la relación personal con los jugadores.</p>	<p>Se autopresenta como una referencia para los jugadores en el nivel profesional y en el personal.</p>
<p>La profesionalización del trabajo</p>	<p>P: Bueno, los equipos de fútbol, al margen de toda la parte de marketing que están desarrollando, también está el tema de los psicólogos, nutricionistas y bueno, de algún modo, ¿tú crees que esto tiene un futuro de expansión de profesiones alrededor del mundo del fútbol?</p> <p>R: Sí, sí, estoy convencido de que la figura del psicólogo va a ser muy importante el día de mañana, porque, porque, es una labor, para mí es una labor del entrenador pero no todos los entrenadores tienen esa facilidad de comunicar.</p>	<p>Se identifica con el trabajo de base, en este caso en relación con el entrenador, al que atribuye la conjunción de los conocimientos técnicos y la cualidad comunicativa.</p>	<p>El entrenador introduce el contexto de expansión de profesiones en torno al fútbol.</p> <p>Transformación en el contenido del trabajo técnico en torno al fútbol (ver Esquema 3)</p>
<p>Ambivalencias y resistencias a la especialización de funciones</p>	<p>R: Un deporte que maneja tantos millones como es el fútbol, está claro que no se puede anquilosar y decir «no, es que aquí no ha habido psicólogos y no van a entrar»... no, no, esto hay que mejorarlo todo lo que se pueda y no puedes estar gastándote tanto dinero y dejar cabos sin atar (...)</p> <p>P: De algún modo todo esto está más científico.</p> <p>R: Sí, sí, hasta ahí, hasta que bajas ahí. Ahí el balón es un problema redondo y hay baches, tienes que pegarla bien, y ponerla bien y darla bien.</p> <p>P: (...) El futbolista en esencia sigue siendo el mismo.</p> <p>R: El mismo, el mismo. En el momento en que tú pizas la hierba ya no hay nada. Ya no tienes el psicólogo al lado. Y cuando tú pones mal el pie el psicólogo no la para si se te va. O sea, es especial.</p>	<p>El crecimiento económico de los clubes de fútbol justifica la presencia de las nuevas profesiones en el mundo del fútbol, como la del psicólogo.</p> <p>Resistencias: en el terreno de juego el balón es un problema «redondo» frente al cual los psicólogos poco pueden hacer.</p> <p>Contraponen el «arte» a lo científico. Reivindica el carácter «especial» del fútbol, el «arte». Es el final de la entrevista.</p>	<p>El entrevistador sitúa el contexto de lo «científico», pero el entrevistado no sigue el hilo discursivo introducido por el entrevistador.</p> <p>El entrevistador retoma una declaración anterior de Manuel en el sentido de que en esencia el fútbol sigue siendo el mismo.</p> <p>Termina con implicación emotiva. Final de la entrevista.</p>

El deporte como vía de movilidad social

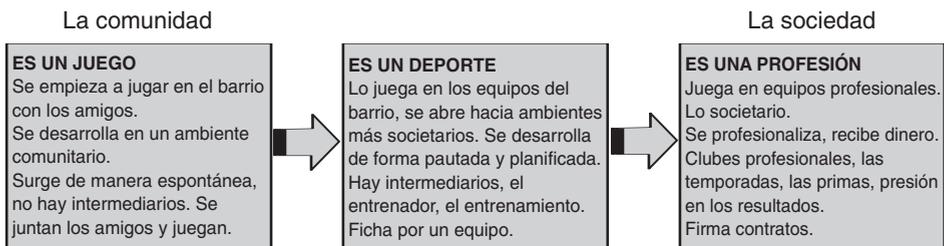
¿Cómo surge un deportista profesional? En las entrevistas realizadas se concedió especial importancia a las preguntas relacionadas con la socialización del futuro deportista, con los hitos o pasos que va dando el entrevistado hasta llegar a vivir del deporte. En la gran mayoría de los casos —con la única excepción de los tres jugadores de baloncesto entrevistados— el deporte empieza siendo una actividad lúdica, informal, que se juega en la calle:

«La única diversión que teníamos de niño en aquella época era el fútbol. No había Play. No había bicicletas tantas... lo que era, era jugar aquí, jugar en la calle» (Entrevista 7).

«... antes jugábamos todos al fútbol, incluso los chavales que no les gustaba el fútbol. (...) Antes era otra sociedad. Con un balón que costaba mil pesetas jugábamos veintidós chavales, pero hoy en día no. Hoy todos tienen su Play, su no sé qué... es otra historia. (...) Yo jugaba al fútbol mañana, tarde y noche. Es la mayor diferencia que encuentro entre los chavales de hoy en día y los de antes» (Entrevista 6).

Con el tiempo, y muchas veces con el apoyo activo de los padres (que a veces se torna en presión), se comienza a jugar en equipos de barrio que pertenecen a ligas locales, se suceden las categorías de alevín, infantil, cadete, y generalmente en el paso a juveniles se produce el salto importante hacia equipos más reconocidos que permiten la entrada al fútbol profesionalizado. El siguiente esquema ejemplifica esta transformación desde lo local y lo comunitario hacia lo societario, que de forma explícita aparece en la entrevista de Manuel, pero que se presenta reiteradamente en otros discursos.

La llegada al deporte profesional supone de esta forma un cambio importante en términos de movilidad de clase. La mayor parte de los futbolistas entrevistados provienen de familias de clase trabajadora, donde el padre realizaba distintos tipos de trabajos manuales (estibador, cocinero u obrero en la siderurgia), contaba con un pequeño negocio (lechería) o era empleado en el pequeño comercio, y en las que la ma-



ESQUEMA 1

Transformación del jugador de fútbol desde la perspectiva estructural-social: de lo comunitario a lo societario

dre se dedicaba fundamentalmente al trabajo doméstico. Por lo general, se trata de unidades familiares con muchos hijos (ocho o nueve en varios casos) que en ocasiones convivían con los abuelos. El trabajo de futbolista supone para casi todos los entrevistados la posibilidad de generar ingresos propios a una edad temprana en una ocupación que difiere sustancialmente de las actividades realizadas por sus padres. Para dar cuenta de estas trayectorias, en las entrevistas se realizó una aproximación indirecta al tema de la movilidad de clase planteando preguntas sobre las trayectorias de carrera y las ocupaciones que desarrollan tras la retirada, así como las reflexiones sobre las aspiraciones para sus propios hijos y su estilo de vida actual. En la mayor parte de los casos se observa un claro contraste entre la familia de origen y la familia actual, contraste que pone de manifiesto una pauta de movilidad ascendente.

La adscripción de clase de los deportistas profesionales no resulta, sin embargo, sencilla de determinar. Algunos autores de tradición marxista los asimilan a los pequeños empresarios, porque gozan de relativa independencia gracias a la posibilidad de determinar su propio valor en base al esfuerzo personal, circunstancia que los aleja del trabajo asalariado. Otros autores (Habermas y Rigauer, citados en LENK, 1979: 133) asimilan el trabajo desarrollado en el deporte de competición al trabajo propio de la sociedad industrial, caracterizado por un trabajo alienado, manipulado, basado en el principio del rendimiento y en el mercado trabajo-salario. Lenk, sin embargo, argumenta que incluso aunque se trate de un trabajo profesional, «la crítica a la opresión del rendimiento no puede transponerse directamente al deporte de competición» (1979: 140), puesto que el rendimiento deportivo no se extrae bajo coacción, es un producto del propio individuo (y no una parte alienada de un proceso) y se reviste de elementos emotivos y cualitativos que tienen que ver con la alegría y el orgullo del rendimiento.

Otras perspectivas que se enmarcan en la tradición weberiana reconocen que el proceso de movilidad de clase puede darse, pero solo en algunos deportistas de élite que constituyen casos excepcionales. El concepto fundamental es el del *status*, basado en una diferenciación de rangos: «... desde comienzos de la industrialización, lo que hace el deporte es introducir precisamente un nuevo elemento de diferenciación de rangos con una gradación minuciosa y objetiva tal que difícilmente se encuentra en otro sistema de rangos» (LÜSCHEN, 1979: 56). Además, para este autor es interesante la función socializadora que cumple el deporte para los deportistas de élite, porque gracias a la diferenciación jerárquica en clubes (primera/segunda división) y en diferentes modalidades deportivas (deportes de masas con cobertura mediática frente a deportes minoritarios), «el deporte desempeña una función de socialización con respecto a unas determinadas culturas de estratos sociales y a una notoria motivación de ascenso» (LÜSCHEN, 1979: 57).

Efectivamente, en el fútbol hemos comprobado que existe un sistema de rangos muy interiorizado por los jugadores que se expresa no solo en la búsqueda de una carrera ascendente hacia la primera división sino también en la consecución de un determi-

nado *status* que depende del tipo de club en el que juegue o haya jugado. No es casualidad que los entrevistados remarquen constantemente el número de temporadas que han jugado en primera división (aunque representen pocos años en toda su carrera), o los años que han pasado en los clubes «estrella», que en su opinión implican un mayor *status* como deportista.

En el ámbito deportivo la consecución de un determinado *status* suele ir acompañado de prestigio y reconocimiento, como nos señalaba un ex futbolista que acabó en segunda división:

«Yo llegué y el primer partido que jugué en el Bernabéu fue un trofeo del Bernabéu, jugué un partido y la prensa me dio el oso y el madroño de plata... ¡así que no me corté mucho cuando llegué al equipo!» (Entrevista 5).

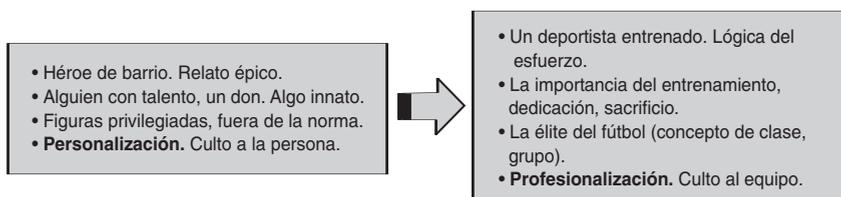
Este prestigio y reconocimiento no se corresponde, sin embargo, con la dimensión económica, tal y como suele ocurrir en otros ámbitos, como el artístico o el del espectáculo. En la actualidad los deportistas de élite tienen ingresos muy elevados, que en algunos casos incluso podríamos considerar como desproporcionados, pero la mayoría de los entrevistados pertenecen a una época en la que a pesar de que el futbolista generaba buenas remuneraciones, estas no resultaban suficientes para garantizar que tras la retirada se pudieran mantener holgadamente sin trabajar o sin buscar fuentes alternativas de ingresos.

En nuestro estudio, aunque el reconocimiento adquirido a lo largo de la carrera no ha implicado directamente ingresos elevados, sí que ha facilitado la inserción laboral posterior. La popularidad y la red de contactos logrados en los años de actividad avalan posteriormente al ex deportista, cuestiones que unidas al conocimiento de la técnica y táctica deportiva, así como de los entornos culturales de cada deporte, constituyen lo que se ha denominado «capital deportivo acumulado» (HEINEMANN, 1998, citado en PUIG y VILANOVA, 2006: 78); concepto que a semejanza del de capital cultural propuesto por BOURDIEU (1993) para otros ámbitos, o del de capital social de PUTNAM (2003), resulta muy interesante para abordar el estudio de las trayectorias laborales.

Deporte y trabajo

El deporte profesional, aunque conserve muchos elementos de la práctica *amateur*, constituye una forma de trabajo remunerado que, como se ha indicado anteriormente, presenta características propias (salarios elevados, reconocimiento público, y deportistas que se convierten en ídolos y modelos a imitar) pero al mismo tiempo comparte importantes rasgos con las formas de trabajo propias de la denominada sociedad postfordista. Veamos algunos de estos rasgos que se manifiestan en las entrevistas realizadas:

En primer lugar, y como telón de fondo, se ha producido una importante transformación en la propia imagen social del futbolista. Tal como se refleja en el Esquema 2, el



ESQUEMA 2

Transformación de la imagen social del futbolista

futbolista ha pasado de ser un héroe cercano que va triunfando gracias a su don innato y a su talento, a ser un deportista profesionalizado. Como nos decía Manuel, antes el jugador era más «artista»: su imagen social se correspondía con la que podían transmitir figuras míticas como Gento, Pelé, o incluso Maradona, futbolistas que pertenecen a las clases trabajadoras y que gracias a sus cualidades innatas y valores (carácter, fuerza de voluntad) son encumbrados como modelos a seguir, cumpliendo como señala Bourdieu el «ideal moral» de las clases dominantes (BOURDIEU, 1993: 63 y 65).

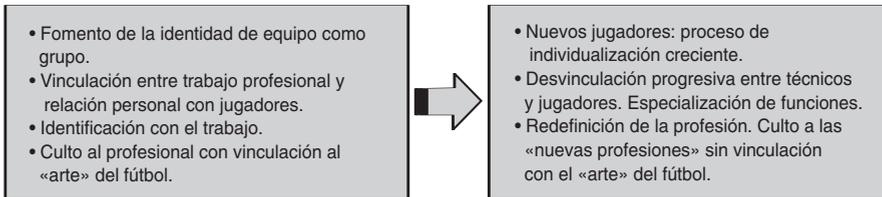
En la actualidad, aunque se valora el talento, se prima la lógica del esfuerzo, del entrenamiento dirigido y la voluntad de sacrificio. Las transcripciones siguientes ponen de manifiesto estas cuestiones:

«Porque mucha gente cree que ser futbolista es fácil, y no es tan fácil. Muchas veces oigo: hay un chico ahí con doce años que le pega fenómeno de pie, que saca bien de cabeza, que es rápido, que hace la pared, no sé, todas las técnicas de un futbolista. Yo pienso: todavía no veas la cantidad de cosas más que le falta por hacer para ser un buen futbolista, no solo eso, mucha técnica, faltan muchas cosas» (Entrevista 8).

«Siempre me ha gustado recalcar que no es fácil, o sea, que la gente piensa que estamos tocados por una varita (...). Estoy seguro de que no hay ningún deportista que gane un duro de esto que está tocado por una varita. Es lo mismo que si te digo un departamento de marketing, hay un tío que entra en el departamento de marketing, el tío habrá tenido que estudiar, pelear, trabajar como todo el mundo» (Entrevista 14).

En lo que respecta al trabajo del deportista, también se ha producido una importante transformación que se concreta en distintos aspectos (véase el Esquema 3). En los inicios de la carrera del deportista profesional se potenciaba la identidad del equipo y se valoraba la permanencia en el mismo equipo durante muchos años, pero en la actualidad la práctica deportiva está asimilando valores propios de otros ámbitos laborales.

A pesar de desarrollarse en un entorno grupal, el trabajo y la carrera del deportista de élite están cada vez más individualizados: los contratos se negocian individualmente (en ocasiones a través de representantes), los programas de entrenamiento se conciben también individualmente, se establece una progresiva desvinculación entre el «saber» técnico del entrenador y los jugadores, se produce una mayor especiali-



ESQUEMA 3

Transformación en el contenido del trabajo técnico en torno al fútbol

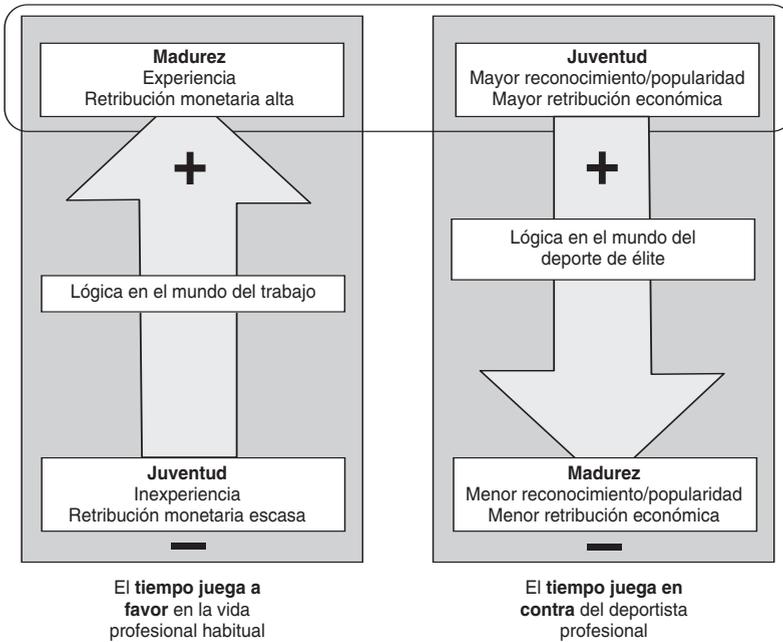
zación de funciones dentro y fuera del campo de juego, y como bien señala Manuel, en el entorno del fútbol (y también del baloncesto) surgen nuevas profesiones que ocupan nuevos nichos de mercado: el psicólogo deportivo, el asesor de inversiones, el asesor de imagen, etc. Todo ello remite inexorablemente a reflexionar sobre los paralelismos con el mundo del trabajo en general, que manifiesta también una mayor individualización de las relaciones laborales, mercados de trabajo cada vez más segmentados, relaciones más impersonales, nuevas ocupaciones en nuevos segmentos, etc.

Por último, en relación con lo aprendido en sus carreras como deportistas de élite, nuestros entrevistados destacan la adquisición de algunas capacidades (o competencias, en el lenguaje que impera en la actualidad), que se valoran crecientemente en el ámbito laboral y que en ocasiones han operado como facilitadoras de la inserción posterior: la capacidad de sacrificio, el trabajo en equipo, el sentido de la disciplina, el sometimiento a las reglas, la sociabilidad; competencias que forman parte del capital deportivo del ex futbolista o ex baloncestista profesional y que coinciden con las que se están demandando desde el mundo empresarial. Queda por analizar con más detalle si realmente resultan extrapolables de un ámbito a otro.

El tratamiento conjunto de estos y otros temas que no se tratan en este capítulo por limitaciones de espacio ha confluído en un acercamiento al tema de las trayectorias profesionales y a una especificación de las distintas tipologías encontradas hasta el momento, que se presentan en el siguiente apartado.

EL ANÁLISIS SOCIOLÓGICO DE LAS TRAYECTORIAS PROFESIONALES

Partiendo de la idea de que la denominación de «profesional» responde a un uso cotidiano del término que está absolutamente extendido en el mundo del deporte, y que no debe confundirse con lo que se entiende como tal en la Sociología de las Profesiones (véase FINKEL, 1999), las trayectorias «profesionales» de los ex deportistas de élite siguen una pauta absolutamente opuesta a la que presentan otro tipo de trabajadores. Como se pone de manifiesto en el Esquema 4, el tiempo generalmente constituye un obstáculo para el deportista de alto nivel, ya que la aproximación del



ESQUEMA 4

Distintas lógicas de trayectorias profesionales en el mundo del trabajo y el mundo del deporte de élite

momento del retiro (o del «agujero negro», como apareció en alguna entrevista) supone el inicio de un periodo de incertidumbre que en el mejor de los casos conlleva una importante disminución de los ingresos y un menor reconocimiento público. Por el contrario, para el resto de los trabajadores, o por lo menos para aquellos que tienen oportunidades de carrera, el paso del tiempo suele ir acompañado de una mayor experiencia y madurez que se reconoce en la retribución monetaria.

En el mundo del deporte de élite, el momento de la retirada se suele producir en torno a los 32-35 años, justamente la etapa en la que una persona adulta se encuentra en la plenitud de su vida y cuenta con mayores capacidades. A diferencia de lo que ocurre en la mayor parte de los contextos laborales, donde a esas edades los trabajadores generalmente cuentan con cierta experiencia, madurez y pericia reconocidas en las labores que desarrolla, el deportista profesional siente que ya ha prestado sus servicios y que debe afrontar una nueva etapa para la que posiblemente no esté preparado. El momento de la retirada, que puede vivirse de distintas formas (y que incluso puede planificarse y enfrentarse con decisión), constituye en todo caso un punto de inflexión en la vida del deportista, y como tal, no resulta fácil. Prueba de ello son las metáforas proporcionadas por nuestros entrevistados al referirse a la retirada del deporte profesional como el momento del «agujero negro», del «salto al

vacío» o del «borde del abismo ¹⁶». La retirada es sentida con resignación por algunos de ellos:

«... una vez que te retiras no puedes exigir tampoco mucho. Eres un mindundi, y como tal tienes que empezar, y luego si tú vales pues irás creciendo» (Entrevista 13).
 «... tienes que bajar del pedestal, por decirlo de alguna manera, y decir: bueno, ahora estoy jugando al fútbol y estoy ganando equis, y ahora tengo que hacer un trabajo que voy a ganar una cuarta parte, pues, oye, si no tengo otra alternativa, pues voy a trabajar de eso, de lo que sea, porque a veces es un trabajo de yo qué sé, y entonces dices: oye, ¿cómo voy a hacer yo eso? Pues, oye, yo haré eso o más si tengo una familia y tengo que mantenerla» (Entrevista 2).

¿Qué ocurre después, una vez que el jugador deja de vivir del fútbol o del baloncesto? El análisis conjunto de las entrevistas a ex jugadores puso de manifiesto una tipología de trayectorias profesionales cuyos rasgos principales resumimos a continuación e ilustramos con algunas citas relevantes de las distintas entrevistas.

- **Trayectoria 1:** Ex jugador que ha continuado vinculado al mundo del deporte profesional, en puestos de carácter técnico (entrenador, secretario técnico u otros puestos en clubes de primera o segunda división) o comentaristas deportivos en radio o televisión, lo que en la mayor parte de los casos ha supuesto adquirir formación adicional tras la retirada. Se trata de personas de un origen de clase trabajadora que no han previsto su inserción laboral posterior pero que hacen uso de los contactos realizados a lo largo de su carrera deportiva.

«... para mí el baloncesto es mi vida, entonces, bueno, ahora mismo soy entrenador... Entonces yo ahora mismo estoy metido, me considero entrenador profesional, quiero entrenar, quiero seguir entrenando» (Entrevista 14).

- **Trayectoria 2:** Ex jugador que desarrolla iniciativas empresariales (tiendas, hoteles, comercios de diverso tipo) bien porque tiene un mayor nivel de estudios, o bien porque careciendo del saber experto preciso, cuenta con redes «de confianza» que le asesoran (familiares que invierten el dinero durante o después de su carrera, negocios heredados o ayuda de terceros basada en el reconocimiento a los servicios prestados). Suelen provenir de clubes más pequeños y residen en ciudades de menor tamaño, donde las redes sociales son más cercanas y la popularidad se mantiene porque son vistos como «héroes locales». Aprovechan su «capital deportivo acumulado» para impulsar sus negocios.

¹⁶ Aunque como hemos indicado hay muy pocas investigaciones sobre el tema, las que han abordado el estudio de la retirada coinciden en señalar lo traumático del momento (MENDELSON, 1999; PUIG y VILANOVA, 2006; ROFFÉ, 1999 y 2000). Las citas de las entrevistas del estudio de ROFFÉ (2000) para Argentina coinciden con las apreciaciones que surgen en nuestro estudio: «De pronto mi ego se quedó sin alimento y no hay con qué llenarlo», «retirarse es nacer de nuevo», «el día que dejé el fútbol empecé a morir un poco».

«... fue difícil, fue difícil porque yo sin experiencia en cuanto al tema de hostelería, de ocio nocturno. Bueno, pero tuve connmigo a mis hermanos que toda la vida se habían dedicado a esto» (Entrevista 12).

- **Trayectoria 3:** Ex jugador que intenta vivir de las rentas, mediante inversiones propias (inmobiliarias, fundamentalmente) o que invierte en iniciativas empresariales a gran escala. Se trata en general de los más jóvenes, que han ganado cantidades considerables de dinero en los últimos años de su carrera, y que son conscientes de la necesidad de rodearse de asesores expertos. Han pasado por distintos clubes en función de sus expectativas económicas y profesionales, y no se identifican especialmente con ningún equipo.

«... una de las claves en todo lo que haces en la vida es saber qué dominas y qué no, y en lo que no dominas, tener gente que sí domina» (Entrevista 3).

«... porque el piso que entonces costó quince ahora está valorado en casi setenta» (Entrevista 3).

- **Trayectoria 4:** Ex jugador que sufre una trayectoria que deviene en «fracaso», generalmente asociada a adicciones de alcohol o drogas, en la que el deportista retirado no logra salir de una espiral de empleos más o menos precarios en puestos para los que no se precisa cualificación¹⁷.

«No sé cómo, pero poco a poco me lo fundí todo. Quizás las malas compañías... quizás no me di cuenta de que se acababa todo...» (Entrevista 7).

REFLEXIONES FINALES

La investigación presentada a lo largo de este capítulo ha intentado ilustrar un caso práctico en el que la principal técnica de recogida de información fue la entrevista abierta. La aproximación a las distintas trayectorias de inserción laboral de los ex deportistas profesionales implicaba la reconstrucción de toda una vida dedicada al deporte, para lo que era necesario que los propios entrevistados nos abrieran la puerta de sus biografías, entendiendo estas como algo más que la sucesiva consecución de logros deportivos. No nos interesaban los hitos que podían consultarse en cualquier hemeroteca, sino acercarnos a sus vidas en un amplio sentido sociológico; es decir, se trataba de entender los contextos en los que un deportista de élite se gesta, se desarrolla, y acaba su carrera profesional. La colaboración y generosidad de los entrevistados nos permitió recabar sus distintos discursos que, como hemos señalado, contienen su propia interpretación de las experiencias vividas, teniendo siempre en cuenta que en calidad de entrevistadores coproducimos «lo dicho» y contribuimos a la vez a la generación del discurso (PARKER, 2005).

¹⁷ Aunque apareció solo en una entrevista, hay casos similares y bien conocidos descritos por la prensa.

Como hemos visto, tras la puesta en común de los análisis individuales, se identificaron las grandes líneas temáticas que estructuran los textos y, sin olvidar la consideración del contexto de su producción, se integraron las aportaciones teóricas que proporcionan fundamentos para proceder a la articulación de los discursos. No podemos dejar de mencionar el contexto de la producción de la entrevista porque se trata de una interacción social compleja en la que intervienen múltiples factores que afectan a su desarrollo específico: además de las respuestas del entrevistado es necesario interrogarse por el papel del entrevistador y analizar conjuntamente las declaraciones del informante y las del entrevistador.

El trabajo realizado constituye una primera fase del diseño inicial de investigación. Como se ha mencionado, la segunda fase cuantitativa, aún por desarrollar, pretende identificar y ahondar en los factores que contribuyen a conformar una trayectoria laboral sólida y enriquecedora y en aquellos que pueden tender a dificultar la inserción laboral posterior. El uso integrado de la técnica de la entrevista y de la encuesta permitirá abordar el tema de estudio en distintos niveles, uno basado en el análisis del discurso, el otro fundamentado en las regularidades estadísticas, lo que permitirá un acercamiento en profundidad a la problemática de la inserción laboral de los ex deportistas y a la articulación de políticas que la faciliten y prevengan las potenciales dificultades a las que se enfrentan cuando se encuentran ante sí una situación socio-laboral completamente distinta.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBOTT, A. (1997): «On Time and Space: The Contemporary Relevance of the Chicago School», *Social Forces*, 75 (4): 1149-1182.
- ALONSO, L. E. (1998): *La mirada cualitativa en Sociología*, Madrid: Fundamentos.
- ÁLVAREZ-URÍA, F., y VARELA, J. (2004): «El departamento de Sociología de Chicago y los estudios sobre el hombre marginal», en *Sociología, capitalismo y democracia*, Madrid: Ediciones Morata.
- ATKINSON, J. M., y HERITAGE, J. (1984): *Structures of Social Action: Studies in Conversation Analysis*, Cambridge: Cambridge University Press.
- BAER, A. (2005): *El testimonio audiovisual. Imagen y memoria del Holocausto*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- BAER, A., y SÁNCHEZ PÉREZ (2004): «La metodología biográfica audiovisual», *Empiria*, núm. 7, págs. 35-55.
- BOURDIEU, P. (1993) [1978]: «Deporte y clase social», en BROHM, J. M. *et al.*, *Materiales de Sociología del Deporte*, págs. 57-82, Madrid: La Piqueta.
- BROHM, J. M. *et al.* (1993): *Materiales de Sociología del Deporte*, Madrid: La Piqueta.
- CALLEJO, J., y VIEDMA, A. (2006): «Diseños de investigación con articulación de varias técnicas», en *Proyectos y estrategias de investigación social: la perspectiva de la intervención*, Madrid: McGraw-Hill.
- COLLIN, A., y YOUNG, R. (eds.) (2000): *The Future of Career*, Cambridge: Cambridge University Press.

- ELIAS, N. (1992): «La Génesis del Deporte como Problema Sociológico», en ELIAS, N., y DUNNING, E. (eds.): *Deporte y Ocio en el Proceso de Civilización*, págs. 157-184, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- ELIAS, N., y DUNNING, E. (1992) [1986]: *Deporte y Ocio en el Proceso de Civilización*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- FINKEL, L. (1999): «¿Qué es un Profesional?: Las Principales Conceptualizaciones de la Sociología de las Profesiones», en CASTILLO, C. (ed.): *Economía, Organización y Trabajo*, Madrid: Editorial Pirámide (págs. 195-226).
- FOUCAULT, M. (1980): *La Verdad y las Formas Jurídicas*, Barcelona: Gedisa.
- GARCÍA FERRANDO, M. (1990): *Aspectos sociales del deporte: una reflexión sociológica*, Madrid: Alianza Editorial.
- (2006): *Posmodernidad y deporte: entre la individualización y la masificación. Encuesta sobre hábitos deportivos de los españoles 2005*, Madrid: Consejo Superior de Deportes y Centro de Investigaciones Sociológicas.
- GARCÍA FERRANDO, M.; PUIG BARATA, N., y LAGARDERA OTERO, F. (comps.) (1998): *Sociología del deporte*, Madrid: Alianza Editorial.
- GLASER, B. G. (1992): *Basics of Grounded Theory Analysis: Emergence vs. Forcing*, Mill Valley: Sociology Press.
- GLASER, B. G., y STRAUSS, A. L. (1976): *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*, New York: Aldine.
- HAMMERSLEY, M., y ATKINSON, P. (1994): *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- LAVALLEE, D. (2000): «Theoretical perspectives on career transitions in sport», LAVALLEE, D., y WYLLEMAN, P. (eds.): *Career Transitions in Sport: International Perspectives*, págs. 45-58, Morgantown: Fitness Information Technology.
- LENK, H. (1979): «Sobre la crítica al principio del rendimiento en el deporte», en WEIS, K., y LÜSCHEN, G. (eds.): *Sociología del Deporte*, págs. 133-141, Valladolid: Miñón.
- LÜSCHEN, G. (1979): «Análisis estructural del deporte», en WEIS, K., y LÜSCHEN, G. (eds.): *Sociología del Deporte*, págs. 46-60, Valladolid: Miñón.
- LÜSCHEN, G., y WEIS, K. (1979): «Deporte en la sociedad. Posición y cometidos de una Sociología del Deporte», en WEIS, K., y LÜSCHEN, G. (eds.): *Sociología del Deporte*, págs. 9-19, Valladolid: Miñón.
- MANDELL, R. D. (1986): *Historia cultural del deporte*, Barcelona: Bellaterra.
- MENDELSON, D. (1999): «Retiro del futbolista», *Educación Física y Deportes. Revista Digital*, año 4, núm. 16. Documento electrónico: <http://www.efdeportes.com/>.
- MOSCOSO SÁNCHEZ, D. (2006): «La Sociología del deporte en España: estado de la cuestión», *Revista Internacional de Sociología*, 64 (44): 177-204.
- PARKER, I. (2005): *Qualitative Psychology: Introducing Radical Research*, Oxford: Open University Press.
- PEIPERL, M. et al. (2000): *Career Frontiers: New Conceptions of Working Lives*, New York: Oxford University Press.
- PUIG, N., y VILANOVA, A. (2006): «Deportistas olímpicos y estrategias de inserción laboral: propuesta teórica, método y avance de resultados». *Revista Internacional de Sociología*, LXIV (44): 63-83.
- PUTNAM, R. D. (ed.) (2003): *El declive del capital social: un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- ROFFÉ, M. (1999): «Los miedos de los futbolistas». *Educación Física y Deportes. Revista Digital*, año 4, núm. 16. Documento electrónico: <http://www.efdeportes.com/>.

- (2000): «Retiro del futbolista. El drama del día después», *Educación Física y Deportes. Revista Digital*, año 5, núm. 27. Documento electrónico: <http://www.efdeportes.com/>.
- SPENCER, H. (1880): *De la educación intelectual, moral y física*, Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández.
- VALLES, M. (2002): *Entrevistas cualitativas*. Colección Cuadernos Metodológicos, núm. 32, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- VEBLEN, T. (1979): «El deporte como conducta depredadora atávica», en WEIS, K., y LÜSCHEN, G. (eds.): *Sociología del deporte*, págs. 126-132, Valladolid: Miñón.
- VELÁZQUEZ BUENDÍA, R. (2001): «El deporte moderno. Consideraciones acerca de su génesis y de la evolución de su significado y funciones sociales», en *Educación Física y Deportes. Revista Digital*, n.º 36 (www.efdeportes.com).
- WAINERMAN, C., y SAUTU, R. (1997): *La trastienda de la investigación*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- ZNANIECKI, F. (1930): *Socjologia wychowania (Sociología de la Educación)* (tomo 2), Varsovia.

CAPÍTULO 7

Los grupos triangulares como «espacios transicionales» para la producción discursiva: un estudio sobre la vivienda en Huelva

Fernando Conde

INTRODUCCIÓN

En este capítulo se presenta la práctica de investigación cualitativa que se viene denominando *grupos triangulares*. Es esta una práctica que, en la actualidad, es todavía relativamente poco conocida. Mientras que los grupos de discusión y las entrevistas abiertas cuentan con una larga tradición en la investigación social y, por tanto, existen numerosas investigaciones realizadas a partir de ellas, los grupos triangulares son una relativa novedad, ya que han sido desarrollados mucho más recientemente. De hecho, es a principios de los años noventa cuando empiezan a ser utilizados en la investigación social por parte, precisamente, del mismo equipo investigador que ha realizado el estudio que aquí se presenta.

Este trabajo se basa en una investigación financiada por la Empresa pública del suelo de Andalucía que se denominó *La vivienda en Huelva; culturas e identidades urbanas* y que se realizó a lo largo de 1993¹. Si bien el objetivo último de dicha investigación fue abordar la cuestión de la vivienda desde el punto de vista de las necesidades y las demandas de la misma, el estudio se inscribió en una serie de objetivos más amplios que conectaban con el análisis de las expectativas y prácticas sociales en relación con la vivienda, así como una reflexión sobre el espacio urbano y doméstico, la identidad onubense, las formas de vida en la ciudad, la percepción del espacio y las desigualdades sociales.

¹ Fue publicada en 1996 por la Junta de Andalucía y por la Fundación El Monte y fue dirigida y realizada por el autor de este capítulo. Contó con la colaboración de Javier CALLEJO, Javier SEGOVIA y RANDOM en el trabajo de campo, así como de Anabel SERRANO y Manuela GONZÁLEZ en el mecanografiado.

La investigación realizada tiene una cierta característica original desde el punto de vista metodológico. En ella no solo se utilizó de forma conjunta la encuesta estadística con las prácticas cualitativas de las entrevistas abiertas y los llamados grupos de discusión sino que constituye la primera investigación sociológica realizada en nuestro país en la que en su fase cualitativa se ha utilizado de forma conjunta y complementaria la entrevista abierta o personal, el grupo de discusión canónico formado por cinco a nueve personas y los grupos triangulares formados por tres personas y el moderador².

ORTÍ (1993) ha desarrollado desde un punto de vista más teórico y general el lugar y el campo de aplicación, la especificidad y, al mismo tiempo, la complementariedad «por defecto» del conjunto de prácticas cualitativas y de técnicas cuantitativas de uso más habitual en la investigación social. Muchos otros autores han realizado diferentes aproximaciones a estos mismos temas. Sin embargo, los profesionales dedicados a la investigación social y, en general, los lectores interesados en este tipo de problemáticas carecemos en muchos casos de textos donde, sobre la base de las experiencias concretas de investigaciones realizadas, se pueda observar el juego, el uso y lo que da de sí cada una de las citadas prácticas cualitativas.

Si esto es cierto a nivel general, lo es mucho más en el caso de los denominados grupos triangulares ya que, por su novedad y por su reciente utilización en el campo de la investigación en las ciencias sociales, aún no se han realizado las suficientes investigaciones, ni tampoco ha transcurrido el tiempo suficiente como para haber producido el nivel de experiencia que permita abordar con un mínimo de rigor una reflexión teórica sobre la especificidad de dicha práctica y sobre su posible distinción/complementariedad con otras prácticas y técnicas de investigación.

PLANTEAMIENTO METODOLÓGICO BÁSICO

Las personas, los grupos, los fenómenos sociales en su conjunto son tan ricos y complejos que pretender abarcarlos en su totalidad se evidencia como una tarea imposible. Las distintas metodologías utilizadas por las ciencias sociales en la investigación no son más que «desfiladeros» (ORTÍ, 1993) que nos permiten aproximarnos por un camino determinado a esa realidad poliédrica, con tantas caras y facetas distintas.

Las metodologías, las prácticas y las técnicas de investigación social no son, sin embargo, caminos lisos y neutrales por los que el investigador se aproxima a una de las caras de una pretendida realidad social existente fuera del mismo, como algo plena y perfectamente definido, exterior y anterior a la intervención del sujeto investigador. Por el contrario, las metodologías, las prácticas y las técnicas de investigación son «instrumentos» artificiales que «polarizan» y «descomponen» (CONDE, 1993 y 1994)

² La investigación se basa en la realización de una encuesta a 1.000 individuos seleccionados siguiendo los criterios de la representatividad estadística, así como 35 entrevistas, tres grupos de discusión canónicos y tres grupos triangulares seleccionados siguiendo los criterios de la búsqueda de representatividad estructural.

el fenómeno investigado haciendo que surja, que se constituya, que se evidencie y que se exprese, de una u otra forma, el lado, la faceta que buscamos estudiar en un fenómeno social dado, en un grupo humano determinado, de forma similar a como, por ejemplo, el cristal o las gotas de lluvia polarizan la luz blanca y la descomponen ante nuestros admirados y siempre sorprendidos ojos en un haz de vivos colores.

¿En qué línea polarizan o descomponen el fenómeno social investigado cada una de las prácticas cualitativas utilizadas en la investigación sobre la vivienda en Huelva? *A priori*, ¿qué diferencias existen entre ellas en la medida que todas y cada una de las mismas producen y trabajan con discursos sociales? Por tanto, ¿qué diferencias existen entre los discursos producidos y obtenidos por las entrevistas personales, por los grupos de discusión y por los grupos triangulares?

Para poder comparar y contrastar con más facilidad unas y otras prácticas utilizadas vamos a dividir la breve presentación de cada una de ellas en dos momentos diferenciales: el momento de la producción del discurso, es decir, el momento en el que se realiza materialmente la entrevista, el grupo de discusión o el grupo triangular respectivamente y el momento del análisis/interpretación o momento posterior a la realización de la entrevista/grupo (momento en el que el investigador trabaja directamente sobre el texto transcrito de la entrevista/grupo realizado). Asimismo, y en la medida de lo posible, el conjunto de reflexiones que vamos a desarrollar en este capítulo las centraremos en torno a los siguientes aspectos que resumimos en el cuadro siguiente:

ABORDAJE DE LAS DIFERENTES PERSPECTIVAS CUALITATIVAS

	ENTREVISTA PERSONAL	GRUPO TRIANGULAR	GRUPO DISCUSIÓN
SUJETO DE LA PRODUCCIÓN DISCURSIVA	«YO»	SUJETO MÓVIL ENTRE «YO» Y LOS «OTROS»	«NOSOTROS»
FUNCIÓN LINGÜÍSTICA DOMINANTE ³	FUNCIÓN EXPRESIVA	TENSIÓN ENTRE LA F. FÁTICA, LA EXPRESIVA Y LA METALINGÜÍSTICA	FUNCIÓN METALINGÜÍSTICA
APROXIMACIÓN RESALTADA	«EL HOGAR»	LA «CASA»	«LA VIVIENDA»

³ Las funciones lingüísticas dominantes remiten a la propuesta de Roman JAKOBSON (1984). En su obra *Ensayos de lingüística general* propone seis funciones distintas implicadas en la comunicación lingüística. Una sería la función referencial, que hace referencia a la información que el mensaje transmite acerca de estados de cosas o de situaciones del mundo; la función expresiva, mediante la cual el mensaje produce huellas de las emociones, deseos, expectativas y temores del emisor; la función conativa, que

LAS ENTREVISTAS ABIERTAS O PERSONALES

El momento de la producción discursiva

La entrevista personal, como su nombre indica, es la realización «cara a cara» de una «conversación» personal entre el entrevistador y el entrevistado en la que se trata de generar un «proceso comunicativo» en el que el entrevistado exprese de la forma más libre, distendida y espontánea posible el conjunto de sus vivencias y de sus puntos de vista personales sobre el tema investigado. Como resalta ALONSO (1994: 226), «la subjetividad directa del producto informativo generado por la entrevista es su principal característica y, a la vez, su principal limitación».

Así, en nuestra experiencia de la investigación sobre la vivienda en Huelva, las entrevistas personales estaban llenas de las vivencias más íntimas de las personas entrevistadas (en más de una ocasión y de forma muy emotiva y dramática surgieron en el desarrollo de las mismas dramas personales de minusvalías, de paro, de enfermedades, etc.), y a partir de esas vivencias se evidenciaba cómo a lo largo de las entrevistas las personas entrevistadas se planteaban y abordaban el tema y el «problema» de la vivienda.

«Somos cuatro, dos hijos, un niño y una niña. La niña tiene un problema de minusvalía y ese es uno de los problemas de por qué no encontramos vivienda. Yo he estado viviendo en un piso que tenía una escalera de acceso al ascensor y me he tenido que mudar a cuenta de la escalera. He encontrado uno pero, claro, el problema es siempre el mismo, cincuenta y cinco mil o sesenta y cinco mil pesetas al mes, y ese es el problema nuestro en sí...» (Entrevista personal. Mujer de 30-35 años con una hija minusválida).

«—¿Cómo ve un poco la situación de la vivienda aquí?

—Fatal.

—¿Por...?

—En el sentido económico, en todo sentido, una persona no te puedes meter en un piso, yo estoy de alquiler

—¿Tú estás de alquiler?

—Estaba antes

—Estabais.

—Nos hemos ido ahí a casa de mi suegra para poder juntar un poco, si no no somos capaces de meternos, por lo menos para una entrada que está por las nubes, como

vendría a ser la operación del mensaje sobre el destinatario (le persuade, le intimida, le moviliza, le paraliza...) la función metalingüística sería aquella basada en la operación de verificar el código, esto es, comprobar si emisor y destinatario comparten el mismo código (y que permitiría ver cómo se expresa el código en los distintos grupos sociales); la función fática consiste en la operación de verificar si el medio o canal se encuentra en condiciones favorables para la comunicación; y, por último, la función poética es la operación del mensaje sobre sí mismo, organizando sus elementos de acuerdo con patrones estéticos. En todo intercambio comunicativo están presentes las seis funciones simultáneamente, aunque, en cada caso, hay distintas formas de jerarquía entre ellas (JAKOBSON, 1984: 353-359).

no tengo para la entrada dos millones o dos millones y pico olvídate del piso» (Entrevista personal «Recogido»)⁴.

De la misma forma que surgían estas vivencias íntimas, estas graves situaciones personales, también surgían en el otro extremo de la escala de las «actitudes», sujetos que acudían a la entrevista pensando que esta era un medio de conseguir el acceso a una posible vivienda demandada y que, en consecuencia, trataba de generar un discurso igualmente íntimo y personal para conmovir al entrevistador y así poder obtener «teóricamente» la vivienda demandada.

Las entrevistas personales están llenas, pues, de referencias a situaciones personales que se expresan desde el plano de la subjetividad más plena, que están producidas desde el «adentro» más íntimo y que producen relatos, narraciones en las que se pone en juego una amplia dramatización personal, esto es, narraciones en las que el entrevistado trata de construir retóricamente la imagen que de sí mismo quiere proyectar a los ojos y oídos del entrevistador en torno al tema investigado. Es por ello por lo que en las entrevistas personales se pone en juego ante todo la denominada función expresiva o emotiva (JAKOBSON, 1984). La función expresiva dominante en este tipo de práctica cualitativa que se significa, por ejemplo, a lo largo del conjunto de las entrevistas realizadas en la continua presencia del «yo» como primera persona del singular, como sujeto de la entrevista.

«Depende mucho del nivel económico. Yo tengo una pensión. Yo soy pensionista, como es una pensión de unas noventa mil pesetas, y mi mujer trabaja... no tiene un trabajo estable, ahora a lo mejor trabaja en lo agrícola, está... hace las peonadas y después cobra el paro agrícola, y yo... entonces nosotros no podemos tener... Yo para vivir alquilado tengo que vivir...» (H. pensionista de 30-35 años).

Este «yo» de la entrevista que, como apunta Alonso, es un yo «que poco tiene que ver con el yo como realidad objetiva, individualista y racionalizado. Es un yo narrativo, un yo que cuenta historias en las que se incluye un bosquejo del yo como parte de la historia» (ALONSO, 1994: 226). Yo narrativo cargado de afectividad que, en el caso de la investigación de Huelva, se evidencia en la mayoría de las entrevistas realizadas en un doble plano de expresión: *a*) como una especie de «sujeto afligido», de «yo sufriente», podríamos denominar, del problema de la vivienda más allá de posibles dimensiones sociales y colectivas de esta problemática y *b*) como un «yo» hogareño que narra la vida y la convivencia en el hogar, en los escasos metros de la vivienda en la que se vive y que, también, cuenta cómo se ha distribuido el espacio dentro de ella para poder mejorar sus usos.

En una palabra, en las entrevistas personales realizadas sobre el tema de la vivienda y más allá de las denuncias, de los comentarios sobre las posibles dimensiones so-

⁴ Para los lectores que no son de Huelva hay que recordar que con el término de «recogidos» se quiere designar aquellas personas/familias que se ven obligadas a vivir en casa de algún familiar o amigo cercano, «recogidos» por estos.

ciales u otras del tema investigado, lo que tendía a producirse, a exponerse y a resaltar era el plano de la dramatización personal e intransferible de las experiencias y de las vivencias de las personas entrevistadas.

El momento del análisis e interpretación de las entrevistas personales

Mientras la persona entrevistada pone en juego en la entrevista personal lo que ella considera que corresponde a su experiencia más íntima e intransferible, el trabajo de análisis e interpretación de las mismas desde el punto de vista sociológico y más allá de la conmoción emotiva producida por estas situaciones consiste, sin embargo, en tratar de rastrear en las mismas lo que hay de significativo y de representativo de una situación social dada en el citado relato personal. El mismo ORTÍ resalta (1986: 179) cómo en el análisis e interpretación de los discursos producidos en una situación de entrevista personal «lo que aspiramos a ver y poder estudiar en el discurso del entrevistado no son (...) sus problemas personales sino la forma social-cultural y de clase de la estructura de su personalidad y los condicionamientos ideológicos de su proceso motivacional típico».

Así, por ejemplo, en las entrevistas personales de Huelva aparecían de forma redundante y mayoritaria las situaciones de extrema humedad de las viviendas. Ahora bien, la forma de presentar el tema era muy descriptiva y, al mismo tiempo, personalizada, desprovista en la gran mayoría de los casos de cualquier atisbo de crítica y de posible valoración social por la posible falta de calidad en la construcción de las viviendas. Algo parecido ocurría con el tema de los «recogidos» o de las «enfermedades de pulmón», que surgían en muchas de las entrevistas personales y que, quizás por evidentes y obvios para los propios onubenses, no solían surgir en las reuniones de grupo. Sin embargo, y desde el punto de vista del análisis sociológico, todas estas situaciones tienen que ver con una situación estructural de la ciudad de Huelva: presencia de las marismas en los casos de las humedades, del Polo Industrial en el caso de los problemas del pulmón, etc.

Los «recogidos» entrevistados suministran, sin duda, el ejemplo más claro de lo que significa una entrevista personal y del punto de vista que domina en su análisis desde una perspectiva sociológica. En efecto, todos los «recogidos» entrevistados describen su situación de una forma muy personalizada. Sin embargo, su situación es tan significativa en Huelva, expresa una situación social tan global que colectivamente los onubenses han dado un nombre propio a dicha situación, los «recogidos», más allá de las vivencias personales de cada una de las personas afectadas y de cómo cada una de ellas ha derivado a dicha situación.

En este contexto, el análisis de la expresión personal de las cuestiones sociales y culturales asociadas al lugar ocupado por cada entrevistado en el conjunto de la estructura social y del proceso histórico, permite, por ejemplo, desarrollar el estudio de las estrategias sociales de «acceso a la vivienda» de una forma mucho más clara y nítida.

da que con los discursos producidos por y en las otras prácticas cualitativas utilizadas en la investigación. En efecto, el análisis de los discursos producidos en las entrevistas personales, pese a la extrema personalización con que eran enunciados, ha permitido poner de manifiesto cómo dichas situaciones «expresiva y vitalmente» manifestadas como personales se corresponden claramente con la situación y posición de los diferentes entrevistados en la estructura social de Huelva y cómo responden, como consecuencia de ello, al conjunto de recursos personales, económicos y culturales, de los que disponen en función de su posición en dicha estructura.

LOS GRUPOS DE DISCUSIÓN

El momento de la producción discursiva

En una posición contraria a la descrita en las entrevistas personales se encuentran los grupos de discusión, tanto desde el punto de vista de la producción de los discursos como desde el punto de vista del análisis de los mismos. La producción discursiva del grupo, lejos de expresarse y producirse desde la individualidad y personalidad de cada uno de los asistentes al mismo, se produce y se expresa colectivamente como tal grupo desde el lugar social del grupo de referencia/pertenencia del mismo, desde el rol social dominante (trabajadores industriales, amas de casa, estudiantes universitarios, consumidores, etc.) que se desarrolla por parte del conjunto de los asistentes en una estructura social y cultural dada en función de lo que en otro lugar he denominado «efecto posición» (CONDE, 1993: 222). «Los ya clásicos grupos de discusión a los que podríamos llamar grupos de discusión socializados —apunta el citado Alfonso ORTÍ— se encuentran diseñados precisa e intencionalmente con un tamaño de 5-9 personas», de forma que con dicho número de asistentes se consigue construir un marco productivo de los discursos de modo que, en su seno, «el grupo predomina sobre la personalidad, individualizándola, en un sentido societarista, esto es: reduciéndola a comportamientos de rol regulados por la propia estructura ideológica grupal en cuanto reproductora convencional del sistema ideológico de los macrogrupos de pertenencia/referencia» (ORTÍ, 1993: 197).

Una expresión habitual de este tipo de discurso producido desde el rol social suele ser el uso de fórmulas lingüísticas, retóricas, que tratan de señalar precisamente que los asistentes al grupo hablan «en nombre», «en representación» del colectivo, del sector social que cumple dicho rol y que ocupa una posición social similar a la de los asistentes individuales al grupo. Se refieren, pues, al colectivo con el que se identifican, como grupo, los citados asistentes cuando hablan en el grupo.

«—El problema es ese, que se hagan viviendas que puedan ser, reunir las condiciones...

—Asequibles, claro.

—Las condiciones de poder pagarlas.

—De poder pagarlas no y de la propia vivienda.

—... para un pobre como nosotros. Porque yo me llamo pobre, yo no me llamo rica aunque tengo un sueldo fijo» (Reunión de grupo socializado. Mujeres de 35 a 50 años de clases medias bajas).

O, en esta misma línea de roles y lugares desde los que se produce el discurso grupal, mientras los grupos de clase media alta realizados se reconocieron inicialmente como relativamente «ajenos» a la realidad onubense, como más de fuera que de dentro de Huelva, los grupos de trabajadores y de clases medias bajas en general, se reconocían y se identificaban con Huelva y su provincia. Este hecho, por otro lado, no es más que una expresión representacional y discursiva de una situación social real tal como la conocen los ciudadanos de Huelva.

Esta forma «grupal» de producción discursiva, y, de nuevo, a diferencia del «yo narrativo» tan presente en las entrevistas personales, induce a que en los grupos de discusión socializados sea relativamente frecuente el uso del «nosotros» como primera persona del plural, como expresión colectiva y preconsciente de esa forma de construcción grupal y representacional del discurso en función del rol desde el que se habla y con el que se identifica la reunión de grupo que se trata.

El cambio del «espacio» o «lugar» desde el que se producen los discursos en las entrevistas personales y en los grupos de discusión se evidencia en la modificación paralela de la función de comunicación dominante en las producciones discursivas respectivas. En efecto, mientras que en los discursos producidos en las situaciones de entrevista personal predomina la función «expresiva», en los discursos producidos en las situaciones de los grupos de discusión predomina la función metalingüística (JAKOBSON, 1984). Es decir, la función que expresa ante todo el código social y lingüístico con el que se aborda en los diferentes grupos sociales de referencia/pertenencia el tema abordado en cada investigación. Así, por ejemplo, en el tema de la vivienda, la forma habitual con la que se aborda este tema cuando se habla de la citada cuestión en cualquier conversación que se pueda mantener al respecto suele ser la perspectiva de su dimensión social, de la denuncia, de la crítica social por la falta de viviendas, por su carestía. De este modo y en coherencia con esta dominancia, con este código de la denuncia social, la realización de los grupos de discusión en Huelva centraron una gran parte de sus discursos en esta perspectiva, es decir, en la denuncia social por la falta de vivienda, en la denuncia de los pretendidos enchufes con los que socialmente se cree que se conceden las viviendas en más de un caso, en las injusticias sociales que este tipo de decisiones conlleva, etc.

«Va cambiando, Huelva va cambiando, lo que pasa que el tema principal de Huelva es lo que no cambia: es la contaminación y el plan de viviendas» (Reunión de grupo socializado. Mujeres de 35 a 50 años de clases medias bajas).

«Zonas verdes aquí en Huelva no tenemos» (Reunión de grupo socializado. Mujeres de 35 a 50 años de clases medias bajas).

«Las personas jóvenes están fatal con las viviendas. Están fatal. Luego eso también, ahora ya pues no le dan vivienda a los nuevos matrimonios, como antes» (Reunión de grupo socializado. Mujeres de 35 a 50 años de clases medias bajas).

En este contexto discursivo y a diferencia de los discursos de las entrevistas personales, si algún caso particular aparece citado en los mismos, lo es más a título de ejemplificación de la situación social general descrita y denunciada, que como caso personal con significación propia. De hecho, en más de algún grupo de discusión realizado resultó muy difícil entrar en consideraciones más particulares sobre otros temas más específicos que había que abordar en la investigación, en relación con las formas de vivir en las viviendas y otros temas similares, dada la focalización de los grupos de discusión en la denuncia social de carácter más global.

El momento del análisis e interpretación de los grupos de discusión

Mientras que en las entrevistas personales se busca partir de los discursos personales para tratar de poner de manifiesto lo que expresan de estructural, desde la perspectiva del análisis e interpretación de los discursos producidos por los grupos de discusión de lo que se trata como mínimo es de: *a*) poner de manifiesto el cómo, el camino concreto, a partir de qué asociaciones, etc., cada grupo va construyendo su discurso, va planteando los conflictos y desacuerdos, va llegando a acuerdos, a posibles consensos grupales, etc., y *b*) la estructura, el código implícito en el/los posibles discursos producidos y recogidos en el texto de la transcripción del grupo. En este sentido, con la realización de los grupos de discusión a lo «que se aspira es a reproducir el discurso ideológico cotidiano o discurso básico sobre la realidad social de la clase social o estrato representado por los sujetos reunidos» (ORTÍ, 1986: 180). Con el análisis e interpretación de los mismos a lo que se aspira precisamente es a expresar, a escenificar dicha pretensión y, por tanto, se intenta poner de manifiesto y resaltar el código específico de cada grupo. O, dicho de otra forma, con el análisis e interpretación de los discursos producidos por los grupos de discusión tratamos de reconstruir los discursos representativos de cada grupo social en función de sus ligaduras y posiciones sociales básicas. Por tanto, se trata de hacer explícitos (aunque no solo) los discursos de mayor significatividad y circulación social en todos y cada uno de los grupos sociales de referencia/pertenencia de los grupos de discusión realizados.

Por ejemplo, en el caso de la investigación sobre la vivienda de Huelva el análisis de los textos de los grupos de discusión ha permitido enriquecer la consideración de las formas sociales y culturales de valorar el espacio urbano, así como constatar la distinta posición a este respecto de las clases medias altas volcadas hacia el exterior de Huelva y el conjunto de clases medias y medias bajas muy enraizadas en la ciudad y en su historia.

LOS GRUPOS TRIANGULARES

Una posición intermedia entre las entrevistas personales y los grupos de discusión socializados la ocupan los grupos triangulares. Como apunta Ortí, los grupos trian-

gulares o «personalizados», en su propuesta de denominación de los mismos (ORTÍ, 1993: 198)⁵ «constituyen un espacio social y simbólico de mediación entre las entrevistas abiertas personales (más orientadas hacia la expresión/captación de la estructura profunda y singular de cada arquetipo de personalidad) y la tradicional práctica de los grupos de discusión. Mediación que tomaría una forma triangular (y de aquí la denominación de grupos triangulares...), no solo porque su tamaño más representativo es el trío... sino, sobre todo, por la fuerte copresencia/gravitación de sus tres elementos básicos: a) las personalidades singulares de los tres componentes del grupo; b) los macrogrupos e ideologías sociales de referencia; c) la propia personalidad del sociólogo/sujeto investigador como representante de lo social general, pero ahora menos escondido/amparado bajo la impersonal pantalla del grupo de discusión socializado, bajo la que como es sabido llega a desaparecer por completo» (ORTÍ, 1993: 198)⁶.

El momento de la producción discursiva

Mientras que en los discursos producidos en la situación de la entrevista personal se tiende a utilizar el «yo» y en el grupo de discusión se tiende estructuralmente a hablar en nombre de un cierto «nosotros» más o menos presente, más o menos imaginario tal como hemos visto en los párrafos anteriores, en el grupo triangular tiende a aparecer la expresión, la tensión producida entre el «yo» y las referencias casi constantes —en términos estructurales— a un tercero no presente en el grupo, a un «otro/otros» existentes fuera del grupo y habitualmente próximo/s (ya sea en términos estrictamente personales, un familiar, por ejemplo, ya sea en términos más proyectivos y de identificación más general, «un trabajador», por ejemplo, cuando el que habla se identifica como trabajador) de los asistentes y del «yo» construido en el propio discurso. Inclusión en el discurso grupal del «tercero excluido» (SERRES, 1992) que permite, como veremos inmediatamente, generar una dinámica muy

⁵ Más adelante explicaré cómo en función de la reflexión desarrollada en estas páginas creo más conveniente seguir manteniendo la denominación de grupos triangulares y no de grupos personalizados.

⁶ ORTÍ tiende a enfatizar el posible enfrentamiento entre los asistentes al decir «la reducción del tamaño del grupo de discusión a tan solo tres participantes (...) lo repersonaliza volviendo a reconstituir un plano dramático (con mayor sobrecarga afectiva e ideológica, al poner en cuestión la identidad personal); plano que facilita la expresión de conflictos personales, abriendo así de nuevo la vía para la deconstrucción crítica de las formaciones ideológicas dominantes». Por ello propuso en el artículo citado la denominación de *grupos de discusión personalizados*. Desde 1993 nuestra experiencia de investigación se ha enriquecido a este respecto y nos permite matizar estas afirmaciones iniciales (afirmaciones que compartimos en su momento) para desarrollar una línea de reflexión que, como veremos más adelante, resalta más la dimensión de cooperación intragrupo que la del posible enfrentamiento en el mismo y el posible cuestionamiento de las respectivas «identidades personales» de los asistentes (enfrentamiento siempre posible, en cualquier caso). En este desarrollo de la cooperación parece jugar un importante papel la introducción en el discurso grupal de lo que hemos denominado «experiencia referida».

abierta y activa en los grupos triangulares ya que la inclusión de dicho «tercero», del «otro/otros» abre el discurso, lo hace más inestable y dinámico.

«En cuestión de cómo está la vivienda yo aquí en Huelva yo la veo fatal, ¿no?, me refiero a Huelva, aquí en Huelva. Lo veo fatal porque bueno, me parece excesivamente cómo están las viviendas, ¿no?, de precio, excesivamente caro, o sea, carísimo para lo que es por ejemplo un simple trabajador» (Grupo triangular. Mujeres de clases medias bajas).

De esta forma, frente a la relativa «estabilidad estructural» (THOM, 1987) de las respectivas posiciones, de los diferentes espacios «substratos» (CONDE, 1994) en los que tiende a generarse la producción discursiva en las entrevistas personales y en los grupos de discusión (el «yo» narrativo y el «nosotros» representativo), el sujeto de la enunciación discursiva en los grupos triangulares no tiende a ocupar un espacio o posición estable, sino que es un sujeto que se mantiene en un espacio inestable marcado por la tensión continua entre: *a*) un «yo narrativo» como inicial sujeto de la enunciación, como sujeto «subjetivo» de lo que se dice en el discurso y de su espacio simbólico asociado (espacio del «adentro», del «interior» del sujeto que habla y del grupo en el que habla) y *b*) un «los otros» como segundo sujeto de la enunciación-acción y de su respectivo espacio simbólico asociado; espacio del «afuera», planteado como objetivo y «exterior» al propio sujeto que habla al grupo. Desde este punto de vista, lo específico del sujeto de la producción discursiva de los grupos triangulares podríamos decir que es el ser un sujeto móvil que tiende a desplazarse (según los diferentes marcos narrativos y discursivos que se producen a lo largo de la dinámica de grupo) en un espacio intermedio entre dos lugares diferenciados y caracterizados respectivamente por el polo definido por el «yo» narrativo y «subjetivo» que aparece como sujeto del habla grupal y por el polo del «afuera» definido y ocupado por «los otros». Estos son definidos de forma aparentemente aséptica, objetiva y exterior al sujeto que habla, como sujeto/s de la acción y de la situación que se quiere evocar con la producción del discurso.

Podríamos decir, pues, que los discursos producidos respectivamente en el caso de las entrevistas personales y de los grupos de discusión tienden a conformarse como discursos «representativos» de una proyección ideal del «yo» narrativo y del «nosotros» colectivo. Como tales discursos representativos tienden, también, a conformarse como discursos articulados y más estabilizados y, por tanto, presentan potencialmente una cierta deriva hacia la «clausura» como tales discursos⁷. Sin embargo, los discursos producidos por los grupos triangulares se constituyen en un espacio abierto, inestable y paradójico, entre el «yo» y el «los otros» (incluidos), y, por tanto, en una situación de producción discursiva más abierta y pre-representativa (CONDE, 1993). Es

⁷ De ahí la importancia del concepto de saturación en el análisis e interpretación de este tipo de discursos. Hay que destacar, en cualquier caso, que la tendencia al cierre y a la clausura no conduce necesariamente a un «cierre» —imposible por definición— y que, por tanto, los discursos mantienen siempre un cierto grado de apertura.

decir, el discurso producido mediante las entrevistas personales tiene el mundo interior, el mundo subjetivo de cada entrevistado, el mundo del «adentro» como el lugar, el espacio simbólico substrato desde el que se produce el citado discurso. En esa medida y desde ese lugar se tiende a construir un discurso que trata de «llenar», de saturar ese espacio personal (más allá de la imposibilidad de dicha tarea). El discurso producido por los grupos de discusión, por su parte, tiende a realizarse desde un espacio simbólico marcado por el «afuera», por el «nosotros» representativos del rol social desde el que hablan los grupos y, también en esa medida, se tiende a producir un discurso que igualmente trata de «llenar» y saturar ese lugar social.

Por último, el discurso producido por los grupos triangulares se situaría en el espacio intermedio existente y definido «entre» una y otra posición, entre el «adentro» y el «afuera», en el espacio de embrague, de tensión/articulación paradójica del «yo» y los «otros» (que pueden ser indirectamente «nosotros»). Este espacio, por su propia constitución paradójica, no se puede saturar, no se puede llenar ni siquiera tendencialmente.

En este contexto y utilizando nuevamente las funciones del lenguaje de JAKOBSON, (1984), es pertinente situar las diferencias entre los discursos producidos por los grupos triangulares en relación con las otras prácticas descritas. En efecto, si la función expresiva es la función dominante en los discursos producidos por las entrevistas personales y la función metalingüística lo es en el caso de los grupos de discusión, en el caso de los grupos triangulares cabría hablar de las funciones fática y referencial (indirecta) como las funciones explícitamente dominantes en su modo de construir los discursos. Estas funciones expresivamente dominantes que irán asociadas, en lo implícito, al desarrollo de lo que podríamos denominar posible desbordamiento del código —función metalingüística— del discurso social dominante.

En efecto, la función fática sería dominante en el área del espacio transicional marcada por el polo de los «yos» narrativos que exigirían, de una forma u otra, constatar si la comunicación con el resto de los «yos» presentes en el grupo funciona de forma fluida y sin enfrentamientos, ni cuestionamientos directos entre los distintos «yos» en presencia⁸. Desde este punto de vista, la función fática sería la función más directamente relacionada con la «forma» triangular del grupo. O dicho de otra forma, la función fática podría ser entendida como la más particularmente característica del grupo triangular en la medida que sería prácticamente constitutiva del espacio transicional en el que se producen los discursos triangulares. Por su parte, la función referencial sería la función dominante (indirecta⁹) en el área de los «otros» («exteriores» pero «incluidos»), en el ámbito de las «experiencias referidas». En general, sería la función dominante en

⁸ Mantener abiertas las vías de comunicación entre los «yos» asistentes al grupo triangular (función fática) es una de las labores del moderador de este tipo de grupos (CONDE, 1993: 226).

⁹ Resalto lo indirecto dado que en la forma de construcción discursiva más habitual de los grupos triangulares en Huelva, los grupos se refieren a los objetos, a las experiencias y a las situaciones que quieren designar no de forma directa sino a través de un relato que pone dicha situación en boca del «otro» y/o de los «otros».

la orientación expresiva del discurso producido por el grupo triangular que se centra más en las dimensiones concretas y referenciales del tema que le ocupa, a diferencia, por ejemplo, de la orientación dominante en el discurso de los grupos de discusión más centrados en la opinión y en el posible código de la representación. La función metalingüística, por último, se expresaría en la relación que mantiene el discurso triangular con el discurso social dominante en el grupo de pertenencia/referencia respectivo que conllevaría en su desarrollo un posible desbordamiento/cuestionamiento/distancia con respecto a dicho discurso y su código respectivo.

El momento del análisis e interpretación de los grupos triangulares

En el artículo citado anteriormente señalaba cómo una de las características centrales de los grupos triangulares en relación con los grupos de discusión era que «el grupo triangular desplaza el problema del discurso grupal y de su dimensión y/o carácter representativo o significativo en el terreno social y simbólico, a una dimensión y momento anterior como es el de la producción en el propio proceso de interacción de los sujetos. Se “inscribe” en un tiempo anterior al del discurso y su representación —el cual implica un cierto grado de circulación y de cristalización social—, para hacerlo en el momento de su génesis y de la producción discursiva y pre-representacional, en términos sociales amplios» (CONDE, 1993: 223).

En este contexto, el momento del análisis de los discursos producidos por los grupos triangulares presenta una serie de particularidades relativamente diferenciales con respecto al de los grupos de discusión. El análisis de los textos producidos en los grupos de discusión busca reconstruir lo que podemos llamar los «discursos tipo» o discursos «canónicos» que pueden existir en los grupos sociales de referencia/pertenencia del grupo realizado. El desarrollo de esta tarea significa aceptar implícitamente que existe una cierta tendencia a la estabilidad discursiva y que esta estabilización discursiva tiende, a su vez, a corresponderse con cada posición social. De esta forma, la tarea de análisis de los discursos grupales es, entre otras, la de tratar de explicitar y de evidenciar los citados y posibles discursos «canónicos» o «prototípicos» (ALONSO, 1994) de cada grupo social, así como las contradicciones y conflictos que surgen en esta tarea. Es decir, el análisis de los grupos de discusión debe tender a explicitar y estructurar «el lugar al que tienden las diferentes actitudes y opiniones de los miembros de los grupos de discusión y que aparecen precisamente como producto del propio proceso de debate, enfrentamiento y oposición entre las diversas posturas personales que se llevan a cabo en las discusiones de grupo» (ALONSO, 1994: 227)¹⁰.

¹⁰ Aunque solo sea de pasada conviene situar en este contexto cómo el conflicto entre el decir y el desear, entre el lenguaje y el deseo, constituye una de las líneas esenciales de trabajo analítico e interpretativo de los discursos de los grupos de discusión. De ahí la gran importancia de la lingüística, de la semiótica y del psicoanálisis en el análisis de los discursos.

En el caso de los discursos producidos por los grupos triangulares, la situación se modifica, ya que no se plantea la construcción de un discurso tipo, de un discurso representativo (y, por tanto, con tendencia a la estabilización como tal discurso) de la posición social del grupo realizado. Lo que se trata es de analizar (y, en su caso, intervenir en) el proceso de construcción discursiva en la interacción concreta de los asistentes, en el ámbito del «espacio transicional» citado y en el marco del abordaje concreto del tema de la investigación. Por tanto, y desde este punto de vista, no parece posible realizar en los grupos triangulares lo que podríamos denominar una «decodificación estabilizada» del discurso producido en ellos. A tenor de nuestra experiencia, y a salvo de posteriores modificaciones o enriquecimientos de la misma, el análisis de los discursos de los grupos triangulares dentro del carácter *ad hoc* de cada una de las investigaciones concretas realizadas de que se trate debe ser ante todo una tarea relativamente abierta y pragmática que debe buscar el mantener la riqueza y la ambivalencia de este espacio de producción discursiva orientándola, al mismo tiempo y parcialmente, en función de los objetivos específicos de cada investigación.

Ahora bien, en este contexto abierto, las líneas de análisis que hemos realizado tienden a corresponderse con las dos situaciones polares del «espacio transicional» marcado por el «yo» y los «otros» que venimos describiendo en este texto¹¹.

Hasta cierto punto podríamos decir que de la misma forma que el sujeto de la producción de los discursos en los grupos triangulares se desplaza a lo largo de una especie de gradiente discontinuo, a lo largo de un «espacio transicional» ubicado entre dos áreas o posiciones más polares, entre el «yo» del enunciado y «los otros» de la experiencia referida, los discursos producidos en este espacio tienden a construirse paralelamente, a su vez, en el espacio inestable y transicional definido entre las siguientes dos formas discursivas más polares:

- El cómo hacer suyo, incorporar, hacer carne «discursivamente» algo que viene de fuera, del mundo exterior al sujeto que habla (movimiento discursivo de desplazamiento desde «los otros» —acción, mundo exterior— hacia el «yo» —adentro, mundo interior, conciencia discursivo-reflexiva—; espacio de la identidad).

¹¹ WINNICOTT desarrolla una aproximación diferente a las corrientes mayoritarias en el psicoanálisis en lo que se refiere a la propia tarea analítica que creo que podría ser muy útil para la reflexión sobre el trabajo de análisis en los grupos triangulares. Frente a la contraposición, a la tensión entre el decir y el desear citado anteriormente que lleva, por ejemplo, a dar gran importancia al análisis de los lapsus, de las asociaciones, de los giros lingüísticos, etc., Winnicott desarrolla prioritariamente la tensión entre el ser y el hacer. Abordaje que le lleva, por ejemplo, a dar gran importancia al análisis del juego, de las actividades y de los quehaceres. «Para controlar lo que está afuera, es preciso hacer cosas, no solo pensar o desear, y hacer cosas lleva su tiempo. Jugar es hacer» (WINNICOTT, 1975: 59). Tensión entre el ser, la identidad, y el hacer que creo de mucha utilidad en el análisis de los grupos triangulares y, en general, en una perspectiva sociológica cualitativa de aproximación a la realidad social y de una mayor intervención en ella y no solo de su análisis e interpretación. Esta perspectiva es aún más importante, si cabe, en la actualidad, dada la crisis de identidades sociales y de otros fenómenos asociados a la actual transformación del «modelo social» vigente hasta fechas muy recientes.

- El cómo proyectar hacia fuera lo que está dentro. El cómo hacer, o cómo ajustar con lo que ya está fuera y aparentemente construido o con lo que en ese momento se está construyendo (movimiento discursivo de desplazamiento desde el «yo» hacia los «otros»; espacio de la acción).

Un ejemplo de la primera situación nos lo suministra la propia investigación sobre la vivienda en Huelva. En el análisis de los grupos triangulares ha enriquecido mucho todo el conocimiento de las formas de convivencia personal de los onubenses y todo lo relativo a las formas personales de apropiación del espacio. En efecto, en el caso de Huelva, los discursos se han situado de forma dominante en el primer tipo de análisis dada la característica del tema (la vivienda) de tan profunda significación personal. En este sentido, no deja de ser lógico que los grupos triangulares se hayan mostrado especialmente productivos e informativos en todo lo concerniente a la vivencia del espacio y a la convivencia en el mismo, a la apropiación del espacio interior de las viviendas, de las casas y del barrio.

Un ejemplo de la segunda situación nos lo suministran distintas investigaciones llevadas a cabo por mí mismo y por otros compañeros de CIMOP¹² sobre distintos campos de investigación en el ámbito de la promoción de la salud en los casos del VIH/Sida, del tabaco y del alcohol. En el caso de estas investigaciones, los grupos triangulares han servido mucho para ayudar a decodificar y a abrir el código social, la representación social dominante en el grupo social de pertenencia/referencia de los asistentes al grupo. En este segundo ámbito, los discursos generados se han producido en un entorno más próximo al segundo de los polos citados, lo que ha posibilitado al propio grupo triangular el decodificar la función metalingüística dominante en su grupo social de referencia/pertenencia. Esta decodificación es, en parte, posible en la medida en que la introducción de la «experiencia referida» desborda siempre la opinión, la argumentación más codificada de los discursos socialmente dominantes.

Ahora bien, en este segundo entorno discursivo posible en los grupos triangulares nuestra experiencia es que la clave de la tarea reside más en el propio proceso triangular, en hasta qué punto el propio grupo va codificando y/o decodificando las funciones metalingüísticas dominantes, que en la tarea posterior de análisis del grupo. Al menos desde nuestro punto de vista y desde nuestra experiencia, lo importante en este segundo caso no es tanto lo que analiza posteriormente el investigador sino lo que es capaz de llevar a cabo conjuntamente con los asistentes en y a lo largo de la dinámica del grupo triangular. Por ejemplo, en el caso de las investigaciones citadas anteriormente en el ámbito de la promoción de la salud lo importante no era tanto lo que el investigador analizaba con posterioridad al momento de la realización de la dinámica, como sucede en el caso de un grupo de discusión, sino lo que el grupo triangular era capaz de crear en el desarrollo de la propia dinámica. La diferente importancia de la dinámica del grupo triangular en relación con su posible momen-

¹² Empresa de Investigación social «Comunicación, Imagen y Opinión Pública».

to de análisis posterior nos ha conducido directamente a desarrollar en un epígrafe posterior unas breves reflexiones sobre el papel del moderador en este tipo de grupos.

ALGUNOS EJEMPLOS CONCRETOS DE LOS DISCURSOS PRODUCIDOS POR LAS DISTINTAS PRÁCTICAS CUALITATIVAS

A la luz de este breve recorrido por lo que da de sí cada una de las prácticas cualitativas utilizadas en la investigación sobre la vivienda en Huelva, queremos recoger de una forma muy breve algunos de los textos producidos de modo que se pueda observar y ejemplificar de un modo algo más amplio el conjunto de especificidades y diferencias, de «polarizaciones» discursivas que produce el uso de una y otra práctica con relación a un mismo tema o contenido del discurso¹³.

Los discursos sobre Huelva

En el caso de los discursos sobre Huelva, cada una de las prácticas ha resaltado una aproximación discursiva diferencial a la ciudad.

1. En el caso de las entrevistas personales, el recorrido por Huelva, la aproximación a la ciudad ha sido realizada, sobre todo, desde una perspectiva muy biográfico-personal, desde la memoria y los recuerdos asociados a la ciudad y a su evolución, muy próximos, por tanto, a las «historias de vida» y, en este contexto, han sido unos discursos marcados por un cierto tono «nostálgico».

«—Yo con tres años me fui a Ceuta porque mi padre trabajaba en la Térmica antigua y lo trasladaron a Ceuta y me vine aquí con nueve años y bueno, me acuerdo de antes con tres añitos de cosas de Huelva como por ejemplo cuando corría el tren del monte.

—¿Pero con tres añitos...?

—No, pero hay cosas que se me quedan, cuando corría el tren que iba a la punta del Sebo y nos bañábamos ahí en la punta del Sebo y era bonito y aquello se vino para abajo; otra cosa que me acuerdo de Huelva antaño, la calle del puerto, lo que era la calle de San Sebastián, cómo la han destrozado.

—¿Por qué...?

—Hombre, porque era una calle que era clásica como Triana en Sevilla, como es Cádiz antiguo y la calle Sebastián era lo mismo y a mí me gustaba la calle Sebastián, lo típico de ir a Sebastián, de los palmitos, todo eso se ha perdido, a Huelva se la están cargando» (Entrevista personal con un trabajador de la hostelería 30-40 años).

¹³ Con el fin de no introducir otras variantes diferentes a la asociada a las propias características de cada una de las prácticas puestas en juego, hemos tratado de recoger textos producidos por asistentes cuyas características sociodemográficas y culturales fueran lo más similares posible. De este modo, creemos que puede resultar más expresiva la polarización de la perspectiva discursiva puesta en juego por cada una de las prácticas cualitativas reseñadas.

2. En el caso de los grupos de discusión, la aproximación ha sido realizada desde una perspectiva más general y global, de los problemas, las carencias y también del desarrollo positivo que ha podido experimentar la ciudad. De esta forma, si el sujeto de las entrevistas personales era un «yo» ligeramente nostálgico, podríamos decir que el sujeto de los grupos de discusión al respecto de su discurso sobre la ciudad ha sido el de un «nosotros ciudadano» ligeramente/duramente crítico.

«Yo, para mí es el tema más importante. Hombre, independientemente de que las barriadas están poco dotadas, ¿no?, eh, poco no, no están dotadas, pocas plazas, pocas zonas verdes, no tenemos parques, y después, yo creo que la ambición popular es el asomarse al río, ¿no?» (Reunión de grupo profesiones liberales. Clases medias altas).

Asimismo, los grupos de discusión han resaltado las dimensiones sociales y culturales de las formas de organización de la ciudad y de las formas colectivas de la apropiación del espacio.

3. En el caso de los grupos triangulares, como venimos apuntando, se produce una situación discursiva que se sitúa en la tensión que se desarrolla «entre» las dos situaciones anteriores. Es un discurso producido entre primeras personas (como en el caso de la entrevista personal) que incorporan al mismo al «otro/otros» a modo de interlocutores directos del grupo. De este modo parecería que los «otros», el resto de los ciudadanos de Huelva, se incorporan al discurso grupal sin llegar a confundirse con los «yos»; que hablan pero sin llegar a constituirse, tampoco, en un «nosotros» representativo. En este contexto, la aproximación a Huelva por parte de los grupos triangulares hace hincapié en las formas de convivencia en la ciudad, en las relaciones con los «otros» y en su evolución a lo largo del tiempo.

«Yo a mí Huelva, la verdad, como yo la veo, ¿no?, lo que es Huelva para mí actualmente, yo la veo como una ciudad dormitorio, o sea donde la gente se levanta, trabaja, se va, se toma dos copas, y al día siguiente otra vez se van a trabajar, se levantan, y así, ¿no?, sucesivamente» (Grupo triangular. Mujeres clases de medias bajas).

«Huelva, como has dicho, empezó a cambiar desde el comienzo de la democracia, se empezaron a hacer pisos mejores, se empezaron a hacer en las barriadas más colegios, a arreglar las barriadas en temas de carreteras, jardines, algunas zonas recreativas y todo lo demás, y entonces se ha notado un cambio que quizá no sea lo suficiente para el número de habitantes que Huelva tiene ya en la actualidad, pero yo creo que el ciudadano de Huelva, el nativo de Huelva ha notado desde hace veinte años hacia ahora». (Grupo triangular. Trabajadores con empleo estable).

El ejemplo de la «salita»

Los discursos producidos sobre la «salita», sobre este cuarto de tanta importancia simbólica en la cultura onubense, revelan de nuevo la distinta perspectiva de cada una de las aproximaciones discursivas a este tema.

1. Así, en las entrevistas personales la aproximación, el punto de vista que se destaca en los discursos a la hora de abordar el tema de la «salita» es desde la perspectiva de su uso personal en la medida en que en las entrevistas personales destaca el «decir del hacer» (ALONSO, 1994: 227).

«—Nosotros hacemos la vida en el comedor, lo que es el salón comedor, pero no lo utiliza nadie.

—¿Por qué?

—Porque la gente no lo utiliza, lo dejan como salón. Yo lo tengo y lo utilizo para comer, para vivir, para charlar, para leer, por eso ya te digo. Yo lo uso» (Entrevista personal. Mujer activa de 30-35 años. Clases medias).

También se realiza una aproximación a este tema desde la transmisión generacional en el seno de la familia de origen.

«—Hacemos la vida en la salita, porque en el salón decidimos que yo no compraba muebles de salón para las visitas; entonces compramos dos sofás muy bonitos, y yo los dejé en el salón para que vengan las visitas nada más; no compramos muchas sillas, nos metemos en la salita

—¿Y en el salón, qué tenéis entonces?

—Unos muebles de módulo, que los he reformado ya treinta mil veces, porque eso de la decoración me encanta, pintar y, unos muebles de módulo, que son cuatro módulos arriba, cuatro módulos abajo, la mesa y las cuatro sillas, mesa plegable, son dos metros cuando se pliega.

—¿Y por qué decías eso de el salón para las visitas, porque aquí es muy habitual?

—Sí, la gente de Huelva tiene su salón, pero no lo utiliza nada; cuando vienen las visitas las pasa al salón, y viven en una salita. Yo dije que no, porque, esa es la educación que me ha dado mi madre; mi madre tampoco compraba los muebles para las visitas

(voces)

—Y eso, la gente está acostumbrada a eso, y mi madre pues no, y mis hermanos y yo hacemos lo mismo» (Entrevista personal. Camarero de 26-33 años).

2. Por su parte, en los grupos de discusión se realiza una aproximación desde el punto de vista más social general de cuál es el código cultural onubense con respecto a la distribución interior del hogar, de cuál es el papel de la «salita» en esta forma de vivir y de diseñar el espacio interior de las viviendas en Huelva.

«—Que nosotros usemos el salón es una excepción. En general aquí el salón es un espacio pues de prestancia ¿no?, de lujo, que no se usa.

—Lo normal es la salita.

—... No, lo normal aquí es el salón, y la salita y la vida se hace en la salita, pero lo que ella plantea es comedor, para comer, no para estar.

—¿Y la salita cómo está, con el salón, con el comedor?

—La salita es un sitio con el sofá.

—La televisión, un sofá.

—¿Con las habitaciones o con la cocina?

—Es una habitación. La salita suele estar cerca de la cocina, es pequeñita, se come, se vive, los niños estudian, es donde se vive, y el salón mucha gente no lo...

—La camilla, aquí se utiliza mucho la camilla con el brasero y la ropa de camilla. Cosa que en otros sitios no se usa...» (Reunión de grupo. Mujeres de clases medias altas).

3. Por último, en los grupos triangulares la aproximación al tema de la «salita» se realiza desde el punto de vista de la «apropiación», de la «organización personal del espacio de la casa».

«—Es muy pequeñito, ochenta y cinco tiene, ochenta y cinco. Es muy pequeñito, muy pequeñito, no puedo poner salita, porque tengo tres niñas y un niño, tengo tres dormitorios, pues no puedo poner salita, la vida la tenemos que hacer en el salón.

—¿Y usted tiene salita, o...?

—Sí. Sí, porque tenemos tres dormitorios, y entonces dos se quedan de dormitorios y uno de salita» (Grupo triangular. Mujeres de clases medias bajas).

«Yo, por ejemplo, en mi caso tengo cuatro hijos, ahora mismo me dan a mí un piso con cuatro dormitorios, pues la idea mía es de poner una salita, ¿entiende?, y dos cuartos de aseo, que los necesito» (Grupo triangular. Mujeres de clases medias bajas).

La vivienda, la casa y el hogar

Una vez realizadas estas reflexiones y comentados estos breves textos y ejemplos ilustrativos podemos volver a las cuestiones iniciales y preguntarnos: ¿qué es lo que polariza cada una de las prácticas citadas? ¿Qué es lo que se ha expresado como específico de cada una de las prácticas utilizadas en el contexto de la investigación realizada sobre la vivienda en Huelva?

Para responder a estas preguntas vamos a diferenciar entre las nociones de hogar, casa y vivienda según recogen y matizan los distintos diccionarios de la lengua castellana. Como tratamos de señalar a continuación, podríamos decir que, aunque todas las palabras citadas describen una noción similar y son términos que se relacionan estrechamente entre sí, cada una de ellas aporta un matiz, significa un enfoque diferencial en la perspectiva con que se aborda el tema que nos ocupa, en el sentido de que cada uno de los términos citados marca un acento diferencial en el seno de un gradiente imaginario que se podría establecer desde un «adentro», desde la noción más «íntima y subjetiva» del «hogar» a un «afuera», a la noción más «neutral y objetiva» de la «vivienda» pasando por la situación intermedia de la «casa».

En efecto, veamos las acepciones de estos términos según el *Diccionario Español de Sinónimos y Antónimos* de SAINZ DE ROBLES (1979).

Adentro	Gradiente	Afuera
Hogar	Casa	Vivienda
-Horno	-Morada	-Casa
-Fornia	-Mansión	-Domicilio
-Fragua	-Hogar	-Morada
-Fogón	-Vivienda	-Habitación
-Chimenea	-Residencia	-Residencia
-Fuego	-Domicilio	-Habitáculo
-Hoguera	-Estancia	
-Lar	-Piso	
-Llar	-Linaje	
-Fóculo	-Raza	
-Fogaril	-Sangre	
-Brasero	-Firma	
-Cocina	-Despacho	
-Campana	-Razón social	
-Revellín		
-Alcabor		
-Casa		
-Domicilo		
-Morada		

El contexto y conjunto de acepciones de unos y otros términos permiten observar cómo la noción de hogar es la que conlleva una dimensión de apropiación del espacio de la vivienda más personal y familiar. La noción de casa ocupa una situación más intermedia y la noción de la vivienda, en fin, ocupa la posición más objetivante de las tres. La posición más objetivante de la noción de la vivienda se transforma sobre todo en su dimensión más social. De esta forma y a la luz del conjunto de textos recogidos en la investigación y de las reflexiones realizadas al respecto podríamos tratar de sintetizar las aproximaciones respectivas de cada una de las prácticas cualitativas analizadas diciendo que la «polarización» producida por cada una de ellas consiste en lo siguiente:

- Las entrevistas personales producen y desarrollan un discurso de aproximación al tema de la vivienda, desde el punto de vista que tiende a percibir y valorar la misma como el *hogar* en el que vive el entrevistado y su familia; hogar que expresa la apropiación y la aproximación más íntima y familiar del tema de la vivienda.
- Los grupos triangulares producen y desarrollan un discurso de aproximación al tema de la vivienda desde la perspectiva que tiende a percibir y valorar la misma como la *casa* en la que vive el entrevistado y su familia. Dicha noción de casa que por definición es un espacio personalizado pero al mismo tiempo socializado por antonomasia tal como evidencia la expresión «el que se casa, casa quiere» tan repetida en las entrevistas realizadas en Huelva.

- Los grupos de discusión producen y desarrollan un discurso de aproximación al tema de la vivienda desde la perspectiva que tiende a percibir y valorar la misma como *la vivienda* en la que vive el entrevistado y su familia y principalmente abordan la vivienda como cuestión social.

De forma coherente con esta polarización descrita podríamos, a su vez, tratar de caracterizar las diferentes prácticas cualitativas realizadas y analizadas brevemente en este texto del modo siguiente:

- Las entrevistas personales serían el «espacio personal de la producción discursiva».
- Los grupos de discusión serían el «espacio representacional y social de la producción discursiva».
- Los grupos triangulares serían el «espacio transicional de la producción discursiva».

Desde este punto de vista parecería más pertinente mantener la denominación de grupos triangulares que la de grupos personalizados propuesta inicialmente por ORTÍ (1993) en la medida en que mientras la primera denominación deja abierto el espacio transicional, el espacio vivo y ambivalente, paradójico del juego entre «yo»/los «otros» incluyendo el «tercero», como recomendaba WINNICOTT (1975), la denominación de grupos personalizados escora tendencialmente el espacio de la producción discursiva de los citados grupos triangulares hacia uno de los polos de la tensión. En este sentido, el calificativo de «personalizados» tiende a romper la dinamicidad de la paradoja, propia del «espacio transicional» winnicottiano, para tender a estabilizar y fijar los lugares de la producción de los discursos en el polo de lo «personal» y, por tanto, es una denominación que tiende a resaltar y a intensificar las tensiones y los cuestionamientos entre las personas asistentes al grupo y a situar, por ello, la decodificación en los citados cuestionamientos personales en lugar de la decodificación más social que se realiza mediante la inclusión en el grupo de los «otros», del «afuera», del «tercero excluido» pero, en este caso, incluido.

EL PAPEL DEL MODERADOR EN LOS GRUPOS TRIANGULARES

En el artículo citado anteriormente (CONDE, 1993: 226) situábamos cómo el papel del moderador en los grupos triangulares debe ser doble. Por una parte, debe interpelar al grupo y, por otra, debe defender las reglas de juego del debate. En cierto modo, y expresado en los términos de Winnicott que estamos utilizando, cabría decir que esta primera definición del papel del moderador en los grupos triangulares era ya una definición «transicional» en la medida que conlleva una definición de la función del moderador que obliga a éste a estar, al mismo tiempo, «dentro» (interpelar) y «fuera» (defender las reglas de juego) del grupo.

Un breve texto del mismo Winnicott que nos está ayudando tanto a enmarcar más teóricamente nuestra experiencia con los grupos triangulares, nos puede suministrar una nueva sugerencia para tratar de desarrollar de una forma más reflexiva nuestra

actual experiencia acerca del papel del moderador en este tipo de grupos y para señalar, en este contexto, lo que creo que es una de las diferencias más notorias entre los grupos de discusión y los grupos triangulares.

«Me siento muy afectado cuando pienso en los profundos cambios que he impedido o dificultado en los pacientes de ciertas categorías nosográficas. Si sabemos esperar, el paciente llega por sí mismo a comprender de forma creadora y experimenta con ello un júbilo profundo. Por mi parte, ahora disfruto más de ese placer que cuando antes realizaba una buena interpretación y me consideraba muy inteligente. Creo que ahora sobre todo interpreto con el objetivo de hacer conocer al paciente los límites de mi comprensión. El principio es el siguiente: es el paciente y sólo él el que conoce las respuestas (...) Esta manera de interpretar del analista, para ser eficaz, debe estar vinculada a la capacidad del paciente de colocar al analista fuera del área de los fenómenos subjetivos. De lo que se trata, pues, es de la capacidad del paciente de utilizar al analista» (WINNICOTT, 1975: 120).

Este texto de Winnicott nos suministra una clara sugerencia para situar una de las diferencias claves, desde mi punto de vista, entre los grupos triangulares y los grupos de discusión. En efecto, mientras que en los grupos de discusión es el analista el que después de realizado el grupo interpreta el resultado del mismo, en el caso de los grupos triangulares una de las mejores pruebas de que el grupo va bien es que sea éste el que tome conciencia de lo que se está tratando, que sea capaz el propio grupo de explicitar esta conciencia reflexiva del mismo. Una anécdota ocurrida en un grupo de mujeres resulta muy reveladora de esta situación. En efecto, en un grupo triangular de «fumadoras» se estaba tratando de estudiar cómo abordar una política de fomento de los hábitos saludables, incluido el no fumar. Para ello se trataba de que el grupo percibiese el valor, la significación, el sentido más o menos oculto que se podía traslucir en determinadas formas de enunciación de la publicidad a favor y en contra del tabaco y, en esa medida, generase una propuesta de tratamiento comunicacional para el tema del tabaco en relación con la promoción de los citados hábitos saludables. Pues bien, al percibir la dinámica y ser conscientes de ello, el grupo tomó conciencia de lo que se estaba haciendo, hasta el punto de que una de las asistentes, con el asentimiento del resto, explicitó que lo que se estaba haciendo en el citado grupo era una especie de «pacto social sobre el significado de las palabras» o, dicho de otra manera, que lo que se estaba haciendo en el grupo era precisamente decodificar el código vigente con el que se suele abordar esta problemática en la comunicación publicitaria (¡Fume!, ¡no fume!) para tratar de gestar uno nuevo simbólicamente más eficaz.

Para poder desarrollar esta idea con más detenimiento voy a distinguir dos momentos en la función del moderador/analista de la investigación en relación con los grupos de discusión y los grupos triangulares: *a)* la realización de la dinámica de grupo en sí y *b)* el momento del análisis posterior del texto producido por el grupo.

En el caso del grupo de discusión durante la realización de la dinámica, el papel del moderador es relativamente limitado, indirecto ya que a lo largo de la citada dinámi-

ca grupal el moderador debe tratar de estar explícitamente poco presente en la dinámica en la medida en que uno de los objetivos centrales de la misma es la construcción grupal del discurso con las mínimas interferencias posibles por parte del moderador. Sin embargo, en su segundo momento, en el momento «postgrupal» del análisis el papel del analista es clave ya que el uso, la utilización básica de la investigación viene mediada por esta tarea de análisis e interpretación.

En el caso de los grupos triangulares, por el contrario, la cuestión se desarrolla de un modo prácticamente inverso. En efecto, durante y a lo largo de la dinámica grupal el moderador tiene un papel fundamental ya que debe tratar de facilitar, mediante el *holding* (WINNICOTT, 1975) adecuado, que sea el propio grupo el que trate de «poner en común» sus «experiencias referidas», el que trate de explicitar, si es el caso y el objetivo de la investigación, el código dominante, el que tome conciencia del mismo y, en esa medida y desde la específica perspectiva grupal (distinta de todos y cada uno de los asistentes al grupo, incluido el moderador), trate de realizar una decodificación del código explicitado y trate de desarrollar uno nuevo si se da el caso¹⁴. Y, desde este punto de vista, lo importante, lo satisfactorio no es tanto el análisis que (posteriormente) realiza el analista (caso de los grupos de discusión), sino el análisis que es capaz de realizar el propio grupo a lo largo de su dinámica (caso de los grupos triangulares).

Es decir, en el caso de los grupos triangulares y siempre que el objetivo de la investigación lo demande, el moderador debe entrar y salir en la dinámica grupal para poder jugar, entre otros, el papel de facilitador de la explicitación y posible toma de conciencia por parte de los asistentes al grupo triangular del discurso social, del código social dominante respecto del tema que se investiga. A partir de esta toma de conciencia dicho grupo tendrá la capacidad de sortearlo, de modificarlo, de trastocarlo si lo estima o cree necesario en función de las tareas que esté acometiendo el grupo.

Esta «distinción» básica entre los grupos de discusión y los grupos triangulares marca una importante diferencia en el papel del moderador en uno y otro caso. En efecto, mientras que en los grupos de discusión para poder llevar a cabo su tarea de moderación, el investigador no debe exponerse en el grupo, no tiene por qué intervenir en él y no tiene por qué conocer en profundidad el tema que está investigando, en el caso de los grupos triangulares, por el contrario, el investigador debe conocer en profundidad el tema de la investigación¹⁵ y debe exponerse e intervenir en el grupo sin que, por ello, se transforme en uno más del grupo. El moderador no debe erigirse en representante de la objetividad y del conocimiento, lo que se suele

¹⁴ En este entorno, conviene comentar que los grupos triangulares tienen una cierta relación con los grupos de creatividad.

¹⁵ Por ello, en general y hasta ahora siempre que hemos realizado grupos triangulares los hemos hecho tras la previa realización de los grupos de discusión que permiten conocer el tema y el código con el que se aborda.

desarrollar bajo el manto de la autoridad, ni tampoco debe ser uno más del grupo, sencillamente el moderador no debe ocultar su implicación y su presencia como tal moderador.

APUNTES PARA UNA REFLEXIÓN TEÓRICA SOBRE LOS GRUPOS TRIANGULARES

En las páginas que siguen voy a intentar generalizar la experiencia descrita a partir de la investigación de Huelva a la luz de una reflexión más general sobre los grupos triangulares. Esta reflexión ha encontrado dos «muletas» fundamentales sobre las que apoyarse en dos importantes autores, el pediatra-psicoanalista inglés Donald Winnicott¹⁶ y el lingüista ruso V. N. Voloshinov¹⁷.

El «espacio transicional» como espacio de producción de los discursos de los grupos triangulares

En las páginas anteriores hemos resaltado cómo una de las características más destacadas de la investigación de Huelva en lo que se refiere a los grupos triangulares ha sido la tensión entre el «yo» y los «otros». Sin embargo y a tenor del conjunto de nuestra experiencia en la realización de investigaciones con grupos triangulares, cabría pensar que esta situación evidenciada claramente en la investigación de Huelva, refleja una de las características específicas, singulares y diferenciales de los grupos triangulares en relación con las otras dos prácticas cualitativas puestas en juego en esta investigación. En efecto, como señalamos en el artículo citado anteriormente (CONDE, 1993), el grupo triangular tendencialmente parece insertarse, ubicarse en el lugar de embrague, de tensión, de conflicto y/o de articulación entre lo personal y lo social y de ahí su dinamicidad ya que este lugar es un espacio potencial ambivalente, paradójico y de permanente tensión entre ambos polos tal como tratamos de esquematizar a continuación.

¹⁶ Quiero agradecer a Nelly Schnaith el haberme dado a conocer, entre otras muchas, la obra de Winnicott que de tanta ayuda me ha sido para la redacción de este texto. También agradezco a mi hijo Rafael todo lo que me ha enseñado de los «espacios transicionales» jugando con sus «ositos y conejos de peluche».

¹⁷ Winnicott (1896-1971) es un pediatra y psicoanalista inglés que desarrolló lo esencial de su carrera a partir de 1923 y a lo largo de 40 años en el Paddington Childrens Hospital. Se dice que a lo largo de la misma trató con más de 60.000 personas (niños, lactantes, padres...). Es conocido, sobre todo, por sus trabajos sobre los denominados «objetos transicionales». Voloshinov fue un lingüista ruso de la escuela de M. Batjin —de hecho, una corriente mayoritaria de historiadores sostiene que la obra citada en el presente texto es del propio Batjin— que destacó por su orientación fuertemente crítica con las escuelas formalistas dominantes en su tiempo resaltando, por el contrario, el carácter social y semiótico del lenguaje.

Sujeto de la producción discursiva en los grupos triangulares

«Yo»	Sujeto que se desplaza en este «entre»	Los «otros»
Polo subjetivo	←————→	Polo objetivo
Polo interior	←————→	Polo exterior
Polo del «adentro»	←————→	Polo del «afuera»
Polo del «enunciado»	←————→	Polo de la «acción»
Polo personal	←————→	Polo colectivo

En este sentido, cabría decir que el lugar de la producción discursiva de los grupos triangulares, que el espacio simbólico donde se produce el citado discurso es un espacio «intermediario», es un espacio metafóricamente similar al «espacio transicional» definido por WINNICOTT (1975) en sus estudios sobre la evolución de los niños¹⁸. El concepto de «espacio transicional» es de enorme potencia analítica y posibilidades de desarrollo «creativo» en las ciencias sociales. Aquí solo queremos hacer una breve mención¹⁹. Winnicott define este espacio a partir de su teoría más conocida y utilizada sobre los denominados «objetos transicionales» (los «ositos de peluche» de los niños) y señala cómo el espacio transicional o «zona intermedia» es aquel espacio «potencial» que se sitúa entre la «realidad psíquica interna» y el «mundo exterior» tal como es percibido por dos personas en común (WINNICOTT, 1975: 13). Viene a ser el «espacio intermedio de la experiencia»²⁰ al que contribuyen simultáneamente la realidad interior y la vida exterior» (WINNICOTT, 1975: 9). Viene a ser el espacio intermedio que Winnicott generaliza desde los estudios sobre la problemática de la evolución del bebé y del niño a los estudios sobre el juego y la creatividad, en general, para señalar cómo se puede situar en dicho espacio la base del desarrollo cultural, artístico, religioso y, en general, de las distintas formas de creatividad que puede desplegar el ser humano (WINNICOTT, 1975: 55-74).

Ahora bien, la noción de «espacio transicional» aplicado para definir el espacio, el lugar de producción de la específica modalidad discursiva de los grupos triangulares exige, por nuestra parte, una cierta matización al desarrollo realizado por Winnicott (y sobre todo por sus seguidores) en el estudio de los bebés y de los niños. En efecto, dentro del gran alcance teórico que Winnicott concede a esta noción —sobre todo en

¹⁸ Las personas interesadas en este concepto pueden leer la obra de Winnicott, *Juego y realidad*, editada en castellano por Gedisa en 1995 y la compilación de artículos sobre la obra de Winnicott titulada «Donald W. WINNICOTT» editada en castellano por Editorial Trieb de Buenos Aires en 1978.

¹⁹ Resulta hasta cierto punto sorprendente que estas nociones de Winnicott no hayan sido utilizadas, al menos en nuestro conocimiento, por prácticamente ninguna de las corrientes de sociología cualitativa existentes en nuestro país.

²⁰ Winnicott utiliza el término inglés *experiencing* en vez de *experience*, es decir, utiliza una forma verbal en lugar de una forma sustantiva para acentuar la dimensión de dinamismo, de vivencia del proceso de la experiencia más que del planteamiento estático y abstracto de la misma.

su teoría del «juego» infantil y de la «creatividad» que se abre a la consideración de la cultura en su sentido más amplio—, la mayoría de sus estudios se centran en las fases iniciales de la vida de los niños, en la fase del destete y en las inmediatamente posteriores y, por tanto, en la ambivalencia del espacio transicional, WINNICOTT tiende más a reflexionar sobre la ambivalencia orientada hacia el polo del «adentro», del «interior» (WINNICOTT, 1976: 111-119) que sobre la ambivalencia orientada hacia el otro polo, hacia el exterior. Sin embargo y desde nuestra experiencia, en el caso de los grupos triangulares ocurriría justo lo contrario. Es decir, en el espacio de transición entre el «yo» (interior) y la «experiencia de los otros», el tipo de discurso generado en un grupo triangular tiende más hacia el exterior, hacia el afuera, hacia la experiencia, hacia lo objetivo que es el lugar donde el grupo tiende a situar sus cimientos discursivos, vía las «experiencias referidas» que más adelante desarrollaremos²¹.

Esta ligera matización no debe llevar a pensar, sin embargo, que en el grupo triangular se producen siempre este tipo de orientaciones. Por el contrario, y en coherencia con la noción básica y constitutiva del «espacio transicional» en algunas investigaciones centradas en otras problemáticas (el problema de la mujer y del feminismo, por ejemplo), los grupos triangulares han generado discursos muy cómplices y orientados hacia el área «interior» y no hacia el «exterior». Este discurso «triangular» tiene una función muy clara de expresión de las identidades personales de las asistentes al grupo y de sus ambivalencias a partir de la exposición de ciertas experiencias.

Lo que ocurre es que, como en la investigación social en general, se proponen temas de investigación, como el de la vivienda en Huelva, cargados de sociabilidad y exterioridad. El discurso del grupo triangular en el marco de estas investigaciones se orienta más hacia esta dirección que hacia el interior, pero siempre en el contexto básico del espacio transicional, espacio abierto por definición a las dos direcciones discursivas que, de hecho, se entremezclan y encabalgan a lo largo del conjunto de los discursos producidos por los grupos triangulares.

El lugar de la experiencia concreta en la producción discursiva de los grupos triangulares. La experiencia «referida»

a) El papel de las «experiencias concretas» en los discursos de los grupos triangulares

Esta forma específica que tienen los grupos triangulares de producir los discursos a partir de la tensión entre los «yos» interiores como sujetos que hablan y un «los otros» exterior al grupo como sujeto/s de la acción o situación, parecería encontrar

²¹ Orientación de los discursos producidos por los grupos triangulares más hacia el exterior/objetivo que hacia el interior/subjetivo que conforma estos grupos como más apropiados para la intervención sociológica que para la intervención psicológica, más allá del origen del concepto de «espacio transicional» más ligado inicialmente al psicoanálisis y a la pediatría.

en las experiencias concretas que se van relatando a lo largo de la conversación una forma específica de anudación, de articulación de ambos tipos de «sujetos». En la experiencia concreta narrada, habitualmente tiende a aparecer tanto el «yo» que la narra como los «otros» que figuran en la experiencia referida así como los sujetos activos de la misma y los sujetos de la acción o situación narrada²². Esta narración se expresa como un forma de identidad dinámica en paralelo a la propia inestabilidad o estatuto paradójico que caracteriza los espacios transicionales en los que se produce dicha forma narrativa. Es decir, la propia incorporación al grupo de un elevado número de experiencias narradas, en la medida en que en unos casos el protagonista de las mismas es el mismo «yo» —la misma persona que las enuncia— y en otros casos el protagonista de la experiencia es un «otro» distinto al «yo» que las cuenta, permite una construcción dinámica y abierta de la propia identidad de los que las narran.

En el caso de Huelva y combinándose ambos tipos de sujetos en las experiencias que se contaban e introducían en las dinámicas de grupo, los grupos triangulares tendían a producir sus discursos a partir de los casos «concretos» (lo «concreto es lo completo», gusta de decir ORTÍ citando a M. Mauss), de las «experiencias concretas» en las que los sujetos protagonistas solían ser personas de fuera del grupo, eran terceras personas, «otros», «exteriores» a los asistentes, aunque habitualmente próximos a ellos: un familiar, un conocido, etc.

Esta forma de introducir las experiencias concretas a partir de un personaje próximo y no a partir de sí mismo parecería ser un mecanismo especialmente útil a los fines de la dinámica grupal triangular ya que ayuda a autentificar la «experiencia narrada» por cada asistente y, por tanto, a conformarla con un «estatuto» de «hecho social objetivo»²³. Por otra parte y al mismo tiempo, deja la puerta abierta a la presentación de otras «experiencias» contadas por otros asistentes que puedan ser distintas a la anterior sin que ello conlleve un cuestionamiento de la «verdad» de la primera experiencia narrada ni un cuestionamiento de la «identidad personal» del primer narrador²⁴.

«—Por ejemplo, nosotros en la familia, esto es una cosa muy personal, ¿no? Una hermana mía que se ha comprado un piso, bueno, que el piso le ha salido cantidad de caro, donde mi cuñado bueno, todo el tiempo tiene pues que trabajar, trabajar para poder reunir el dinero para poder pagar la... lo que es el piso...

²² De hecho, y en más de un caso, parecería que la experiencia, que la anécdota que se cuenta que les ha pasado a los «otros» no es más que una forma «proyectiva» de contar lo que le ha pasado a «uno» mismo, al «yo» que relata. En otras ocasiones, cuando en el grupo se ha generado un suficiente grado de complicidad, se relatan directamente y para compartir las propias experiencias personales.

²³ En realidad lo que se tiende a presentar como «hecho» es un relato. Ahora bien, es un relato que adopta una forma de expresión, de presentación en público que tiende a dotarlo del estatuto de «hecho» objetivo.

²⁴ Quizás, por ello, como comentábamos antes, las experiencias contadas en los grupos triangulares tienden a tener como protagonista de las mismas al propio sujeto que las enuncia cuando en el grupo se ha generado la complicidad y la solidaridad interna suficiente como para saber que no se va a ser cuestionado por el resto de los asistentes.

—*El crédito.*

—Claro, el crédito del piso, y bueno, y como mi cuñado en este caso pues hay 25.000 personas quié en Huelva, vamos». (Grupo triangular. Mujeres de clases medias bajas).

Esta «experiencia» relatada posibilita, si no hay cuestionamiento por parte de otra «experiencia» distinta, poner de manifiesto cómo en cada uno de estos casos concretos, en cada una de estas experiencias narradas se manifiesta lo general, lo social, desde el punto de vista de los participantes en el grupo. De este modo —y en caso de que no se produzca el cuestionamiento sino el asentimiento de los otros asistentes al grupo—, esta forma discursiva permite generar un clima en el que resulta relativamente fácil compartir, poner en común las citadas experiencias.

«—*Y tú en el tema este de las promociones, tú decías que no te metías, que no... no...*

—No me metía, no, sino que yo ya he estado dos o tres veces para pedirlo pero que eso es muy difícil que te lo den. Yo tengo la esperanza perdida en eso.

—Yo estoy harto de echar solicitudes en todos lados.

—Y yo...» (Grupo triangular. Empleo inestable).

b) La experiencia concreta como caso particular del «discurso referido»

Llegados a esta altura del texto y para una mejor caracterización de este tipo de discurso «triangular», quizás nos resulte útil acudir, de nuevo, a una noción ya acuñada en el campo teórico y que creo que se sitúa en una relación directa con este tipo de construcción discursiva. Desde nuestro punto de vista esta forma de construcción discursiva de los grupos triangulares mantiene una estrecha relación con la noción de «discurso referido» analizado y desarrollado por el lingüista ruso Voloshinov en su obra *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje* (1976). En efecto, define este lingüista el «discurso referido» como aquel que «es visto por el hablante como un enunciado que pertenece a algún otro, como un enunciado que en su origen fue totalmente independiente, completo en su construcción y externo al contexto dado» (VOLOSHINOV, 1976: 144). De modo similar, subrayamos por nuestro lado cómo la «experiencia referida» en los grupos triangulares tiende a plantearse como una experiencia ajena, de «fuera» del contexto grupal en el que se narra, al mismo tiempo que sus protagonistas suelen ser, también, unos «otros» ajenos y exteriores formalmente al hablante —salvo en los casos citados de los grupos «cómplices»—. Desde este punto de vista podríamos considerar que las experiencias narradas en los grupos triangulares constituirían un caso concreto y más particular del modelo más general de «discurso referido» analizado por Voloshinov.

c) La dimensión «meta» del discurso referido y la dimensión «infra» de la experiencia referida

En esta consideración de los casos concretos aportados en los grupos triangulares como modalidades particulares de los «discursos referidos» conviene señalar, sin

embargo, una diferencia con el marco teórico propuesto y desarrollado por Voloshinov. Mientras que este autor siempre resalta, en relación al «discurso referido», que éste es un «enunciado», un «trozo» de discurso que se introduce en el seno del discurso que se está enunciando —de hecho, la base de sus ejemplos son estudios y obras literarias—. En nuestro caso lo que se introduce es un «trozo de experiencia» narrada. Desde este punto de vista, Voloshinov, basando esta introducción de un «enunciado» en «otro enunciado», caracteriza los «discursos referidos» como una de las modalidades básicas de la creación de los denominados niveles «meta» en el lenguaje, es decir, de la creación de lo que podríamos denominar como «bucles» entre un «decir» y otro «decir» (fenómeno de la intertextualidad). Sin embargo, en el caso de los grupos triangulares, y siempre a partir de nuestra experiencia, en la medida que lo que se introduce no es tanto un enunciado ya constituido sino una «experiencia» narrada como tal «experiencia», podríamos caracterizar a las citadas «experiencias referidas» como modalidades básicas de la creación de lo que podríamos llamar niveles «infra» en el discurso, es decir, de la creación de lo que podríamos denominar «bucles» entre un «decir» y una «experiencia» que se aleja de los fenómenos de la intertextualidad para apuntar hacia una dirección prácticamente inversa. Es por ello, y en este contexto, por lo que cobra sentido el matiz escrito anteriormente sobre la dimensión indirecta de la función referencial jakobsoniana en el sentido en que el discurso se produce como un «discurso referido» sobre una «experiencia referida».

De este modo, la introducción de un nivel «infra» en relación más directa con el «referente» del mensaje que con el «código» del mismo posibilita, como veremos más adelante y como ya apuntamos en el artículo anteriormente citado (CONDE, 1993: 224-225), la orientación del discurso hacia una posible apertura e incluso hacia una interpelación y posible desbordamiento del código más que hacia un refuerzo del mismo, como ocurre, sin embargo, con el desarrollo de los sucesivos niveles «meta».

Por tanto, la introducción de la «experiencia referida» como nivel «infra» en el contexto de la modalidad concreta de la construcción discursiva de los grupos triangulares permite el desarrollo de unos discursos «triangulares» que, tendencial y potencialmente, apuntan al citado desbordamiento del código, de la función «meta-lingüística» (Jakobson) de los discursos sociales dominantes en los grupos sociales de referencia/pertenencia de los grupos triangulares realizados. En este sentido, podríamos decir (expresado siempre en términos relativos y tendenciales ya que toda relación con los «objetos», con el mundo, con la «realidad» es una relación mediada por el lenguaje y, por tanto, mediada «representacionalmente») que las relaciones con el «objeto», las «relaciones de objeto» que evidencian los discursos producidos por los grupos triangulares estarían en una relación menos codificada con los mismos que en los discursos producidos por los grupos de discusión canónicos de cinco a nueve personas. En estos las «relaciones de objeto» mantenidas y expresadas por los discursos producidos tendrían más mediaciones representacionales y codificadas

que en los grupos triangulares²⁵. Hasta cierto punto cabría decir que los discursos producidos por los grupos triangulares en parte están dados y en parte están producidos por el propio grupo o, como diría Winnicott, son discursos «a medias encontrados, a medias inventados».

d) De las «experiencias referidas» a las «experiencias compartidas»

El discurso construido por el grupo triangular se va gestando, se va construyendo a partir del relato casi permanente de casos concretos, casos concretos que se cuentan como casos «reales», como «hechos» (en coherencia con el dominio de la función «referencial») que, a su vez, se presentan como condensaciones, sobredeterminaciones de lo general y que posibilitan, por ello, ser compartidos y ampliados por el conjunto del grupo (función fática). De esta forma, en esta modalidad «triangular» de construcción discursiva el propio caso personal de cada uno de los asistentes tiende a exponerse y a transformarse en un caso concreto compartido y no solo como un mero caso personal como se recoge en el siguiente texto biográfico, próximo a un texto autobiográfico de una historia de vida (MARINAS y SANTAMARINA, 1993). En el marco del grupo triangular el texto se transforma en la expresión concreta de una situación general de los jóvenes con contratos eventuales con la que se sienten identificados todos los asistentes a este grupo triangular.

«—Yo entré con diecisiete años entré yo en Continente...

—*En la gran superficie.*

—... entré, estuve, diecisiete, dieciocho y diecinueve, estuve tres años trabajando, por contrato de tres meses...

—*Renovable.*

—Prorrogable. Total que a los diecinueve me tuve que ir a la mili, y me fui a la mili. Antes de irme hablé con mi jefe, a ver si yo tenía, tenía esperanza de cuando me licenciara volver otra vez a entrar, me dijo que no había problema, que entraba otra vez... que era un buen trabajador, que trabaja, me licencié, entré en Continente otra vez con veinte años y ahora con veintitrés me hacían fijo o me echaban a la calle, son tres años los que está una persona en la empresa por contrato, cuando llegan los tres años te hacen fijo o te echan a la calle.

—Pero eso yo creo que ha cambiado también ya.

—Bueno, yo te estoy hablando de hace cuatro meses. Yo me llevo mis tres años, yo con toda mi ilusión del mundo, me quedaba, me quedaba, me quedaba, con un puesto mejor, porque yo he estado siempre de almacenista, ahí en los almacenes, con un puesto más arriba de recepcionista... y a la hora de la verdad me dieron tres patadas en el culo. ¿Por qué? porque le interesa...

²⁵ Solo como nota a pie de página, conviene situar que la diferencia establecida por Winnicott entre «relación de objeto» y «uso de objeto» sería muy pertinente para profundizar en esta diferencia que acabamos de subrayar en los discursos de unos y otros tipos de grupos en el sentido de que mientras los discursos producidos por los grupos de discusión se inscribirían en el ámbito de las «relaciones de objeto», los discursos de los grupos triangulares tenderían a inscribirse en los «usos del objeto».

—Prefieren gente de contrato a hacer plantilla.

—Les interesa coger otra vez ahora a otro niño con diecisiete años, igual que entré yo, y le pagan equis dinero, ¿no?» (Grupo triangular. Empleo inestable).

Por tanto, en el seno de los distintos procesos de construcción de los discursos puestos en marcha por las diferentes prácticas cualitativas que estamos abordando, una de las características más importantes, específicas y singulares de los grupos triangulares es la de tender a construir el discurso a partir de un encuentro de las experiencias concretas «referidas» por cada uno de los asistentes y de un intento de puesta en común de aquellas. Intento de puesta en común, entre las experiencias referidas y las experiencias compartidas, que permite a los asistentes al grupo triangular indagar, tantear cómo y hasta qué punto estas experiencias «referidas» pueden ser significativas de la situación y posición del grupo de pertenencia/referencia.

Además de lo dicho, el intento y tarea de puesta en común de las citadas experiencias sugeridas y compartidas por cada uno de los asistentes se puede realizar por otras dos razones íntimamente relacionadas con las características de la dinámica que se desarrolla en los grupos triangulares. En primer lugar, dichas «experiencias referidas» pueden ser compartidas en la medida en que dichos casos no son relatados desde el estricto mundo «interior», subjetivo de cada uno de los asistentes, sino que son relatadas desde el punto de vista «exterior», «objetivo», casi como si fuesen un «hecho» social que se puede compartir de forma «natural». En segundo lugar, por una razón más técnica asociada al clima discursivo que se suele generar en un grupo triangular mucho más abierto y a la escucha tanto del «otro» asistente como de los «otros» (excluidos-incluidos en el grupo) que en un grupo de discusión donde la escucha está más centrada en el seguimiento de la dinámica «grupal» más general²⁶.

e) Las «experiencias referidas» como práctica dinámicamente discursiva

La «experiencia referida» de los grupos triangulares se evidencia, pues, como un camino discursivo que «desborda» en su propia expresión y dinamicidad tanto los casos más «estereotipados» (ALONSO, 1994: 227) y propios de las entrevistas personales como los casos más «prototípicos» (ALONSO, 1994: 227) y más codificados que se establecen en los discursos de los grupos sociales. En efecto, la «expe-

²⁶ Al mismo tiempo la introducción en el grupo triangular de la «experiencia referida» tiene, hasta cierto punto, una «función terapéutica» y liberadora de cara a la propia dinámica del grupo triangular ya que en lugar de provocarse en el desarrollo de dicha dinámica una tensión interna tal que llegue al cuestionamiento de los propios asistentes, del propio «yo» de los mismos, posibilita un desplazamiento de dicha tensión hacia la reflexión enriquecedora sobre la base de las experiencias de los «otros» situados en el exterior del grupo en lugar de cada «otro» interior al mismo. Hasta cierto punto, cabe pensar que la introducción de una experiencia «exterior» al grupo permite en este el desarrollo de una cierta/gran complicidad interna a la hora de desarrollar la dinámica del grupo y las tareas que se proponen en el mismo.

riencia referida» por sus propias características siempre desborda uno y otro plano «estereotipado» y «prototípico» de la enunciación por lo que tiene de experiencia singular no reductible ni encasillable en lo más profundo de la misma.

Asimismo, la incorporación de una «experiencia referida» en el contexto del discurso grupal establece un «salto» entre los planos del discurso que se enuncia y de la «experiencia referida» que posibilita tendencialmente abrir el discurso, introducir nuevos ejes de sentido y significación *ad hoc* por parte del grupo triangular. Esta situación posibilita generar una dinámica abierta y paradójica que desborda la posible significación más «cerrada» —en términos relativos— que se le pueda atribuir a un discurso tanto desde el exterior al grupo como desde el interior de cada uno de los asistentes. Dicho desarrollo paradójico, ni exterior ni interior, confiere una gran dinamicidad a las reuniones de grupo triangulares y posibilita una apertura progresiva del discurso de aquellas más allá de lo habitual y de lo permitido en los códigos. Esta apertura discursiva de los grupos triangulares fue una de las características que inicialmente más nos llamaron la atención y que, a la luz de la presente reflexión, cabe relacionar estrechamente con la cuestión del «espacio transicional» y con la «experiencia referida» ya que, como resalta Voloshinov haciendo referencia a los discursos referidos, la introducción de los mismos en un enunciado genera una gran dinamicidad discursiva en la medida que «los dos (planos) existen realmente, funcionan, y se conforman sólo en su interrelación, y no por sí mismos, separados el uno del otro. El discurso referido y el contexto en que se lo refiere son los términos de una interrelación dinámica» (VOLOSHINOV, 1976: 147-148).

En este sentido, es clave no olvidar la reflexión desarrollada por Winnicott a este respecto cuando recordaba la paradoja de dos objetos unidos y separados, a la vez, por una cuerda. «Esta es la paradoja que acepto y que no trato de resolver» (WINNICOTT, 1975: 149).

CONCLUSIONES

En las páginas precedentes se ha pretendido inscribir la práctica del grupo triangular en el seno de las reflexiones y consideraciones de las técnicas y prácticas de investigación social como instrumentos que «polarizan» y descomponen cada fenómeno social investigado. De esta forma, cada una de las prácticas de investigación que se han abordado hace que se evidencien diferentes facetas y aspectos de un determinado objeto de estudio. En este caso se ha pretendido considerar el espacio pertinente para el uso de los grupos triangulares inscritos en una posición intermedia, en un espacio de mediación entre las entrevistas personales y los grupos de discusión canónicos.

Como ya señalábamos en otro texto (CONDE, 1993: 222) el grupo triangular, por las características de su propia situación «micro», no se erige en la *representación sim-*

bólica del lugar de pertenencia social de los asistentes, sino que se inscribe en un momento de tensión entre la expresión de la *personalización/individualización* y la *inscripción/adaptación* al discurso posicional-social de referencia. Dicha tensión permite una apertura y una expresión de diferencias «personales/sociales» más ricas y al mismo tiempo más difíciles de desarrollar en las dinámicas más canónicas en torno a los fenómenos sociales más relativamente estereotipados.

De esta forma, la presencia de tres personas obliga, por su propia dinámica, a abrir el campo de los discursos a las matizaciones, a las diferencias entre unos asistentes y otros, y, por tanto, a los posibles conflictos y disensos entre los sujetos, claves en una posible estrategia de intervención y comunicación.

La dinámica triangular, por su propia estructura, no promueve la constitución del grupo, sino la transformación de cada asistente en un sujeto activo, inducido a expresar sus opiniones, su discurso, a afirmar sus diferencias frente a los otros asistentes y, en este sentido, a tratar de producir y desplegar las posibilidades de nuevas argumentaciones, de producir nuevos discursos. Así el grupo triangular se ubica en un momento anterior al problema del discurso grupal y su representatividad en el terreno social y simbólico y se relaciona con el momento de la producción discursiva en el propio proceso de interacción de los sujetos. Así, frente a la pertinencia de otras técnicas para captar discursos más codificados y cristalizados, los grupos triangulares permiten revitalizar el campo de lo social y adentrarse en el ámbito de lo posible²⁷, en las situaciones más magmáticas y energéticas donde se están produciendo y cocinando las nuevas posibilidades de discursos sociales (*Ibidem*: 225).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E. (1994): «Sujeto y discurso: El lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa», en DELGADO, J. M., y GUTIÉRREZ, J. (1995): *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid: Síntesis.
- CONDE, F. (1993): «Los métodos extensivos e intensivos en la investigación social de las drogodependencias», en VV.AA.: *Las drogodependencias: perspectivas sociológicas actuales*, Madrid: Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias políticas y Sociología.
- (1996): *La vivienda en Huelva: cultura e identidades urbanas*, Sevilla: Junta de Andalucía y Fundación El Monte.
- IBÁÑEZ, J. (1979): *Más allá de la Sociología. El grupo de discusión. Teoría y crítica*, Madrid: Siglo XXI.
- JAKOBSON, R. (1984): *Ensayos de lingüística general*, Barcelona: Ariel.
- MARINAS, J. M., y SANTAMARINA, C. (eds.) (1993): *La historia oral. Métodos y experiencias*, Madrid: Debate.
- ORTÍ, A. (1986): «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discusión de grupo», en GARCÍA FERRANDO, M.; IBÁÑEZ, J., y ALVIRA, F. (comps): *El*

²⁷ De hecho, desde algunos lugares se ha denominado este tipo de práctica como *grupos creativos*.

- análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*, Madrid: Alianza.
- (1993): «El proceso de investigación de la conducta como proceso integral: Complementariedad de las técnicas cuantitativas y de las prácticas cualitativas en el análisis de las drogodependencias», en VV.AA., *Las drogodependencias: perspectivas sociológicas actuales*, Madrid: Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología.
- SAINZ DE ROBLES, F. C. (1979): *Diccionario español de sinónimos y antónimos*, Madrid: Aguilar.
- SERRES, M. (1992): *Le tiers-instruit*, Paris: Gallimard.
- THOM, R. (1987): *Estabilidad estructural y morfogénesis*, Barcelona: Gedisa.
- VOLOSHINOV, V. N. (1976): *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- WINNICOTT, D. W. (1975): *Jeu et réalité. L'espace potentiel*, Paris: Gallimard. (Existe una reciente traducción española titulada *Realidad y juego*, en Barcelona: Gedisa, 1995).
- WINNICOTT, D. W.; GREEN A.; MANNONI, O., y PONTALIS, J. B. (1978): *Donald W. Winnicott*, Buenos Aires: Trieb.

CAPÍTULO 8

Historias de vida: La crisis del mundo rural

Julia Varela Fernández

INTRODUCCIÓN

Es difícil abordar de forma directa y en abstracto el análisis de una técnica de investigación social. De hecho, cuando se consulta la bibliografía dedicada a las historias de vida muchas veces nos encontramos con que son tantos los obstáculos y los reparos con los que algunos autores intentan guiarnos por el buen camino del rigor metodológico, que más bien parece que quisieran abrumarnos para, al fin, desanimarnos a emprender la investigación.

La polémica sobre las historias de vida entre los expertos comienza por la terminología, pues hay quienes prefieren hablar de relatos de vida. Los que privilegian los relatos sobre la historia lo hacen porque así se logra, a su juicio, un mayor distanciamiento entre las apreciaciones subjetivas y la realidad, pues la propia expresión relato de vida deja claro que no se trata de aproximarse a la vida misma de las personas, sino más bien a una narración sobre ella, algo que a mi juicio no va demasiado lejos como recurso de distanciamiento. Por otra parte, algunos metodólogos acercan más esta técnica a la historia oral y biográfica, mientras que otros la sitúan formando parte de las entrevistas en profundidad dedicadas en este caso a obtener información acerca de la vida misma de los sujetos. En todo caso estas diferencias no deben sorprendernos pues las historias de vida han sido utilizadas desde campos diversos —desde la sociología, la historia, la antropología y la psicología social, hasta la literatura—, y desde perspectivas teóricas diversas, para el estudio de cuestiones también muy variadas.

Si nos remontamos a la historia de esta técnica conviene recordar que por lo que se refiere al campo sociológico fueron sobre todo algunos sociólogos de la Escuela de Chicago quienes inauguraron el recurso a distintos materiales biográficos. *El campesino polaco* de Thomas y Znaniecki es en este sentido un trabajo pionero sobre la emigración y los problemas de adaptación de los emigrantes europeos en los

Estados Unidos (THOMAS, 2004). Pero no deja también de ser original el recurso de E. Sutherland de adentrarse en el mundo profesional de los ladrones de guante blanco recurriendo al testimonio de Chick Conwell, un ladrón profesional que aceptó contar los secretos de la profesión a cambio del dinero que le ofrecía la Universidad de Chicago (SUTHERLAND, 1988). En estos casos los relatos son autobiografías, es decir, relatos producidos por los informantes como respuesta a la demanda de los propios investigadores, y siguen por lo general una guía previamente establecida por el investigador o el equipo de investigadores, y en muchos casos adoptan la forma de documentos escritos. Sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial, a partir de los años cincuenta y sesenta, y quizás por influjo del interaccionismo simbólico y de la etnometodología domina la relación cara a cara en la recogida de materiales biográficos, y las historias de vida pasan a integrarse en la esfera de las entrevistas en profundidad¹. Conviene, no obstante, señalar que desde la sociología se intenta ir más allá del positivismo dominante en estas corrientes para evitar la deshistorización y el olvido de las dimensiones estructurales.

Se suele subrayar que el material biográfico es un material histórico como cualquier otro, con frecuencia más completo y organizado de otra forma, un material que puede ser de gran importancia para aproximarse a determinados objetos de estudio. Jean Claude Passeron se planteó la pregunta de qué es lo que puede hacer un sociólogo con este material, es decir, cómo se puede, a partir de un corpus de relatos biográficos, comprender las relaciones que existen entre una biografía y su contexto histórico con el fin de establecer así una inteligibilidad longitudinal que permita obtener ventajas respecto a la utilización de otro tipo de técnicas. En definitiva nos advierte que las técnicas no son neutras, que el recurso a ellas depende del problema que se pretende estudiar, y que no hay que caer en la fascinación que suelen ejercer los relatos biográficos que parecen decirlo todo dispensando de un trabajo afinado de reconstrucción. Passeron observa también que es necesario evitar que la individualización de los sujetos se disuelva en el anonimato, al subordinar la inteligibilidad de una biografía a las estructuras objetivas, al determinismo de las estructuras sociales. Indica por tanto la necesidad de tener en cuenta las condiciones socio-históricas de producción de los relatos, tomar en consideración el peso que ejercen las estructuras sociales en las biografías, sin que ello suponga anular la especificidad de cada relato individual, ni subsumir por completo la subjetividad de los sujetos en el magma de lo colectivo, aunque el acento en uno u otro depende en buena medida de la finalidad del trabajo (PASSERON, 1930). Pero quizás haya sido Wright Mills quien nos proporcionó un consejo general relevante cuando observó en *La imaginación sociológica* que la ciencia social trata de problemas de biografía, de historia, y de sus intersecciones en el seno de las estructuras sociales (MILLS, 1986).

¹ Un buen ejemplo es el controvertido estudio sobre las familias pobres mexicanas realizado por el antropólogo norteamericano Oscar Lewis con el título de *Los hijos de Sánchez* (LEWIS, 1968). Y en nuestro país destaca, en este sentido, *A tumba abierta*, la historia del Botas, realizada cuidadosamente por Oriol ROMANÍ (1986).

Puso así de relieve la clave según la cual los relatos biográficos se inscriben en la historia, en un tiempo concreto, y en un sistema social determinado, sin que esto suponga olvidar el valor de una vida humana. Si se abandona esta premisa no se puede llegar a entender el sentido de los relatos, ni acceder a su significado.

Según algunos autores los materiales biográficos, cuando se refieren a un colectivo social, a un grupo humano, facilitan la realización de un análisis matizado al situarse entre una atomización individualista, y una macrosociología que generaliza demasiado. Pero conviene añadir que uno no puede limitarse al grupo, ya que este está ligado a sistemas sociales más amplios que le confieren determinadas peculiaridades sociológicas. Más difícil resulta seguir la regla de que hay que aprender a hacer preguntas, y saber hacerlas bien en el momento oportuno en función de la lógica de desarrollo de las entrevistas en profundidad. Esta norma, dicha así en el vacío, suele reducirse a postular que no hay que empezar haciendo preguntas directas, que las preguntas deben formularse en un lenguaje claro, que conviene comenzar por crear un clima de tranquilidad para romper el hielo, así como avanzar lentamente sin atosigar a los entrevistados. Pero aprender a hacer preguntas pertinentes solo parece posible si se planifica bien la investigación, si se conoce en buena medida qué problema se pretende resolver, y si se produce por parte del investigador una escucha sensible, enriquecida por el conocimiento previo sobre el campo de estudio. Preguntar implica toda una experiencia en el arte de escuchar. Para escuchar es preciso que el investigador se extrañe ante lo que no es él mismo, es preciso no tener prisa, dejar hablar, tener aprecio y consideración al otro, al sujeto que es objeto de la entrevista. Realizar una historia de vida supone, por tanto, una voluntad de aproximarse a un mundo individual y social que en ciertos casos está distante del nuestro, y para ello es preciso estar dispuesto a no ser totalmente un investigador ajeno al modo de vida del sujeto o de los sujetos que informan, entender las categorías que conforman sus estilos de pensar, así como sus modos de expresión, sus sentimientos y sus vivencias. Por supuesto, es imposible ser un buen entrevistador si se parte de la idea de que nuestro mundo es el único posible y el mejor, pues iremos llenos de prejuicios al encuentro, desvalorizaremos lo que nos dicen, no prestaremos suficiente atención, y terminaremos no escuchando. En este sentido, como ya algunos han reconocido, estos encuentros tienen bastante que ver con la observación participante.

Se podría resumir diciendo que las técnicas cobran sentido en el interior de un plan de investigación, por lo que no cualquier técnica de investigación es apropiada para abordar ciertos objetos de estudio. Las entrevistas en profundidad, y más si se realizan para acercarse a la vida de los sujetos, presentan, como cualquier otra técnica, ya sea predominantemente cuantitativa o cualitativa, sus posibilidades y sus limitaciones. En todo caso, la entrevista en profundidad sobre materiales biográficos ha sido puesta a prueba por numerosos investigadores en ciencias sociales para recabar información sobre mundos sociales desconocidos a los que no es fácil acceder a través de las fuentes escritas, o cuando las fuentes escritas son muy

sesgadas. Con frecuencia los investigadores optan por decantarse por las técnicas cuantitativas o por las cualitativas, pero en realidad las técnicas, en cuanto vía de aproximación a una realidad social, pueden muy bien complementarse. Como ya he señalado es importante ir más allá de una creencia ingenua, de naturaleza positivista, que piensa que basta con escuchar y transmitir el testimonio de determinados sujetos para conocer cómo funciona «la realidad social», pues estos testimonios, al igual que los materiales recogidos en fuentes secundarias —libros, artículos, etc.—, no dejan de ser una interpretación de los hechos sociales. Por eso es preciso que el investigador, que forma parte del mundo social que investiga, sea capaz de encontrar el modo de ir más allá del objetivismo y del subjetivismo, es decir, ha de ser capaz de conjugar, como decía Norbert Elias, el compromiso con el distanciamiento, la implicación apasionada con la reflexión distanciada.

Antes de pasar a ilustrar la técnica de las historias de vida a partir de mi trabajo de investigación sobre el mundo rural voy a caracterizar muy brevemente el contexto socio-histórico en el que se inscriben las entrevistas pues, como ya he señalado, es importante tenerlo en cuenta para captar su pleno sentido. Como mi ejemplificación está basada en el campesinado gallego, conviene que comencemos por preguntarnos por qué la civilización rural, fruto de una riqueza construida colectivamente durante siglos, comenzó a declinar bruscamente cuando se introdujo en el trabajo de la tierra lo que Max Weber denominó el espíritu del capitalismo.

LA IRUPCIÓN DEL SISTEMA CAPITALISTA EN EL MUNDO RURAL Y SUS CONSECUENCIAS

La introducción de la economía de mercado en el campo, que implica la búsqueda de un beneficio inmediato, no solo cambió la percepción de la tierra, de los seres humanos y del dinero que pasaron a convertirse en mercancías, sino que minó la base misma de las relaciones sociales comunitarias propia de las aldeas: la ayuda mutua. Kropotkin consideraba la ayuda mutua existente en las comunidades rurales la antítesis del darwinismo social capitalista, pues la cooperación y el trabajo bien hecho predominaban sobre la competitividad y la lógica del beneficio individual. Pasemos pues a enumerar algunos de los factores importantes que contribuyeron al declive del mundo rural, elaborados a partir de fuentes secundarias, predominantemente de trabajos de sociología rural, que he consultado en parte antes de realizar el trabajo de campo, y en parte al mismo tiempo que este se iba realizando.

1. La creciente despoblación del mundo rural, que tuvo lugar en Galicia sobre todo a partir de los años sesenta, está relacionada con determinados procesos, algunos de ellos de carácter estructural. Y así, el fuerte incremento demográfico de la postguerra era difícilmente compatible con las formas que adoptaba entonces la propiedad de la tierra, el minifundio, y con las formas de transmisión de la

herencia impuestas por el Código civil que obligaba a dividir y subdividir sin cesar la propiedad de la casa generación tras generación.

2. Al factor demográfico se sumaron otros factores. En 1946 se restableció la Ley de emigración de 1907, con las modificaciones de 1924, una ley que restringía el derecho a emigrar a menores, jóvenes en edad militar y curiosamente también a las mujeres casadas. El régimen de Franco estableció además desde 1948 tratados con Argentina, Brasil y Venezuela para proporcionar a estos países mano de obra procedente predominantemente de las regiones rurales españolas.
3. El Plan de Estabilización de 1959 fue un Plan de ajuste que potenció la industria y el comercio. Como es bien sabido, inmediatamente después se aprobaron los Planes de Desarrollo, abanderados por los Ministros económicos del Opus Dei —de López Rodó a López Bravo—, que mostraron una ausencia total de sensibilidad para con los pequeños labradores que fueron considerados atrasados e irracionales, y destinados a servir de mano de obra barata en la gran ciudad industrial o en la emigración exterior. Esos Planes crearon toda una serie de institutos, algunos de ellos relacionados con el campo. Por ejemplo, el ICONA puso entonces en marcha una política de reforestación de los montes comunales gallegos, lo que obligó a los labradores más pobres a abandonar la tierra, pues esos montes constituían su única fuente de subsistencia. Esta política se llevó a cabo al mismo tiempo que se producía una apuesta por la concentración parcelaria que en buena medida fracasó.
4. Pero fue sobre todo a partir de los años sesenta, con la llamada «modernización», cuando se empezaron a hacer visibles ciertos cambios, hasta el punto de llegar a hacer quebrar décadas más tarde, de forma aparentemente irreversible, la civilización de las pequeñas comunidades rurales. Esta modernización supuso la introducción de nuevas técnicas de trabajo y de nuevas formas de producción en el campo. Con la llegada de tractores, segadoras, empacadoras y otras maquinarias, y con la creación de las primeras granjas de producción de leche —que introdujeron la nueva tecnología de los ordeñadores mecánicos—, llegaron no solo nuevas formas de producción, sino también nuevas formas de endeudamiento y de dependencia. Los labradores pasaron a depender de los bancos, de sus créditos pagados con elevados intereses. Se podría decir, siguiendo a Andrés, uno de los informantes de los que luego hablaremos, que ahora el reloj dejaba de estar parado para empezar a cronometrar el tiempo de la producción agrícola. La introducción de las nuevas tecnologías contribuyó a acelerar todavía más el éxodo rural, en la medida en que ahora para realizar el trabajo se precisaban menos manos.
5. Con la introducción del capitalismo en el campo, y con la llegada de los medios de comunicación, se produjo en las ciudades un efecto llamada para los habitantes del mundo rural, especialmente de los más jóvenes, que comenzaron a abandonar masivamente el campo y a percibirlo de forma negativa. Los medios

de comunicación, especialmente la televisión, mostraban el rostro a la vez de una sociedad productivista y de una sociedad de consumo en alza que convertía a los centros urbanos en focos irresistibles de atracción. Se puso así en marcha un proceso de individualización creciente, y un cambio de mentalidad. Empezaba a imponerse lentamente una economía dineraria y consumista. El propio éxito de algunos emigrantes que volvían con coches y con dinero contribuía a favorecer este cambio de mentalidad y de costumbres, que también se vio favorecido por un incipiente turismo.

6. Otro de los factores que influyó en el declive del mundo rural, que no suele ser tenido muy en cuenta por los sociólogos rurales, fue la desaparición de las escuelas llamadas unitarias debido a la concentración escolar (SUBIRATS, 1983). Se produjo de este modo un cambio en la socialización de las nuevas generaciones, lo que supuso un acercamiento al mundo urbano que no siempre fue positivo para ellas. La concentración escolar aprobada por la nueva Ley de educación, la llamada Ley Villar de 1970, contribuyó, en la mayoría de los casos, a desarraigar a los jóvenes adolescentes del mundo rural, pues no les ofreció medios de inserción social.

Conviene subrayar también que una buena parte de los agentes sociales letrados, además del cura y del maestro o maestra, que tuvieron un influjo especial en el mundo rural a partir de la década de los sesenta —ingenieros agrónomos, veterinarios, funcionarios de la extensión agraria, encargados de la repoblación forestal y otros— no ayudaron a fijar la población al mundo rural, ni a que se valorasen sus formas de cultura y de vida, sino que más bien contribuyeron, pese a sus buenas intenciones en algunos casos, a descalificar los saberes y prácticas de los labradores. Como muy bien señala Pepito, otro de los entrevistados, en un momento de su relato de vida: «sabíamos hacer de todo, pero nos llamaban atrasados».

Este proceso de desintegración del espacio rural se puso de manifiesto en el incremento acelerado del índice de suicidios de labradores viejos que veían cómo se derrumbaban sus casas y cómo se abandonaban las huertas y la tierra trabajada en beneficio de las explotaciones lecheras. Correlativamente en la ribera se construían enormes bodegas industriales, conocidas como las nuevas catedrales. Las explotaciones lecheras y las bodegas industriales ilustran bien la entrada del capitalismo en las zonas rurales, y el declive del trabajo artesanal de la tierra. La tasa de fecundidad se debilitó, el envejecimiento de la población rural se intensificó, y empezó a abundar en el campo el celibato masculino. Fue entonces cuando muchas mujeres comenzaron a trabajar como asistentas en las villas próximas, y cuando los jóvenes, fascinados por los coches, por las máquinas tragaperras, por las discotecas, y las luces de neón de la ciudad, abandonaron masivamente el campo. Y el consumo de drogas duras, que comenzó haciendo mella en los años setenta entre los jóvenes de la pequeña burguesía de las villas, se extendió ahora al medio rural. La inseguridad, el imaginario del miedo, tan insistentemente promovido por la televisión, entraba en las

aldeas de la mano de algunas bandas juveniles, sustituyendo así al miedo que antes se tenía a la guardia civil.

Con la introducción de la lógica capitalista en el campo entraron también los pesticidas, los herbicidas, los abonos químicos, los productos transgénicos que plantean graves problemas de desequilibrio ecológico, y generan la desaparición de múltiples especies de plantas y de animales, introducen la basura en el campo y provocan toda una serie de enfermedades. Respecto a todos estos procesos ligados con la alimentación son especialmente sensibles los entrevistados de mayor edad de mi estudio, aquellos que en la actualidad superan los ochenta años. Una de las entrevistadas llegó a decir que «los laboratorios van a acabar con la humanidad», refiriéndose a los productos químicos que envenenan las aguas y la tierra. Sin duda son ellos los que recuerdan mejor cómo las formas tradicionales de cultivo de la tierra respetaban los ciclos de la naturaleza y mantenían el equilibrio ecológico.

En mi investigación sobre el campesinado gallego traté de responder, en alguna medida, al reto lanzado por Michel Serres, quien decía que se está produciendo ante nuestros ojos, pero de un modo casi imperceptible, el cambio social más importante del siglo xx, la desaparición de los labradores, un cambio de consecuencias incalculables. Por supuesto, mi acercamiento a los que parecen ser los últimos vestigios de la civilización rural no significa apostar por la vuelta a la época de la postguerra, pues no se puede volver al pasado, aunque siempre se esté a tiempo de empeorar, sino defender el derecho de los pequeños labradores a vivir sin presiones y con dignidad, a que se les reconozcan las importantes funciones que siguen desempeñando en la actualidad, y a poner de relieve el modelo incivilizatorio de progreso que se está imponiendo. Por eso me parece importante buscar alternativas al modo de producción capitalista, un modelo de sociedad irresponsable que no responde a los intereses comunes, al bien común, y que está poniendo a la tierra y a la mayoría de los seres, incluidos los seres humanos, al borde del colapso. De ahí que me interesen especialmente, junto las voces de los campesinos recogidas en sus historias de vida, la voz y las acciones de algunos biólogos, arquitectos, economistas gallegos que sensibles a la descomposición programada del mundo rural se plantean la necesidad de declarar determinadas zonas parques naturales protegidos, y de fijar la poca población que continúa viviendo en campo para que siga realizando sus labores de agricultura artesanal con el fin de mantener una cierta calidad de vida².

² Algunos conservadores, aunque por razones muy distintas a las de los progresistas, son conscientes de los efectos que se derivan de la desaparición del mundo rural. Por ejemplo, el actual Presidente de los Estados Unidos afirmaba recientemente que «es importante para nuestra nación cultivar alimentos, alimentar a nuestra población. ¿Pueden ustedes imaginar un país que no fuera capaz de cultivar alimentos suficientes para alimentar a su población? Sería una nación expuesta a presiones internacionales, sería una nación vulnerable. Por eso, cuando hablamos de la agricultura norteamericana, en realidad hablamos de una cuestión de seguridad nacional» (ONORATI y GASCO VERDIER, 2005).

LA ULFE. SOCIOLOGÍA DE UNA COMUNIDAD RURAL GALLEGA

Paso por tanto sin más dilación a ilustrar algunas de las potencialidades de las historias de vida de una forma más cercana y menos abstracta de como suelen hacerlo los tratados de técnicas y metodología. Para ello me serviré de mi investigación, recogida en el libro *A Ulfe*, un estudio de sociología rural (VARELA, 2004).

Esta investigación tenía como finalidad principal analizar los cambios sociales que afectaron al mundo rural en Galicia, desde aproximadamente los años treinta del siglo xx hasta nuestros días. A partir de doce historias de vida he intentado comprender por qué está en crisis el mundo rural, y cómo este declive afecta también al resto de la sociedad. Para comprender mejor la dinámica del cambio social he tenido como punto de referencia el presente, es decir, la urbanización del mundo rural. Las historias de vida se insertan, por lo tanto, en un trabajo sociohistórico comparativo, o si se prefiere genealógico, que intenta no solo escuchar la voz de los materiales escritos, sino también, y de forma muy relevante, la de aquellos sujetos que vivieron y sufrieron en su carne dichos cambios. Tener en cuenta sus puntos de vista me pareció importante también para conocer cómo fue la vieja civilización rural gallega y dejar constancia de ella. El sociólogo francés Émile Durkheim decía que los sujetos sociales, sus sistemas de creencias y valores, así como sus prácticas, están conformados por la sociedad en la que viven. De ahí que las informaciones de los hombres y mujeres de *A Ulfe* tengan que ser inscritas en el marco sociohistórico de la España de la guerra, de la postguerra, y de la transición a la democracia.

En *A Ulfe* se estudia una comunidad de pequeños propietarios rurales que vivieron en un pequeño pueblecito en el que hoy ya no vive nadie. Se trataba de una «aldea» muy parecida a otras del mundo rural gallego, y muy próxima a otras pequeñas comunidades, resultado de la gran dispersión de población que caracteriza a la Galicia rural. La Ulfe era una comunidad pequeña que estaba formada por sujetos que poseían determinadas peculiaridades al estar insertos en el interior de una densa red de interacciones propia de una configuración social específica. Las entrevistas se planificaron con la finalidad de que los sujetos entrevistados, al contar «su vida», se centrasen en aquellos aspectos de la misma que permitiesen proporcionar informaciones para conocer de primera mano las principales etapas por las que pasó esta comunidad. Por eso mis preguntas versaron sobre «los trabajos y los días», sobre las principales etapas de la vida: la socialización en la infancia, los juegos y diversiones, las relaciones de los jóvenes entre sí, el noviazgo, las alianzas matrimoniales, los trabajos que realizaban y las formas de cooperación a las que daban lugar (entre mujeres, entre hombres, y entre mujeres y hombres), los conflictos que existían entre los sexos, en el seno de las familias, en la comunidad, y con los vecinos cercanos, sus relaciones con las autoridades oficiales, el sistema de percepción del propio mundo..., así como su propia explicación del declive de la civilización rural y sus efectos. Las entrevistas se realizaron tras fijar con los entrevistados fechas y horarios, y siempre en su propia casa, en su medio habitual, con el fin de que se sintiesen cómodos. Ello

me obligó a desplazarme a distintos puntos de la geografía gallega. Dado que el trabajo de campo fue realizado durante el otoño, uno de los problemas que se me planteaban era el de evitar que el resto de la familia o los amigos interviniesen en el diálogo y cortasen el ritmo de las entrevistas. Sé por experiencia que la cocina de leña es el lugar donde habitualmente se vive y donde se reúnen los distintos miembros de las casas rurales. ¿Cómo evitar que, si había más personas presentes, lo cual era muy probable, no interviniesen en la conversación? Para mi asombro, únicamente en un caso tuve que decir a una persona que era mejor que se fuese a realizar alguna otra actividad. El autocontrol que mostraron los presentes me pareció mucho más fuerte que el que posiblemente existiría en la burguesía. Tampoco la presencia del magnetofón planteó el menor problema. Ni que decir tiene que este trabajo supuso entre otras cosas para mí la recuperación de viejos amigos, y una inmersión total en el mundo que conformó mi infancia. Supuso también un emocionante y cálido reencuentro que fue mucho más allá del mero trabajo, y creo que esa fuerte «implicación» se refleja positivamente en el resultado de la investigación.

Con el objeto de poner de relieve las transformaciones que se sucedieron en esta pequeña comunidad entrevisté a hombres y mujeres pertenecientes a cuatro generaciones distintas, que nacieron aproximadamente entre 1925 y 1945. La primera generación, la de los más viejos, estaba formada por un varón y dos mujeres situados en el intervalo de edad que va entre los setenta y cinco y los ochenta años. La segunda, la generación madura, comprendía a sujetos que tenían en torno a setenta años, y estaba formada por dos varones y una mujer. La tercera generación, la de los adultos, comprendía a sujetos que tenían entre cincuenta y cinco y sesenta años y estaba formada por un varón y dos mujeres. En fin, la cuarta generación, la de los más jóvenes, estaba formada por dos varones y una mujer con edades comprendidas entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. La mayoría de los seis varones y las seis mujeres nacieron y vivieron su infancia y su juventud en la Ulfe. La edad, el sexo y la posición social —entendida esta última predominantemente en términos de riqueza, es decir, de propiedad de la tierra— constituyeron las variables centrales para el desarrollo del trabajo.

Además traté de tener en cuenta una de las reglas básicas de la entrevista que consiste en evitar una fuerte distancia social entre el entrevistador y el entrevistado, pues las relaciones de poder forman parte de los encuentros sociales. Está comprobado que cuando las relaciones de entrevista son muy asimétricas se introducen sesgos en la información obtenida. Y aunque sin duda había una diferencia de estatus entre ellos y yo, el hecho de haberlos conocido desde mi infancia, el hecho de que de algún modo perteneciese a «su mundo» y hablase su lengua, el gallego, contribuyó sin duda a paliar este desequilibrio. El resultado fue una información muy rica, pues no resulta fácil contar la vida a alguien extraño, y más en ciertos grupos sociales. Esa riqueza confirió nuevas dimensiones al trabajo que no se habían tenido en cuenta en un principio. Algunos lingüistas valoraron además muy positivamente la variedad

expresiva del lenguaje de los entrevistados, sus giros y variantes locales, que resultan de gran interés filológico, y que no surgen en las entrevistas que se suelen realizar para establecer el mapa lingüístico. Por supuesto el libro no recoge las conversaciones al completo, pues uno de los problemas que planteó la investigación está relacionado con la ética profesional: cuando se obtienen informaciones que afectan a la vida de los demás, ¿hasta qué punto es legítimo exponer crudamente los conflictos existentes, tanto desde un punto de vista comunitario, como en las relaciones de pareja, o en las relaciones personales? El problema se acentúa si se tiene en cuenta que los entrevistados, que en la mayor parte de los casos no se autocensuraron, decidieron aparecer con nombres propios, y son personas vivas y con descendencia.

El objetivo del investigador que recurre a las historias de vida no tiene nada que ver con el cotilleo morboso o sensacionalista, sino con comprender cómo funciona el mundo social, y con poder percibir relaciones sociales a veces poco evidentes. Los relatos de vida de los distintos sujetos entrevistados, al versar sobre las mismas cuestiones, permiten, al ser comparados y contrastados, obtener un mayor grado de objetividad. Las distintas variantes enunciativas reenvían a la percepción de los hechos de cada informante, ligada al sexo, a la clase social, a la edad, y a la propia trayectoria individual. Se procuró también, en aras de un mayor grado de objetividad, que la información se centrara sobre todo en actividades prácticas.

Para percibir en su pleno sentido la aportación de las historias de vida a esta investigación me voy a detener en el planteamiento teórico previo, así como en las dimensiones en torno a las que se articuló el estudio. Como ya he señalado, mi objetivo era tratar de dar cuenta de las transformaciones de la vida social que sufrieron los habitantes de esa pequeña comunidad rural durante más de medio siglo, precisamente en un periodo de fuerte aceleración histórica como ponen de relieve diversos estudios sobre el mundo rural. En toda investigación es indispensable delimitar esas dimensiones, no solo para poder conocer el modelo de sociedad que está detrás de la misma, y poder así distanciarse del objeto de estudio, sino también para determinar el corpus de materiales a utilizar predominantemente. Por eso a la hora de realizar un guión abierto de las entrevistas en profundidad no solo se tuvieron en cuenta los aspectos ya señalados, sino también las cuatro dimensiones básicas en torno a las cuales se organizó el estudio: el tiempo, el espacio, las relaciones de poder y los modos de subjetivación. Se partió, por tanto, de la hipótesis de que la articulación de los cambios acontecidos en esos cuatro ámbitos permitiría comprender bien las modificaciones que sufrió el mundo rural gallego y su rica civilización³.

³ Este plan de trabajo, así como el establecimiento de sus dimensiones básicas, es sin duda deudor de los trabajos de los sociólogos clásicos, pero también de las estimulantes investigaciones realizadas por analistas sociales más recientes, concretamente de *La sociedad cortesana* y *El proceso de civilización* de Norbert ELIAS, *Vigilar y castigar* de Michel FOUCAULT, *Internados* de Irving GOFFMAN, o *Las metamorfosis de la cuestión social* de Robert CASTEL, en las cuales esas dimensiones, juntas o por separado, están presentes.

Para poder entender los cambios en la organización y la percepción del tiempo era preciso preguntar por las tareas que realizaban a lo largo del año diariamente, y por otras ligadas a acontecimientos especiales tales como la matanza del cerdo, las ferias, las bodas, los entierros, etc. Por lo que se refiere al espacio social las preguntas se centraron en sus movimientos y desplazamientos, y no solo físicos, sino también simbólicos, en relación con los otros vecinos de la aldea, pero también con familiares y amigos de pequeñas comunidades próximas, con la villa cercana, con la capital de provincia, e incluso con América, pues ya algunos de sus ancestros habían emigrado a este continente. En relación con las relaciones de poder no solo estaban las cuestiones dirigidas a saber cómo se relacionaban los labradores con las autoridades oficiales, sino también cómo lo hacían unos vecinos con otros, los hombres con las mujeres, los adultos con los niños... Por último, también estaban las preguntas dirigidas a los modos de subjetivación, es decir, tendentes a poner de relieve si se había pasado de una comunidad en la que predominaban las relaciones densas de solidaridad, una comunidad en la que dominaba el nosotros, a otra en la que dominaban nuevas formas de relación, en la que el yo cobraba cada vez más importancia, pues se partía de la hipótesis de que se había producido también en el mundo rural a partir de los años sesenta un proceso creciente de individualización.

A través de las entrevistas se comprobó que los labradores y labradoras eran verdaderos artesanos y artistas que hacían innumerables tareas a lo largo del año, actividades que variaban según las estaciones, y que iban desde amasar el pan, tejer la lana y el lino, hacer vino, hacer la matanza, hasta remendar los útiles de cocina, hacer queso y mantequilla, o segar el centeno y el trigo del país, plantar todo tipo de legumbres y verduras, injertar árboles frutales, por poner solo algunos ejemplos. Se podría decir que frente a los seres especializados en que nos estamos convirtiendo cada vez más, que únicamente sabemos hacer una cosa y, en consecuencia, no muy bien, los campesinos eran por lo general seres universales, con múltiples capacidades y conocimientos. En esos trabajos, que con frecuencia eran trabajos muy duros, participaban niños, mujeres y hombres, y muchas veces también familiares y vecinos que ayudaban en la matanza, la siega, la vendimia, la deshoja del maíz... Soledad dice, refiriéndose a la época de la postguerra: «jugábamos y saltábamos, y nos contábamos cosas unas a otras, y nos hartábamos de reír, pero después teníamos que ir a trabajar. Trabajamos toda la vida. Trabajábamos tanto que no sé como todavía estamos vivos». A ella se suma también Camila cuando afirma: «entonces no había máquinas, todo lo hacíamos a mano, cavar, segar, ir a por tojos, extender el estiércol en las fincas, cuidar las viñas... Sobre todo en verano había mucho trabajo, había que segar la hierba, recoger el centeno y el trigo... En invierno se pasaba un poco mejor, se hacían menos faenas, se estaba más en casa, pese a que siempre había algo que hacer: cuidar el ganado, ordeñar las vacas, cebar los cerdos, cuidar las gallinas y los conejos, preparar el lino, hilarlo y tejerlo...».

Los entrevistados ponen de manifiesto que su organización y concepción del tiempo era muy diferente de la nuestra, de la que domina en sociedades en las que predomina

lo urbano sobre lo rural. Como dice Andrés: «entonces no era como hoy, estaba el reloj parado». El tiempo se concebía de forma cíclica, basado en el transcurso de las estaciones, marcado por el ritmo repetitivo de los muchos y diversos trabajos, y también por las fiestas, por las ferias, y por otros rituales importantes que se sucedían a lo largo del año, como los funerales, los aniversarios, las bodas y los bautizos.

Por lo que se refiere al espacio, este aparece organizado de forma precisa y minuciosa, ya que como manifiestan, entonces se iba de un lugar a otro andando o a caballo, de tal forma que podía observarse todo lo que existía alrededor. Y del mismo modo que se comprobó que en la organización y concepción del tiempo jugaba un papel central el trabajo, en la organización y concepción del espacio jugaba un papel central la casa que constituía el eje vertebrador de la sociabilidad, de las relaciones sociales. Cada casa tenía su propia identidad, su nombre propio por el que eran reconocidos y nombrados todos sus miembros. Todos los vecinos de una parroquia y de parroquias vecinas se conocían unos a otros por los moteos o apellidos.

Muchos de los estudiosos de la vida rural señalan, con razón, que los labradores tienen una memoria prodigiosa en lo que se refiere a sus experiencias, una memoria que sin duda se alimenta de la densidad y de la riqueza de su vida social, una memoria que se inscribe en una concepción específica del espacio, y que funciona a partir de círculos concéntricos que van desde lo más cercano hasta lo más alejado, desde lo local a lo global, desde el pequeño pueblo a la villa, a la capital, a Europa, a América y que incluye a los presentes y a los ausentes, a los vivos y a los muertos, formando una compleja trama que engloba a todos y a cada uno en sus relaciones con los demás (HALBWACHS, 1952).

Es precisamente esta densidad de las relaciones sociales, de encuentros permanentes, la que permite articular una memoria en red que facilita la integración de elementos nuevos o desconocidos, una memoria que se recrea continuamente a través de innumerables momentos dedicados a la transmisión de conocimientos aplicados, a contar cuentos y realizar narraciones, sirviéndose de una rica, compleja y elaborada cultura oral.

Conviene añadir que la concepción específica del espacio físico y social que ponen de manifiesto no es tan cerrada como pudiera parecer, pues, además de la emigración interior, sobre todo a Madrid y Barcelona, la emigración al extranjero desde el siglo XIX hizo que América, especialmente América Latina, estuviera presente en el imaginario social de los labradores, pues en casi todos estos pueblecitos vivía alguien que había estado en Cuba, en Argentina, en Uruguay, en Venezuela más tarde, y, desde los años sesenta del siglo XX, en Suiza, en Alemania, en Bélgica y en Inglaterra.

Si nos detenemos brevemente en el análisis de las relaciones jerárquicas los materiales recogidos en las entrevistas muestran que las relaciones sociales, la dinámica social, estaban marcadas por un sistema de relaciones de poder que no solo se pone de manifiesto en los contactos de los labradores con las autoridades «oficiales», sino

también en los encuentros de unos vecinos con otros, y entre los distintos miembros de la comunidad entre sí. Se podría concluir que en las pequeñas comunidades rurales existían relaciones sociales asimétricas que daban lugar a no pocos conflictos. Más concretamente, en lo que se refiere a las relaciones con las autoridades, y sin detenernos ahora en ellas, es curioso comprobar como pese a que los labradores son considerados conservadores, las críticas más aceradas que formularon se dirigían contra la guardia civil y el clero, posiblemente porque eran las dos autoridades que ejercían un control más fuerte y autoritario en su vida cotidiana.

En el mundo rural gallego existían también relaciones de poder asimétricas basadas en la riqueza material, pues había unos vecinos más ricos que otros; también había diferencias ideológicas, pues no por azar los vencedores de la guerra civil tenían en esta época un estatuto privilegiado. Y si tenemos en cuenta lo que dicen los entrevistados, no era suficiente poseer más riquezas materiales para ser aceptado como autoridad en la comunidad, ya que para esto último había que tener determinadas cualidades morales, ética personal y capacidad de reflexión, de mediación y de negociación.

A las relaciones de género, a las que suelo denominar relaciones de desequilibrio de poder entre los sexos, así como a las que existían entre adultos y niños, me referiré con más detenimiento más adelante, con el objeto de ejemplificar un poco más en detalle el proceso de la investigación. Estas relaciones, al igual que las anteriores, resultan incomprensibles fuera de lo que podríamos denominar la estructura social del mundo rural.

Esta forma específica de organización que adopta el espacio, el tiempo y las relaciones sociales en las que domina el nosotros frente al yo, está en la base de una concepción del mundo y de la vida diferente de la de aquellos que vivimos en las ciudades. Esas categorías están en la base de una cosmovisión, de un tipo de pensamiento y de racionalidad diferente del pensamiento técnico-científico y de la lógica académica, un pensamiento que suele ser caracterizado como mágico-mítico. Para aquellos que hoy continúan aprisionados en una concepción lineal del progreso el pensamiento mágico-mítico les parece atrasado e irracional, pero los conceptos atrasado y adelantado no sirven a la hora de realizar un análisis sociológico, ya que no nos permiten comprender que esos dos tipos de pensamiento responden a modos diferentes de ver y de estar en el mundo, cada uno con sus dimensiones positivas y negativas. Por otra parte todos nosotros seguimos sirviéndonos del pensamiento mágico-mítico a la hora de acercarnos a numerosos fenómenos de carácter natural o tecnológico.

Esta civilización quizás se podría caracterizar a partir de la episteme renacentista descrita por Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*, pues presenta muchos de sus rasgos (FOUCAULT, 2005). Al igual que en el Renacimiento, en esta civilización rural dominaba una cosmovisión, un sistema de saber en el que todo estaba ligado con todo: el cielo, la tierra, los hombres, las cosas, los vivos y los muertos, el

microcosmos y el macrocosmos. De ahí la importancia que cobraban las estaciones, las fases de la luna y los cambios meteorológicos para realizar la mayor parte de los trabajos, así como el peso que adquirirían los refranes que se transmitían de generación en generación. De ahí el respeto que en general existía por la tierra y por la gente, por los saberes adquiridos y experimentados, heredados de los antepasados. De ahí la fuerte presencia que tenía el mundo de los muertos en el mundo de los vivos. De ahí también «el carácter ecológico» de la producción en el mundo rural pues era preciso preservar para las generaciones futuras un patrimonio recibido de las generaciones pasadas.

En definitiva, era un mundo en el que las categorías de lo natural y lo sobrenatural aún no estaban claramente diferenciadas, más bien estaban muy mezcladas frente a lo que sucede en las sociedades secularizadas en las que domina una racionalidad de carácter técnico-científico.

A MODO DE ILUSTRACIÓN

A continuación voy a referirme, como ya había avanzado anteriormente, a las relaciones de género y a las relaciones que se establecían entre adultos y niños.

Relaciones de género

Por lo que se refiere a las relaciones existentes entre los sexos se podría decir, de un modo un tanto rápido, que uno de los rasgos más importantes de esta civilización rural, que se manifiesta en numerosas ocasiones a través de los relatos de vida, es la tendencia a la dominación masculina. Norbert Elias ha mostrado que la dominación masculina existe especialmente en aquellas sociedades en las que la fuerza física tiene una especial relevancia, sociedades en las que los varones, por tanto, suelen gozar de un estatuto considerado superior. En las zonas rurales gallegas sin duda la fuerza física era muy valorada, pues en ocasiones era necesaria, y aunque los hombres solían ser los principales portadores de esa capacidad es preciso decir que en la época de la postguerra las mujeres desarrollaron una fuerza física notable, así como una fuerte capacidad de resistencia.

A partir de sus respuestas sobre las diversas tareas que realizaban tanto dentro como fuera de la casa, las relaciones que tenían los cónyuges entre sí, o las políticas matrimoniales, se comprueba, por ejemplo, que en el trabajo existía una cierta división sexual, pues aunque hombres y mujeres realizaban muchas labores en común, también realizaban algunas tareas diferenciadas. Pierre Bourdieu, en su libro *El sentido práctico*, afirma que existe una lógica estructural que está en la base de esa diferenciación y que hunde sus raíces en la Antigüedad clásica. En esa división sexual del mundo social los varones representarían la fuerza, el sol, los trabajos más duros, que

exigen mayor esfuerzo, las relaciones con el exterior, los tratos y contratos, y tienden a ser los cabezas de la casa; mientras que las mujeres representarían la sensibilidad, la luna, la comida, el fuego del hogar y la seguridad protectora (BOURDIEU, 1991). Pero esta división sexual del trabajo no siempre se cumplió en Galicia pues, como muy bien dicen muchos de los entrevistados, algunas de las mujeres que vivían en la Ulfe hacían fuera de casa los mismos trabajos que los hombres, e incluso aquellos más difíciles como rozar tojos, sacar el estiércol de las cuadras, esparcirlo en las fincas para que sirviese de fertilizante, segar la hierba, y, por supuesto, otros muchos trabajos no tan gravosos que siguieron realizando las mujeres de generaciones posteriores. También encontramos que algunos varones hacían trabajos «de mujeres», y esto no solo en la Ulfe sino también en otras aldeas cercanas, como amasar el pan o atar las gavillas en la siega. Se podría plantear la hipótesis de que la división sexual del trabajo forma parte de una estrategia de división de funciones que no expresa mecánicamente las jerarquías y las relaciones de poder. Claro está que es conveniente preguntarse, como sugieren algunos de los entrevistados, si esto se debía a que una parte importante de los hombres estaban fuera, en la guerra, o a que todavía no se había establecido en el mundo rural una división rígida de funciones o que esa división tendía a desdibujarse en tiempo de crisis. En todo caso, lo que sucedía, como muestran los relatos de Camila, Soledad o María, es que había mujeres a las que no les gustaba realizar «las labores domésticas», mujeres que preferían trabajar fuera de la casa, y eso hasta los años sesenta y setenta. Estas mujeres no aceptaban de buen grado que sus principales funciones fuesen cuidar de la casa y criar a los hijos.

Recuerdo que en las largas noches de invierno, cuando se reunían los vecinos y familiares para realizar determinados trabajos solían ser los hombres, y no las mujeres, los que en las conversaciones y discusiones que tenían lugar después de cenar, llevaban la voz cantante. Las mujeres no estaban sin embargo en silencio, más bien jugaban un papel semejante al del coro en el teatro griego que con su aprobación o reprobación también guiaban la trama. Las mujeres en las fiestas, o cuando se reunía mucha gente en las casas para comer, como por ejemplo en la matanza, la fiesta más importante, pues significaba que al menos durante un año el hambre había sido derrotado, eran las últimas en sentarse a la mesa, las que servían, recogían los platos y fregaban, mientras que los hombres fumaban, tomaban copas, hablaban animadamente o jugaban a las cartas. Pero, como recuerda Josefina, también existían ciertos encuentros, generalmente ligados a la realización de otras tareas colectivas, como deshojar el maíz en las noches de otoño, en los que se producían torneos, desafíos, y se inventaban coplas que los mozos y las mozas se dirigían unos a otros y en los que por lo tanto intervenían tanto hombres como mujeres, mayores y jóvenes. Se ponía así a prueba la imaginación y la memoria, al mismo tiempo que se revitalizaba la cultura oral.

Las mujeres entrevistadas se muestran especialmente sensibles y críticas frente al comportamiento autoritario y despótico de algunos varones respecto a su mujer, y re-

prueban abiertamente que alguna mujer fuese objeto de malos tratos por parte del marido. Por su parte, algunos de los hombres manifiestan no aceptar de buen grado que el marido se sometiese sin rechistar a las decisiones de su mujer. Se comprueba por tanto que las relaciones que existían entre los casados eran diversas ya que en algunos casos existía una fuerte paridad entre hombres y mujeres, mientras que en otros existía un desequilibrio de poder que podía ser favorable o desfavorable a las mujeres. A partir de mis observaciones se podría decir que existía una mayor igualdad cuando ambos cónyuges tenían similares oportunidades de poder, pero una variable que también entra en juego es la de la inteligencia y la personalidad de la mujer. En esa zona de Galicia, las mujeres que adquirían ese equilibrio de poder en el seno del matrimonio eran habitualmente herederas, y gozaban por lo tanto de autonomía material. Pero, además, habían adquirido una autonomía simbólica, un reconocimiento social, aunque resulte difícil separar ambas autonomías. En aquellos raros casos en los que la mujer, sin contar con autonomía material, decantaba el desequilibrio de poder a su favor se debía a que era más inteligente, previsora y capaz que su marido.

Me parece que podría ser interesante estudiar con más detenimiento si, como afirma Batjin, cuando se refiere al mundo rural de la Edad Media, siguieron existiendo en la postguerra rasgos de una forma de relación entre los sexos en la que la «naturaleza» masculina y femenina todavía no se habían definido de forma excluyente, y por tanto las mujeres aún no se habían instituido en una minoría que debía ser tutelada a partir de cierta edad por un hombre, ya fuese este su padre, su hermano o su marido (*véase* también BOURDIEU, 2000, así como VARELA y ÁLVAREZ-URÍA, 1997). Pero, todo esto, no nos puede hacer olvidar, como ya se ha señalado, que en las sociedades en las que la fuerza física suele gozar de una alta valoración positiva los varones han adquirido un estatuto dominante. En todo caso los encargados de asegurar la pervivencia de la casa, del patrimonio y del linaje mediante la transmisión del apellido eran los varones.

En la inmediata postguerra las políticas matrimoniales no parecían ser, según manifiestan los entrevistados de mayor edad, un asunto de elección individual, sino que respondían sobre todo a una política de alianzas familiares. Por ejemplo, María dice que el matrimonio de Camila y Manolo fue fruto de un arreglo entre las familias. Y Soledad afirma que una de las razones que la llevó a aceptar a su marido fue que era de una familia conocida de su casa, y que sus padres y su novio se apreciaban mutuamente. Pero las políticas matrimoniales estaban estrechamente ligadas al sistema de herencia, ya que eran el heredero o la heredera los destinados a conservar la casa. En esta zona el sistema de herencia se movía en la contradicción de no dividir excesivamente el patrimonio, aplicando el sistema de mejora al primogénito, o a la primogénita si no había hijos varones, y al mismo tiempo respetar el derecho de todos los hijos a heredar. Coexiste así difícilmente el derecho consuetudinario con el Código civil, lo que dio lugar a situaciones diversas. En la postguerra se aplicaba generalmente la norma de dejar como heredero a algún hijo varón, que a veces no era el primogénito, pues la hija mayor era una mujer, lo que pone de relieve que las mu-

eres no tenían los mismo derechos a la hora de heredar. Por lo general únicamente heredaban mujeres si en la casa solo había hijas, o si la heredera era hija única. En todo caso, quien heredaba la casa tenía la obligación de hacerse cargo de todos los miembros de la familia que vivían en ella: abuelos, tíos, hermanos o hermanas solteras, criados...

Las alianzas matrimoniales dependían no solo del sexo, sino también de la posición social. Los herederos o herederas de las casas de los labradores «ricos» estaban sujetos a presiones más fuertes que los de otras casas. El resto de los hermanos gozaban en teoría de un mayor grado de libertad, pero de hecho se veían obligados en la mayoría de los casos a salir de la casa paterna, lo que con frecuencia conducía a la emigración. Las mujeres, en esta zona, frente a otras zonas rurales, eran valoradas no solo por su función reproductora y porque contribuían con su trabajo al mantenimiento de la casa, sino también porque aportaban al matrimonio su propia herencia a la muerte de sus padres. Aportaban también como dote la ropa de cama, el llamado ajuar, que ellas mismas, sus hermanas, u otras tejedoras, realizaban.

En resumen, se puede afirmar que en las alianzas matrimoniales intervenían distintos factores que no operaban de forma rígida, ya que a los intereses económicos y de prestigio social se sumaban los personales. Un trabajo de observación en el que el nivel microsocia es tan importante, como sucede con el realizado en *A Ulfe*, permite ver la riqueza de estas estrategias. En general se puede decir que hasta la década de los cincuenta, e incluso los sesenta, ni hombres ni mujeres gozaban en el mundo rural de gran libertad para elegir pareja, lo que no es óbice para que se produjesen casos excepcionales, pues tanto algunos herederos como herederas eligieron a su cónyuge, y no aceptaron a la persona que habían elegido sus padres.

Algunos aspectos de «la socialización infantil»

La llamada socialización infantil es sin duda un proceso que contribuye en parte a explicar las relaciones de género, y que incide también en la dinámica social en general.

En el mundo rural existían también, como ya he señalado, jerarquías en función de la edad. Infancia, edad adulta y vejez constituían las tres grandes etapas de la vida. Pero cuando hablamos de «infancia» conviene tener en cuenta que esa etapa de la vida, por lo que nos dicen los entrevistados, no tenía el mismo sentido para los labradores que para la burguesía, pues en el campo niñas y niños no tenían todavía asignado un estatuto de minoría en un sentido fuerte, y en consecuencia no eran considerados como seres diferentes de los adultos. Se comprueba que la infancia rousseauniana, totalmente diferenciada y dependiente de los adultos, con una forma de pensar, sentir y actuar supuestamente específica, y destinada a explorar el mundo principalmente a través del juego, no se correspondía con la proximidad que existía entre niños y adultos en el mundo rural. Niños y niñas, desde que podían moverse

por sí mismos, estaban constantemente mezclados con los adultos, tanto en la vida cotidiana, como en las distintas fiestas y ceremonias. Vestían y comían con ellos y como ellos, y constituían una ayuda inestimable en muchos trabajos. Esto no significa que en cierto modo no gozasen de un estatuto propio, pues eran objeto de cuidados especiales, de atenciones singulares en la mesa, en el trato, y existía una gran complicidad entre mayores y pequeños por la mayor proximidad que tenían entre sí frente a otros grupos sociales. Como señalan los entrevistados, fiestas infantiles tan importantes en las villas y en las ciudades como los Reyes y la Primera Comunión, prácticamente no se celebraban en el mundo rural, y cuando se celebraban se debía a que el cura y el maestro, o la maestra, tenían especial interés en introducirlos en el campo. Pero en este aspecto, al igual que en los otros a los que nos hemos referido, se produce un cambio a lo largo del tiempo. Los que nacieron antes de la guerra, en la guerra y en la inmediata postguerra echan en falta hoy esa relación tan estrecha que existía entre mayores y pequeños, una relación que desapareció cuando una obligatoriedad escolar estricta se impuso en el mundo rural, y muy especialmente cuando empezaron a funcionar las concentraciones escolares. Sin embargo algunas de las mujeres nacidas en la década de los sesenta subrayan que cuando eran niñas no tenían tiempo para jugar y que su infancia fue una infancia sin juegos. Parecen por tanto haber interiorizado una concepción de la infancia más próxima a la que transmite la psicología, la socialización del niño asociada al juego pedagógico, que a la que tradicionalmente imperaba en el mundo rural.

Los entrevistados mayores, los que tenían en torno a ochenta años, muestran que uno de los rasgos sobresalientes de su socialización infantil consiste en que en ella no jugó un papel importante la escuela. Algunos de ellos no fueron nunca a la escuela, o pasaron por una escuela de «maestros de ferrado», o fueron a alguna escuela nocturna que dirigía alguien que sabía leer y escribir (GABRIEL, 2005). Fue la II República la que trató por vez primera, de forma sistemática, de introducir escuelas en el mundo rural. Por esto los entrevistados más viejos dicen que casi no fueron a la escuela. Por ejemplo, Pedro afirma que aprendió las cuatro reglas por casualidad, pues tenía que ayudar en casa al ser el hermano mayor, así que únicamente podía ir a la escuela cuando funcionaba por la noche. Nos informa que cuando él era pequeño algunos iban a aprender a leer, escribir y las cuatro reglas allí adonde podían en la parroquia, pues en algún pueblo de los alrededores había un cura que enseñaba a los que iban junto a él. Y que otras veces iban junto a algunas personas que «eran algo estudiadas» que les enseñaban lo que sabían, y que únicamente más tarde llegaron los maestros al mundo rural. Camila, de la misma generación que Pedro, dice: «Cuando éramos niños trabajábamos siempre, íbamos con los cerdos o con las vacas, a buscar leña para hacer fuego, por agua a la fuente —ya que entonces el agua no estaba metida en las casas—. . . Cuando éramos niños teníamos una maestra que no enseñaba nada, y tuvimos otro maestro que cuando llegaba a la escuela se ponía a dormir. La maestra se ponía a hacer calceta, y no hacía otra cosa, así que aprendimos a leer y a escribir malamente». Soledad, por su parte, recuerda que aprendió a leer el silabario en la escuela, pero que

iba muy poco a ella, que solo iba cuando no había apuro de trabajo, un día sí y otro no, de tal modo que su aprendizaje escolar fue muy limitado. María, una docena de años más joven que ellas, señala que fue a la escuela mixta que entonces ya existía en la Ulfe, a la que asistían unos cuarenta niños y niñas de entre 6 y 14 años, y que empezó a ir con tres años, pues vivía pegada a la escuela y, dado que su madre tenía que trabajar en el campo y no tenía con quien dejarla, la maestra le dijo que la dejase con ella. Dice que le gustaba mucho ir a la escuela, pero que no podía ir demasiado porque cuando creció un poco tenía que cuidar a un tío viejecito que vivía en su casa, con ella y con sus padres. Y que, pese a que tenía facultades para estudiar, y la maestra intervino para que sus padres la dejaran seguir estudiando, no la dejaron. Y añade que entonces los niños no eran como hoy, que se podría decir que no eran niños, pues ayudaban en las tareas desde pequeños. Pero los que pertenecen a las generaciones más jóvenes asisten ya en su mayoría regularmente a la escuela que funcionaba en la Ulfe. Rosa, que pertenece a una generación más joven que la de María, afirma que era una escuela fantástica, que en ella había unos libros estupendos, entre ellos una historia de España que le gustaba especialmente, y que estudiaban la Enciclopedia Dalmau, que contenía todo: matemáticas, lenguaje, gramática, aritmética... A lo que se añade que la inmensa mayoría de los niños, en la actualidad, están muy absorbidos por los libros, hacen muchos ejercicios y deberes, y tardan mucho en desplazarse a la escuela. No es lo mismo que cuando la profesora o el profesor vivían en el pueblo; entonces los niños y niñas tenían tiempo para cuidar las gallinas, ir a por agua a la fuente, recoger castañas, ayudar a recoger las patatas, etc. Formaban parte de la vida de la familia y ayudaban cuando podían. «Pienso que esto era tan creativo como lo que hacen hoy, pues ayudar era un estímulo, tenías ilusión por ir con los mayores a recoger castañas, manzanas, o ir merendando a recoger las vacas. Ahora es al revés, los niños cuando llegan a casa llegan cansados, se van de noche y vuelven de noche. Pienso que este sistema, además de fomentar la golfería, fomenta el desarraigo entre la gente joven». Pepe, de la siguiente generación, fue de los últimos en asistir a la escuela de la Ulfe, ya que inmediatamente se puso en marcha la concentración escolar. Según su testimonio la maestra, que era bastante severa, tenía razones para serlo: «la maestra nos trataba como debía, nos daba leña. Éramos unos revoltosos tremendos, e íbamos a la escuela por lo menos una treintena... Pero gracias a eso sabemos leer, escribir y hacer cuentas. Éramos muy traviosos. Yo iba de bastante buena gana a la escuela, pues así me libraba de hacer otras cosas. Por ejemplo, en la primavera antes de ir a la escuela ya tenía que ayudar a recoger las patatas, y después dormía en la escuela. Los niños ayudábamos mucho en las tareas de casa».

Si nos atenemos a lo que expresan sabemos que por lo general ni los niños ni las niñas iban contentos a la escuela, salvo excepciones. Esto muestra la enorme distancia social que existía entre la cultura escolar y la cultura rural, una distancia que se acentuó aún más con las concentraciones escolares. Como observan los entrevistados más jóvenes, se sintieron entonces rechazados por los hijos de la burguesía de la villa, y tratados como si fuesen alumnos de segunda clase. De ahí que muchos fracasasen en

la escuela y no quisiesen seguir estudiando. El sistema escolar fue percibido más tarde por las clases populares rurales como un medio de promoción social, precisamente cuando la escuela y la Universidad perdían peso como instrumento de movilidad social.

Se comprueba que la socialización de los niños y de las niñas de las generaciones que nacieron en los años veinte y treinta eran muy similares; sin embargo eso cambió con el paso de tiempo, pues los miembros de las generaciones más jóvenes ya no jugaban a los mismos juegos, ni se divertían de la misma manera. La división sexual se acentuó no solo por mediación de la escuela sino también por el peso creciente de los medios de comunicación: primero la radio y la prensa, más tarde el cine y, sobre todo, la televisión.

Por lo que se refiere a los jóvenes conviene destacar la importancia que tenían no solo los encuentros con otros vecinos o familiares en numerosas actividades, sino también el papel tan importante que jugaban las ferias, las fiestas, y posteriormente la llegada del cine al que empezaron a ir los nacidos en los años cincuenta y sesenta en su socialización. Pierre Bourdieu ya había mostrado en su texto, *El baile de los solteros*, algo que también empieza a darse a partir de los años sesenta en el mundo rural gallego: las jóvenes que van al baile, cuando el baile tenía una gran importancia para encontrar pareja, rechazan a la hora de bailar a los chicos de las comunidades rurales pues no quieren trabajar la tierra y seguir viviendo en el campo. Por eso eligen a los empleados y a los obreros de las villas (BOURDIEU, 2002). De ahí que en el campo, a partir de ese momento, existan casas en las que viven hombres solteros, quizás porque no encuentran en el mundo rural mujeres dispuestas a compartir con ellos la vida.

Para concluir este apartado quizá convenga recordar una vez más que las relaciones de género están íntimamente ligadas a los procesos de socialización infantil que marcan las funciones de las mujeres respecto a la crianza de los hijos, y en general delimitan las tareas que deben realizar, así como a la configuración que adopta la sociedad y a su sistema de percepción y comprensión del mundo. De ahí que dichos procesos adopten distintas formas según las culturas y las épocas históricas, como pusieron de manifiesto, entre otros, sociólogos tan representativos como Norbert Elias y Werner Sombart en *La sociedad cortesana* (ELIAS, 1982) y *Lujo y capitalismo* (SOMBART, 1979), respectivamente.

ALGUNAS ANOTACIONES FINALES

Se puede afirmar que la minuciosidad y precisión de los relatos recogidos en *A Ulfe*, permiten objetivar en un escenario microsocial procesos que, a modo de tipos ideales, se repiten en otras comunidades y comarcas rurales de Galicia, de modo que estos testimonios de sujetos individuales, que son a la vez sujetos sociales, son

también una vía para aproximarse al escenario macrosocial. Basta con ponerse a escuchar para comprender que los actores sociales, en muchas ocasiones, han adquirido un alto nivel de reflexividad y son más conscientes de lo que creemos de las fuerzas inconscientes que actúan sobre sus vidas.

En el breve espacio de este capítulo no se puede dar cuenta de toda la riqueza de los materiales recogidos a través de las historias de vida, pues únicamente se han ilustrado brevemente algunos aspectos del trabajo. Una de las muchas satisfacciones que me ha proporcionado el recurso al método biográfico es que al introducir las diferencias generacionales se han podido introducir comparaciones, se ha podido percibir el paso del tiempo, e interconectar las historias de vida con la historia social.

La técnica de las historias de vida ha dado ya sus frutos en el estudio sociológico de la delincuencia juvenil, la pobreza, la vida familiar, el análisis de las profesiones... Pero además algunos de los más reconocidos analistas sociales de los últimos tiempos han utilizado relatos biográficos para algunos de sus trabajos o han producido ellos mismos materiales autobiográficos. Por ejemplo, Pierre Bourdieu, tras habernos puesto en guardia respecto a la utilización de esta técnica en *L'illusion biographique*, se ha servido de relatos biográficos recogidos por miembros de su equipo en su libro *La miseria del mundo* (BORDIEU, 2000), e incluso ha terminado realizando su propia autobiografía intelectual; por su parte también Michel Foucault ha echado mano de este tipo de materiales en sus libros sobre *Pierre Rivière* y sobre *Herculine Barbin* (FOUCAULT, 1973 y 1978); Norbert Elias ha escrito su autobiografía intelectual (ELIAS, 1995) y lo mismo han hecho algunos grandes representantes de la sociología cultural, como por ejemplo Richard Hoggart (HOGGART, 1998).

Las historias de vida no son una técnica que exija enormes fondos de financiación ni un gran aparataje para el tratamiento de datos. Sin embargo pueden ser un instrumento potente de conocimiento que entre otras cosas sirve para poner en evidencia el principio sociológico según el cual existe una correspondencia entre las posiciones sociales y los esquemas mentales de los sujetos, de modo que cuando se comparte una condición social se comparten también determinados estilos de pensar y determinados estilos de vida⁴. En todo caso lo propio de la sociología crítica no es tanto recurrir a las técnicas cualitativas frente a las técnicas cuantitativas, como en ocasiones se afirma erróneamente, sino en servirse de las técnicas para responder a una demanda social de clarificación. Cuando los sociólogos asumen la demanda de colectivos sometidos y marginados el conocimiento sociológico se expande, pues las

⁴ Para más información sobre las historias o relatos de vida puede consultarse el número monográfico dedicado a esta técnica por la *Revista de Antropología social*, vol. 13, 2004, así como el libro de Daniel BERTAUX, *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, Ed. Bellaterra, Barcelona, 2005. Ambas obras incluyen numerosas referencias bibliográficas. Un libro pionero ya clásico es el de VV.AA., *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1974, así como los numerosos y conocidos trabajos de Franco FERRAROTTI, entre ellos, *La historia y lo cotidiano*, Península, Barcelona, 1991, de FERRAROTTI, BOGDAN y otros autores.

técnicas y saberes operan al servicio de la mejora de nuestras sociedades. Por eso cuando el sociólogo recoge a partir de las entrevistas grabadas en magnetófono, y de su transcripción, las historias de vida de los informantes, se inmiscuye en cierto modo en la vida de los demás, pero también debe pagar con su esfuerzo personal por los testimonios recogidos. El análisis sociológico puede unir su voz a las voces tantas veces silenciadas, y servir como altavoz de los problemas sociales que los relatos biográficos sacan a la luz.

BIBLIOGRAFÍA

- BAJTIN, M. (1995): *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid: Alianza.
- BOURDIEU, P. (1991): *El sentido práctico*, Madrid: Taurus.
- (2000): *La dominación masculina*, Barcelona: Anagrama.
- (2000): *La miseria del mundo*, Madrid: Akal.
- (2002): *Le bal des célibataires. Crise de la société paysanne en Béarn*, París: Seuil, pág. 222 (traducción castellana en Anagrama).
- ELIAS, N. (1982): *La sociedad cortesana*, México: FCE.
- (1995): *Mi trayectoria intelectual*, Barcelona: Península.
- FOUCAULT, M. (ed.) (1973): *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère*, París: Gallimard.
- (1978): *Herculine Barbin*, París: Gallimard (traducción castellana Madrid: Revolución, 1985).
- (2005): *Las palabras y las cosas*, Madrid: Siglo XXI.
- GRABRIEL, N. de (2005): *Escolantes e escolas de ferrado*, Vigo: Edicións Xerais de Galicia.
- HALBWACHS, M. (1952): *Les cadres sociaux de la mémoire*, París: PUF.
- HOGGART, R. (1988): *A Local Habitation, 1918-40*, Londres: Chatto y Windus.
- LEWIS, O. (1968): *Los hijos de Sánchez*, México: Joaquín Mortiz.
- MILLS, W. (1986): *La imaginación sociológica*, México: FCE.
- ONORATI, A., y GASCO VERDIER, B. (2005): «Movimientos sociales y soberanía alimentaria: 10 años de lucha contra la OMC y los planes de ajuste estructural», en *Viento Sur*, 82, págs. 67-70.
- PASSERON, J. C. (1930): «Biographie, flux, itineraires, trayectoires», en *Revue Française de Sociologie*, janvier-mars, XXXXI-1, págs. 3-22.
- ROMANI, O. (1986): *A tumba abierta: autobiografía de un grifota*, Barcelona: Anagrama.
- SOMBART, W. (1979): *Lujo y capitalismo*, Madrid: Alianza.
- SUBIRATS, M. (1983): «La escuela rural en algunas comarcas catalanas. Estructura, efectos y posibles formas de evolución», en VARELA, J. (ed.), *Perspectivas actuales en sociología de la educación*, Madrid: ICE de la UAM, págs. 165-176.
- SUTHERLAND, E. H. (1988): *Ladrones profesionales*, Madrid: La Piqueta.
- THOMAS, W. I. (2004): *El campesino polaco en Europa y América*, Madrid: CIS.
- VARELA, J. y ÁLVAREZ-URÍA, F. (1997): «Sociología del género. Algunos modelos de análisis», *Archipiélago*, 30, págs. 11-22.
- (2004): *A Ulfe, socioloxía dunha comunidade rural galega*, Santiago de Compostela: Sotelo Blanco.

P A R T E **IV**

ANÁLISIS MATERIAL

CAPÍTULO 9

Análisis del discurso: los jóvenes y las tecnologías sociales

Ángel J. Gordo López

INTRODUCCIÓN

El «discurso» ha pasado a ser uno de los conceptos clave en las ciencias sociales, y el «análisis del discurso» una de las principales prácticas de investigación social. Los primeros enfoques, en su mayoría de corte lingüístico, definían el discurso como una unidad superior a la frase, ignorando a menudo las relaciones sociales que median y articulan los textos. Un aspecto común a la mayoría de las perspectivas y enfoques discursivos existentes actualmente en las ciencias sociales y en las humanidades consiste en la identificación de estructuras de significados y relaciones más o menos estables que organizan lo social a partir del análisis de una amplia variedad de «textos»: desde una única emisión verbal a una entrevista, desde un grafiti a una campaña publicitaria, desde los intercambios conversacionales entre médicos y pacientes hasta las conversaciones en la red.

En la primera parte del capítulo presento un breve recorrido por las principales tradiciones y referentes discursivos, para detenerme seguidamente en el análisis de un registro discursivo: el espacio de entrecruzamiento de infancia, juventud y las nuevas tecnologías de la información. Los momentos de análisis sugeridos en esta segunda parte deberán entenderse como maneras posibles de proceder en lugar de fórmulas susceptibles de reducir la práctica discursiva a la categoría de técnica, ya que, de lo contrario, contribuiríamos a despojarla de la dimensión transformadora que históricamente ha sustentado su lógica. El capítulo concluye con una reflexión acerca de los dilemas que acompañan a la enseñanza y el aprendizaje discursivo.

TRADICIONES Y REFERENTES DISCURSIVOS

Al emprender una investigación es aconsejable reflexionar acerca de las categorías y los procesos que definen nuestro objeto de estudio. Si, por ejemplo, realizáramos una investigación sobre los jóvenes y las nuevas tecnologías, convendría preguntarse qué

se entiende por «juventud» y por «tecnología»; cuándo y cómo surgen las visiones que conceden a los jóvenes unas habilidades y un conocimiento «natural» de lo tecnológico; qué intereses priman en torno a estas asociaciones; a qué sectores benefician y a qué otros perjudican.

Además de tener en cuenta el modo en que los métodos y las técnicas se ajustan a los intereses de la investigación y a la naturaleza del fenómeno estudiado, como apreciamos en un sinnúmero de manuales de metodología al uso, deberíamos indagar sobre sus condiciones de posibilidad, ya que cuando optamos por un método o técnica, o un enfoque de los mismos, optamos por algo más que una herramienta de investigación. En este sentido es importante situar la diversidad de prácticas y enfoques discursivos en el marco sociohistórico de la investigación social.

El término «discurso» aparece formulado en la década de los cincuenta, si bien las aproximaciones discursivas actuales empiezan a perfilarse a finales de los sesenta, en un momento contracultural en que se cuestionan las premisas del paradigma positivista y la posibilidad de una investigación social objetiva y libre de juicios e intereses particulares. En este contexto, conocido como el *giro lingüístico* o *interpretativo*, el lenguaje aparece como una de las principales vías para recuperar conocimientos cercanos al quehacer cotidiano (T. IBÁÑEZ, 2003). Se plantea que al hablar hacemos cosas y, por tanto, que el lenguaje está regulado como cualquier acción social. Asimismo, se descarta la existencia de significados estables y unívocos, en la medida en que la comprensión última dependerá del contexto específico. Así pues, para comunicarnos precisamos de unas reglas cuyo funcionamiento requiere una continua interpretación de las mismas en marcos concretos de interacción social (véase DÍAZ, 2000 y GOFFMAN, 1981, 1987).

En torno al estudio de las situaciones de comunicación lingüística surge un primer grupo de trabajos discursivos interesados en la lógica formal de la interacción social entre los que se incluyen los análisis sociolingüísticos, la teoría de los actos del habla, el análisis de contenido y el análisis de la conversación. Quizá sea esta última perspectiva conversacional la de mayor influencia entre un amplio sector de analistas del discurso en las ciencias sociales, especialmente en el ámbito anglosajón.

El análisis de la conversación

El análisis de la conversación es una línea discursiva de corte etnometodológico interesada en los intercambios verbales y las conversaciones corrientes (ATKINSON y HERITAGE, 1984; DREW y HERITAGE, 1992; SACKS, 1972; SACKS *et al.*, 1977). En el transcurso de las conversaciones demostramos un grado de competencia social para hacer comprensible ante los demás nuestro comportamiento e intenciones e interpretar el de los otros. Esta modalidad discursiva concede especial importancia a la capacidad de reflejar con la mayor precisión la interacción social a partir de complejas técnicas de grabación y transcripción. En un segundo momento el análisis conversa-

cional atiende a la identificación de regularidades y patrones en la conversación a partir de la distribución de los silencios, los pares adyacentes («sí..., pero»), los turnos de palabra o el solapamiento del habla.

El análisis de la conversación, en su vertiente ortodoxa, reproduce un empirismo textual en el sentido de que se limita a estudiar el fenómeno social tal como está caracterizado por el texto y sus sofisticados sistemas y convenciones de transcripción. Aun así existen análisis de cuño conversacional que procuran trascender este empirismo (por ejemplo, BOWERS, 1996).

Perspectivas postestructuralistas críticas

Una segunda línea de análisis relevante encuentra sus referentes en los trabajos clásicos de Lévi-Strauss, Saussure y Lacan y, posteriormente, en los estudios de Todorov, Kristeva y Barthes. Este enfoque estructuralista plantea un análisis con dos momentos bien diferenciados. En un principio, se lleva a cabo un desglose del texto en unidades mínimas de sentido, para dar paso a una búsqueda de relaciones que permita identificar la estructura profunda del texto.

Entre las principales críticas recibidas por los enfoques estructuralistas, también conocidos como semiótica estructural, se halla la tendencia a imponer las estructuras, las lógicas subyacentes sobre los sujetos, y olvidarse de los contextos en los que se inscriben los textos. Estas deficiencias suponen a su vez desterrar la posibilidad de transformaciones subjetivas y sociales.

A finales de los setenta, y en respuesta a estas críticas, aparece en escena el postestructuralismo. Para el estructuralismo no hay sujetos ni sociedades, sino estructuras y reglas de composición. El postestructuralismo, sin embargo, acepta la existencia del sujeto, si bien se trata de un sujeto histórico que no puede abstraerse de las transformaciones y las luchas sociales (TOBIN, 1990). Al igual que el estructuralismo, se basa en la semiología y en los estudios lingüísticos a los que recurre desde una mirada y uso distinto, como veremos más adelante. Entre sus principales referentes teóricos destacan la teoría marxista, el psicoanálisis social y la tradición genealógica.

El marxismo, entendido como una teoría de las condiciones económicas que sustentan las redes y sistemas capitalistas en distintos contextos y culturas, intenta identificar estructuras que autorizan o reprueban las acciones sociales. El hecho de que estas estructuras sean más o menos estables deja abierta la posibilidad de su transformación: cualquier actividad refuerza o desestabiliza, valida o distorsiona los sistemas de poder. La teoría marxista también defiende la idea de que el lenguaje no se limita a representar el mundo sino que, por el contrario, perpetúa o cambia el estado del mismo; en otras palabras, las actividades lingüísticas también son acciones materiales.

Será también en el contexto de la crisis positivista que una parte del pensamiento marxista se interese por la capacidad analítica y transformadora de la teoría psicoa-

nalítica. La escuela de Frankfurt, asociada principalmente a los trabajos de Adorno y Marcuse, concebía esa narrativa tan poderosa sobre el yo, el inconsciente y la realidad como una vía que conduce al análisis y la transformación social. En particular, las interpretaciones que realizó Lacan de la obra de Freud suscitaron un gran interés pues permitían combinar la teoría del significado y de la subjetividad con nuevos planteamientos sobre las lógicas colectivas que regulan las acciones sociales, los pensamientos o los enunciados discursivos. Ejemplos de trabajos que prolongan esta línea de análisis en la actualidad se hallan en PARKER (1997; 2004 y en este volumen con DUNKER), RECIO (1995) y ŽIŽEK (1990).

También heredera del materialismo, la sociología histórica contempla con respeto, aunque desde la distancia, a la teoría marxista y al psicoanálisis social. A partir de los años setenta se produjo, especialmente en Francia, un renacimiento del análisis genealógico, un modelo puesto a prueba por Weber y Durkheim, y en tiempos más recientes por Elias, Foucault y Castel¹. Estos autores, como recuerda ÁLVAREZ-URÍA (en este volumen), cuestionan las visiones lineales de progreso social e historia, así como los determinismos economicistas.

Entre las principales aportaciones de la sociología histórica o genealógica a la investigación discursiva destacan la necesidad de enmarcar el estudio de los procesos sociales en sus contextos históricos, el rechazo de explicaciones universales a favor de modelos sociales específicos y el énfasis en las contradicciones y las transformaciones en lugar de en las visiones lineales del desarrollo social (VARELA, 1998).

Así pues, el marxismo, la teoría psicoanalítica y el modelo de análisis genealógico, además de lo ya abordado por el estructuralismo en torno a las teorías lingüísticas y semiológicas, definen los principales pilares teóricos del postestructuralismo y de las perspectivas discursivas críticas desarrolladas bajo su influencia. A continuación veremos los planteamientos centrales de estos desarrollos postestructuralistas y el modo en que dos de sus conceptos claves, las «formaciones» y los «géneros discursivos», contribuyen a pergeñar nuestro análisis de uno de los medios de comunicación más difundidos entre los internautas españoles más jóvenes: las comunicaciones a través de los programas de mensajería instantánea.

Formaciones y géneros discursivos

La profusión del concepto de discurso en las ciencias sociales se asocia inevitablemente a la obra de M. Foucault, heredero y propulsor moderno de la corriente genealógica. En la primera etapa intelectual, conocida como «arqueología», FOUCAULT (1966, 1969) irrumpe, junto a Lévi-Strauss y Althusser, en el centro del debate estructuralista y defiende que el modo de ver el mundo varía y ha cambiado mucho a

¹ El excelente ensayo de T. W. ADORNO (1975), *Bajo el signo de los astros*, Barcelona, Laia, da buen ejemplo del tipo de análisis estructurales realizados bajo el influjo de la Escuela de Frankfurt.

lo largo de la historia. Afirma que vivimos en el interior de mundos codificados que nos permiten pensar con las mismas categorías que nos regulan («epistemes»), y que además estas son de naturaleza social (VARELA y ÁLVAREZ-URÍA, 1997).

La etapa arqueológica fue determinante para la constitución del análisis del discurso en las ciencias sociales, si bien será la «genealógica» la de mayor influencia en los estudios discursivos, en la medida que investiga la relación entre la producción de conocimiento y las relaciones de poder (FOUCAULT, 1970).

Es importante señalar que por «discursivo» Foucault entiende el uso del lenguaje en cuanto dirigido a la producción de conocimiento. Del mismo modo, no significa que las «prácticas no discursivas» no sean lingüísticas, sino que están destinadas a la intensificación de las relaciones de poder (por ejemplo, a través de las novatadas en los cuarteles o incluso en los colegios mayores universitarios) (ÍÑIGUEZ, 2003).

La tradición discursiva francesa no se agota en la obra de Foucault. Destacan asimismo los trabajos conocidos como *la escuela francesa de análisis del discurso*. Aunque comparte el interés por las actividades y funciones del discurso, frente a otras orientaciones de corte lingüístico ya aludidas, la escuela francesa presta una atención especial a los textos producidos en el marco de instituciones —que constriñen fuertemente lo que se dice o se puede decir («enunciación»)—, y en los cuales se entrecruzan aspectos históricos, sociales, políticos.

Esta tradición mantiene que el sentido del texto depende de las «formaciones discursivas». La noción de formación discursiva, introducida por FOUCAULT (1969), y reformulada por PÊCHEUX (1969), designa «un conjunto de reglas anónimas, históricas, siempre determinadas en el tiempo y el espacio que han definido en una época dada, y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada las condiciones de ejercicio de la función enunciativa» (FOUCAULT, 1969: 153). El discurso comunista, el socialista o el antisemita serían ejemplos de formaciones discursivas para esta escuela. Por su parte la noción de discurso se define como un conjunto de enunciados que corresponden a una determinada formación discursiva.

Según la escuela francesa, el analista no selecciona los textos porque hayan sido producidos por un individuo dado, sino porque su enunciación es el correlato de cierta posición en un contexto de producción institucional e ideológico específico.

Semejante noción de formación discursiva fue pronto identificada como un espacio estructural cerrado, pretendidamente compacto e independiente de las situaciones de comunicación (CHARAUDEAU y MAINGUENEAU, 2002). Estas críticas, en el contexto de emergencia del postestructuralismo, coinciden con el *revival* de la tradición dialógica rusa y, en especial, con el círculo de Bajtín, nombre con el que se conocen los trabajos de Bajtín, Medvedev y Voloshinov (BONNIN, 2008). Sus principales aportaciones giran en torno a la imposibilidad de comprender el lenguaje fuera de sus contextos sociales de uso y las condiciones sociohistóricas que lo posibilitan. Según BAJTÍN (1982), las palabras son siempre palabras de los otros, el discurso está tejido por los discursos del otro. Y estas palabras o enunciados presentan recurrencias temáticas,

estilísticas y formales más o menos estables, o lo que se conoce como «géneros discursivos» (por ejemplo, arengas, panfletos, comunicaciones en los chats o en los programas de mensajería instantánea —o Messenger—).

El análisis crítico del discurso

Durante la década de los setenta comienza a formarse otra vertiente discursiva, conocida como lingüística crítica y denominada posteriormente «análisis crítico del discurso». Esta corriente prolonga la tradición lingüística de su preocupación por las actividades y las funciones del discurso, pero al igual que la escuela francesa, muestra un cierto propósito ideológico y de compromiso político al analizar el modo en que los discursos participan activamente en las estructuras de poder (FAIRCLOUGH, 1992, 1995; KRESS, 1990; HODGE y KRESS, 1993; VAN DIJK, 1997, 2003). Otros autores más interesados en los medios de comunicación y en el desarrollo de los géneros discursivos y de la intertextualidad (KRESS y LEEUWEN, 1996), derivaron hacia lo que se conoce actualmente como análisis del discurso «multimodal» (KRESS y LEEUWEN, 2001).

Hemos visto que en el espacio tan disperso y múltiple de la investigación discursiva se pueden distinguir distintos niveles de investigación: desde el formalismo más extremo (análisis de contenido, análisis de la conversación, análisis temáticos, la teoría fundamentada) hasta la estructura ideológica de los textos y su transformación (semiótica, modelos de análisis genealógicos, investigación discursiva crítica). Aun así en el momento actual encontramos básicamente dos grandes líneas de trabajo: el análisis conversacional y las aproximaciones postestructuralistas. Estas últimas abarcan manifestaciones bien distintas agrupadas en dos grandes perspectivas: la escuela francesa y genealógica, y la línea anglosajona del análisis crítico del discurso. Ambas perspectivas difieren tanto en términos metodológicos como terminológicos, aunque comparten un presupuesto básico: la imposibilidad de analizar un texto fuera de su contexto de producción (institucional, material o ideológico).

La escuela del cualitativismo crítico de Madrid

En el contexto español cabría incluir una tercera aproximación discursiva, síntesis particular y específica de las anteriores, conocida como *la escuela de cualitativismo crítico de Madrid*, con un amplio desarrollo desde los años sesenta y asociada principalmente a los trabajos de DE LUCAS (1992), DE LUCAS y ORTÍ (1983), ORTÍ (1986, 2000) e IBÁÑEZ (1979, 1985). Esta aproximación entronca directamente con el postestructuralismo y su incorporación del psicoanálisis, así como con la integración en una reconsideración de la Escuela de Frankfurt en un sentido algo diferente que el análisis crítico (aunque con muchos solapamientos). Asimismo, incorpora la perspectiva histórica, si bien en un sentido mucho más generalista y no tan apegado a las aproximaciones de Foucault sobre «la genealogía» o las «formaciones discursivas» de la escuela francesa.

En términos generales, una de las principales líneas de reflexión de esta corriente sería el estudio del desvelamiento de las ideologías desde la contemplación de los efectos del poder y de la dominación, y de los discursos en complejos sistemas de dominación y subordinación. Sólo así, según los planteamientos centrales de esta escuela, se puede comprender la posibilidad de emergencia de discursos «contra el poder» (véase CONDE y SERRANO en este volumen como ejemplos actuales de esta escuela).

Estas clasificaciones siempre resultan complicadas y corren el peligro de dejar fuera otras aportaciones. Por ejemplo, es habitual que la tradición discursiva francesa haga caso omiso de los avances procedentes de la tradición anglosajona del análisis crítico del discurso, y que esta, por su parte, eclipse otras aproximaciones discursivas, no menos críticas, bien sean desarrolladas en contextos anglosajones como las del *Discourse Unit* (BURMAN, 1991; BURMAN y PARKER, 1993; GORDO LÓPEZ y LINAZA, 1996; PARKER, 1996; PARKER y BOLTON INSTITUTE, 1999)² o no, como la escuela del cualitativismo crítico de Madrid.

El ejemplo de práctica discursiva que presentamos aquí se interesa por los discursos en cuanto representan espacios y conflictos sociales que permiten interpretar las relaciones sociales y la transformación permanente de las mismas, por ejemplo, a través de las tecnologías de la información y la comunicación. Por lo tanto, analizar discursivamente un texto supone preguntar qué se dice, quién lo dice, cómo, cuándo y por qué lo dice, así como cuáles son las funciones sociales y políticas del discurso. Desde este enfoque, los discursos se entienden como estructuras relativamente estables que organizan las definiciones de lo social, si bien la naturaleza del material analítico que consideramos requiere nuevas articulaciones y síntesis de las perspectivas discursivas mencionadas, desde las más formales hasta las más centradas en las dimensiones ideológicas, para abordar en su debida complejidad las prácticas y las transformaciones que están acaeciendo actualmente a través de los medios y entornos de comunicación digital.

UN EJEMPLO DE INVESTIGACIÓN DISCURSIVA: LOS JÓVENES Y LA CULTURA MESSENGER

El ejercicio de análisis discursivo que presentamos a continuación está basado en la investigación titulada *Jóvenes y cultura Messenger. Tecnologías de la información y*

² La Unidad del Discurso es un centro con sede en la Universidad Metropolitana de Manchester que fomenta la investigación cualitativa y teórica encaminada al desarrollo de prácticas y teorías radicales. El término «discurso» es empleado principalmente en el sentido hermenéutico crítico e incluye a su vez aportaciones feministas y psicoanalíticas. El centro funciona como i) un recurso docente para la investigación cualitativa y feminista; ii) una unidad de apoyo internacional para la (re)producción de teoría académica radical; y iii) una red para el desarrollo de perspectivas críticas de investigación acción participativa (<http://www.discourseunit.com/>).

la comunicación en la sociedad interactiva (GORDO LÓPEZ y MEGÍAS, 2006), cuyo objetivo principal era explorar los diferentes valoraciones y usos de las nuevas tecnologías de la información por parte de los jóvenes en función de sus procedencias socioeconómicas y culturales. La investigación compaginó bibliografía especializada, informes oficiales y fuentes estadísticas secundarias, con un trabajo de campo centrado en la producción de materiales cualitativos.

Momento genealógico/documental: representaciones tópicas de juventud y tecnología

Muchos son los mitos y prejuicios en torno a las nociones de juventud y las tecnologías de la información. Algunas personas están preocupadas por las horas que pasan los adolescentes frente al ordenador; otras dan por hecho que los más jóvenes tienen habilidades «innatas» para el uso de las nuevas tecnologías. ¿Qué hacer frente a los intereses que sustentan a estos mitos y los efectos que conllevan?

En esta etapa inicial de la práctica discursiva la mirada está apoyada en el conocimiento previo sobre el tema y otras temáticas que en un primer momento podrían pasar inadvertidas. En nuestro caso apreciamos el modo en que las nociones abstractas y homogéneas de infancia y juventud se han prestado a una continua instrumentalización, desde las campañas de recogidas de fondos para ayuda a la cooperación y el desarrollo, la justificación de intervenciones bélicas, las campañas políticas (como la «niña» del candidato presidencial del Partido Popular en la campaña electoral de 2008 en España) o, incluso, estrategias de promoción y desarrollo de las tecnologías de la comunicación y la información.

El poder de estos conceptos y, en general, de las explicaciones del desarrollo, según BURMAN (2003), radica en el continuo deslizamiento de lo específico y singular a lo general: de «la niña o el niño» a «los niños», de lo que se es a lo que se tiene que ser, y últimamente, de los niños y niñas a los jóvenes. Estos procesos, inevitablemente, identifican a los más jóvenes con correas de transmisión del desarrollo, permitiendo que las divisiones y las jerarquías sociales, así como sus tensiones, queden reducidas a categorías naturalizadas y, por consiguiente, desprovistas de su condición social. La única posibilidad de alcanzar un conocimiento sensible a las complejidades y a las circunstancias que rodean a la infancia y la juventud es a través de los marcos históricos y culturales concretos.

Las primeras apariciones en público del ordenador tuvieron lugar en programas de televisión, en viñetas cómicas de periódicos y en historias de ciencia ficción desde la segunda mitad del siglo XX. En estas primeras apariciones de las nuevas tecnologías frente al gran público las imágenes de niños/as representaban la cara humana, el vehículo socializador del *alien* tecnológico, quien a su vez mostraba rasgos infantiles pero distantes, como queda claramente ilustrado en el siguiente fotograma del film *ET* (Imagen 1).



IMAGEN 1

Fotograma del film *ET*. S. Spielberg

Este juego de diferencias y similitudes gana en intensidad según nos aproximamos al momento actual. En la literatura especializada que surge desde mediados del siglo XX aparecen dos enfoques bien diferenciados: aquel que propone que los medios de comunicación audiovisual, en especial la televisión, han supuesto una erosión de los límites entre la infancia y la edad adulta, y aquel otro que ve en las nuevas tecnologías un recurso de liberación para los adolescentes y los jóvenes (BUCKINGHAM, 2000).

El primer enfoque representa a los jóvenes con una predisposición «natural» hacia determinados medios de comunicación audiovisuales (televisión, multimedia) a diferencia de los medios en formato impreso. Estas explicaciones atribuyen a los medios de comunicación un poder singular para explotar la vulnerabilidad, dismantelar la individualidad y destruir la inocencia de los más jóvenes. Defienden la idea de que el medio escrito fomenta la abstracción y el pensamiento lógico. Por el contrario, la televisión y, por extensión, gran parte de los audiovisuales y multimedia posteriores, no requieren habilidades especiales para interpretarlos, lo que supone a su vez una pérdida del control de los adultos sobre el ambiente simbólico del joven, así como una desviación en el tránsito a la edad adulta.

Desde comienzos de los años noventa las posturas más optimistas o «integradas» también reconocen una sabiduría «natural» de los jóvenes para alfabetizarse en los nuevos medios. Sin embargo, desde este otro lado del debate la televisión se considera un medio pasivo que atonta a los usuarios, mientras que la red fomenta su inteligencia; la televisión transmite una visión unilateral del mundo, la red es democrática e interactiva.

Los enfoques integrados, al igual que las visiones apocalípticas anteriores, movilizan nociones homogéneas y abstractas de infancia y juventud en su relación con la tecnología. Los jóvenes se representan en posesión de un talento «natural», de una creatividad espontánea, que es en cierta forma revelada a través del ordenador. Así es común leer en la literatura especializada que los adolescentes o los jóvenes son «los principales agentes de la penetración tecnológica y el cambio comunicativo de sus

hogares» (SOBRINO, 1996: 62), o que los «jóvenes encuentran connatural el uso del teléfono móvil, del ordenador, del correo electrónico y del multimedia» (LORENTE, BERNETE y BECERRIL, 2004: 295).

Desde finales de los noventa existen nuevos iconos y representaciones en las que las tecnologías forman parte del propio «cuerpo» infantil. Así lo ilustra, entre otros, el programa televisivo infantil los *Teletubbies* desde su estreno en Gran Bretaña en 1997 (Imagen 2).

A estas criaturas de ojos grandes, con fisionomías y gestos a medio camino de los humanos y los primates, les sobresale una antena de la cabeza; en sus barriguitas tienen incrustado un monitor cubierto por un forraje sintético. Cuando la antena se levanta, el forraje baja y muestra una pantalla desde la que se proyectan vídeos educativos.

Muchas son las posibles interpretaciones de la apariencia y el habla extraña de los *Teletubbies*, y grandes las polémicas que han acompañado a estas criaturas que encarnan imágenes de infancia cercanas al infante-*alien* emocional y sin desarrollar³, si bien en esta ocasión interesa resaltar su capacidad de personificar uno de los grandes sueños del occidente industrializado: la fusión entre la tecnología y el cuerpo humano, la posibilidad de borrar el paso o la presencia misma de lo tecnológico.

El fenómeno mediático global que acompaña a los *Teletubbies* coincide en el tiempo con nuevos estudios de la psicología evolutiva dedicados al estudio de las relaciones entre el desarrollo cognitivo y las nuevas tecnologías (SHARMA, 2004). Según estas posturas, la interacción con las tecnologías de la información conduce a la adquisición de nuevas funciones y estructuras mentales («tecnogénesis») y a una transformación del trabajo, que pondrá fin al esfuerzo físico e impondrá formas más democráticas y responsables, al mismo tiempo que ensalzará el sentido de comunidad en el ámbito de la cultura corporativa.

Así pues, el concepto «juventud» hereda y redefine distintos significados de nociones anteriores de infancia, con una predisposición natural hacia las nuevas tecnologías, que debemos considerar con prudencia. De lo contrario corremos el riesgo de eclipsar espacios de relaciones y fuerzas que se dirimen actualmente entre distintas formas de participación en la sociedad digital. En semejante encrucijada, ¿qué papel desempeñan actualmente las asociaciones que naturalizan las relaciones entre los más jóvenes y las nuevas tecnologías en algunos textos expertos y representaciones mediáticas?

Este primer momento de análisis se halla a medio camino entre la tradición genealógica, en cuanto su énfasis en objetivar el objeto de estudio en su contexto socio-histórico, y la escuela francesa del discurso, en la medida que atendemos a los

³ Estas criaturas tan adorables fueron motivo de acalorados debates educativos (y de género) con una controversia de fondo muy arraigada en Inglaterra sobre el declive (*dumbing down*) de la cultura británica (GORDO LÓPEZ y BURMAN, 2004).



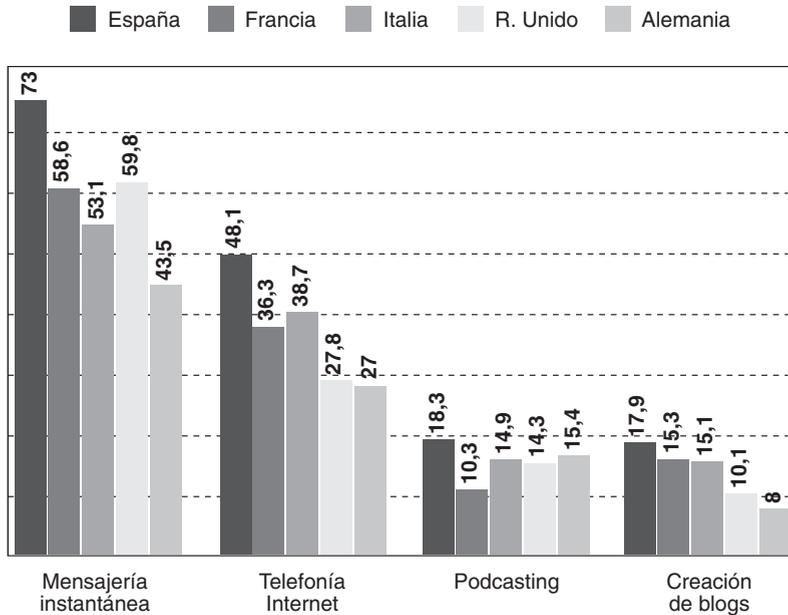
IMAGEN 2
Los Teletubbies

conocimientos expertos e instituciones que participan en las representaciones hegemónicas en torno a los jóvenes y las nuevas tecnologías. Por último, esta primera fase, al igual que algunos trabajos de la Escuela de Estudios Culturales de Birmingham, sugiere el papel activo de los medios de comunicación a la hora de entender los procesos de estructuración social (WILLIS, 1978, 1996).

El significado de los textos depende de las relaciones con otros textos: la sospecha discursiva

Un punto de partida común a la mayoría de los enfoques discursivos es que los textos establecen sus significados y funciones a partir de las relaciones con otros textos (BAJTÍN, 1982). En nuestro ejemplo en un primer momento revisamos la literatura especializada acerca de las relaciones entre representaciones de infancia, juventud y tecnología y nociones de «desarrollo». Ahora veremos cómo estas representaciones «funcionan» en el contexto de desarrollo (o estancamiento) de la sociedad de la información en España. Para ello recurriremos a informes especializados sobre la sociedad de la información, sus cifras, porcentajes y gráficas. La relación entre estos grupos de textos en un principio independientes —la literatura especializada en nociones de desarrollo y tecnología, y los informes oficiales acerca de las tendencias y desarrollo de la sociedad de la información—, dirigirán nuestra mirada hacia un estudio de caso concreto: los programas de mensajería instantánea y las valoraciones y usos que los internautas españoles más jóvenes hacen de los mismos.

Las conversaciones con otras personas constituyen la principal actividad de los internautas españoles, sólo superada por la búsqueda de información, realizada por cerca del 80% de la población internauta que supone actualmente el 48,6% de la población total (eESPAÑA, 2007). Como muestra la Gráfica, España ocupa uno de los



Fuente: Novatris - NetObserver Europe (2006)

GRÁFICA 1

Uso de aplicaciones web 2.0 en Europa (eEspaña, 2007: 179)

primeros lugares en el ranking mundial en el uso de estas tecnologías sociales (Web 2.0)⁴, siendo claramente líder en el entorno europeo.

Si hay que hablar de un servicio realmente consolidado, impulsor y precedente de los usos sociales de la red, ese es el servicio de mensajería instantánea. En el caso de nuestro país, el porcentaje de penetración de los programas de mensajería instantánea se sitúa cerca del 80% del total de internautas españoles, siendo el MSN/Windows Live Messenger el de mayor popularidad con un alcance del 60,97% (frente al 6,1% del Skype Messenger; 2,74% de Yahoo! Messenger y 2,46% de Google Talk) (eESPAÑA, 2007).

A pesar de la alta penetración de las tecnologías sociales, las puntuaciones en los índices generales de desarrollo de la sociedad de la información durante los últimos años indican un estancamiento, incluso un leve retroceso. Según los índices de de-

⁴ Las aplicaciones que propician comunicaciones y usos más personales, más informales, como la mensajería instantánea, la telefonía por Internet y la creación de blogs se conocen actualmente como *software social* o *Web 2.0*.

sarrollo publicados por el informe ISI 2004, España ocupaba la posición antepenúltima en la Europa de los 15 (UE-15) y la decimotercera en la UE-25, obteniendo la mejor posición en la dimensión social. Informes más recientes señalan que durante el último año se ha pasado del decimotercer puesto al vigésimo en la UE-27 (eESPAÑA, 2007).

En cuanto al nivel socioeconómico, son las clases media y media alta las que mayoritariamente acceden a Internet. Este grupo está en su mayoría formado por trabajadores y profesionales cualificados que viven en ciudades grandes y medias, con un alto nivel de estudios y un alto nivel tecnológico. La mayor presencia de las clases medias contrasta con la escasa penetración de este medio entre las clases bajas o trabajadores no cualificados (y sus hijos/as). Al igual que los mayores, la clase baja sigue impermeable a Internet.

Si se considera la distribución poblacional por grupos de edad, los datos plantean que más del 80% de los usuarios se encuentran entre las edades de 14 y 44 años. El grupo comprendido entre las edades de 14 y 34 años, más cercanas a nociones actuales de juventud, supera el 63% de los usuarios de Internet (GORDO LÓPEZ y MEGÍAS, 2006). El progresivo rejuvenecimiento de los internautas españoles queda refrendado por los datos más recientes: en el periodo de 2004 al segundo semestre de 2006, la población infantil comprendida entre los 10 y los 14 años que ha utilizado Internet en los tres últimos meses ha pasado de un 60 al 71% (INE, 2007).

El análisis de los informes oficiales permite, así pues, identificar las tendencias de uso de las distintas aplicaciones en Internet, apreciar el papel destacado de la mensajería instantánea en lo que se conoce como la web social, así como la distribución de los internautas a partir de variables estructurales, entre las que hemos destacado la clase social y la edad. La revisión de estos informes invita a agudizar la mirada discursiva y formular nuevas preguntas de investigación:

- ¿Qué papel juegan los jóvenes y las tecnologías sociales en el momento actual de estancamiento de la sociedad de la información?
- ¿De qué modo las comunicaciones Messenger, al igual que otros usos sociales de la red, socializan principalmente a los jóvenes españoles de clases medias en nuevas lógicas de trabajo y productividad?

En estas primeras fases del análisis hemos considerado, en primer lugar, las relaciones entre lo social y lo tecnológico en distintos momentos históricos, para analizar seguidamente las representaciones más generalizadas en torno a los más jóvenes y las tecnologías de la comunicación y la información en el contexto de desarrollo de la sociedad de la información en España. La incursión en sus dinámicas de desarrollo desigual ha dirigido la sospecha analítica hacia las tecnologías sociales, en especial a la aplicación estrella: el Messenger.

Se recomienda «narrar» o poner por escrito el material de análisis: el programa MSN/Windows Live Messenger

El material analizado debe llamar la atención sobre alguna dimensión compleja o contradictoria, o por la manera que nos posiciona ante una problemática. La cuestión fundamental será el modo en que la contradicción funciona dentro del mismo texto («enunciado») o en su contexto de producción («enunciación»). En nuestro ejemplo las contradicciones empiezan a pergeñarse en el contexto más amplio de la sociedad de la información.

Como hemos señalado, España ocupa una posición destacada a nivel mundial en los usos sociales de Internet, en especial, la mensajería instantánea; sin embargo, obtiene puntuaciones medias en la administración digital y puntuaciones muy bajas en la compra y la banca electrónica, a pesar de contar con uno de los sistemas bancarios más eficientes del mundo. Esta disparidad en los indicadores de desarrollo invita a indagar en los programas de mensajería instantánea, por ser la aplicación de mayor difusión entre los usuarios más jóvenes.

A estas alturas del análisis es recomendable realizar una descripción narrada y por escrito del material seleccionado: la aplicación Messenger⁵. Con este ejercicio se persigue establecer una relación dialógica y reflexiva con el texto, lo que a su vez permitirá percatarnos de significados y relaciones que de otra manera pasarían inadvertidos. Pero ¿cómo narrar por escrito una aplicación informática que incluye instrucciones, imágenes, cuadros de diálogos y menús de funciones? En nuestro caso optamos por reproducir la secuencia de textos y pantallas que aparecen cuando solicitamos una cuenta de usuario (Live Messenger ID) como paso previo a la descripción narrada de la configuración (o interfaz) del programa.

Tras la descarga del programa el entorno Microsoft solicita información personal de los usuarios. El texto que aparece en el interior del cuadro de diálogo (Figura 1) hace un uso recurrente de posesivos (tu/nuestro) y construye, por una parte, una visión tripartita pero secuenciada del cliente/usuario (tu hardware → tu nombre → tu identificación). El uso de posesivos enfatiza la generosidad de Microsoft mientras aquellos articulan un nuevo grupo de significados y relaciones a través de una frase cuya estructura se asemeja a los enunciados utilizados habitualmente en anuncios que ofrecen servicios o productos gratuitos: «Este servicio es totalmente anónimo».

De este modo se construye una asociación entre «gratuidad» y «anonimato», lo que viene a significar que el anonimato tiene un precio y un valor que, como los servicios de Messenger, no pagamos por ellos. ¿Qué obtiene Microsoft a cambio? ¿Qué se cobra?

⁵ Si hubiésemos optado por analizar conversaciones a través del Messenger, en lugar de la configuración del programa, o interfaz, esta fase equivaldría a la transcripción y análisis preliminar de los textos.



FIGURA 1

Cuadro de diálogo Programa para la mejora de la experiencia del usuario de la sección de Ayuda del menú general de Windows Live Messenger

No recogeremos tu nombre, dirección o cualquier otra información de tipo personal que permita tu identificación. No tienes que rellenar ninguna encuesta, ningún vendedor te llamará y podrás seguir trabajando sin ser interrumpido (extracto del cuadro de diálogo de la Figura 1).

El texto anterior sitúa a los usuarios en la posición de no querer ser vistos o interrumpidos (a menos que loelijamos «nosotros») como personas celosas de nuestros tiempos y disponibilidad. Así pues, la fase de descarga del programa hace cosas: construye activamente nociones de usuarios, de personas celosas de su tiempo, blindadas, en posesión y control de su disponibilidad.

¿Dudamos acaso de la administración y el uso de los datos personales que realiza Microsoft? Esta duda empiezan a despejarse cuando leemos el «Resumen de la declaración de privacidad de Microsoft Online» a la que podemos acceder a lo largo de la descarga del programa, y de la que a continuación presentamos un extracto⁶ (véase la Figura 2). El rostro de una mujer joven frente a la pantalla de un portátil encabeza la declaración de seguridad, precedido por el texto *click to verify* (entre para confirmar) y con el sello de *Trust.e*, una empresa estadounidense de reconocido prestigio en la supervisión del cumplimiento de las normas y políticas de seguridad informática.

¿Qué relación se establece entre la imagen de una mujer y la seguridad en el tratamiento de los datos personales de los usuarios? A pesar de la confianza que puede infundir estas asociaciones y que Microsoft asegura no lucrarse ni negociar con la información ob-

⁶ Versión completa accesible en <http://privacy.microsoft.com/es-es/fullnotice.aspx>



Datos personales

- ... Los datos recopilados por Microsoft podrían combinarse con datos obtenidos de otros servicios de Microsoft y otras empresas.
- Con la finalidad de ofrecerle una experiencia personalizada, Microsoft utiliza cookies y otras tecnologías para realizar un seguimiento de cómo interactúa el usuario con los sitios y servicios de Microsoft.

Opciones del usuario

- Puede detener el envío futuro de mensajes de correo electrónico promocionales de los sitios y servicios de Microsoft siguiendo las instrucciones específicas del correo electrónico que reciba...

Uso de los Datos

- ... Es posible que los servicios de Microsoft muestren publicidad y contenidos personalizados.
- Microsoft utilizará los datos concernientes al usuario con la finalidad de mantenerlo informado acerca de otros productos y servicios ofrecidos por Microsoft y sociedades de su grupo, así como para enviarle invitaciones para realizar encuestas adecuadas en relación con nuestros servicios.
- Microsoft no venderá, alquilará ni cederá sus listados de clientes a tercero alguno. En ocasiones, como ayuda para poder prestar los servicios, Microsoft podrá proporcionar datos a otras empresas que actúen en nombre de Microsoft.

FIGURA 2

Resumen de la declaración de privacidad de Microsoft Online

tenida, en la declaración de seguridad también leemos que «... en ocasiones, como ayuda para poder prestar los servicios, Microsoft podrá proporcionar datos a otras empresas que actúen en nombre de Microsoft». Y si el cuadro de diálogo anterior afirmaba «... no tienes que rellenar ninguna encuesta, ningún vendedor te llamará y podrás seguir trabajando sin ser interrumpido», la declaración señala que Microsoft utilizará los datos del usuario «con la finalidad de mantenerlo informado acerca de otros productos y servicios ofrecidos por Microsoft y sociedades de su grupo, así como para enviarle invitaciones para realizar encuestas adecuadas en relación con nuestros servicios».

En esta fase de descripción también apreciamos que en las opciones adicionales de instalación se incluye un programa de «Protección infantil (3MG)» con el comentario «—Ayuda a mantener la seguridad de tu familia en línea» (Figura 3). El enunciado interpela al usuario en calidad de persona adulta necesitada de seguridad y responsable de «tu familia» y de los más jóvenes, en definitiva, como padre y cabeza de familia que decide qué programas se descargan en casa. No obstante, es una mirada de mujer joven (obviamente más cercana a la mayoría de los usuarios de Messenger) la que vigila y cuida a través de la ranura de lo virtual (Figura 4). Esta

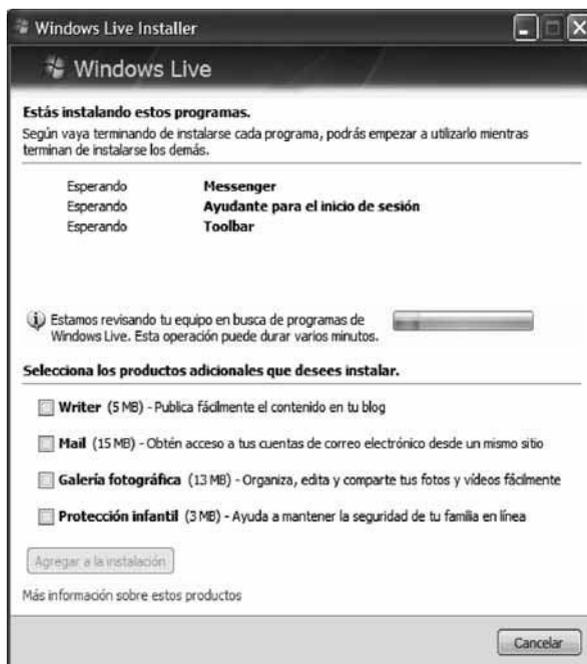


FIGURA 3
Windows Live Installer. Productos adicionales para la instalación

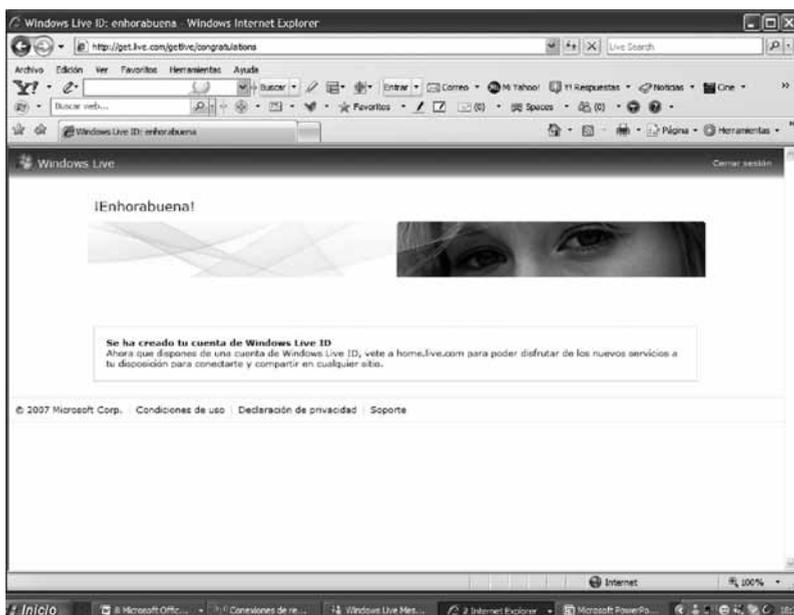


FIGURA 4
¡Enhorabuena! Se ha creado tu cuenta de Windows Live ID

imagen queda incluida en la pantalla que felicita al usuario tras haber cumplimentado los trámites previos a la obtención de una cuenta de Windows Live ID.

En lo relativo a la configuración de esta aplicación informática, el Windows Live Messenger, y en general los programas de mensajería instantánea, incorpora e integra en un único programa las características de otras herramientas conversacionales como los *chats*, que permiten la comunicación instantánea entre grupos de personas, de manera abierta y sin control previo, y del correo electrónico (mensajes privados y no instantáneos). También permite crear una lista de contactos (o agregados) (Figura 5), saber si los usuarios están conectados, además de poder entablar conversaciones simultáneas, intercambiar archivos de texto o imágenes, iniciar una actividad (compartir aplicaciones, navegar juntos en la red, etc.), un juego conjunto u otras opciones, al igual que toda una gama de recursos para gestionar la disponibilidad de los usuarios como apreciamos en los siguientes iconos y «etiquetas» de accesibilidad (Figura 6).

La arquitectura del Messenger, además de permitir la comunicación sincrónica con otras personas a través de una creciente variedad de canales (escrito, hablado, visual, de navegación y juego conjunto, etc.), «hace» otras cosas. Por ejemplo, incorpora recursos de gestión de la presencia y la disponibilidad propios de otras herramientas conversacionales de naturaleza más colectiva y anónima (como los *chats*) o de comunicaciones telefónicas (*no tengo cobertura, me quedé sin batería*) o presenciales (como las notas que vemos en los despachos, *vuelvo en 5 minutos*, o en las habitaciones de los hoteles *no molestar*) (Figura 6). Los recursos de gestión de la comunicación que el programa Messenger rescata y amplifica serán de gran interés en momentos posteriores del análisis.



FIGURA 5
Acciones posibles en el Windows Live Messenger



FIGURA 6

Opciones de conexión y disponibilidad del Windows Live Messenger

No debe importarnos si en algunos momentos de la descripción narrada incluimos interpretaciones o reincidimos en algunos aspectos. No se trata de evitar repeticiones ni de hilar un texto excesivamente elaborado. Tampoco debemos cubrir todas sus facetas, ya que las descripciones excesivamente detalladas, típicas del análisis conversacional de corte etnometodológico o del estructuralismo formalista, pueden resultar paralizantes o redundar en la falsa ilusión de que todo está en el texto. Sin duda, el aspecto más importante de esta primera toma de contacto (dialógica y reflexiva) con el texto sea facilitar la identificación de temáticas de interés, así como posibles inconsistencias y contradicciones.

Identificación de grupos de significados y relaciones: discursos Messenger

En la descripción narrada hemos seguido la secuencia de operaciones que Microsoft requiere de los usuarios para tener acceso al programa. Se ha prestado atención a las imágenes y a las asociaciones que el programa ofrece para garantizar la seguridad de las familias, en particular, la de los usuarios más jóvenes. El mo-

mento de articulación de la sospecha analítica ha incluido asimismo una descripción del Messenger Live: su configuración, sus similitudes y diferencias con otras herramientas conversacionales y los recursos de gestión de la presencia y disponibilidad que incorpora.

También se ha señalado el modo en que la configuración del Messenger Live amplifica la gestión del yo y de las relaciones digitales, además de incitar comunicaciones personales con personas conocidas. A continuación veremos con mayor detalle cada una de estas temáticas, sus imbricaciones y el tipo de relaciones que suscitan. Para ello recurriremos a materiales de análisis adicionales, en concreto a las valoraciones que los más jóvenes hacen de este tipo de comunicación. En el contexto de la investigación en la que nos basamos estos materiales se obtuvieron a través de grupos triangulares con los jóvenes de edades inferiores y de grupos de discusión con los más mayores.

En este momento de análisis cabe preguntar:

- ¿Qué tipo de relaciones y significados presuponen las tecnologías sociales como el Messenger?
- ¿Qué noción de individuo y sociabilidad forjamos a través de la mensajería instantánea?
- ¿Qué referentes y significados articula?

Este tipo de preguntas ayuda a agrupar los significados y las relaciones emergentes en categorías previas a la identificación de las formaciones discursivas, y que consideraremos como dimensiones diferentes, pero interrelacionadas, de un discurso generalizado al conjunto de materiales analizados (literatura e informes especializados, interfaz del programa, valoraciones y uso del Messenger por parte de los jóvenes, etc.).

Individualización y personalización de las comunicaciones Messenger

En lo relativo a la configuración técnica apuntábamos que el Messenger Live ha integrado en un único programa de fácil manejo otras aplicaciones (correo electrónico, *chat*, navegación en la red, juegos en red, otras redes sociales, etc.) y servicios disponibles en la red (intercambio de ficheros, conexiones de voz y vídeo, navegación, compartir archivos, envío de SMS). También ha hecho posible que herramientas conversacionales y comunicaciones en las que predomina la comunicación esporádica con personas desconocidas, por ejemplo, los *chats*, hayan sido desplazadas. A diferencia de lo que ocurre en los chats, en los programas de mensajería instantánea el apodo queda asociado a una dirección de correo electrónico, a una foto (móvil, redes sociales...). Esta modalidad de comunicación promueve a su vez relaciones más sostenidas, íntimas y seguras con «amigos», «compañeros de trabajo», «familia», «otros contactos» (véase la Figura 5).

El Messenger como red de oportunidades y espacio gerencial

Una de las características del Messenger que más agradecen los jóvenes, como señalaban en las entrevistas y los grupos triangulares realizados como parte del trabajo de campo de la investigación en la que nos basamos, radica en la posibilidad de relacionarse, de mantener contactos, sin que ello implique que quieran hacerlo en todo momento, o incluso en gran parte de los momentos. Se valora especialmente disponer de una lista de agregados lo más amplia posible. Lo importante es tener la oportunidad o no perder oportunidades: cuanta más gente tengan en la lista de agregados, mayores serán las posibilidades de que ocurra lo diferente, lo inesperado, lo divertido. Además el Messenger incita comunicaciones a la carta. Los jóvenes destacan como una de sus mayores ventajas la capacidad de agregar a quien tú quieras, nadie «indeseado» podrá contactar contigo, o incluso que con tus agregados podrás decidir, en cada instante, si quieres «aceptar» su invitación a conversar, o incluso si quieres «eliminar» a un contacto por el que ya has perdido tu interés; teniendo el Messenger abierto incluso puedo «mostrarme» ante el resto de usuarios «ausente», al mismo tiempo que voy viendo cuáles de mis contactos se conectan. Resaltan a su vez la importancia de la «picaresca» a la que el propio programa incita, como hemos visto, a través de los recursos de gestión de la disponibilidad y la presencia virtual.

Tecnologías del ocio y nuevas formas de trabajo

Para los adolescentes el Messenger, según ellos mismos reconocen, es una opción más de entretenimiento. Esta asociación del Messenger como espacio de ocio y relaciones resulta compatible con la aceptación de que es en la calle, en los bares, con los amigos, de noche, donde un joven adolescente ha de desarrollar sus principales estrategias relacionales. Entonces no importan tanto las horas que se pasen delante del ordenador. Los tiempos de ocio y trabajo se entremezclan, o se redefinen basándose, precisamente, en la manera en que la tecnología contribuye a configurarlos. Así, atendiendo en este caso a la situación de jóvenes profesionales de mayor edad, será común que en sus lugares de trabajo demanden tener acceso al Messenger, para poder establecer redes internas con el resto de los trabajadores y hablar o entretenerse con sus amigos.

Jóvenes y Messenger: impulsores de aplicaciones exitosas

La mensajería instantánea es hoy en día un activo importante para el estudio del comportamiento de los usuarios, sus contactos y mundo relacional. Al igual que sucediera con los usos que los jóvenes hicieron de mensajes de texto (SMS) a través de los móviles, este grupo de usuarios está en el punto de mira del sector de las nuevas tec-

nologías y las administraciones, ya que, como recuerda el informe eESPAÑA (2007: 28), los principales desarrollos de la sociedad de la información «no surge[n] de la actividad premeditada de los ingenieros, sino como propiedad emergente de la propia red de redes. Y lo hace[n] para reflejar que —tal como se viene afirmando en numerosos foros desde principios de siglo— la verdadera *killer-app* [aplicación más exitosa] de Internet son/somos las personas».

El regreso de la familia «integrada»

El fenómeno Messenger aparece en un momento de progresiva individualización y personalización de las comunicaciones, de los contenidos y de una progresiva tendencia a que el hogar sea el principal lugar de acceso para la mayoría de los usuarios y, en particular, para los más jóvenes: «[E]n el instituto tengo un aula de informática, sí: pero mi auténtica relación con el PC la tengo en casa, en mi tiempo de ocio, y es para ese ocio doméstico para el que necesito el ordenador e Internet».

El aumento progresivo de un uso personalizado y desde casa es compatible con el reto de la gran empresa por conquistar los tiempos y espacios de ocio. Como afirma J. Allard, uno de los discípulos más prometedores de Bill Gates, «Microsoft lleva 30 años centrada en las actividades que se realizan entre las 9.00 y las 17.00. Nosotros, ahora, vamos a por el periodo de entre las 17.00 y las 21.00» (FERNÁNDEZ DE LIS, 2006: 36).

Para conquistar los tiempos de ocio Microsoft divisa como condición indispensable recurrir a valores tradicionales de familia, en torno al entretenimiento y el ocio compartido, lo que a su vez conlleva promocionar unidades de consumo colectivo (como el home-cinema; Xbox o la Wii), además de mantener el consumo individual (como el móvil, el DVD, el MP3, PAD, el Messenger...). En este proyecto ocupa un papel central la consola Xbox y el Messenger como podemos apreciar en las declaraciones de Pam Heath, responsable de la división de la casa digital de Microsoft:

«Somos conscientes de la importancia de proteger la intimidad... El lugar más importante de la casa lo ocupa, como en casi todas, la televisión, convertida en un auténtico centro de entretenimiento digital. Se pueden ver películas bajo demanda descargadas de Internet, escuchar música recomendada por amigos conectados al Messenger (que también es de Microsoft), jugar con miles de personas a un videojuego, hablar con la abuela por videoconferencia. Todo ello gracias a la consola Xbox 360, que, como una gigante piraña, ha devorado al resto de los habitantes del salón (el DVD, el equipo de música, el sistema de cine en casa, el teléfono...)» (FERNÁNDEZ DE LIS, 2006: 36).

Cuidado y seguridad de la familia integral en línea: técnicas hacker para padres

No es casualidad que Windows Live Messenger incorpore como novedad un «Programa de protección infantil» que «[A]yuda a mantener la seguridad de tu fa-

milia en línea» (véase la Figura 3). De este modo, al mismo tiempo que se construyen nociones de familia integrada en torno a la casa digital, se proporcionan herramientas informáticas que velan por la seguridad de la familia en línea, para de este modo solventar la confusión que un gran número de padres y madres experimentan acerca del uso intenso y cotidiano que los adolescentes realizan del Messenger.

En lugar de privar a los adolescentes de la alfabetización y socialización digital, como propone las posturas «integradas», se los regula y supervisa por medio de nuevas técnicas proporcionadas por la gran multinacional, lo que a su vez permite restablecer la jerarquía entre adultos y jóvenes promulgada por los expertos «apocalípticos» de décadas pasadas.

Este tipo de discursos resuena en otros textos como el libro de MONSURIU (2007) titulado *Cómo controlar lo que hacen tus hijos con el ordenador: técnicas de hacker para padres*. El texto plantea que la única alternativa que les queda a los padres cuando la comunicación con sus hijos falla es «convertirse en un verdadero espía informático. Al igual que los *hackers* buenos, el objetivo de los padres tiene que ser detectar las vulnerabilidades de sus hijos y protegerlos mientras les ayudan y enseñan a hacer un buen uso de Internet y las nuevas tecnologías». El libro ofrece una serie de recursos entre los que se incluyen «... controlar las relaciones nuevas que los niños y jóvenes establecen por la Red, vigilar todo lo que escriben en el Messenger y otros chats, correos electrónicos, foros, o blogs, como una forma de protegerles, ver lo que están haciendo los hijos en su ordenador, desde cualquier otro ordenador (acceso remoto), y en definitiva, poder controlar todo lo que los niños y adolescentes hacen con un ordenador o con un teléfono móvil» (MONSURIU, 2007).

Vacios e intereses curriculares en torno a la sociedad de la información

Los propios jóvenes afirman que con su uso del Messenger sólo pretenden aprovechar la posibilidad de relacionarse de otra manera con sus amigos y conocidos, o de obtener alternativas de ocio de forma fácil y económica. Aun así, muchos expertos y educadores se muestran desorientados acerca del valor formativo de este tipo de herramientas en el aula. A esto se suma la incapacidad de los gobiernos estatales y autonómicos de hacerse con las riendas del desarrollo y la educación en la sociedad de la información, una incapacidad que aumenta, desde las propias aulas, las brechas entre *los que saben* y *los que no saben*: ¿para qué enseñar a quienes se da por sabido que saben y que tienen una predisposición y habilidades «naturales» hacia las nuevas tecnologías? Este tipo de dinámicas permiten a su vez que las multinacionales tomen las riendas de la formación, el «cuidado» y la seguridad de los más jóvenes y, en general, de las familias. Estos servicios no son gratuitos.

Identificación de formaciones discursivas: plataformas de integración

En este momento debemos resaltar qué órdenes sociales construyen los significados y las relaciones identificadas, a quién beneficia, y a quién perjudican. Antes de pasar a identificar las funciones discursivas, es aconsejable sintetizar y articular el conjunto de relaciones y significados para obtener así una visión más integral del material analizado.

Como hemos intentado mostrar, las representaciones en torno a los más jóvenes y las tecnologías de la información son consustanciales al «desarrollo» industrial de occidente. Dar cuenta de esta relación en la actualidad supone, inevitablemente, reconocer una serie de contradicciones, en un escenario que no duda en identificar a los jóvenes como los principales impulsores de la sociedad de la información, a la vez que limita su acceso a derechos básicos (trabajo estable, vivienda digna). Esta situación coincide con representaciones en las que las tecnologías aparecen incorporadas en cuerpos infantiles mediáticos (*Teletubbies*), y con la formulación de conocimientos expertos que sostienen que las tecnologías digitales forman parte inevitablemente de una nueva línea de desarrollo social y tecnológico («tecnogénesis»).

En lo que concierne al desarrollo de la sociedad de la información, en España se ha detectado una tendencia a la personificación e individualización de los contenidos, las tecnologías y el lugar de acceso (desde la esfera íntima de las casas, los dormitorios). Apreciamos a su vez el regreso de nociones de familia «integrada» por medio del consumo de nuevos soportes tecnológicos de uso familiar (home-cinema, Xbox, Wii). Este nuevo nicho de consumo viene acompañado de tecnologías especializadas en la seguridad de la familia, en especial, en la supervisión de los más jóvenes, que, por otra parte, contribuye a restablecer un orden jerárquico en el que los padres (en masculino) retoman el control técnico, y a las madres se las posiciona nuevamente en las responsables de las tareas de supervisión y cuidado de los más jóvenes. En este restablecimiento del orden familiar los nuevos expertos de la educación y las nuevas tecnologías promueven el uso de «técnicas *hackers*» para que los padres «espíen» y controlen a sus hijos.

En semejante contexto, abstraer y naturalizar la relación entre los más jóvenes y las tecnologías, obviando factores culturales y económicos, supone delegar en la gran multinacional las responsabilidades de los educadores, la comunidad, en fin, la de todos aquellos colectivos e instituciones públicas supuestamente al frente de la «empresa» educativa. También supone entender los intereses socioeconómicos que propugnan el uso de soluciones técnicas para lidiar con semejantes vacíos educativos, que conceden de este modo carta de naturaleza al regreso de la «familia integrada» en torno a las nuevas tecnologías de la casa digital. Y todo ello en medio de una profunda crisis de nociones tradicionales de pareja heterosexual (CASTELLS y SUBIRATS, 2007 y GARCÍA y CASADO, en este volumen) que coincide, a su vez, con prácticas y recursos alternativos emergentes como aquellos que propugnan aplicar el buen hacer empresarial a la vida conyugal (véase el libro titulado *Marketing de pareja* de SURIL y JANER, 2006) o acudir a las páginas de encuentro o la «lonja digital» (*Meetic, Match.com...*) en búsqueda de nuevas parejas.

Establecimiento de «tipos ideales» en los usos de la nuevas tecnologías

En el trabajo de investigación al que nos hemos referido a lo largo de este capítulo, identificamos distintos posicionamientos, valoraciones y usos de las nuevas tecnologías en los grupos de jóvenes analizados. Utilizamos el símil de «banda ancha» para referirnos a los grupos de jóvenes que asumen la necesidad de integrar el uso y la lógica de las nuevas tecnologías en el trabajo, en el ocio y en las relaciones sociales. Vivir de cara a lo tecnológico para este grupo o «tipo ideal», en su mayoría procedentes de clases medias y medias altas y con trabajos estables cualificados, no supone renunciar a otras formas de relacionarse, sino integrar las oportunidades y recursos tecnológicos en sus vidas.

Con el término de «banda estrecha» nos referimos a posturas que, en lugar de integrar las nuevas tecnologías, las «utilizan» en función de sus necesidades puntuales, laborales o personales. Este tipo ideal de jóvenes, en su mayoría procedentes de clases medias bajas y con situaciones laborales precarias, contempla las bondades de las nuevas tecnologías aunque son conscientes de su uso en un contexto competitivo y en respuesta a unos valores económicos en auge.

Evidentemente, estas dos categorías proyectan y contrastan la existencia de otros tipos ideales situados en la frontera de las nuevas inclusiones/exclusiones sociales. Con la categoría «ajenos o inmigrantes» aludimos a jóvenes cuyas relaciones quedan asociadas principalmente al consumo de la telefonía móvil de última generación. Por su parte, con el término «curritos» nos referimos a las personas excluidas de las tecnologías de la información y la comunicación en tanto que no las necesitan para su trabajo (tampoco lo necesitan sus padres, ni amigos del barrio...) ni para sus interacciones sociales (están al otro lado de la brecha digital, pero no parecen vivirlo como un problema). En el grupo de los «freaks» se incluyen declaraciones de personas con carencias o dificultades relativas a las habilidades sociales necesarias para relacionarse en el plano del «cara a cara», o impedidas por algún motivo o circunstancia. Por último, el tipo denominado «resistentes voluntarios» está compuesto por jóvenes que se excluyen voluntariamente de la rueda tecnológica, rechazando el uso de las nuevas tecnologías como respuesta a lo que entienden que es un proceso de despersonalización y amplificación de la dependencia.

Formulación del sistema discursivo y sus funciones: construcción y gobierno de la identidad digital

A pesar de las posiciones diferenciadas de los jóvenes hacia las nuevas tecnologías, la juventud, en abstracto, es considerada por la administración y las empresas del sector como plataforma principal para impulsar el desarrollo de la sociedad de la información (TELEFÓNICA, 2005). Cabría preguntar: ¿qué papel juega el auge de las tecnologías sociales, como el Messenger, y su masiva popularidad entre los más jó-

venes, en las estrategias capaces de reducir las diferencias existentes entre los usos sociales y la escasa actividad bancaria y comercial en Internet?

El Messenger permite asociar el *nick* del usuario a una dirección de correo, a distintivos y fotografías. En añadidura, la configuración del programa amplifica la gestión de la disponibilidad del usuario en función de sus intereses particulares en cada momento. A estas cuotas de progresivo individualismo y gestión finalista se suma la capacidad del Messenger de incorporar rutinas de interacción más propias de interacciones presenciales, que invitan a hacernos cargo de nuestra actuación virtual, a sentirnos responsables de nuestros actos y de sus consecuencias. Por último, la compatibilidad del Messenger con otras tecnologías sociales permite recopilar, cruzar y validar los datos personales y perfiles de los usuarios, y de sus redes sociales (por ej., *Facebook*), a través de una gama de «productos y servicios ofrecidos por Microsoft y sociedades de su grupo» como afirma la propia declaración de privacidad que acompaña la descarga del programa (véase Figura 2).

En este sentido, podríamos decir que las comunicaciones cada vez más inmediatas, personalizadas y sostenibles con gente conocida, los recursos de gestión de la presencia y la disponibilidad envueltos en lógicas finalistas, las rutinas de comunicación que acercan las comunicaciones digitales a la interacción presencial, y la compatibilidad y sinergia tecnológica a la hora de intercambiar datos personales, son todos ellos recursos materiales que participan en la construcción, implementación y gobierno de la identidad digital que emerge y se construye a través de este tipo de entornos y comunicaciones.

Así pues, este tipo de comunicaciones sociales mediadas por ordenador sirve para restablecer y fijar la conexión entre el cuerpo virtual como lugar de identidad, y la sensación de control y gestión finalista de las mismas como lugar de experiencia corpórea. De este modo, los rituales de comunicación con fuertes cargas gerenciales ayudan a corporeizar identidades digitalmente mediadas y construidas.

Ahora podemos afirmar que la mensajería instantánea está pasando a ser un revulsivo para amortiguar los contrastes existentes entre los usos sociales y formales de la red, así como un activo importante para que la administración y las multinacionales fomenten el desarrollo de identidades digitales fiables y observables en red.

Referentes extradiscursivos y validez

Quizá penséis que este tipo de interpretaciones sea producto de nuestra imaginación o que algunas conexiones resulten difícilmente sostenibles más allá de nuestros propios intereses o, en su caso, de los de los organismos que sufraguen la investigación. A este respecto señalar que algunos enfoques postmodernos relativistas, como apunta PARKER (1998), defienden que las intenciones del autor, y el tipo de mensa-

je que transmite, dependen cada vez más de las predisposiciones y de los intereses de las audiencias. No está de más pues considerar la dimensión clientelista del juego interpretativo, si bien el propio quehacer discursivo conlleva un continuo ejercicio de reflexión acerca de la posición establecida o construida ante el mismo objeto de estudio.

Y al igual que el resto de la investigación cualitativa, las prácticas discursivas no están exentas de validez ni de calidad, si bien su lógica obedece a criterios distintos a los que la investigación científicista nos tiene acostumbrados. La investigación discursiva permite validar sus conclusiones por medio de la identificación de otros textos o hechos que denominamos referentes «extradiscursivos». En nuestro ejemplo de investigación y sus conclusiones acerca del modo que las tecnologías sociales, en particular el Messenger, participan de la construcción y el gobierno de la identidad digital, y el modo en que esta construcción de identidad digital «verdadera» contribuye a reducir las distancias entre los usos sociales y formales de la red, cabe mencionar, por ejemplo, el acuerdo que el gobierno belga estableció con Microsoft en 2003 y que obligaba a los jóvenes a identificarse en el Messenger por medio de un certificado de DNI digital con el propósito de hacer más segura la navegación infantil (REVENTÓS, 2005).

En entornos más cercanos cabría mencionar a su vez que el informe de Telefónica *La sociedad de la información en España 2004*, en la sección titulada «Manual del ciudadano on-line. Decálogo de acciones básicas de alfabetización para ser un ciudadano on-line», donde recomienda utilizar la mensajería instantánea y tener una identificación electrónica (TELEFÓNICA, 2005: 84-87).

En esta última fase de «validación» por medio de referentes «extradiscursivos» también convendría señalar que el Consejo de Europa acordó la Estrategia de Lisboa (2000) para conseguir que la economía europea se basara en el conocimiento y de este modo llegar a ser más dinámica y competitiva. La adaptación de estos objetivos a nuestro país quedó plasmada en el «Plan 2006-2010 para el desarrollo de la Sociedad de la Información y de Convergencia con Europa y entre Comunidades Autónomas y Ciudades Autónomas», conocido también como Plan Avanza (eESPAÑA, 2007: 308). Las cuatro áreas de actuación del Plan Avanza son: «ciudadanía digital», «servicios públicos digitales», «economía digital» y «nuevo contexto digital» (Figura 7). Esta última área concede una importancia (y presupuesto) considerable a la supervisión de contenidos y la ciberseguridad como, parece ser, condición indispensable, para que el ciberciudadano de a pie se fie y anime a hacer un mayor y mejor uso de la administración, la banca y el comercio electrónico, e incrementar en última instancia los indicadores del desarrollo de la dimensión formal de la sociedad de la información en España.

Los referentes extradiscursivos, al igual que el uso que las audiencias hagan de los análisis, serán los que definan los límites de la interpretación, su mayor o menor capacidad transformadora o las consecuencias de su hacer (J. IBÁÑEZ, 1985).

CIUDADANÍA DIGITAL

- Convocatorias igualdad de género, mayores y discapacitados (11 M€).
- Puesta en marcha de los Préstamos Ciudadanía y Jóvenes y Universitarios (175 M€).
- Convocatoria de dinamización (5 M€).
- Proyecto Soria TDT (10 M€).
- Firma convenio con Impulsa TDT (9 M€).

SERVICIOS PÚBLICOS DIGITALES

- Lanzamiento del Programa Ciudades Singulares (Ayuntamientos Digitales) (77 proyectos en marcha, 24 M€).
- Continuación del Programa Ciudades Digitales (+40 municipios, 13 M€).
- Plataforma de Administración Electrónica (1,6 M€).
- Enseña.es (6 M€).
- Otras AA.PP.

ECONOMÍA DIGITAL

- Puesta en marcha de los Préstamos TIC e INTRO (425 M€).
- Convocatoria del Programa ArtePyme (15,5 M€).
- Firma de convenio PYMES-EOI (1 M€).
- Elaboración de estudios PYMES (0,6 M€).
- Convocatorias FORINTEL (27 M€).
- Convocatorias PROFIT (202 M€).
- Puesta en marcha de acciones para proteger la propiedad intelectual (0,5 M€).
- Impulso a la creación de Factorías de Software (1 M€).

NUEVO CONTEXTO DIGITAL

- Reutilización de la información del sector público (1 M€).
- Supervisión de contenidos (1,6 M€).
- Desarrollo del Programa de Extensión de Banda Ancha (3.700 municipios, 10 M€).
- Proyecto SETSI-ONU (0,011 M€).
- Mejoras en la web del Plan Avanza (0,03 M€).
- Lanzamiento del Centro Tecnológico del Plan Avanza (2 M€).
- Elaboración estudio Ciberseguridad (0,03 M€).
- Elaboración estudio Infraestructuras Críticas (0,03 M€).
- Actuaciones de Seguridad INTECO (7 M€).

Fuente: MITYC (2007)

FIGURA 7
Las cuatro áreas de actuación del Plan Avanza (2006)

DILEMAS EN TORNO AL APRENDIZAJE Y LA ENSEÑANZA DE LA PRÁCTICA DISCURSIVA

Quizá la forma más fácil y segura de abordar didácticamente el análisis del discurso sea presentarlo como una técnica de investigación. Esta opción le concedería un estatus de herramienta, e incluso, puede que alimentáramos la falsa ilusión de identificar criterios operativos para su elaboración.

En caso de tecnificar el análisis del discurso, o cualquier otra práctica cualitativa, corremos el riesgo de privilegiar a un sector de investigadores y estudiantes que, sin un compromiso social, y a pesar de considerarlo incomprensible e inútil, puedan utilizarlo sin ningún tipo de «ética» para encontrar discursos por todas partes, y devaluar así el carácter crítico de este enfoque al ponerlo al servicio de tendencias sociales dominantes (BURMAN, 1991). La tecnificación del análisis del discurso suprimiría de es-

ta manera gran parte del trabajo interpretativo y crítico, además de la sensibilidad social que requiere la investigación social cualitativa. Por todo ello somos conscientes del dilema ético que supone desglosar didácticamente la práctica discursiva.

Ante las amenazas de tecnificación, queda mirar atrás e insistir, como ya hiciera el giro interpretativo en las ciencias sociales, en el uso cotidiano y en la dimensión realizativa del lenguaje, y visitar nuevamente la idea de sujetos involucrados y activos en la reproducción de las estructuras y rituales sociales, incluyendo las bases materiales e históricas de sus relaciones. Y este reconocimiento pasa por considerar el análisis del discurso como una práctica común para mucha gente hoy en día, y también por considerar que las tecnologías sociales forman parte de la cotidianidad de muchas personas, especialmente de las clases medias ascendentes, además de ser parte indiscutible de la materialidad que acompañan y canalizan actualmente los procesos de estructuración social, sus ordenaciones y subordinaciones emergentes.

Por ello es importante atender al modo en que los signos circulan, el uso que hacemos de ellos mientras reproducimos imágenes específicas de lo social, al tiempo que analizamos ejemplos cotidianos de la circulación de estos signos, por ejemplo, a través de programas tan populares como el Messenger.

Y para poder resistir los usos tecnificados, como para actuar desde el propio mundo colectivo de relaciones al que reenvían los discursos, es fundamental, como señala ALONSO (2008), perder el miedo al análisis del discurso, desmitificarlo, romper las cajas negras, aunque también resulte imprescindible redefinir qué entendemos por hermenéutica, sociedad y resistencia en el «giro digital». De lo contrario reproduciremos nuevos conocimientos expertos y subordinaciones alejados de la capacidad de denuncia, crítica y transformación que, en definitiva, es lo que a nuestro parecer anhela y persigue el análisis del discurso.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, T. W. (1975): *Bajo el signo de los astros*, Barcelona: Laia.
- ALONSO, L. E. (2008): «Análisis del discurso. Seminario», en http://www.uam.es/personal_pdi/ciencias/jbenayas/Seminario%20 analisis%20de%20 discurso/indice%20contenidos%20 analisis%20de%20discurso.pdf (fecha de acceso, enero 2008).
- ATKINSON, J. M., y HERITAGE, J. (1984) (eds.): *Structures of Social Action*, Cambridge: Cambridge University Press.
- BAJTÍN, M. (1982): *Estética de la creación verbal*, México: Siglo XXI.
- BONNIN, J. E. (2008): «Para una definición operativa de los géneros discursivos», en www.proyectoazul.unlu.edu.ar/ColgarF/Generosdiscursivos de Juan.doc.doc (fecha de acceso, enero 2008).
- BOWERS, J. (1996): «La política y práctica del discurso de los medios de comunicación. Un análisis de un programa-debate radiofónico», en GORDO LÓPEZ, A. J., y LINAZA, J. L. (comp.): *Psicologías, discursos y poder (PDP)*, Madrid: Visor, págs. 171-186.

- BUCKINGHAM, D. (2000): *After the Death of Childhood*, Cambridge: Polity Press.
- BURMAN, E. (1991): «What discourse is not», *Philosophical Psychology*, 4/3, págs. 325-342.
- (2003): «Infancia y subjetividades políticas contemporáneas» en VILLUENDAS, M.^a D., y GORDO LÓPEZ, A. J. (coords.): *Relaciones de género en psicología y educación*, Madrid: Consejería de Educación, Comunidad de Madrid, págs. 161-178.
- BURMAN, E., y PARKER, I. (1993) (eds.): *Discursive Analytic Research: Repertories and Readings of Texts in Action*, London: Routledge.
- CASTELLS, M., y SUBIRATS, M. (2007): *Mujeres y Hombres. ¿Un amor imposible?*, Madrid: Alianza.
- CHARAUDEAU, P., y MAINGUENEAU, D. (2002) (coords.): *Diccionario de análisis del discurso*, Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- DÍAZ, F. (2000) (comp.): *Sociologías de la situación*, Madrid: La Piqueta.
- DIJK, Teun. A. VAN (1997): *Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona: Paidós.
- (2003): *Ideología y discurso*, Barcelona: Ariel.
- DREW, P., y HERITAGE, J. (1992) (eds.): *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge: Cambridge University Press.
- eESPAÑA (2007): *Informe anual sobre el desarrollo de la sociedad de la información en España*, Madrid: Fundación Orange.
- FAIRCLOUGH, N. (1992): *Discourse and Social Change*, Cambridge: Polity Press.
- (1995): *Critical Discourse Analysis*, London: Longman.
- FERNÁNDEZ DE LIS, P. (2006): «Viaje al centro de Microsoft», en *El País Semanal*, diario *El País*, 18 de enero.
- FOUCAULT, M. (1966): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid: Siglo XXI, 1984.
- (1969): *La arqueología del saber*, Madrid: Siglo XXI, 1978.
- (1970): *El orden del discurso*, Barcelona: Tusquet, 1983.
- GOFFMAN, E. (1981): *Forms of Talk*, Oxford: Blackwell.
- (1987): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires: Amorrortu.
- GORDO LÓPEZ, Á. J., y BURMAN, E. (2004): «Emotional capital and information technologies in the changing rhetorics around children and childhoods», en *New Directions for child and adolescent development*, 105, San Francisco: Jossey-Bass, págs. 63-80.
- GORDO LÓPEZ, Á. J., y LINAZA, J. L. (1996): *Psicología, discursos y poder (PDP)*, Madrid: Visor.
- GORDO LÓPEZ, Á. J., y MEGÍAS, I. (2006): *Jóvenes y cultura Messenger. Tecnologías de la información y la comunicación en la sociedad interactiva*, Madrid: INJUVE/FAD.
- HODGE, R., y KRESS, G. (1993): *Language as Ideology*, London/New York: Routledge, 2.^a ed.
- IBÁÑEZ, J. (1979): *Más allá de la Sociología. El Grupo de Discusión. Teoría y Crítica*, Madrid: Siglo XXI.
- (1985): «Análisis sociológico de textos y discursos», en *Revista Internacional de Sociología*, 43, págs. 119-162.
- IBÁÑEZ, T. (2003): «El giro lingüístico», en Lupicinio ÍÑIGUEZ (eds.): *El análisis del discurso*, Barcelona: UOC, págs. 21-42.
- INE (2007): *Encuesta sobre equipamiento y uso de tecnologías de la información y comunicación en los hogares 2007 (segundo semestre 2006)*, Madrid: Instituto Nacional de Estadísticas.
- ÍÑIGUEZ, L. (2003): «El análisis del discurso en las ciencias sociales: variedades, tradiciones y práctica», en ÍÑIGUEZ, L. (eds.): *El análisis del discurso*, Barcelona: UOC, págs. 83-123.

- KRESS, G. (1990): «Critical discourse analysis», en *Annual Review of Applied Linguistics*, 11, págs. 84-99.
- KRESS, G., y LEEUWEN, T. VAN (1996): *Reading Images: A Grammar of Visual Design*, London: Routledge.
- (2001): *Multimodal Discourse: The Modes and Media of Contemporary Communication*, London: Arnold.
- LORENTE, S.; BERNETE, F., y BECERRIL, D. (2004): *Jóvenes, relaciones familiares y tecnológicas de la información y de la comunicación*, Madrid: INJUVE.
- LUCAS, Á. DE (1992): *Actitudes y representaciones sociales de la población de la comunidad de Madrid en relación con los censos de población y vivienda de 1991* (informe de investigación), Madrid: Departamento de Estadística de la Consejería de Economía de la Comunidad de Madrid.
- LUCAS, Á. DE, y ORTÍ, A. (1983): *Representaciones colectivas sobre la mujer y la familia (Un análisis de las actitudes sociales ante el aborto mediante discusiones de grupo)*, Madrid: CIS.
- MONSURIU, M. (2007): *Cómo controlar lo que hacen tus hijos con el ordenador. Técnicas de hacker para padres*, Madrid: Creaciones Copyright.
- ORTÍ, A. (2000): «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo», en GARCÍA FERRANDO, F.; IBÁÑEZ, J., y ALVIRA, F. (comps.): *Análisis de la realidad social*, Madrid: Alianza, págs. 219-282, 3.ª ed. revisada, 1986.
- PARKER, I. (1996): «Discurso, cultura y poder en la vida cotidiana», en GORDO LÓPEZ, A. J., y LINAZA, J. L. (comp.): *Psicologías, discursos y poder (PDP)*, Madrid: Visor, págs. 79-92.
- (1997): *Psychoanalytic Culture. Psychoanalytic Discourse in Western Society*, London: Sage.
- (1998) (ed.): *Social Constructionism, Discourse and Realism*, London: Sage.
- PARKER, I. (y THE BOLTON DISCOURSE NETWORK) (1999) (eds.): *Critical Textwork: An Introduction to Varieties of Discourse and Analyses*, Buckingham: Open University Press.
- (2004): *Slavoj Žižek: A Critical Introduction*, London: Pluto Press.
- PÊCHEAUX, M. (1969): *Hacia el análisis automático del discurso*, Madrid: Gredos, 1978.
- RECIO, F. (1995): «Análisis del discurso y teoría psicoanalítica», en DELGADO, J. M., y GUTIÉRREZ, J. (coords.): *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales*, Madrid: Síntesis, págs. 481-491.
- REVENTÓS, L. (2005): «Los belgas con DNI virtual saben cuándo y para qué usa el administrador sus datos», en *Ciberp@ís*, 10 de febrero.
- SACKS, H. (1972): «On the analyzability of stories by children», en GUMPERZ, J. J., y HYMES, D. (eds.): *Directions in Sociolinguistics*, New York: Holt, Rinehart and Winston, págs. 325-45.
- SACKS, H.; SCHEGLOFF, E., y JEFFERSON, G. (1977): «The preference for selfcorrection in the organization of repair in conversation», en *Language*, 53: 2, págs. 361-382.
- SHARMA, D. (2004): «Cultural pathways through the information age», en *New Directions for Child and Adolescent Development*, 105, San Francisco: Jossey-Bass, págs. 3-24.
- SOBRINO, M. (1999): «Juventud y multimedia», en *Revista de Estudios de Juventud*, 46: 59-66, Madrid: INJUVE.
- SURIL, D., y JANER, M. (2006): *Marketing de Pareja*, Barcelona: Ediciones Granica.
- TELFÓNICA, S.A. (2005): *La sociedad de la información en España 2004*, Madrid.

TOBIN, Y. (1990): *Semiotics and Linguistics*, Londres: Longman.

VARELA, J. (1998): *El nacimiento de la mujer burguesa*, Madrid: La Piqueta.

VARELA, J., y ÁLVAREZ-URÍA, F. (1997): *Genealogía y sociología*, Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto.

WILLIS, P. (1978): *Aprendiendo a trabajar*, Madrid: Akal.

— (1996): *Common Culture. Symbolic Work at Play in the Everyday Cultures of the Young*, Milton Keynes: Open University Press.

ŽIŽEK, S. (1990): «Beyond Discourse-Analysis», en LACLAU, E. (ed.): *New Reflections on the Revolution of Our Time*, Londres: Verso, págs. 249-260.

CAPÍTULO 10

El análisis de materiales visuales en la investigación social: el caso de la publicidad

Araceli Serrano

INTRODUCCIÓN

Sorprende observar cómo en los textos didácticos al uso y en los manuales de metodología y técnicas de investigación social apenas se incorpora el uso y el análisis de materiales visuales producidos en los diversos contextos sociales con objetivos diferentes a los de la investigación social (cine, programas de televisión, prensa, dibujos, *videoclips*, fotografías, cuentos infantiles ilustrados, pintura o exposiciones). Sin embargo, las sociedades contemporáneas son sociedades eminentemente centradas en las imágenes y en lo visual. Se ha venido a señalar que, tras el «giro lingüístico» de los estructuralistas, al que siguió el «giro cultural» de los llamados *estudios culturales*, podría hablarse de la necesidad de acometer un «giro visual» (MIRZOEFF, 2003) que considere el lugar privilegiado y omnipresente que lo visual ocupa en nuestras sociedades y que, por lo tanto, aliente su abordaje y análisis.

Este es, básicamente, el objetivo de este texto; considerar la potencialidad de la incorporación de los materiales visuales al análisis de los fenómenos sociales.

No es que este tipo de materiales haya recibido recientemente una inédita atención, puesto que ha constituido objeto de interés desde las primeras aproximaciones al estudio de lo social. No obstante, la emergencia de un nuevo contexto en el que lo visual satura buena parte de nuestra experiencia cotidiana, así como la constatación de una cierta penuria teórica que caracteriza el uso de la imagen y de lo visual en el estudio de lo social, ha provocado que, recientemente, tienda a enfatizarse, desde muy diferentes ópticas, la necesidad de incorporar estos materiales.

Para cubrir estos objetivos, en primer lugar, se hace necesario desenmarañar toda una serie de conceptos interrelacionados que han proliferado por doquier y que están desarrollándose y trabajándose desde diversos ámbitos. Nos referimos a conceptos

como antropología visual, cultura visual, sociología visual, metodologías visuales o estudios de cultura material. En segundo lugar, se contemplarán algunos de los principales debates localizables en la literatura reciente en torno al estatuto epistemológico de lo visual y lo icónico, para pasar a abordar seguidamente cómo ha sido contemplado el análisis de las imágenes y lo visual desde diversas perspectivas. Finalmente, se tomará un ejemplo específico para ilustrar la propuesta del capítulo. Se considerará el ámbito de la publicidad como uno de los géneros discursivos omnipresentes en nuestra cotidianidad, vehiculado por muy diferentes canales y susceptible de ser analizado ideológica y sociológicamente.

LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS COMO SOCIEDADES ICONOCENTRADAS. EL CONCEPTO DE CULTURA VISUAL

En el llamado neocapitalismo de consumo (ORTÍ, 1994), la imagen se ha convertido en una de las formas de comunicación preponderantes¹. En este tipo de sociedades, la memoria, el conocimiento, el entretenimiento e, incluso, las relaciones y la interacción social están, en buena medida, construidas visualmente.

Por ejemplo, la prensa se transforma para incorporar cada vez más imágenes y de mayor tamaño, con más colores e inclusión de vínculos con otras imágenes dinámicas (accesibles en la web); las *interfaces* de los ordenadores se hacen cada vez más visuales; la memoria se ha hecho dependiente de la proliferación de imágenes; la docencia y los recursos pedagógicos pasan por las proyecciones de powerpoint; la calle se salpica de imágenes publicitarias; lo visual acompaña indisolublemente a la música; se introducen imágenes en el interior de los coches (navegadores, DVD); se convierten en instrumentos de control social (cámaras en las calles, bancos, colegios, hogares o medios de transporte) o diagnóstico médico (ecografías, escáneres, visualización de la actividad cerebral, del latido, etc.). Por otra parte, cada vez en mayor medida, se implica al consumidor de imágenes en procesos de selección de estas (televisión por cable, plataformas digitales, selección de sitios de Internet) y de producción, apropiación e interacción con ellas. La expansión de las tecnologías de generación y tratamiento de imágenes hace que la realización y transformación de dichas imágenes, antes restringida a unos pocos profesionales, se haya «democratizado» y que cualquier persona, contexto o momento pueda ser captado, creado o confeccionado.

En paralelo a esta proliferación de imágenes asistimos al desarrollo de una creciente competencia de los sujetos para decodificar e interpretar la información visual, de modo que, cada vez más, las personas socializadas en este entorno visual aprenden a

¹ Como señala MIRZOEFF (2003: 57), asistimos a un proceso exponencial de competencia constante por «capturar globos oculares» y crear un beneficio al hacerlo. De esta forma, se mercantiliza el mismo proceso de mirar las imágenes.

mirar e interpretar de forma más rápida, así como a percibir elementos y diferencias más sutiles.

Para abordar este conjunto de fenómenos, a lo largo de los años ochenta y noventa se desarrolló el concepto de *cultura visual*². Desde diversas perspectivas se apunta hacia la necesidad de abordar este concepto no sólo en términos de los documentos visuales o artefactos que se producen, sino en términos de procesos sociales. Es decir, es necesario contemplar cómo se ven ciertas imágenes por parte de espectadores concretos que perciben desde sus propias posiciones sociales y en contextos y momentos determinados. En esta línea, BERGER (2002), introduciendo el concepto de *modos de ver*, teoriza acerca de cómo las imágenes funcionan no solo por lo que muestran, sino, de manera fundamental, por el tipo de mirada a la que invitan, así como por la propuesta de relación que proponen con el sujeto que las mira³. En este sentido, habría que añadir que funcionan también por lo que no muestran, por lo que ocultan, por la forma en la que exhiben lo que muestran, así como por las relaciones implícitas que se establecen en lo mostrado. No miramos únicamente imágenes que nos presentan cosas, situaciones, personas o sus interacciones. Al mirar atendemos a la relación existente entre lo mostrado y ocultado, y nuestra propia subjetividad, en un contexto concreto y con una intencionalidad determinada. De esta forma, habremos de pensar en la cultura visual como un tipo de *práctica social significativa* en la que es necesario incluir los efectos de las imágenes. Estos efectos se integran de manera compleja en determinadas prácticas culturales más generales.

DIGRESIONES CONCEPTUALES

La señalada importancia de la imagen y lo visual llega también a las Ciencias Sociales y, a partir de los años ochenta, se despliegan investigaciones, espacios y nichos que atienden a esta dimensión. En este sentido, se ha desarrollado una amplia rama de la investigación y de reflexión metodológica que trata con las imágenes y lo visual. Este tipo de materiales se ha contemplado desde muy diversas disciplinas y miradas y ha dado lugar a una enorme proliferación de términos que se constituyen en propuestas y aproximaciones en las que predomina una importante confusión terminológica.

² El concepto fue usado por primera vez por ALPERS en 1983 para enfatizar la importancia de las imágenes visuales en la sociedad holandesa del XVII. Fue retomado en el estudio de las sociedades contemporáneas por parte de diversos autores, para explicar cómo las tecnologías visuales han pasado a desbancar a los textos escritos (ROSE, 2001: 14) o para caracterizar uno de los principales rasgos de las sociedades postmodernas (MIRZOEFF, 2003).

³ En este sentido, la propuesta de atención a lo que se ha venido a llamar *visualidad* se aproxima en buena medida a lo que ELISEO VERÓN (1985), en relación al lenguaje oral o escrito, ha denominado *contrato de lectura* aludiendo a la relación que se establece entre un determinado soporte (o, en su caso, un texto) y sus lectores, a través no solo del contenido, sino fundamentalmente de las estructuras enunciativas (relacionándolo con las *modalidades del decir*).

Conceptos como el de Antropología Visual, Sociología Visual, Metodología Visual o estudios de Cultura Material tienden a enfatizar miradas y usos diversos de este tipo de materiales. En todos ellos, además de hacer hincapié en límites disciplinarios arbitrarios que no se corresponden con la aclamada necesidad de miradas transdisciplinarias, en general tiende a confundirse dos usos bien diferentes de los materiales visuales que pasamos a apuntar.

Por una parte, asistimos al creciente uso de las tecnologías de lo visual como apoyaturas e instrumentos orientados a complementar, amplificar y multiplicar la capacidad de «registro» de nuestros sentidos a la hora de aprehender y transmitir determinados aspectos de la realidad social. Este tipo de uso generalmente se orienta a complementar los tradicionales instrumentos de observación y producción de material orientado al análisis (diarios de campo o transcripciones elaboradas a partir de discurso oral), así como a mejorar la capacidad de comunicar los resultados de dichas aproximaciones⁴. En otras ocasiones, las tecnologías visuales posibilitan el despliegue de prácticas no intrusivas de observación⁵.

En esta línea se ha desarrollado la mayor parte de los estudios contemplados bajo las etiquetas de Antropología Visual, Sociología Visual o incluso Metodología (audio) Visual.

Por una parte, la Antropología Visual ha reivindicado la fotografía, el vídeo y/o los documentales etnográficos como herramientas complementarias para hacer etnografía y presentar sus propuestas. Se ha propuesto, paralelamente, rescatar, por parte de los científicos sociales, este género del espacio del arte, la estética o el entretenimiento (LISON ARCAL, 1999).

De las fotografías y vídeos elaborados por el investigador (y/o el equipo de investigación) se ha ido dando paso también al recurso a imágenes, dibujos o mapas, elaborados desde el foco y la mirada de las personas investigadas, auspiciado por la demanda concreta de investigación. Este es el caso de las *autofotografías*, la filmación por parte de los investigados o los dibujos construidos «bajo demanda», cuya finalidad es alcanzar los objetivos de una investigación determinada. Así pues, se incorporan las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías, así como la capacidad de cualquier sujeto de construir imágenes para buscar formas alternativas de expresarse de los informantes seleccionados⁶.

⁴ Un ejemplo de este tipo de uso se encuentra en el presente volumen en el capítulo firmado por Nydza CORREA.

⁵ Como hacen los etnometodólogos a la hora de capturar las formas espontáneas de interacción social en situaciones cotidianas a través del ocultamiento de tecnologías orientadas a producir imágenes.

⁶ Se entrega la cámara o el lápiz a los informantes para que sean ellos quienes generen imágenes bajo demanda de los investigadores. Los orígenes de este enfoque se atribuyen generalmente a WORTH, quien ya en 1964 publicó un artículo sobre el uso de la filmación hecha por los propios informantes como medio de mejorar la comunicación (LISON ARCAL, 1999: 26). Ejemplos de uso de este tipo de producción de material tenemos en BAUTISTA GARCÍA-VERA (2003), CONDE (2001), FERNÁNDEZ-CID (1998), y en este mismo volumen en el capítulo de MONTENEGRO y PUJOL.

También en el seno de la llamada Sociología Visual y en los textos encuadrados en las diferentes variantes de la expresión Metodología Visual, se incorporan en un lugar central los métodos de producción de imágenes. No obstante, muchos son los intentos que se vienen desarrollando para ampliar el campo de estudio de la llamada Sociología Visual, en un intento de incluir también, como ámbito de trabajo, el estudio y el análisis de los documentos visuales y de las imágenes que son producidas por la cultura. Por ejemplo, John GRADY (1996: 12-14) identifica dos tipos principales de Sociología Visual. A uno lo denominará *Métodos Visuales*, con lo cual hace referencia a la investigación en la que lo visual es producido *ad hoc* por los investigadores. Al otro lo denomina *Estudios Visuales* para referirse a las investigaciones en las que el equipo de investigación analiza imágenes que son producidas en y por otras instancias de la cultura. Además, este autor considera un tercer tipo de aproximación que haría referencia al estudio de las formas de ver o de mirar, así como a la consideración del papel de la percepción y de la visión en la construcción de la organización social y del significado.

En este sentido, se viene desarrollando una línea de reflexión sociológica en el ámbito de la metodología cualitativa que se centra en la recopilación y el análisis de materiales de carácter visual. Estos son documentos/materiales producidos en contextos concretos, con objetivos diversos y que son «consumidos» también con finalidades diferentes, en situaciones diversas y desde posiciones sociales específicas.

Prensa, televisión, vídeo, cine, libros ilustrados, comic, grafiti, música, pintura, Internet o publicidad, entre otros, son documentos que canalizan y producen interpretaciones «ideológicamente situadas» de la realidad social. Es necesario incorporarlos a la investigación social para aportar versiones y visiones circulantes, muy operativas en términos de hegemonía⁷, de establecimiento de «agendas» y persuasión, de manera que puedan ser analizados sociológicamente.

En sintonía con esta aproximación a los materiales visuales, encontramos una línea de trabajo, inserta en el seno de la corriente de los Estudios Culturales y que ha venido a denominarse *estudios de Cultura Material*. Estos se han centrado especialmente en el uso, como materiales de investigación social, de toda suerte de artefactos, bienes y espacios que nos rodean en nuestra cotidianidad, de forma que se intenta considerar cómo lo social queda reflejado en ellos y es reproducido por ellos. Bajo esta etiqueta se adscriben investigaciones que han abordado temáticas tan dispares como la gastronomía y la comida, los embalajes, la ropa, los libros, el mobiliario doméstico, la arquitectura, los objetos de arte, el paisaje, los aparatos tecnológicos, los museos, los monumentos o las colecciones. Desde este punto de vista, hasta el objeto más banal y rutinario tiene la capacidad de simbolizar la ideología, así como las aspiraciones y ansiedades de sociedades, grupos e individuos (WOOD-

⁷ En el sentido del concepto gramsciano de «hegemonía» como forma de control persuasivo más que coactivo, que opera de forma sutil y que depende de la producción y mantenimiento de los valores y creencias en los que se apoyan las estructuras del poder.

WARD, 2007). Así, los objetos pueden ser percibidos como marcadores de diferenciación social, de identidad o poder político y cultural. El estudio de las relaciones entre estos objetos y las personas y los grupos sociales constituye el principal ámbito de interés de esta corriente.

CUESTIONES DE METODOLOGÍA EN EL ANÁLISIS DE MATERIALES VISUALES: LOS PROBLEMAS DE TRATAR CON IMÁGENES Y COMBINAR LENGUAJES

A pesar de la constatada y renombrada centralidad de la imagen en las sociedades contemporáneas, todavía queda mucho por avanzar en la consideración de cómo enfrentarnos a lo visual, cómo analizar la relación del lenguaje de las imágenes con otro tipo de lenguajes y códigos (auditivo, lingüístico, metalingüístico) o cómo podemos acceder al estudio de sus efectos en los observadores. No es fácil encontrar en la literatura sobre el tema una propuesta sistemática de reflexiones sobre el estatuto epistemológico de la imagen o sobre la metodología de su análisis.

Como señala BERRIO (2001: 11), tradicionalmente las principales formas de aproximarse a las imágenes provenían de la tradición artística o de estudios iconográficos ligados a las simbologías religiosas y míticas. Hubo que esperar hasta la instauración de la concepción estructuralista de la realidad para que los conocimientos que proporcionaban las ciencias del lenguaje fueran aplicados al estudio del funcionamiento y naturaleza de la comunicación audiovisual. Destaca especialmente las clásicas aportaciones de BARTHES quien, ya en los años sesenta, propuso fórmulas muy intuitivas de aproximación a diversos tipos de documentos y artefactos con capacidad de significar, muchos de ellos conformados a partir de imágenes (publicidad, revistas femeninas, cuentos, fotografía o cine) (véase, por ejemplo: BARTHES, 2003; 1994 y 1989).

En este contexto de consideraciones generales, se han desarrollado dos debates interrelacionados que se tornan fundamentales: ¿es la imagen un texto más?, ¿qué lugar tiene entre otros lenguajes? Y, en segundo lugar: ¿cuál es el estatuto epistemológico de las imágenes (vinculado a la cuestión de su relación con el aspecto que pretende «representar»)?

El lugar de la imagen entre otros tipos de lenguaje

En términos generales, en este capítulo consideraremos que las imágenes pueden ser abordadas como *textos*, o como componentes de textos, que en sus relaciones con otros textos conforman discursos, que, a su vez, en sus relaciones estructuradas constituyen *sistemas de discursos*⁸. Podemos así hablar de un sistema de discursos pe-

⁸ Es este un concepto que es usado muy productivamente por Fernando CONDE en un texto sobre análisis del discurso que se encuentra en preparación y que va a ser editado por el CIS.

riodísticos, publicitarios, televisivos o de un sistema de discursos cinematográficos, por ejemplo.

En este sentido, un *texto* viene a ser una señal material que se transforma en signo (o conjunto de signos) en el contexto de un acto de comunicación y en función de unos sujetos concretos. Es decir, para que el texto adquiera sentido y pueda ser interpretado es necesario que el receptor lo ponga en relación con la situación comunicativa y con su sistema de presuposiciones (MALDONADO, 2003: 127-128).

Un texto, como unidad de análisis, puede estar compuesto de un solo tipo de lenguaje (oral, escrito, icónico, auditivo, musical...). Pero, como sucede en muchas ocasiones, puede estar formado por varios de estos lenguajes simultáneamente. Estos se articulan materialmente en forma de textos concretos (una película, un *spot* publicitario, un cartel). Además, dentro de un mismo texto podemos encontrar conviviendo géneros diferentes (cómic, dibujo animado, fotografía, pintura figurativa, poesía, novela, documental o material pedagógico) y cada texto puede hacer referencia (implícita o explícitamente) a otros textos (prensa que alude a páginas web, *spots* publicitarios que remiten a mitos, a cuentos, o a escenas cinematográficas). Por eso cabría hablar con mayor precisión de *intertextos*⁹ más que de textos.

No obstante, hay que considerar que las imágenes son en sí mismas textos, o componentes de textos a los que atribuimos características que los hacen distanciarse de otros textos exclusivamente lingüísticos. Su diferencia fundamental queda sintetizada en dichos populares como «vale más una imagen que mil palabras» u «ojos que no ven, corazón que no siente», «ver para creer», o, en un sentido muy distinto, «mostrada la imagen, perdida la magia».

La imagen no difiere del texto escrito solo en su inmediatez sensorial. Hay un efecto que no puede reproducir un texto escrito y que conecta con lo emocional (MIRZOEFF, 2003: 37). No hay nada más que pensar, por ejemplo, en el impacto de las imágenes de los aviones derribando las torres gemelas en el atentado del 11-S. Su especificidad se relaciona, asimismo, con su capacidad de persuadir («lo he visto con mis propios ojos») y de generar efectos de verosimilitud. Además, la imagen llama la atención, focaliza la mirada y, todo ello, con unas exigencias de esfuerzo y reflexión mínimas por parte del receptor. La imagen tiene una mayor capacidad de seducción que otros tipos de lenguaje (no hay nada más que ver la fascinación que las imágenes producen en los niños, mucho antes, incluso, de que estos puedan llegar a comprender o dar sentido a esas imágenes).

⁹ El concepto *intertextualidad* fue introducido por Julia KRISTEVA en los años sesenta a partir de las reflexiones de BAJTIN sobre la novela y la teoría literaria. Recogiendo la propuesta de Kristeva, Jensen (1997) señala que ningún texto se puede considerar de forma aislada dado que cada texto aúna un conjunto de *ecos* que provienen de otros textos. Para Jensen «la intertextualidad es un proceso por el que los diferentes signos de un discurso comunican significados específicos a las audiencias porque hacen referencia a otros discursos, temas, géneros o medios que nos son familiares y pueden estar presentes o implícitos en el contexto de la recepción» (JENSEN, 1997: 192).

Asimismo, el lenguaje de las imágenes, siendo básicamente simbólico, metafórico, connotativo y polisémico, implica un elevado nivel de ambivalencia, acumulación y superposición de significados e interpretaciones posibles¹⁰. Este hecho convierte su lectura, interpretación y decodificación en un acto que es todavía más abierto que en el caso del lenguaje oral o escrito. Pero, al mismo tiempo, de manera relativamente paradójica, las imágenes, al poner forma y materialidad concreta a las ideas y/o al lenguaje oral o escrito, limitan el abanico de posibilidades y sugerencias propuestas. Los personajes tienen forma, vestimenta, rostro y ambiente concretos y no hay lugar para la sugerencia, la duda o la disyunción. Así pues, simultáneamente la imagen puede abrir y sugerir más que un texto lingüístico pero, al mismo tiempo, limita y concreta la polisemia del lenguaje oral o escrito, proponiendo referentes concretos localizados. De esta manera, la imagen simultáneamente abre y cierra la potencialidad interpretativa del sujeto.

Es, pues, necesario contemplar lo visual en su estrecha relación con otro tipo de lenguajes: el auditivo, el lingüístico o el metalingüístico. Sus combinaciones pueden ser múltiples y, aunque generalmente actúan reforzándose, esto no es así necesariamente. En ocasiones, un tipo de lenguaje se usa para contradecir otro; a veces, para limitar sus múltiples significaciones o para amplificarlo; en otros momentos para generar desconcierto o intriga¹¹.

Otro tipo de relaciones de lo visual con lo auditivo no verbal (como, por ejemplo, el lenguaje musical), está prácticamente ausente en la literatura especializada sobre el tema. Llamamos la atención sobre el hecho de que el audio es el gran olvidado de la investigación social.

El estatuto epistemológico de las imágenes

Otro de los debates fundamentales en el análisis de las imágenes hace referencia a la polémica sobre la consideración de la imagen como reflejo de la realidad o como interpretación de esta.

Podemos encontrar básicamente tres modos constitutivos de representar la realidad en la moderna cultura visual occidental: la pintura (así como el dibujo, cómic o gra-

¹⁰ Por poner un ejemplo, la botella de la marca de whisky Ballantines, simbolizado en muchas de sus publicidades a través de una serpiente de colores cálidos que adopta su forma, acumula significados superpuestos como símbolo de tentación, de pecado, de sabiduría, de medicina o de falo.

¹¹ Cabe aquí rescatar los fecundos conceptos de anclaje y relevo propuestos por BARTHES (1968: 44-45). Este autor diferencia dos tipos de funciones fundamentales. Una es *el anclaje* en la que el mensaje lingüístico contribuye a privilegiar y a fijar alguno de los sentidos posibles de una imagen (que implica varias interpretaciones posibles). Generalmente el mensaje lingüístico funciona como guía, como control de la decodificación (aporta, por lo tanto, el valor ideológico). Por otra parte está la función de *relevo*: en este caso los mensajes lingüísticos tienen como función incorporarse a la imagen como un elemento complementario; así las palabras expresan lo que la imagen ofrece con dificultad (por ejemplo: referentes espaciales o temporales). Ambos tipos de funciones pueden convivir en el mismo texto.

fiti), la fotografía (estática y dinámica) y la realidad virtual/digital (también susceptible de conformarse en formato estático o dinámico, e incluso interactivo con el receptor). La primera y la tercera son modalidades claramente representacionales y, generalmente, quedan fuera del debate sobre su proximidad a la realidad representada; habrá grados de aproximación que conformarán estilos pictóricos o de animación de imágenes. Es la segunda, especialmente cuando fotografía y cine venían a constituir representaciones analógicas de la realidad, lo que alimenta fundamentalmente la controversia.

En este debate, cabe entresacar lo que Barthes denominó *efecto realidad*, esto es, que muchas imágenes utilizan determinados modos de representación que nos convencen de que son lo suficientemente verosímiles para acabar con nuestra desconfianza (MIRZOEFF, 2003: 66). No solamente nos convencen de su verosimilitud sino que, además, nos conmueven. Este efecto es especialmente importante en el caso de las imágenes fotográficas. En este sentido, BARTHES (1989), en su último libro (*La cámara lúcida*), hace referencia a cómo en las imágenes fotográficas el referente se incorpora a la representación más que en otros tipos de imagería. Para este autor, esto quiere decir que, aunque una fotografía pueda ser retocada, enmarcada, descontextualizada o manipulada, siempre queda algo de lo que estuvo delante de ella cuando se disparó. Para Barthes, la esencia de la fotografía es precisamente esta obstinación del referente por estar siempre ahí. Así, no solo muestra lo que ha sido, sino que demuestra que ha sido. Podemos, incluso, ver en ella detalles concretos que nos hubieran podido pasar desapercibidos en situación de observación directa. Pasan a conmovér, a abrir la dimensión del recuerdo, de la emoción; son capaces de provocar nostalgia y combinar placer y dolor¹². «Se extrae de la memoria la presencia a fin de someterse al placer de la nostalgia» (SALA-SANAHUJA, 1989: 24).

También en esta obra, Barthes apunta (aunque no desarrolla) cómo la fotografía (y, por ende, la película, el documental), no solo captura fugazmente un referente, sino que captura un referente que se ve afectado por el propio hecho de ser fotografiado¹³.

¹² Así, según BARTHES (1989: 57), la fotografía puede ser estudiada de dos formas. Desde un nivel de lectura que corresponde a lo que denominó el *studium* se interpretan los signos de las fotografías a partir de una lectura hecha culturalmente. Desde este nivel, uno se interesa por las fotografías que pueden ser recibidas como testimonios, y es culturalmente como se participa de la recepción de los rostros, de los gestos, de las acciones o de los decorados. Señala, no obstante, que en el caso de algunas fotografías hay un segundo tipo de lectura que llamó el *punctum*, que no es intencional ni generalizable, y se relaciona con el punto sensitivo de una imagen que nos conmueve y nos saca de nuestros hábitos de percepción usuales. Hay aspectos en algunas fotografías que sorprenden a los que las observan por su realidad y por su capacidad de conmovér. El *studium* moviliza el gusto, el interés; el *punctum*, el amor, el deseo.

¹³ Así, por ejemplo, señala en relación con las fotos-retrato: «La foto-retrato es una empalizada de fuerzas. Cuatro imaginarios se cruzan, se afrontan, se deforman. Ante el objetivo soy a la vez: aquel que creo ser, aquel que quisiera que crean, aquel que el fotógrafo cree que soy y aquel de quien se sirve para exhibir su arte» (BARTHES, 1989: 41-42).

Algunos semiólogos critican la consideración de BARTHES de que haya algo en la fotografía que se escape a la significación. Argumentan que las fotografías son siempre comprendidas a través de los significados que son articulados por ellas y que ninguna fotografía puede escapar a este proceso.

De cualquier forma, cabría señalar que lo especialmente relevante es el hecho de que muchas imágenes son contempladas y consumidas *como si* fueran un reflejo de la realidad, aunque no quiere decir que realmente lo sean.

Así pues, al analizar las imágenes debemos ser plenamente conscientes de que son representaciones más o menos deformes de realidades diversas (algunas bajo el formato de la ficción, otras que se pretenden figurativas), realizadas desde posiciones e intencionalidades diferentes. Tales representaciones implican interpretaciones (y, en este sentido están ideológicamente orientadas) que, a veces, pretenden relatar una versión de una realidad propia, a veces una simple figuración, relato o ficción, con intenciones comunicativas y/o expresivas y que son, además, decodificadas también desde diferentes posiciones, en diversos contextos y a través de diversos canales. Tendremos que considerar, así mismo, lo que se ve, pero también lo que no se ve o, incluso, se impide ver.

Todo ello queda puesto de relieve de manera nítida en el caso de la ficción (o de la «paraficción», como podríamos denominar discursos de carácter intermedio como es el publicitario). En algunos tipos de imágenes, como por ejemplo en la publicidad, la veracidad no se juzga por el cumplimiento real de sus promesas, sino por el engarce entre las fantasías que propone y los deseos y fantasías del espectador como potencial comprador. Su verdadero campo de aplicación no es la realidad sino los sueños (BERGER, 2002: 161). Y esto sucede de la misma forma en el caso de buena parte del cine o de las revistas orientadas a la ensoñación (prensa del corazón, revistas de decoración, etc.). En estos casos la regla básica es que enunciador y enunciatario acuerden un *pacto ficcional* (ECO, 1996a) por el que el enunciatario pone en suspenso su incredulidad y acepta el mundo imaginario que se le presenta. El receptor, aun siendo consciente de que aquello que se le muestra es una historia imaginaria, no por ello piensa que se le muestra una mentira. Se aceptan los hechos de ficción como *verdades metafóricas* (por ejemplo, un espejo que habla). La verdad en cada mundo posible no puede ser cuestionada, no puede ser invalidada (Blancanieves no pudo ser envenenada por el príncipe). Solo será posible narrar otro mundo de ficción distinto donde eso ocurra (PERICOT, 2002: 63-67).

Estos mundos posibles, que se constituyen como metáforas, tienen una gran eficacia comunicativa, en muchas ocasiones más, incluso, que los que se arrojan realidad (véase la prensa), pues se suspende la actitud de incredulidad para pasar a incluir al espectador en ese mundo, con esos valores, normas, presencias, ausencias, jerarquías, subordinaciones, desprecios y aprecio.

EL ANÁLISIS DE LOS MATERIALES VISUALES

Una cuestión clave en el estudio de las imágenes se relaciona con el tema de su interpretación y análisis. Se buscará indagar en torno a su sentido cultural e ideológico, teniendo en cuenta que la capacidad de significar de las imágenes depende del desarrollo de códigos de interpretación que son socialmente construidos.

El trabajo de interpretación de las imágenes congrega diferentes miradas, a veces coincidentes, a veces en competencia o en conflicto, a veces complementándose. No hay, pues, una única interpretación posible, sino un conjunto de interpretaciones donde convergen diversas perspectivas: la del que encargó la imagen, la de quienes la pensaron (creativos), la de quienes la produjeron, la de quienes la miran desde diversas ópticas (desde diversas posiciones sociales, diferentes intereses, diferentes formaciones).

En este sentido, es importante considerar que, si bien la imagen en sí misma es susceptible de un pormenorizado análisis, considerando ópticas y perspectivas diferentes, tales imágenes hay que contextualizarlas en el seno de prácticas sociales concretas, donde su significado puede, también, ser negociado por quienes las están contemplando y/o consumiendo. Es, pues, necesario considerar con detenimiento las imágenes, pero también abordar el medio en el que se instalan, el contexto sociohistórico en el que se ubican, las formas de mirada que fomentan, el contexto social del visionado, las maneras de interpretar de los espectadores, los objetivos del visionado, la intencionalidad de quien patrocina, produce o crea las imágenes, así como la manera de mirar del mismo investigador (incorporando, de esta manera, la reflexividad en el análisis).

ROSE (2001: 16-32) presenta una interesante exposición sobre las diferentes formas de analizar desde perspectivas diversas y hace una sugerente propuesta acerca de la necesidad de tener en cuenta tres lugares o niveles que centren el foco analítico:

— *El lugar de la producción de la imagen.* Toda representación visual es una creación y la consideración de las circunstancias de su producción¹⁴, la intencionalidad (el «para qué»), el proceso de su encargo y creación¹⁵, de su difusión y del contexto en el cual se produjo, contribuirá a comprender el efecto que tiene. Además, toda imagen se produce en un contexto social concreto que implica una serie de relaciones económicas, sociales y políticas, instituciones y prácticas que

¹⁴ Será necesario considerar, por ejemplo, el poder de las empresas y entes generadores, acumuladores, seleccionadores y distribuidores de material audiovisual: sus objetivos, sus intereses, el juego complejo de sus intencionalidades a la hora de generar material audiovisual, así como el conflicto entre las diversas instancias que dependen de ellas.

¹⁵ Quienes encargan imágenes y aquellos que las crean, muchas veces, presentan intereses no convergentes e incluso, en ocasiones, antagónicos y sus relaciones alcanzan importantes niveles de complejidad: subordinación, dependencia, conflicto, etc.

rodean la imagen (contexto por el cual son vistas, interpretadas y usadas). El modo de producción de una determinada sociedad se refleja en sus creaciones culturales y, por lo tanto, en las que tienen este carácter visual.

- *El lugar de la imagen en sí misma.* Es el producto de la comunicación y, por lo tanto, contiene un substrato fundamental que, precisamente en su materialidad, nos proporciona claves básicas (si bien no únicas) para abordar su significado. La imagen es el producto de un conjunto relevante de decisiones. Será necesario, pues, considerar con mucha atención la organización espacial de las miradas que fomenta, los elementos, signos y símbolos que utiliza, el lugar donde se sitúa el foco, el tipo de planos, el ritmo de las secuencias, las llamadas de atención a partir de objetos, formas y colores, los recursos utilizados, los personajes, relaciones y contextos que se exhiben, cómo se muestran, los que no se explicitan, el tipo de relaciones que naturalizan, en definitiva, las cosmovisiones implicadas y los recursos (icónicos, lingüísticos, sonoros...) que lo hacen posible. También habrá que considerar el género en el que se ubican, que las condiciona y que genera expectativas diferentes (melodrama, ciencia ficción, publicidad, documental, material pedagógico).
- *El contexto de la recepción,* esto es, el ámbito, momento, lugar, identidad, posición, expectativas e intereses desde los que es percibida por diferentes tipos de audiencias, así como los contextos sociohistóricos concretos de la recepción (incluyendo los del propio analista, con su intencionalidad, posición y objetivos). Los efectos de las imágenes siempre están vinculados con el contexto social del visionado y las *visualidades* que los espectadores traen consigo. Además, siguiendo las propuestas de BOURDIEU (1998), los diferentes usos de las imágenes, los aprecio o desprecios por cierto tipo de imágenes (lo mismo que por cierto tipo de música, comida o decoración) desempeñan una determinada función de diferenciación social y de construcción de estilos de vida. Las imágenes que mostramos o que nos gusta contemplar dicen también algo sobre quiénes somos y sobre cómo queremos que se nos vea. Por otra parte, es necesario considerar que las relaciones y los procesos económicos, culturales y sociales más amplios condicionan la interpretación y la decodificación del significado de las imágenes.

Partiendo de los tres niveles expuestos por Rose —y en su conjunto por las corrientes pragmáticas del análisis del discurso—, se propone clasificar las diversas líneas de análisis de las imágenes en función del acento que depositan en una serie de elementos básicos que pueden considerarse a la hora de abordar «lo visual» y de integrarlo en contextos más amplios.

Estos elementos, enfatizados por las diferentes corrientes analíticas, son ¹⁶:

- *Las técnicas* (pictóricas, fotográficas, cinematográficas, de animación...): Muchos autores argumentan que las tecnologías usadas al crear y visualizar una imagen condicionan fuertemente su forma, significado y efecto. Será necesario ver

¹⁶ En esta exposición seguimos parcialmente la propuesta de ROSE (2001).

qué posibilita la tecnología, qué facilita y qué dificulta, vinculándolo con la capacidad de captar la realidad (el instante, el movimiento o el sentimiento), transformarla, manipularla o generar efectos.

- *Los elementos*: Hacen referencia a los personajes, artefactos, lugares o relaciones que se muestran en la imagen. Se consideraría así el nivel de los aspectos denotativos desde el punto de vista de la parcelación y fragmentación de los elementos que componen la imagen.
- *Las composiciones*: Se atiende a la forma de mostrar las imágenes: colores, enfoques, luminosidades, formas de combinación, de saturación, de llamada de atención, planos, foco, punto de vista, ritmo, etc. Asimismo se presta atención a las combinaciones de diferentes tipos de lenguaje que se ponen en juego en una determinada imagen y a la forma concreta que adopta la combinación y composición de dichos lenguajes¹⁷.
- *Los temas*: Son construcciones analíticas que hacen referencia al contenido explícito y manifiesto de las imágenes que, generalmente, se muestran agrupando en categorías temáticas conjuntos de elementos, así como las relaciones explícitas entre estos. A su vez, los temas pueden agruparse siguiendo sistemas de codificaciones más o menos complejos¹⁸.
- *Los signos*: Estos se entienden como combinaciones de significantes y significados¹⁹, atendiendo, asimismo, a su diversa tipología: signos icónicos (figurativos, imitativos), plásticos (colores, formas, texturas, composiciones), lingüísticos, símbolos, indicios... Es fundamental tener siempre presente que un signo adquiere sentido por su relación con otros signos y que, por lo tanto, habremos de considerarlos en sus relaciones, es decir, insertos en un sistema. La relación entre los diferentes tipos de signos, su interacción recíproca, así como con el contexto de la comunicación, es lo que produce un sentido que aprendemos a descifrar en una imagen²⁰ (MUCCHIELLI, 2001: 280).

¹⁷ Son numerosos los teóricos que han investigado y han intentado realizar una aproximación a las formas empleadas en el lenguaje visual. Destacan, por ejemplo, los textos de SAINT-MARTIN (1987).

¹⁸ Este viene a constituir el foco de atención fundamental del llamado Análisis de Contenido de las imágenes.

¹⁹ Esta constituye la fecunda propuesta de SAUSSURE. Siguiendo la propuesta de MUCCHIELLI, hay que señalar, no obstante, que para abordar las imágenes desde el punto de vista al que aludimos, es mucho más sugerente la propuesta alternativa de C. S. PEIRCE, quien definió el signo como algo que ocupa el lugar de algo, para alguien, bajo algún aspecto, o en algún respecto. Esta definición tiene la ventaja de mostrar que el signo mantiene una relación solidaria entre al menos tres polos: la cara perceptible del signo, «representamen» o significante, lo que este representa, «objeto» o referente, y lo que significa, «interpretante» o significado. Así la significación dependerá también del contexto de su aparición, así como de las expectativas del receptor. De esta manera el referente (o lo denotado) se nutre de toda un aura de significaciones (las connotaciones) ligadas al contexto, a los actores y a la especificidad de cada acto de comunicación (MUCCHIELLI, 2001: 279).

²⁰ Precisamente este es el objetivo del Análisis Semiótico.

- *Los mitos y las ideologías*: Hacen referencia a la articulación de signos en sistemas significativos que revelan las estructuras fundamentales de lo social. En este sentido se buscará identificar los signos y los códigos dentro del texto que, de esta manera naturalizados, ocultan lo social (ALONSO y FERNÁNDEZ, 2006: 15). Cabe rescatar, en esta línea, las propuestas de BARTHES, quien en su texto *Retórica de la imagen* analiza lo ideológico que puede extraerse de la imagen, considerando fundamentalmente aquello que se oculta tras *lo-evidente-por-sí-mismo*. Señala este autor que la decodificación de los significados de un texto no depende únicamente de la imagen misma, sino que se subordina a ejes paradigmáticos que conformarían la ideología, la mitología²¹. Y es esa ideología la que penetra cada texto y se realiza en ellos (ALONSO y FERNÁNDEZ, 2006: 15). De esta forma, todos los significados son relacionales, no solo en el seno de cada imagen sino en su relación con otras imágenes y en su vinculación con los códigos dominantes, con los sistemas de referencia y con las mitologías (ROSE, 2001: 91). Así pues, para estudiar una imagen es importante no solo prestar atención a la imagen misma sino atender a otras imágenes en relación con las cuales se construye, a las que se opone, o de las que se diferencia.
- Las «visualidades» y los modos de ver, que son el resultado de procesos sociales e individuales complejos. Las visualidades han sido reiteradamente analizadas desde el enfoque psicoanalítico. Desde este punto de vista, se han considerado como una de las formas de disciplina que contribuyen a conformar el inconsciente (junto con los tabúes y las prohibiciones). Se aprende a ver de una forma determinada y en un proceso que se refuerza cada vez que miramos (ROSE, 2001: 104). Nuestra forma de ver orienta ciertas formas de subjetividad. Estas subjetividades y estas visualidades se construyen a través de encuentros repetidos con las imágenes, que nos invitan a determinadas formas de mirar/ver (ROSE, 2001). Desde esta perspectiva, el análisis se centra fundamentalmente en los efectos emocionales de las imágenes visuales y su impacto en la generación de diferentes tipos de subjetividad (independientemente de su significado concreto). Este concepto de *visualidad* ha sido también importado desde el ámbito de las Teorías de la enunciación en referencia a las relaciones que se establecen entre el plano del enunciado (o del contenido) y las estructuras enunciativas (formas de decir) que establecen diferentes formas de relación entre el texto y el receptor del mismo.
- *Los signos de poder/saber, dominación, disciplinas y regímenes de verdad*: Son conceptos derivados de la propuesta de Foucault, que han sido adoptados también por la corriente del llamado Análisis Crítico del Discurso. Se consideran los con-

²¹ Para BARTHES, la actividad del semiólogo al enfrentarse con la imagen comporta dos operaciones típicas: recorte y ensamblaje (BARTHES, 1983, en ALONSO y FERNÁNDEZ, 2006: 16). Se buscará localizar y señalar las unidades significativas fundamentales, que son las que articulan el significado del texto, a partir de una macrosegmentación del mismo. El objetivo será localizar unidades narrativas mínimas y/o núcleos de sentido prestando atención a funciones, acciones, reglas de acción, personajes, relaciones y jerarquías entre ellos, lugares desde donde se habla o evolución de estos lugares.

textos político y económico del uso de las imágenes y el acceso desigual a los recursos que se movilizan. Así, las imágenes vienen a ser lugares de dominio fundamental de la ideología donde se escenifican las luchas de poder. El objetivo fundamental del análisis será evidenciar cómo funciona el poder y cómo las imágenes mismas reproducen y generan formas de desigualdad y exclusión social. Se tratará de considerar las posiciones sociales de diferencia y autoridad que son articuladas a través de imágenes y textos.

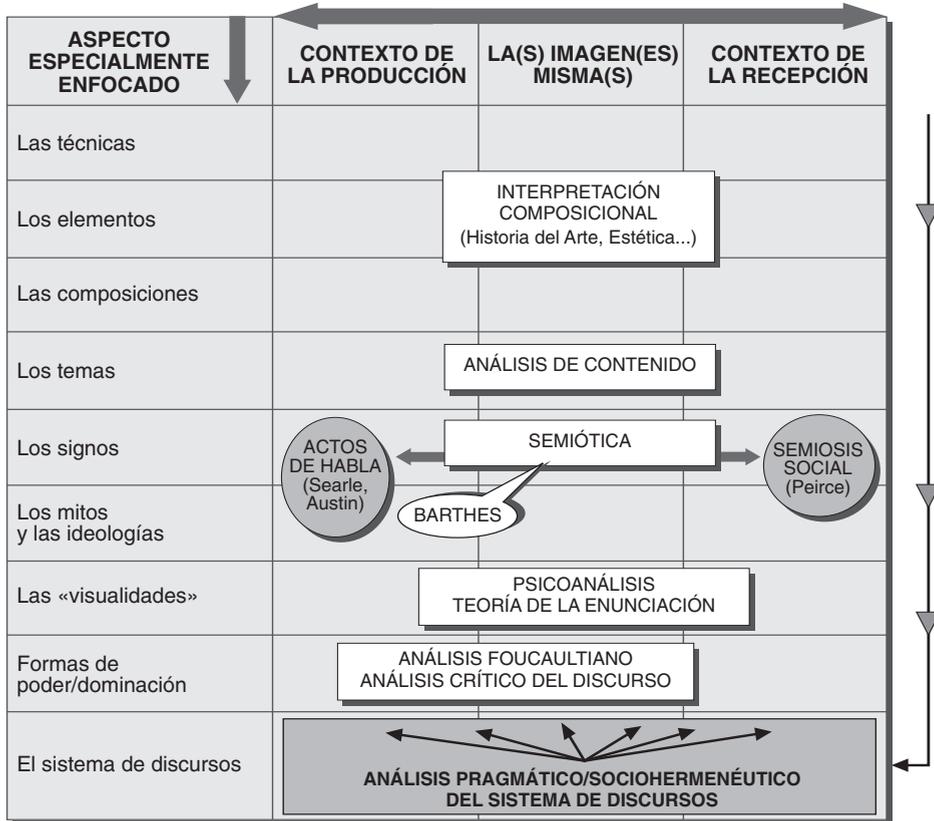
- *El sistema de discursos visuales y sus contextos.* Esta propuesta se articula a través del denominado Análisis Socio-hermenéutico y Pragmático (ALONSO, 1998) que implica la inserción de las imágenes en discursos que, a su vez, son solo comprensibles en su entronque en determinados contextos (de producción y de recepción), discursos que establecen entre sí relaciones complejas de implicación, subordinación, hegemonía y/o conflicto. Así, para poder interpretarlos, será necesario considerar el conjunto de los discursos desplegados, así como las relaciones establecidas entre todos ellos. Esta será la línea de análisis que se desarrollará en el ejemplo que se aborda en la segunda parte de este capítulo.

A partir del énfasis puesto en cada uno de estos elementos, así como en cada uno de los tres niveles de análisis anteriormente propuestos, se puede intentar clasificar las diversas perspectivas de abordaje de lo visual que se localizan en la literatura sobre el tema (lo que solo es factible desde un punto de vista analítico). No es este el lugar de desarrollar cada una de estas perspectivas, por lo cual, en esta ocasión, presentamos únicamente un cuadro sintético (página siguiente), que trata de sugerir una panorámica de estas correspondencias²².

Como ya se ha señalado, la perspectiva que aquí se adopta se adscribe a la propuesta de carácter socio-hermenéutico²³ y pragmático. En este sentido, lo primero y fundamental será hacerse con un conocimiento contextual del medio que se está analizando. Será necesario ir más allá del análisis de las imágenes en sí mismas y entender éstas como actos comunicativos unitarios y complejos, que generalmente aúnan diferentes tipos de lenguajes y que se ubican en contextos concretos. De esta forma, la unidad fundamental del análisis no será la imagen o el conjunto de imágenes, sino su producción intencional y la consideración de las prácticas sociales inmersas en la producción y el visionado de las imágenes (abordando intenciones, motivaciones, interpretaciones, expectativas, conocimientos, convenciones, estereotipos, deseos y/o preferencias tanto de enunciadores como de enunciatarios). Será necesario considerar el acto enunciativo en el interior de un intercambio comunicativo (que implica negociaciones y conflictos) en el que se producen interacciones de todos estos elementos.

²² Para el lector que quiera profundizar en las diferentes perspectivas teóricas del análisis de lo visual, remitimos al excelente texto de ROSE (2001), así como al de EVANS y HALL (1999).

²³ En el sentido propuesto por ALONSO (1998).



El objetivo se orienta a recrear o reconstruir no solo un único discurso sino el conjunto de discursos sobre el tema que se contemple y sus diversas manifestaciones, discursos que se implican, relacionan y oponen en un juego de múltiples y complejas interacciones que permanecen en constante dinamismo. Así, no solo atenderemos a los efectos disciplinantes y de dominación que se despliegan en los diversos materiales que estemos usando, sino que también abordaremos el análisis de sus resistencias, sus contradicciones, sus conflictos, en un sistema de relaciones complejas en las que unas propuestas tienen posiciones hegemónicas. Significa considerar las imágenes en un campo de fuerzas, de grupos sociales en conflicto que luchan por defender sus intereses e imponer su manera de percibir y valorar el mundo, así como sus posibilidades de transformación.

Por tanto, no hay reglas que garanticen una interpretación adecuada de los contenidos de una imagen. El significado de las imágenes depende, en buena medida, de lo que se espera de ellas por el hecho de utilizarlas en un determinado contexto social (PERICOT, 2002: 16).

Como señala el propio PERICOT (*Ibidem*), un acto comunicativo solo adquiere sentido si se fundamenta en las creencias y valores que rigen el *mundo posible* en el que

se desarrolla. De ahí que un acto comunicativo visual no pueda ser considerado como una entidad estática, ni pueda ser valorado en función de su veracidad o falsedad. Se valorará a la luz de su eficacia o ineficacia comunicativa, así como en función de los cambios contextuales que es capaz de provocar²⁴.

Por todo ello, se hace necesario complementar el análisis de las imágenes con análisis histórico-genealógico concreto del contexto, instituciones y tecnologías que lo posibilitan, así como con investigación de las audiencias, obteniendo material discursivo que nos proporcione claves para abordar el proceso de interpretación y decodificación por parte de sus diferentes públicos.

LA SELECCIÓN DE MATERIALES VISUALES

La selección del conjunto de textos que constituirán el material sobre el que asentar el análisis está, generalmente, basada en los objetivos perseguidos: analizar un medio (cine, televisión, prensa), o una categoría social (inmigración, infancia, anarquismo o discapacidad, por ejemplo), o un género (telenovelas, películas de Walt Disney o documentos didácticos, por ejemplo) o las combinaciones: medios, categorías y/o géneros. Esos objetivos nos orientarán en torno a los criterios de selección. Además, en cada caso, hay que tener en cuenta si los objetivos han de alcanzarse únicamente a través del análisis de documentos visuales o si esta aproximación irá acompañada de otras prácticas o técnicas de investigación social.

Por otra parte, no hay que olvidar que, desde las diferentes perspectivas analíticas que previamente hemos ido comentando, tiende a considerarse los criterios de selección del material de forma diferente. Así, por ejemplo, como nos señala ROSE (2001: 73), es frecuente encontrar estudios que, asentados en el Análisis de Contenido de los medios, o de la publicidad, hacen una selección de textos teniendo en cuenta los criterios de la representatividad estadística, que conduce a que generalmente trabaje con gran cantidad de textos. Desde las aproximaciones de carácter semiológico, así como desde el punto de vista psicoanalítico, o las del análisis crítico del discurso, generalmente, no se sugieren procedimientos estandarizados de selección, ni muchas veces se señalan los motivos por los que se eligieron unos cuantos de todos ellos para ilustrar lo que finalmente se incorpora en el informe. Generalmente, se eligen las imágenes sobre la base del interés conceptual para sus estudios, y en ningún caso se muestra una búsqueda de representatividad estadística. Las imágenes son interpretadas en relación con su proximidad a la teoría (en la línea del muestreo teórico propuesto por GLASER, 1992: 101). Es frecuente llevar a cabo un estudio de unos pocos casos (incluso en ocasiones de un único caso) con el afán de ilustrar unos conceptos teóricos o a «la caza» y captura de los signos del poder, de la dominación o de las formas del disciplinamiento.

²⁴ Así pues, las imágenes no solo significan cosas sino que también hacen cosas (en línea con las reflexiones de AUSTIN, 1982, en su clásico texto *Cómo hacer cosas con palabras*).

Otro criterio de selección se asienta en la búsqueda de *representatividad estructural*. IBÁÑEZ (1994: 78 y ss.), refiriéndose, en este caso a los grupos de discusión, señala que habría que saturar la investigación de los lugares que expresan la mayor parte de las modalidades de emisión y recepción de mensajes. Para este autor se trata de saturar la estructura (lugares de la enunciación y de recepción de los discursos), de muestrear relaciones y no individuos. En este sentido, importando este concepto a la selección de textos visuales, habremos de recolectar textos (del género que estemos estudiando) buscando discursos a través de la localización de las posiciones diversas (insertas en relaciones de conflicto y contradicción) de emisión y recepción de dichos textos con imágenes. Este es el principal criterio de selección en el caso de la propuesta de abordaje que se hace en este capítulo, orientada al análisis socio-hermenéutico y pragmático del discurso. Es importante, también, tener en cuenta que cada signo y cada texto adquiere significado por su relación con otros signos y textos. Así, en cada caso, habrá que considerar qué otros textos y qué tipo de relación con otras imágenes es relevante para el análisis de aquellas que se están considerando (relaciones de alusión, de contraposición, de proximidad física, etc.).

UN ESTUDIO CONCRETO: EL CASO DE LA PUBLICIDAD ESTÁTICA

Presentación del material a utilizar

En el contexto de profusión masiva de imágenes que caracteriza la llamada *cultura visual*, uno de los materiales que, en mayor medida, contribuyen a esta multiplicación y saturación de imágenes es la publicidad. Vayamos donde vayamos, hagamos lo que hagamos, estamos rodeados por las imágenes publicitarias, de forma que hemos llegado, prácticamente, a naturalizarlas y a integrarlas en el paisaje rural y urbano, fuera y dentro de los hogares, en los espacios públicos y privados.

Además de ser el tipo de imágenes más omnipresente, es interesante tener en cuenta que la publicidad es un género que se encuentra a medio camino entre la ficción y la información. Establece un *mundo posible* particular con sus normas, mensajes, transgresiones y estructuras narrativas. Dentro de ese mundo que se reconoce como publicidad (y, por lo tanto, abiertamente interesada en vender) se desarrolla toda una suerte de mensajes contruidos en el entramado normativo de lo que constituye y lo que se puede hacer en publicidad. Desde todas las instancias se toma conciencia de lo engañoso de sus mensajes, pero al ser esta circunstancia explícitamente declarada se relajan los controles críticos, invitando a una inmersión en ese *mundo posible* donde nos sorprendemos, disgustamos, reímos o intrigamos en actitud contemplativa ante la propuesta gratificante.

Otro motivo por el que consideramos especialmente relevante estudiar el ámbito de la publicidad es porque, como elemento central en el funcionamiento de las socieda-

des en el neocapitalismo de consumo, conlleva enormes inversiones económicas que han provocado que el lenguaje publicitario sea uno de los más elaborados y que esté condicionando en buena medida el desarrollo de otros discursos e imágenes (por ejemplo, en la esfera política, la intervención social o la educación, sin olvidar el lenguaje fílmico o el televisivo). Este mismo interés ha hecho que sean también el tipo de mensajes con más frecuencia y más profusamente estudiados.

El análisis que aquí se presenta atiende a una de las manifestaciones de este género, que es la publicidad estática (en prensa, revistas y carteles publicitarios), concretamente aquella publicada en el contexto español y recogida de forma sistemática durante los tres últimos años (2005-2007). Los criterios de la delimitación del corpus de anuncios han sido dos. Por una parte, se han seleccionado todas aquellas imágenes publicitarias aparecidas en dos periódicos de pago de gran tirada, pero de posiciones ideológicas dispares (*El País* y el *ABC*)²⁵. Además se ha recogido la publicidad de dos periódicos gratuitos: *Qué* y *20 minutos*, que son dos de los periódicos que han conseguido mayor tirada y que se distribuyen fundamentalmente a la puerta del metro de Madrid. Con esta selección hemos perseguido una cierta *representatividad estructural* basándonos fundamentalmente en los criterios de posición ideológica y clase social de los públicos potenciales. Por otra parte, se han fotografiado ocasionalmente imágenes de publicidad estática presentes en carteles y vallas publicitarias (fundamentalmente las ubicadas en el Metro). Estas se han ido seleccionando ajustándonos, en mayor medida, a lo que podemos denominar *muestreo teórico*, en el sentido de que se seleccionaron aquellas que venían a corroborar conjeturas o intuiciones que a lo largo de estos tres años íbamos desplegando.

El objetivo de esta selección y del análisis consiguiente que aquí se tratará de exponer brevemente ha sido básicamente didáctico, orientado a producir material para la docencia de algunas sesiones en el Curso de Postgrado *Praxis de la Sociología del Consumo: Teoría y práctica de la investigación de mercados*²⁶ desarrollado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM. Se trataba de mostrar cómo a través de la publicidad podían detectarse vectores fundamentales de reproducción y transformación sociocultural, así como de establecimiento de diferencias sociales y exclusión/inclusión social.

Este objetivo, como en cualquier proceso de selección de materiales y de análisis de estos, condiciona en buena medida el tipo de resultados alcanzados, así como su presentación y organización. En este sentido, no hay que olvidar que la propia intencionalidad del investigador entra a formar parte de contexto de la recepción en el seno del acto comunicativo que estamos considerando.

²⁵ La frecuencia de la recogida ha sido de una vez por semana (concretamente los domingos, por incluirse dicho día el semanario, que constituye un soporte especialmente orientado hacia la publicidad).

²⁶ Buena parte de lo que en este capítulo se presenta obedece al enriquecedor conjunto de aprendizajes y reflexiones del que he podido disfrutar a partir de mi participación en este curso, primero como discente y posteriormente como miembro del equipo docente.

En línea con la propuesta que se viene haciendo, para comprender la publicidad como acto comunicativo habremos de aproximarnos a los complejos juegos de interpretaciones diversas (a veces coincidentes, a veces divergentes o contrapuestas) derivados de su uso. En este sentido, es necesario abordar los tres niveles propuestos previamente: el nivel de la producción de las imágenes publicitarias consideradas, el nivel de las imágenes mismas y, por último, el nivel de las audiencias. Estos tres niveles de análisis no implican una sucesión de tiempos en su abordaje sino que se van considerando simultáneamente al ir trabajando con el material de análisis.

El contexto de la producción: funciones de la publicidad

Siguiendo el incisivo texto de Alfonso ORTÍ (1994) en el que aporta claves fundamentales para comprender el desarrollo del neocapitalismo de consumo, podemos señalar que el problema fundamental de las grandes empresas oligopólicas no es el de producir, sino el de conseguir vender la sobreabundancia de excedentes que se producen. Este es precisamente el origen y la causa de la publicidad: contribuir a conformar la propia demanda, lo cual significa contribuir a transformar los deseos en necesidades (ORTÍ, 1994: 40). Es decir, el objetivo fundamental será ligar deseos a objetos de consumo a través de formas comunicativas (publicitarias) que contribuyan a marcar simbólicamente las mercancías con un sobrevalor orientado a satisfacer fantasmáticamente carencias insuperables (deseos) que se renuevan incesantemente y, por supuesto, nunca se satisfacen (*Ibidem*: 40).

La publicidad —como en la infancia los cuentos de hadas²⁷— sugiere posibles soluciones a contradicciones, temores o angustias que inquietan al ser humano. La particularidad de las soluciones que se proponen es que se orientan unidimensionalmente hacia el consumo en el mercado.

La publicidad contribuye a organizar el sistema de marcas demandables, a llamar la atención sobre determinadas mercancías (en un mundo saturado de imágenes), a ejercer un importante control sobre los medios de comunicación (como consecuencia de la dependencia presupuestaria de estos de la publicidad). Pero su función fundamental será la de estimular el deseo para que este se pueda vincular a determinadas marcas. Contribuye a mostrar todo lo que el consumidor podría hacer, tener, ser, sentir y no tiene, hace, es o siente; presentar la vía inmediata de consecución mediante los objetos a los que se atribuyen cualidades a través de la marca. Así pues, la publicidad funciona como una maquinaria generadora de insatisfacción que continuamente nos recuerda y remueve carencias (seguridad, compañía, éxito, admiración, sexo, capacidad de transgresión, salud, belleza, aventura, riesgo de ruptura con la monotonía, etc.) que movilizan el deseo y proporciona una forma (ilusoria) de satisfacción (a través del propio visionado de la publicidad, y del consumo de la marca más concretamente).

²⁷ Es interesante consultar, en este sentido, el texto de BETTELHEIM (1999).

El mecanismo fundamental para conseguir estos objetivos es la persuasión, a través de la generación de contextos, la actualización de mitos, la presentación de arquetipos, circulación de significantes «mágicos», recreación de situaciones y sentimientos, y liberación de pulsiones (como señala DE LUCAS, 1990), presentando como desenlace posible la adquisición (o el deseo de apropiación) de un determinado producto «marcado» en el mercado, en aras de satisfacer las nuevas necesidades así generadas.

En la línea sugerida por las corrientes pragmáticas de análisis del discurso, no es importante si los enunciados de la publicidad son verdaderos o engañosos, si están correctamente contruidos o no, si son coherentes o incoherentes. Lo importante será comprender si son o no eficaces en función del contexto, es decir, si contribuyen a producir y reproducir cosmovisiones, a generar una determinada imagen de marca, a movilizar el deseo en el grupo social objetivo y si, finalmente, esa movilización suscita la compra del producto.

De todas maneras, a pesar de que en el acto comunicativo de la publicidad el nivel de la producción del discurso pudiera parecer más accesible con respecto a la intencionalidad del anunciante, el proceso se complejiza si atendemos a la necesidad de diferenciar entre la intencionalidad del anunciante y la del productor de la imagen (el creativo): uno es el que encarga la publicidad (la paga) y otro el que la crea, y sus mundos de referencia y sus expectativas son frecuentemente diferentes. Mientras el productor busca vender, el publicitario busca crear con originalidad, satisfacer necesidades narcisistas, ganar premios, concursos, y hacerlo siempre sometido a las exigentes demandas de sus clientes²⁸. En este sentido se atiende a un proceso de negociación entre productores y creadores (cuyos intereses no necesariamente confluyen) en el que la última palabra la tienen los primeros.

Las demandas de los anunciantes, así como el conjunto de pautas que han de guiar la creación de la imagen, se basan en buena medida en los conocimientos que se tienen de los públicos objetivo. En un momento previo a la creación publicitaria se despliegan los estudios de mercados sobre intereses, necesidades, características, demandas, carencias y deseos de los posibles consumidores, así como sobre las formas comunicativas más persuasivas en cada uno de los casos y momentos. Esto quiere decir que en la propia producción de este tipo de intertextos publicitarios ya se incorpora buena parte del análisis de los contextos de recepción y de las audiencias —elemento fundamental en el acto comunicativo.

Además, al conocimiento más o menos agudo o «acertado» que se tenga sobre los posibles públicos y sus subculturas de referencia, se superponen las intuiciones, creencias, estereotipos y cosmovisiones, de los grupos que finalmente confluyen en

²⁸ Generalmente el «creativo» proviene del ámbito de la expresión artística, pero, a diferencia de otros ámbitos, los creativos publicitarios carecen del reconocimiento social del artista; sus obras pueden ser nombradas pero sus nombres no. Como señala LEÓN (2001: 38), «Serán los festivales publicitarios los únicos espacios que permitirán a algunos escenificar su triunfo».

su creación (empresarios, gerentes, creativos o realizadores) procedentes de posiciones sociales específicas cuyos marcos perceptivos, valores, creencias y temores se ponen también en juego en el acto de producción de los textos publicitarios.

Todo ello hay que enmarcarlo en un contexto dinámico y constantemente cambiante (actualmente a unos ritmos vertiginosos) en el que la configuración específica de mensajes comunicativos eficaces simbólicamente en un momento concreto puede no serlo en otro diferente, como consecuencia de la emergencia de otros mensajes, marcas o acontecimientos que pueden alterar dicha eficacia.

Elementos, composiciones y signos en la imagen

Como ya se comentó en su momento, el análisis del mensaje visual deberá ser sometido al estudio de los diferentes sistemas de signos que conforman dicho mensaje. De esta forma el análisis de cualquier imagen puede iniciarse por un proceso de fragmentación y segmentación de la misma, intentando localizar los signos que se presentan, así como la forma de articularse dichos signos, para pasar posteriormente a su ensamblaje configurando las lógicas de sentido. Cada imagen publicitaria combina personajes que se muestran con características y relaciones determinadas, con formas concretas de interpelar, decir, hacer, en unos contextos concretos, vinculados a ciertos objetos, con una determinada composición de elementos plásticos (colores, focos, luminosidades, posiciones en la imagen, etc.). Todo ello, generalmente, se presenta acompañado de mensajes lingüísticos que a su vez exhiben determinadas combinaciones de signos, que interaccionan de formas complejas con las imágenes y con la presencia de determinados logos que condensan una imagen de marca del producto que se anuncia.

Hay que partir de que todo lo que se muestra en una imagen, así como la forma de su aparición, lo hace por algún motivo.

Veamos un ejemplo concreto de consideración de los signos presentes en un anuncio determinado. Hemos elegido una imagen de una campaña mostrada en 2007 en diversos periódicos, así como en vallas publicitarias presentes en el transporte público. Es un anuncio de Caja de Navarra (Can) que se reproduce en la página siguiente.

En este anuncio todos los signos que se muestran confluyen hacia la conformación de un mensaje de alejamiento y distanciamiento de la Banca tradicional. Imagen, texto, colores, foco y luminosidad convergen apuntando hacia elementos que redundan en un tipo de discurso rupturista y contestatario que trata de distanciarse de la tradición (y lo que la Banca y los Bancos suponen en ella), al mismo tiempo que se ensalzan los signos de la transgresión, la innovación y el compromiso. Veamos diferentes signos que convergen en esta orientación.

Se presenta en un lugar central y entresacado cromáticamente la palabra *Revolución* que, explícitamente exhibido, marca el espacio axial de la propuesta. Dicho vocablo



es presentado en un color estridente (fucsia) que sobre un fondo de blancos y negros queda especialmente entresacado y remite al contraste rojo/negro tan utilizado en la simbología revolucionaria (sandinismo, movimientos alternativos, etc). Además, dicha palabra está escrita al revés, invitándonos a ubicarnos en una forma de mirar (leer) sorprendente, novedosa y diferente a la convencional, como la de aquel que tiene el privilegio de poder *espíar* tras un cristal. Dicha palabra está escrita a mano (con la mano protagonista presente) en un cristal y con un grueso rotulador, que parece actualizar las pintadas callejeras y los grafitis, reforzando el carácter artesanal (tecnológico), reivindicativo e identitario de esta extendida forma de expresión juvenil. Es significativo que se aluda, precisamente, a las pintadas callejeras, espacios generalmente recuperados por jóvenes no militantes más que de sus identidades, espacios que, generalmente, se utilizan para marcar la huella de individuos (particularizados) en el mundo, pintadas de firmas y presencias en las que mayoritariamente están ausentes las reivindicaciones de carácter colectivo. En este caso, la escritura sostiene el significante de la «revolución» (previamente vaciado de su potencial transformador) para permanecer en el nivel de las identidades y de las apariencias. Dicha palabra queda coronada por una cruz trazada usando el acento; cruz que es uno de los símbolos que, dentro de nuestra tradición, remiten simultáneamente a mitos y elementos diferentes: cruz como símbolo del cristianismo, Cruz Roja como institución asistencial o aspas de molino contra las cuales luchó nuestro Don Quijote. Dicha cruz en forma de aspa, con una propuesta dinámica (de cruces que giran y se alejan en sentido ascendente), forma parte también del logotipo de la Caja que se anuncia (usando, ahora sí, los colores rojo y negro).

La persona que se muestra aparece claramente como una persona joven (público a quien va dirigido el mensaje) en actitud creativa y sonriente. La imagen desenfoca-

da redundante en la propuesta innovadora y rupturista que, además, difumina cualquier rasgo de la persona mostrada (por ejemplo, no termina de quedar claro si es varón o mujer). Lo que sí parece verse es que tiene el pelo más largo de lo que corresponde a un «tradicional corte de pelo de caballero», que no lleva joyas o adornos y que sus uñas están cortas, elementos todos ellos que contribuyen a remarcar lo desdibujado de la persona mostrada. Lo que sí podríamos decir es que nos mira de forma directa y divertida, a través de un cristal que proyecta «la revolución».

El resto del texto que aparece lo hace ya en blanco y negro con diferentes tamaños y estilos de letra de imprenta y en una especie de composición tipo *collage* de titulares de prensa, con contenidos diversos, superpuestos, que remiten a las propuestas de *carteles lacerados* y ensamblajes de artistas como Braque o Picasso que en su momento desafiaron las convenciones de la representación. Todo ello redundante en la idea de la ruptura con la tradición.

Los diferentes textos que se exhiben vienen a desempeñar esa función de *relevo*, mencionada previamente y que fue propuesta por Barthes. Así se ofrece una serie de mensajes (ahora lingüísticos) que la imagen tiene dificultad para mostrar, de forma que vienen a funcionar como complemento de la imagen. Son textos que rodean la escenificación de «la revolución pintada». Hay una primera propuesta de honestidad al plantear directamente el tema de los beneficios de la banca y al autoproclamarse como transparentes («*te contamos lo que nadie te dice*»), así como de proximidad, confianza y «colegueo»: «*te lo contamos...*», no te informamos o te comunicamos o te proponemos. Al mismo tiempo hay una referencia directa a otros bancos y cajas, de forma que remite a otros discursos desprestigiándolos y minusvalorándolos (se deduce que: «*otros no te cuentan, te engañan, te ocultan o se benefician a tu costa*»).

Simultáneamente, se presenta como propuesta solidaria al hacer hincapié en la orientación de una parte de sus beneficios hacia proyectos sociales, cargándose de todas las connotaciones del compromiso y la solidaridad. Pero, además, no se hace una propuesta de intervención social en abstracto, sino una propuesta que convierte en coprotagonista al receptor del mensaje (potencial usuario del servicio) al proponerlo como posible participante en la toma de decisiones sobre el tipo concreto de proyectos sociales a subvencionar, actualizando, así, de forma paralela el mito contemporáneo de «la libre elección».

Finalmente se apunta de forma imperativa hacia el tipo de acción que acompañará todo este tipo de discurso de ruptura: «*Hazte cliente y revoluciona la Banca*». A ello se suma una nueva alusión a la completa disponibilidad, flexibilidad y proximidad al cliente, carente de tiempo para una implicación social real e, incluso, deficitario de espacios para sus gestiones más cotidianas. Se autoproclama como banca con disponibilidad de oficinas de atención directa, atención telefónica y/u operaciones en la web simultáneamente.

Por otra parte, el logotipo de La Caja (Can) viene a redundar en todos estos elementos comentados: color negro y rojo, letras minúsculas de proximidad y mo-

destia, cruces en forma de aspas dinámicas y el eslogan: «*Pioneros en banca cívica*», nuevamente ahondando en su propuesta novedosa, radical y original, así como en su implicación solidaria y reivindicativa (en una suerte de compromiso cívico-social).

La imagen se cierra con un pie de página que en letra pequeña ocupa el lugar de la tradicional *letra pequeña* de los documentos (donde normalmente se concreta una parte del alcance del engaño de los bancos). En ese lugar se describe la transparente y concreta propuesta de fechas, número de proyectos sociales en los que se ha participado y coste de los mismos, poniendo de relieve que las palabras previamente expuestas no quedan vacías en su enunciación sino que se transforman en hechos objetivables y computables.

Cultura, ideología y mitos en el mensaje publicitario

El discurso publicitario es un producto de la cultura al tiempo que la reproduce y vehicula. Es, también, un elemento clave en su transformación. Constituye, pues, un terreno abonado para el estudio de la cultura y de una de sus manifestaciones concretas: la ideología²⁹. La publicidad es un campo de lucha que conecta la ideología hegemónica (que atraviesa el conjunto de publicidades) con las ideologías que se suponen particulares de grupos (objetivo) concretos que presentan estilos de vida, deseos e intereses particulares, en una apuesta por su vinculación con valores añadidos al producto. Es necesario insistir en que los grupos receptores decodifican los mensajes publicitarios desde sus posiciones concretas y en un momento sociohistórico determinado.

A su vez, como señaló BARTHES (2003), las ideologías cristalizan en mitos. Un mito, según este autor, es una representación colectiva en la que se reflejan determinadas prácticas y funciones sociales (impuestas desde el poder) que se plasman en narraciones concretas. El objetivo será, pues, acceder a través de los mensajes publicitarios a los *ideologemas* (BAJTIM, 1991), intentando ir más allá del acto comunicativo concreto que constituye cada emisión-recepción de un mensaje publicitario. El proceso se basará en el análisis de las redundancias que llevan a la configuración de *mundos posibles* marcados por el elemento común de su orientación hacia el consumo en el mercado, que se constituye como marco de comprensión básico en el que se asienta cualquier posibilidad de interpretación.

²⁹ Retomamos en este sentido el argumento de Á. DE LUCAS (1990: 66) quien en referencia al esquema propuesto por Voloshinov distingue tres formas de interpelación ideológica: una apunta hacia lo que existe y no existe (desde donde se nos prescribe quiénes somos, cómo es la sociedad, cómo somos —como mujeres, como varones, como jóvenes o ancianos—); otra hacia lo que es bueno o malo, justo o condeñable, deseable o indeseable; y, por último, otra que remite a lo que es posible o imposible (modelando así, esperanzas, temores y renunciaciones).

El elevado coste que los espacios publicitarios conllevan, así como el carácter onírico³⁰ que acompaña a la publicidad conduce a que en un espacio muy breve de tiempo, o en una sola imagen, en el caso que aquí nos ocupa, se condense una gran cantidad de signos intensamente connotativos. En ellos se asienta la recreación de un mundo idílico de felicidad, bienestar, satisfacción y falta de responsabilidad en el que no hay límites ni contradicciones y todo es posible.

De la consideración de estas redundancias en la publicidad estática de los últimos años resaltamos una serie de *vectores de transformación* que consideramos característicos de este tipo de discurso. Se describen tendencias observables que atraviesan el conjunto de publicidades, aunque en diversos grados de desarrollo. Estas tendencias están mucho más presentes en publicidades orientadas a públicos y contextos más dinámicos: jóvenes, estudiantes y profesionales de ámbito urbano. Se propone una sintética exposición de algunos de estos vectores de transformación:

- *Fragmentación, aceleración y simultaneidad.* La imagen publicitaria se presenta cada vez más fragmentada (fragmentos de productos, imágenes superpuestas) e imprecisa, coincidiendo con la hiperfragmentación del sujeto y de la forma de vida postmoderna, acelerada y rápidamente cambiante, sin raíces ni historia y asentada únicamente en las manifestaciones formal-estéticas, lo cual remitiría a identidades «complejas», cambiantes e inestables. En las imágenes se multiplica la superposición y ensamblaje de fragmentos, el cambio constante de foco, los planos sorprendentes o la introducción del dinamismo y el movimiento en la foto.



³⁰ Se hace necesario consultar, en este sentido, el texto de Á. DE LUCAS (1990): *Fantasmática de la publicidad* donde plantea precisamente cómo el discurso publicitario adquiere la forma de discurso onírico (tanto por su estructura como por su contenido) y opera de forma análoga a como lo hace el sueño, por condensación, desplazamiento, figurabilidad y elaboración secundaria, posibilitando la satisfacción de deseos inconscientes (*Ibidem*: 75).

- *Ruptura con lo convencional, con la rutina, con lo cotidiano*, en consonancia con las necesidades del capitalismo flexible (SENNETT, 2000), así como aceptación y valoración de lo fugaz, lo flexible, lo no burocratizado, lo móvil (muy útil para encarar el objetivo de obsolescencia planificada de los productos —véase ORTÍ, 1994—). Se asiste a una insistente invitación a moverse constantemente y vivir al límite y en desorden. Se alienta la ruptura del ritmo habitual con frenesí.



«A los espíritus rebeldes no les gusta que les digan por dónde deben ir».



- *Ausencia de límites*. Todo es posible con el objetivo último de disfrutar al máximo sin renunciar a nada y ahondando en el planteamiento que presenta el compromiso como una trampa (en este sentido es desarrollado por BAUMAN, 2005³¹).



«No hay límites, no hay imposibles».



«Impossible is nothing».

³¹ La publicidad oferta uno de esos simulacros de solución a lo que BAUMAN plantea como «la cuadratura del círculo (...): cómo degustar las dulces delicias de las relaciones [personales] evitando los bocados más amar-

- *Presentación simultánea de los contrarios*; inserta en una exaltación de la contradicción, de lo paradójico, de la ambigüedad, la duda y el exceso. Todo cabe y es posible (como en los sueños); desaparecen los principios lógicos de negación y contradicción, desaparecen el espacio y el tiempo lineal. Esto se desarrolla de forma paralela a la exaltación de la ambigüedad, la imprecisión y la duda. La constante presencia de imágenes cargadas de ambigüedad facilitan la lectura libre. De esta forma, las propuestas quedan abiertas y las referencias de cada cual pueden servir para apuntar hacia una interpretación más o menos coherente. Se ofrece al receptor opciones para que decodifique de acuerdo con su competencia comunicativa.



«¿Puede lo ligero ser resistente? ¿Puede lo bello ser práctico?».

«Es egoísta, es generoso».

- *Enardecimiento de lo desmesurado, lo excéntrico, lo estrafalario*; en consonancia con el concepto acuñado por CALABRESE (1989) en torno a lo *neobarroco* como característica estética de la era postmoderna. Se entresaca lo vago, lo impreciso, lo perverso, lo excéntrico, el exceso. Predominan los colores extremos (fucsias, neones, blancos, rojos, negros...), la estética carnavalesca y la *lógica de las cosas al revés*. Se reivindica lo *kitsch*, lo *casoso*, lo desmesurado.



gos y menos tiernos; cómo lograr que la relación les confiera poder sin que la dependencia los debilite, que los habilite sin condicionarlos, que los haga sentir plenos, sin sobrecargarlos...» (BAUMAN, 2003: 9-10).

- *Transgresión de lo sacro*; en consonancia con el incesante proceso de secularización, se puede observar cómo se recurre constantemente a símbolos y mitos religiosos, buscando desacralizarlos, añadir una nota de humor y vincularlo finalmente a las mercancías. Se transgreden los valores de la tradición judeocristiana (fomento de la envidia, gusto por lo inmediato, por lo material), así como de otras tradiciones sagradas en otros momentos y contextos (uso de la imagen del Che Guevara o de la hoz y el martillo para fomentar el consumo). Así, frente a la espiritualidad, la contención y el compromiso, se apuesta por el egoísmo, el hedonismo y la exaltación de los placeres mundanos. La tentación, el pecado o lo demoníaco se presentan como alternativas atractivas y valorables por lo que tienen de transgresoras.



«No disfrutar de cada experiencia es pecado».



«Sabor a gloria. Divino».



«Las niñas buenas van al cielo... y las malas también».

- *Valoración privilegiada del hedonismo*. El ámbito del trabajo, del deber³², de las limitaciones y los compromisos, del esfuerzo, se connota negativamente para exaltar sin cortapisas el placer por el placer. La diversión, la fiesta, el baile y, sobre todo y de manera muy especial, el sexo pasan a ocupar el foco privilegiado de la lente publicitaria. No obstante, el hedonismo se orienta de manera unidimensional a las experiencias gratificantes proporcionadas por mercancías «marcadas».

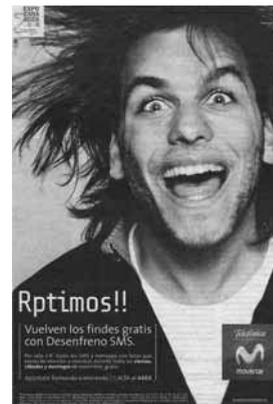


³² Merece la pena consultar la obra de LIPOVETSKY (1994) en la que reflexiona sobre la metamorfosis de la moral en las sociedades contemporáneas.

- *Primacía del individualismo narcisista.* El agente protagonista fundamental de la mayor parte de las imágenes publicitarias es el individuo autosuficiente que mitifica la diferencia (narcisos hedonistas orientados a conseguir poner el mundo a su servicio).



- *Huida del principio de realidad en una apuesta por lo psicodélico, lo amnésico, el frenesí y el desenfreno.* «La realidad» se muestra únicamente en las campañas institucionales de sensibilización (tamizadas por una orientación hacia la responsabilización individualizada, atomizada y relacionada con los hábitos personales, del individuo). El presente implica insatisfacción y la publicidad está conformada por mensajes que lo recuerdan constantemente, y apuntan hacia la huida, por lo que la posibilidad de reconciliarse con ese presente desaparece.



- *Apropiación de los significantes contestatarios* como la rebeldía, el inconformismo, la protesta e, incluso, la revolución. Todos estos significantes, debidamente deslavazados, despolitizados, podemos decir, incluso, des-socializados y neutralizados en su potencial transformador, pasan a convertirse en signos de distinción. Las diferentes publicidades tienden a enfatizar el componente puramente estético y mercantilizado de cualquier signo de inconformismo.



«Espíritu rebelde».

- Se remarca la idea de los *intereses compartidos de capitalistas y consumidores*. Los *otrora* vergonzantes beneficios y el progresivo proceso de oligopolización y concentración del capital se presentan desenmascarados, como un valor añadido de las marcas. Lógicamente el discurso se ubica en las antípodas del concepto de explotación, presentando, en contraposición, un empresariado y unas corporaciones solidarias y comprometidas, proponiendo y difundiendo el concepto acuñado de la *responsabilidad social corporativa*. El mensaje destilado repite sin cesar: nosotros nos preocupamos por ti, por tu seguridad, por tu disfrute, por tu desarrollo personal, por tu identidad, por el medio ambiente y el mundo entero; somos solidarios ya que tú no tienes tiempo y debes disfrutar; confía en nosotros que te cuidamos; confía en nosotros que somos grandes; confía en nosotros que, además, vamos a más y ganamos cada vez más. Así, el consumidor queda simbólicamente inserto en la empresa y participa de sus intereses.



«Iberdrola crece en los mejores mercados».



«Y seguimos creciendo».

- *Uso de los significantes relacionados con el compromiso, la implicación en la mejora social y, sobre todo, el ecologismo. Todos ellos se convierten en significantes vacíos, palabras mágicas que acompañan a todo tipo de marcas y productos cuya función fundamental será atribuir un valor añadido a dichas marcas, contribuyendo asimismo a vaciar y neutralizar políticamente estos significantes*³³.



«Un gesto de respeto por el medio ambiente».

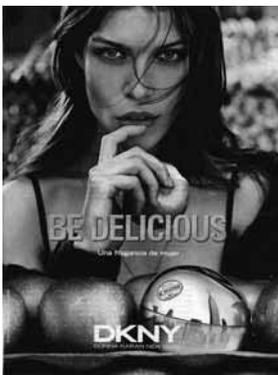


«Objetivo cero emisiones».



«Por fin una televisión que se implica en el desarrollo de los más desfavorecidos».

Además, en la publicidad se recurre constantemente a los mitos clásicos, a veces actualizándolos, a veces transgrediéndolos o queriendo significar lo contrario, o bien mezclando mitos y tradiciones diferentes de diversas culturas. Es constante el recurso al mito de Adán y Eva, al de la Creación, a los de Venus o Narciso. Así mismo, también se recrean los que podemos llamar mitos contemporáneos como el de *la*



³³ A pesar de esta visión pesimista de las implicaciones políticas de este tipo de propuestas, no hemos de olvidar que esta referencia y alusión constante a los signos del compromiso y la participación son el resultado de intensos procesos de investigación de potenciales consumidores, en un intento de presentar esa nombrada satisfacción de necesidades y deseos. Sirva también esta constatación como muestra de la creciente presencia de dichas necesidades y deseos.



«El secreto de una longevidad prodigiosa».



«Pensar te hace libre».

eterna juventud, el de la libre elección, el del progreso, el del bienestar al alcance de todos, el de las posibilidades ilimitadas de la ciencia o el del control de la Naturaleza. De la misma manera, se reactualizan escenas e imágenes que remiten a los cuentos tradicionales de nuestra cultura (hadas, princesas, duendes...).

La conformación y reproducción de las diferencias sociales a través de la publicidad

Las diferencias sociales se encuentran también articuladas a través de las imágenes publicitarias. GOLDMAN (1992) señala cómo la publicidad es una fórmula comunicativa que ha tenido una eficacia fundamental en su labor de ocultación de la estructura de las divisiones en la esfera de la producción (las clases sociales) y su reemplazamiento por distinciones en la esfera del consumo, esto es, en la posesión y uso de determinados bienes. Se constituye como el vehículo fundamental para ha-



«Para los amantes de lo exclusivo...»



«Se adapta a ti. Te distingue»



cernos sentir que podemos alcanzar cualquier posición que deseemos en nuestra sociedad (ideal de movilidad y promoción social). Así, a través de los materiales publicitarios se puede constatar cómo los signos de la diferencia social y de la dominación son explotados en sus diversas formas. Se proponen referentes concretos (de piel clara, cultura próxima, jóvenes, «bellos» y engalanados con todos los atributos del éxito, el lujo, la distinción y, en términos contemporáneos, el estilo) y se hace hincapié en eslóganes que apuntan hacia la diferencia, el prestigio y la distinción, fomentando una carrera de promoción constante a través del consumo³⁴. Como señala BERGER (2002: 162) la publicidad se limita, así, a decirnos a cada uno que no somos envidiables todavía, pero que podríamos llegar a serlo.

En este sentido, la publicidad opera sobre la base de la segmentación de los mercados en sociedades cada vez más fragmentadas y polarizadas donde las posiciones intermedias se diluyen y reabsorben en los extremos de las dimensiones de la desigualdad social generando expectativas, anhelos y esperanzas de ascenso social y temores y angustias frente a la posibilidad de caída en procesos de exclusión social. Así pues, el consumo de determinadas mercancías (incluyendo servicios o experiencias) sirve para y contribuye a diferenciar.

Esas mercancías segmentadas, orientadas hacia públicos diferentes y que se articulan finalmente en sistemas de marcas, son publicitadas de forma que se generan discursos diferentes que se relacionan entre sí de formas complejas conformando un sistema.

El discurso y el sistema de discursos publicitarios

Partimos de la consideración de que existe un discurso publicitario vinculado a las mercancías (productos, servicios, experiencias) que vehicula la comunicación relacionada con el sistema de marcas. El efecto no es el de cada uno de los textos, sino el del discurso, efecto basado, como ya se ha dicho, en la promoción global del consumo en el mercado como único mecanismo de satisfacción de necesidades y deseos. Es este un efecto del conjunto de textos y de las formas de su transmisión y recepción. Aunque las imágenes publicitarias compiten entre sí³⁵, toda imagen publicitaria remite, confirma, complementa y apoya a las demás (BERGER, 2002: 145). Es un tipo de discurso que tiene una intencionalidad confluyente: la consolidación del proceso de mercantilización.

Así, en este caso, cada publicidad es una partícula de un discurso que hay que deconstruir. En otras palabras, se trata de llevar a cabo una reconstrucción del universo ideológico en el que los textos aislados forman parte de una trama narrativa e ideológica coherente, de forma que se ha de considerar no solo el significado y/o el sentido de cada texto, sino del conjunto de textos y sus relaciones, así como del con-

³⁴ Usando la renombrada expresión de VEBLEN (1974).

³⁵ Competencia de marcas, que no de empresas en el capitalismo oligopólico.

texto en el que se ubican. En este sistema encontramos discursos articulados en torno a valores entresacados que se relacionan con los que se suponen prevalecientes en el grupo social objetivo de cada mensaje publicitario (en mercados cada vez más segmentados en los que se buscan nichos específicos de mercado).

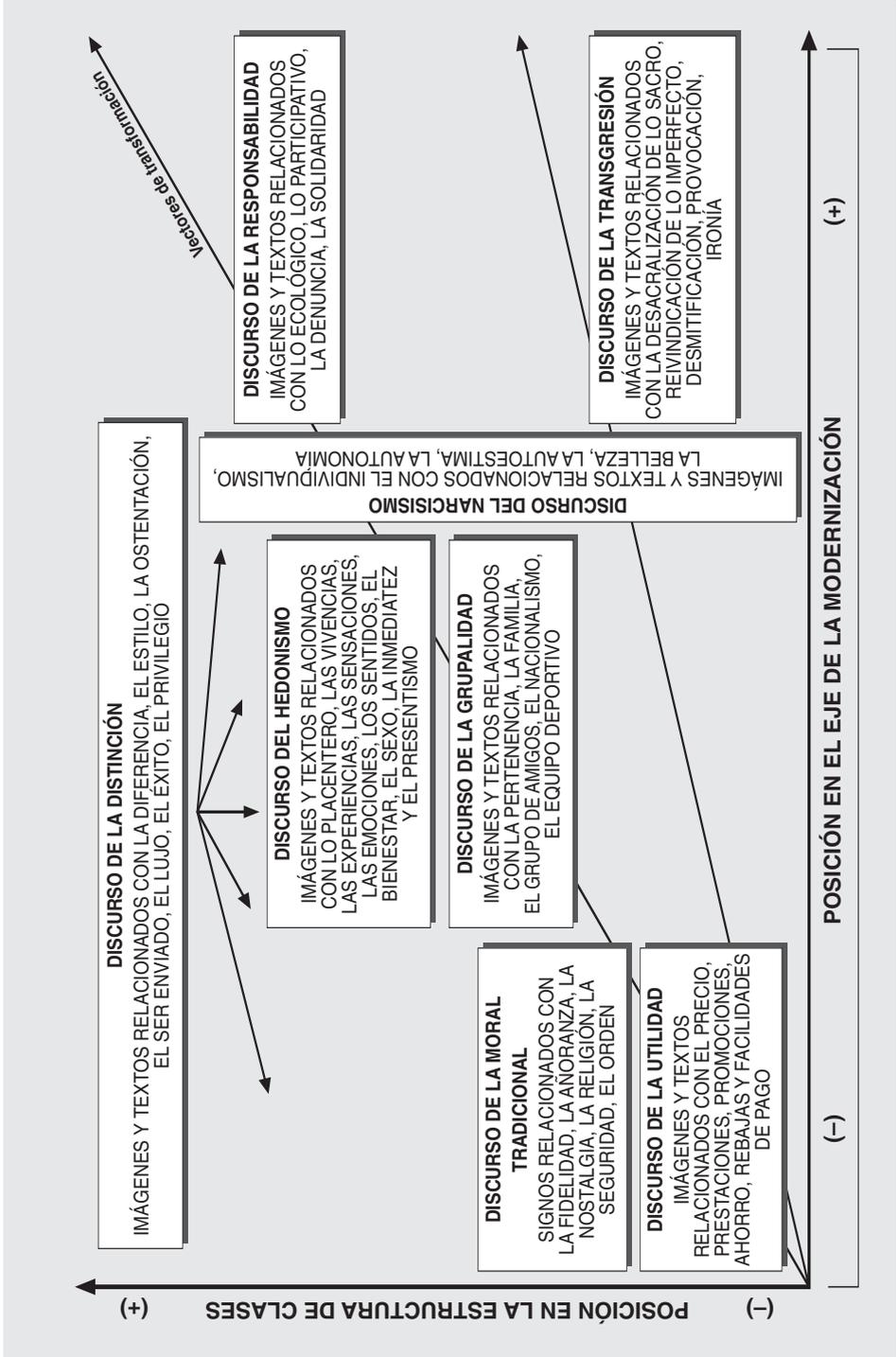
Así pues, a pesar del despliegue de un discurso publicitario caracterizado por una intencionalidad común, hay que considerar que este vehicula la comunicación sobre y para el sistema de marcas, generando lo que podríamos llamar un sistema de discursos de publicidad comercial. Así, en el seno del macrodiscurso publicitario se puede diferenciar una serie de discursos, solo analíticamente delimitables, en función del tipo de valores y símbolos identitarios que proponen. El tipo de signos que ponen en circulación y los campos semánticos, plásticos e icónicos que manifiestan se orientan hacia grupos sociales ubicados en posiciones diferentes, en un campo de conflicto de intereses e identidades, en este contexto de segmentación extrema del mercado. Podemos reconstruir una serie de discursos que se encuentran vinculados entre sí, por relaciones de competencia, complementación, conflicto o imitación y que, por lo tanto, conforman un sistema de discursos.

En la siguiente página se puede localizar un cuadro sintético en el que se perfilan las principales configuraciones discursivas que hemos podido localizar, a partir de los materiales en los que se ha basado este análisis. Estos discursos se despliegan en un complejo juego de relaciones, en referencia a dos dimensiones fundamentales. Estas dimensiones son las que ha propuesto Alfonso ORTÍ y que articulan lo que ha denominado *cuadrado de la modernización*³⁶, en el que la dimensión de la diferenciación clasista se ubica en el eje vertical (donde las posiciones subordinadas se ubican en la parte inferior y las supraordinadas en la parte superior del eje), mientras que la dimensión dinámica de la ubicación en el proceso de modernización se localiza en el eje horizontal (desde aquellas posiciones más arcaizantes en la parte izquierda del eje, a las más modernizantes en la parte derecha).

Estos discursos que se proponen son constructos que analíticamente nos resultan de gran utilidad para comprender el conjunto de posiciones y relaciones. Pero en cada texto particular, en cada anuncio podremos encontrar la presencia de combinaciones de signos (y, por lo tanto, de imágenes, textos escritos, símbolos, enfoques, combinaciones de colores, iluminaciones) que hacen referencia a varios de estos simultáneamente. A pesar de esto, el sistema se construye sobre el mayor o menor hincapié en algunos de ellos (organizados en campos), y en ello se basan los procesos de segmentación de marcas, de mercancías y de públicos.

No hay que olvidar, no obstante, que el proceso de oligopolización que caracteriza a las sociedades contemporáneas, así como la creciente cristalización de las imágenes de marca, están provocando que muchas de ellas diversifiquen sus productos y/o ser-

³⁶ Con frecuencia este es un recurso muy fructífero en la configuración y construcción de mapas discursivos.



vicios (a veces bajo el paraguas de una misma marca, otras con la generación de otras nuevas), orientándose hacia diversos segmentos de potenciales consumidores, a los cuales se dirigen con mensajes publicitarios diferenciados.

Podemos ilustrar este sistema de discursos con algunas imágenes. Hemos decidido seleccionar un tipo de mensajes que hacen referencia a marcas y productos bancarios que, en principio, estarían en el lugar contrapuesto al consumo (se ubicarían en el lugar del ahorro o la inversión), pero, en la línea de los procesos de mercantilización de todo tipo de productos, servicios y/o experiencias, ha experimentado una incorporación creciente al discurso publicitario y al sistema de marcas (hasta constituir en el momento presente un tipo de productos con un protagonismo fundamental en el género publicitario). No hace falta recordar que las entidades financieras y los productos bancarios constituyen sectores nucleares en las economías neocapitalistas de consumo³⁷.

Pese a la omnipresencia, voracidad y globalidad del discurso publicitario (que se expande con fuerza inusitada incluso en la esfera política a través de la publicidad ins-



DISCURSO DE LA MORAL TRADICIONAL

Fidelidad, mirada frontal invitando a la compasión y a la sensiblería, remisión a la novela de Austin, ambientada en la Inglaterra decimonónica. Remite también a la utilidad.



DISCURSO DE LA UTILIDAD

Hincapié en el esfuerzo y su productividad, presencia de un lugar físico donde se acumula, que genera seguridad, contrarrestando el efecto de inseguridad que provoca la banca telefónica. Remite a la *fábula de la cigarra y la hormiga* (personas en fila que trasladan y acumulan). Orientado a jóvenes maduros; sectores populares (ver arquetipos personales presentes).

³⁷ No hay que olvidar, además, que el contexto en el que se muestran estos anuncios es el de la completa liberalización del sector bancario y de entrada masiva de bancos y entidades financieras extranjeras. Es también el contexto de las grandes fusiones bancarias.



DISCURSO DE LA DISTINCIÓN

Deleite del arte, música clásica, frac, en posición de dirección y control, del mundo, del mercado bursátil. Combina sensibilidad y la potencia de la tecnología.



DISCURSO DE LA RESPONSABILIDAD

Apuesta ecológica, cuidado y control del *paraíso*, consenso y «comunidad» de intereses.



DISCURSO DEL HEDONISMO

Presentimiento e inmediatez del disfrute, relax, paz y tranquilidad; luminosidad y colores intensos; mirada abierta al horizonte urbano, placer del baño infantoplacental, desnudez; dentro de la seguridad de un hogar (especialmente importante en un producto que se propone a largo plazo).



DISCURSO DE LA TRANSGRESIÓN

Jóvenes inconformistas; provocación, grafiti y revolución, enfoque impactante tras un cristal, desenfocado, denuncia de la competencia bancaria por engañosa, fuertes contrastes de colores, mito de la libre elección, solidaridad con iniciativas sociales (participa del discurso del compromiso).

titucional)³⁸, encontramos, no obstante, esbozos de emergencia de un discurso alternativo de resistencia, que entra en contradicción abierta con él. En esta contraposición, y en un intento de desenmascararlo, fundamenta su razón de ser. Es el discurso que se ha dado en llamar *contrapublicidad*, elaborado generalmente por sujetos y grupos insertos en asociaciones o movimientos orientados hacia actividades de reivindicación política. Este discurso se construye en alusión, deprecio y repulsa al discurso publicitario hegemónicamente extendido. Así la *contrapublicidad*, asentándose, de la misma manera, en las formas comunicativas de la publicidad comercial pero subvirtiéndolas, buscará ironizar y desvelar los sentidos enmascarados en el seno del discurso publicitario hegemónico. Veamos algunos ejemplos elaborados por la asociación Ecologistas en Acción y difundidos en la página web: www.consumehastamorir.org.



El contexto de la recepción de la publicidad

Finalmente, continuando con el análisis de la publicidad en el sentido sociohermético y pragmático hacia el que se apuntaba en la primera parte de este capítulo, hay que tener en cuenta que los procesos de transferencia de significados en la publicidad no obedecen aisladamente a la capacidad de cada mensaje por sí mismo de generar determinadas interpretaciones y sentidos. Tampoco se derivan únicamente de la intencionalidad del anunciante o del creativo. Responden, también, a la capacidad de los receptores de su decodificación, a su capacidad comunicativa, a sus expectativas, intereses, anhelos, angustias y temores a partir de configuraciones específicas de los diferentes niveles del psiquismo humano y de las posiciones sociales que ocupan en la estructura social. Este nivel del análisis, no abordable desde la considera-

³⁸ La comunicación del Estado y de la Administración (en sus diferentes niveles territoriales) con los ciudadanos es cada vez más un tipo de comunicación que imita la publicidad comercial, que trata a sus públicos como consumidores y usuarios y que bajo la apariencia de información, sensibilización, garantía de derechos y/o recuerdo de obligaciones genera imagen de marca (de los partidos políticos con responsabilidad en dichos niveles), siguiendo la lógica de la publicidad de la identidad. Baste para constatar esta importancia el gasto creciente que la publicidad institucional ocupa en los presupuestos generales.

ción de los textos y materiales que han constituido el corpus del presente trabajo, reclama para su abordaje otro tipo de dispositivos de investigación que trabajan con el habla³⁹.

Otro aspecto importante a considerar en relación con la recepción de este tipo de mensajes hace referencia a los medios y las condiciones de la recepción. No es lo mismo una valla publicitaria en un lugar de paso al que se presta una atención flojante, y que entra a formar parte del paisaje, que un anuncio impreso en un periódico por el cual se paga, y que implica, por lo tanto, una cierta dedicación, así como un interés por el contenido y una actitud de lectura más atenta y reflexiva, que un periódico gratuito, que «cae» de forma no intencional en las manos de un lector y contribuye a llenar un lapso de tiempo de transición entre actividades. Cada uno de los contextos de la recepción implica diferentes actitudes, expectativas y atenciones⁴⁰.

Además, no hay que olvidar que dicha decodificación por parte de la audiencia se produce en contextos socio-históricos concretos en los cuales hay circunstancias y problemas sociales que adquieren diferente grado de visibilidad y que son codificados de formas diversas. Así, la publicidad se inserta en otro tipo de medios (en este caso nos hemos centrado especialmente en la prensa), que nos hablan y muestran el mundo con pretensiones de verosimilitud y que se enmarcan en situaciones concretas el contexto de la recepción de la publicidad. Así no será igual la decodificación de una imagen publicitaria que apela a símbolos relacionados con la globalización o el multiculturalismo, cuando dicha imagen se inserta entre noticias que nos hablan de las Olimpiadas, que cuando lo hacen en otro contexto vinculado a la llegada de pateras a las costas españolas. De la misma forma, no será igualmente eficaz un discurso publicitario que apela a la ironía y el descreimiento si éste está inserto en un marco de relatos sobre la crispación en el congreso de los diputados o sobre un desfalco de fondos por parte de un político que si lo hace junto a una noticia de acuerdos internacionales o de promulgación consensuada de una ley. Para terminar, solamente queríamos señalar que dichas vinculaciones entre textos de diverso tipo no se harán de la misma forma en unos grupos sociales que en otros.

Así pues, vemos cómo el análisis de los documentos visuales, ejemplificado en este caso a partir de los mensajes publicitarios, nos abre una puerta muy sugerente al análisis de la cultura y de la ideología en una sociedad concreta.

³⁹ Aludimos de forma fundamental a la práctica del grupo de discusión, dispositivo pertinente para analizar imágenes y representaciones grupales desplegadas en torno a determinados productos y/o servicios con marca, así como para abordar los procesos de interpretación y decodificación de mensajes de diverso tipo.

⁴⁰ Cabe entresacar, en este sentido, la existencia de múltiples investigaciones que han intentado abordar la importancia de los dispositivos de exhibición de determinadas imágenes en la recepción de las mismas. Destaco por su proximidad una investigación que realizamos Fernando CONDE, Carmen PÉREZ TUCHO y yo misma acerca de la influencia en la recepción de obras de arte del tipo de montaje de las exposiciones en las cuales eran exhibidas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, L. E., y FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, C. (2006): «Roland Barthes y el análisis del discurso», en *Empiria. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, núm. 12, 2006, págs. 11-35.
- ALONSO, L. E. (1998): *La mirada cualitativa en Sociología*, Madrid: Fundamentos.
- AUSTIN, J. L. (1982): *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona: Paidós Studio.
- BAJTIN, M. (1991): *Teoría y estética de la novela*, Madrid: Taurus.
- BARTHES, R. (2003): *Mitologías*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1994): *La aventura semiológica*, Barcelona: Planeta Agostini.
- (1989): *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Barcelona: Paidós.
- (1964): «Rhétorique de l'image», en *Communications*, 4. París: Seuil.
- BAUDRILLARD, J. (1978): *Cultura y simulacro*, Barcelona: Kairós.
- BAUMAN, Z. (2005): *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- BAUTISTA GARCÍA-VERA, A. (2003): «El proceso transformador de un grupo de madres: de analfabetas a formadoras en audiovisuales», en *Revista de Educación*, núm. 330, págs. 281-301.
- BERGER, J. (2002): *Modos de ver*, Barcelona: Gustavo Gili.
- BERRIO, J. (2002): «Prólogo», en PERICOT, J., *Mostrar para decir: la imagen en contexto*, Bellaterra: U. Autónoma de Barcelona, U. Jaume I, U. Pompeu Fabra y U. de Valencia, págs. 9-14.
- BETTELHEIM, B. (1999): *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona: Crítica.
- BOURDIEU, P. (1998): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus.
- CALABRESE, O. (1987): *La era neobarroca*, Madrid: Cátedra.
- CONDE, F. (2001): *Paseando por los dibujos de la salud: una experiencia de trabajo de los escolares madrileños*, Madrid: Consejería de Sanidad de la Comunidad de Madrid.
- DIJK, T. A. VAN (1997): *Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona: Paidós Comunicación.
- ECO, U. (1996a): «El concepto de mundo posible», en SULLÁ, E. (coord.): *Teoría de la novela: antología de textos del siglo XX*, Barcelona: Crítica, págs. 242-245.
- (1996b): *Seis paseos por los bosques narrativos*, Barcelona: Lumen.
- EVANS, J., y HALL, S. (1999) (eds): *Visual Culture: the Reader*, London: Sage.
- FERGUSON, R. (2007): *Los medios bajo sospecha: Ideología y poder en los medios de comunicación*, Ed. Gedisa.
- FERNÁNDEZ-CID, M. (1998): *Imágenes y modelos entre los adolescentes en torno a las drogodependencias*, Madrid: Plan Nacional de Drogas-Coordinadora de ONG que intervienen en drogodependencias.
- GLASER, B. G. (1992): *Emergence vs. Forcing: Basics of Grounded Theory*, MillValley, CA: Sociology Press.
- GOLDMAN, R. (1992): *Reading Ads Socially*, New York: Routledge.
- GRADY, J. (1996) «The Scope of Visual Sociology», *Visual Sociology*, vol. 11, núm. 2, págs. 10-24.
- IMBERT, G. (2003): *El zoo visual. De la televisión espectacular a la televisión especular*, Barcelona: Gedisa.
- JENSEN, K. B. (1997): *La semiótica social de la comunicación de masas*, Barcelona: Bosch comunicación.

- KNOWLES, C., y SWEETMAN, P. (2004): *Picturing the social landscape: visual methods and the sociological imagination*, Routledge.
- LEEUWEN, Th. VAN, y JEWITT, C. (eds.) (2002): *Handbook of Visual Analysis*, London: Sage.
- LEÓN, J. L. (2001): *Mitoanálisis de la publicidad*, Barcelona: Ariel.
- LIPOVETSKY, G. (1994): *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona: Anagrama.
- LISON ARCAL, C. (1999): «Una propuesta para iniciarse en la Antropología Visual», en *Revista de Antropología social*, 1999, 8, págs. 15-35.
- LUCAS MATILLA, Á. DE (1988): «Publicidad e Ideología», en *Cuadernos Contrapunto*, Madrid: Contrapunto.
- (1990): «Fantasmática de la publicidad», en *Cuadernos Contrapunto*, Madrid: Contrapunto.
- MALDONADO ALEMÁN, M. (2003): *Texto y comunicación*, Madrid: Fundamentos.
- MIRZOEFF, N. (2003): *Introducción a la cultura visual*, Barcelona, Paidós.
- MUCCHIELLI, A. (2001): *Diccionario de métodos cualitativos en Ciencias Humanas y Sociales*, Madrid: Síntesis.
- ORTÍ, A. (1994): «La estrategia de la oferta en la sociedad neocapitalista de consumo: génesis y praxis de la investigación motivacional de la demanda», *Política y Sociedad*, núm. 16, págs. 37-93.
- PÉREZ TORNERO, J. M. (1982): *La semiótica de la publicidad. Análisis del lenguaje publicitario*, Mitre.
- PERICOT, J. (2002): *Mostrar para decir: la imagen en contexto*, Bellaterra: U. Autónoma de Barcelona, U. Jaume I, U. Pompeu Fabra y U. de Valencia.
- ROSE, G. (2001): *Visual Methodologies: an introduction to the interpretation of visual materials*, London: Sage.
- TILLEY, Ch.; KEANE, W.; KÜCHLER, S.; ROWLANDS, M., y SPYER, P. (2006): *Handbook of Material Culture*, London: Sage.
- SAINT-MARTIN, F. (1987): *Sémiologie du langage visual*, Paris: PUQ.
- SALA-SANAHUJA, J. (1989): «Prólogo a la edición castellana», de BARTHES, Ronald, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Barcelona: Paidós comunicación.
- SEKULA, A. (1986): «Reading an archive: photography between labour and capital», en HOLLAND, P.; SPENCE, J., y WATNEY, S. (eds.): *Photography/Politics: 2*, London: Comedia, págs. 153-161.
- VEBLEN, T. (1974): *Teoría de la clase ociosa*, México D. F: Fondo de Cultura Económica.
- VERON, E. (1985): «El análisis del “contrato de lectura”. Un nuevo método para los estudios del posicionamiento de los soportes de los media», en *Les Medias: experiences, recherches actuelles, applications*, Paris: IREP.
- WERNICK, A. (1991): *Promotional Culture: Advertising, Ideology and Symbolic Expression*, London: Sage.
- WOODWARD, I. (2007): *Understanding Material Culture*, London: Sage.

CAPÍTULO 11

El «ritmo» de la ciudad y los movimientos espaciales, un ejercicio de análisis visual

Nyza Correa De Jesús

«In the fields with which we are concerned, knowledge comes only in lightning flashes. The text is the long role of thunder that follows».

(Walter BENJAMIN: *The Arcades Project*)

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo elabora una reflexión que tiene como propósito exponer la importancia del elemento visual, sus formas de análisis y su pertinencia en el campo de las ciencias sociales. Se examina la noción de imagen y sus valoraciones en diálogo con los cambios que se producen en la ciencia contemporánea. El ejercicio de relación presume una actividad dialógica que contiene un recorrido que interroga los vínculos entre imagen y palabra, sus mutuas defensas y contaminaciones. Propone un acercamiento que incluye la imagen en el ámbito de investigación en las ciencias sociales y muestra un ejercicio de análisis visual en la ciudad, como herramientas analíticas para examinar el espacio-tiempo contemporáneo.

TRANSFORMACIONES EN EL MÉTODO DE LA CIENCIA

La noción de ciencia que vertebra este escrito, así como sus transformaciones, no puede asumirse —ni comprenderse— sin que se dé cuenta de sus premisas, de sus teorías, de sus producciones y productores, de sus tecnologías aplicadas y de sus ensamblajes. Esta práctica que interroga sobre los hitos fundamentales que atraviesan sus campos y presentan las variaciones y sucesivos cambios en la constitución de los saberes expone además la necesidad de un recorrido inicial que permita situar el ejercicio de investigación desde las concepciones que le darán vida, movimiento, lec-

tura e interpretación al proceso de trabajo desde la ciencia. Es esta una ciencia que plantea problemas, a veces de inmediato insolubles, y que da movimiento a su actividad desde las propuestas de sistemas constructores de ideas tanto como desde las variaciones concurrentes de su caducidad. Así se permite comprender los alcances de estos sistemas, sus programas de trabajo y sus producciones. Al abordar el objeto de estudio desde esta dimensión, se entretienen diversos planos que permiten interrogar en torno a los campos teóricos, sus determinaciones y sucesiones en la constitución del mismo, los que le confieren un poder dinámico al ejercicio de investigación. La actividad del investigador da paso a un agregado de problemas como formas de hacer que le alejan de las inversiones realizadas en la tecnificación práctica del método, le relaciona con sus tensiones y producciones y le permite experimentarlas en un espacio nuevo de reconstrucción del objeto. Se trata de transitar un espacio que expande las certezas de mantenimiento, que las cuestiona pero que a su vez se adentra en un campo que no es bipartito; por ello se estudia la recurrente diversidad sin dejar la cualidad del hacer —su presencia espacio/temporal— como las preguntas que convergen en el estudio de las transformaciones del objeto y en su contemporaneidad. De este modo, dará cuenta de su novedad y de sus posibilidades; sin embargo, conviene primero señalar las transformaciones que se producen en la propia superficie de la ciencia, aquellas que marcan y demarcan la producción científica en diversas épocas.

Las reflexiones y propuestas en torno al proceso de producción de conocimiento hoy día expresan la disolución de los límites entre producción y productores en el campo científico. Desde los años setenta, y a partir de Kuhn, es necesario el planteamiento sobre las interrogantes anteriormente esbozadas, ¿quién es la/el que habla?, ¿desde dónde?, ¿a partir de qué supuestos?, ¿en qué condiciones? Interesante paradoja que acorta la distancia, reclama su inserción y aleja su deseo de posesión en un nudo de relaciones «en» y «con» el objeto. Precisamente desde esta óptica se hace necesario el cuestionamiento en torno a los modos en que se ha configurado el discurso científico, establecer sus límites y señalar sus cambios, así como examinar la naturaleza y la velocidad de los mismos, a su vez inscritos en la dimensión del tiempo. PRIGOGINE Y STENGERS (1997: 54) lo señalan de esta manera cuando exponen que la objetividad científica, por mucho tiempo, se ha definido por la ausencia de referencia a un observador. Sin embargo, señalan que en la actualidad esta justamente se define por el sentido que se otorga a la relación observacional. Es decir, una ciencia que había sido organizada en torno a la investigación desde la posición de una visión general absoluta, ahora se descubre como ciencia localizada que produce descripciones situadas y que expresa sus propuestas desde un mundo físico, desde coordenadas históricamente constituidas.

Esta ciencia convencional que señalan los autores, y que se profundizó en la segunda mitad del siglo XIX y en la primera del XX, compone desde el modelo newtoniano-cartesiano una visión de ciencia que utiliza como eje la objetividad necesaria para el conocimiento científico, su organización determinista de los fenómenos y la orga-

nización de sistemas asociados a la localización de las certidumbres. Precisamente desde la segunda mitad del siglo XX estas premisas serán ampliamente cuestionadas en diversos campos del saber. Desde la ciencia se plantearon numerosas discusiones en torno a la naturaleza de la relación sujeto-objeto en el ámbito de investigación, así como también la interrogante sobre los conceptos de espacio y tiempo, tanto como las complejas dimensiones del proceso de observación.

Será central a esta reflexión el cuestionamiento en torno a los ejercicios de racionalización del objeto que excluyen por reducción los elementos que no graviten hacia la universalización de la forma. En el modelo einsteiniano-planckiano, PRIGOGINE (1997: 205, 213) señala desde la física que «vivimos el fin de las certidumbres». El universo, entonces, ya no se asume desde la óptica de la singularidad sino a partir de su inestabilidad. Se hace necesario, por tanto, proponer el análisis desde elementos que den cabida a las instancias de transición de fases, a las bifurcaciones que hagan posible pensar desde un «universo en construcción».

La idea, entonces, de retícula reguladora y reproducible en el conocimiento científico establece sus límites. Las acciones en esta dimensión relacional, dimensión que plantean autores como MORIN (1995; 2003: 63-74) desde la óptica de complejidad como instancia de cambio, sugieren el ejercicio de la ciencia desde un sujeto que es inmersión y transformación en el proceso de conocimiento. Las proposiciones de estudio desde estos planteamientos hacen evidente el distanciamiento con respecto a la capacidad de producir constantes universales para la organización racional del mundo; su diversidad reta la centralidad de lo referencial y exige, a su vez, que se delimiten, expliciten y expliquen las dimensiones de corte del espacio de significación, los supuestos que estabilizan el recorrido del conocer —mas no lo condensan— desde un ejercicio de reflexividad. Es precisamente la diversidad de los puntos de observación y la multiplicidad de lo observado un nudo que rompe asimétricamente la linealidad de los cierres paradigmáticos, disciplinarios y metodológicos en la ciencia contemporánea. En el lenguaje de la ciencia se pondrá especial énfasis no solo en la explicación como efecto del ejercicio analítico sino a su vez en la explicación —explícita o reconocible— de los esquemas contextuales desde donde se explica (FOUCAULT, 1981).

Una idea central a la discusión en torno a las transformaciones en la ciencia del siglo XX apunta a la ruptura de las coordenadas geográficas de las disciplinas. La noción de diálogo entre disciplinas e incluso la posibilidad transdisciplinaria parte de la premisa de la incapacidad del cierre en cada ámbito disciplinar que se evidencia cada vez más en los cruces en las diversas especialidades (DOGAN, 2003). El fin de la posibilidad de los cierres disciplinarios ha dado paso a una flexibilidad constructiva del espacio de análisis científico en el que es necesaria la doble articulación entre disciplinas y especialidades, así como entre disciplinas y nuevos espacios científicos postdisciplinarios. Así entonces el debate se desplaza hacia otros términos en su articulación; el problema ya no es de métodos ni de técnicas (a no ser que el estudio se

encamine a los fundamentos del proceso de trabajo); se trata de examinar genealógicamente el discurso científico, los modos de configuración —tanto como las fisuras— que van armando históricamente las propuestas científicas. Los intentos de la ciencia de estabilizar una figura permanente a través del objeto y su búsqueda de la objetividad en el paralelo de las leyes y en los cierres disciplinarios enfrentan la crítica al cientificismo racionalista de lo real y a la forma reduccionista de la pura visibilidad. Desde este comando de la objetividad se pierde al sujeto del conocimiento puesto que los problemas venían dados por el objeto en el reinado de la objetividad. Las grandes transformaciones que se producen en la época contemporánea, su velocidad y la espiral teoría/teorías imposibilitan la articulación planimétrica del descubrimiento de leyes. Ahora se incorpora el sujeto y la experiencia reflexiva de experimentación del cuerpo. Es este un sujeto que se forma en un contexto, que se transforma y se forma en experiencias multisensoriales cuyas articulaciones componen/atraviesan el análisis de la ciencia. Aquí se plantea, entonces, la enorme preocupación en torno a cuál es el sujeto del conocimiento, cómo se transforma, cómo procede en las actuales coordenadas, cómo se enuncia la experiencia social en la articulación de la energía humana y las narrativas históricas actuales; la intención, la finalidad, las pulsiones de la vida habrán de pensarse en los nuevos ritmos de la expresión científica y cultural contemporánea (DELEUZE, 1995).

En el espacio de la ciencia, una elaboración que se ha planteado desde la investigación social en referencia a estos planteamientos es la de la investigación cualitativa. La misma reacciona ante las dimensiones esencialistas del objeto y propone la irreductibilidad de la observación a elementos externos en un plano condensado de elementos ordenados racionalmente. Esta óptica plantea que los estudios cualitativos abren una discusión sobre el discurso científico en la investigación social con un análisis en torno a la sobrevaloración de los presupuestos reduccionistas que cerraron el código de cualidad en la cantidad. Se trata, especialmente, de rebasar el campo de las oposiciones de forma tal que se puedan asumir las antinomias con y en sus diversidades (LÉVY-LEBLOND, 2002: 342).

Si la relación de lo cualitativo y lo cuantitativo ha mostrado sus diferencias, también habría que señalar que no se trata de mostrar la misma desde una condición oposicional. Precisamente se parte de la crítica a la representación de las formas binarias para señalar los nombres como conformadores de un espacio de explicación en la ciencia que afirma la imposibilidad del aislamiento de estas dimensiones. Se abre, entonces, a una actividad compleja que extiende —y entiende— las continuidades tradicionales estableciendo al mismo tiempo las rupturas que incorporan dimensiones retóricas, metafóricas y autorreflexivas en el trabajo de interpretación que cuestiona la identidad por equivalencia y propone instrumentos analíticos e interpretativos que las asuman en la producción de sentido¹.

¹ Lo antes señalado contrasta marcadamente con la tendencia observada en numerosos centros de investigación al subrayar la importancia del «evidence-based research». Véase Yvonna S. LINCOLN (2005).

Un punto de anclaje de los planteamientos que antes se exponen se refiere a los cambios que se han operado en las formas de producir conocimiento, en las estrategias de investigación y en los modos de experimentar el mundo. Entre estos cambios sustanciales que se significan en el pasado siglo se puede apuntar el cambio de objetos a relaciones y la reconfiguración de los espacios de problematización del sujeto en un entramado múltiple de relaciones que abren —y cierran— formulaciones reflexivas que incluyen su propia virtualidad (BATESON, 1998). En cierta medida, se puede decir que vivimos «el tiempo de la imagen» (DURAND, 1998) y que la misma no es solo ya del terreno del arte sino que atraviesa el discurso de la ciencia y que, a su vez, se conforma como uno de sus elementos analíticos; planteamiento este que será eje de organización del presente trabajo.

A partir de las transformaciones en el campo de la ciencia, su ejercicio se plantea entonces como uno que deviene no solo en complejidad sino en un espacio de multiplicidad. Los cierres que conformaron el discurso moderno de la misma implosionan en instancias que remiten a la diversidad del objeto. El mismo se presenta como elemento de estudio en una red entretejida de significaciones. Estas acercan las disciplinas y exigen entre ellas el reconocimiento de sus límites y la necesidad de su transgresión. Es importante señalar que estos cambios se producen en la esfera de los cambios político-culturales en el tiempo actual. Así, los procesos de producción de conocimiento se relocalizan en las dimensiones y los debates de los procesos de globalización del capital. Ciencia, conocimiento y sociedad quedan imbricados en espacios comunes que, a su vez, establecen sus propias delimitaciones. Una de estas comunales que atraviesa el discurso contemporáneo se refiere al predominio de la imagen. Aquí se plantea la necesidad de mirar estas innovaciones y la cultura emergente desde el discurso de la ciencia. Además, se señala la posibilidad de proponer desde este lenguaje ejercicios que permitan comprender la relación entre estas dimensiones de la ciencia, los nuevos contornos de la imagen, y su expresión en los modos de producción de sentido y en el «habitar» de los sujetos. En las siguientes secciones se hará una reflexión en primer término sobre la imagen, y luego un ejercicio que muestre las formas de una imagen particular —la ciudad— en el espacio social presente.

LA CULTURA DE LA IMAGEN

Resulta interesante retomar el análisis de lo que siempre ha estado presente como elemento de convergencia y continuidad, puesto que la presencia de las imágenes se hace patente en la trayectoria de los grupos, de las sociedades, de las disciplinas. Estos cruces se han producido de muy diversas maneras y son los elementos de continuidad, las instancias de ruptura y las distancias que se trazan algunos de los elementos vertebradores del estudio de la imagen. Ahora bien, en el entorno cultural contemporáneo, tanto en el ámbito del arte como en el de las formas de comunica-

ción social, la relación con las imágenes ocupa un lugar de centralidad. El escenario social que se ha estudiado, por ejemplo, a través de los procesos de interacción social y que ahora se produce desde la interactividad, abre un campo de relaciones en el que la imagen dialoga con las disciplinas y las producciones culturales en la sociedad mediática. A este respecto señala Zamora que:

«[L]a filosofía occidental apenas comienza a interesarse por las imágenes como tema de su incumbencia. A lo largo de las últimas décadas, han surgido diversos métodos interesados explícitamente en la visualidad, apoyados en las disciplinas como la semiótica, la iconología, la retórica, la psicología, la pedagogía, la estética, la hermenéutica y la mediología. El fenómeno de la imagen requiere ser abordado con todas las herramientas teóricas disponibles» (ZAMORA, 2007: 23).

El análisis de los debates en torno a la oralidad y la escritura —la primera por su presencia y la segunda por su referencia— así como los sucesivos desarrollos de la imprenta mostrarán las diversas formas en que se producen y estabilizan los procesos memorísticos así como el estudio sobre sus condiciones de transcripción, representación y expresividad (FOUCAULT, 1985; BENJAMIN, 1989). En este sentido, dentro de los cambios que se operan actualmente se observa un signo que sugiere que lo posible, que siempre ha pasado por la memoria, hoy —especialmente— pasa por la visión. De este modo, el estudio de la imagen se asume como una tarea que invita a repensar sus formas en el ámbito contemporáneo.

Esta actividad reflexiva supone ubicar el estudio de la imagen desde la crítica a la misma cuando se supone solo como extensión del lenguaje verbal o bien como objeto susceptible de ser analizado por sí mismo. En este contexto se abre una interesante relación que se produce en diversos órdenes del saber y que atraviesa desde lo anterior el estudio de la imagen; la pluridimensionalidad de la imagen la relaciona tanto con sus elementos icónicos como con su «plasticidad». Así, VILLAFANE (2000: 171) añade que «la significación plástica surge de la cualificación que a través de la imagen se hace del orden visual; pero la imagen, además, puede producir también una cualificación del sentido que ella misma vehicula».

Lo antes trazado remite nuevamente al planteamiento de Bateson: las relaciones en la ciencia conducen a la metáfora. Se refiere así al tratamiento de la imagen como interrupción del lenguaje reduccionista o bien referencialista puro en el contexto de la producción de un sentido que provoca novedad. Desde esta óptica, se piensa la imagen dentro de su dimensión estética y ello implica, a su vez, una mirada a otros campos en los que —de igual manera— se están produciendo interrogantes similares y ejercicios de relocalización del objeto de estudio. La enseñanza del arte en el contexto de los estudios visuales, por ejemplo, critica y diluye la distancia entre estrategias, técnicas y dimensiones político-culturales (MARTÍN PRADA, 2005: 132). Se puede observar, entonces, que el estudio de la imagen contemporánea ha suscitado numerosos debates tanto en el campo de la Historia del arte como en el de la Estética. De la misma forma, ha planteado a las ciencias humanas la pregunta sobre los modos de inclusión de la misma en su estudio. La imagen en los Estudios Visuales de

los veinte últimos años promueve precisamente que los mismos se asuman como estudios de análisis y crítica cultural (BREA, 2005; PIES y VERWOERT, 2001).

El planteamiento de los estudios visuales como campo de análisis desde el estudio de la imagen, entonces, podría elaborarse desde un «tercer espacio» (espacio intersticial para Brea) que dialoga con el campo de la ciencia, las ciencias de la información, y con el campo del arte. En este sentido los trabajos iniciales sobre estudios visuales han señalado una interrogante en torno a la relación de este campo conceptual con la historia del arte (RAMPLEY, 2005). De este modo, los estudios sobre cultura visual o bien los estudios visuales en primer término se plantean el cuestionamiento de su propia constitución en el proceso de producción de conocimiento. Trabajan con el análisis de imágenes que, en la medida en que no se plantean como referencias/copias de un objeto original, se ubican en la articulación de un espacio histórico que produce significado. Así se puede plantear que los estudios visuales recogen tanto una estética política y un nuevo régimen performativo de la imagen, como una sociabilidad y abstracción de las mismas (PUELLES ROMERO, 2005).

En el espacio de las ciencias humanas el debate sobre el estudio de lo visual continúa abierto. Sin embargo es evidente, por los trabajos que se producen, que la investigación visual es un ejercicio que se pone en función cuando se trabaja con fotos, vídeos, cine, mapas, diagramas, anuncios, formatos digitales e interactivos (tanto como con los objetos cotidianos, los lugares y las formas de interacción), y se plantea una ruta analítica para el estudio de los mismos que puede incluir pero trasciende su análisis formal. Es decir que la organización de la información visual puede en principio trabajarse utilizando tanto el análisis de los elementos (líneas, formas, textura, color...) como el de los principios de composición (énfasis, patrones, proporción, contraste, balance...). El estudio de las mismas, a su vez, apela a un distanciamiento de estos elementos positivos como único modo de explicación de las formas visuales. Es precisamente desde el reconocimiento de la visualidad de la imagen y su potencia como elemento complejo, no ya como elemento funcional establecido positivamente, que se plantea el análisis de la imagen y lo social o bien el análisis sobre el tiempo de la imagen (ROSE, 2002). Así pues, se delimita el análisis visual especialmente por la capacidad que muestre de producir sentido, de exponer la dimensión explicativa no como simbiosis entre imagen, palabras, sonidos o píxeles, sino más bien en su potencial de articular textos y discursos contextualmente asumidos en la muestra de sus prospectivas combinatorias.

La investigación en los estudios visuales, como en el campo de las ciencias en general, presenta un amplio y diverso repertorio de entradas posibles para trabajar con la imagen visual. No es posible, ni deseable, señalar un núcleo único de pasos organizados para hacer aquello que se asume desde un terreno que contiene diversidad de supuestos en su investigación. Es además uno que permanece abierto, claramente dentro del «cierre» de los respectivos campos teóricos a los que alude, no solo en las constantes transformaciones de la ciencia, sino también en referencia a los corres-

pondientes cambios y avances veloces de la información visual y sus producciones². En el contexto de la investigación en los estudios visuales, como en la investigación en general, se hace necesario señalar en principio los supuestos desde los que se parte en el desarrollo de la misma en la construcción del corpus del estudio que permita tematizar, seleccionar, contextualizar teórica e históricamente el objeto visual para explicitar, a su vez, los acercamientos analíticos y las formas metódico-técnicas que se utilizarán (BAUER y GASKELL, 2002).

ANÁLISIS VISUAL

En la sociedad contemporánea, sociedad de la imagen, se plantea una crítica al rol de las imágenes como elementos de fijación de «verdades» y estas se interpretan, releen e interrogan desde una óptica relacional de proposiciones con un mayor sentido de su carácter abierto. Los modos de experimentar el mundo y de producción de sentido se presentan desde las formas de comprensión de tiempo y espacio (HARVEY, 1999) que ya no solo se remiten a consideraciones sobre los movimientos de los objetos en este, sino que conectan multidimensionalmente tanto los elementos lejanos en el espacio como aquellos lejanos en el tiempo. Por ello no se puede remitir el análisis a una suma o confrontación de planos; la simultaneidad que anticipa procesos y sintetiza tiempos puede, entonces, hacer uso de la lógica paradójica (PAÏNI, 2004; VIRILIO, 1998). Si bien es cierto que lo anterior pone énfasis en las grandes transformaciones que se producen en la esfera de la información, especialmente la audiovisual, no lo es menos el que junto a los mismos se genera un proceso de reorientación de las formas de aprendizaje, de los modos de experimentar y navegar el mundo, de los medios de innovación y del registro visual como un elemento fundamental de las mismas. La espectacularización de la sociedad, tal como la planteara Debord, se vierte sobre la cultura, abandonando la oralidad que en principio hiciera del mundo un espectáculo, para entonces asumir la producción del mundo desde la esfera del espectáculo (SINI, 1993). Uno de los elementos que expone de manera sustancial los cambios en la «producción del mundo» está localizado en el espacio urbano.

La mirada urbana posee una larga tradición en el contexto de las ciencias sociales. Un punto de anclaje importante se encuentra en la obra de Georg Simmel³. Desde el protagonismo que le otorga a la ciudad en momentos donde las grandes ciudades se conformaron como ejes del capital a fines del siglo XIX y las subjetividades que ello implicó, hasta la importancia del elemento visual en la disposición de ese espacio urbano, en Simmel se pone de manifiesto el valor de la mirada, el alcance de la observación y el estudio de las formas de interacción visual en el análisis de las

² Consulte, por ejemplo, a M. BALL y G. W. H. SMITH (1992): *Analyzing Visual Data*, London, Sage publications; J. PROSSER (2000): *Image-based Research*, London: Routledge; T. VAN LEEUWEN y C. JEWITT (2003): *Handbook of Visual Analysis*, London: Sage.

³ Véase *The Philosophy of Money* y *The Metropolis and Mental Life*.

relaciones sociales. Si la mirada fue importante para este autor, se debe a la reflexión crítica que realizó en torno al modo en que se conformó en el capital la subjetividad en la ciudad: racional, regida por el cálculo y la medición. De esta manera, los vínculos emocionales y sociales de los tropos precapitalistas (de carácter rural) serían reemplazados, constituyendo así esa otra subjetividad anónima de la metrópolis. En los nuevos vínculos, la concreción se generó a partir de la mirada y el rostro de los sujetos.

Será precisamente la preponderancia de la mirada el elemento que Walter Benjamin retoma en su obra. Si bien es cierto que la metrópolis juega un rol crucial en su análisis, será a través de la mirada como esta tomará forma. En la imagen dialéctica se representan tanto el objeto como la estrategia en el abordaje del estudio sobre el espacio urbano. La ruptura con las formas tradicionales de análisis empírico se plantean en este autor desde el énfasis que propone en las formas de interpretación. Así, tanto experimentar como analizar la ciudad implicará trascender la mirada casual y la forma causal para asumir y mostrar las lógicas interpretativas del entorno espacial. En el contexto del estudio de la imagen, desde el trabajo de Benjamin, éste señala que:

«No es que lo pasado arroje luz sobre lo presente, o lo presente sobre lo pasado, sino que imagen es aquello en donde lo que ha sido se une como un relámpago al ahora en una constelación. En otras palabras: imagen es la dialéctica en reposo. Pues mientras que la relación del presente con el pasado es puramente temporal, continua, la de lo que ha sido con el ahora es dialéctica: no es un discurrir, sino una imagen en discontinuidad. —Sólo las imágenes dialécticas son auténticas imágenes (esto es, no arcaicas), y el lugar donde se las encuentra es el lenguaje» (BENJAMIN, 2005: 464).

A partir de lo antes señalado se desprende una significativa transformación especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX. En la observación y análisis de lo social tomó importancia el examen de lo cotidiano, de los procesos de acción y relación que permea la práctica diaria de los sujetos. En este marco de estudio la subjetividad se aborda desde la permeabilidad de sus dimensiones relacionales que se observan de manera singular en el tejido de la ciudad, espacio a su vez «observable» de la vida cotidiana tanto en las dimensiones «estructurales» (su habitar), como en las simbólicas. Desde las ciencias sociales, entonces, se producen discursos teóricos que sitúan históricamente las relaciones entre los sujetos y los espacios que habitan. Estos no se trabajan separadamente como fenómenos mentales o funcionales sino más bien en su dimensión relacional. Así, autores como Simmel exploran la relación entre la metrópolis y la vida mental y Benjamin, la relación entre el sujeto moderno y la ciudad como evento cotidiano. Por otro lado, el trabajo de Erving Goffman en las Ciencias Sociales recoge esta preocupación al proponer el estudio de las prácticas de la vida diaria y el análisis del espacio público (GOFFMAN, 1993).

La mirada se hace entonces objeto de estudio desde las ciencias sociales, no específicamente en sus dimensiones de origen o destino sino en las formas de representa-

ción de su tránsito en localizaciones históricas específicas. Esta dimensión se refiere particularmente a la consideración en torno al espacio, al espacio de habitación de la mirada, al espacio de construcción de la misma y a su registro en el ámbito del espacio de la ciudad.

EL ANÁLISIS VISUAL DE LA CIUDAD

Es desde este registro de la visualidad que se propone el estudio del espacio de la ciudad actual. El presente trabajo de análisis visual de la ciudad forma parte del proyecto «Ciudad y subjetividad: transformaciones del espacio-tiempo contemporáneo». En él se estudia la ciudad contemporánea a partir de la configuración de tres dimensiones de análisis y su localización en tres espacios en San Juan, Puerto Rico. Estas se constituyen como triángulo de significado en relación con tres dimensiones que se representan de modos diversos en la experiencia urbana. Las dimensiones se refieren a: (1) la estética del deterioro (espacio de Río Piedras), (2) las formas del consumo (espacio del Condado) y (3) las narrativas de rehistorización (espacio de El antiguo San Juan). Este triángulo imaginario se construye a partir del sentido que representan los espacios tanto en su dimensión geográfica como en su significado social. El espacio de Río Piedras (investigación en proceso), acoge a la ciudad universitaria; el segundo, el espacio del Condado (objeto del presente estudio), presenta a la ciudad del turismo; y el tercero es el espacio de la ciudad antigua de San Juan (*véase* el artículo «Imagen en obra y diálogo visual. El sentido del espacio en San Juan, Capital»).

La primera fase de investigación del Proyecto Ciudad y Subjetividad tomó como punto de partida la ciudad antigua de San Juan. En el mismo se inició la reflexión en torno a las interrogantes que pudiesen relacionar sujeto y ciudad en las lógicas del consumo. Este desarrolló un ejercicio de documentación y análisis visual en torno a las transformaciones que experimentó la ciudad en su acelerado proceso de «restauración». CORREA (2006: 33) apunta, con respecto a esta noción, que:

«El Antiguo San Juan, en su proceso de estetización reclama una actividad de restauración desde el paradigma médico de la simplicidad. Se ha renovado una ciudad que estaba en deterioro (lo sigue estando), para mostrar una experiencia aséptica que induce a la reducción de la forma. La reconstrucción pudiera ser pensada en torno al privilegio concedido por los restauradores privados y estatales al texto de la limpieza, del orden, de la “nueva cosa” que borre el significado original y relocalice lo restaurado en el circuito del consumo en el mercado internacional. Un ejemplo de lo antes señalado lo constituye la reconstrucción del “Paseo de la Princesa” (originalmente inaugurado en 1853) y que expone las condiciones de mejoramiento de la calidad urbana visual de un espacio particular mediante la creación de un ambiente controlado con un paseo. La reproducción del imaginario colonial se construyó demoliendo los vestigios del pasado (era la cárcel en tiempos coloniales de España) y produciendo un ambiente que maximice la expresión simbólica».

Tanto en un espacio como en otro, el vector que emerge como elemento de centralidad se relaciona con la noción de consumo. En este contexto, elementos como el deterioro y la rehistorización se constituyen como parte del ciclo continuo de las prácticas culturales contemporáneas. La documentación de las mismas, y su consecuente análisis, se pueden realizar examinando visualmente el modo en que estas se presentan en los objetos, que son, a su vez, sujetos actuantes en el contexto espacio temporal. Para los fines del presente trabajo se analizará como espacio de consumo el caso de la reconstrucción de la ciudad, específicamente el sector del Condado.

En el estudio realizado se presentan, en primer lugar, los planteamientos desde los que se partió en el mismo y que permiten cruzar tres líneas argumentales: el análisis visual, del espacio y de la ciudad. El ejercicio de análisis se propone desde las siguientes premisas: primero, el espacio de la ciudad como lugar de condensación de la esfera local/global; segundo, como cuerpo doméstico en el que se inscriben/escriben los cambios culturales; tercero, como instancia de las imágenes de consumo; y cuarto, la ciudad como exposición organizada del proyecto moderno y ahora como imagen en ruina. Se expone, en segundo lugar, el estudio de un caso de análisis visual utilizando la fotografía. El mismo se localizó en la ciudad de San Juan, Puerto Rico específicamente en el área del Condado. Por último, se presenta una recapitulación del recorrido visual por la ciudad que es a su vez una reflexión sobre las posibilidades explicativas de la imagen —visual de la ciudad— como elemento de investigación social y, también, como instancia expresiva y experiencial.

La articulación de este análisis parte desde la semiótica, en un proceso que se inserta en la disección de la imagen, para luego ser rearticulada; es decir, reconstruir la imagen a modo de dar cuenta de la reflexión añadida. Tres pasos orientan la aproximación al análisis: selección de material, construcción de un inventario denotativo y el planteamiento de significados relacionales de segundo orden establecidos culturalmente. La selección del material implicará fijar la mirada en la sustancia de las imágenes en el espacio urbano para así reconocer aquellas revestidas de significado. El inventario denotativo, por su parte, permitirá reconocer aquellos elementos espaciales que vehiculan la significación. Finalmente, en el reconocimiento de los significados establecidos se logra vincular las imágenes con el contexto cultural de la sociedad que ocurre en la ciudad (BAUER y GASKELL, 2002: 232).

Para realizar el análisis visual de la ciudad se utilizó el soporte de la fotografía digital. Se asume desde aquí que la investigación visual genera imágenes que analiza y no trabaja solamente con aquellas que ya han sido producidas por otras instancias históricas, sociales o culturales. Para el ejercicio de análisis se desarrolló un archivo digital de imágenes fotográficas que se organizó trazando una ruta de navegación durante tres meses por el espacio de la ciudad —Condado— que iba a ser recorrido y documentado. Se tomaron fotografías de tres espacios que convergen en el contexto urbano y que relacionan: 1. Estructuras físicas, 2. Espacios de encuentro, y 3. Espacios de circulación. Dos equipos de trabajo independientes tomaron fotografías y se

les solicitó que incluyeran, especialmente, elementos de edificios o casas, plazas y calles. Cada equipo organizó dos series fotográficas sobre estructuras y espacios. En ellas se analizaron dimensiones formales tales como elementos y composición, es decir, formas, patrones, contrastes y balances, tanto entre las dos series de fotos como entre las fotos mismas. Posteriormente, estas series —impresas en papel— se conformaron como un montaje visual del Condado y el equipo, ahora convertido en uno, armó con sus dos series una «maqueta» en la que se reconstruyó el espacio analizado como una imagen visual del Condado.

Una vez realizado el ejercicio de documentación visual se hace necesario plantear la forma de organización del catálogo de imágenes de modo que permita responder a las interrogantes planteadas en la investigación. Lo anterior se realizó a través de la proposición de categorías de análisis. Estas permiten ordenar los fragmentos que se significan a través de la imagen fotográfica. Las mismas, por medio de la reordenación del espacio fotografiado, construyen la narrativa espacio-temporal que da cuenta del sentido de la ciudad desde sus transformaciones contemporáneas. A tono con lo anterior, y en referencia a los vectores que permiten analizar esa sociedad de consumo, se utilizaron las siguientes categorías: 1. La ciudad en permanente construcción, 2. La fractura de la totalidad urbana, 3. El flâneur reinventado, y 4. La ciudad espectáculo. Estas categorías permiten dar cuenta de los nuevos modos de organización de la ciudad; una ciudad que se despidе del centro y que no termina de constituirse como tal porque su fractura no tiene posibilidad de «recomponerse». De ahí que se tenga que analizar al sujeto que transita, experimenta y construye esta ciudad desde una mirada que permita tanto su representación como reinención en nuevos gustos, diversidad de acciones y ruptura de las viejas polaridades adentro-afuera, privado-público, local-global. La ciudad, en un tiempo amurallada, en otro tiempo concentrada, se abre en múltiples dimensiones que a su vez se cierran sobre sí mismas en una puesta en escena que la hace a un mismo tiempo abierta y cerrada. A continuación se expone este recorrido en el espacio del Condado en San Juan, Puerto Rico.

Abordar el Condado

El espacio analizado lo constituyó el área denominada en San Juan, Puerto Rico, como el Condado. Esta se ubica históricamente como ensanche de la ciudad colonial (una isleta) denominada Antiguo San Juan y por virtud del derribo de la muralla que abría a la Puerta de Tierra. Es necesario señalar que el desarrollo extramuros se produjo como parte de una actividad fundamentalmente desarrollada a nivel individual y no a través de una gestión institucional. Los terrenos comprendidos en las dimensiones del Condado se valoraron, especialmente para el 1908, al ser planificados «como un ensanche de gran ciudad bajo los últimos y más avanzados preceptos urbanos europeos y americanos» (GALLART, 2000: 36). Desde entonces el Condado se ha connotado como un sector residencial exclusivo y como uno turístico desde el que se pretendió comunicar, a través de sus proyectos y proyecciones, la organización de un

espacio planificado para la vivienda y el ocio. Con la entrada de la sociedad de consumo como ética de fin de siglo, este espacio urbano ha expresado una interesante transformación en conjunción con este proceso. Si bien es cierto que este es un cambio que se acontece desigualmente (unas veces con velocidad exagerada, otras con cierta lentitud), el mismo opera en conjunción con los giros producidos en el capitalismo tardío por los pasados cuarenta años.

Estos cambios, que son del orden político, económico, social y cultural, se expresan también en las imágenes urbanas. La fotografía permite captarlos y proponer la creación de catálogos de imágenes que no pretenden revelar la Historia, y sí tienen como objetivo proponer argumentos que sostengan las explicaciones en torno a una mirada, a la «verdad» del momento. De este modo, la imagen «es un principio de articulación entre el lenguaje y la historia» (CADAVA, 2001: 55). Y es que, siguiendo a Benjamin, las imágenes son fundamentales para la producción de significados de los eventos históricos.

La ciudad en permanente construcción

De la misma forma que los emblemas de neón incidieron en la imaginación en el *Blade Runner* de Ridley Scott, ahora regresan con penetrante fugacidad en la cultura de consumo que se despliega en las estructuras en forma de envoltura-anuncios (*billboards*). Esta envoltura no está exenta de la naturaleza efímera de la imagen e implica que su durabilidad caduca en el momento que aparece. Así también, la ciudad en permanente construcción proyecta imágenes —su imagen— breves en constante movimiento de vida propia circunscrita, que penetra su *zeitgeist* hasta conformar su *ethos*. La lógica intrínseca del *billboard* eventualmente ha dictado los ritmos de la ciudad. El anuncio es reemplazado en breves lapsos de tiempo y su lógica se extiende paulatinamente a la





obra construida. Se observa una constante sustitución de la misma, destruir-reconstruir, y en el proceso establecer nuevos paradigmas de experimentación de la condición urbana. El trazo de la historia se reemplaza con las nuevas estructuras que suponen un nuevo sujeto conformado a raíz del espacio creado-propuesto. La opulencia inscrita en la piel de la edificación conjuga con el privilegio de tener el mar como escenario; experiencia ajena para los residentes y paseantes del Condado. Debe señalarse que la construcción de los centros turísticos se realizó exactamente en el malecón —franja inmediata al Atlántico—, por lo que la mirada y experiencia del paseante en este malecón se anuló por virtud de las sucesivas edificaciones de estructuras de hormigón. Aquí se muestran tres ciudades en permanente construcción: el malecón idílico, el paraíso exótico turístico y el enclave del capitalismo líquido globalizado. Son imágenes que se repiten en la aldea global, correspondiendo la primera al polo local de los procesos de globalización. La segunda se refiere al despliegue generalizado del consumo y la última a las políticas que emanan a raíz de la proliferación de imágenes «consumibles». La ciudad en permanente construcción funciona como su anuncio, adopta el permanente cambio como su dimensión de estabilidad.

Fractura de la totalidad urbana

Si la ciudad funcional se concibió como totalidad organizada y sistema de elementos interconectados de forma simbiótica, la imagen urbana que se observa en el espacio analizado rompe esta intención modal. La simultaneidad de diversas ciudades construidas impide la lectura armónica tradicional de los componentes sistémicos. Hay una ruptura de los usos, de las formas, de los contornos que exponen la multiplicidad de contenidos que conviven y colapsan en el espacio urbano. En la medida que las prácticas de consumo actual suponen la heterogeneidad de sujetos, así también la



ciudad fracturada sublima ese *dictum* en la conversión constante de espacios para diversos usos-programas. La variabilidad de instancias que convergen en espacios antes delimitados por sus prácticas hace de esta una dimensión en la que pueden inscribirse los más diversos escenarios, desde firmas de sofisticada tecnología hasta empresas de corte artesanal.

Emerge así una constelación nacida del encuentro entre fuerzas contradictorias que producen a su vez disloque y diferencia. Se pone en juego, entonces, la relevancia y posibilidad de elementos categoriales de la arquitectura como simetría, unidad y armonía, produciendo a su vez, nuevas experiencias espaciales y formas de representación.

El flâneur reinventado

La proliferación de imágenes que caracteriza el espacio cibernético y la pantalla televisiva pone énfasis en la superficialidad. No se trata de un elemento de distanciamiento o uno carente de sustancia, sino más bien uno que subraya la superficie del objeto. Si bien transitar por la ciudad implica el desplazamiento sobre su superficie, actividad privilegiada del flâneur, la proliferación de imágenes ahora propone una superficialidad interiorizada. La imagen existe en el espacio cibernético en el interior, del mismo modo que en el evento televisivo donde esta cualidad es repetida. Si la ciudad paulatinamente incorpora la lógica de la imagen anuncio, de igual forma, entonces, fusiona la superficie interior.



El flâneur, ahora, debe reinventarse al interior del espacio urbano. El flâneur ya no observa la edificación; ahora debe penetrarla, habitarla. Es aquí donde ocurre la dispersión de imágenes, donde se desplazan espacialmente y sugieren la posibilidad del recorrido aleatorio. En la medida en que el evento ocurre en el interior, el paseante ya no pasea, la distancia que lo separaba de las edificaciones colapsa. Transitar por la ciudad se ha convertido en una actividad azarosa ya que los desplazamientos se asumen en cierta medida como tránsito entre experiencias interiores; caminar —no pasear— es el movimiento de un «lado a otro». Esta es una interesante figura dentro del escenario global que plantea la erradicación de la salida por la permanente llegada. Al no ser destino, solo paso, la superficie exterior es abandonada.

La ciudad espectáculo

Las tres categorías antes señaladas conforman la ciudad espectáculo. La experiencia del Condado como estética del consumo supone la ciudad en permanente construcción, fracturada y habitada por un flâneur reinventado. El espectáculo entendido como «una relación social entre personas mediatizadas por imágenes» (DEBORD, 1976) se produce en el espacio urbano del caso estudiado, el Condado. Las categorías de análisis pueden leerse como imágenes que mediatizan la forma en que los sujetos se relacionan con este espacio. Si la ciudad en permanente construcción mimetiza la irradiación de imágenes y la fractura, contribuyendo a su proliferación, la relación entre sujetos y la de los sujetos con el espacio estará marcada por estas lógicas.





Se reproduce así el espectáculo mediado de imágenes, y es este el que irrumpe en el tejido social. El flâneur reinventado no será otro que el sujeto de esta ciudad espectáculo. En el trazo de sus movimientos se tejen las narrativas de la ciudad espectáculo imprimiéndole sentido superficial y pasajero, presto a ser reinventado constantemente en el deambular cotidiano. De ahí deriva un ritmo constante, no preciso, que marca tránsitos de movimientos espaciales en la ciudad. Es el ritmo de la ciudad contagiado por la multiplicidad (de imágenes) que se traduce en ritmos.

Aquí la Historia se rompe en historias que pierden el peso normativo, más no por ello carecen de valor. Apariencia y experiencia recobran su sentido en cuanto expresan su pertenencia a la superficie y permiten otro entendimiento de la imagen, otros ritmos.

BIBLIOGRAFÍA

- BATESON, G. (1998): *Pasos para una ecología de la mente*, Buenos Aires: Editorial Lumen.
- BAUER, M. W., y GASKELL, G. (2002): *Qualitative Research with Text, Image and Sound*, London: Sage Publications.
- BENJAMIN, W. (2005): *Libro de los Pasajes*, Madrid: Akal Ediciones.
- (2002): *The Arcades Project*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press
- (1989): «La obra de arte en la época de su reproducibilidad técnica», *Discursos interrumpidos I: Filosofía del arte y de la historia* (prólogo, traducción y notas de Jesús AGUIRRE), Madrid: Taurus.
- BREA, J. L. (2005): «Estética, Historia del Arte, Estudios Visuales», *Estudios Visuales*, 3, págs. 7-25.
- CADAVA, E. (2001): «Lapsus Imaginis: The Image in Ruins», *October* 96, págs. 35-60.
- CORREA DE JESÚS, N. (2006): «Imagen en obra y diálogo visual. El sentido del espacio en San Juan, Capital», *Khôra II*, 13, 29-35.
- DEBORD, G. (1976): *La sociedad del espectáculo*, Madrid: Castellote.

- DELEUZE, G. (1995): *Conversaciones*, Valencia: Pre-Textos.
- DOGAN, M. (2003): *Las nuevas ciencias sociales: grietas en las murallas de las disciplinas*. Descargado el 29 de abril de 2007 de <http://www.unesco.org/issj/frics153/doganspa.html>.
- DURAND, R. (1998): *El tiempo de la imagen. Ensayo sobre las condiciones de una historia de las formas fotográficas*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- FOUCAULT, M. (1981): *Esto no es una pipa: Ensayo sobre Magritte*, Barcelona: Editorial Anagrama.
- (1985): *Las palabras y las cosas*, México: Editorial Siglo XXI.
- GALLART, M. F. (2000): «“Ahora seremos felices”: Models of Private Housing Developments in San Juan», en VIVONI FARAGE, E. (ed.): *San Juan siempre nuevo: Arquitectura y modernización en el siglo XX*, San Juan, Puerto Rico: Archivo de Arquitectura y Construcción de la Universidad de Puerto Rico, Serie Dédalo.
- GOFFMAN, E. (1993) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires: Amorrortu.
- HARVEY, D. (1999): *The Condition of Postmodernity*, Massachusetts: Blackwell.
- LÉVY-LEBLOND, J. M. (2002): *Conceptos contrarios o el oficio de científico*, Barcelona: Tusquets Editores.
- MARTÍN PRADA, J. (2005): «La enseñanza del arte en el campo interdisciplinar de los estudios visuales», en BREA, J. L., *Estudios visuales. La epistemología de la visualidad en la era de la globalización*, Madrid: Akal, págs. 131-141.
- MORIN, E. (1995): *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona: Editorial Gedisa.
- (2003): «Lo uno múltiple», *El método. La humanidad de la humanidad. La identidad humana*, Madrid: Cátedra, págs. 63-74.
- PAÑI, D. (2004): «Should we Put an End to Pprojection?», *October*, 110, págs. 23-50.
- PIES, D., y VERWOERT, J. (2001): *Visual Culture*. Descargado 5 de mayo de 2007 de http://www.bureau-k.de/ivc/031_visualculture.php.
- PRIGOGINE, I. (1997): *El fin de las certidumbres*, Madrid: Taurus.
- PRIGOGINE, I., y STENGERS, I. (1997): «The reenchantment of the world», en STENGERS, I., *Theory out of bounds*, Minneapolis: University of Minnesota Press, págs. 33-58.
- PUELLES ROMERO, L. (2005): «Entre imágenes: experiencia estética y mundo versátil», *Estudios Visuales*, 3, págs. 128-150.
- RAMPLEY, M. (2005): «La amenaza fantasma: ¿la cultura visual como fin de la historia del arte?», en BREA, J. L., *Estudios visuales. La epistemología de la visualidad en la era de la globalización*, Madrid: Akal, págs. 39-57.
- ROSE, G. (2002): *Visual methodologies*, London: Sage Publications.
- SINI, C. (1993): «La cultura como espectáculo», *Archipiélago*, 16, págs. 52-60.
- VILLAFANE, J. (2000): *Introducción a la teoría de la imagen*, Madrid: Ediciones Pirámide.
- VIRILIO, P. (1998): *La máquina de visión*, Madrid: Ediciones Cátedra.
- ZAMORA ÁGUILA, F. (2007): *Filosofía de la imagen*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Artes Plásticas.

Índice analítico metodológico

Acto de comunicación (251, 257 nota 19, 259-265): contrato metacomunicativo (139); proceso comunicativo (158); situación comunicativa (251); eficacia comunicativa (254, 261); intercambio comunicativo (259); acto comunicativo visual (261); acto de habla (260).

Actuaciones (75-94): performatividad/análisis performativo (85, 86); metodología de las actuaciones (85); repetición ritual y parodia (86); régimen performativo (293).

Análisis (xi-xxi): análisis pragmático (86, 256, 259, 262, 265); análisis de las entrevistas (140); análisis sociológico (141-142); análisis temático (141); el trabajo de análisis (160); análisis sociolingüístico (214); análisis ideológico (246); análisis de las redundancias (269, 270); análisis sociohermenéutico (259, 262).

Análisis conversacional (140 nota 15, 214, 215, 218).

Análisis de contenido (12, 257 nota 17, 261): frecuencia de aparición de enunciados (117); contenido explícito (257); contenido manifiesto (257); categorías temáticas (257); categorías de análisis (298).

Análisis del discurso (xix, 12, 213-244): objetivo del análisis del discurso (16); regularidades discursivas (16, 19); orden del discurso (16); análisis genealógico del discurso (16, nota 7); regla del discurso (30); análisis crítico del discurso (218, 258, 261); análisis del sistema de discursos (259).

Análisis material (xix, 211).

Anclaje (252): función de anclaje (252 nota 11); relevo (252); función de relevo (252 nota 11, 268).

Arqueología (16, 216): análisis arqueológico (16, nota 7); etapa arqueológica (217).

Arquetipos (164, 265).

Articulación (78-87): conexiones y coalición (79); descripción multivocal (79); rearticulación de las prácticas (86); articulación perspectiva cualitativa/cuantitativa (133); complementariedad perspectiva cualitativa/cuantitativa (156); relación de lo cualitativo y lo cuantitativo (290).

Autofotografías (248).

Círculo de Bajtín (217).

Código: código cultural (172); código de la denuncia social (162); desbordamiento del código (166); código de la representación (167); código lingüístico (250); código auditivo (250); código metalingüístico (250); sistemas de codificación (257).

Complejidad (óptica de la) (289).

Conocimiento (tipos de) (xv-xx, 132, 291): conocimiento absoluto (xv); conocimiento subjetivo y objetivo (xv); conocimiento sociológico (6-7, 209); conocimiento científico (8, 77, 81, 288-289); conocimiento crítico (21); conocimiento psicoanalítico (29-31); conocimiento replicable (38); conocimiento previo/sobre el tema (67, 101 nota 3, 141, 191, 200); conocimiento colectivo (78, 116); conocimiento discursivo y tácito (78); conocimiento corporeizado y parcial (87); conocimiento técnico (143 tabla); conocimiento aplicado (200); conocimientos cercanos al quehacer cotidiano (214); conocimiento "natural" de lo tecnológico (214); conocimiento experto (223, 236, 241); conocimiento contextual (259).

- Construccionismo** (86): construcción social de la realidad (120-121); construcciones sociales (113).
- Contactación** (62-63, 102).
- Contexto (tipos de)** (xiii, 246-249, 254): contexto de demanda de la investigación (xiii); contexto institucional (xvi); contexto de enunciación (xx); contextos de observación (58-60); contexto material (76); contexto espacio-temporal (82, 297); contexto situacional o existencial/contexto convencional o lingüístico (99, 114); contexto cultural/social (137, 141, 245, 297); contexto laboral (149); contexto discursivo (163, 186); contexto grupal (182); contexto socio-histórico (190, 192, 216; 222, 255, 256); contexto/lugar de la producción (217-218, 226, 255, 264); contexto digital (239, 240 figura); contexto socio-histórico de la recepción de imágenes (251 nota 9, 256, 263, 265, 284-285); contexto socio-histórico de la producción de imágenes (255); contexto urbano (297).
- Corporeidad del sujeto y la investigación** (76-89): el yo descorporeizado y deslocalizado del discurso científico (76); comprensiones localizadas y corporeizadas (87, 89).
- Corpus de materiales** (198, 263, 294): registros/mapas/corpus discursivos (12, 16); *corpus* textual (34); catálogos de imágenes (299).
- Cuadrado de la modernización** (279).
- Cuestionario/encuesta estadística** (100, 106, 156): encuesta telefónica (133).
- Datos secundarios** (7, 18, 133): documentación y fuentes escritas (10, 11, 18); hemerotecas/archivos/bibliotecas (12-13); materiales históricos (12, 18, 19).
- Decodificación** (169, 175, 176, 177, 252, 254, 256, 261, 283, 284): decodificación estabilizada (168); deconstrucción (278).
- Deconstrucción** (24, 39-40): deconstrucción radical (24), deconstrucción del significado (25), deconstrucción práctica (25).
- Denotación** (257): aspectos denotativos (257, 257 nota 19); connotación (257 nota 19; 270); inventario denotativo (297).
- Derivas** (xx, 75-94): mapas subjetivos (39); derivas urbanas (80-81); caminar preguntado (81); metodología de la deriva (82-88); escenarios (84, 88).
- Descripción densa** (35).
- Dialéctica** (23-24): dialéctica hegeliana (23); fuerzas contradictorias (24); conflicto y transformación (26).
- Dialógico** (xiii, 226): proceso dialógico (xiii); actividad dialógica (76); tradición dialógica rusa (217); relación dialógica/reflexiva (226, 231).
- Directividad** (101-105).
- Disciplina** (26-27, 77, 289-91): disciplinas académicas (32); efectos disciplinantes (260); cierres disciplinarios (289, 290); disciplinas y producciones culturales (292).
- Discursivo** (217): posición social discursiva (16, 121); estrategias discursivas (29); prácticas discursivas (24, 49, 51); prácticas no discursivas (217); construcción discursiva (101, 168, 177); elementos discursivos y no discursivos (59); producción discursiva (158, 161, 166); estabilidad discursiva (167); estabilidad estructural (165); conciencia discursiva (168); espacio personal de la producción discursiva (175); espacio representacional de la producción discursiva (175); espacio transicional de la producción discursiva (175); formaciones discursivas (216, 217, 232, 236); funciones discursivas (236); registro discursivo (213); referentes discursivos (213); referentes extradiscursivos (238, 239); tradiciones discursivas (213); género discursivo (ix, xix, 216, 218, 246, 251, 256); investigación discursiva (218, 219); sospecha discursiva (223); sistema discursivo (237).
- Discurso** (214, 216, 217, 219, 250, 251 nota 9): sistema de discursos (250, 251, 278, 279, 281); sistema de discursos visuales (259).

- Discursos (tipos)** (xviii, 16, 24, 51): discursos menos elaborados/en formación (xviii, 60); discursos institucionales (80); discurso grupal (101, 109); discurso libre (102); discurso del sujeto enunciador y discurso del grupo (109); discurso canónico (167); discurso referido (182, 183); discurso tipo (167, 168); discurso prototípico (167); discurso científico (288).
- Diseño de investigación** (vi, 60, 87, 128, 133): diseño abierto (104); diseño del grupo de discusión (106); diseño de investigación cualitativa (113).
- Diseño muestral** (134): diseño muestral modificable (135); muestreo por bola de nieve (135); muestreo teórico (261, 263).
- Dispositivo** (xii-xiv, 12, 284 nota 39): dispositivo producción/análisis (xiii); dispositivo simbólico/material (12); dispositivo institucional (14-15); dispositivo arquitectónico (14); dispositivo de saber y poder (14); dispositivo de investigación (106, 109, 116, 284).
- Distancia analítica** (xiii, xviii, 75): implicación apasionada (12); frialdad reflexiva (12); distancia social y cultural (52-56, 62).
- Doble vínculo** (17, 119).
- Dominación** (219, 278): relaciones de dominación (109); dominación simbólica (109); códigos dominantes (177, 258); representación social dominante (169); signos de dominación (258); signos de poder/saber (258); luchas de poder (259); efectos de dominación (260).
- Ejes discursivos** (108, 141): ejes sémicos (142); campos semánticos (279).
- Enfoques postmodernos** (238): relativismo (78, 238).
- Enfoques reduccionistas** (24): reduccionismo físico (12).
- Entrevista** (16, 51, 57, 59, 76): entrevista cualitativa (xviii); entrevista individual/individualizada (xvii, 101); entrevista en profundidad (49, 104, 131 nota 6); entrevista en grupo/grupales (99-101); entrevista abierta (100, 104, 106, 127-154).
- Entrevista focalizada/focused interview** (100, 131 nota 6).
- Enunciación** (121, 186, 217, 269): enunciado (16, 118-119); enunciados de los discursos (12); oposiciones enunciativas (16); sujetos de enunciación/enunciadores (16, 109, 165); situación/posición enunciativa (99, 109, 114, 121); coenunciador (110); formas de enunciación (121); orden de las enunciaciones (123); sujeto de la enunciación (165); estructuras enunciativas (247 nota 3, 258); modalidades del decir (247 nota 3); contrato de lectura (247 nota 3); teoría de la enunciación (258); enunciatarios (259); acto enunciativo (259).
- Epistemología** (26, 77): actos epistemológicos (xi-xii); rupturas epistemológicas (16); epistemologías feministas (76); inspiraciones/principios epistemológicos (77); naturaleza y teoría del conocimiento (77); *epistemes* (217); estatuto epistemológico de lo visual (246); estatuto epistemológico de la imagen (250, 252).
- Escucha sensible** (191).
- Escuela de Chicago** (55, 131 nota 6, 189).
- Escuela de cualitativismo crítico de Madrid** (218).
- Escuela francesa del discurso** (35, 217, 218).
- Escuela de Frankfurt** (216, 216 nota 1, 218).
- Espacio de la acción** (169).
- Espacio simbólico** (166, 179).
- Espacio transicional** (155, 166, 168, 178-180, 186): objetos transicionales (178 nota 7, 179); espacio intersticial (293).
- Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social** (i-xxi): producción artesanal vs producción estandarizada (xii); estrategias y prácticas vs técnicas de investigación (xiii); estrategias socio-críticas (39); estrategias de análisis (60).

- Estructuralismo** (27, 215, 250): enfoque estructuralista (215).
- Estudio de caso** (131).
- Estudios culturales** (245, 249): estadounidenses de nueva ola (xix); estudios de cultura material (246, 248, 249); crítica cultural (293).
- Estudios iconográficos** (250).
- Ética** (240).
- Etnografía/aproximación etnográfica** (27, 75, 81, 86, 248): nuevas etnografías (54); lógica autoetnográfica (83); método etnográfico (132).
- Etnometodología** (55): ingenuidad etnometodológica (xviii); sociologías de la vida cotidiana (55); perspectiva dramaturgica (55); estudios de laboratorio (55).
- Experiencia referida** (166, 169, 180, 182, 183, 185, 186): experiencia narradas (181, 182); etnometodólogos (248 nota 5).
- Feminismo** (24-25, 37, 41): feministas (17); metodología y perspectivas feministas (24); teoría feminista (24); experiencia y mediación (24); feminismo, marxismo y conflicto (25); supuestos del feminismo y la naturaleza humana sociohistóricamente mediada (40); epistemologías feministas (75).
- Ficción** (254): efecto realidad (253); pacto ficcional (254); paraficción (254); mundos posibles (254, 260, 262, 269).
- Foro on-line** (97).
- Funcionalismo** (4, 4 nota 2): la gran teoría funcionalista y el empirismo abstracto (6); la sociología funcionalista (27); estructural-funcionalismo (54).
- Funciones lingüísticas** (157, 157 nota 3, 166): función conativa (157 nota 3); función expresiva (157 nota 3, 159, 162, 166); función fática (158 nota 3, 166, 184); función metalingüística (158 nota 3, 162, 166, 167, 169); función referencial (157 nota 3, 166, 183, 184).
- Genealógico**: investigación genealógica (v, 3-22); método histórico/método genealógico/genético (xv, xvi, 3-6); sociología histórica/genealógica (6, 7, 10, 16, 18, 21 nota 10, 216), historicidad/génesis/genealogía de las instituciones (8, 12, 14, 16); método genealógico (196); análisis genealógico (216, 261); corriente genealógica (216); etapa genealógica (216); momento genealógico (220); examen genealógico del discurso científico (290).
- Giro**: giro interpretativo/cualitativo en las ciencias sociales (xix, 34, 36, 214); giro postmoderno/postcolonial (54); giro lingüístico (214, 245); giro cultural (245); giro visual (245); giro digital (241).
- Grupo de discusión** (vii, xvii, xx, 16, 49, 51, 57, 97-125): grupo de base/básico (98, 106); grupo de trabajo (98); moderador (101-105, 105 nota 6); microsituación del grupo (98); macrosituación social (98); participantes/integrantes del grupo (101-106); preceptor del grupo (103, 105, 107); composición del grupo/homogeneidad y heterogeneidad (107, 115); criterios de selección de participantes (107, 112); macrogrupos de pertenencia/referencia (107, nota 10, 161, 163, 167, 169, 185); espacio social de referencia (109); perfil de los grupos y variables de composición (114); grupo de discusión canónico (183); grupo de discusión socializado (161, 162, 164).
- Grupo de expertos** (xvii, 97-99).
- Grupo focal/focus group** (vii, xvii, 97-105).
- Grupo triangular** (vii-viii, xvii-xx, 107 nota 10, 155-188): grupo de discusión personalizado (164, 164 nota 5, 175); grupos creativos/de creatividad (177 nota 14; 187); moderador (175, 177).
- Guión** (86, 136-140, 102, 116): guía de discusión/guía de debate (101-105); temas de debate (101); guión conversacional (102); provocación inicial (101-102, 106); guión del grupo de discusión (103-105, 113-116); guión abierto (198); guión de entrevista (136; 137; 138).
- Habitus** (52).
- Hegemonía** (249, 249 nota 7): posiciones hegemónicas (260); ideología hegemónica (269).

- Hermenéutica** (51, 241): mirada hermenéutica (51); doble hermenéutica (71); análisis sociohermenéutico (259, 262).
- Hipótesis** (19, 49, 60, 79): formulación de hipótesis (113); hipótesis general (59); hipótesis de partida (113-114).
- Historia de vida** (vii, xvii-xviii, 16, 49, 57, 72, 189-210): relatos de vida/biográficos (xviii, 51, 60, 189); historia oral (18, 51, 60); autobiografía (189); material biográfico (189-191).
- Ideologemas** (269).
- Imaginación sociológica** (190).
- Indicadores** (112-113).
- Instituto ECO** (98).
- Intencionalidad** (247, 254, 255, 255 nota 14): producción intencional (259); intencionalidad del investigador (263).
- Interaccionismo simbólico** (27, 55).
- Interpelación ideológica** (269 nota 29).
- Interpretación** (xiv, xvii, 25-36, 141, 157-163): paradigma interpretativo (35); prácticas y sentidos (51); interpretación ideológica (249); códigos de interpretación (255); lógicas interpretativas (295); lógicas de sentido (266); modos de producción de sentido (291).
- Intertextualidad** (183, 218, 251 nota 9): intertextos (251, 265).
- Investigación de mercados** (101): en España (106).
- Investigación participativa/participante** (xvi, 27): investigación-acción (4, 56); metodologías de investigación-acción participativa (xvi, 56), trabajo de campo participativo (62).
- Investigación/perspectiva cualitativa socio-crítica** (xv, 24-39): sociología crítica (6); cambio social (6); transformación social (6); psicología crítica (18); compromiso crítico (31); perspectivas críticas (215).
- Investigación/perspectiva situada** (80-81): conocimientos situados/conocimientos parciales (vi, 78-79); prácticas situadas/observación situada (61), posición de conocimiento/localización (xvii, 78); efecto posición (161); ligaduras (163); descripción situada (288); interpretación situada (249, 254).
- Lexías** (142): sintagmas (142).
- Lógica paradójica** (294).
- Longitudinal** (129): perspectiva longitudinal (131); carácter longitudinal (136).
- Marxismo** (4, 24): enfoques marxistas (24); máxima marxista e historia (32); teoría marxista (215).
- Miradas transdisciplinares** (248).
- Mito** (x, 11, 251, 258, 260, 269, 276): mitos en torno a nociones de juventud y nuevas tecnologías (220); mitos religiosos (273); mitos clásicos y tradiciones (276).
- Modalidades representacionales** (253): modos de representación (253).
- Movimiento situacionista/situacionismo** (81): sociedad del espectáculo (xx); psicogeografías (81); *flâneur/voyeurismo* (81, 302, 303).
- Narrativa** (86): narrativa realista (76); narrativa localizada (84).
- Objetivación** (7, 14, 20): objetivación simbólica de los procesos sociales (107).
- Objetividad científica (crítica de)** (288, 290): disolución de los límites sujeto/objeto de investigación (288, 289); límites de la idea de retícula reguladora y reproducible del conocimiento científico (289); cientificismo racionalista (290).
- Operatividad** (113).
- Periodización** (7, 10, 12, 18).
- Perspectivas *etic/emic*** (54).
- Polarización** (157, 173-175): polarizaciones discursivas (169).
- Positivismo/perspectiva positivista** (xvi, 31, 77): dualidad sujeto-objeto (xiv); tecnocracia (xvi, 20); datos y hechos (28); significado positivo (35); investigación social positivista (35); mirada distante y positivismo (54); crisis positivista (215); transformaciones en el campo de la ciencia (291).
- Postentrevista** (140).

- Postestructuralismo** (24, 215): perspectiva postestructuralista (215, 218); postestructuralismo y psicoanálisis (26).
- Postfordismo** (xx).
- Práctica conversacional** (vii, 105-106, 114).
- Práctica social** (247): prácticas significantes (109); prácticas culturales (247, 297); práctica social significativa (247); prácticas sociales concretas (255).
- Prácticas de observación participante** (47-73): observación (xvii, 9, 18); *mira-da/estudio desde dentro* (47, 90); inmersión/entrada/participación en el campo (49, 53, 58, 63, 67, 76); observación cotidiana/directa/en vivo (50-55); cuaderno de campo (50, 65); autoobservación (56); observación participante virtual (56); problemas de la participación (56); estrategias de acercamiento (61); anotaciones (66-67, cuadro 1); campo de observación (77).
- Prácticas/técnicas grupales** (97-100): reunión de grupo (97-98, 106); dinámica de grupo/*training group/T-group* (97-98); grupo de encuentro (97-98); formatos grupales (99); grupo natural (100, 106).
- Praxis** (xv, 26); **metapraxis** (xv); praxis de la Sociología del consumo (263, 263 nota 26).
- Precarias a la Deriva** (xvi, 81-82).
- Problematización** (v, 7, 8, 18): ejemplos de problematización (53 nota 3).
- Proceso de investigación** (xiii-xvii; 15, 28, 41, 100, 113): proceso abierto/relacional de investigación (79, 104).
- Programas informáticos de análisis cualitativo** (117).
- Psicoanálisis/psicoanalítico** (v, xvi, 17, 18, 23-43, 167 nota 10, 168 nota 11): enfoque psicoanalítico (258); teoría psicoanalítica (xv, 215); psicoanalismo (xvi); antipsicoanálisis (23); otro psicoanálisis (25); psicoanálisis como visión del mundo (como «modelo») (32); psicoanálisis como forma de razonamiento (como «método») (32, 39); influencia del psicoanálisis en las ciencias sociales y sus métodos (27-32); metodología psicoanalítica (32); carácter onírico (270); inconsciente (258).
- Psicoterapia** (98): psicoterapia colectiva (17); grupo terapéutico (98, 106).
- Realismo** (78): concepción representacionista/representacionismo (76, 77).
- Reflexividad** (xiv, xvii, 209, 255): autocomprensión y concepto de reflexividad (xiv); reflexividad vs decisiones subjetivas (37); conducta reflexiva e investigación (71-72); reflexividad y proceso de investigación (55, 79); acción reflexiva y toma de posición (87); conciencia reflexiva (176); ejercicio de reflexión (239); experiencias autorreflexivas (290); formulaciones reflexivas (290).
- Renegación** (v, 26-40).
- Representatividad** (134): representatividad estadística (107, 156 nota 2, 261); representatividad estructural (108, 134, 135, 156 nota 2, 262, 263); representatividad teórica (134 nota 12).
- Saber popular** (xvi, 31)/**cultura popular** (29, 31, 33).
- Saturación** (16, 134 nota 12, 135, 166, 262): saturación discursiva (16); saturación de las posiciones del espacio social de referencia (107).
- Segmentación del texto** (266): macrosegmentación del texto (258 nota 21); fragmentación (266).
- Semiótica** (167 nota 10, 260, 297): agentes semiótico-materiales (51); lingüística (167 nota 10); semiótica estructural (215); semiólogos (254, 258 nota 21); análisis semiótico (257 nota 20, 261); semiosis social (259).
- Significados** (30): construcción del significado (30); contenido manifiesto y significado latente (34); significado verdadero o real (34); significado positivo (35); nivel implícito/explicito de lo dicho (110); grupos de significados (231).
- Signo** (x, 251, 256, 257): significante/significado (257); sistema de signos (257); re-

- presentamen/referente/interpretante (257); signos icónicos (257); signos figurativos (257); signos imitativos (257); signos plásticos (257); signos lingüísticos (257); indicios (257).
- Stadium** (253 nota 12): *punctum* (253 nota 12).
- Subjetividad** (24, 295): conocimiento subjetivo/autorreferente (xv); subjetividad como efecto de prácticas discursivas (24); subjetividad como constitución histórica (39); subjetividad del investigador/a (37); subjetividad-objetividad (38); dramatización personal (159-160); enfoque psicodramático (98); modos de subjetivación (198, 199); yo narrativo (162, 165).
- Sujeto en proceso** (104, 109, 113).
- Superación/sublation** (v, 23, 23 *N. de T.*, 33).
- Tecnificación de las prácticas cualitativas/discursivas** (xix): tecnocracia metodológica (xx); racionalidad técnico-científica (202); tecnificación del análisis del discurso (240); usos tecnificados (241); tecnificación del método (288).
- Tecnologías** (xix): tecnologías digitales/sociales (viii, xix); nuevas tecnologías de la comunicación (xix); innovaciones tecnológicas (17); tecnología y subjetividad (37-38); tecnologías de fijación (80); tecnologías audiovisuales (87-88).
- Teoría** (4): interacción teoría, metodología y actividad empírica (xii); teoría psicoanalítica (xv, xx); teoría crítica de la sociedad (3); teoría marxista (3, 55); teoría sociológica (4, 27); gran teoría funcionalista (4, 6); códigos teóricos (14, 21); usos estratégicos de la teoría (23); teoría antropológica (23); teoría social (28, 76); teoría psicoanalítica (32, 36, 37); teoría cibernética (56).
- Teoría fundamentada** (218).
- Tercero excluido** (164, 165, 175): otro excluido (185).
- Texto** (250, 251): texto lingüístico (252).
- Tipo ideal** (136, 208, 237).
- Trabajo de campo** (197).
- Transcripción** (35, 106, 109, 140): convenciones (109-110); transcripción literal (110); anotaciones al margen (117); sistema(s) de transcripción (140 nota 15).
- Traslación** (36).
- Trasliteración/traducción** (35).
- Unidad del discurso** (219).
- Validez y fiabilidad** (36, 66, 238): consistencia interna (101).
- Variables** (108): variables de composición de grupos de discusión (112).
- Verosimilitud** (251, 253, 284): veracidad (254); verdades metafóricas (254); regímenes de verdad (258).
- Visual** (xix-xx, 245-305): análisis visual (xix, 287-305); antropología visual (246, 248); cultura visual (246, 247, 247 nota 2, 262, 293); metodología visual (246, 248, 249); métodos visuales (249); sociología visual (248, 249); tecnologías visuales (248); análisis de materiales visuales (245-286); estudios visuales (249, 292); comunicación audiovisual (250); interacción visual (294).
- Visualidad** (247 nota 3, 256, 258, 293, 296): modos de ver (247); formas de mirar (249, 255); manera de mirar del investigador (255); forma de mostrar (257).

